SENTENCIAS

de los Santos Padres

Tomo I

Dispuestas por orden alfabético de materias

por un Párroco de la Diócesis de Cuenca

Serie
Los Santos Padres
N.º 47

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Con Licencia Eclesiástica

Depósito Legal: SE-1548-1990
I.S.B.N.: Tomo I - 770-180-6
IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN
Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

PROLOGO - INTRODUCCION

Cuando desgraciadamente se olvida el estudio de lo mucho que escribieron los Santos Padres, esos atletas del catolicismo, verdaderas bibliotecas del humano saber, el entendimiento y la voluntad del hombre caen en errores y vicios semejantes a los en que cayeron las sociedades del otro lado de la Cruz. Siendo la Teología el océano de las ciencias, el estudio de los Santos Padres nos da a conocer las fuentes de la tradición, el principio y fundamento de las ciencias sagradas, y el celo y la elocuencia, la fortaleza y la erudición con que los primeros maestros de la religión defendieron y propagaron por todos partes la doctrina de Jesucristo, alfa y Omega de la ciencia, camino, verdad y vida para los individuos y las sociedades que tienen por principal aspiración realizar el fin que Dios propuso a unos y otros. Los Santos Padres demuestran evidentemente contra los antiguos fariseos que crucificaron a Jesucristo, lo propio que contra los modernos críticos de nuestros días, el dogma fundamental de nuestra sacrosanta religión, eso es, la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. Habían oído a los discípulos mismos de Jesucristo o de sus Apóstoles, y por lo tanto su testimonio es de fuerza irresistible para confundir a los protestantes y a los jansenistas que hace tres siglos nos vienen atolondrando los oídos con sacrílegas declamaciones contra lo que llaman *corrupción* del espíritu primitivo. Como historiadores, como teólogos, como moralistas y aun como filósofos, tienen los Santos Padres infinitamente más prestigio que los sabios más ponderados de la antigüedad gentílica. Platón desaparece cuando se le pone al lado de San Agustín y el mismo Aristóteles no es nada cuando se le compara con San Isidoro. Podemos citarlo sin miedo, aunque sea en presencia de los mismos racionalistas.

En nuestros días abundan gentes que se llaman amigas del saber y de la crítica, y muestran decidido y hasta ridículo empeño en apoyar en los Santos Padres las blasfemias impías y los groseros errores del panteísmo alemán. Mr. Vacherot, uno de éstos, ha escrito la historia

de la Escuela de Alejandría, intentando desfigurar y truncar la doctrina de los Santos Padres para presentarlos como en contradicción con los dogmas más trascendentales del Catolicismo. Este escritor incrédulo se empeña en considerar la religión católica como una copia de la filosofía pagana para despojarla de su divinidad. Por eso es necesario en nuestros días al estudio de los Santos Padres, para refutar y aun pulverizar las vanas argucias de los que sostienen impíamente, que los antiguos doctores de la Iglesia no son testigos, maestros y apologistas de la celestial doctrina de Jesucristo. La misma doctrina que ilustró a los Gentiles sentados en la sombra de la muerte y oscureció los falsos resplandores de algunos filósofos que, entregados a la sola razón herida con la culpa, prometían a los hombres la felicidad que ellos no gozaban, formó estos mismos sabios, ilustrados con la fe, que fueron después de los Apóstoles los nuevos Padres de la Iglesia; y esta Madre amorosa se consolaba en las muertes de aquellos insignes capitanes que empezaron a triunfar de la idolatría, con aquellas palabras que muchos siglos antes estaban escritas en los Salmos: *Pro Patribus tuis nati sunt tibi filii*. Padres que con sus escritos conservaron en toda su pureza la doctrina de la fe y de las costumbres, que entregara a la Iglesia su esposo, Jesucristo. Por eso, si la religión cristiana se supiera hoy en sus fundamentos, se despreciaría más la impiedad, volvería ésta a ser objeto de la burla, como en aquellos dichosos tiempos, cuando, según advirtió San Juan Crisóstomo, los mismos paganos despreciaron tanto los libros del Celso, Porfirio y otros impíos, a vista de la solidez con que los Padres de la Iglesia los confundieron, que no se quedaron con ejemplar alguno por no conservar su mismo oprobio. Este es el juicio que merecieron de los mismos paganos los autores que ahora buscan los resucitados impíos de nuestros tiempos.

Así, que siempre la Iglesia católica ha inculcado a los Sacerdotes la necesidad de estudiar las obras de los Santos Padres, tomando por fundamento aquellas palabras divinamente inspiradas: *Interroga patrem tuum el annuntiabit tibi, majores tuos et dicent tibi*. Hablando Gregorio IX a los Maestros de Teología, de París, les decía: "Mandamos que enseñéis la Teología sin adulterar la palabra de Dios, conforme en un todo con la doctrina de los Santos Padres, para que de este modo vuestros discípulos defiendan la fe e informen las costumbres con las aguas sacadas de las fuentes del Salvador": y Pío IX escribió el 9 de noviembre de 1846 a todos los Obispos del Orbe católico: "Habéis de atender con especial cuidado, que en vuestros Seminarios

se instruyan los jóvenes en las Sagradas Escrituras, y en los escritos de los Santos Padres, y así tendréis expertos operarios, adornados del espíritu eclesiástico y de los necesarios estudios para cultivar el campo del Señor y con fortaleza pelear las batallas del Señor.

Quien simplificando el estudio de las voluminosas obras de los Santos Padres, haya recopilado por orden alfabético sus principales Sentencias, ha proporcionado un bien de incalculables consecuencias a los que por las múltiples ocupaciones que anejas lleva el cargo parroquial, no tienen ni tiempo de hojear obras tan extensas, ni medios para proporcionárselas. Tal es la obra que con el título de SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES, publica Don José González, Cura Párroco de Zarzuela, Sacerdote respetable por su virtud y ciencia. Revolviendo de día y de noche los escritos de los Padres, emprendió a pesar de su edad y continuos achaques, una de las obras más útiles al clero y al pueblo fiel: merece, pues, los plácemes y agradecimiento de las personas de piedad, y amantes de la religión católica.

Como Dios Nuestro Señor tiene absoluto dominio sobre sus criaturas, éstas tienen el ineludible deber de temerle y observar sus mandamientos. Por eso dice el Espíritu Santo: *Time Deum et mandata ejus observa; hoc est enim omnis homo*; así que han de hacerlo todo para gloria de Dios, *omnia in gloriam Dei facite*. Por eso la obra SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES DE LA IGLESIA, principia inculcándonos el amor a Dios y al prójimo, que es en lo que consiste toda la Ley y los Profetas; pues no amando a Dios, tendremos el verdadero placer y la verdadera felicidad, como dice San Ignacio: amando a Dios, vivirá nuestro corazón, porque, como dice San Juan Crisóstomo, *vita cordis est amor:* amando a Dios, podremos hacer lo que queramos, según aquellas palabras de San Agustín: *Ama Deum et fac quod vis*, y nuestra voluntad será agradar a nuestro Amado: amando a Dios, amaremos al prójimo, que es nuestro hermano e hijo de Dios como nosotros.

Todas las grandes cuestiones que han ocupado las inteligencias de los hombres, se reducen a saber, qué somos, de dónde venimos y a dónde vamos; que resueltas en harmonía con la doctrina altamente religiosa, moral, filosófica y social del Catolicismo, labraría nuestra felicidad en esta vida y en la futura. Pues bien, en las SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES se da la más cumplida solución a estas cuestiones, que jamás pudo entender la humana sabiduría, aunque ésta se haya llamado Sócrates, Platón, Aristóteles y Cicerón, y en nuestros días,

moderna filosofía o puro racionalismo. En esta obra nos enseñan los Santos Padres a buscar nuestro fin último, recordándonos con sus Sentencias aquellas palabras de la Santa Escritura: *In ómnibus respice finen*; fin principal, fin necesario, como dijo Nuestro Señor Jesucristo a Marta: *Porro unum est necessarium;* y en otra ocasión *¿qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?* Para esto nos trazan el camino que hace siglos nos señalara el Profeta Rey, diciendo: *Declina a malo et fac bonun.*

Y sin añadir una palabra más, termino, dando al autor mi enhorabuena del fondo del corazón y diciéndole: *Has trabajado como buen soldado de Cristo*, brillarás como estrella por toda la eternidad, pues que escrito está: *Los que enseñan a muchos para la justicia, brillarán como estrellas por toda la eternidad: qui ad justitiam erudiunt multos, (fulgebunt) quasi stellæ in perpetuas æternitates.*

Cuenca, 19 de marzo de 1986.

Juan García Orea.

SENTENCIAS

de los Santos Padres

dispuestas por orden alfabético de materias

por un Párroco de la Diócesis de Cuenca

A

Acción de gracias.– "Es vergonzoso a un cristiano bendecir a Dios en la prosperidad y no en la adversidad: porque entonces le debía alabar más, sabiendo que es una señal de que le ama: pues le instruye y purifica con su castigo; y así debe decir con el Profeta: Su alabanza estará siempre en mi boca. (S. Basilio, in Psalm. 33, sent. 6,Tric. T. 3, p. 191)"

"El cristiano cuando come y cuando bebe, todo lo debe hacer por la gloria de Dios, y aun cuando duerme ha de estar su corazón en vela. (S. Basilio, Ibid. Tric. T. 3, p. 191.)"

"Alegraos del bien que veis hacer a vuestro prójimo, y dad gracias a Dios: porque la parte que en esto toméis os hace propias las buenas obras de otro, así como las vuestras son comunes a vuestro prójimo. (S. Basilio de abdic. ver. sent. 35, Tric. T. 3, p. 197.)"

"Es una costumbre muy buena y loable empezar cuando se dice y hace, pidiendo a Dios sus auxilios, y concluir dándoles gracias. (S. Gregorio Nacianceno, sent. 1, de orat. 3, Tric. T. p. 351.)"

"Ofrezca cada uno a Dios lo que pudiere en cualquier tiempo que sea, en cualquier género de vida, en cualquier estado de fortuna, según sus fuerzas y según la medida de la gracia que le es dada, para que todos practiquen las virtudes que les convienen, y todos vayamos a ocupar las diversas habitaciones del Reino eterno y celestial. (S. Gregorio Nac., orat. 9, sent. 18,Tric. T. 3, p. 354.)"

"Nada de cuanto se pueda ofrecer a Dios es tan pequeño ni tan inferior a la sublime Majestad, que no lo reciba agradablemente. (S. Gregorio Nacianc., Ibid. sent. 19, Tric. T. 3, p. 355.)"

"Es, sin duda, que cuando ofreciéramos a Dios todas las cosas que están en nuestro poder, todavía le daríamos menos de lo que hemos recibido; pues tenemos el ser por beneficio suyo, como también el conocerle, sobre ser suyos los bienes que le ofrecemos. (S. Gregorio Nacianc., Ibid. sent. 20, Tric. T. 3, p. 355.)"

"Dios no hace consistir el mérito de lo que se le ofrece en el precio y dignidad de la oferta, sino en el afecto y poder del que la hace. (S. Gregorio Nacianc. Ibid. sent. 21, Tric. T. 3, p. 355.)"

"Ofrezcámonos enteramente a Dios para volvernos a hallar enteramente en El. (S. Gregorio Nacianc. orat. 40, sent. 52, Tric. T. 3, p. 361.)"

"Dios no mira tanto lo que se le ofrece, como la voluntad de los que ofrecen. (S. Jeron, In eleemos, c. 5, sent. 86, Tric. T. 5, p. 254.)"

"Gloriaos en Dios los que tenéis recto el corazón. Aquellos tienen el corazón recto a quienes agradan todos los juicios de Dios, los que se acusan de sus pecados y bendicen a Dios en todas las ocasiones, sean prósperas o adversas. (S. Jeron. In Psalm. 34, sent. 103, Tric. T. 5, p. 257.)"

"Volvemos como una cosa prestada lo que no hemos traído al mundo ni lo podíamos llevar al salir de él: no lo arrancamos con dolor, como si fuera la piel, sino como quien deja el vestido. Ahora es preciso dar a Dios lo que podemos llamar nuestro: esto es, el corazón, el alma y nuestros cuerpos, ofreciéndolos para ser una hostia viva. (S. Paulino, Ej. 2, ad Sever. sent. 2, adic. Tric. T. 5, p. 360.)"

"No mira tanto el Señor lo que le damos, como la voluntad con que se le da: y según esta disposición pueden llegar a ser muy grandes las cosas más pequeñas, como sucede muchas veces, que las que son grandes se hacen pequeñas y despreciables a los ojos de Dios, por no ofrecerlas con alegría y con entero corazón. (S. Juan Crisóst. Homl. 42 in Genesin, sent. 108, Tric. T. 6, p. 310.)"

"Es preciso dar gracias a Dios al principio y al fin de la comida: porque este es el medio de no caer en la intemperancia. (S. Juan Crisóst. Serm. 1, de elcemos., sent. 113, Tric. T. 6, p. 320.)"

"Cuando habéis dado gracias a Dios de algún bien que os ha hecho, habéis cumplido con la deuda; pero si le dais gracias por el trabajo que os ha enviado, entonces le hacéis vuestro deudor. (S. Juan Crisóst. Homil. in Psalm. 9, sent. 125, Tric. T. 6, p. 323.)"

"Alabad a Dios en sus Santos. Concluyó David el libro de los Salmos con la acción de gracias para enseñarnos que con ellas debe-

mos empezar cuanto hacemos y decimos, y por la misma acción de gracias acabar. (S. Juan Crisóst., In Psalm. 150, sent. 146, Tric. T. 6, p. 327.)"

"Después de haber comido y bebido, dice Moisés, cuidado de no olvidar al Señor vuestro Dios. Para enseñarnos que nada nos lleva tanto al olvido de Dios, como los placeres y delicias. (S. Juan Crisóst. de Lázaro. Conc. 1., n. 8, sent. 189, Tric. T. 8, p. 337.)"

"Cuando cantamos los divinos cánticos, debemos ejecutarlo con un santo gozo, evitando por una parte emplear nuestra voz con demasiado ruido y desagrado, sin afectar por otra un canto de demasiada melodía y ternura. También se debe cuidar mucho mientras se canta, no dar miradas inconsideradamente aquí y allí, como solicitando el aplauso de los que nos oyen. Es necesario poner en Dios nuestra alegría, y no pretender agradar sino al Señor. (S. Juan Crisóst., sent. 256, Tric. T. 6, p. 353.)"

"Reflexiona cada uno de nosotros en los beneficios de Dios, y procure traerlos delante de los ojos, como si los tuviera escritos en un libro: pongo por ejemplo: si ha evitado algún peligro, si ha salido de alguna enfermedad, cuando ya no había esperanzas de su salud. Y de este modo irá viendo los bienes que Dios le ha dado, cuyo reconocimiento sirve mucho para unirnos más con el Señor. (S. Juan Crisósto., Homl. 38, sent. 276, Tric. T. 6, p. 357.)"

"No hay cosa que tanto agrade a Dios, como el reconocimiento a sus favores y las gracias que le damos, así por nosotros, como por los demás. Por esto S. Pablo pone siempre la acción de gracias al principio de cada una de sus Epístolas. (S. Juan Crisóst., Homl. 2, epis. ad Corint. sent. 300, Tric. T. 6, p. 363.)"

"Cuando un artesano vende alguna obra, debiera presentar a Dios alguna porción del precio recibido, como por primicias de su trabajo. No por esto os pido mucho, sino que quisiera que los cristianos que aspiran al cielo, diesen, a lo menos, tanto como los indios, los cuales, como niños, miraban a la tierra. No pretendo por esto imponeros alguna ley, ni detener a los que quieran dar alguna cosa más; pero me parece muy justo que se de a lo menos el diezmo, y quisiera que esto se hiciera, no solamente cuando se vende, sino también cuando se compra. Los que tienen fondos y rentas y aun los que recogen los tributos legítimos debieran seguir esta misma regla. (S. Juan Crisóst., Homl. 43, cap. 16, sent. 325. Tric. T. 6, p. 370.)"

"¿Qué tienes que no hayas recibido? Yo os declaro que la más

sublime virtud de los cristianos, es atribuirlo todo a Dios y persuadirse de que ningún bien proviene de nosotros mismos, y a no hacer nada por nuestra propia gloria y no tener otra mira que la voluntad de Dios, porque a este Señor hemos de dar cuenta de ella. (S. Juan Crisóst., Homl. 5, ad Corint. sent. 332, Tric. T. 6, p. 372.)"

"No solo debemos dar gracias a Dios por los beneficios visibles que nos comunica, sino también por los que no conocemos y aun por muchos que no quisiéramos recibir. (S. Juan Crisóst., Homl. 19, sent. 347. Tric. T. 6, p. 376.)"

"Bendecid a Dios cuando os da los bienes temporales y bendecidle cuando os los quita: porque Aquel que quita y da los bienes, jamás se retira del que le bendice. (San Agust., Psalm. 32, sent. 31, Tric. T. 7, p. 457.)"

"Si queréis acertar con el modo de alabar a Dios por todo el día, haced bien todo lo que hacéis y ya estáis alabando a Dios. Disponeos, pues, a alabar a Dios continuamente con la inocencia y pureza de vuestras acciones. (S. Agust. Psalm. 32, sent. 34, Tric. T. 7, p. 457.)"

"Nos enseña la Escritura, que toda gracia excelente y todo don perfecto viene de arriba, y baja del Padre de las luces, el cual no puede recibir en sí transmutación alguna ni sombra de variación. Debemos dar inmortales gracias al Autor de todo bien, así por las ventajas temporales, como por los dones de la gracia. El es el que nos hizo, y nosotros no nos hicimos. Esta fiel y sincera confesión le debemos. En Dios y no en nuestros propios méritos, nos debemos gloriar. (San León Papa, Serm. 4, sent. 2, Tric. T. 8, p. 382.)"

"Siendo voluntad de Dios que seamos buenos porque el lo es, nada nos debe desagradar en sus juicios. ¿Qué otra cosa es no darle gracias por todo, sino reprenderle y culparle en cierto modo? Tal vez se atreve la necedad humana a murmurar de su Creador, no solamente por su pobreza, sino de la misma abundancia. De este modo se queja cuando algo falta, y es ingrata cuando sobra. (S. León Papa, Serm. 11, c. 1, sent. 8, Tric. T. 8, p. 384.)"

"Gracias os doy, Dios de las misericordias, por haber señalado vuestra clemencia para con un miserable pecador, muy negligente en el bien, y muy delicuente en el mal, cuyos extravíos casi en todo género de vicios y pecados empezó con su vida y poco menos que desde la cuna. Desde estos principios de mi pecaminosa vida estáis esperando a que vuelva a Vos con la penitencia, sin que mis pecados hayan podido agotar la fuente de vuestras bondades, ni cansar vuestra

paciencia. Vos esperáis mi conversión no queriendo dejarme perecer con mis pecados, vicios, faltas y negligencias; porque si hubierais querido, Señor, tratarme con el rigor que merecen mis culpas, ya ha mucho tiempo que me hubiera tragado el abismo. Mas yo os suplico, Señor dulcísimo y eternísimo Padre, que no permitáis que por mi culpa se quede estéril y sin fruto la bondad con que habéis esperado la oveja perdida por tanto tiempo. Apartad de mi semejante desgracia; pues no queréis la muerte del pecador, sino la destrucción del pecado; perdonadme los pasados desórdenes; dadme al presente la gracia de enmendar mi vida; concededme para en adelante la gracia de estar atento, y de aplicar las más severas precauciones contra mis inclinaciones malignas; dadme tiempo y lugar para llevar frutos dignos de penitencia; abrid con vuestro Espíritu Santo los ojos de mi alma, para que yo vea y llore mis extravíos. Este es, Señor, el tiempo favorable, y estos los días de mi salud. Apiadaos de mí, ¡oh gran Dios! y no perdáis al pecador con su pecado; no reservéis el castigo de mis culpas para la otra vida en el horror de los tormentos que vuestra justicia hace sentir en el infierno, ni para aquel terrible Tribunal en que todo lo habéis de examinar con el mayor rigor. Dignaos por vuestra insigne clemencia de romper los lazos de mis iniquidades, antes que los de mi vida; dadme un corazón contrito y humillado; concededme el don de las santas lágrimas; brille en mi corazón vuestra luz, y resplandezca en mi cuerpo la fuerza de vuestra gracia, para que yo vea lo que debo hacer y ejecute con valor lo que me dáis a entender que pertenece a mi obligación y lo cumpla constantemente por todos los días de mi vida. (S. Anselmo, 18, Meditat. sent. 47, Tric. T. 9, p. 354 y 355.)"

Alabanza.– "Un Profeta dijo al Rey Ezequías: Ya viene el día en que todo cuanto tenéis en casa será llevado a Babilonia, y nada quedará en ella, dice el Señor. De este modo cuando ya los hipócritas han llegado a la aparente cumbre de la virtud, por no haber procurado evitar las emboscadas de los espíritus malignos, ocultando las buenas obras, hacen que caiga en manos de sus enemigos todo el bien que adquirieron y no procuraron tener escondido: de este modo pierden en un instante, por su imprudencia, lo que tanto les costó juntar por largo tiempo. A la verdad, es dar ocasión a los ladrones para robarnos el manifestar nuestras riquezas; porque hasta tanto que estemos ya en la paz y en la seguridad de la eterna patria, vamos por un camino expuesto a las emboscadas de infinitos salteadores: por lo que es preciso

tener un grande cuidado de llevar oculto en nuestro corazón todo el bien que hacemos, si queremos recibir el premio del eterno Juez que ve lo más profundo de los corazones. Es absolutamente necesario ocultar nuestra virtud, porque no suceda que exponiéndola a la vista en el camino de la vida presente, nos la quiten y roben los ladrones espirituales que nos están continuamente observando. (S. Greg. el Grande, Lib. 8, c. 48, p. 282, sent. 38, Tric. T. 9, p. 244.)"

"Cuando manifestamos a los ojos del mundo nuestras buenas acciones, es preciso primero sondear nuestro corazón, para saber la verdadera intención que tenemos en esto. Porque, si puramente buscamos la gloria de Dios, que es el que nos comunica sus dones, no dejan de estar escondidas nuestras buenas obras, aunque sean públicas: como, al contrario, si pretendemos en esto nuestra propia gloria, ya Dios las reputa como publicadas, aunque no hayan llegado al conocimiento de muchos: pero es perfección de muy pocos buscar tan puramente la única gloria de Dios en las acciones de virtud que se manifiestan, y que no nos toque algún movimiento de complacencia en los aplausos que nos dan los hombres: porque no se pueden manifestar sin alguna culpa las buenas obras, sino cuando llega el hombre a pisar con desprecio las alabanzas humanas. Y como las personas imperfectas, y de una piedad común no tienen todavía fortaleza suficiente para colocarse superiores a estos movimientos de la vanidad, no las queda otro medio de libertarse sino el de ocultar con todo cuidado el bien que ejecutan. Muchas veces sucede que no teniendo al principio otra intención en manifestar sus buenas obras, que la de dar a Dios la gloria que se le debe, se ven tan embriagados de los elogios que les dan, que se dejan llevar de ellos con vanidad: de suerte, que por no haber examinado el fondo de su corazón, se hallan tan derramados fuera de sí mismos, que no saben lo que se hacen, y ejecutan las acciones buenas por soberbia y vanidad cuando piensan que obran por el servicio y gloria de su Criador. (S. Greg. el Grande, lib. 8., p. 283, sent. 39, Tric. T. 9, p. 245.)"

"El deseo de las humanas alabanzas es como un ladrón disfrazado de caminante, que juntándose con nosotros en el camino derecho por donde vamos, como para hacernos compañía, saca de repente un puñal con que a traición atraviesa los corazones. Porque cuando la buena intención que teníamos al principio de obrar para utilidad del prójimo llega a degenerar en amor propio y en deseo de vanagloria, sucede por un modo horrible al pensarlo, que la acción que había empezado

por virtud acaba en pecado. Por ejemplo: habrá tal vez algunos que defienden con celo la justicia, sólo pretenderán la recompensa temporal cuando practican tan grande acción. Entre tanto se tienen por muy justos, y se glorian de ser los protectores de la virtud: pero si llega a faltar la esperanza de los adelantamientos temporales, se les ve abandonar con cobardía el partido de la justicia; en lo que se conoce, que cuando se tenían por los más justos y más celosos defensores de la equidad, no buscaban realmente otra cosa sino el mercenario interés. (S. Greg. el Grande, lib. 9, c. 24, p. 304, sent. 43, Tric. T. 9, p. 247.)"

"Nada hagáis con el fin de que os alaben: nada por lo que pensarán de vosotros: nada por hacer célebre vuestro nombre: hacedlo todo por Dios, y por aquella feliz y eterna vida, que se digna concederos en el cielo nuestro Salvador, que vive y reina con el Padre y con el Espíritu Santo en la eternidad de los siglos. Amén. (S. Anselmo. Exhort. ad contemptum temporal., sent. 35, Tric. T. 9, p. 347.)"

"El que canta las alabanzas divinas y pretende otra cosa fuera del mismo Dios, le alaba, mas no le ama. Alabad, pues, al Señor, pero sea dignamente, de suerte, que no haya en vosotros, cuidado, intención, pensamiento ni deseo del espíritu que en cuanto os sea posible no contribuya a su alabanza: ninguna prosperidad de este mundo, ninguna desgracia os aparte de esta obligación, y de este modo alabaréis al Señor con todo vuestro corazón. Mas cuanto hubiereis cumplido con vuestra obligación alabando a Dios con toda el alma, y alabándole con amor, no esperéis de él otro premio, que el mismo Dios, para que sea el objeto y término de todos vuestros deseos, y el mismo Señor sea el salario de vuestro trabajo, el consuelo de vuestras penas, y por último, vuestra herencia en la posesión inmortal de la vida bienaventurada que esperamos en el cielo. (S. Anselmo, sent. 38, Tric. T. 9, p. 348, y 349.)" 1.ª Meditat.

"La verdadera amistad suele tener reprensiones, pero nunca adulaciones. (S. Bern., Epist. 242, sent. 61, Tric. T. 10, p. 325.)"

"Nada confunde tanto como el ver descubiertos los deseos de ser alabado. (S. Bern., Epist.. 106, sent. 76, Tric. T. 10., p. 326.)"

"La hermosa pintura, o la bella letra no es elogio del pincel, ni de la pluma. (S. Bern., Epist.. 7, n. 6, sent. 93, Tric. T. 10, p. 327.)"

"¿Por ventura parece que soy áspero porque no adulo, porque aterro, porque deseo para el amigo el principio de la sabiduría? Siempre quisiera favorecer de este modo a mis amigos: quiero decir, aterrándolos saludablemente, y no adulándonos con engaños. (S. Bern., Epist.. 9, sent. VII, adieda. Tric. T. 10, p. 346.)"

"Yo acostumbro a armarme de dos versecitos de la Escritura contra los que me alaban. El primero es contra los malévolos. Retírense y llénense de confusión los que para mi quieren males. Contra los benévolos, pronuncio el siguiente. Retírense inmediatamente avergonzados los que dicen viva, viva. (S. Bern., Epist. 72, sent. XIV, adic. Tric. T. 10, p. 349.)"

"Siendo muchos los llamados y pocos los escogidos, no es grande argumento ni razón para resolver en las cosas dudosas, tener por laudable lo que muchos alaban. (S. Bern., Epist.. 377, ad Innoc. Pap. sent. XLII, adic. Tric. T. 10, p. 361.)"

(La adulación, alabanza o lisonja, no sólo la reprueba la Sagrada Escritura y Santos Padres, sino hasta los Filósofos Gentiles y Emperadores). "Pitágoras dice que debemos alegrarnos cuando se nos vitupera, y jamás cuando nos alaban. Mira a los aduladores como a enemigos los más peligrosos y detestables."

"Cartes decía que los que viven entre aduladores abandonan sus deberes y se hallan como novillos en medio de lobos."

"Bion, a quién preguntaron cuál era el animal más dañoso, contestó: Entre las bestias salvajes, el tirano; entre los animales domésticos, el adulador."

"Diógenes llama a la lisonja un lazo de miel que ahoga al hombre abrasándole."

"El Emperador Constantino era tan enemigo de los aduladores, que los llamaba polilla y rateros de su palacio."

"Y el Emperador Segismundo dio un bofetón a un adulador. ¿Por qué me herís, Señor? le preguntó éste. ¿Por qué me muerdes, lisonjero? contestó el Príncipe. (Barbier, tomo 1, p. 36.)"

Aflicciones y trabajos.– "Cuando en este mundo sobrevienen males, son, por lo común, efectos de la divina indignación para castigo de los hombres, con el fin de darse a conocer con los castigos a los que no quieren conocerle por sus beneficios. (S. Cipriano, lib. contra Demetr. sent. 27, Tric. T. 1, p. 303.)"

"Quiso Dios probar su familia, y porque una larga paz había corrompido la doctrina que nos vino del cielo por tradición, la corrección celestial avivó la fe postrada, y aun diré, casi dormida: y cuando merecíamos padecer más por nuestras culpas, el clementísimo Señor todo lo ha moderado: de modo, que cuanto nos ha sucedido, más parece visita de Dios que persecución. (S. Cipriano, lib. de Lapsis, sent. IX, Tric. T. 1, p. 380 y 381.)"

"El que se confundiere de mí, se avergonzará de él el Hijo de Hombre. ¡Y pensará que es cristiano el que se avergüenza de serlo! ¡Cómo puede estar con Cristo el que teme y se avergüenza de pertenecer a Jesucristo! (S. Cipriano, lib. de Lapsis, sent. XI, adic. T. 1, p. 381.)"

"El justo dará su fruto en su tiempo. El tiempo del justo es el siglo venidero, porque no es esta vida el tiempo propio del justo: antes bien, es para él un tiempo extraño; y así en la vida futura dará Dios el fruto del cultivo que da Dios a las almas en el presente siglo. (Eusebio de Cesarea, sent. 1, Tric. T. 2, p. 83.)"

"Vuestra vara y vuestro cayado me han dado consuelo. A la verdad, el que recibe el castigo persuadido de que Dios castiga a los que admite por hijos adoptivos, se consuela con los mismos trabajos. (Eusebio, sent. 2, Tric. T. 2, p. 83.)"

"Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Promete Jesucristo consuelos eternos a los que lloran en este mundo, no por la pérdida de las personas amadas, ni por las injurias que reciben, o por los menoscabos que ven en sus bienes: sino a los que lloran sus culpas pasadas, y los delitos que manchan su conciencia: para estos está reservado el consuelo de la gloria. (S. Hilario in Matth. cap. 4, sent. 6, Tric. T. 2., p. 258.)"

"¡Dichoso aquel que sufre a su prójimo! Pero, ¡ay de aquel, que sin reposo alguno pone a su prójimo en la precisión de que le sufra! (S. Efrén, (De Vit. spir.) sent. 7, Tric. T. 3, p. 78.)"

"Para dolerse y llorar, bastará conocerse bien a si mismo: pero este dolor debe ser según Dios, y no ha de provenir de un motivo puramente humano: por lo cual es necesario manifestar un exterior alegre y agradable, gloriándonos en el Espíritu Santo de los dones que nos comunica; pero al mismo tiempo debemos dirigirle oraciones que salgan de un alma penetrada de un secreto dolor. (S. Efrén, (De morb. ling.) sent. 12., Tric. T. 3, p. 79.)"

"Déjate penetrar, alma cristiana, de la compunción por todas las gracias que has recibido de tu Dios y no has conservado bien. Compúngete a vista de los males que has cometido contra él, y particularmente por todos aquellos pecados en que te ha esperado a penitencia con tanto sufrimiento. (S. Efrén. (Serm. 2, de Comp.) sent. 14, Tric. T. 3, p. 79.)"

"Las tribulaciones del mundo están llenas de pena, y vacías de premio; pero las que se padecen por Dios se suavizan con la esperan-

za de un premio eterno. (S. Efrén, (In illa verb. "attende tibi") sent. 18, Tric. T. 3., p. 80.)"

"Habéis mudado mi tristeza en gozo. Dios no llena de su gozo a todas las almas, sino sólo a las que han llorado sus pecados con lágrimas abundantes y continuas, como si lloraran su propia muerte: porque estos llantos se convierten por último en extremadas alegrías. (S. Basilio, in Psalm. 29, sent. 5, Tric. T. 3, p. 191.)"

"No todas las enfermedades vienen de nuestra constitución natural, o del desarreglo de la vida, o de otra causa corporal que la medicina puede corregir: muchas veces son las enfermedades como varas con que Dios castiga nuestros pecados, o como estímulos con que nos excita a una sincera mudanza de vida. (S. Basilio, sent. 65, Tric. T. 3, p. 201.)"

"Es preciso reconocer, que las calamidades que en este mundo nos sobrevienen tienen diversas causas: porque suceden por orden o permisión de Dios, y siempre para nuestra mayor utilidad: pues siempre es menos ventajoso no padecerlos. (S. Basilio, Interrog. 261, sent. 74, Tric. T. 3, p. 203.)"

"No miremos como reales y verdaderos bienes o males el gozo ni la aflicción; considerémonos como extranjeros en la tierra, y pongamos en el cielo toda la atención del alma. Sola una cosa hemos de tener por mal, y esta es el pecado; y sola una hemos de estimar como bien, y esta es la virtud, porque nos une con Dios, (S. Gregorio Nacian., Epist. 189, sent. 54, Tric. T. 3., p. 361.)"

"El Verbo divino llama bienaventurados a los que lloran; no porque la aflicción por sí misma sea felicidad, sino por la felicidad que nos procura. (S. Gregorio de Nisa, Orat. 3., sent. 14, Tric. T. 4, p. 115.)"

"Sirve de tentación para conservar y dar fuerza y aumento a la virtud del alma fiel: porque si el justo no fuera atribulado y atormentado algunas veces con estas pruebas, no viviera con el cuidado suficiente para mantener la virtud, antes bien, correría riesgo de relajación en la afluencia de las gracias que pudiera recibir de la liberalidad divina. (S. Ambrosio, sent. 27, Tric. T. 4, p. 318.)"

"Nos envía Dios males a este mundo, para obligarnos a recurrir a su bondad, supuesto que los bienes que nos ha dado no han servido para reconocerle, y que las adversidades nos excitan a suplicarle después de haberle ofendido durante la prosperidad y a darle gracias por la comunicación de sus dones. (S. Ambrosio, lib. 1, in c. 7, sent. 38, Tric. T. 4, p. 321.)"

"Alegrémonos en los trabajos, como Jesucristo en los suyos. El Señor los padeció por sus siervos, suframos por nuestro dueño. (S. Ambrosio, in Psalm. 37, sent. 46, Tric. T. 4, p. 322.)"

"El consuelo que se da al afligido debe ir acompañado de suavidad, no de sequedad y aspereza: debe ser propio para aliviar el dolor, y no para excitar nuevas confusiones en el alma. (S. Ambrosio, in Psalm. 37, sent. 47, Tric. T. 4, p. 322.)"

"Los trabajos de esta vida, no son dignos de la gloria futura que nos está preparada: cualquiera, pues, que espera grandes bienes, no se ha de abatir por pequeños males. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 58, Tric. T. 4, p. 324.)"

"Está la vida tan llena de males, que en esta consideración podemos mirar la muerte como remedio, más bien que como trabajo. (S. Ambrosio, Serm. 42, sent. 149, Tric. T. 4, p. 344.)"

"Ya el pueblo cristiano no necesita un leve dolor de la circuncisión: porque llevando consigo la muerte del Señor en cada momento, señala en su frente el desprecio de la muerte, como quien sabe que no puede llegar a la salud eterna sin la cruz del Señor. (S. Ambrosio, sent. XX,. adic. Tric. T. 4, p. 399.)"

"En más estimó Moisés el oprobio de Cristo, que los tesoros de Egipto. Si tu oprobio Jesús y Señor mio, es gloria: ¿cuánta es tu gloria? (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. XXXII, adic. Tric. T. 4, p. 403.)"

"Nosotros merecemos más lástima que los que mueren, porque todos los días nos vemos expuestas a los combates y a las manchas del pecado, y muchas veces recibimos heridas los que algún día hemos de dar cuenta de la menor palabra ociosa. (S. Jerónimo, Epist.. 75, ad Theod, de morte conj., sent. 28, Tric. T. 5, p. 243.)"

"Cuando Dios no manifiesta su ira contra el pecado, es señal de su mayor indignación: esto lo hizo decir a Jerusalén por Ezequiel: Yo no me enojaré contra ti, ni te celaré. Un padre reprende al hijo que ama: y cuando el médico no nos da remedio es señal de que desespera de nuestro mal. (S. Jerón., sent. 31, Tric. T. 5, p. 244.)"

"Cuando nos vemos en la aflicción y en la miseria es porque quiere Dios probarnos, para que el fuego de las tribulaciones de este mundo purifique toda mezcla de iniquidad que haya en nosotros. Porque la plata del Señor, pasa por el fuego para ser en él probada y purificada hasta el séptimo grado. (S. Jerón., in Jerem. c. 1., sent. 63, Tric. T. 5, p. 249.)"

"¿Por qué nos admiramos de los males que sufrimos en esta vida? Pues si pretendemos con sinceridad los eternos gozos, conoceremos que solamente hemos venido aquí para padecer. (S. Jerón., in Lament. Jerem. sent. 68, Tric. T. 5, p. 250.)"

"Clamé al Señor cuando yo estaba atribulado, y me oyó. No dice cuando estaba nadando en el gozo y en las delicias. ¿Queréis que el Señor os oiga? Clamad a él afligidos y atribulados. (S. Jerón. in Psalm. 12, sent. 112. Tric. T. 5, p. 258.)"

Bienaventurado es aquel a quien Dios castiga; porque el Señor no toma dos veces satisfacción de una misma culpa. El efecto de la mayor ira de Dios sobre nosotros, es no indignarse contra nosotros: entonces nos reserva, como terneros cebados, para la carnicería. (S. Jerón, in Psalm. 140, sent. 117, Tric. T. 5, p. 260.)"

"No es razón que los siervos rehusemos padecer lo que antes sufrió el Señor por nosotros, siendo siervos. (S. Paulino, Epist.. 38, sent. XII, adic. Tric. T. 5, p. 362.)"

"Dos cosas nos anunció Jesucristo: la tribulación y el consuelo, los trabajos y las coronas, la tristeza y la alegría. Y para que los hombres vean que no pretendió engañarnos, envía primero los trabajos, y deja para el otro mundo lo agradable; bien que disminuyendo el peso de los males que primero sentimos con la esperanza de los bienes que les han de suceder. (S. Juan Crisóstomo. Homil. 16, sent. 15, Tric. T. 6, p. 302.)"

"Si es fuerte la calentura que padecéis, representaos la imagen del fuego del infierno, y pensad que, si sufriéreis con paciencia el mal de la calentura, evitaréis algún día el del infierno. Representaos también cuantos trabajos padecieron los Santos Apóstoles, y que siempre los justos pasaron por la prueba de las aflicciones. (S. Juan Crisóstomo, Homil. 38, Orat, 6, sent. 30. Tric. T. 6, p. 306.)"

"No quiere Dios disminuir el fruto de vuestros trabajos, ante viéndolos, dispone que todo se convierta en vuestro bien y que todo os aproveche. Aun cuando solo arrojaréis un suspiro, o dejaréis caer una sola lágrima, inmediatamente la recoge, y la hace servir para vuestra salvación. (S. Juan Crisósto. Homil. 3, in c. 1. Math., sent. 37, Tric. T. 6, p. 307.)"

"El ver comúnmente que los malos nada padecen en este mundo, es una señal indubitable de que Dios dilata para otro tiempo su castigo. (S. Juan Crisóst. Homl. 77, sent. 69, Tric. T. 6, p. 312.)"

"Ninguna cosa es tan útil para disponer nuestra alma a conseguir

la perfecta sabiduría, como las calamidades, tentaciones y disgustos. (S. Juan Crisósto. Ilonil. 60, Joann, sent. 84, Tric. T. 6, p. 315.)"

"No debemos llorar por aquellos que Dios aflige, sino por los que no obstante sus pecados, nada padecen en este mundo. Su primer mal es el pecado, y su segundo mal es el de no recibir de Dios remedio alguno para sanar de sus pecados. (S. Juan Crisóst. Homil, in Psalm. 7, sent. 122, Tric. T. 6, p. 323.)"

"Sufrid con valor los males que os sobrevienen, y esto os servirá de martirio. Porque la resolución con que el cristiano permite que le despedacen antes que sacrificar a los ídolos, no es la única cosa que hace mártires: también lo podemos ser, si cuando nos atormenta un violento dolor nos abstenemos de quejarnos de Dios, y si sufrimos con paciencia, sin decir palabra que merezca ser reprendida. (S. Juan Crisóst. , in Psalm. 129, sent. 140, Tric. T. 6, p. 326.)"

"Por dos razones son útiles los trabajos: la una porque nos hacen más atentos a nuestra obligación; la otra, porque nos ponen en estado de que Dios nos oiga más favorablemente. (S. Juan Crisósto., in Psalm. 144, sent. 144, Tric. T. 6, p. 326.)"

"Debemos persuadirnos a que todo lo que Dios nos envía es para nuestro bien, y no examinar particularmente las razones, ni inquietarnos por lo que ignoramos. (S. Juan Crisósto. de Prodit., lib. 1, c. 7, sent. 172. Tric. T. 6, p. 333.)"

"Es preciso pasar toda la vida en trabajos y continuos combates si queremos gozar del descanso y de los bienes de la eternidad. Si alguno fuese tan delicado y tan aficionado a los gustos de esta vida, que imagine poder gozar aquí de los placeres del mundo, y en el cielo de los que están preparados para premio de los buenos, le declaro que se engaña mucho, y que se engaña a si mismo. Escucha, pues, aquellas palabras del Santo Job: Toda la vida del hombre sobre la tierra es una continua tentación. (S. Juan Crisósto., lib. 2, c. 4 sent. 174., Tric. T. 6, p. 334.)"

"Los trabajos del espíritu cuando los sufrimos con paciencia y acción de gracias, pueden hacer que merezcamos más excelente premio que padeciendo trabajos corporales. (S. Juan Crisóst., Epist.. 2, ad Olimp. Diac., sent. 183. Tric. T. 6, p. 336.)"

"Cuando en las molestias que tenéis que sufrir, se levanta en vuestro corazón algún movimiento de ira o de impaciencia, representaos la extremada mansedumbre de Jesucristo, y sólo este pensamiento os inspirará al instante esta virtud en el corazón. (S. Juan Crisósto., Serm. 46, de mansuet, sent., 220. Tric. T. 6, p. 344.)"

"Cuando os halléis en algún trabajo o angustia, así en el matrimonio, como en cualquier estado que sea, volveos a Dios, y suplicadle que os libre de él; porque este es el único medio de salir bien de todos los males que nos afligen, porque nada hay comparable a la virtud de la oración. (S. Juan Crisóst., Serm. non esse desper. n. 7, sent. 223, Tric. T. 6, p. 345.)"

"¿No es una cosa injusta y sin razón que la mismo tiempo que se aprueba la acción de un padre que arroja de su casa a un hijo perverso para corregirle; de un médico que atormenta a un enfermo con remedios violentos para sanarle; de un juez que por el bien público castiga al delincuente; de un labrador que poda su viña para que lleve fruto, murmuremos contra Dios, y le acusemos de cruel, cuando para despertarnos de nuestra pereza y somnolencia, nos excita a corregirnos con sus castigos? (S. Juan Crisósto., sent. 225, Tric. Ibid. Ibid.)"

"Si damos gracias a los hombres porque nos prestan dinero por un poco tiempo, sin enojarnos porque nos lo piden, ¿por qué nos ha de parecer mal que Dios nos quite los bienes de este mundo, porque son suyos, y nos los había dado prestado? (S. Juan Crisóst., Ibid., sent. 226, Tric. Ibid. Ibid.)"

"Ya no me diréis que la enfermedad es verdadero mal, pues fue la causa de la recompensa de Lázaro. No me diréis que la pobreza es mal, porque fue la ocasión de la grande gloria del Santo Job. ¿Qué diremos de las aflicciones, sino que estas fueron las que hicieron tan ilustres y famosos a los Apóstoles, porque el camino que lleva a la vida es estrecho y áspero? No me digáis para qué es esto, de qué sirve aquello, observad ese punto de la conducta del Criador con sus criaturas, el silencio y sumisión que observa el barro con el alfarero que le da la figura que quiere. (S. Juan Crisóst., lib. l, in eos qui scandalizati sunt., c. 2, sent. 234. Tric. T. 6, p. 347.)"

"Las aflicciones nos desprenden de las cosas del mundo, nos hacen deseable la muerte, y nos curan la afición excesiva que tenemos a nuestro cuerpo. Y no hay duda que el blanco principal a que tira la virtud y la filosofía cristiana, es a quitarnos la afición a la vida presente. (S. Juan Crisóst., Homl. 42, c. 19, sent. 277, Tric. T. 6, p. 357.)"

"El Hijo del hombre no tiene en donde reclinar su cabeza. Todos los que se abandonan a los placeres del mundo, y descansan en las delicias y el regalo, no tienen sociedad alguna con Jesucristo. Solamente los que viven en las aflicciones y trabajos, y siguen la estrecha

senda del Evangelio, están verdaderamente unidos con Jesucristo, porque siguen el mismo camino que siguió el Señor. (S. Juan Crisóst., Homl. 1, ad Coritn., sent. 326, Tric. T. /, p. 371.)"

"Decía Jesucristo a sus discípulos: Vosotros os veréis afligidos en este mundo. Luego si queréis ser del número de los discípulos de Jesucristo, debéis entrar con valor en el camino estrecho. Porque si no padecéis aflicciones por este noble motivo, sucederá que inútilmente las tendréis que sufrir por otros que no podéis evitar. Un envidioso, por ejemplo, un avariento, un lascivo, un impúdico y un ambicioso, y todo el que se ve agitado de una pasión desordenada, sufre muchas más pesadumbres y trabajos que el que llora en gracia de Dios por alguna aflicción. (S. Juan Crisóst., Homl. 26, c. 12, ad corin., sent. 338, Tric. T. 6, p. 374.)"

"¿No es una cosa la más absurda e indigna, que Cristo haya padecido por ti tantas indignidades, y que tu muchas veces no puedas sufrir por el ni aun las palabras? El Señor fue escupido, y tú te adornas con trajes y anillos; y si los hombres no te aplauden, te parece miserable tu vida: a Cristo le afligieron con maldiciones y oprobios, y por burla le dieron bofetadas; tu de todos pretendes alabanzas y no sufres las afrentas de Cristo. (S. Juan Crisóst., Homl. 532, sen. VIII, adic. Tric. T. 6, p. 453.)"

"Cuando las cosas hayan llegado a la mayor escasez, entonces es cuando hemos de esperar más. Porque entonces principalmente manifestará Dios su poder: no desde el principio, sino cuando no se espera remedio humano, pues esto es el tiempo del auxilio divino. Por esto no sacó del peligro a los tres jóvenes desde luego, sino cuando ya los habían arrojado al horno encendido: ni a Daniel antes de entrar en el lago de los leones, sino siete días después. Esto lo hace Dios para que ninguno se atribuya la gloria que es propia de Dios. (S. Juan Crisóst., in Psalm. 117, sent. XII, adic. Tric. T. 6, p. 454.)"

"Nunca está Dios más enojado, que cuando no castiga las culpas, y parece que se ha olvidado o que no atiende. (S. Agustín, Psalm. 9, sent. 5, Tric. T. 7, p. 454.)"

"Si seguís el camino de Jesucristo, no os prometáis en este mundo prosperidad. El Señor caminó por lugares ásperos, pero nos prometió cosas grandes si le seguimos. Seguidle, y no miréis tanto a los caminos que habéis de pasar, cuanto al lugar a donde algún día habéis de llegar. (S. Agust., Psalm. 32, sent. 37, Tric. T. 7, p. 457.)"

"Es preciso que sean afligidos en este mundo aquellos a quienes

Dios ha preparado la vida eterna. (S. Agust., Psalm. 37, sent. 43, Tric. T. 7, p. 458.)"

"Dios os consuela cuando os comunica sus dones, para que permanezcáis siempre firmes en el bien; y os castiga cuando os quita los bienes para que no caigáis: vivid, pues, seguros, cuando el Señor cuida de vosotros. (S. Agustín. Psalm. 39, sent. 55, Tric. T. 7, p. 450.)"

"Los trabajos os parecen insoportables porque no reflexionaréis cuánto ha padecido Jesucristo por vosotros; porque si mirárais con los ojos del corazón los trabajos de vuestro Maestro, sufriríais sin duda los vuestros con más valor, y acaso pudiera ser que llegáseis a alegraros de pareceros en algo a la pasión de vuestro Rey. (S. Agust., Salm. 54, sent. 75, Tric. T. 7, p. 461.)"

"El que no padezca sed en el desierto de este mundo o entre los males que le rodean, jamás llegará al verdadero bien, que es el mismo Dios. (S. Agust. Salm 62, sent. 94, Tric. T. 7, p. 463.)"

"Cuando Dios no os envía los castigos viviendo mal, es la señal de su mayor indignación contra vosotros. (S. Agust., Salm. 65, sent. 102, Tric. T. 7, p. 464.)"

"Vuestro corazón es recto cuando en lo bueno que hacéis, Dios es lo que os agrada, y cuando en los males que padecéis no os desagrada Dios. (S. Agustín. Salm. 70, sent. 115, Tric. T. 7, p. 465.)"

"Nos pone Dios en el horno de las tribulaciones como a los vasos, no para que se rompan, sino para que se cuezan y purifiquen. (S. Agust., Salm. 91, sent. 141, Tric. T. 7, p. 467.)"

"En vano queréis y deseáis la bienaventuranza que Jesucristo posee, si teméis sufrir lo que él padeció. (S. Agust. Salm. 96, sent. 144, Tric. T. 7, p. 467.)"

"Es mucha razón que los hijos adoptivos cumplan la voluntad declarada en el Testamento de su Padre; pues dice el Apóstol: Si padecemos con El, seremos glorificados con El. Son compañeros de la humildad de Jesucristo los que son coherederos de la gloria prometida. (S. León Papa, Serm. 29, c. 13, sent. 20, Tric. T. 8, p. 385.)'

"No se merece el Reino de los Cielos durmiendo. No se dará la felicidad eterna a los que pasan la vida en la pereza y torpe ociosidad. Es preciso padecer con Jesucristo para reinar con El; es necesario andar por aquella senda, de la que dijo el Señor: Yo soy el camino. El mismo Señor, sin tener a nuestro favor algunas buenas obras, nos asistió con sus gracias y con sus ejemplos, para que, escogidos para

hijos adoptivos, con las unas, nos elevan a merecer, y con los otros, nos animase al trabajo. (S. León Papa, Serm. 34, sent. 26, Tric. T. 8, p. 387.)"

"Predica el Apóstol y dice: Todos los que quieren vivir con piedad en Cristo, padecerán persecución. Por esto nunca falta la tribulación de la persecución, si nunca falta la piedad, observancia de la piedad. Exhortaba el Salvador del mundo a sus Discípulos, y les decía: El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mi. Esto no lo dijo a sólo los Apóstoles, sino a todos los fieles y a la iglesia en general, representada en aquellos a quienes Jesucristo hablaba. Así como en todo tiempo debemos vivir con piedad, así también en todo tiempo debemos llevar nuestra cruz. Cada uno la tiene proporcionada a sus fuerzas, y por este nombre de persecución se entiende toda especie de trabajos. (S. León Papa, Serm. 47, sent. 41, Tric. T. 8, p. 392.)"

"Si padecemos con Jesucristo, reinaremos con él. Los mártires que derramaron la sangre por su gloria, no son los únicos que aspiraron al premio; porque todos los fieles que sirven a Dios, y observan sus Mandamientos, están crucificados con Jesucristo, y así, se verán coronados con El. (S. León Papa, Serm. 67, sent. 54, Tric. T. 8, p. 395.)"

"¿Quién es el que honra dignamente los misterios de la pasión, muerte y resurrección del Hijo de Dios, sino aquel que padece, muere y resucita con El? (S. León Papa, Serm. 68, sent. 55, Tric. T. 8, Ibid.)"

"Aunque la fe está ya esparcida por todo el mundo, y son menos los perseguidores, no por eso se han acabado las persecuciones. Aún duran los combates que presentaban a los Santos Mártires de Jesucristo: la necesidad de llevar la cruz no sólo estuvo en los que con tan horribles suplicios eran atormentados, para extinguir en ellos el fuego de la caridad. Todavía tienen los siervos de Dios otra especie de martirio que sufrir; así lo dice el Apóstol. Todos los que quieren vivir con piedad en Jesucristo, padecerán persecución. Es ser muy tibio y cobarde el no querer padecer persecución alguna. (S. León Papa, Serm. 68, sent. 56, Tric. T. 8, p. 395 y 396.)"

"Como yo se que Dios castiga a los que recibe por hijos suyos, me consuela una esperanza de los bienes eternos, que es tanto más cierta, cuanto más duramente me oprime el trabajo de los presentes males. (S. Gregorio el Grande, Epist.. ad Leand. Episc., sent. 1, Tric. T. 9, p. 231.)"

"Todo el que murmura en las persecuciones y males que padece, acuas la justicia del que se los envía. Es preciso pues, que el hombre se tenga por más puro que el Señor, para quejarse de los azotes con que le castiga, y de algún modo es preferirse al mismo Dios reprender la conducta del Señor cuando le aflige. De este modo, cuando se considera como se debe la grandeza de Dios, aprendemos a temerle con profunda humildad siempre que nos castiga. Por lo cual, el que sabe gustar bien de las cosas celestiales, sufre con paciencia las interiores, porque conoce en sí mismo la poca estimación que merece todo cuanto se hace en lo exterior. Sin razón juzga que tiene el corazón recto, y que es justo el que ignora la regla de la suprema equidad y la justicia Divina. (S. Greg. el Grande, (lib. 5, c. 37, p, 170) sent. 12, Tric. T. 9, p. 233 y 234.)"

"Y ninguno habrá que los libre. Porque la Divina Verdad no libra de los eternos males sino a los que ejercita con algún castigo, interrumpiendo su prosperidad temporal. De suerte, que el que no quiere que ahora le aflija Dios, no merecerá algún día que le libre y le salve; y no hay duda que los injustos que huyen de Dios cuando los castiga como buen padre, no le hallarán algún día para socorrerlos cuando se vean en la aflicción y dolor. (S. Gregorio el Grande, lib. 6, c. 7, p. 185, sent. 18, Tric. T. 9, p. 235.)"

"Cuando más afligida es la carne con las calamidades y azotes que Dios la envía, más capaz está el alma de elevarse con santos deseos a las cosas celestiales. (S. Grego. el Grande, Ibid. c. 13, p. 178, sent. 19, Tric. Ibid. Ibid.)"

"Un alma dormida en el vicio necesita que la despierte algún castigo o alguna desgracia: para que, pues durante la prosperidad cayó del estado de la inocencia y la justicia en que descansaba con excesivo sosiego, la haga la aflicción conocer la profundidad de su caída. De este modo será para ella el rigor de la divina corrección una favorable fuente de luz. (S. Greg. el Grande, lib. 5, c. 23, p. 100, sent. 22, Tric. T. 9, p. 236.)"

"Cuando los escogidos se ven en la aflicción de los males del mundo: cuando padecen ignominias, injurias, pérdida de bienes y enfermedades, todo esto les parece bien duro: pero así que levantan los ojos de su alma a la consideración del premio eterno, les parece muy poco lo que sufren en comparación de la recompensa infinita que les espera. De este modo los trabajos que serían insoportables, si en ellos sólo se atendiera al dolor que causan, se hacen ligeros poniendo

la mira en el premio. (S. Greg. el Grande, lib. 8, p. 248, sent. 32, Tric. T. 9, p. 240.)"

"Mezcla Dios los trabajos con sus dones, para que se nos haga amargo todo cuanto nos deleitaba en el mundo, y para que se levante en nuestro corazón tal incendio, que nos esté siempre excitando deseos celestiales, y por decirlo así, nos muerdan con deleite, nos atormenten suavemente, y nos contristen alegremente. (S. Greg. el Grande, Homl. 16, sent. XXIV, adic. Tric. T. 9, p. 387.)"

"Las enfermedades del cuerpo no os entreguen a la triste pesadumbre: dad en vuestros males gracias a Dios porque se digna de visitaros: preferid a la salud del cuerpo la del alma: poned más cuidado en que el espíritu se conserve bueno, que en que el cuerpo se libre de los trabajos. La enfermedad purifica y corrige el alma, al mismo tiempo que abate la insolvencia de la carne, y amortigua su delicadeza. (S. Anselmo, Exhort, ad contemptum temporal, sent. 12, Tric. T. 9, p. 341 y 342.)"

"La voz de la tortolilla no resuena dulce, pero enseña cosas dulces, (quiero decir el amor de su igual). (S. Bernardo, Serm. 65, in Cant., sent. 24, Tric. T. 10, p. 323.)"

"Al que espera cosas grandes, suelen parecerle menos agradables las pequeñas. (S. Bern., Epist.. 153, sent. 77, Tric. T. 10, p. 326.)"

"La persecución distingue los verdaderos Pastores, de los mercenarios. (S. Bern. de Convers. ad Cler. n. 22, sent. 84. Tric. T. 10, p. 327.)"

"El hombre que huye del trabajo, no se emplea en aquello para que ha nacido. (S. Bern. de Cont., ad Cler. n. 39, sent. 112, Tric. T. 10, p. 328.)"

"Si siempre nos sucedieran desgracias, ¿quién las podría sostener? Si siempre prosperidades, ¿quién no confiaría demasiado? Pero aquella sabiduría tan próbida que todo lo gobierna, con tal templanza va alterando el curso de la vida temporal de sus escogidos con lo uno y con lo otro, que ni las adversidades los quebranten, más agradables después de aquellas, y aquellas se hacen con estas más tolerables. (S. Bern., Epist.. 136, ad Patr. Pap. Episc. sent. XXV, adic. Tric. T. 10, p. 354 y 355.)"

Amor a Dios.– "Permitidme que vaya a ser pasto de las fieras, y a volar por ellas a Dios: dejad que me deshagan entre sus dientes las fieras, como trigo de Dios para ser pan puro de Jesucristo. (S. Ignacio, carta a los Rom. n. 4, Tric. T. 1, p. 32, sent. 3.)"

"Vengan sobre mi el fuego, los patíbulos, las fieras, la dislocación de los huesos, la separación de los miembros, la destrucción de todo el cuerpo y cuantos tormentos pueda escogitar el furor del enemigo, todos me serán soportables por conseguir a Jesucristo. Nada me serviría el domino del ámbito de la tierra ni el imperio del universo; me tendré por más feliz mil veces en morir por Jesucristo. Busco a Aquel que murió por nosotros; quiero al que por nosotros resucita; no hay para mí otro tesoro. (S. Ignacio, cara a los Romanos, n. 5 y 6, Tric. id. id., sent. 4.´y 5.)"

"Mi amor está crucificado, el fuego que me abrasa no apetece agua material: una agua viva me habla interiormente, y me dice: Ven a tu Padre; yo no tengo gusto en los manjares corruptibles, ni en los deleites de esta vida, quiero el pan de Dios, que es Jesucristo, hijo de Dios, de la estirpe de David. (S. Ignacio, carta a Policarpo, sent. 6, Tric. id. id. id.)"

"Os suplico que no me miréis con benevolencia intempestiva; dejadme ser pasto de las fieras, pues por ellas he de conseguir ver a Dios. Yo soy trigo de Dios y he de ser molido entre los dientes de las fieras para verme hecho limpio pan de Dios; antes bien, halagad a las fieras para que sean mi sepulcro y nada dejen de mi cuerpo, para no ser molesto a nadie después de muerto. Pido que roguéis por mi a Jesucristo que me haga hostia de Dios por vuestra súplicas. (S. Ignacio, carta a los Rom., Tric. T. 1, p. 339, sent. IV.)"

"Ojalá llegue yo a gozar de las fieras que me tienen preparadas, y que ya deseo vengan con más velocidad contra mi. Yo las halagaré para que me traguen cuanto antes y no suceda lo que a otros que no se atrevieron a tocarles: pero si a mi, por más que lo deseo, no quieren venir, yo las obligaré por fuerza. Perdonadme, pues yo se lo que me conviene: el fuego, la cruz, la concurrencia de las fieras, el rompimiento de mis huesos, el destrozo de mis carnes, el desmenuzamiento de todo mi cuerpo, y aun los malos tormentos del Diablo vengan sobre mi, solo con la condición de que yo consiga a Jesucristo. (S. Ignacio, ídem. sent. V.)"

"Perdonadme hermanos, y no me sirváis de impedimento queriendo que no muera, para que así no viva; cuando deseo ser de Dios, no me separéis por este mundo, ni me seduzcáis con las cosas materiales; dejadme beber la pura luz, que en estando allí seré hombre. Permitidme ser imitador de la pasión de mi Dios; si otra cosa os pido cuando esté presente no me obedezcáis. Creed entonces a lo que ahora os

escribo, porque os escribo en esta vida; pero suspirando por morir; mi amor está crucificado; el fuego que hay en mi no quiere agua, es un fuego vivo que habla en mí, y me dice interiormente: Ven al Padre, no me contenta alimento corruptible, ni las delicias de esta vida; quiero el pan de Dios, que es la carne de Jesucristo, de la estirpe de David. (S. Ignacio, id. id., sent. VII.)"

"No son compatibles el amor de Dios y el del mundo, así como no es posible subsistir la luz con las tinieblas ni Jesucristo con Belial. (Orígenes, T. 19, de los Coment. sobre S. Juan, Tric. T. 1, p. 249.)"

"El que solo medita en la Ley de Dios y los premios que nos ha prometido Jesucristo, nada quiere sino lo que Dios dispone, y su voluntad es la del Señor; y en este caso ya no vive la vida de este siglo, sino la celestial del siglo venidero. (S. Cipriano, carta 15 a Maximino, sent. 4, Tric. T. 1, p. 296.)"

"Hay grande diferencia en que alguno pretenda merecer con los hombres o con Dios. Si se agrada a los hombres, Dios es ofendido: pero si toda nuestra diligencia y cuidado se emplea en agradar a Dios, es preciso despreciar las afrentas y maldiciones humanas. (S. Cipriano, Epist. 35 ad Concel., sent. IV, Tric. T. 1, p. 379.)"

"Amaréis al Señor vuestro Dios con todo el corazón: El que dice con todo el corazón no admite división alguna que pueda apartar la menor parte: porque cuanta afición se pone a las cosas inferiores, otra tanta se quita de la que se debe a Dios. (S. Basilio, in Psalm. 44, sent. 9, Tric. T. 3, p. 192.)"

"Nada concilia y une con tanta fuerza los espíritus de los que sirven a Dios con afecto sincero, como la conformidad de sentimientos y doctrina en lo perteneciente al Señor: al contrario, nada divide tan fácilmente los espíritus, como la diferencia de opiniones sobre esta materia. (S. Gregorio Nacianc., Orat. 12, sent. 23, Tric. T. 3, p. 355.)"

"No hay cosa en el mundo tan grande como la que el menor de los hombres pueda ofrecer a Dios: y así entregaos vosotros mismos a Dios. (S. Gregorio Nacianc., Orat. 40, sent. 49, Tric. T. 3, p. 360.)"

"La perfección consiste en temer sólo una cosa, que es verse apartado del amor de Dios, por sólo el cual creo que es perfecto el hombre. (S. Gregorio de nisa, sent. 3, Tric. T. 4, p. 118.)"

"El tiempo de amar a Dios es toda la vida. (S. Gregorio de Nisa, in Eccles, n. 8, sent. 5, Tric. T. 4, p. 113.)"

"Debéis amar a Dios con todo vuestro corazón, con toda vuestra

alma, potencia y sentidos; a vuestro prójimo como a vosotros mismos, y a vuestra mujer si vive con piedad, como Jesucristo ama a su Iglesia: si su vida es más común, y no está desprendida de las pasiones, siempre debéis amarla como a vuestro mismo cuerpo, según lo ordena el Apóstol. (S. Gregorio de Nisa, in Can. Cant. n. 3. 4, sent. 6, Tric. T. 4, p. 113 y 114.)"

"Aquel se aparta de Dios que no se une a el con la oración. (S. Gregorio de Nisa, de orator, sent. 7, Tric. T. 4, p. 114.)"

"Los que con el espíritu y el corazón se entregan a las cosas del mundo, y ponen todo su cuidado y aplicación en agradar a los hombres, no pueden cumplir el primero y el mayor de los preceptos, que es: Amar a Dios con todo su corazón y con todas sus fuerzas, porque, ¿cómo ha de amar a Dios con todo su corazón aquel que sólo aplica una parte de él y da la otra a todas las cosas del mundo, y robándole la afición al que únicamente se le debe, gasta todo su amor en las pasiones humanas? (S. Gregorio de Nisa, de Virg., c. 9, sent. 30, Tric. T. 4, p. 119.)"

"Lo que tienen de penoso los Mandamientos de Dios, es dulce para los que le aman. (S. Gregorio de Nisa, de perfet. Christ., sent. 39, Tric. T. 4, p. 120.)"

"El que ama verdaderamente a Dios debe conservar inviolablemente este amor en cualquier estado que se halle. Ama un padre verdaderamente a su hijo, y así no deja de amarle, aun cuando le reprende y le castiga. Porque, según lo advierte la Escritura: Castiga el Señor a los que recibe en el número de sus escogidos. Por lo que en el mismo castigo debéis amar al Señor que os corrige: pues lo hace así para colocaros en el número de sus hijos. Cierto que sería muy poco amor el que solo durase el tiempo que Dios os colma de toda especie de beneficios. (S. Ambrosio, in Psalm. 1, sent. 40, Tric. T. 4, p. 321.)"

"Cualquiera que es infiel a Dios, no puede ser fiel a su amigo. (S. Ambrosio, lib. 3, c. 16, sent. 133, Tric. T. 4, p. 340.)"

"Yo meditaba en tus Mandamientos porque amé mucho. Ninguno cumplirá los preceptos divinos si no ama; y no solo ha de amar; ha de amar mucho. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 33, adic. Tric. T. 4, p. 403.)"

"Nada perjudica a los que aman a Dios el no saber pedir; porque Dios que sabe el deseo de su corazón, y su ignorancia, no les imputa que pidan lo que no les conviene; sino que les concede lo que debe dar a los que le aman. (S. Ambrosio, in Epist. ad Rom., c. 7, sent. 110, adic. Tric. T. 4, p. 405.)"

"El amor de Dios y el temor del infierno rompen con facilidad los lazos que nos tienen atados a nuestros parientes. (S. Jerónimo, Epist.. ad Heliod, 14, sent. 2, Tric. T. 5, p. 239.)"

"Nada parece duro a los que aman; nada es difícil cuando se vence por llegar a lo que se desea. Considerad cuántos trabajos padeció Job por conseguir a Raquel. Job, dice la Escritura, sirvió por Raquel siete años, y estos le perecieron pocos días respecto de su amor. Amemos a Jesucristo y procuremos con fervor unirnos con El, y las cosas más difíciles nos parecerán muy fáciles, y todo lo que ahora es largo, se nos hará muy corto. (S. Jerónimo, Epist.. ad Eustoch., c. 22, sent. 24, Tric. T. 5, p. 242.)"

"Ordenad en mí la caridad. En todos nuestros afectos, es necesario el buen orden. Después de Dios amad a vuestro padres, a vuestra madres, y a vuestros hijos. Si llega la ocasión en que sea preciso poner en balanza el amor de Dios y el amor de nuestros padres, de tal suerte, que sea imposible conservar los dos amores; entonces el aborrecimiento a los padres es piedad para con Dios. No nos prohíbe, pues, el Señor que amemos a nuestros padres; lo que solamente nos prohíbe es amarlos más que a el. (S. Jerónimo, in c. 10. Matth, sent. 95, Tric. T. 5, p. 255 y 256.)"

"Solamente en Dios pongamos nuestra esperanza; no digamos: ¿en dónde hallaré, cuando sea anciano, con qué vivir? Si enfermo ¿quién me sustentará? ¿Tenéis a Jesucristo y tembláis? Este Señor da de comer a las avecitas, y ¿dudáis que os alimente? El diablo parece que sustenta a los que son suyos, y ¿no creéis que Jesucristo dará a los suyos el sustento? El diablo está proporcionando a los suyos oro y piedras preciosas, y ¿no podrá Jesucristo daros pan? Arrojemos, pues, de nuestro corazón toda solicitud, y digamos con el profeta: Nosotros haremos en nombre de Dios acciones llenas de fortaleza; porque El será nuestra fuerza. El será nuestro sustento, y El será nuestro guía. (S. Jerón., in lsalm. 10, sent. 113, Tric. T. 5, p. 258.)"

Abrasadnos sin cesar ¡oh mi Jesús, y mi Divino Maestro! con aquel sagrado fuego: para que nuestros sentidos se iluminen en tu ley, y nuestros vicios se consuman con su ardor, pues solo ese divino fuego es capaz de resistir al fuego eterno. (San Paulino, Epist.. 44, ad. Apr. de Amand., sent. 19, Tric. T. 5, p. 332.)"

"Grande fuerza alcanza el verdadero amor y el que es perfectamente amado, se apodera de toda la voluntad del amante: nada manda tanto como la caridad. Nosotros, si de veras amamos a Cristo, si nos

acordamos de que estamos redimidos con su sangre, ya no debemos querer, ni hacer sino lo que sabemos que El quiere. (S. Paulino, in Append. sent. XVI, adic. Tric. T. 5, p. 362 y 363.)"

"Dios nos da esta vida para servirle, y vosotros la consumís inútilmente. Y después de esto preguntáis, y ¿qué pérdida es esta? Si disipáis inútilmente la menor cantidad de dinero, lo tenéis por grande perjuicio; y cuando pasáis los días enteros en diversiones vanas y en obras del demonio, os parece que nada habéis perdido: pero el tiempo jamás vuelve, y solo con muy grandes dificultades nos podemos reintegrar. (S. Juan Crisóst., Homl. 57, c. 9, Joann., sent. 83, Tric. T. 6, p. 315.)"

"De nada nos servirá ayunar, orar, dar limosna y practicar otras buenas obras, si todo esto no lo hacemos por sólo Aquel que conoce las cosas ocultas, y penetra lo más secreto de los corazones. (S. Juan Crisóst., Homl. 8. in Génesim, sent. 90, Tric. T. 6, p. 316.)"

Cuando el hombre está muy penetrado del amor de Dios, y aspira al Señor con toda la extensión de sus deseos, no repara en las cosas visibles, y tiene continuamente delante de los ojos de su alma, de día y de noche, al acostarse y al levantarse, la imagen de aquel objeto amado que quiere y deseas. (S. Juan Crisóst., Homl. 23, c. 6, in Génesim, sent. 95, Tric. T. 6, p. 317.)"

"Un hombre poseído del amor profano, quisiera morir mil veces por la persona a quien ama, siendo así que nada puede esperar de ella después de su muerte. Hagamos nosotros lo mismo, y sin considerar nosotros el premio de la otra vida, y la esperanza de los bienes del cielo, suframos todos los trabajos puramente por el amor de Dios. (S. Juan Crisóst., Homl. in Psalm. 7, sent. 123, Tric. T. 6, p. 323.)"

"Amamos a Dios por ser quien es, y no sólo por los bienes que de El nos vienen. (S. Juan Crisóst., Ibid., sent, 124, Ibid, Ibid.)"

"Los preceptos, no tanto son difíciles por su naturaleza, cuanto por la pereza y cobardía de los hombres; de suerte, que todos los que trabajan con cuidado y diligencia para observarlos, los hallarán suaves y fáciles, según aquellas palabras de Jesucristo: Mi yugo es suave y mi carga ligera. (S. Juan Crisóst., in Psalm. 111, sent. 135, Tric. T. 6, p. 325.)"

"Porque Dios nos ama mucho, permite que seamos afligidos en este mundo, con el fin de unirnos más perfectamente consigo. Y así como las madres que tienen niños que no quieren estarse con ellas suelen precisarles a volver, haciéndolos que los asustan con alguna

máscara, no para causarles mal, sino para que no se aparten de sus brazos, del mismo arbitrio con corta diferencia se vale Dios, por el ardiente amor que nos tiene, cuando para unirnos más estrechamente consigo, permite que estemos reducidos a la necesidad de recurrir continuamente a su gracia, de invocarle sin cesar, y de abandonar todos los cuidados para ocuparnos en la oración, y decirle a cada instante: Señor, libertad mi alma. (S. Juan Crisóst., in Psalm. 114, sent. 137, Tric. T. 6, p. 325.)"

"Todo aquel que está verdaderamente poseído del divino amor, vive como si no hubiera en la tierra sino él sólo, y no se le da cuidado de las ignominias ni de la gloria. Tampoco le inquietan las tentaciones ni los trabajos que Dios le envía, como si los sufriera en un cuerpo extraño: en cuanto a las cosas agradables que se presentan en esta vida, se burla de ellas y no tienen más afición que la que un cuerpo difunto tiene para otro cadáver. (S. Juan Crisósto., Homl. 52, c. 26, sent. 282, Tric. T. 6, p. 358.)"

"Un siervo fiel y reconocido, todo lo debe hacer por Jesucristo, aunque no hubiera otra recompensa. Porque solamente por obligarnos a amarle nos amenaza con las penas del infierno y nos tiene prometido su reino. Amémosle, pues, ya que es tan justo que le amemos. Esta es nuestra mayor recompensa; este es el reino celestial; estos son nuestros placeres, nuestra delicia y nuestra honra; esta es nuestra gloria, nuestra luz; y por último, esta es nuestra suprema felicidad. (S. Juan Crisóst., Homl. 5, sent. 285. Tric. T. 6, p. 359.)"

"¿Qué hay en el cielo para mi, y qué es lo que quiero yo en la tierra fuera de Vos? es como si dijera este Santo Profeta: Yo no deseo cosa alguna de cuantas hay en el cielo y en la tierra, sino sólo a Vos. En Dios está mi único amor, y si yo amo dignamente este divino objeto, miraré como nada lo presente y lo futuro en comparación de su amor. (S. Juan Crisóst., Ibid. sent. 286, Tric. Ibid. Ibid.)"

"Solo una cosa es necesaria, que es: amar a Dios con amor sincero y con este nos vendrán todas las demás. (S. Juan Crisóst., Homl. 15, c. 8, sent. 288, Tric. T. 6, p. 360.)"

"Amar a Dios es el Reino del cielo, es el verdadero placer, y es la verdadera felicidad: no puedo yo decir de este amor cosa tan grande que pueda expresar su excelencia; pues solo los que lo experimentan pueden conceptuar cual es su precio. Esto hizo decir al Profeta Rey: Poned en el Señor vuestra alegría. Y en otra parte: Gustad y ved cuán suave es el Señor. Estemos, pues, muy persuadidos de esta verdad;

pongamos todo el placer y delicias en el amor divino; de este modo haremos una vida de Angeles, y aun viviendo sobre la tierra no la cederemos a los mismos que habitan en el cielo. (S. Juan Crisósto., Homl. 22, sent. 293, Tric. T. 6, p. 361 y 362.)"

"Puso Dios en nosotros los ojos, la boca y el oído, para que todos nuestros miembros le sirviese; para que oigamos las cosas de Dios, hablemos de lo que pertenece a Dios, y obremos siempre lo que es de Dios. (S. Juan Crisóst., Homl. 2, c. 1, Matth. sent. 1, adic. Tric. T. 6, p. 451.)"

"No es dichoso en este mundo sino aquel que ama lo que debe amar, y no lo es el que posee lo que ama. (S. Agust., Psalm. 18, sent. 7, Tric. T. 7, p. 454.)"

"Todo cuanto no es Dios, nada tiene de amable para mi; me conformo con que nada me conceda de lo que me puede dar, con tal que se me de a si mismo. (S. Agust., Psalm. 26, sent. 9, Tric. T. 7, p. 454.)"

"Si hallaréis alguna cosa que sea más grande, más excelente y más amable que Dios, os permito desearla. (S. Agust., Psalm. 26, sent. 10, Tric. T. 7, p. 455.)"

"El verdadero amor no puede estar ocioso: no hallaréis amor que no esté siempre obrando. (S. Agustín. Serm. 30, sent. 21, Tric. T. 7, p. 456.)"

"No permita Dios que yo os diga que no amáis, porque sin amor estaríais torpes, perezosos y como muertos. Amad, pues, pero cuidado con lo que debéis amar. El amor de Dios y el del prójimo se llama caridad, y el amor del mundo concupiscencia. Reprimid la concupiscencia en vuestra alma, y encended en ella la caridad. (S. Agust., Ibid., sent. 22, Tric. Ibid., Ibid.)"

"Aquel tiene verdadera fortaleza que pone toda su fuerza en Dios, y no en sí mismo. (S. Agust., Ibid., sent. 23. Tric. Ibid., Ibid.)"

"Aquel agrada a Dios, a quien solo Dios agrada. (S. Agust., Psalm. 32, sent. 26, Tric. T. 7, p. 456.)"

"Jamás os separáis de Dios, si siempre queréis lo que Dios quiere. (S. Agust., Ibid., sent. 27, Tric. Ibid., Ibid.)"

"Nada nos debe agradar tanto como aquel Señor que hizo todas las cosas que agradan en este mundo. (S. Agust., Ibid., sent. 28. Tric. Ibid., Ibid.)"

"Sea Dios vuestra esperanza, y sea vuestra fortaleza; sea el cumplimiento de todo vuestros deseos: sea vuestra única alabanza: sea el

único fin en donde halléis el reposo y la paz; sea el Señor vuestra asistencia en vuestros trabajos. (S. Agust., Ibid., sent. 30, Tric. Ibid., Ibid.)"

"El frío de la caridad es el silencio del corazón; el ardor de la caridad es el clamor del corazón. Si conserváis siempre la caridad, siempres estáis clamando a Dios; y si no cesáis de clamar no hay duda, que siempre lo deseáis. (S. Agust., Psalm. 37, sent. 42, Tric. T. 7, p. 458.)"

"Dios equivale a todo cuanto podéis desear: aprended, pues, a amar a Dios, en la criatura, y al soberano Autor en sus mismas obras: no os dejéis arrastrar del amor a lo que Dios ha hecho, ni abandonéis aquel Señor que os hizo a vosotros mismos. (S.Agust., Psalm. 39, sent. 52, Tric. T. 7, p. 459.)"

"Dios es generalmente el Dios de todos los hombres; pero propiamente se llama Dios de los que le aman, de los que no se separan de El, de los que le poseen, le sirven y le honran. (S.Agustín, Salm. 54, sent. 78, Tric. T. 7, p. 461.)"

"Amemos a Dios de tal suerte, que nada amemos fuera de El. (S. Agust., Idem., sent. 79, Tric. Ibid., p. 462.)"

"Dios cuenta por hecho cuanto queréis hacer por su amor, si no podéis ejecutarlo. (S. Agustín, Salm. 57, sent. 81, Tric. T. 7, p. 462.)"

"Conservad la caridad, que es como un sello espiritual que junta nuestra alma con Dios; pero de tal modo, que Dios vaya delante y vosotros le sigáis; pues querer andar por donde Dios no va, es querer vivir según su propia voluntad, y no seguir sus divinos preceptos. (S. Agustín, Salm 62, sent. 97, Tric.T. 7, p. 463.)"

"Lo que se ama, es lo que propiamente se honra y se sirve; pues como Dios es mayor y mejor que todo, para servirle bien, es preciso amarle sobre todo. (S. Agust., Salm. 77, sent. 123, Tric. T. 7, p. 466.)"

"Nada nos ocupará en el cielo sino el amor de Dios y sus alabanzas. (S. Agust., Salm. 78, sent. 125, Tric. T. 7, p. 466.)"

"Aunque todavía viváis en la tierra, si amáis a Dios, ya estáis en el cielo. (S. Agust., Salm 78, sent. 132, Tric. T. 7, p. 466.)"

"Si amáis a Dios, aun cuando calláis, es vuestro mismo amor una voz poderosa que llega hasta el Señor, es un nuevo cántico que llega hasta sus propios oídos. (S. Agust., Salm. 95, sent. 142, Tric. T. 7, p. 467.)"

"Sirvamos y honremos a Dios por ser quien es, y El sólo sea el

premio del culto que le demos: amémosle en si mismo; amémosle también en nosotros; amémosle en nuestro prójimo, a quien debemos amar como a nosotros mismos. (S. Agust., Salm. 116, sent. 156, Tric. T. 7, p. 468.)"

"¿Quién es aquel que agrada a Dios? Es aquel a quien Dios agrada. Haced de modo que os agrade para que de este modo le agradéis; mas sabed que jamás os gustará, si no os disgustáis a vosotros mismos. (S. Agust., salm. 116, sent. 159, Tric. T. 7, p. 469.)"

"Vuestra lengua solo a ciertas horas puede alabar a Dios; alábele, pues, siempre vuestra vida. (S. Agustín, Salm. 146, sen. 168, Tric. T. 7, p. 469.)"

Cantamos en voz alta para excitarnos a nosotros mismos, y cantamos de corazón para agradar a nuestro Dios.

"Alabad a Dios con todo cuanto sois: cante sus alabanzas la voz, cante la vida y canten las acciones. (S. Agust., salm. 148, sent. 175, Tric. T. 7, p. 470.)"

"No es otra cosa vivir bien, sino el amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todo el entendimiento. (S. Agust.: de morib,. Ecc., c. 25, sent. 8, adic. Tric. T. 7, p. 483.)"

"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón: lo mismo dijo Jesucristo por estas palabras. Ninguno puede servir al mismo tiempo a dos Señores. Lo cual significa que no debe dividirse nuestro amor entre Dios y las riquezas, ni entre Dios y la mujer, o los hijos y amigos; sino que debe estar enteramente consagrado al Criador, y que solamente después de Dios y por Dios hemos de amar a los que tenemos obligación, como son los padres, la esposa, los hijos, los hermanos y los amigos. (Teodoreto, Quaset. 3, sobre el Deut., sent. 2., Tric. T. 8, p. 262.)"

"Cuanto más versada está una persona en las cosas de Dios, más se abrasa a si misma, y a los otros en las llamas del amor divino. (Teodoreto, Orat. de Char., sent. 10, Tric. T. 8, p. 264.)"

"Tenga presente el hombre, que el primer amor se debe a Dios; el segundo al prójimo, y que por esta regla ha de dirigir todos sus afectos, para que ni falte al culto del Señor, ni a la utilidad del prójimo ¿Cómo daremos a Dios el debido culto, sino queriendo lo que el quiere, sin que jamás se aparte de su imperio ninguno de nuestros afectos? Porque si queremos lo que El quiere, ya deseamos que nuestra flaqueza reciba el valor de Aquel de quien recibimos esta misma voluntad. Dios, a la verdad, dice el Apóstol, es el que obra en noso-

tros al querer y el perfeccionar, según la buena voluntad. (S. León Papa, Serm. 19, c. 3, sent. 12, Tric. T. 8, p. 385.)"

"El que ama a Dios, se contenga con agradar a su amado, y no hay que desear mayor premio que el mismo amor; porque de tal modo es de Dios la caridad, que el mismo Dios es caridad, y el alma devota y casta se alegra tanto de verse llena de Dios, que no desea deleitarse con otra cosa que no sea el Señor. Es grande verdad lo que este dijo: En donde está tu tesoro, allí estará tu corazón. (S. León Papa, Serm. 92, c. 3, sent. 75, Tric. T. 8, p. 402.)"

"Muchos podrán excusarse con sus enfermedades de ayunar y velar, por ser obras superiores a sus fuerzas; mas no hay excusa legítima para no amar a Dios y al prójimo, supuesto el precepto de la Ley. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. 51, sent. 11, Tric. T. 9, p. 45.)"

"Nuestro corazón no es verdaderamente santo, cuando de ningún modo le inflaman los dardos del amor de Dios; cuando no siente la infelicidad de su destierro; cuando no se conduele del mal del prójimo. Pero este mismo corazón está herido para sanar cuando al tiempo, que estaba como insensible, le penetra Dios saludablemente con los tiros de su amor, y cuando así se le hace sensible con el ardor de su caridad. (S. Greg. el Grande, lib. 5, c. 25, p. 200, sent. 23, Tric. T. 9, p. 236.)"

"En el libro de los números se ordena que la púrpura que entonces se ofrecía en los sacrificios estuviese dos veces teñida, para significar que nuestra caridad debe parecer a los ojos de nuestro Juez interior, como teñida con el lustre del amor de Dios y del prójimo: de suerte, que el alma verdaderamente convertida a Dios, no desee con tanta ansias el reposo en que vive por su amor, que desprecie el cuidado de la salud de su prójimo, ni debe estar tan ocupada en el servicio y caridad de su prójimo que abandonado del todo el santo reposo de la meditación, deje apagarse en su espíritu las llamas del divino amor. Cualquiera, pues, que se ha ofrecido a Dios en sacrificio, debe necesariamente, si quiere llegar a estado más perfecto, no solamente adelantar en la carrera de las buenas obras, sino también elevarse a lo sublime de la contemplación divina. (S. Greg. el Grande, ib. c. 37, p. 207, sent. 24, Tric. T. 7, p. 237.)"

"Si el alma se aficiona a Dios con todo el fervor de que es capaz, todas las amarguras de esta vida le parecerán dulces y agradables. Hallará en la aflicción su descanso; deseará la muerte para llegar a una vida más perfecta; no pensará sino en abatirse a las cosas más

bajas de la tierra, para poderse mejor elevar a las que son verdaderamente sublimes. (S. Greg. el Grande, lib. 7, c. 15, p. 219, sent. 27, Tric. T. 9, p. 238.)"

"En el primer libro de los Reyes leemos, que aquellas vacas que tiraban del carro en donde estaba el Arca del Señor, iban bramando de sentimiento de no ver a su costado los ternerillos que les habían encerrado; pero no por eso dejaban de caminar; arrojaban de lo profundo de sus entrañas grandes bramidos, mas no por esto se apartaban del camino derecho; sentían en sí mismas los movimientos de ternura hacia sus ternerillos, pero no por eso volvían la cabeza. Así deben caminar los que, sujetos al yugo sagrado de la ley de Dios, llevan, por decirlo así, el Arca del Señor en la divina ciencia de que están llenos; porque muchas veces se ven precisados a compadecerse de las necesidades de sus prójimos; pero siempre sin separarse del derecho camino de la virtud en que han entrado. (S. Gregorio el Grande, lib. 7, c. 30, p. 232, sent. 29, Tric. T. 9, p. 239.)"

"Nada se puede entender mejor bajo el nombre de ley de Jesucristo, que la ley de la caridad; y entonces verdaderamente la cumplimos cuando sufrimos las flaquezas y defectos de nuestro prójimo con el sentimiento de un amor sincero. Dice la Escritura, que esta ley en su grande extensión abraza muchas ramas, porque se comunica a todas las acciones de virtud. Empieza por los dos principales preceptos, que son el amor de Dios, y el del prójimo: después se extiende a las demás voluntades de Dios, que son innumerables. Tres cosas pide el amor de Dios, pues nos manda que le amemos con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas. Sobre lo cual debe advertirse, que cuando la palabra de Dios nos intima su amor, no solamente nos manda que le amemos sino también cuando debemos amarle, diciendo con todo, para que conozcamos, que si le hemos de agradar perfectamente, nada reservemos de nosotros mismos. (S. Greg. el Grande, lib. 9, c. 6, p. 340, sent. 48, Tric. T. 9, p. 249.)"

"El amor es fuerte como la muerte. Se compara la fuerza de la caridad a la de la muerte, porque mata el deseo de los placeres de esta vida, y a proporción que el alma está más insensible al temor de los males del mundo, tiene más fortaleza y elevación. (S. Greg. el Grande, lib. 9, p. 357, sent. 50, Tric. T. 9, p. 250.)"

"La caridad es paciente. Luego cuando no es sufrida, no es caridad. Con este vicio de la impaciencia, se disipa la misma doctrina que cría y nutre las virtudes. (S. Greg. el Grand., Past. 3, sent. 12, adic. Tric. T. 9, p. 382.)"

"Aquel tiene verdadera caridad que ama al amigo en Dios, y al enemigo por Dios. (S. Greg. el Grande, Homol. 7, sent. 27, adic. Tric. T. 9, p. 388.)"

"La prueba del amor es la manifestación de la obra. (S. Greg. el Grande, Ibid., sent. 28, Tric. Ibid., Ibid.)"

"¡Ay de mi! ¡Cuánto debiera yo amar al Señor, mi Dios, que me crió cuando yo no tenía ser, y me redimió cuando yo me había perdido! Yo no era, y Dios me hizo de nada; no me hizo para ser una criatura irracional; esto es, no quiso que yo fuese un árbol, una ave o un animal de cualquiera especie, sino que quiso que yo fuera hombre y criatura dotada de inteligencia y de razón. Me dio con el ser la vida, el sentir y la razón. Yo estaba ya muerto, y descendió el Señor hasta la bajeza de nuestra mortalidad. Siendo inmortal, se sujetó a la muerte, se hizo pasible; realmente padeció, y venció a la muerte, y de este modo me redimió. Así es: de este modo me ha prevenido en todo y siempre su misericordia y su gracia. Se hizo mi Libertador; de muchos males me ha salvado, y de muchos peligros me ha libertado. Cuando yo iba perdido, me redujo al redil; cuando yo estaba ciego y sepultado en la ignorancia, me iluminó y me instruyó, cuando yo estaba en la muerte del pecado. El mismo me dio la mano y me sacó del sepulcro; cuando yo estaba sepultado en una negra tristeza, me comunicó mil divinos consuelos; cuando yo estaba reducido a la funesta desesperación, me aseguró y me confortó; cuando caí me dio la mano y me levantó; cuando me sostuve, El era mi apoyo; cuando caminé, El era mi guía, y cuando volví a El, me recibió en los brazos de su misericordia. Todos estos bienes y otros mil me ha hecho mi Señor Jesucristo; siempre será mi dulce y útil ocupación pensar en ellos, y darle gracias por su bondad, para poder amarle y alabarle sin cesar como corresponde al exceso de sus bondades. Porque, ¿qué otra cosa podré yo dar por tantas gracias y beneficios, sino todo el amor que cabe en mi corazón? A la verdad, lo que se da por amor, no se puede reconocer ni recompensar sino con el amor. (S. Anselmo, 7.ª Meditat., sent. 45, Tric. T. 9, p. 352 y 353.)"

"En el cielo habrá un amor tan grande entre Dios y los bienaventurados, y en cada uno de ellos recíprocamente, que todos se amarán entre sí como a sí mismos. Mas todos amarán a Dios más que a sí mismos. De aquí proviene, que los que tienen el corazón lleno de amor de Dios y del prójimo, solamente quieren lo que Dios quiere y lo que quiere su prójimo, si este no pretendiese cosa alguna contra la

ley de Dios. De aquí nace, que gustan mucho de orar, conversar y de ocuparse en las cosas de Dios; porque les es muy dulce el desear a Dios, y hablar y pensar en Aquel a quien mucho aman. Por esto se alegran con los que están alegres; lloran con los que derraman lágrimas; se conpadecen de las necesidades de sus hermanos, y dan con gusto a los pobres, porque aman a los otros hombres como a sí mismos. Por esto también desprecian las riquezas, las Magistraturas y los deleites, no pretendiendo las honras ni las alabanzas. (S. Anselmo, ep. 22, lib. 2, sent. 53, Tric. T. 9, p. 357.)"

"En vano oye o lee el cautivo del amor el que no ama. (S. Bern., Serm. 70 in Cant. n. 1, sent. 31, Tric. T. 10, p. 324.)"

"El corazón frío no percibe las palabras que están llenas de fuego, así como el que no sabe el griego no entiende al que habla en esta lengua. (S. Bern., Ibid., sent. 32, Tric. T. 10, p. 324.)"

"Aquello que cualquiera ama sobre todas las cosas, se demuestra, si no es Dios, en lo que se ha propuesto en lugar de Dios. (S. Bern., –Trac. de cont., Mendi. ad Clerc. c. 5, n. 17–, sent. 38. Tric. T. 10, Ibid.)"

"El que ama parece muchas veces loco a los que no saben amar. (s. Bern., Praef. Lib. de Consid. sent. 50, Tric. T. 10, p. 325.)"

"La medida que se ha de guardar en amar a Dios, es amarle sin medida. (s. Bern., –Tract. de dilig. Deo, c. 16,–sent. 51, Tric. T. 10, p. 325.)"

"Al que gustó las cosas del espíritu es preciso que le sean insípidas las de la carne. (S. Bern., Ep. 3, sent. 64, Tric. T. 10, p. 326.)"

"El verdadero amor tiene su premio, y este es lo que se ama. (S. Bern., –Tract. de dilig. Deo, n. 17, sent. 123, Tric. t. 10, p. 329.)"

"El verdadero contento es el que proviene del Criador, y no de la criatura. (S. Bern., Ep. 144, sent. 125, Tric. T. 10, p. 329.)"

"A la verdadera caridad no le falta el premio; no obstante, que no es interesada. (s. Bern., –Tract. de Dilig. Deo, n. 17,– sent. 129, Tric. T. 10, p. 329.)"

"Lo primero, se ama el hombre por sí mismo por ser carne, y no poder saber a otra cosa que a sí mismo. Cuando ve que por sí no puede subsistir, empieza a buscar y amar a Dios por medio de la fe, porque le contempla necesario. en el segundo grado, pues, ama a Dios; mas no por el mismo Dios, sino por su propia utilidad; pero empezando a venerarle por su propia necesidad, y a tratarle, pensando en El, leyendo, orando, obedeciendo, se le va dando Dios a conocer

poco a poco, con semejante familiaridad: por consiguiente se la hace dulce; y gustando de este modo cuán suave es el Señor, pasa al tercer grado, hasta amar a Dios: no ya por su propio interés, sino por el mismo Dios. A la verdad, en este grado se para y no se si algún hombre en esta vida ha llegado a otro cuarto grado, en el que se ame el hombre solamente por Dios. (S. Bern., –Epist. II, ad Guig. Prio. Carth.,– sent. 8, adic. Tric. T. 10, p. 347 y 348.)"

"Ninguno que ama ya, desconfió de ser amado. El amor de Dios, que previene al nuestro, le sigue gustoso. Pues, ¡cómo es posible que se detenga en amar a los que amó, cuando no le amaban! Los amó, vuelvo a decir. Tienes por prenda del amor al Espíritu Santo. ¡Oh doble firmísimo argumento del autor que Dios nos tiene! Muere Cristo y merece ser amado: el Espíritu Santo nos da el afecto y nos hace amar. Aquel hace motivos de ser amado, y éste, que le amemos. Aquel recomienda en nosotros su mucho amor; éste nos le da. En Aquel miramos las cosas que debemos amar; de éste tomamos virtud para amarlas. Aquel, pues, nos dio la ocasión: éste el afecto: ¡O, qué confusión es ver con ingratos ojos al Hijo de Dios que muere! Pero, ¡Qué fácilmente sucede si falta el espíritu! (S. Bern., Ep. 107, ad. Thom. Praep., sent. 20, adic. Tric. T. 10, p. 352 y 353.)"

Amor al prójimo.– "No miréis con desprecio a los esclavos de ambos sexos, pero estos no se ensoberbezcan, antes bien sirvan a sus amos a honra y gloria de Dios, para conseguir mejor libertad. (S. Ignacio, carta a Policarpo, n. 5, Tric. tom. 1, p. 32, sent. 7.)"

"El que ame al prójimo como a sí mismo, debe desearle cuanto bien apetece para si; y como nadie se desea el mal, debemos desear para el prójimo lo que para nosotros mismos. (S. Justino, Diálogo con Trifón, n. 3, sent. 2, Tric. T. 1, p. 63.)"

"El prójimo del hombre es otro hombre. (S. Justino, id, id., sent. 4, Tric. id. id.)"

"Advertid los que no sois cristianos, que por vosotros presentamos esta Apología; pues fuera fácil negar cuando somos preguntados; mas no queremos ser reos de una mentira. (S. Justino, sent. 6, id. id. id.)"

"Nosotros que antes nos perseguíamos con homicidios, no solo no combatimos contra nuestros enemigos, antes bien, por no mentir ni engañar, escogemos la muerte por acabar la vida confesando a Jesucristo. (S. Justino, sent. 7, id. id. id.)"

"No debemos mirar con espíritu tranquilo los pecados de los otros,

sino llorarlos y afligirnos de su desgracia. (S. Basilio, Reg. 52, sent. 44, Tric. T. 3, p. 197 y 198.)"

"El que vende, ha de procurar que el que compra no pierda, por dar más que el justo valor que le debieran pedir por la mercadería. (S. Basilio, Interrog., 296, sent. 75, Tric. T. 3, p. 203.)"

"Los dos principales efectos que la caridad produce, son: dolores y angustiarse en las cosas que hacen daño a la persona amada; y a sí mismo procurar su utilidad, y alegrarse de ella. Feliz, pues, el que se entristece por saber que otro ofende a Dios, por ser tan terrible su peligro; y se regocija cuando alguno ejecuta la acción buena, por ser incomparable su ganancia... Pero del que no siente estos varios afectos, no se puede dudar que no ama al hermano según el precepto. (S. Basilio, Interrog. 175, sent. 15, adic. Tric. T. 3, p. 383.)"

"El que no cae fácilmente en el mal, no le sospecha en su prójimo. (S. Gregorio Nacianc., Orat. 8, sent. 16, Tric. T. 3, p. 354.)"

"En los amigos, no tanto se buscan los efectos exteriores de la amistad, cuanto los sentimientos afectuosos de esta: porque algunas veces recibimos beneficios aun de parte de nuestros enemigos: pero la ternura del corazón sólo puede provenir de una verdadera amistad. (S. Jerónimo, Ep. 68, sent. 30, Tric. T. 5, p. 248.)"

"Si no se nos permite presentar a Dios la menor ofrenda cuando no vivimos en paz con nuestros hermanos, ¿con cuánta mayor razón seremos indignos de recibir el cuerpo de Jesucristo en semejante estado? (S. Jerónimo, –Ep. 82, ad Theoph., –sent. 48, Tric, T. 5, p. 247.)"

"No digáis, que no importa que los otros ofendan a Dios. El Señor dió su vida por los hombres, y vosotros le negáis hasta las palabras para su salvación. Sabed, pues, que en todas las ocasiones que se presenten de contribuir a la conversión de vuestro hermano, aunque fuera preciso dar la vida, lo debéis hacer así. (S. Juan Crisóst., Homl. 35, adv. Jud. 2, sent. 28, Tric. T. 6, p. 305.)"

"No se debe insultar al que comete alguna falta, sino advertirle, sin causarle confusión; se le debe aconsejar, y no acusar; se le debe corregir con afecto, y no inquietarse contra él con insolencia. (S. Juan Crisóst., Homl. 24, sent. 49, Tric. T. 6, p. 309.)"

"Nunca nos amamos recíprocamente con aquel amor que viene de Dios: sino que buscamos motivos de amar, o en la conexión de la sangre, o en la amistad humana, o en la conversación civil, y no nos gobierna aquella caridad divina que había de ser la fuente y principio de nuestro amor. (S. Juan Crisóst. Homl. 60, cap. 18, Math., sent. 65, Tric. T. 6, p. 312)"

"Cuando veis que muere alguno de vuestros parientes, no os aflijáis, pero entrad en vosotros mismos, consultad vuestra misma conciencia, y reflexionad que muy presto habéis de morir como él. Sírvaos este pensamiento para curaros vuestra pereza y negligencia, y haceros que examinéis vuestras acciones, corrijáis vuestras faltas y mudéis de vida. (S. Juan Crisóst., sent. 212, Tric. T. 6, p. 342.)"

"Cuando alguno es amado de aquel a quien ama, en el mismo amor recibe su recompensa: pero cuando no es amado de aquel a quien ama, tiene a Dios por deudor de su amor. Pero además de esto, cuando no os ama aquel a quien amáis, debéis ayudarle y convidarle por todos los caminos posibles a cumplir con la amistad que os debe. Guardaos mucho de decir: yo no le amaré, supuesto que él me aborrece: porque por lo mismo que él os aborrece, le debéis mirar con más amor. (S. Juan Crisóst., Homl. 27, c. 15, sent. 297, Tric. T. 6, p. 362.)"

"Si la caridad estuviera esparcida por todas partes, nacerían de ella una infinidad de bienes. Por demás estarían las leyes y los jueces, y todos los reglamentos que se han hecho para mantener la sociedad civil entre los hombres: porque si todos amaran y fuesen amados, ninguno haría injuria al otro: no se verían homicidios, guerras, sediciones ni robos en el mundo: todos los males quedarían desterrados: no se conocería el nombre de vicio: no hubiera pobreza ni demasiada abundancia entre los hombres, y gozarían estos de todo lo bueno que hay en estos dos estados, es a saber: la comodidad de las riquezas, y la exención de cuidados que los pobres disfrutan: de suerte que ni la solicitud nos oprimiría, ni el temor de que todo nos faltase. (S. Juan Crisóst., Homl. 32, c. 15, sent. 317, Tric. T. 6, p. 368.)"

"Haced por los demás lo que quisierais que se hiciere por vosotros. No dice Jesucristo, no hagáis lo que quisierais que hiciesen por vosotros; dice otra cosa más grande, porque esto sería abstenerse de hacerles mal; pero el Señor nos pide que les hagamos bien, y en este mismo mandamiento comprende tácitamente la prohibición del mal. Aún hay más, porque no dijo solamente deseadles todo bien, sino hacedles bien. (S. Juan Crisóst., Homl. 17, c. 8, ad Corint., sent. 336. Tric. T. 6, p. 374.)"

"No me digáis ¿a dónde irán los que no han hecho bien alguno? Porque yo os declaro que no hacer bien, es hacer mal. Y a la verdad, decidme, ¿si tuvierais un criado que no fuese entregado a la embriaguez ni a otros vicios, pero que pasase todo el tiempo en la ociosidad

y en la pereza, sin hacerle servicio alguno, ¿no le castigaríais? ¿Pero si no ha hecho mal alguno? Eso mismo es un grande mal... (S. Juan Crisóst., Homl. 16, sent. 344, Tric. T. 6, p. 375.)"

"Imita a los buenos, sufre a los malos, ama a todos: pues no sabes lo que será mañana el que hoy es ser malo. (S. Agust. de Cath. rud. c. 27, sent. XV, adic. Tric. T. 7, p. 484.)"

"Aquel a quien se le manda amar al prójimo como a sí mismo, debe primero saber amar. (S. Bern., Tract. de Offic., c. 4, n. 13, sent. 44, Tric. T. 10, p. 325.)"

"Pide la caridad que sientas tu dolor, para que no tengas motivo de pena. Quiere que sepas tu miseria, para que empieces a no ser infeliz. ¡Oh caridad! buena madre, la que cuando fomenta a los débiles ejercita a los provectos, y reprende a los inquietos. Aunque aplica diversos remedios a diferentes personas, a todos los ama como a hijos. Cuando te reprende es benigna, cuando te halaga es sencilla; suele castigar con piedad, regalar sin engaño; sabe enojarse con paciencia, e indignarse con humildad. (S. Bern., Epist. 2, ad Fulc. puer., sent. II, adic. Tric. T. 10, p. 344.)"

"Nuestro Divino Maestro nos dice que su Ley se compendia en estos dos preceptos: Amar a Dios, y al prójimo, como a nosotros mismos. Esto nos recomienda el Apóstol Virgen, cuando exhortando a sus discípulos les recomienda el amor de Dios, –como puede verse en el capítulo segundo de su primera carta, y en el tercero de la misma,– a la caridad fraternal, la que puede compendiarse en el versículo diez y ocho, que les decía: 'Hijitos míos, no amemos de palabra, ni de lengua, sino de obra y de verdad.' Y San Pablo en su primera carta a los de Corinto, y capítulo trece, dice: que ni el don de lenguas, profecía, fe, curaciones, ni el martirio, de nada servirían sin la caridad; porque esta es 'paciente, benigna: la caridad no es envidiosa, no es temeraria ni precipitada, no se enorgullece, no es ambiciosa ni busca sus propios bienes, no se ofende, no piensa mal, no se goza de la iniquidad, mas se goza de la verdad. Todo lo sobrelleva: todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. La caridad nunca fenece, aunque se hayan de acabar las profecías, y cesar las lenguas, y ser destruida la ciencia', versículos 4, 5, 6, 7 y 8. Luego no hay excusa para no amar al prójimo."

Alma y sus potencias.– "No lleva el hombre en el rostro la semejanza de Dios. Este sello le lleva en la substancia espiritual que de él ha recibido: el alma es la que copia el carácter de Dios: el alma

expresa la forma divina en el libre albedrío. La misma ley confirma la libertad del hombre: porque no se le impondrían preceptos, a quien no tuviera libre albedrío para cumplirlos, ni amenazaría Dios con la muerte si el hombre quebrantase la ley, sin poderlo evitar. Por otra parte, sería una cosa extraña que el hombre, señoreándose en todo el mundo, no dominara a su espíritu, o que siendo Señor de otros, fuera esclavo de sí mismo. (Tertuliano, lib. 2, contra Marcion, cap. 5 y 6, sent. 26, Tric. T. 1, p. 202 y 203.)"

"Cuanto más elevada en dignidad y superior al cuerpo es nuestra alma, tanto son mayores los pecados espirituales que los corporales. (S. Basilio, de vera Virg., sent. 30, Tric. T. 3, p. 196.)"

"Una especie de Trinidad hay en nuestra alma, por lo que está formada a semejanza de la Trinidad Divina. Porque con tener el alma una sola naturaleza, contiene, no obstante, tres potencias diferentes, que son, la voluntad, el entendimiento y la memoria. Estas tres Potencias están señaladas en el primer precepto: amarás a tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas: esto es, con todo tu entendimiento, con toda tu voluntad y con toda tu memoria. Porque (en la debida proporción) así como el Hijo es engendrado del Padre, y el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, así la voluntad nace del entendimiento, y la memoria procede de las dos potencias. (S. Ambrosio, –cap. 2, de dignit. cond. human. –sent. 9, Tric. T. 4, p. 314.)"

"Con los tres más nobles empleos de nuestra alma se nos manda amar a nuestro Criador: así como le conozcamos, así le amemos, y como que le amamos, siempre le tengamos en la memoria. No es suficiente conocerle, si la voluntad no se ocupa en amarle, ni bastarán estas dos cosas, si al mismo tiempo no está la memoria ocupada en el Dios que conocemos y amamos. Para que, pues, no hay momento en que el hombre no sienta los influjos de la bondad y misericordia de Dios, tampoco pase un instante en que no le tenga presente la memoria. Por esto me parece que se dijo justamente, que el hombre interior es imagen de Dios. (s. Ambrosio, de dign. cond. Homl. 2, sent. I., adic. Tric. T. 4, p. 392.)"

"El alma se desata, el cuerpo se deshace: lo que se desata, se alegra: y lo que se deshace, nada siente. (S. Ambrosio, sent. XV, adic. Tric. T. 4, p. 397.)"

"El alma del fiel es templo de Cristo; a esta has de adornar y vestir para recibir en ella a Jesucristo. (S. Jerón., ad Paul., ep. 13, sent. III, adic. Tric. T. 5, p. 352.)"

"La calma y la tranquilidad de vuestra alma debe advertirse en todas vuestras acciones y palabras; y vuestros pensamientos jamás se deben alejar de la presencia de Dios. (S. Paulino, sent. 25, Tric. T. 5, p. 333.)"

"La torpeza y negligencia de las almas es una mancha que se acerca a la muerte. (S. Paulino, Ep. 36, ad Macarium, sent. XV, adic. Tric. T. 5, p. 362.)"

"Cuando sentimos en nuestro cuerpo alguna enfermedad, hacemos todo lo posible, y todo lo sufrimos, hacemos los mayores gastos por ver si nos libertamos: mas cuando nuestra alma se ve en descaecimiento mortal, disimulamos y dilatamos la aplicación del remedio. (S. Juan Crisóst., Homil. 14, sent. 42, Tric. T. 6, p. 308.)"

"Nuestra alma, que todavía se halla débil en las tentaciones y peligros de esta vida, tiene por consuelo la palabra de Dios, la oración y las conversaciones espirituales. (S. Agust., Salm. 62, sent. 95, Tric. T. 7, p. 463.)"

"Cada uno vende su alma al demonio cuando peca, y el precio que recibe es la dulzura del deleite transitorio. (S. Agust., –Quaest. ex Epist. ad Rom. c. 42,– sent. XVI, adic. Tric. t. 7, p. 484.)"

"Si parece razonable, y aun religiosa acción salir un día de fiesta con más precioso vestido, y manifestar con el traje la alegría del alma: si en estos días adornamos en cuanto es posible la misma casa de oración con más magnificencia y cuidado, ¿no será razón que el alma cristiana, que es verdadero y vivo templo de Dios, se adorne prudentemente, y que cuando ha de celebrar el misterio de nuestra redención sea muy circunspecta en precaverse, para que no la ofusque mancha alguna de iniquidad, o la deshonre la fealdad de la doblez del corazón? Porque ¿de qué sirve manifestar en lo exterior la decencia, cuando el interior está manchado en los vicios? Es necesario, pues, cautelarse con el mayor cuidado contra todo cuanto puede desfigurar la hermosura del alma, o deslastrar su pureza. Examine cada uno lo más oculto de su conciencia, y constitúyase a sí mismo por severo Juez para censurar sus propios defectos. (S. León Papa, Serm. 40, sent. 34, Tric. T. 8, p. 390.)"

"Si la carne se nutre y se sustenta con las cosas delicadas, el alma por el contrario se ejercita con la aspereza y austeridad. La carne se sustenta con los placeres, el alma se conforta con las amarguras. Lo que es doloroso hiere a la carne, y lo que suave y regalado, quita la vida al espíritu, y así como lo que es demasiado penoso y laborioso,

mata al cuerpo, así con lo que es agradable y delicioso, perece el alma. Con razón, pues, dice la Escritura: La esperanza de las gentes carnales es la abominación de su alma: porque lo mismo que hace vivir al cuerpo por algún tiempo agradablemente, es lo que gusta al alma la vida para toda la eternidad. (S. Greg. el Grande, lib. 9, c. 24, p. 358, sent. 51, Tric. T. 9, p. 250.)"

"Es preciso considerar a qué pena fuimos condenados en este miserable destierro, en el que estamos sumergidos en tan espesas tinieblas, que no podemos ver bien ni conocernos a nosotros mismos; tal vez cometemos el mal, sin advertirlo aun después de haberle ejecutado. Nuestra alma desterrada y separada de la luz de la verdad, no halla en sí misma otra cosa que una obscura noche, y algunas veces está a la orilla del pecado, y no lo ve. Esta es la ceguedad a que quedó condenada en este destierro. Separada de la divina luz, ha perdido al mismo tiempo el conocimiento de lo que era, porque no ha aspirado con suficiente amor y fuerza a contemplar al descubierto el rostro de su Criador. (S. Greg. el Grande, lib. II, c. 214, p. 386, sent. 55, Tric. T. 9, p. 251.)"

"El ánimo distraído y derramado no siente los daños interiores. (S. Bernardo, de Convers., ad Cler., c. 5, sent. 13, Tric. T. 10, p. 323.)"

"Todo lo que es menos que Dios, no podrá llenar a una alma capaz de Dios. (S. Bern., de Cont. mund., n. 33, sent. 109, Tric. T. 10, p. 328.)"

"El alma que ama a Dios no requiere otro premio de su amor que al mismo Dios: si otra cosa busca, esta es a la que ama, y no a Dios. (S. Bern., de dilig. Deo, n. 17, sent. 163, Tric. T. 10, p. 332.)"

Altar.– "Hablando de la Eucaristía, S. Ireneo dice, que Dios nos manda, como al antiguo pueblo, hacerle continuamente y sin interrupción nuestras ofrendas sobre el Altar, aunque no haya necesidad. (S. Ireneo. Bergier. Tomo 1, p. 191.)"

"Orígenes habla de los fieles que hacían regalos para el adorno de las Iglesias y de los Altares. (Homil. 10, sobre Josué, Bergier, T. 1, p. 191.)"

"San Cipriano opone la Iglesia al capitolio, y los altares del Señor a los altares de los ídolos. (Epis. 55, a Cornelio, Bergier, idem, idem.)"

"Eusebio habla de una Iglesia y de un altar en la ciudad de Cesarea, bajo el imperio de Galiano; por consiguiente a mediados del siglo tercero. (Eusebio, Histor. Eclesiást., lib. 7, c. 15. Bergier, Tomo 1, p. 191.)"

"Este Santo Altar a que asistimos, es por su naturaleza una piedra común... Mas después que se consagró para el culto, y recibió la bendición, es una mesa santa y un altar inmaculado, que solo los Sacerdotes, y éstos con veneración deben tocar. El pan también es primero un pan común; pero ya misteriosamente sacrificado, se hace el cuerpo de Cristo y se llama así. (S. Greg. de Nisa, de Bapt. Chr. sent. XVII, adic. Tric. T. 4, p. 363.)"

Angeles.– "Es una verdad fundada en la infalible autoridad de la Escritura, que los Angeles están establecidos sobre nuestra conducta, y que ofrecen todos los días a Dios las oraciones de los que son salvos por Jesucristo. (S. Hilario, in Matthaeum, c. 18, sent. 7, Tric. T. 2, p. 258.)"

"El Angel del Señor tiene su campo alrededor de los que le temen. Todo el que cree en Jesucristo tiene un Angel que le asista, si no le arroja de sí con alguna mala acción. (S. Basilio, in Psalm. 33, sent. 8, Tric. T. 3, p. 191.)"

"¡Ojalá quisiera Dios que cuando quemamos el incienso sobre nuestros altares, y ofrecemos el sacrificio, se descubriesen visiblemente los Angeles, como le sucedió a Zacarías! No hemos de dudar que hay siempre Angeles presentes cuando se presenta el mismo Jesucristo, cuando es sacrificado Jesucristo. (S. Ambrosio, in Luc. c. 1, sent. 95, Tric. T. 4, p. 328.)"

"Por ser nosotros muy débiles para llegar por nosotros mismos hasta la habitación de nuestro celestial Médico, debemos implorar los ruegos de los Santos Angeles que Dios nos ha dado para socorrernos. (S. Ambrosio, sent. 142, Tric. T. 4, p. 343.)"

"Los Angeles ven continuamente el rostro del Padre celestial. Grande es la dignidad de las almas, pues tiene cada una desde el instante en que nace un Angel deputado por Dios para su guarda. (S. Jerón., In c. 18, Matth., sent. 99, Tric. T. 5, p. 256.)"

Apóstoles.– "Si los Apóstoles y Mártires rogaron por los otros durante su vida, y en un tiempo en que todavía debieran estar cuidadosos de sí mismos: ¿cuánto más bien podrán hacerlo, conseguidas sus coronas, victorias y tributos? ¿Tendrán acaso menos poder ahora que están con Jesucristo, en el que antes tenían. (S. Jerón., Advers. Vigilantium., sent. 44, Tric. T. 5, p. 246.)"

"Sin duda es grande prueba de la omnipotencia de Jesucristo ver, que en 20 ó 30 años, se ha esparcido el Evangelio por todo el mundo. ¿Quién no admirará un prodigio tan inaudito? Aun cuando los Roma-

nos vencían y destruían los ejércitos numerosos de los Judíos, no pudieron defenderse de doce hombres pobres y destituidos de todo auxilio, que los vencieron sin armas. (S. Juan Crisósto., Homl. 76, in c. 18, Matth., sent. 67, Tric. T. 6, p. 312.)"

"Si decís que los Apóstoles no hicieron milagros, en eso mismo dáis a entender que estuvieron sostenidos de una virtud muy extraordinaria, y de un poder absolutamente divino, para poder convertir toda la tierra a la fe, sin convencer a los hombres con milagros: pues solo este milagro hubiera sido el más prodigioso de todos. (S. Juan Crisóst., sent. 242, Tric. T. 6, p. 349.)"

"Desde que los Apóstoles recibieron la gracia, en todas partes dan la primacía a San Pedro: y le anteponen en sus juntas, aunque pareciese más rudo que todos. (S. Juan Crisóst., Homl. 51, in Matth., sent. IV, adic. Tric. T. 6, p. 452.)"

Avaricia: ambición.– "No conocen los avaros que sus riquezas son para ellos suplicios de buenas apariencias: que están presos con cadenas de oro: que están poseídos de sus propios bienes, en vez de ser dueños libres. ¡Oh detestable ceguedad! ¡Oh profundas tinieblas las de una codicia insensata! Pudiendo descargarse del peso que los abruma, trabajan por aumentarle, y juntando cada día nueva materia a sus cuidados, insisten en agravarle más. (S. Cipriano, Carta 1.ª a Donato, sent. 3, Tric. T. 1, p. 295 y 296.)"

"¡Oh, hombre, reconoce al que te ha dado lo que tienes! Acuérdate de ti mismo, considera lo que eres, las cosas que se te han dispensado, de quien las has recibido, y por qué favor te ves colocado sobre los otros. Tú eres ministro de un Dios soberanamente bueno: tú eres el dispensador de sus bienes, para lo que son como tú siervos de un mismo dueño. Mira, pues, esos bienes que tienes en tus manos como que no son tuyos, sino de otro, y sabe que algún día te han de pedir cuenta exacta y rigurosa. (S. Basilio, de avaritia, sent. 13, Tric. T. 3, p. 192 y 193.)"

"Algunos piensan que solamente hay usura en el empréstito del dinero: pero las Escrituras divinas en todas las cosas condenan la práctica de exigir más de lo que se ha dado. A la verdad, vemos que en el campo se suele tomar usura del trigo, del vino, del aceite y de los demás frutos de la tierra, o como la Escritura lo llama, la superabundancia. Se prestarán, por ejemplo, diez medidas de grano en el invierno, y se recibirán quince al tiempo de la cosecha, lo que es una mitad más que lo prestado; de suerte que los que solo exigen una

cuarta parte más, creen que son los más justos del mundo, y suelen discurrir así: La medida que yo presté ha producido diez al que la recibió; será, pues, justo que yo tome para mí media medida más de aquel que por liberalidad mía se aprovecha de nueve y media. Mas os engañáis, responde el Apóstol, ninguno se burla de Dios, porque yo preguntaré a este usurero tan caritativo, ¿si prestó al rico o al pobre? Porque si era rico no le debía prestar: si prestó a persona constituida en necesidad, le preguntaré, ¿por qué, pues, has exigido más que lo que prestaste. Otros hay que en vez de dinero reciben presentes de diversos modos: sin querer entender que todo lo que se pide más de lo que se ha prestado, debe llamarse usura y superabundancia. (S. Jerón., lib. 6, c. 18, sent. 77, Tric. T. 5, p. 232.)"

"Prohíbe la ley tomar usuras por lo que se presta. La usura no es otra cosa que recibir más de lo que se ha dado. (S. Jerón., in Psalm. 54, sent. 105, Tric. T. 5, p. 257.)"

"Porque la abundancia inflama más y más la avaricia, no se la puede tener por felicidad: pues esta no puede estar en lo que nos ayuda a ser malos. Al contrario, los que sirven en la pobreza cultivan la virtud, que es el más bello y el mayor de todos los bienes. (Teodoreto, Serm. 6, sent. 6, Tric. T. 8, p. 263.)"

"Tal vez es menos perniciosa la ambición satisfecha en sus deseos, que frustrada en sus pretensiones; porque en este caso se vale de medios violentos.– (S. Bern., Ep. 126, sent. 30, Tric. T. 10, p. 324.)"

"La ambición es la cruz de los ambiciosos, este es un vicio que a todos agrada, y a todos atormenta. (S. Bern., 3 de Consid., c. 1, sent. 136, Tric. T. 10, p. 330.)"

"El insaciable amor de las riquezas, mucho más atormenta con el deseo, que consuela con la posesión. (S. Bern., de convers., ad Cler., n. 13, sent. 145, Tric. T. 10, p. 330.)"

Ayuno: abstinencia.– "El ayuno cura nuestras enfermedades, deseca los humores superfluos de nuestros cuerpos, pone en fuga los demonios, arroja los malos pensamientos, purifica el espíritu, limpia el corazón, santifica el cuerpo, eleva los hombres hasta el trono de Dios. Por último, el ayuno es el alimento de los Angeles, y el que le practica, se puede considerar como en el orden de aquellos bienaventurados espíritus. (S. Atanasio, de Sanctiss. Deipara, sent. 5, Tric. T. 2, p. 172.)"

"Si el demonio os impele a practicar austeridades tan excesivas que altere vuestra salud, y que vuestro cuerpo se inutilice, y sea

incapaz de todos los ejercicios, no sigáis su instigación, antes bien, moderad vuestros ayunos. (S. Atanasio, ibid., sent. 6, Tric. T. 2, p. 172 y 173.)"

"Ayunamos y nos abstenemos del vino y de la carne, no por horror, como si fueran cosas malas, sino porque esperamos que en recompensa de privarnos aquí de un alimento agradable a los sentidos, gozaremos en el cielo de un alimento divino, y que sembrando ahora con lágrimas, cogeremos algún día con gozo abundante cosecha. (S. Cirilo de Jerusalén, Cath. 4, sent. 5, Tric. T. 2, p. 336.)"

"No hay tierra, sea isla o continente, no hay ciudad o nación hasta las extremidades más remotas del mundo, en donde el edicto general del ayuno no se haya hecho público: los soldados, los caminantes, los marineros, los mercaderes, todos le han oído y recibido con grande alegría. Nadie, pues, se excluya del número de los que ayunan, pues en él debe comprenderse toda suerte de condiciones y dignidades. (S. Basilio, Orat. 2, sent. 12, Tric. T. 3, p. 192.)"

"No volváis ni a la derecha ni a la izquierda; así como es peligroso pasar los límites de la templanza en el comer, también es fuera de razón abatir demasiado el cuerpo con abstinencias excesivas, inutilizándole para todo lo bueno por haberle enflaquecido demasiado. Estamos, pues, obligados a cuidar de nuestros cuerpos, no sólo por el amor natural, sino para podernos servir de ellos en los ejercicios de la filosofía cristiana. (S. Basilio, de Vera Virg., sent. 26, Tric. T. 3, p. 195.)"

"No dice simplemente el Apóstol que no se ha de cuidar de su carne, sino que añade, para satisfacer a sus deseos. Se debe, pues, reprimir con los ejercicios de la continencia la propensión e inclinación de la carne a los deleites y los vicios: pero al mismo tiempo se ha de procurar conservarla con las fuerzas que se necesitan para adquirir las virtudes. (S. Basilio, ibid., sent. 27, Tric. T. 3, p. 195.)"

"Estamos desterrados del Paraíso por no haber querido ayunar. Ayunemos, para que se nos permita volver a él. (S. Basilio, Homl. 1, de jejun., sent. 4, adic. Tric. T. 3, p. 380.)"

"El ayuno es el alimento del alma y del espíritu, la vida de los Angeles, la muerte del pecado, la extinción de las culpas, el remedio de la salud, la raíz de la gracia, el fundamento de la castidad; por la escala del ayuno había subido Elías antes de entrar en aquel carro de fuego que le arrebató al cielo. (S. Ambrosio, de Elía et jejun., c. 3, sent. 23, Tric. T. 4, p. 320.)"

"Castigo mi cuerpo, y le reduzco a servidumbre. Castigar el cuerpo, es mortificarle con el ayuno, y no concederle sino lo necesario para vivir, de modo, que no llegue a darle placer; y entonces se le reduce a servidumbre, cuando no se le permite seguir su voluntad, antes bien se le obliga a hacer la del espíritu. (S. Ambrosio, c. 7, sent. 98, Tric. T. 4, p. 333.)"

"Para ayunar de modo que agradéis a Dios, es preciso ser benignos con vuestros criados, cariñosos con los extraños, caritativos con los pobres, levantaros temprano para ir a la Iglesia, dar gracias a Dios y pedirle perdón de vuestras culpas, implorar su misericordia por los pecados pasados, y su protección para evitarlos en adelante. (S. Ambrosio, Serm. 33, sent. 147, Tric. T. 4, p. 344.)"

"En otros tiempos del año hay algunos ayunos por los cuales se merece premio si se observa: mas en Cuaresma peca el que deja de ayunar. Los otros ayunos son voluntarios; pero los de Cuaresma son de obligación: a los otros nos convidan; pero a estos nos obligan: y no tanto son precepto de la Iglesia, como del mismo Dios. (S. Ambrosio, Serm. 3, sent. 148, Tric. T. 4, p. 344.)"

"La ley de la abstinencia es de Dios nuestro Señor: la prevaricación de esta ley es del demonio. Por comer nos vino la culpa, en la comida conocemos nuestra flaqueza, la virtud de la fortaleza está en el ayuno. (S. Ambrosio, de Elía et jejun., c. 4, sent. XXI, adic. Tric. T. 4, p. 400.)"

"Cuando se ayuna todos los días, se ha de evitar tomar el alimento con exceso al fin del ayuno: porque es cosa inútil pasar dos o tres días sin comer, si se ha de desquitar con la gula de una sola comida el largo tiempo que se había dado al ayuno. (S. Jerónimo, Ad Eustoch., ep. 22, sent. 18, Tric. T. 5, p. 241.)"

"¿Qué haré yo para que Dios reciba agradablemente mi ayuno. Parte tu pan para dar al pobre. No os obliga la escritura a distribuir muchos panes, para que no os excuséis con la pobreza. Habla de un solo pan, y aún no*Ayuno* os pide que le deis entero, sino que deis al pobre tanto como hubierais comido, si no hubierais ayunado: para que vuestro ayuno no sirva al ahorro, sino al alimento del alma. (S. Jerón., lib. 6, in Isai., c. 58, sent. 60, Tric. T. 5, p. 248.)"

"En los ´días de ayuno debemos a ejemplo de Daniel abstenernos de manjares delicados, y no comer carne, ni beber vino. (S. Jerónimo, in cap. 20, sent. 79, Tric. T. 5, p. 252.)"

"Debemos mortificarnos no solo con el ayuno sino también en la calidad de las viandas. (S. Paulino, sent. 5, Tric. T. 5, p. 330.)"

"No os tengáis ya por Santos, por haber empezado a practicar el ayuno y la abstinencia: porque estas virtudes son solamente medios para ayudaros a conseguir la santidad, mas no son la perfección. (S. Paulino, sent. 26, Tric. T. 5, p. 333.)"

"La abstinencia y la mortificación del cuerpo son excelentes virtudes, cuando al mismo tiempo nos abstenemos de los vicios y pecados. (S. Paulino, Ibid., ibid., ibid.)"

"No os contentéis con que ayune la boca: ayunen también los ojos, los oídos, los pies, las manos y todo vuestro cuerpo. (S. Juan Crisóst., Homil. 3, sent. 8, Tric. T. 6, p. 301.)"

"Si no tenéis la salud suficiente para ayunar, a lo menos os podéis abstener de las delicias; y esta especie de abstinencia, apenas en nada es inferior a la del ayuno. (S. Juan Crisóst., Homil. 58, cap. 17 in Matth., sent. 64, Tric. T. 6, p. 312.)"

"No ayunamos por razón de la fiesta de la Pascua, sino por nuestros pecados, y por la preparación que debemos llevar para recibir los sagrados misterios: pues por otra parte, la solemnidad de la Pascua no es ocasión de ayuno y mortificación, antes bien, lo es de alegría. (S. Juan Crisóst., Serm. 3, adv. Jud., n. 4, sent. 222, Tric. T. 6, p. 344.)"

"Los ayunos vencen las concupiscencias, rechazan las tentaciones, abaten la soberbia, mitigan la ira, y alimentan hasta su madurez todos los afectos virtuosos de la buena voluntad; esto se entiende cuando los acompaña la benevolencia de la caridad y el prudente ejercicio de las obras de misericordia. (S. León, Papa, Serm. 15, c. 2, sent. 10, Tric. T. 8, p. 384.)"

"No basta extenuar el cuerpo con la abstinencia, si no adquiere el alma nuevas fuerzas. Cuando se procura afligir al hombre exterior, es preciso confortar el interior. Cuando negamos a la carne el alimento corporal, se debe alimentar el alma con delicias espirituales. (S. León, Papa, Serm. 39, c. 5, sent. 32, Tric. T. 8, p. 389.)"

"A tan grandes misterios se debía tan incesante devoción y tan continuada reverencia, que nos presentásemos a la vista de Dios, cual es razón que nos halle en la fiesta de la Pascua: mas porque esta fortaleza es de pocos, y por la fragilidad de la carne se relaja, la austeridad de la observancia –pues, distraídos del cuidado principal con las varias ocupaciones de esta vida, aun las almas más virtuosas contraen el polvo del mundo–, ha ordenado el Señor con la más sabia conducta el ayuno de los cuarenta días para renovar la pureza de los corazones, purificándonos de las culpas de los otros tiempos con las

obras de devoción y con los castos ayunos. (S. León, Papa, Serm. 42, sent. 36, Tric. T. 8, p. 390.)"

"La perfección de nuestro ayuno no consiste en sola la abstinencia del alimento, ni se priva al cuerpo de la comida con fruto, si el alma no se retira de la iniquidad, y la lengua no se refrena en las murmuraciones. Debemos, pues, moderar la libertad de comer, de tal modo que sujetemos a la misma ley los otros deseos. Este tiempo, en que, purificados de las manchas de todos los vicios, debemos aspirar a la perpetuidad de las virtudes, es tiempo de mansedumbre, paciencia, paz y tranquilidad: es tiempo de perdonar las ofensas, de despreciar las injurias, y de olvidarnos de los agravios recibidos. (S. León, Papa, Serm. 42, sent. 37, Tric. T. 8, p. 391.)"

"Supuesto que tomamos esta mortificación para extinguir el incentivo de los deseos carnales, ningún género de continencia debemos procurar tanto como el vivir sobrios, sin alguna injusta voluntad, y permanecer ayunos de toda acción que sea contraria a las buenas costumbres. Este ejercicio no excluye a los enfermos, por más indispuestos que estén: porque también en el cuerpo inútil y consumido se puede hallar la integridad del corazón, y siempre se pueden colocar los fundamentos de la virtud, en donde tuvo su asiento la iniquidad. La misma enfermedad de la carne es suficiente penitencia, y tal vez excede a las mortificaciones voluntarias: pero es preciso que el alma cumpla su deber, y ya que no se sustenta con los manjares del cuerpo, no se alimente con alguna injusticia. (S. León, Papa, Serm. 44, c. 2, p. 168, sent. 38, Tric. T. 8, p. 391.)"

"Los que habéis de celebrar la Pascua del Señor, ejercitaos de tal modo en santos ayunos, que concurráis a tan sagradas fiestas, libres del tumulto de las pasiones. Arroje el amor a la humildad al espíritu de soberbia, raíz de todos los pecados, y abátase con la mansedumbre la altivez: y los corazones, exasperados con alguna ofensa, procuren, reconciliándose entre sí, volver a la unión y la concordia. No volviendo a ninguno mal por mal, perdonándoos unos a otros, así como Jesucristo nos perdonó. (S. León, Papa, Serm. 44, sent. 39, Tric. T. 8, p. 391.)"

"Hemos de ayunar de tal modo, que en vez de reservarnos el precio de lo que en otro tiempo costaría la comida, se lo demos a los pobres. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. 46, sent. 9, Tric. T. 9, p. 45.)"

"Santificar el ayuno es manifestar con otras buenas obras que nuestra abstinencia es digna de Dios. Se debe advertir a los que se

abstienen, que ofrecen a Dios una abstinencia agradable si dan a los pobres los alimentos de que ellos mismos se privan. (S. Gregorio el Grande, sent. XIV, adic. Tric. T. 9, p. 382 y 383.)"

B

Bautismo– "En la epístola a los Hebreos se dice: Que es imposible que los que una vez fueron iluminados, y después cayeron, sean renovados segunda vez por la penitencia. Esto no quita a los pecadores el recurso de la penitencia, sino que enseña que el Bautismo de la Iglesia es uno y no se reitera. Porque el Apóstol hablaba con los Hebreos, para que no pensasen que había entre nosotros muchos Bautismos, y que se podía recurrir a estos cada día como entre ellos se practicaba con las purificaciones legales: de este modo les exhorta a la penitencia como a único remedio, y al mismo tiempo les asegura que solo hay una renovación, el Bautismo, y que no resta después de él otra semejante. Lo mismo dice en otra carta, una fe y un Bautismo. No dice, pues, que es imposible la penitencia, sino que es imposible renovarnos con pretexto de penitencia: estas dos cosas son muy diferentes; porque el que hace penitencia, cesa de pecar, pero conserva las cicatrices de sus heridas. Mas el que recibe el Bautismo, se despoja del hombre viejo, y se renueva con un nacimiento celestial, que obra en la gracia del Espíritu Santo. (S. Atanasio, sent. 25, Tric. T. 2, p. 177.)"

"Nuestro Señor quiso verse tentado así que recibió el Bautismo, para darnos a entender que el demonio combate principalmente contra los que han sido santificados: porque los Santos son a los que más desea vencer. (S. Hilario, in Matth., c. 3, sent. 22, Tric. T. 2, p. 263.)"

"Consiste principalmente la fuerza y virtud del bautismo en el pacto que en él hacemos con Dios, de vivir con una segunda vida más pura y perfecta que la primera; por los cual, cada uno de nosotros debe vivir con grande temor, y guardar su corazón con exactísimo cuidado, para no faltar a un pacto tan divino. Porque si los hombres toman a Dios por testigo para asegurar la alianza que contraen con otros hombres, ¿cuánto más peligroso será violar la que hemos hecho con el mismo Dios, y ser no solamente reos de nuestros pecados, sino

también de la culpa de haber faltado a la palabra que tan solemnemente hemos jurado ante el tribunal de la suprema Verdad? (S. Gregorio Nacianc., Orat. 40, sent. 48, Tric. T. 3, p. 360.)"

"Todos los que estamos bautizados en Cristo, fuimos bautizados en su muerte. Si nos hemos conformado a su muerte, ya en adelante ha muerto en nosotros todo pecado:... huye, pues, de nosotros execrable e infeliz; pues pretendes despojar a un muerto que en otro tiempo estuvo contigo, y por los deleites sensuales había perdido el sentido. El que ha muerto no tiene amor a los cuerpos, ni le cautivan con las riquezas; el que ha muerto, a nadie calumnia, ni miente, ni roba. (S. Greg. de Nisa, de Bapt. Chr., sent. 13, adic. Tric. T. 4, p. 364.)"

"De tres modos se perdonan los pecados. Por el Bautismo se quitan, con la caridad se cubren, y con el martirio ya no se le imputan al mártir. (S. Jerón., in Psal. 31, sent. 11, adic. Tric. T. 5, p. 355.)"

"Al que ha vivido muchos años después de su Bautismo, no le basta no haber hecho mal; en este es muy grande mal no haber hecho bien alguno, habiendo tenido tiempo. El Bautismo nos libró de todos los males, que son los pecados: pero con la gracia de Dios debemos cumplir, con todo lo bueno: para que no suceda, por no ocuparnos con las buenas obras, que vuelva el espíritu inmundo que arrojó de nosotros la gracia de Jesucristo; y hallándonos vacíos de buenas obras, traiga consigo siete espíritus más malos que él, y se ponga el hombre en otro estado peor que el primero. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. 64, sent. 12, Tric. T. 9, p. 45 y 46.)"

Blasfemia.– "Si oís alguno blasfemar cuando pasáis por la calle, le debeís reprender, y si es persona que depende de vosotros, castigarle si es menester: santificad de este modo vuestra mano, y si os delata a la justicia, y os hace comparecer en juicio para que os castiguen por la ofensa que habéis hecho, entrad con valor y responded con entereza, que no pudísteis sufrir que vomitase blasfemias contra el Rey de los Angeles. Pues si los que dicen injurias contra el Rey de la tierra son dignos de castigo, ¿cuánto más lo merecerán los que ultrajan al Rey del cielo? Aun cuando por este motivo os hubieran de quitar la vida, no por eso desistáis de corregir a vuestro hermano, porque esto sería un verdadero martirio. (S. Juan Crisóst., Homl. 1, ad popul. Antioch., sent. 2, Tric. T. 6, p. 300.)"

"San Gregorio el Grande cuenta que un niño de cinco años, que ya tenía la costumbre de blasfemar, fue arrancado por el demonio de los brazos de su padre y no volvió a parecer. (Barbier, T. 1, p. 156.)"

"Habiendo blasfemado cierto León de Poitiers, dice San Gregorio de Tours, Dios le castigó; se volvió sordo, mudo, y murió después de haber perdido la razón. (Barbier, ibid.)"

"El Emperador Justiniano castigó con la última pena a los blasfemos. Felipo Asequeto, Rey de Francia, los condenó por medio de un edicto a ser ahogados. Roberto, hijo de Hugo Capeto, habiendo pedido un día a Dios, en la ciudad de Orleans, que se sirviese devolver la paz y tranquilidad a su reino, se le apareció Jesucristo y le dijo que no tendría paz hasta que hubiese hecho cesar a los blasfemos, frecuentes en aquel tiempo. San Luis mandó que a los blasfemos, de cualquiera condición que fuesen, se les atravesara la lengua con hierro candente. (Barbier, ibid., ibid.)"

Empero, no necesitamos buscar en otras naciones leyes, edictos ni decretos: bien claras y patentes existen en la ley 4, lib. 12, tit. 28 de la Novísima Recopilación: "impone al blasfemo cincuenta azotes por la primera vez, señalamiento con hierro caliente en los labios, y cortarle la lengua por la tercera. Acev. en dicha ley, citando a Pérez y Covarrubias, la pena por segunda vez se suele conmutar en ponerle una mordaza por mano del verdugo y llevarle así públicamente, y la tercera, en horadarle la lengua. Por la Real Pragmática de Toledo por D. Carlos V, año de 1525, y en lo que en el día se practica, incurre en la pena de un mes de prisión por la primera, seis meses de destierro y una multa por la segunda, etc. etc. (Bergier, –nota T. 2, p. 155.)"

Bondad de Dios.– "Cristo nuestro Señor, por su inmenso amor se hizo lo que somos para perfeccionarnos hasta ser lo que El mismo es. (S. Ireneo, sent. 1, Tric. T. 1, p. 344.)"

"Dios tiene misericordia de nosotros, nos castiga, nos exhorta, nos advierte, y nos salva: y por un exceso de su misericordia nos promete el Reino de los cielos, y en premio de haber seguido su doctrina: en todo esto no tiene otro interés, que la complacencia de salvarnos. (S. Clemente, exhortación a los Gentiles, sent. 1, Tric. T. 1, p. 123.)"

"Si Dios fuera solamente piadoso, abusaríamos de su bondad, y si solamente justiciero, la desesperación de los pecados cometidos, nos precipitaría en el abismo de todos los vicios. Dice Orígenes, que nosotros somos los hijos de Judá, por traer Jesucristo su origen de esta tribu. (Homl. 4 in Jerem., sent. 5, Tric. T. 1, p. 247 y 248.)"

"De Dios es: de Dios es todo cuanto podemos: de allí nos viene la vida y la fortaleza. (S. Cipriano, Epist. 1, a Donat., sent. 2, adic. Tric. T. 1, p. 378.)"

"Dios no se porta como tirano con los hombres, ni los juzga con dureza inexorable; considera su flaqueza, y no mide por la inmutabilidad de su divina substancia, la inconstancia y fragilidad de la humana naturaleza: como es justo y moderado, solamente pide al hombre aquello de que es capaz su naturaleza con la gracia. (S. Hilario, in Psalm. 142, sent. 19, Tric. T. 2, p. 261.)"

"Dios no siempre se vale de la ocasión de los pecados de los hombres para perderlos, no está observando para esto el momento en que caen en el error y el pecado, como si estuviera ignorante de la debilidad de su naturaleza: muchas veces disimula sus faltas, y dilata el castigo, para darles con esta dilación tiempo para buscar el remedio y alivio de sus males en la penitencia. De este modo a todos da señales muy claras de su benignidad; porque con una conducta moderada entre la misericordia y la justicia, se reserva el poder de templar la severidad con el perdón. Lo más grande que yo hallo en Dios, y lo que yo alabo y admiro en su poder, no es el haber formado el cielo, pues es poderoso; no el haber fundado la tierra, pues es la misma fuerza; no el haber arreglado el año con el curso de los astros, pues es tan sabio; no el haber animado al hombre, cuando es la misma vida; sino el ser misericordioso siendo justo; el ser clemente siendo Rey; el ser sufrido siendo Dios; y esto es lo que se comprende en estas palabras: Contarán lo excesivo de vuestra benignidad, y celebrarán con alegría vuestra justicia. (S. Hilario, in Psalm. 144, sent. 20, Tric. T. 2, p. 261 y 262.)"

"Ni aún por las cosas necesarias debemos inquietarnos, ni confiar en ellas cuando las tenemos: cada uno debe dejar este cuidado a la divina Providencia. (S. Basilio, c. 4, sent. 43, Tric. T. 3, p. 197.)"

"Es preciso creer y confesar como cosa indubitable, que todo el bien que tenemos, y la misma paciencia en las incomodidades y males que sufrimos por Jesucristo, todo nos viene de Dios. (S. Basilio, Reg. 55, sent. 45, Tric. T. 3, p. 198.)"

"La prueba principal de la benevolencia paternal de Dios es que nos reprenda con sus castigos; como al contrario, es preciso reconocer que el alma a quien no castiga, está ya incurable. (S. Gregorio Nacina., Orat. 15, sent. 25, Tric. T. 3, p. 355.)"

"Así como los pobres nos miran a las manos cuando esperan que les demos algún socorro, así nosotros debemos estar atentos a las de Dios, de quien todo lo hemos de esperar. (S. Gregorio Nacina., Orat. 16, sent. 27, Tric. T. 3, p. 356.)"

"Hay algunos días en los que se necesita la lluvia, y oigo decir: ya entra la luna nueva y la traerá; pero he tenido la complacencia de ver que no ha caído gota de agua, hasta que las oraciones de la Iglesia nos han alcanzado la lluvia; por lo que conocemos con toda claridad, que no debemos esperar en mutaciones de la luna, sino en la providencia y bondad de Dios. (S. Ambrosio, lib. 4, Hexa. c. 7, sent. 2, Tric. T. 4, p. 312.)"

"Cuando nos falta toda humana asistencia, entonces debemos esperar más de la asistencia de Dios. (S. Ambrosio, lib. 5, c. 17, sent. 4, Tric. T. 4, p. 313.)"

"Cuando Dios está irritado contra un pecador, se detiene en enviarle el castigo; siendo así, que le castiga cuanto antes, cuando tiene determinado usar con él de misericordia; le amenaza para corregirle, y le previene para perdonarle. (S. Ambrosio, in Psalm. 37, sent. 43, Tric. T. 4, p. 322.)"

"Cuando Dios nos manifiesta indignación, lo hace para perdonarnos; cuando nos hiere, es porque quiere sanarnos; cuando entrega nuestro cuerpo al dolor y a la muerte, es para salvar nuestra alma. (S. Ambrosio, in Psalm. 37, sent. 44, Tric. T. 4, p. 322.)"

"Dios que es bueno por esencia, jamás despide al que le sigue, si él primero no se hace indigno y merece que Dios le arroje de sí. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 54, Tric. T. 4, p. 323.)"

"Nada ensalza tanto la grandeza de Dios como el reconocer que ha hecho algunas cosas, cuyas causas no podemos penetrar: la debilidad humana reputa por locura todo lo que no puede encerrar en los estrechos límites de sus conocimientos; debiendo comprender que este mismo juicio es una locura, y reconocer que, por el contrario, es grande prudencia creer que cuando se habla de una obra de Dios es natural que el hombre no pueda comprenderla. (S. Ambrosio, in Epist. ad Corinth., c. 2, sent. 97, Tric. T. 4, p. 332.)"

"La bondad es una virtud popular, porque a todo el mundo agrada. Nada se introduce tan agradablemente en nuestro espíritu, ni encanta tan fácilmente a los hombres: si la bondad va acompañada con la moderación en la disciplina, con la afabilidad en las conversaciones, con la cortesía de las palabras, con la paciencia e oír las respuestas de los otros, y con la modestia en todo cuanto se hace, no es creíble hasta qué punto llegará a cautivar los corazones. (S. Ambrosio, de Doctrin. fie ei, lib. 3, c. 7, sent. 131, Tric. T. 4, p. 340.)"

"¿Qué tienes que no hayas recibido? Supuesto, pues, que siempre

estás recibiendo beneficios de Dios, invócale continuamente; y por cuanto viene de su mano todo cuanto recibes, reconoce siempre que le eres deudor. (S. Ambrosio, de obitu Theod. Imper., sent. 145, Tric. T. 4, p. 344.)"

"No es suficiente que Dios me haya dado una vez, si no me da siempre. Yo pido para recibir, y cuando ya he recibido, pido todavía. Soy avariento de los beneficios de Dios, y como éste nunca se cansa de dar, yo jamás me canso de recibir. Cuanto más bebo en esta divina fuente, más sed tengo. (S. Jerón., ad Ctesiph. adv. Pelag. cp. 133, sent. 51, Tric. T. 5, p. 267.)"

"Nada hay que sea bueno, si no es eterno. ¿De qué me sirve haber sido ayer Rey, si hoy muero en una cárcel? Acordémonos de nuestra infancia, traigamos a la memoria nuestra juventud, tengamos presente que en otro tiempo fuimos ricos. ¿En qué han parado todas estas cosas? La memoria de ellas más bien nos causa dolor que placer. De este modo, es preciso concluir que nada hay bueno sino lo que es eterno. (S. Jerón., in Psalm. 91, sent. 111, Tric. T. 5, p. 258.)"

"Dice la Escritura: ¿Quién es el que primero ha dado a Dios, y él se lo volverá? Mas, gracias a su bondad, el Señor nos perdona la obligación de lo que debiéramos volverle por tantos bienes como nos ha hecho, y solamente nos ha pedido, en reconocimiento, nuestro amor. De este modo, poniéndole por el primero de sus Mandamientos, nos manifiesta claramente, cómo, aunque pobres y miserables, podemos desquitarnos de una deuda que no pudiéramos pagar. (S. Paulino, Ep. 23, ad Sever., sent. 6, Tric. T. 5, p. 330.)"

"La bondad del Padre celestial es tan extremada, que su misma indignación es un efecto de su misericordia, y cuando castiga en este mundo, es para perdonar. (S. Paulino, Ep. 29, ad Sever., sent. 10, Tric. T. 5, p. 331.)"

"No podemos decir que tenemos alguna cosa nuestra: pues todo en particular lo debemos a Dios, no solamente porque nos crió, sino porque nos redimió. (S. Paulino, Ep. 34, de Gazophylacio, sent. 20, Tric. T. 5, p. 332.)"

"Dios comúnmente cumple sus intenciones por caminos que parecen contrarios a ellas, para que de este modo se admire más su omnipotencia. (S. juan Crisóst., Homil. 9, sent. 39, Tric. T. 6, p. 307.)"

"Si un hombre ignorante no puede comprender el artificio de una obra compuesta por un hábil artífice, con más fuerte razón será incapaz el espíritu humano de penetrar los secretos de la providencia divina. (S. Juan Crisóst., sent. 227, Tric. T. 6, p. 345.)"

"Si alguno fuere tan extravagante que llegue a decir no hay Dios, no nos dignemos de responderle; porque así como no sería del caso responder a los locos y furiosos, tampoco se debe dar respuesta a los que niegan la Divinidad. (S. Juan Crisóst., sent. 228, Tric. ibid. ibid.)"

"Si hay Dios, lo que no se puede dudar, se sigue también que es justo, pues a no ser justo, no sería Dios. Si el Señor es justo, le da a cada uno lo que merece, y como por otra parte vemos, que no todos los hombres son tratados en esta vida según sus merecimientos, debemos inferir sin duda, que hay otra vida en donde se nos preparan terribles retribuciones, y en donde la justicia de Dios se dará a conocer en todo la extensión de su equidad, repartiendo a cada uno según sus méritos. (S. Juan Crisóst., sent. 229, Tric. ibid., p. 346.)"

"¿Quién os podrá llenar de todo cuanto Dios ha hecho si el mismo Dios no os llena? (S. Agustín, Psalm. 30, sent. 16, Tric. T. 7, p. 455.)"

"Todo cuanto no es Dios, nos parece vil y despreciable en este mundo. (S. Agust., Psalm. 30, sent. 17, Tric. T. 7, p. 455.)"

"Dios mío, que sois misericordia: ¿qué significan estas palabras, sino que tenemos de su misericordia cuanto somos? (S. Agust., Psalm. 58, sent. 87, Tric. T. 7, p. 462.)"

"Los dones de Dios os deben servir de consuelo, y no para pervertiros; los bienes que os quita os deben servir para la paciencia y no para murmuraciones ni blasfemias. (S. Agust., Salm. 63, sent. 99, Tric. T. 7, p. 463.)"

"Cuando Dios da bienes temporales a los buenos, es para consolarlos en los trabajos de su peregrinación sobre la tierra; cuando se los da a los malos, es para enseñar a los buenos a desear otros bienes que los malos no han de poseer. (S. Agust., Psalm. 66, sent. 104, Tric. T. 7, p. 464.)"

"Si Dios no fuera bueno, no haríais bien alguno; si no fuera justo, no padeceríais mal alguno. (S. Agust., Salm. 70, sent. 116, Tric. T. 7, p. 465.)"

"Solamente Dios es el que puede ser con verdad nuestra alegría, nuestra paz, nuestro descanso, y el fin de nuestras penas. (S. Agust., Salm. 78, sent. 128, Tric. T. 7, p. 466.)"

"Cuando nos agrada lo bueno, es un grande don de Dios. (S. Agust., Salm. 116, sent. 157, Tric. T. 7, p. 468.)"

"Si reflexionamos el preámbulo de Dios cuando nos iba a crear, hallaremos que hizo al hombre a su imagen, con el fin de que imitase a su Autor, y que la dignidad de nuestra naturaleza consiste en que la

imagen de la Benignidad Divina resplandezca en nosotros como en un espejo. (S. León, Papa, Serm. 11, c. 1, sent. 7, Tric. T. 8, p. 284.)"

"Del fondo de su propia bondad sacó Dios los motivos para compadecerse de nuestra propia miseria. La regeneración de los hombres es más admirable que su propia condición; más hizo Dios en los últimos tiempos redimiendo lo que estaba perdido, que cuando sacó de la nada lo que no tenía ser alguno. (S. León, Papa, Serm. 62, sent. 49, Tric. T. 8, p. 394.)"

"Aunque todas las circunstancias de la venida del Espíritu Santo son prodigiosas, y no se puede dudar que estuvo presente la Majestad del Espíritu Divino en la junta de aquellos fieles que alababan a Dios con tanto celo y alegría, no obstante, no debemos creer que se vio la substancia divina en las lenguas de fuego que los ojos miraban. Porque la naturaleza invisible, común con el Padre y el Hijo, nos manifestó como quiso la calidad de su Dios y de su obra, pero contuvo en su misma Deidad la propiedad de su esencia invisible. (S. León, Papa, Serm. 75 in pen., c. 3, sent. 64, Tric. T. 8, p. 398.)"

"No se puede dudar, amados míos, que todas las santas observancias son de institución divina, que hemos recibido por tradición Apostólica las costumbres establecidas en la Iglesia, y que vienen de la doctrina del Espíritu Santo, el cual todavía influye en los corazones de los fieles, y preside a sus santas instituciones, para que las obedezcan, entiendan y guarden. El Espíritu Santo que Dios tenía prometido bajó sobre los Apóstoles a los cincuenta días después de Pascua; los llenó con su presencia de luces más resplandecientes y de más abundantes gracias; por lo que se advierte con toda claridad, que entre los demás dones divinos se nos dio entonces la gracia de los ayunos que se siguen a la fiesta de Pentecostés. Para que así como la concupiscencia fue el origen del pecado, sea la continencia el manantial de las virtudes. (S. León, Papa, Serm. 77, de jejun., Pent. sent. 65, Tric. T. 8, p. 398 y 399.)"

"Repasad con frecuencia en vuestras almas con las más vivas reflexiones los infinitos beneficios del Autor de nuestro ser, aquellos beneficios que se dignó comunicarnos sin mérito alguno de nuestra parte. Traed a vuestra memoria las innumerables ingratitudes con que tan injustamente habéis pagado sus beneficios, y formando grande dolor de vuestras culpas, exclamad: ¡qué es lo que yo he hecho! Yo he ofendido a mi Dios y he irritado la indignación de mi Criador; he correspondido a sus infinitas bondades con innumerables pecados, en

vez de acciones de gracias. ¡Qué es lo que he hecho! Mas al decir esto, rómpanse vuestros corazones con el profundo dolor; arrojad grandes suspiros y derramad amargas lágrimas. Si ahora no lloráis, ¿cuándo ha de ser? Si la desgracia de Dios en que habéis incurrido por vuestras culpas, no excita en vosotros el más vivo arrepentimiento, sirva a los menos para romper la obstinación de vuestros corazones el horror de los eternos castigos que habéis merecido por vuestras culpas. Vuelve sobre ti, alma ingrata, y por tantas veces rebelde; retira tus pies del infierno a donde te precipitas, para evitar los castigos que has merecido, y recobrar los bienes perdidos, de los cuales merecías ser privada por toda la eternidad. (S. Anselmo, 1.ª Meditat., sent. 42, Tric. T. 9, p. 350 y 351.)"

"Al bueno nunca le engañaron sin aparentarle el bien. (s. Bern., Serm. 66 in Cant., sent. 68, Tric. T. 10, p. 326.)"

"Aunque sea bueno lo que se hace, no se hará bien si no se hace con buena voluntad. (S. Bern., Ep. 258, sent. 80, Tric. T. 10, p. 326.)"

"Pertenece a la clemencia divina negar a los ingratos lo que piden para que no sea mayor su ingratitud. (S. Bern., Serm. cont. vit. ingrat., sent. 88, Tric. T. 10, p. 327.)"

"Fácilmente se pega el corazón humano a las cosas que frecuenta. (S. Bern., Tract. ad Cler, c. 1, sent. 121, Tric. T. 10, p. 329.)"

"De lo que Dios ha hecho por ti puedes conocer en cuánto te apreció. (S. Bern., Serm. 1, de Epiph., sent. 155, Tric. t. 10, p. 331.)"

"Sin duda el ser bueno entre los buenos, consigue la salvación; pero el ser bueno entre los malos, merece alabanza: en lo primero, hay tanta facilidad como seguridad; en lo segundo, hay tanta virtud como dificultad. Esto es lo mismo que tocar la pez y no mancharse; andar entre el fuego sin lesión, y entre las tinieblas sin oscuridad. (S. Bern., Ep. 25 ad Hugon. Rothom. Archi., sent. 10, adic. Tric. T. 10, p. 338.)"

"Pues nada tenéis que no hayáis recibido, sentid del Señor en bondad y de vosotros en humildad. (S. Bern., Epis. 384, ad Eug. Pap., ad Capitul. Cisterc., sent. 43, adic. Tric. T. 10, p. 361.)"

C

Caída y recaída.– "No vuelvas tu vista atrás, ni te detengas en toda región. Saliste de Sodoma, no te vuelvas a esta Ciudad; dejaste los vicios, no vuelvas a ellos. Ni mires atrás, sálvate en el monte: mas no es lo suficiente para salvarse no mirar atrás, si no se pone al mismo tiempo cuidado con no detenerse en toda la región; pues sería cosa inútil empezar el camino de la virtud, y detenerse en la tierra de Sodoma sin apresurarse hacia el monte en que está nuestra salud, que es Jesucristo. (Orígenes, Homl. 13, in Jerem., sent. 8, Tric. T. 1, p. 248.)"

"El que se ha confesado de algún pecado, no debe volver a cometerle, porque la confesión de la culpa es como una profesión y propósito de no volver a caer. Es preciso, pues, que sea esta confesión, como dice el Profeta, de todo corazón, y no en parte, no guardando en nuestra conciencia alguno de los pecados que conocemos haber cometido. (S. Hilario, in Psalm. 137, sent. 16, Tric. T. 2, p. 260 y 261.)"

"Avergüénzate, alma pecadora, pero no desesperes por haber pecado. Has pecado, trabaja por levantarte. Un atleta, después de haberle derribado muchas veces, no por eso deja de llevar el premio en el combate. Obra con valor, y di siempre: ahora empiezo a volver a mi Dios. (S. Efrén, sent. 19, Tric. T. 3, p. 80.)"

"Por ser el corazón del hombre muy inconstante, no cuesta menos mantenerse en la inocencia, que lo que antes había costado adquirirla: porque tal vez sucede que con la ocasión de la misma gracia nace en nosotros la soberbia, vicio que nos aparta de Dios después de habernos convertido; de suerte que volvemos a caer al mismo tiempo que nos levantamos: de este modo el pecado, según el Apóstol, viene a ser un manantial más abundante del pecado, y nos causa la muerte valiéndose de una cosa que es buena. (S. Gregorio Nacina., Orat. 7, sent. 15, Tric. T. 3, p. 354.)"

"Hasta las caídas de los Santos son útiles a los demás. El pecado de San Pedro no me ha perjudicado, porque me ha servido mucho su corrección y enmienda. De él aprendí a evitar las conversaciones de los malos. Después de la caída de este grande Apóstol, ninguno tiene derecho para presumir de sus propias fuerzas. (S. Ambrosio, lib. 10, c. 22, sent. 92, Tric. T. 4, p. 331 y 332.)"

"Abrió los ojos Adán para ver su culpa. No sé en qué consiste, que después de haber pecado es cuando conocemos nuestros delitos: entonces entendemos que es culpa lo que no pensábamos que era pecado. (S. Ambrosio, lib. de Parad., c. 14, sent. 3, adic. Tric. T. 4, p. 393.)"

"La serpiente me engañó y comí. Culpa es digna de perdón, aquella a que se sigue la confesión del delito. Por esto no desesperó la mujer; antes bien, confesó su pecado y recibió sentencia medicinal. Bueno es que nos condenen a la pena que merece la culpa para que experimentemos el azote contra los hombres. (S. Ambrosio, lib. de Parad., c. 14, sent. 4, adic. Tric. T. 4, p. 393.)"

"Uno de los efectos de la ira de Dios es que un pueblo malo e incrédulo escuche con más gusto a los falsos Profetas que a los verdaderos. (S. Jerón., lib. 4, c. 14, sent. 75, Tric. T. 5, p. 251.)"

"Todavía estaban las carnes en sus bocas cuando cayó sobre ellos la ira de Dios. Una cosa semejante sucede todavía en la Iglesia, respecto de aquellos que se alimentan con la carne y sangre de Jesucristo; porque si después de esto caen en el vicio, les amenaza el juicio de Dios con un terrible castigo. (S. Jerón., in Psalm. 79, sent. 108, Tric. T. 5, p. 257.)"

"Mucho mejor es no tener heridas, ni necesitar de médico. La curación no es la bienaventuranza de los que sanan, sino consuelo del dolor. Guárdese, pues, de volver a pecar el que se curó. (S. Jerón., in Micheae., c. 7, sent. 9, adic. Tric. T. 5, p. 354.)"

"Continuamente estamos expuestos a las ocasiones de pecar: aun las cosas permitidas nos llevan insensiblemente a los excesos de las culpas por el mal uso que hacemos. Con el pretexto de conservar la salud, no buscamos otra cosa que el placer: lo que es suficiente para la naturaleza, no lo es para la concupiscencia: este es el principio del deseo insaciable de las riquezas, y de las ansias por sobresalir y exceder a los otros; este deseo es el efecto, pero la causa es la soberbia. Son tentaciones que van eslabonadas unas con otras. No hay mejor medio para vencerlas que la continencia. (S. León, papa, Serm. 50, sent. 42, Tric. T. 8, p. 392.)"

"Estar siempre en compañía de una mujer y no pecar con ella, es más que resucitar a un muerto. (S. Bern., Serm. 65, in Cant. n. 4, sent. 86, Tric. T. 10, p. 327.)"

"El que permanece en el peligro, no siente mucho haber caído en él. (S. Bern., Serm. 1, sent. 101, Tric. T. 10, p. 328.)"

Cielo.– "¿Cómo podré subir a los cielos? El camino es el Señor: es verdad que es angosto, pero viene de los cielos; es verdad que es estrecho, pero es camino que lleva a los cielos. (S. Clemente, sent. 1, adic. Tric. T. 1, p. 349.)"

"Que las viñas o las olivas engañen la esperanza del labrador, que la yerba y los trigos mueran de sequedad en el campo, todo esto, ¿qué puede afligir a los cristianos y siervos de Dios que esperan toda especie de bienes y delicias en el reino celestial? Estos se regocijan y saltan de alegría en el Señor, su Dios: y cuando ponen los ojos en el premio que está por venir, no hay adversidad que no sufran con valor. (S. Cripiano, lib. contra Demetr., sent. 26, Tric. T. 1, p. 302 y 303.)"

"Cada día nos vemos oprimidos de tantos males, así de alma como de cuerpo, y expuestos a tantos peligros, y con todo eso hallamos placer en estar largo tiempo en esta vida entre tantas espadas desnudas, con las que el demonio nos amenaza todos los instantes, cuando debiéramos desear salir con una muerte pronta, para llegar a Jesucristo. (S. Cipriano, Tratado de la inmortalidad, sent. 29, Tric. T. 1, p. 303.)"

"¿No es una cosa bien fuera de razón y de justicia orar y pedir que se haga la voluntad de Dios, y al mismo tiempo no obedecerle sin repugnancia, cuando quiere sacarnos de este mundo? Nosotros resistimos, nos hacemos fuertes, y como siervos obstinados, vamos, a pesar nuestro, y llenos de pena a la presencia de nuestro Señor: no dejamos voluntariamente la vida sino por necesidad, y a más no poder, y con todo eso queremos que aquel Señor a quien vamos a ver contra nuestro gusto nos premie con sus bienes celestiales. ¿Para qué es pedir a Dios que llegue a nosotros el reino de los cielos, si tanto nos agrada la cautividad en que vivimos sobre la tierra? Para qué es pedir con súplicas tan instantes y frecuentes que acelere el tiempo al establecimiento de su reino en nosotros, si parece que queremos más servir aquí al demonio, que reinar con Jesucristo en el cielo? (S. Cipriano, ibid., sent. 30, Tric. ídem, p. 304.)"

"Debemos considerar que ya hemos renunciado al mundo, y que vivimos en él como pasajeros y extraños. Abracemos, pues, aquel

dichoso día que ha de introducir a cada uno de nosotros en su tranquila habitación: aquel día que, librándonos del mundo y rompiendo los lazos de la carne, nos restituirá al paraíso y nos dará entrada al reino celestial. ¿Qué extranjero hay que no se dé prisa por volver a su patria? ¿Qué pasajero en el mar no suspira por un viento favorable para volver a ver cuanto antes los amigos y parientes? El paraíso es nuestra patria, los Patriarcas nuestros padres; ¿cómo, pues, no corremos por volver a visitar nuestra patria, y abrazar a nuestros padres? Grande es el número de amigos, hijos y hermanos nuestros, que nos esperan allá, seguros de su salud eterna, pero con gran cuidado de la nuestra. ¡Qué gozo será para ellos y para nosotros el vernos juntos y abrazarnos! ¡Qué placer será gozar de un reino celestial sin temor de la muerte y con seguridad de vivir para siempre, y poseer una felicidad eterna y soberana! (S. Cipriano, ibid., sent. 71, Tric. ibid. ídem.)"

"¿Quién habrá que no tome de buena gana, y aun con ansia, el cáliz de la salud? ¿Quién será el que no abrace con gusto y alegría la ocasión que se le presente de hacer alguna cosa por su Señor? ¿Quién no recibirá con valor y constancia una muerte preciosa en la presencia de Dios? Una muerte con que agrademos a los ojos de aquel que volviendo su vista hacia nosotros desde lo alto de los cielos ve el peligro a que nos exponemos por su nombre, acepta nuestra resolución, nos auxilia en el combate, y después de la victoria, nos da la corona merecida, recompensando en nosotros por la bondad y afecto paternal con que nos ama, lo mismo que él nos ha dado, y honrando en nosotros lo que ha hecho en nuestras almas, supuesto que el mismo Señor declara, que hemos recibido de su mano la fortaleza para vencer y merecer el premio en el combate para postrar al enemigo: esto es lo que nos enseña en estas palabras del Evangelio: Cuando os entregaren, no busquéis en vuestro pensamiento lo que habéis de decir, ni cómo habéis de hablar, porque entonces se os dará lo que habéis de decir. (S. Cipriano, sent. 37, Tric. T. 1, p. 307.)"

"Los que ponen su descanso en esta vida, no deben esperarle en la eternidad, porque el reino del cielo no es para los que aquí viven ociosos: sólo los que pasan una vida llena de tribulaciones tienen lugar a pretenderle. Y a la verdad, es un premio que no se recibirá de valde, y todos los que le han merecido le han conseguido con grandes trabajos. Poco nos importa cuáles hayan sido nuestros males y fatigas en este mundo; pues en entrando en el descanso inefable en donde Dios nos llenará de toda suerte de bienes, se olvidarán todos los

dolores sufridos durante esta vida, que toda es miseria y vanidad. (S. Anastasio, de Sanctiss. Deipara, sent. 7, Tric. T. 2, p. 173.)"

"¿Quién es el hombre de juicio que no quiere ser del pequeño número de los que van al cielo por la senda estrecha del evangelio, más bien que juntarse con la multitud de los otros, que corriendo por el camino ancho van a caer en el eterno precipicio? (San Atanasio, sent. 8, Tric. T. 2, p. 173.)"

"No debemos buscar las cosas que no nos han de acompañar después de esta vida: aficionémonos únicamente a los bienes que nos han de seguir inseparablemente, y adornar para siempre nuestros cuerpos y nuestras almas. (S. Basilio, Homl. 33, sent. 21, Tric. T. 3, p. 354.)"

"Cada una de nuestras acciones, o nos acerca al infierno, si lleva el peso de la culpa, o nos habilita, si es virtuosa, para subir a Dios. (S. Basilio, in Psalm. 29, sent. 2, adic. Tric. T. 3, p. 380.)"

"No se ha de buscar en este mundo el gozo de los placeres, sino contentarse con el que nos da la esperanza de gozar de Dios en el cielo. (S. Gregorio Nacian., orat. 8, sent. 17, Tric. T. 3, p. 354.)"

"Yo pienso que el Patriarca Jacob supo por la visión de aquella escala misteriosa, que llegaba desde la tierra al cielo, que no hay otro camino para llegar a Dios como el de tener siempre la mira puesta en las cosas celestiales, y elevar continuamente sus deseos hacia el Señor, de suerte, que ninguno se ha de contentar con vivir en el grado de virtud a que ha llegado, sino que debe considerar como pérdida y detrimento, no subir a otro estado más sublime y perfecto. (S. Greg. de Nisa, Orat. 5, sent. 16, Tric. T. 4, p. 115.)"

"Yo viviré, dice David, como si todavía no viviera, porque en este cuerpo mortal llevamos una sombra de vida que es imagen, y no la verdad de la vida del cielo. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 56, Tric. T. 4, p. 324.)"

"El que se conocía heredero de Abraham, dice: Yo soy extranjero en la tierra, y peregrino como todos mis Padres, porque el que es aquí peregrino, es ciudadano en el cielo; pero el que piensa poner en esta tierra todos los bienes de su alma, y se alegra de adquirir la herencia de este mundo, será excluido del reino de Dios. (S. Ambrosio, de Abr., lib. 2, c. 9, sent. 12, adic. Tric. T. 4, p. 396.)"

"Reflexioné en mis caminos, y volví mis pasos. Cuando llegas a donde se cruzan muchos caminos, reflexiona sobre cuál es el que debes tomar, y nunca te resuelvas sin haber decidido interiormente

qué camino de aquellos lleva a la ciudad. Cuanto más debes consultar contigo mismo tú que caminas al reino celestial, pues no todos guían a la Jerusalén del cielo. Hay caminos, Psalm. 118, que tienen mala salida: el diablo los ha procurado trillar, y así pasan en la muerte. De estos se verifica: Hay caminos que al hombre le parecen rectos, pero sus fines dan vista a lo profundo del infierno. El camino es aquel más estrecho que lleva a Dios. Si quieres ir por el camino que lleva a Dios, no mires los que ves alrededor, no sea que te dejes llevar fácilmente de algún afecto, y convidado de la anchura del camino entres en el que para en el infierno. (S. Ambrosio, in sent. 34, adic. Tric. T. 4, p. 403 y 404.)"

"Entrad por la puerta estrecha, porque el camino ancho lleva a la perdición. El camino ancho es la sensualidad del siglo que los hombres buscan; el camino estrecho está lleno de ayunos y de trabajos. Muchos van por el camino ancho, y pocos hallan el camino estrecho: no hay que buscar el camino ancho, porque el mismo se nos presenta, y es el de los que se extravían y se pierden; pero el camino estrecho no todos lo hallan, y los que le encuentran no van desde luego por él: porque hay muchos que después de haber descubierto el camino de la verdad, y haberse adelantado en él, se hallan detenidos en los placeres de este mundo, y vuelven atrás. (S. Jerón., lib. 1, in Matth., c. 7, sent. 94, Tric. T. 5, p. 255.)"

"No creamos que es suficiente un fervor pasajero de la fe, porque es preciso que cada uno lleve continuamente su cruz, para dar a entender de este modo, que es incesante nuestro amor a Jesucristo. (S. Jerón., in c. 10, Matth., sent. 96, Tric. T. 5, p. 256.)"

"No nos hemos de separar de los Profetas; debemos investigar, y preguntar por los caminos antiguos, trillados con las pisadas de muchos santos, cual es la senda buena del Evangelio, y caminar por ella. (S. Jerón., adv. Vigil., c. 6, sent. 8, adic. Tric. T. 5, p. 354.)"

"Ahora vamos por un camino muy estrecho y estamos como titubeando sobre una cuerda en el aire, de suerte, que si no aseguramos nuestros pasos con el contrapeso de la continua circunspección, nos hará caer nuestro enemigo fácilmente hacia un lado o hacia otro. (S. Paulino, Ep. 40, ad Sanct. et Amand., sent. 14, Tric. T. 5, p. 331.)"

"Cuanto hacemos y cuanto decimos corresponde precisamente al camino ancho o al camino estrecho. (S. Paulino, Ep. ad Celantiam, in Append., sent. 22, Tric. T. 5, p. 332.)"

"En este mundo sois huéspedes y pasajeros: el cielo es vuestro

país; allá debéis trasladar todo cuanto tenéis, y antes de llegar a la divina Patria, recibiréis en este mundo una especie de recompensa. Porque el qué en esta vida se alimenta con la esperanza de los bienes celestiales, y vive lleno de confianza de conseguirlos, ya gusta de antemano la felicidad del reino eterno. (S. Juan Crisóst., Homl. 2, ad popul. Antioch., sent. 4, Tric. T. 6, p. 301.)"

"El Reino de los cielos se consigue con la violencia. Los que son cobardes y perezosos no pueden conseguirle, pues solo se logra trabajando con mucho cuidado y diligencia. Por ser muy estrecho el camino del cielo, se necesita mucha constancia y valor para llegar a él. (S. Juan Crisóst., Homl. 54, sent. 82, Tric. T. 6, p. 315.)"

"Todo lo hacemos por atenciones humanas, y solamente trabajamos por lo presente. (S. Juan Crisóst., Homl. 62, in Joann., sent. 86, Tric. T. 6, p. 316.)"

"Llamó Jesucristo, estrecho y difícil a su camino, y también le llamó yugo suave y carga ligera; porque aunque sea pesada por su naturaleza, se hace muy ligera con el afecto, con la alegría y con el fervor de los que la llevan. Así vemos que los que han abrazado el camino estrecho, van más alegres y contentos que los que caminan por el más ancho; no porque muchas veces no se vean afligidos, sino porque como están ya superiores a las aflicciones, no sienten tanto sus golpes como las gentes del mundo que los tienen por insoportables. (S. Juan Crisóst., lib. de Virgin., c. 4, sent. 176, Tric. T. 6, p. 334.)"

"¿No podrá suceder, me diréis, que se goce en este mundo y en el otro una entera paz y un perfecto reposo? No, eso es imposible, y en vano buscáis semejante estado entre los hombres. (S. Juan Crisóst., Conc. 3, de Lazar., sent. 193, Tric. T. 6, p. 338.)"

"Supuesto que el Evangelio dice: Que el camino que lleva a la vida es áspero y estrecho, ¿cómo en otra parte dice: Mi yugo es suave y fácil? Las primeras palabras pertenecen a la naturaleza de las aflicciones, y las últimas denotan la alegría y sumisión de la voluntad para sufrirlas, porque lo que por su naturaleza parece duro e insufrible, se hace suave y fácil con la disposición de la voluntad del que padece. De este modo, los Apóstoles, cuando los Judíos los azotaron, volvieron llenos de gozo por considerarse dignos de haber padecido esta ignominia por el hombre de Jesucristo. (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 193, Tric. T. 6, p. 338.)"

"¿Cuántos os parece que habrá en esta ciudad de los que se han de salvar? Puede ser que no os agrade lo que os tengo de decir en este

punto: mas no dejaré de explicar mi pensamiento. No creo que entre tantos millones de cristianos haya de ciento uno que se haya de salvar, y aún dudo de la salud de este corto número. Porque, ¡cuánta malicia, cuántos excesos hay en los jóvenes! ¡Cuánta flojedad, pereza y falta de devoción hay en los ancianos! Y de este modo en todos los estados y condiciones. (S. Juan Crisóst., Homl. 24, c. 11, sent. 270, Tric. T. 6, p. 355.)"

"El camino es estrecho y difícil para el que camina por él con pena y pesadumbre; pero es ancho y fácil para el que camina con amor. (S. Agust., Psalm. 30, Sent. 13, tric. T. 7, p. 455.)"

"Me alegro yo con la esperanza de la eterna felicidad, mas suspiro y gimo porque no me veo todavía en la posesión. (S. Agust., Psalm. 30, sent. 24, Tric. T. 7, p. 456.)"

"Si esperáis la felicidad del cielo, debéis estar alegres; mas como es preciso esperarla con paciencia, debéis gemir y suspirar mientras os dura la vida. (S. Agust., ibid., sent. 25, Tric. ibid. ibid.)"

"Elevémonos con nuestros deseos a las cosas del cielo, en donde diremos: aquí estoy, ya no deseo más: aquí amo a todos y no temo a ninguno. ¡Oh deseo bueno! ¡Oh deseo santo! (S. Agust., Psalm. 38, sent. 45, Tric. T. 7, p. 458.)"

"El camino ancho es mortal, y su misma latitud y facilidad agrada por algún tiempo; pero su fin será estrecho y penoso para toda la eternidad. (S. Agustín, Psalm. 39, sent. 51, Tric. ibid. ídem.)"

"En el cielo todo es grande, todo verdad, todo es santo, todo es eterno. Allí será nuestro alimento la justicia; nuestra bebida, la sabiduría; nuestro vestido, la inmortalidad; aquella celestial casa será nuestra habitación, y en ella hallaremos verdaderamente la paz, el descanso, el gozo y la justicia. (S. Agustín, Psalm. 49, sent. 67, Tric. T. 7, p. 460.)"

"¿Cuál será en el cielo nuestro empleo, sino amar y alabar a Dios? ¿Alabarle amándole, y amarle alabándole? (S. Agustín, Psalm. 146, sent. 171, Tric. T. 7, p. 470.)"

"El que aquí no suspira como el caminante que está distante de su patria, jamás tendrá el contento de habitar en ella como ciudadano. (S. Agust., Psalm. 148, sent. 176, Tric. T. 7, p. 470.)"

"Con razón dijo el Salvador del mundo, que El era el camino; porque ninguno va a Jesucristo sino por el mismo Jesucristo; es decir, que es indispensable caminar por las sendas de la humildad y la paciencia. Este camino es áspero y escabroso, porque en él nos fatigará el trabajo; a cada paso se ven tristes nublados, y la agitación de los

temores continuos. (S. León, Papa, Serm. 65, sent. 52, Tric. T. 8, p. 395.)"

"No abatan los terrenos deseos a unas almas llamadas al cielo; no ocupen las cosas perecederas a los que están escogidos para gozar de las eternas; no retarden los engañosos atractivos a los que han entrado en el camino de la verdad: pasen los fieles por lo temporal, de modo que se conozca que son peregrinos en el valle de este mundo, en el que, si algunas comodidades lisonjean, no se han de abrazar con culpa, sino despreciar con fortaleza. A esta devoción nos exhorta el bienaventurado San Pedro, y a proporción de aquel amor que concibió con la confesión de su amor a jesucristo, nos suplica y dice: Carísimos, os ruego como a peregrinos y extranjeros, que os abstengáis de los deseos carnales que pelean contra el alma. (S. León, Papa, Serm. 73, c. 5, sent. 63, Tric. T. 8, p. 398.)"

"Pronto nos resolvió esta cuestión la misma verdad, porque el camino de Dios es angosto para los que empiezan, y ancho para los perfectos. Lo que proponemos espiritualmente al alma contra sus costumbres es duro, y no obstante, es ligera la carga de Dios en empezando a llevarla: en tanto grado, que hasta la persecución por su amor es agradable, y toda aflicción por el Señor es dulzura del entendimiento, así como se alegraban los Apóstoles cuando por El sufrían los azotes. La puerta estrecha, pues, es ancha para los amantes, los mismos caminos ásperos se hacen suaves y llanos para los que corren señaladamente: cuando sabe el alma que recibe gozos eternos por los dolores temporales, empieza a gustar de lo mismo que la aflige. (S. Greg. el Grande, Homl. 17, sent. 25, adic. Tric. T. 9, p. 387 y 388.)"

"Los que atesoran en el cielo, no tienen que temer a los ladrones. (S. Bernardo, de Convers. ad Cler., n. 41, sent. 17, Tric. T. 10, p. 323.)"

"¿Acaso es el camino útil, pero intransitable? Más fácilmente llegarás despreciando todo, que consiguiéndolo. (S. Bern., Tract. de Cont. Mun., n. 33, sent. 166, Tric. T. 10, p. 332.)"

Cristiano (Vida del).– "Si me preguntan, ¿cómo han de ser los cristianos? Respondo que deben vivir como discípulos de Jesucristo, practicando lo que El hizo y lo que enseñó. (S. Basilio, Reg. 80, sent. 56, Tric. T. 3, p. 199.)"

"¿Cuál es la obligación particular del cristiano? La de velar todos los días y todas las horas sobre sí mismo, y caminar siempre a la perfección que Dios le pide, por agradarle, sabiendo que vendrá el

Señor en la hora que menos le espere. (S. Basilio, Reg. 80, sent. 59, Tric. T. 3, p. 200.)"

"La perfecta renunciación que debe hacer el cristiano consiste en desnudarse de todas las pasiones, aun del apego a la vida, de suerte, que tengamos, como el Apóstol, una respuesta de muerte que nos quite toda la confianza en nosotros mismos. Esta renuncia debe empezar por la enajenación de todas las cosas exteriores, como son los bienes, la gloria vana, las costumbres inveteradas, y la afición a las cosas inútiles. (S. Basilio, Interrog. 8, sent. 60, Tric. T. 3, p. 200.)"

" Todo el discurso de la vida cristiana debe ser constante y uniforme, no teniendo sino un solo fin, que es la gloria de Dios. (S. Basilio, Interrog. 20, resp. sent. 61, Tric. T. 3, p. 200.)"

"Los cristianos deben desterrar aquellos remedios que piden demasiadas diligencias, y nos precisan a ocupar todo el tiempo en curar el cuerpo; y si acuden a la medicina, deben hacerlo sin poner en ella la confianza, no atribuyendo la causa de la buena o mala salud; y usando solamente de los saludables remedios que dicta la Medicina, debemos referir todo buen éxito a la gloria de Dios. (S. Basilio, Interrog. 55, resp. sent. 64, Tric. T. 3, p. 201.)"

"Toda palabra que no se refiere a Dios es ociosa: y las vanas conversaciones son tan peligrosas, que aun cuando nada se diga que sea malo, o que por su naturaleza no sea bueno, si no se refiere y sirve para la edificación de la fe, no están libres de riesgo; porque sólo por no ser de edificación contristan al Espíritu Santo. Esto es lo que nos enseña el Apóstol, cuando dice: Ninguna mala palabra salga de vuestra boca; no salgan sino las buenas y edificantes, para inspirar la piedad a los que las escuchan; y después añade: No contristéis al Espíritu Santo, con el que estáis marcados como con un sello. (S. Basilio, in regul. breviorib. interrog. 23, sent. 68, Tric. T. 3, p. 202.)"

"Después que el Señor dijo de sí mismo: Yo no vine a hacer mi voluntad, sino solamente la de mi Padre; es muy peligroso hacer su propia voluntad, aun en las cosas menores. Por esto decía David; Yo he jurado y resuelto seguir los juicios de vuestra justicia, no los de la mía; esto es, los movimientos de mi propia voluntad. (S. Basilio, Interrog. 137, resp. sent. 69, Tric. T. 3, p. 202.)"

"Si los que no han hecho más mal que callar cuando debieran reprender a los pecadores son reos de su sangre y de su perdición, ¿qué diremos de los que le han dado motivo de escándalo con sus acciones y palabras? (S. Basilio, Interrog. 261, sent. 73, Tric. T. 3, p. 203.)"

"¿Cómo deben ser los cristianos? Como discípulos de Jesucristo que procuran conformar su vida, según lo que ven en El, y lo que les dice. Como ovejas de Jesucristo que oyen la voz de su Pastor, y le siguen. Como sarmientos, cuya raíz es Cristo, que fructifican por El, y no tienen, ni hacen cosa que no sea digna del Señor, y conforme a su voluntad. Santos y puros como templos de Dios, solamente ocupados con lo que pertenece al culto divino. Como hijos de Dios, formados a su imagen, según la medida que ha dado a los hombres. (S. Basilio, Reg. 80.2, sent. 12, adic. Tric. T. 3, p. 382.)"

"¿Cuál debe ser la propiedad de los cristianos? Amarse unos a otros con una caridad semejante al amor con que Jesucristo nos amó. (S. Basilio, ibidem, sent. 13, adic. Tric. T. 3, p. 383.)"

"La locución sencilla y no afectada me parece a mí decente, y cual conviene a la profesión del hombre cristiano, al que pertenece escribir para la pública utilidad, y no para hacer ostentación. (S. Basilio, Ep. 167, sent. 16, adic. Tric. T. 3, p. 384.)"

"Entre los cristianos, cada uno es la ley y regla de la amistad que se deben entre sí; pues cada uno no tiene que aspirar a otra cosa que a procurar para el prójimo el bien que se desea a sí mismo. (S. Greg. Nacianceno, Orat. 3, sent. 9, Tric. T. 3, p. 355.)"

"En cuanto a los cristianos, todo es entre ellos espiritual: las acciones, los movimientos, la voluntad, las palabras, los pasos, el vestido, y hasta el más leve movimiento de los ojos; porque su razón debe extenderse a todo cuanto les pertenece, para formar y arreglar todo el hombre, que es según Dios: asimismo el modo de celebrar sus fiestas, y recrear sus espíritus, debe ser también espiritual. Porque no se debe imaginar que yo quiera privar al cristiano de toda diversión y descanso del espíritu, sino que pretendo cortar los excesos y el furor. Si celebramos de esta suerte las fiestas de los Mártires, os prometo una cosa grande en nuestras concurrencias; es, a saber, que recibiremos algún día el mismo premio y la misma gloria. (S. Gregorio Nacian., Orat. 6, sent. 14, Tric. T. 3, p. 354.)"

"Dejemos los festines y los bailes para las pompas y fiestas de los paganos; pero si es permitido, a los que adoramos al Verbo Divino, tomar algún placer, debe ser del gusto del mismo Divino Verbo; como es, alegrarnos con la ley de Dios, y con las lecturas convenientes a las fiestas que celebramos. (S. Gregorio, Orat. 38, sent. 45, Tric. T. 3, p. 359.)"

"Las cosas que son buenas pierden la gracia de la bondad si no se

tratan bien. (S. Gregorio Nacianceno, Orat. 33, sent. 5, adic. Tric. T. 3, p. 394.)"

"Tened cuidado con que ninguno os robe el tesoro que os estaba destinado, y no permitáis que nadie os prevenga en el cuidado de hacer bien a vuestro prójimo. Abrazad como una grande ventaja la ocasión de consolar al afligido; asistid al enfermo con tanto cuidado, como si importara a la salud de toda vuestra familia; aunque se debe asistir a todos los que son pobres, no hay duda que merecen la principal consideración los que están enfermos, porque estos padecen doble mal; es, a saber, la enfermedad y la pobreza. (S. Grego. de Nisa, sent. 21, Tric. T. 4, p. 117.)"

"Si somos del que nos rescató, sigámosle de todos modos, de suerte, que ya no vivamos para nosotros, sino para el que nos redimió con su sangre; porque ya no somos dueños de nosotros mismos, sino que, pues el Señor es el que nos ha rescatado, ya estamos en todo rigor de justicia sujetos a su dominio; de suerte, que en adelante su voluntad debe ser la ley y la regla de nuestra vida. (S. Gregorio de Nisa, –de perfect. Christi fer.,– sent. 35, Tric. T. 4, p. 120.)"

"La perfección del cristiano consiste en adelantar sin detenerse, sabiendo que la perfección no tiene límites. (S. Greg. de Nisa, ibid., sent. 36, Tric. ibid., ibid.)"

"¿Cuál es el tiempo de buscar a Dios? En pocas palabras te responderé: Toda la vida. (S. Greg. de Nisa, In Eccles. H. 2, sent. 6, adic. Tric. T. 4, p. 358.)"

"El que tiene por su porción a Dios, no debe tener otro cuidado que el de aplicarse a él, y todo cuanto se emplea en otra cosa es un robo que se hace al servicio y culto que se le debe. (S. Ambrosio, de fug. secul., c. 2, sent. 24, Tric. T. 4, p. 318.)"

"Señor, me acordé de vuestro nombre durante la noche, y guardé vuestra ley. De día y de noche se ha de invocar este santo nombre. Si para dar más tiempo al estudio de las ciencias humanas, se quitan muchas veces las horas al sueño, ¿cuánto mayor cuidado se debe tener de no dormir sino lo preciso para las necesidades del cuerpo, cuando queremos aplicarnos al conocimientos de las cosas de Dios? Todas las noches bañaba David su lecho con sus lágrimas, y también se levantaba a media noche para rogar a Dios; ¿cómo a vista de este ejemplar podréis abandonaros al sueño las noches enteras¿ Debierais recurrir a Dios, invocar su asistencia, y tomar las precauciones posibles para guardaros de la culpa, en aquel tiempo en que las tinieblas

os ocultan a los ojos de los hombres. Considerando entonces que está la vista del Señor descubriendo lo más secreto y escondido. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 60, Tric. T. 4, p. 324.)"

"¡Qué pocos hay sobre la tierra que puedan decir: El Señor es mi porción! Qué pocos son los que distantes de todos los vicios, nada tienen común con el mundo, ni quieren participar de él, por no estar poseídos de alguna concupiscencia hacia las cosas corporales, ni verse abrasados de las llamas de la impureza, ni tocados de la avaricia, ni abandonados a los excesos, ni arrebatados de la ambición, ni roídos de la envidia, ni ocupados en el cuidado de los negocios seculares, y, por último, que vivan como que sólo nacieron para Dios, y no para sí mismos. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 61, Tric. T. 4, p. 325.)"

"Tuyo soy: esta palabra es fácil de decir, y aun parece una expresión común; pero a muy pocos les viene bien: apenas se halla quien pueda decir con verdad a Dios: Tuyo soy, pues para esto es necesario estar unidos con El por todo cuanto hay en nosotros, y no pensar sino en El sólo. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 64, Tric. T. 4, p. 325.)"

"Nada le hace al cristiano tan recomendable como la misericordia con los pobres. (S. Ambrosio, de Officiis, c. 11, sent. 120, Tric. T. 3, p. 355.)"

"En las conversaciones privadas no hemos de disputar con porfía, porque esto, más sirve para excitar cuestiones vanas que para que resulte alguna utilidad verdadera. Es preciso, pues, que sean nuestros disgustos sin cólera, nuestra benignidad sin amargura, nuestras advertencias sin aspereza, y nuestras exhortaciones sin dar a nadie que sentir. (S. Ambrosio, de Officiis, c. 22, sent. 124, Tric. T. 4, p. 339.)"

"Ponme por sello sobre tu corazón, y como sello en tu brazo. Es Cristo sello en el corazón y lo es en la frente. Es sello en la frente para que siempre le confesemos; lo es en el corazón, para que siempre le amemos; y lo es en el brazo, para que siempre obremos. Resplandezca, pues, su imagen en nuestra confesión; luzca en la santa lección, y brille en todas nuestras obras; para que si es posible, se vea expresada en nosotros toda la figura de Jesucristo. (S. Ambrosio, de Isac., lib. 1, c. 8, sent. 13, adic. Tric. T. 4, p. 396 y 399.)"

"No os divertáis en considerar el mal que otros hacen, pensad solamente en el bien que debéis hacer. (S. Jerónimo, Ep. ad Rust. 125, sent. 12, Tric. t. 5, p. 240.)"

"Sois cristiano para imitar a Jesucristo y cumplir con vuestras acciones sus leyes. (S. Juan Crisóst., Homil. 39, Orat. 6, sent. 31, Tric. T. 6, p. 306.)"

"Una alma sola que hayamos ganado a Jesucristo, puede borrar en nosotros una infinidad de pecados, y ser la causa de la redención de nuestra alma. (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 32, Tric. ibid., ibid.)"

"Decís que trabajáis mucho todos los días: no es del caso saber que hacéis alguna cosa, sino si ejecutáis lo que se debe. (S. Juan Crisóst., Homil. 36, sent. 57, Tric. T. 6, p. 310.)"

"No debemos pasar día alguno de nuestra vida, si fuere posible, sin haber conseguido algún provecho espiritual, o por medio de la oración o con la confesión de nuestras faltas, o con la limosna, o con algunas otras acciones de piedad que practiquemos. (S. Juan Crisóst., Homl. 11, c. 2, in Génes., sent. 91, Tric. t. 6, p. 316.)"

"Bienaventurado aquel que haya hecho y enseñado. La doctrina de las obras es mucho más sincera y segura que la de las palabras. (S. Juan Crisóst., Homl. 13, ibid., sent. 92, Tric. ibid., ibid.)"

"Obremos en todo con gran pureza de corazón; porque de esta fuente dimanan todos los bienes. No mira el Señor a nuestras acciones, sino al espíritu con que las hacemos; y según nuestra disposición interior, aprueba o reprueba lo que ejecutamos. Bien sea, pues, que oremos, que ayunemos, que demos limosna, o que practiquemos cualquiera otra obra espiritual, obremos siempre con pureza de intención para conseguir el premio de nuestro trabajo. (S. Juan Crisóst., Homl. 27, sent. 97, Tric. T. 6, p. 317.)"

"El que pudiere impedir que una persona agravie a otra, y no lo hace, no es menos culpable que la que ofende. (S. Juan Crisóst., Homil. 32, sent. 101, Tric. T. 6, p. 318.)"

"Aquél que se gloría, sólo en el Señor se gloríe. En todas nuestras obras no debemos atribuirnos méritos algunos; pues solamente el pecado es el que tenemos propio. (S. Juan Crisóst., in Psalm. 142, sent. 145, Tric. T. 6, p. 326.)"

"Conservad en vuestro entendimiento como una verdad inmutable, como una regla cierta, y como una ley constante, que es imposible que un hombre que pone todo el cuidado y diligencia posible para conseguir su salvación, y que nada omite de todo cuanto está de su parte para cumplir su obligación, es imposible, digo, que abandone el auxilio de Dios a un hombre de estas disposiciones. (S. Juan Crisóst., Serm. 1, in Jerem., sent. 162, Tric. T. 6, p. 331.)"

"Si alguno viniese de un país tan distante que jamás hubiese oído hablar de nosotros, y sabiendo aquí cual es la Ley de Jesucristo, viese el desorden con que viven los cristianos, no dudo que nos tendrá por

los mayores enemigos de Jesucristo, y por los hombres más opuestos a sus preceptos; porque verdaderamente vivimos como si hubiéramos hecho empeño de practicar en todo lo contrario de lo que nos dejó mandado. (S. Juan Crisóst., lib. 1, de compunc. cord., sent. 168, Tric. T. 6, p. 333.)'

"No hemos venido a este mundo, ni vivimos en él para comer y beber, antes bien, comemos y bebemos para poder vivir. (S. Juan Crisóst., de Lázaro, Conc. 1, n. 8, sent. 191, Tric. T. 6, p. 337.)"

"Es cosa indigna del verdadero cristiano, abandonarse a los chistes y a las chanzas indecentes. Las carcajadas de risa, rompen los lazos de la templanza, destruyen la cristiana gravedad, denotan el olvido del temor de Dios, y la poca aprensión de las penas eternas: la risa prepara el camino a la impureza; las chanzas son señales de intemperancia; las bufonadas nos llevan a la relajación y a las disoluciones, y nos grangean el desprecio. Por esto el Apóstol ordena a los de Efeso: Que no se oigan entre ellos palabras libres ni bufonadas, porque no convienen a su vocación, sino solamente palabras de acción de gracias. (S. Juan Crisóst., Religionem facetiis uti non debere, in Sp., sent. 251, Tric. T. 6, p. 352.)"

"¿Véis estos vasos sagrados? ¿No es verdad que sólo para un uso están destinados? ¿Habrá alguno tan atrevido que use de ellos para otra cosa, que para los sagrados misterios? Advierta el cristiano que él es más santo y mucho más santo que estos sagrados vasos. ¿Por qué, pues, os profanáis y os mancháis con tanta facilidad?

"No busque el cristiano descanso en esta vida, ni pretenda gozar en ella una segura tranquilidad. (S. Juan Crisóst., Homl. 9, cap. 3, ad Timot., sent. 372, Tric. T. 6, p. 381.)"

"La primera virtud del cristiano y la que comprende todas las demás, es vivir como caminante y extranjero en la tierra: no tomar parte en las cosas y asuntos del mundo; mirarlas todas sin apego, como que están fuera y separadas de nosotros. (S. Juan Crisóst., Homl. 24, ad Hebr., sent. 386, Tric. T. 6, p. 384.)"

"¿Qué haremos para salvarnos? Empecemos por arreglar nuestra vida según las leyes de la virtud, mientras tenemos tiempo. Hagamos entre nosotros una distribución de virtudes, como se hace la de los campos a un labrador. Dispongamos vencer en este mes la ira y el furor: impongámonos esta ley, y digamos, hoy hemos de ejecutar esta acción buena; aprendamos este mes a ser sufridos, y después pasaremos a conseguir esta virtud, y en adquiriendo hábito iremos a otra:

haciendo lo que practicamos en las ciencias; en las cuales, sin olvidar las aprendidas se pasa de unas a otras sucesivamente. (S. Juan Crisóst., Homl. 24, al Hebr., sent. 387, Tric. ibid., ibid.)"

–"Todo nos parece difícil, porque no recurrimos a Dios como debiéramos, y no le tenemos siempre presente en nuestro pensamiento. (S. Juan Crisóst., Homl. 25, ad Hebr., sent. 388, Tric. ibid., ibid.)"

"No debemos poner nuestra alegría en las cosas exteriores, sino en nosotros mismos. (S. Agustín, Psalm. 54, sent. 72, Tric. T. 7, p. 461.)"

"Si sois buenos sólo tendréis por enemigos a los malos. (S. Agust., ibid., sent. 73, Tric. ibid., ibid.)"

"Haced lo bueno con alegría, y lo haréis bien; pero si lo ejecutáis con tristeza, se dirá propiamente hablando, que padecéis, no que hacéis. (S. Agust., Psalm. 91, sent. 138, Tric. T. 7, p. 467.)"

"Cada uno se sacrifique y se ofrezca a Dios: ríndase a Dios, que esto es lo que se le pide, y lo que se le debe. Es necesario dar al Cesar su imagen, y también es preciso volver a Dios su imagen. (S. Agust., Psalm. 116, sent., 155, Tric. T. 7, p. 468.)"

"Conoce, cristiano, tu dignidad, y pues te ves elevado al consorcio de la Divina Naturaleza, no quieras con indigna conversación volver a la vileza antigua: ten presente a que cabeza y a qué cuerpo perteneces como miembro; no te olvides de que sacándote del poder de las tinieblas, te han trasladado a la luz y al Reino de Dios. Quedaste hecho templo del Espíritu Santo por medio del Bautismo: no auyentes con tus perversas acciones un tan grande Habitador, para sujetarle de nuevo a la esclavitud del demonio. Advierte, que la sangre de Jesucristo es la sangre que costaste, y que te ha de juzgar con verdad el que te redimió con misericordia, el que por los siglos de los siglos vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo. (S. León, Papa, Serm. 21, c. 2, sent. 14, Tric. T. 8, p. 385 y 386.)"

"No debemos celebrar el día del Nacimiento del Señor con alegría tibia y carnal; celebraremos dignamente esta festividad si cada uno de nosotros se acuerda de que cuerpo somos miembros, que cabeza es la que nos anima para que no desdiga una monstruosa conjunción, en tan sagrada estructura. (S. León, Papa, ibid., c. 5, sent. 15, Tric. ibid., p. 386.)"

"Prorrumpan con exaltación en divinas alabanzas los corazones de los creyentes, y confiesen sus maravillas los hijos de los hombres; porque en esto más que en todo conoce nuestra bajeza en cuanto la estima su Criador; pues habiendo dado mucho a nuestro primer ori-

gen, haciéndonos a su imagen, mucho más es lo que nos da a nuestra reparación, como el mismo Señor se abate a tomar la forma de siervo. (S. León, Papa., Serm. 24, c. 2, sent. 16, Tric. ibid., ibid.)"

"Aquel afecto, hermanos míos, que excluye al amor terreno, se corrobora con la frecuencia de las buenas obras; pues es necesario que la conciencia se deleite con las buenas acciones, y haga con gusto lo que se alegraría haber ejecutado. Se abraza, pues, el ayuno, se multiplica la limosna, se guarda la justicia, se frecuenta la oración; y suceda, que el deseo de cada uno sea una misma súplica en todos. El trabajo sustenta la paciencia: la mansedumbre apaga la ira: la benevolencia pisa las envidias; las concupiscencias impuras se matan con los santos deseos; la liberalidad excluye la avaricia; y las riquezas se hacen instrumento de las virtudes. (S. León, Papa, Salm. 90, c. 4, sent. 71, Tric. T. S, p. 401.)"

"Conozca el hombre la dignidad de su ser, y en tienda que está hecho a imagen y semejanza de su Criador: no se asuste tanto con las miserias en que cayó por aquel grandísimo y común pecado, que no aspire a la misericordia de su Redentor; pues este dice: Sed santos, supuesto que Yo soy Santo; esto es, amadme, y absteneos de lo que me desagrada. Haced lo que Yo y absteneos de lo que me desagrada. Haced lo que Yo quiero, y quered lo que Yo hago; cuando os parezca difícil lo que mando, acudid al que os lo manda, para que de donde salió el precepto os venga el auxilio; no negaré el socorro. Yo que di la voluntad. (S. León Papa, Serm. 94, c. 2, sent. 76, Tric. T. 8, p. 402.)"

"De tal modo debemos transformar en nosotros las cosas buenas que leemos, que al mismo tiempo que agradan al espíritu, conformemos a ellas nuestra vida con nuestra acciones. (S. Gregorio el Grande, lib. 1, Mor. Expos. in Job., sent. 2, Tric. T. 9, p. 231.)"

"Sed tales, cuales deseáis parecer a los otros. Vuestro vestido y vuestro porte dan a entender vuestra profesión; no os déis en espectáculo; no déis lugar a que hablen mal de vosotros; huid de los malos; evitad las concurrencias que no son buenas; buscad la compañía de las gentes honradas; desead su útil y santa sociedad; trabad estrecha amistad con las personas de santa vida; más vale sufrir el odio de los malos que perderse por enlaces funestos a la virtud. (S. Anselmo, Exhort., ad contemptum temporalium, sent. 20, Tric. T. 9, p. 344.)"

"Sed irreprensibles en vuestras palabras, y útiles en vuestras conversaciones, para que los que escuchan puedan sacar el fruto y la

edificación que deben esperar; usad de la discreción para saber lo que habéis de decir y lo que habéis de callar: siempre tengan vuestros discursos, y aun el mismo silencio, alguna cosa que edifique e instruya; pensad muy despacio lo que habéis de decir; jamás disputéis; sellad vuestros labios con la discreción; detened con el freno del silencio la demasiada de una exacta circunspección; abrid la boca solamente cuando os pregunten. (S. Anselmo, ibid., sent. 21, Tric. ibid., ibid.)"

"Hablad poco; el que habla mucho no puede menos de caer en alguna falta; el hombre que habla demasiado no tiene juicio; el prudente dice mucho en pocas palabras; es una locura perder el tiempo en el flujo de unas palabras que todos se cansan de oirlas; la verdadera ciencia abrevia el discurso y es muy avara de palabras; el ignorante hace mucho ruido para no decir cosa alguna que sea sensata; la voz del imprudente se pierde en una multitud de discursos que manifiestan el extravío de su entendimiento; arreglad siempre cuanto sale de vuestra boca; medid vuestras palabras; jamás pisen vuestras conversaciones los términos de la equidad y de la decencia que siempre deben arreglar su medida, y balancear su peso. (S. Anselmo, ibid., sent. 22, Tric. ibid., p. 344 y 345.)"

"En materia dudosa deliberad despacio, antes de resolver el partido conveniente; reflexionad con madurez sobre las consecuencias de vuestras acciones; no sea demasiada vuestra lentitud cuando se trata de hacer algún bien; no seáis negligentes ni torpes para las cosas buenas. Cuando es útil obrar, ya malo es dilatarlo. La pereza apaga el ardor de los espíritus, y sofoca el fuego del ingenio. La negligencia y tibieza hacen que caigamos presto en una vergonzosa relajación que debilita el vigor del alma. (S. Anselmo, ibid., sent. 27, Tric. ibid., p. 345.)"

"Observad en vuestra conducta la justa moderación; no os separéis de las reglas saludables de la discreción; haced por los otros lo que quisiérais que hicieren con vosotros mismos; sed, respecto a los otros, lo que desearíais si estuvieseis en su lugar; guardaos de recibir las honras, cuya carga no podréis sostener. La grandeza del delito dice proporción con el grado de elevación a que cada uno ha llegado. (S. Anselmo, ibid., sent. 30, Tric. T. 9, p. 346.)"

"Cuando se deja de hacer una cosa por necesidad, la voluntad de ejecutarlo se reputa por hecho. (S. Bernardo, Trad. Hug., n. 9, sent. 15, Tric. T. 10, p. 323.)"

"Ninguno merece mejor el enojo que aquel enemigo que se finge amigo. (De Convers., n. 33, sent. 16, Tric. T. 10, p. 323.)"

"Muchas cosas te fastidian en la ociosidad, que tomarás con deseo después del trabajo, –porque la mejor sobra es el hambre. (S. Bern., Ep. 11, sent. 35, Tric. T. 10, p. 324.)"

"La dispensa sin necesidad y utilidad, no es dispensación, sino disipación. (S. Bern., –3 de Consid., c. 4,– sent. 48, Tric. T. 10, p. 325.)"

"Si eres prudente, serás como la concha, y no como el conducto; quiero decir, no derramarás hasta estar lleno. (S. Bern., serm. 18, in Cant., n. 3, sent. 83, Tric. T. 10, p. 327.)"

"Más daña un falso católico que un verdadero hereje. (S. Bern., Serm. 65, in Cant. n. 4, sent. 117, Tric. T. 10, p. 329.)"

"Maldito es el que toma para sí la peor parte. (S. Bern., lib. 1, de Consid. c. 15, sent. 132, Tric. T. 10, p. 330.)"

"De cualquier modo que nos reprendan, nos es muy útil la reprensión si la recibimos bien; porque nos enseña la Escritura, que el que aborrece que le corrijan, es un loco. No dice que le reprendan de este o de aquel modo, sino simplemente que le reprendan. Porque si vuestro amigo os reprende con razón, sírvaos para corregiros, y si lo hace sin razón, no dejéis de alabar su buena voluntad, y reconoced que os obliga; porque no procuraría reprenderos si no os amara mucho. Las correcciones son para los pecados, lo que los remedios para las llagas. (S. Juan Crisóst., Serm. de ferendis repr., n. 1, sent. 203, Tric. T. 6, p. 340.)"

"Cada uno de los fieles puede instruir a su prójimo. Si no sois capaces de corregir una iglesia, tenéis mujer a quien podéis dar vuestras instrucciones. Si no podéis predicar a todo un pueblo, tenéis hijos a quienes corregir, tenéis criados a quienes reducir a la razón. Esta escuela no es superior a vuestras fuerzas, antes bien, tenéis mejor proporción para reprender y corregir a vuestros domésticos, que los mismos Sacerdotes. Yo os hablo una vez o dos cada semana, pero vosotros a todas horas tenéis en vuestra casa discípulos que tienen obligación de escucharos. (S. Juan Crisóst., Serm. In Pentec., sent. 238, Tric. T. 6, p. 348.)"

"Si alguno, después de advertirle muchas veces que no jure, no se quiere abstener, absténgase de entrar en la iglesia, aunque sea Príncipe o el mismo Emperador. Si quieren me depondrán de mi dignidad, mas entretanto que permanezca en ella, no dejaré de cumplir con mi

obligación, por peligro alguno. (S. Juan Crisóst., Homl. 8, sent. 265, Tric. T. 6, p. 355.)"

"Es como imposible que el que jura a menudo no sea perjuro algunas veces o de propósito, o sin pensarlo. De cualquiera suerte, el hombre perjuro no se puede salvar, porque un solo perjuro basta para perderle. (S. Juan Crisóst., Homl. 12, c. 5, sent. 266, Tric. ibid., ibid.)"

"Cuando somos juzgados de esta suerte, el Señor es el que nos castiga; porque más es advertencia que condenación; más es remedio que pena; y más es corrección que castigo. (S. Juan Crisóst., Homl. 28, sent. 313, Tric. T. 6, p. 387.)"

"vosotros los que llamáis a Dios Padre nuestro, tenéis a vuestro prójimo por hermano: todos los días lo estáis viendo cometer una infinidad de pecados, y con todo eso preferís conservar su gracia a su propia utilidad. No procedáis así con vuestros hermanos, porque no le podréis dar señal más grande de vuestra amistad, que reprenderle cuando hace mal. (S. Juan Crisóst., Homl. 18, sent. 345, Tric. T. 6, p. 376.)"

"El pan de la verdad es amargo al gusto de los pecadores. (S. Agust., Psalm. 5, sent. 2, Tric. T. 7, p. 454.)"

"Una corrección regular hace parte de la regla, dice San Bernardo: sirve no sólo para mantener en el camino del bien a los que le siguen, sino también para apremiar a los que se conducen mal: da materia a la obediencia, y es un remedio para los que desobedecen: impide que nos entreguemos al pecado, y que abandonemos la regla. (S. Bernardo, de Praecept. et dispens., Barbier., T. 1, p. 368.)"

"La corrección preserva de la muerte espiritual y del infierno; libra del pecado; previene la caída y salva de la condenación; pone finalmente obstáculo a las faltas y a la ruina en que ordinariamente caen los jóvenes y los inferiores a quienes los padres y los superiores dejan una peligrosa y engañosa libertad y abandonan a los impulsos de la cruel concupiscencia."

"Dios corrige con pruebas y tribulaciones. Las tribulaciones son los remedios que Dios en su amor emplea para curarnos, para apartarnos de la carne, del mundo y del pecado, para dirigirnos en el camino del espíritu y de las virtudes, y para atraernos a él; por la carne, el mundo y el demonio, nos engañan, nos ciegan y nos pierden, atrayéndonos con el ponzoñoso atractivo de los placeres. Por esto S. Crisóstomo nos representa a Dios enviando castigos a Adán y oponiéndolos a las seducciones de la serpiente: Dios es un amigo, dice, y el demo-

nio un enemigo; Dios es nuestro Salvador, y cuida de nosotros; el demonio es nuestro enemigo y seductor del hombre. El demonio quiso apoderarse de Adán haciéndole caricias: Dios dirigió a Adán reprimendas y correcciones. Pero ¿cómo se esforzó Satanás en seducir al hombre, y cómo le castigó Dios a su vez? Satanás exclamó: Seréis como dioses: Eritis sicut dii. Dios, por el contrario, dijo: Sois tierra y volveréis a la tierra: Pulvis es, et in pulverem reverteris. ¿Quién de los dos ha sido más útil a nuestro primer padre? ¿El que le dijo: Seréis como dioses, o el que le indicó: Sois polvo y volveréis al polvo? Dios inflige la muerte; la serpiente la inmortalidad promete; pero el que promete la inmortalidad arroja del Paraíso, mientras que el que inflige la muerte lleva al cielo. ¿Véis ahora cuán preciosas son las reprimendas y correcciones de un amigo, y cuán peligrosas y perniciosas las lisonjas de un enemigo? Este ejemplo prueba evidentemente que debemos dar gracias a los que nos reprenden y corrigen: sólo nuestros verdaderos amigos emplean reprimendas y correcciones. (De Reprens. ferend., Barbier., T. 1, p. 368.)"

Cruz.– "Haced la señal de la cruz al comer, al beber, cuando os sentáis y cuando os acostáis, y para decirlo en una palabra, en todos tiempos y en todas ocaciones. (S. Cirilo de Jerusalén, Cath. 4, sent. 3, Tric. T. 2, p. 336.)"

"Armaos en todas vuestras acciones con la señal de la cruz como con un escudo; porque, pues nadie se atrevería a ofender al que lleva el sello de un Rey de la tierra, ¿qué podemos tener de parte ninguna los que llevamos la insignia sagrada del Soberano Emperador del cielo? (S. Efren., de Paroch., sent. 23, Tric. T. 3, p. 80 y 81.)"

Por la cruz se cumplen todos los misterios que contribuyen a nuestra salvación: si estamos reengendrados con las aguas sagradas del Bautismo, usaron de la señal de la cruz; si comulgamos el sagrado cuerpo de Jesucristo, y nos imponen las manos para consagrarnos al ministerio del Señor, también tiene la cruz su parte; por último, en cuanto se hace, en todo se usa de esta señal de nuestra victoria. La tenemos en nuestras casas, la pintamos en nuestras paredes, la grabamos en nuestras puertas, la señalamos en la frente, y la imprimimos más profundamente en nuestro corazón. Porque la cruz es una señal que nos trae a la memoria la obra de nuestra salud, la restitución de nuestra antigua libertad, y la infinita misericordia de nuestro Salvador. (S. Juan Crisóst., Homl. 55, in c. 16, Math., sent. 63, Tric. T. 6, p. 311.)"

"No nos avergoncemos de usar de las señales de nuestra salvación, las que debemos considerar como gloriosas y sublimes; todo cuanto se hace en la Religión Cristiana, pertenece a nuestra salvación, y se obra con la señal de la cruz. Cuando renacemos de nuevo, cuando tomamos el alimento místico, cuando se ordenan los Clérigos, y en todo acto de religión que ejecutamos, nos servimos de la señal de la cruz y tenemos mucho cuidado de hacerlos pintar y grabar no sólo en la portada y paredes de nuestra casa, sino en lo interior, llevándola también sobre la frente y mucho más profundo en el corazón, por ser la señal evidente y nada equívoca de nuestra salud, de nuestra común libertad y de la bondad de nuestro Dios. (S. Juan Crisóst., de adorat., pret. Cr. sent. 152, Tric. T. 6, p. 328.)"

"Cuando hacéis la señal de la cruz, representaos toda la virtud que en la cruz se contiene, y este será un medio oportuno para sosegar la ira y reprimir en vuestras almas todos los movimientos rebeldes a la razón. Cuando hagáis, pues, la señal de la cruz en la frente, en el pecho, en los ojos y en todo el resto de vuestro cuerpo, ofreceos a Dios al mismo tiempo en espíritu. (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 153, Tric. ibid., p. 329.)"

"En todas las cosas de nuestra religión nos valemos de la señal de la cruz. Por esto la cruz se llama signo, porque usamos de ella con el fin de que no se acerque mal alguno que nos infeste. (S. Juan Crisóst., de adorat, pretiosae crucis, sent. 257, Tric. T. 6, p. 353.)"

"No se avergonzó Jesucristo de entregarse al infame suplicio de la cruz por vuestro amor, y vosotros os avergonzáis de hacer la noble profesión de honrar y de agradecer un beneficio tan incomprensible. (S. Juan Crisóst., Tric. T. 6, p. 304.)"

"La cruz nos trae admirable utilidad: ella nos sirve de armas saludables y es un escudo impenetrable contra los tiros del demonio. Armémonos con la cruz en la guerra que nos hace, no llevándola solamente como estandarte, sino sufriendo los trabajos que son el verdadero aparato de la cruz. (S. Juan Crisóst., Homil. 13, Ep. ad Philip., sent. 355, Tric. T. 6, p. 377.)"

"Los fieles tienen la costumbre de armarse con la señal de la santa cruz, y nosotros nos hemos servido siempre de ella para destruir los enredos y celadas del demonio y resistir a sus ataques, porque consideramos la cruz como un muro impenetrable; en ella ponemos toda nuestra gloria, y creemos que nos procura la salud: por esto el grande Doctor, San Pablo, escribe: que sentiría gloriarse en otra cosa que no

fuese la cruz de Jesucristo. (S. Cirilo Alejandrino, in Isal. p. 294, Tom. 4, sent. 6, Tric. T. 8, p. 98.)"

"La cruz de Jesucristo es una especie de altar en donde fue sacrificado en la humana naturaleza, como una hostia saludable. Sobre aquel altar borró la sangre del cordero sin mancha la culpa de la antigua prevaricación y quedó destruido el imperio tiránico del demonio; la humanidad triunfó de la soberbia; fue tan eficaz la virtud de la fe, que de los ladrones que fueron crucificados cuando el Señor, quedó justificado a un instante el que creyó en él, y se halló digno de entrar en el Paraíso. (S. León, Papa, Serm. 53, de Pas. Dom., sent. 43, Tric. T. 8, p. 392 y 393.)"

¡Oh maravilloso poder de la cruz! ¡Oh gloria inefable de la pasión! La cruz es como el tribunal de Dios, desde donde está juzgando al mundo y ostentando su poder. (S. León, Papa, Serm. 57, sent. 46, Tric. T. 8, p. 393.)"

"Por débil que el hombre sea, siempre puede vencer con el auxilio de la cruz: ninguno hay que no pueda sentir la eficacia de la oración del Salvador: si esta fue útil para los que le perseguían, ¿qué frutos no sacarán los que siguen su partido? (S. León, Papa, Serm. 62, sent. 50, Tric. T. 8, p. 394.)"

"La cruz de Jesucristo, instrumento de la redención del género humano, es justamente sacramento y modelo; es sacramento que nos comunica la gracia, y es ejemplo que nos excita a la devoción: porque, libres ya de la cautividad, tenemos la ventaja de poder imitar a nuestro Redentor. Porque si la sabiduría humana tanto se lisonjea en sus errores, que sigue las costumbres, opiniones y modales del que ha escogido por cabeza, ¿qué razón para que nosotros, cumpliendo con el carácter de cristianos, no sigamos inseparablemente a Jesucristo, que es el camino, la verdad y la vida? Es el camino de la santa conversación, es la verdad de la doctrina divina, y es la vida de la eterna bienaventuranza. (S. León, Papa, Serm. 72, c. 1. sent. 59, Tric. T. 8, p. 396.)"

"Debemos adorar la cruz, porque Jesucristo siempre se hallará en donde esté su representación; pero tengamos cuidado de no adorar jamás el metal o madero de que está hecha la figura de la cruz. (S. Juan Damas., de fide ortodox., c. 11, sent. 4, Tric. T. 9, p. 292.)"

"La ignominia de la cruz es agradable para el que no es ingrato al Crucificado. (S. Bern., Serm. 25, in Cant., n. 8, sent. 85, Tric. T. 10, p. 327.)"

Culto.– El sacrificio más acepto a Dios es el arrancar de nuestro corazón los afectos terrenos y los vicios: en eto consiste el verdadero culto. (S. Clemente, sent. 13, lib. 5, Tric. T. 1, p. 125.)"

"El culto divino en aquel que ha empezado a conocer a Dios, consiste en traer un continuo cuidado de su alma, y ocuparse en los afectos de una caridad incesante hacia su Dios. (S. Clemente, sent. 15, lib. 7, Tric. T, 1, p. 125.)"

"Nosotros solemnizamos el día de Pentecostés, y no con menos alegría que la festividad de la Pascua, porque hemos ayunado el sábado precedente, y celebrado la vigilia como antes de la Pascua, y con igual gozo, porque como entonces recibimos a nuestro Señor resucitado, ahora esperamos al Espíritu Santo que baja desde el cielo. (S. Ambrosio, in Psalm. 109, sent. 53, Tric. T. 4, p. 323.)"

"¿Es necesario culto exterior para formar una religión? Sí: es absolutamente necesario, y es bien perceptible la prueba de esta verdad. Los sentimientos de respeto, de reconocimiento y confianza y sumisión a Dios, nacerían con dificultad en los corazones humanos, y no durarían mucho tiempo si no se emplearan signos exteriores para excitarlos, conservarlos y difundirlos entre los demás. Lo que no hiere nuestros sentidos, no hace en nosotros una impresión enérgica y verdadera. Se hace, pues indispensable para el hombre un culto exterior, signos que expresen lo que siente, símbolos y ceremonias. Nosotros no podemos testificar a Dios nuestras afecciones sino por medio de los mismos signos de que nos valemos para hacerlas conocer a nuestros semejantes. (Bergier., T. 2, p. 854.)"

"El culto exterior del cristianismo, es una profesión muy clara de los dogmas de nuestra creencia: en todos tiempos ha servido para mostrar a los herejes la verdadera doctrina de Jesucristo y de los Apóstoles, y para ilustrar, en caso de necesidad, el verdadero sentido de algunos pasajes de la Sagrada Escritura, sobre los cuales se disputaba. Así se opusieron a los arrianos los cánticos de los fieles que atribuían la Divinidad a Jesucristo; a los pelagianos, las oraciones con que la Iglesia implora continuamente el auxilio de la Divina gracia; y el Papa Celestino I remite a estas mismas oraciones a los que quieran discernir la antigua creencia de la Iglesia. Lo mismo se hizo contra los protestantes para hacerles ver que se han separado de la fe primitiva y universal, y se sacó de las antiguas liturgias un argumento contra ellos, para cuya solución no encontraron sólida respuesta. Así que, no debe espantarnos el que hubiesen suprimido el apartado de un culto exterior que los condenaba. (Bergier., ibid., p. 857.)"

"Es una lección de moral que recuerda continuamente a los hombres sus deberes hacia Dios, hacia si mismo y hacia sus semejantes; deberes que se siguen naturalmente de los dogmas de que acabamos de hablar. En efecto; si Dios es el único dispensador de los bienes de este mundo, es preciso contentarnos con lo que nos da, y no envidiar lo que se dignó conceder a los demás. Cuando nos prodiga más de lo que exigen nuestras necesidades, es justo dar parte de ello a los que viven en la escasez o en la indigencia; porque es el único árbitro de la vida y de la muerte: no es lícito atentar contra la vida de nadie..."

"El culto exterior es un vínculo de sociedad que reúne a los pies de los altares, les inspira sentimiento de fraternidad, mantiene entre ellas la paz y el orden, y contribuye a la civilización. El culto primitivo formó la sociedad doméstica; el culto mosaico, la sociedad nacional, y el culto cristiano, la sociedad universal de todos los pueblos."

"Es un monumento de los hechos que en la continuación de los siglos han servido para probar la revelación: así la Pascua y la ofrenda de los primogénitos, recordaban a los judíos su milagrosa salida de Egipto: la Pentecostés, la publicación de la Ley sobre el monte Sinaí, etc.: la festividad del Domingo nos asegura la Resurrección de Jesucristo; y todas las demás del discurso del año celebran los principales sucesos de su vida prodigiosa, etc. (Bergier., ibid., p. 857 y 858.)"

D

Demonio.– "Nadie conoce los lazos en que está preso, ni los que el demonio le prepara: nosotros somos semejantes a las gentes entregadas al vino, que no perciben los cordeles con que los van a atar, ni sienten cuando los atan. (s. Efren., –de morb. ling.– sent. 9, Tric. T. 3, p. 78.)"

"Dios clama por sus Profetas, por sus Apóstoles y Evangelistas, y pocos oyen su voz; el diablo llama a los hombres por medio de los bailes, canciones y músicas, y junta una infinidad de gentes. (S. Efren., –Cont. neg. resurrec.– sent. 16, Tric. T. 3, p. 80.)"

"Cuando los demonios se esfuerzan en abatir al alma con el temor y desesperación, otro tanto la levanta la memoria de la misericordia divina con la esperanza de los bienes eternos. Porque Aquel que nos dijo, que era necesario perdonar, no sólo siete veces, sino setenta veces siete, perdonará con más bondad a los que esperan de El su salud. (S. Efren., –de Humilit. compar.– sent. 22, Tric. T. 3, p. 80.)"

"El demonio no se introduce tan fácilmente con la tentación de la gloria humana en los espíritus perezosos y tibios, o en los rudos y pesados, como en los que son más fervorosos y más ricos de méritos y buenas obras: muchas veces derriba con la elevación del orgullo a los que no ha podido mover en otros puntos con los esfuerzos más violentos; pues juzga que cuanto más se han elevado en santidad, más proporcionados los tendrá para caer en sus emboscadas. (S. Ambrosio, –Epist. 84,– sent. 168, Tric. T. 4, p. 348.)"

"Veía yo a Satanás que caía del cielo como un rayo: no temamos, pues, a un enemigo tan débil que tiene que caer. Le dio el Señor libertad para tentar; pero no le concedió facultad para derribar, si el afecto, por no invocar el auxilio, no se resbala con facilidad. (S. Ambrosio, lib. de Parad., c. 2, sent. 2, adic. Tric. T. 4, p. 393.)"

"Todo nuestro trabajo y toda la perfección de nuestra vida, consiste en la vigilancia de nuestro corazón y en el desasimiento de nuestra

propia voluntad, por ser incapaces de ver sus tinieblas y de descubrir las emboscadas que nuestro enemigo tiene ocultas, si nuestro espíritu no se desprende del cuidado de las cosas exteriores, y no entra con aplicación con el examen de sí mismo. (S. Paulino, Ep. 24, ad Sever., sent. 3, Tric. T. 5, p. 330.)"

"En toda la figura de este mundo que pasa, y por medio de los ojos, da deleite al corazón, tiene el demonio tendidas las redes; en su hermosura está el lazo y la espada de la muerte. (S. Paulino, Ep. 2, ad Sever., sent. 3, adic. Tric. T. 5, p. 360.)"

"El demonio se esfuerza contra vosotros con mayor rabia cuando ve que procuramos arreglar nuestra vida; y cuando advierte que hemos trabajado en llenar el navío de nuestro corazón con más preciosos tesoros de gracias, hace todo cuanto puede para cansarnos un naufragio mortal. (S. Juan Crisóst., sent. 1, Homil. 1, ad popul. Antioch., Tric. T. 6, p. 300.)"

"Si el demonio no se atreve a entrar en ninguna casa en donde está el Evangelio, mucho menos se atreverá a entrar o introducir el pecado en un alma que continuamente se emplea en leerle. Santificad, pues, vuestra alma y vuestro cuerpo teniendo siempre en vuestro cuerpo y en vuestra alma el Santo Evangelio. (S. Juan Crisóst., Homl. 32, in c. 3, S. Joann., sent. 79, Tric. T. 6, p. 313.)"

"Entre tanto que el demonio nos combatiere sólo por fuera, seremos bastante fuertes para resistirle; pero si le abrimos una vez la puerta de nuestra alma y dejamos entrar este peligroso enemigo, sabed que ya no tendremos fuerzas para defendernos. (S. Juan Crisóst., Sern. de pec. non evulg., n. 4, sent. 224, Tric. T. 6, p. 345.)"

"¡Qué astuto es el diablo! Como sabe que en la oración alcanzamos de Dios grandes gracias, se esfuerza cuanto puede para apartar las almas imprudentes de un ejercicio tan útil. (S. Juan Crisóst., Serm. de Canan., n. 10, sent. 247, Tric. T. 6, p. 350.)"

"Dios prometió un Reino y los hombres le desprecian. El diablo les prepara un infierno, y le honran y obedecen, siendo así, que el uno es Dios, y el otro no es más que un demonio y la más vil de todas las criaturas. (S. Juan Crisóst., Homl. 6, c. 2, sent. 263, Tric. T. 6, p. 354.)"

"Aunque el demonio es el que nos inspira el amor carnal, con todo eso, de nosotros mismos viene; porque proviene de las compañías, de las lisonjas y de la ociosidad. A la verdad, que tiene tanta fuerza la costumbre, que impone como una necesidad a la naturaleza.

Si la costumbre tiene eficacia para producir el amor malo, no tiene menos para extinguirlo, y así hemos visto que muchos han dejado de amar, porque han cesado de ver. (S. Juan Crisóst., Homl. 5, c. 5, ad Corinth., sent. 335, Tric. T. 6, p. 373.)"

"Así como los que cantan los Salmos están llenos del Espíritu Santo, así los que cantan canciones disolutas y diabólicas están llenos del espíritu inmundo. (S. Juan Crisóst., Homl. 19, sent. 346, Tric. T. 6, p. 376.)"

"El que siempre tiene el infierno delante, no caerá en él: como al contrario, no le evitará el que le desprecia. (S. Juan Crisóst., Homl. 2, in c. 1, ad Tesal., sent. 365, Tric. T. 6, p. 379.)"

"Dios no permite que el demonio tiente a los fieles, sino en lo preciso para su adelantamiento espiritual. (S. Agust., Salm. 63, sent. 98, Tric. T. 7, p. 463.)"

"El diablo sólo persigue a los buenos y no a los malos, porque estos son sus amigos y hacen siempre su voluntad. (S. Cesáreo de Arnés, Serm. 10, sent. 2, Tric. T. 9, p. 44.)"

"Acuérdate, infeliz, que vas caminando entre los lazos del demonio; los cuales, pro todas partes nacen debajo de tus pies: despierta temiendo que tu sueño te precipite en la sombra de una funesta muerte. Desengáñate de la ilusión de una vida larga sobre la tierra, no sea que este error te mantenga en el estado de la culpa y te tenga por más tiempo encerrado en los hábitos perniciosos. Ruega sin cesar a Jesucristo, tu Salvador, que haga que todas las aficiones de tu corazón lleven los frutos de una tierra excelente, y que toda tu vida sea como una fecunda vid, cuyo fruto merezca ser ofrecido a Dios, y que la reciba su Divina Majestad con complacencia. (S. Anselmo, Exhort., ad Contempt. temporal., sent. 2, Tric. T. 9, p. 338.)"

"Más atrevido es el enemigo para envestir por la espalda, que para resistir cara a cara. (S. Bern., Ep. 11, n. 12, sent. 36, Tric. T. 10, p. 324.)"

"No hay seguridad para el que duerme cerca de una serpiente. (S. Berna., Ep. 241, sent. 60, Tric. T. 10, p. 325.)"

"El que reusa seguir los preceptos, favorece al tentador. (S. Bern., Serm. 77, in Cant., sent. 133, Tric. T. 10, p. 330.)"

"Lo que principalmente persigue el demonio es la perseverancia, porque sabe que a sólo ella se corona. (S. Bern., Ep. 24, sent. 147. Tric. T. 10, p. 330.)"

"Es cambio infeliz y de la mayor locura, por huir del trabajo

humano, escoger con el demonio los ardores eternos. (S. Bern., Tract. de Cont. mund., ad Cler., n. 27, sent. 167, Tric. T. 10, p. 332.)"

Desprecio del mundo.– "Debemos creer que este reino es extraño para nosotros, y sólo son nuestras en él la fe y la religión. (S. Justino, diál. con Trifón, n. 3, sent. 3, Tric. T. 1, p. 63.)"

"No solamente son los ojos los que viendo todos los objetos que están fuera, no tienen la facultad de verse a sí mismos, porque nuestra alma en esto es semejante: pues teniendo bastante luz para descubrir los defectos de otro, tiene muy poca para conocer los propios vicios. (S. Basilio, Homl. 9, sent. 1, Tric. T. 3, p. 190.)"

"Jesucristo dice: Si alguno viene a mí, debe renunciar a sí mismo: y después añade: y seguirme. Porque el que no se renuncia a si mismo, ni lleva su cruz, hallará en sí mismo en el discurso de la vida mil impedimentos que no le dejarán seguir a Dios. (S. Basilio, Interrog. 239, sent. 72, Tric. T. 3, p. 203.)"

"Bienaventurado es el que no mira como propias las cosas de la tierra, ni pone su descanso en el mundo, como si fuera la verdadera patria; antes bien, llora de ver que esta estancia le está privando de las cosas mejores, y así sufre la vida como domicilio de su destierro. (S. Basilio, in Psalm. 14, sent. 1, adic. Tric. T. 3, p. 379.)"

"El que por el bautismo se crucifica con Cristo se ha despedido de todos los que viven según el mundo; está elevada su alma a la celestial conversación para poder, confiado en Cristo, decir: Nuestra conversación es en los cielos. (S. Basilio, Homl. 9, sent. 11, adic. Tric. T. 3, p. 382.)"

"Todo el mundo está puesto en la malignidad: cualquiera, pues, que se quiera apartar del mal, necesariamente ha de separarse del mundo. (S. Gregorio de Nisa, Orat. 5, sent. 13, Tric. T. 4, p. 115.)"

"Es preciso que el que desprecia lo que más resplandece en esta vida y renuncia la gloria del mundo, se renuncia a sí mismo, y a su propia alma y vida. Pero la negación de su alma consiste en no seguir su voluntad, sino la de Dios. (S. Greg. de perfect. Christ., sent. 37, Tric. T. 4, p. 120.)"

"¿Quién me dará alas como a la paloma para volar y descansar? Pues aquí solamente se hallan redes y lazos, y aunque no siempre se deja el justo prender, no obstante, se ve muchas veces turbados. (S. Ambrosio, de interpel. David, 1,.b, 2. c. 2, sent. 51, Tric. T. 4, p. 323.)"

"Es preciso renunciar al mundo; es necesario dar al sueño menos

tiempo que el que pide la naturaleza; es conveniente interrumpirle con gemidos y suspiros, y emplear grande parte en oraciones; por último, necesitamos vivir de tal modo, que estemos muertos para el uso profano de la vida, y que, renunciando a nosotros mismos, mudemos enteramente de conducta. (S. Ambrosio, lib. de poenit., c. 10, sent. 116, Tric. T. 4, p. 337.)"

"Cada uno de los que viven deben representar la imagen de la muerte. El que llega a conseguir que mueran para él todos los deleites del cuerpo, muera también a los malos deseos, así como le sucedía a San Pablo cuando decía: El mundo está Crucificado para mí, y yo lo estoy para el mundo. (S. Ambrosio, de bon. more., c. 3, sent. 14, adic. Tric. T. 4, p. 397.)"

"Fortaleza se llama justamente, cuando cada uno se vence a sí mismo, refrena la ira, no le inclinan ni le ablandan los halagos, no le turban las adversidades no le ensoberbecen los favores ni se deja llevar de la mudanza de las cosas como a discreción de vientos diferentes. (S. Ambrosio, c. 36, de Doct. fid., lib. 33, sent. 44, adic. Tric. T. 4, p. 406.)"

"Seguid desnudos y desprendidos de todas las cosas a Jesucristo desnudo; esto es cosa difícil, dura y grande; pero también los premios serán grandes. (S. Jerónimo, Ep. ad Rust. 125, sent. 13, Tric. T. 5, p. 240.)"

"No quieras parecer con afectación muy devota o muy humilde, para no pretender la gloria en los mismos medios de huir de ella: porque sucede muchas veces, que aun evitando tener testigos de nuestra pobreza, de nuestras caritativas acciones o de nuestros ayunos, tenemos intención de agradar a los hombres en aquello mismo en que parece que no pretendemos agradarles. Y de este modo vamos corriendo a las alabanzas fingiendo que procuramos alejarnos de ellas. (S. Jerónimo, ad Eustoch., c. 22, sent. 21, Tric. T. 5, p. 242.)"

"El que piensa continuamente que ha de morir, no tiene repugnancia en despreciar todas las cosas del mundo. (S. Jerón., ad Paul., c. 53, sent. 55, Tric. T. 5, p. 248.)"

"Vemos muchos que se despojan de sus bienes, y no obstante, no siguen a Jesucristo; porque para seguirle, es necesario imitarle y seguir sus pisadas. (S. Jerónimo, in c. 19, S. Math., sent. 100, Tric. T. 5, p. 256.)"

"Delicado eres, hermano, si pretendes alegrarte aquí con el mundo y reinar después con Cristo. (S. Jerón., Ep. 1, ad Heliod., sent. 1, adic. Tric. T. 5, p. 352.)"

"Eustoquio y Paulo, a los que llevaban en silla los esclavos, cuando les parecían pesados los vestidos de seda, y era incendio el calor del sol: ahora barren el suelo, mondan las legumbres, ponen la mesa y distribuyen la comida. Muchas con las vírgenes que viven con ellos. ¿Quién duda que las podían encargar estos ministerios? Mas no quieren que las excedan en el trabajo del cuerpo aquellas a quienes aventajan en la virtud del espíritu. (S. Jerón., ad Pamen., c. 26, sent. 4, adic. Tric. T. 5, p. 353.)"

"Dios mío y Rey mío, porque reináis en mi y no reina el pecado: por esto sois mi rey. Vos sois mi Dios, porque no es mi Dios el vientre: ni el oro es mi Dios. (S. Jerón., in Psalm. 5, sent. 10, adic. Tric. T. 5, p. 354.)"

"Mayor fortaleza es carecer de las cosas que nos han quedado, que de las que ya están enagenadas y despreciar lo que tienes, que no tener que despreciar. (S. Paulino, Ep. 2, ad Sever., sent. 1, adic. Tric. T. 5, p. 360.)"

"Dejemos nuestras fuerzas para llenarnos de las divinas. (S. Paulino, Ep. 2, ad Sever., sent. 4, adic. Tric. T. 5, p. 361.)"

"Trastornamos todo el orden de las cosas, y peleamos de dos modos contra el precepto de Jesucristo: no busquéis, dice el Señor, las cosas presentes y siempre nos ocupamos en buscarlas. Buscad los bienes del cielo, nos dice, y a esto nunca nos aplicamos. No podemos pensar en ello, ni aun por una hora, y a proporción de las ansias que manifestamos por el mundo, es la tibieza que damos a entender por el cielo; pero no se quedará sin castigo esta indiferencia y esta tibieza por las cosas de Dios. (S. Juan Crisóst. Homl. 23, sent. 47, Tric. T. 6, p. 309.)"

"Ninguno se conoce mejor que el que reconoce que es nada. (S. Juan Crisóst., Homl. 26, c. 8 in Matth., sent. 53, Tric. T. 6, p. 310.)"

"Cuando queremos leer algún libro de piedad, es preciso desterrar de nuestro corazón todos los cuidados temporales y todos los pensamientos del mundo, recogiendo nuestro espíritu para que no se distraiga, y se aplique con más atención a la santa lectura, y para que gobernados por el Espíritu Santo, entendamos lo que leemos y saquemos mucho fruto. (S. Juan Crisóstomo, Homl. 35, in Géns., sent. 102, Tric. T. 6, p. 318.)"

"Los cuidados y pensamientos continuos de los negocios del mundo, excitan en nuestro espíritu combates y molestas inquietudes: levantan en él tempestades que agitan sin cesar nuestras almas. Por lo

cual necesitamos recurrir siempre a Dios, principalmente por la mañana y por la noche. (S. Juan Crisóst., Homl. 17, ad Hebr., sent. 151, Tric. T. 6, p. 328.)"

"Nada hay en la naturaleza que no se corrompa con el reposo. El agua que no corre, se echa presto a perder, el hierro se consume con el orín, y la tierra, si no se la cultiva, sólo produce malezas. (S. Juan Crisóstomo, sent. 207, Tric. T. 6, p. 341.)"

"Paraos en una calle o plaza pública y preguntad a todos los que van y vienen que es lo que van a hacer, y apenas hallaréis uno solo que haya salido por algún negocio espiritual. (S. Juan Crisóst., Homl. 8, c. 3, sent. 303, Tric. T. 6, p. 364.)"

"Escuchadme los que sólo pensáis en las cosas de la vida presente: ¿por qué no tenéis algún cuidado de vuestra alma procurándola alguna lectura que la alimente y la sirva de remedios contra esos males? ¿De qué libros os podéis servir para esto, sino del Nuevo Testamento, de los Hechos Apostólicos y de los Santos Evangelios, escuchándolos como a Maestros que os han de instruir por toda la vida? Si os sucede algún disgusto o dolor, sacad de aquí el medicamento espiritual y el remedio del consuelo que necesitáis. Si padecéis alguna pérdida de las personas más queridas, algún menoscabo o la misma muerte, recurrid al mismo remedio, tomadle y hacedle que penetre hasta lo profundo del alma. Sabed, que la causa de todos nuestros males, es la ignorancia de las Escrituras. (S. Juan Crisóst., Homl. 9, ad Clem., sent. 357, Tric. T. 6, p. 378.)"

"Aprended a no amar para saber amar; apartaos de las criaturas para convertiros al Criador: vaciad del amor del mundo vuestro corazón, para llenarlo del amor de Dios. (S. Agustín, in Psalm. 30, sent. 19, Tric. T. 7, p. 456.)"

"Digamos con utilidad mientras nos dura la vida, todas las cosas pasan: no sea que digamos inútilmente en la muerte, todas las cosas que han pasado. (S. Agustín, in Psalm., 32, sent. 29, Tric. T. 7, p. 456.)"

"La presente vida con todo cuanto la acompaña para nuestro uso, debe ser como una posada para el caminante, y no como casa del que ha de morar siempre en ella. (S. Agust., in Psalm. 32, sent. 32, Tric. T. 7, p. 457.)"

"No seréis perfectos en este mundo hasta que lleguéis a conocer que en él jamás llegaréis a serlo. (S. Agust., in Psalm. 38, sent. 48, Tric. T. 7, p. 458.)"

"Todo cuanto tiene fin es muy corto. (S. Agustín, in Psalm. 60, sent. 91, Tric. T. 7, p. 463.)"

"No tengamos complacencia con la memoria de las cosas pasadas, ni apego a las presentes, y apliquémonos continuamente a conseguir las de la otra vida eterna. (S. Agustín in Psalm. 66, sent. 107, Tric. T. 7, p. 464.)"

"Los que se despojaren del espíritu propio, se verán revestidos del espíritu de Dios. (S. Agust., in Psalm. 103, sent. 150, Tric. T. 7, p. 468.)"

"El que busca la gloria del que le ha enviado es verídico y no se le puede acusar de injusticia. Porque solamente aquel que busca su gloria, y no la de Dios, es falso e injusto: es falso y miente, porque con pretexto de observar la ley, no tiene otro fin sino el de hacer su voluntad: es injusto, porque desprecia la autoridad del Legislador, y tiene la de preferir sus propios preceptos a los del Señor. (S. Cirilo de Alejandría, Comment. in Joan., c. 45, sent. 3, Tric. T. 8, p. 97.)"

"Vosotros estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Jesucristo en Dios; pero cuando aparezca vuestra vida, entonces apareceréis vosotros con El en su gloria. De lo que podemos asegurar con la mayor sinceridad, que todos aquellos que por Dios desprecian los placeres del mundo, están muertos al mundo. (S. Cirilo Alejandrino, ibid., lib. 5, c. 51, sent. 4, Tric. T. 8, p. 98.)"

"Dichoso aquel que se abate, se humilla y se desprecia por Dios; porque el Señor supremo le eleva, los Angeles le alaban, y en el día del juicio no se verá colocado a la izquierda. Dichoso el hombre que persevera en la oración, que prolonga sus ayunos y siente alegría en las vigilias, que resiste al sueño, que dobla las rodillas para cantar las divinas alabanzas, que hiere su pecho, marchita su rostro y levanta las manos a Dios, mira muchas veces al cielo y piensa continuamente en el Señor que está sentado en el trono de su gloria; que sondea los corazones y penetra hasta lo íntimo del alma; porque éste goza de los bienes eternos, se hace hijo, hermano, amigo y heredero de Dios. (S. Cirilo Alejand., Orat. de exit. animi, sent. 17, Tric. T. 8, p. 102.)"

"El que pretende la gloria del mundo, teme sus desprecios. El que aspira con ansia a las utilidades temporales, recela sin duda perderlas; pues es preciso que nos aflija la pérdida de aquellas cosas, cuya posesión nos da alegría: de este modo, cuanto mayor es nuestra afición a las cosas terrenas y perecederas, tanto más distantes estamos de la paz celestial y de la verdadera seguridad. Por el contrario, los que

ya no desean los bienes temporales, no se engríen con las prosperidades de la tierra, ni se abaten por sus adversidades; y así como no hay en este mundo cosa alguna que puedan desear, así nada tienen que temer: por esto dice la Escritura: Descansaréis y nada os asustará: porque cuanto el hombre es superior a todos los temores que provienen del mundo, tanto más libre está de todos sus deseos. (S. Greg. el Grande, lib. 9, c. 21, p. 356, sent. 49, Tric. T. 9, p. 249.)"

"No hay cosa más preciosa que el tiempo: mas ¡ay de mí! que en el día ninguna se estima en menos. (S. Bern., Tract. de Cont. mun., n. 53, sent. 2, Tric. T. 10, p. 322.)"

"Pasan los días de la salud, y ninguno lo considera; ninguno siente haber perdido unos momentos que ya no volverán. (S. Bernardo, ibid., sent. 3, Tric. ibid., ibid.)"

"Nacemos en la tierra y en ella tenemos el sepulcro, volviendo a la misma de donde nacimos. (S. Bernardo, Serm. S. Mat., n. 1, sent. 96, Tric. T. 10, p. 327.)"

"Nada pierde el que todo lo dejó por Aquel que es superior a todas las cosas. Bien que más daño hace el amor a los bienes del mundo, que la posesión. (S. Bernardo, Tract. ad Cler., c. 1, sents. 118 y 119, Tric. T. 10, p. 329.)"

El que se prepara para dejar todas las cosas, debe tener presente que entre estas se ha de contar a sí mismo. (S. Bern., Tract. ad Cle., c. 1, n. 2, sent. 122. Tric. T. 10, p. 320.)"

"¿Quieres llegar al bien supremo? Empieza a despreciar el terreno (S. Bern., Tract. de Cont., n. id., ad Cler., n. 33, sent. 165, Tric. T. 10, p. 332.)"

"Volviendo sobre vosotros mismos, entrad en vuestro corazón, en el que sin duda está el reino de Dios, pues su reino está dentro de vosotros. ¿Qué reino es este? La sana y libre voluntad del hombre cuando de tal modo se conforma con la voluntad de Dios, que nada quiera, sabiendo que le desagrada, y nada deje de querer, conociendo que le agrada. Lo primero, pues, buscad el reino de Dios, par que se libre y sane vuestra voluntad gravemente llena o corrompida con el veneno del siglo, y se os dará de añadidura lo necesario para el cuerpo. No viváis solícitos acerca del cuerpo, que es herencia de los gusanos: vivid solícitos acerca del alma, que está hecha a imagen de Dios, para que vea al descubierto la gloria de Dios, se reforme por la misma imagen y se transforme de claridad en claridad como por el espíritu de Dios. (S. Bern., Ep. 385, ad quosdan noviter conversos, sent. 44, adic. Tric. T. 10, p. 361 y 362.)"

"Los mismos bienes temporales, si no se pone en ellos el amor, son lícitos, pero amense o no se amen, no son muy convenientes, porque muy presto pervienten con cierta dulzura que tienen, el corazón del que los posee. (S. Bern., ibid., sent. 45, adic. Tric. T. 10, p. 362.)"

Dios.– "Dios es inefable, más fácil es decir lo que no es El, que lo que el es. (S. Agust., salm. 78, sent. 135, Tric. T. 7, p. 467.)"

"El que desea con ansia a Dios, canta de corazón sus alabanzas, aunque su lengua calle; pero el que no le desea, por más que esté hiriendo con sus clamores los oídos de los hombres, es mudo en la presencia de Dios. (S. Agust., Salm. 86, sent. 136, Tric. T. 7, p. 467.)"

"Dios ha querido hacerse nuestro deudor, no recibiendo de nosotros cosa alguna, sino prometiéndonos muy grandes bienes. (S. Agust., Salm. 109, sent. 152, Tric. T. 7, p. 468.)"

"Cuando os halláis en donde trabaja un artesano, no os atrevéis a reprenderle sobre su trabajo, porque lo entiende mejor que vosotros; y ¿sois tan insolentes que os atrevéis a replicar en este mundo contra lo que Dios hace en él? (S. Agust., Salm. 148, sent. 178, Tric. T. 7, p. 470.)"

"Decimos que Dios puede algunas cosas que nosotros no podemos investigar: en estas toda la razón de lo que ha hecho, es el poder de lo que hace. (S. Agust., Ep. ad Volus., sent. 10, adic. Tric. T. 7, p. 487.)"

¿Por qué crió Dios a los que sabía que habían de ser malos? Porque así como previó lo malo que habían de hacer, así también previó el bien que El había de sacar de sus malas acciones. (S. Agust., de 5 cuad., tit. lib. 11, c. 9, sent. 12, adic. Tric., ibid., ibid.)"

"Dios obra y nosotros cooperamos con El: porque no quita el libre albedrío de la buena voluntad, sino que le ayuda. (S. Agust., lib. 5, Deut. q. 15, sent. 13, adic. Tric. T. 7, p. 484.)"

"¿Cómo te puedo comprender, oh Dios, siendo tan grande, si no puedo comprenderme a mí, que soy tan pequeño? (S. Agust., Serm. cont. Jud., c. 6, sent. 18, adic. Tric. T. 7, p. 485.)"

"Es preciso entender un Dios que tiene misericordia sin lástima: que se enoja sin ira: que se olvida sin olvido: que no conoce sin ignorancia, y que se arrepiente sin arrepentimiento. (S. Agust., lib. 16, sent. 24, adic. Tric. T. 7, p. 486.)"

"Quiso Dios que todos los hombres viniesen de un mismo hombre para que se conservasen en sociedad, no solamente por la semejanza

en la especie, sino también con el vínculo del parentesco. (S. Agust., de De bon. conf., c. 1, sent. 25, adic. Tric. T. 7, p. 486.)"

Cuando Jesucristo, pues, les dijo: Yo soy, cayeron todos de espaldas en el suelo. ¿Una respuesta tan benigna y tan modesta como la del Hijo de Dios, así derribó a los que la oyeron? Pues ¿cómo hubieran podido sufrir sus amenazas? Este ejemplo hace ver que todas las criaturas no podrán sufrir el peso majestuoso de sola una palabra de Dios, aun cuando la acompañe de dulzura y de bondad. (S. Cirilo Alejand., Serm. 5, in Joan, sent. 21, Tric. T. 8, p. 104.)"

"Este mandamiento: No tomarás en vano el nombre del Señor: prohíbe pronunciar el santo nombre de Dios sin razón alguna, como no sea en la oración o cuando hay necesidad de enseñar a otros, o en otra semejante ocasión, porque hay muchos que a cada instante lo pronuncian, aunque sea jugando o riendo, lo cual creo yo que está prohibido por la ley de Dios. (Teodoreto, Quaest. 41, in Exod., sent. 1, Tric. T. 8, p. 262.)"

"De Dios depende la fertilidad de la tierra, y hacer feliz la navegación: pero si este Señor dispone lo contrario, debemos sujetarnos a sus órdenes, sin inquirir con excesiva curiosidad la razón de su conducta para con nosotros, porque esta es incomprensible. (Teodoreto, lib. 5 de Haeres, sent. 4, Tric. T. 8, p. 262.)"

"¿Quién puede conocer la grande de vuestra ira? El entendimiento humano es incapaz de comprender el poder de la ira Divina, porque obrando su providencia sobre nosotros del modo más oculto, nos recibe algunas veces favorablemente cuando nos parece que nos desampara, y tal nos desampara cuando creemos que nos recibe. Muchas veces es un efecto de su gracia, lo que llamamos efecto de su indignación, y lo que pensamos que es efecto de su gracia, lo es de su ira. (S. Greg. el Grande, lib. 5, c. 10, p. 145, sent. 9, Tric. T. 9, p. 232 y 233.)"

"En todas nuestras acciones no tenemos que hacer otra cosa sino investigar con cuidado cuál es la voluntad de Dios, para que, conocida esta, sujetemos a ella todas nuestras obras y la sigamos ciegamente como a guía de nuestro camino en esta vida, y confesar que no dejaríamos de seguirle, aun sin querer, cuando nos extraviara la soberbia: porque es imposible evitar el poder de las tentaciones de Dios, pero el que las suaviza mucho es el que se conforme con sus disposiciones, y cuando el corazón se sujeta y sufre voluntariamente, hace el peso mucho más ligero y más fácil de llevar. (S. Greg. el Grande, lib. 5, c. 18, p. 196, sent. 21, Tric. T. 9, p. 236.)"

"Jamás expresamos mejor la grandeza de las obras de la omnipotencia de Dios, que cuando nos reconocemos incapaces de expresarle: y nunca hablamos de esta con mayor elocuencia, que cuando nos contentamos con admirarla con un profundo silencio, porque en esta ocasión la misma falta de poder tiene una voz poderosa para publicar estas inefables obras y solamente una lengua muda puede explicar lo que somos incapaces de comprender. (S. Greg. el Grande, lib. 9, c. 12, p. 297, sent. 41, Tric. T. 9, p. 246.)"

"Si halláis lugar en donde os parezca que no está Dios, allí podéis pecar con toda libertad. El que profundizó los abismos ve todo lo que pasa en los rincones más ocultos; en las cuevas más profundas y en la más negra oscuridad. Si os parece que la pública fama os absuelve, no dejéis de condenaros en el tribunal de vuestra propia conciencia. (S. Anselmo, Exhort., ad contemptum temporalium, sent. 24, Tric. T. 9, p. 345.)"

"Siempre está Dios presente a si mismo: sin poderse olvidar se está contemplando y amándose. Si estáis, pues, según vuestra capacidad, infatigablemente ocupados en la memoria de Dios: si le estáis mirando sin cesar con los ojos del espíritu, y vuestro corazón se abrasa en su amor, seréis una perfecta imagen suya, porque procuraréis hacer lo que Dios hace siempre. El hombre debe referir toda su vida a la memoria, al conocimiento, y al amor del Supremo Bien: debéis, pues, aplicar todos los pensamientos, y excitar y conformar de tal suerte los movimientos de vuestro corazón, que jamás se canse el alma de suspirar por Dios, y de respetar la memoria de Dios, y adelantarse en el conocimiento de Dios: de hacer nuevos progresos en el amor de Dios, y de remontarse a la nobleza de su origen, y en fin, acordándonos de que fuimos criados a la semejanza de Dios: porque como dijo el Apóstol: "No debe el hombre cubrir su cabeza cuando ora, por ser la imagen de Dios, y la expresión de su gloria." (S. Anselmo, 1.ª Meditat., sent. 37, Tric. T. 9, p. 348.)"

"Según la doctrina del Apóstol San Pablo, vivimos en Dios y en El tenemos el movimiento y el ser. ¡Oh dulce vida, amable movimiento y deseable ser! Pues ¿qué puede haber que sea más dulce, que tener la vida bienaventurada? ¿Qué puede haber más amable que referir a Dios todos los movimientos de nuestras voluntades y nuestras acciones, arreglándolas según Aquel que es el único que nos puede dar el descanso eterno y una firmeza inexplicable? ¿Qué puede haber que merezca nuestros deseos, como estar con la unión de nuestros afectos

y acciones en Aquel que sólo posee verdaderamente el ser, y sin el cual ninguno puede tener el bienestar? (S. Anselmo, 1.ª Meditat., sent. 39, Tric. T. 9, p. 349.)"

"Así como el cuerpo no se satisface con el aire, así tampoco el corazón se sacia con el oro. (s. Bern., de convers. ad Cler., sent. 65, Tric. T. 10, p. 326.)"

"Aquellos ojos que todo lo ven sin que nadie pueda verlos están siempre sobre nosotros. (S. Bern., Serm. 55, in Cant., sent. 67, Tric. T. 10, p. 326.)"

"Cuando Dios nos descarga, también nos carga; porque nos carga con su beneficio, cuando nos descarga de nuestro pecado. (S. Bern., Serm. 15, in Psalm. qui habit., sent. 80, Tric. T. 10, p. 327.)"

"Procuremos agradar a todo a todos, y principalmente al que es mayor que todos. (S. Bern., ibid., sent. 91, Tric. ibid., ibid.)"

Dignidades.– "Estad persuadido, hermanos, a que cuanto mayores bienes hemos recibido, en tanto mayor peligro estamos. (S. Clemente, lib. 4, sent. 12, Tric. T. 1, p. 125.)"

"Los poderosos padecerán poderosos tormentos. A mí se me residenciará con mayor rigor que a los Diáconos, y a éstos más estrechamente que a los legos. Aquel que tiene el eminente cargo del gobierno de una iglesia, responderá a Dios por toda ella. (Orígenes, Homil. 11 in Jerem., sent. 7, Tric. T. 1, p. 248.)"

"No deseéis el cargo de las almas, porque hasta tanto que seáis dueños de las pasiones de vuestra alma, la prelacía sólo servirá para perderos a vosotros y a los que os sigan. (S. Efrén, de Vita Spir., sent. 8, Tric. T. 3, p. 78.)"

"Cuando un hombre no solamente estuviese exento de vicios, sino elevado hasta la más alta cumbre de la virtud, no comprendo, sean sus luces las que fueren, cómo se puede encargar, sin temor, del cuidado y gobierno de las almas. (S. Greg. Nacian., Orat. 1.ª, sent. 3, Tric. t. p. 351.)"

"Emprender la enseñanza de los otros antes de haber aprendido nosotros mismos, es una acción loca y temeraria; loca si se ignora la propia capacidad: temeraria, si habiéndola conocido, hubiere suficiente desvergüenza para emprender el ministerio. (S. Greg. Nacianceno, Orat. 1.ª, sent. 4, Tric. T. 3, p. 351.)"

"Los que presiden, deben tener presente el cuidado correspondiente a su dignidad, mas no deben ensobercerse por razón de su poder. Conviene, pues, que trabajen más que los otros, y que sean

más humildes que los súbditos, manifestando en su vida que son siervos de los fieles, y considerando que los que Dios ha confiado a su cuidado, son un depósito del Señor. (S. Gregorio de Nisa, de perfect. Cler., sent. 14, adic. Tric. T. 4, p. 362.)"

"El que tiene obligación de juzgar a otros, debe primero juzgarse a sí mismo, no sea que condena en los otros las menores faltas, al mismo tiempo que no considera los delitos que él ha cometido. (S. Ambrosio, Apolog. part., c. 2, sent. 32, Tric. T. 4, p. 320.)"

"No entremos temerariamente en los empleos; porque será arrogancia y atrevimiento; si por algunas circunstancias somos llamados a su desempleo, no huyamos, porque sería temeridad, y no debemos resistir a nuestra vocación; pero si no hallamos la razón de piedad y si no nos obligan las necesidades del prójimo y las disposiciones de las cosas, guardémonos de abrazar inconsiderablemente los cargos, pues sería proceder con vana ostentación, y por un deseo desordenado de las honras. (S. Juan Crisóst., Homil. 5, c. 3, Ep. ad Hebr., sent. 378, Tric. T. 6, p. 382.)"

"Las cargas del mundo oprimen; pero las de Jesucristo alivian; otras cargas sólo tienen peso; pero la de Jesucristo es ligera y tiene alas. (S. Agustín, Psalm. 58, sent. 89, Tric. T. 7, p. 462.)"

"No correrían muchos con tanto gusto a los cargos, si conocieran que son cargas. (S. Bernardo, Tract. de Offic., Ep. cap. 17, sent. 39, Tric. T. 19, p. 324.)"

"El lugar en donde te ves colocado, es el más alto, pero no es el más seguro. (S. Bernardo, Ep. 237, sent. 98, Tric. T. 10, p. 328.)"

"Si vos queréis argüir la falsedad al sumo y santo pontífice, perdonadnos: porque a nosotros nos parece una maldad, así el no creer a tan grande Santidad, como el no obedecer a tanta Majestad. (S. Bernardo, Ep. 252, ad Abb. de Prae, sent. 32, adic. Tric. T. 10, p. 357.)"

"¡Cuándo se ha verificado que los mortales hayan logrado grandes bienes, sin que antes hayan precedido grandes males! Aun cuando pasemos en silencio todas las demás cosas, ¿no es cierto, que aquel único y singular beneficio de nuestra salud precedió la muerte del Salvador? (S. Bernardo, Ep. 256, ad Eug. Pap., sent. 35, adic. Tric. T. 10, p. 358.)"

"Es de corazones píos ceder a la resistencia que no permite que nos lleven a donde no conviene, de lo contrario, tener contra su voluntad a alguno en lo que se ha traído por fuerza, es duro para él, y para ninguno útil. Además de esto, ocupar el lugar y no hacer fruto,

no conviene al lugar: ni en vosotros, ni en nosotros es decente. Ninguno, como dice S. Ambrosio, hace lo bueno contra su voluntad, aun cuando sea bueno lo que hace, porque, ¿qué aprovecha el espíritu de temor en donde falta el espíritu de caridad? (S. Bernardo, Ep. 258, ad eumd., sent. 36, Tric. T. 10, p. 358 y 359.)"

"Está en el mejor orden tal vez lo que se hace con todo el rigor del orden. (S. Bernardo, Ep. 276, ad eumd., sent. 37, adic. Tric. T. 10, p. 359.)"

"No es cosa nueva ni admirable que el corazón humano pueda engañarse o engañar. De uno y de otro nos debemos guardar, porque en uno y otro hay peligro, y para los dos extremos os propuso la cautela el Angel del gran consejo, cuando dijo: Sed prudentes como la serpiente y sencillos como la paloma, para que de este modo la prudencia no sea engañada, y la sencillez no pueda engañar. (S. Bernardo, Ep. 377, ad Innoc. Pap., sent. 38, adic. Tric. T. 10, p. 359.)"

"El que ya está en el solio no necesita de la escala. (S. Bern., de consid. 5, n. 11, sent. 151, Tric. T. 10, p. 331.)"

"Restitúyase el César a sí mismo lo que es del César. Sépase que lo uno y lo otro es interés del César: el defender su propia corona, y el proteger la Iglesia: lo primero le toca como a rey; lo segundo como abogado de la iglesia. (S. Bern., Ep. 247, ad Conrad. Reg. Roman., sent. 32, adic. Tric. T. 10, p. 337.)"

"Los reinos y derechos de los reinos se conservan íntegros para sus dueños, si estos no resisten a lo que Dios ordena y dispone. (S. Bern., Ep. 255, ad Ludovic. Reg. Franc., sent. 34, adic. Tric. T. 10, p. 358.)"

"Si alguna persona del pueblo se extravía, perece sola; pero el yerro del príncipe arrastra a muchos. (S. Bern., Ep. 117, sent. 124, Tric. T. 10, p. 329.)"

"Los señores, reconociendo que ellos mismos están sujetos al verdadero Dueño y Señor de todos, deben tratar a sus criados con benignidad y temor de Dios imitando en esto el ejemplo de Jesucristo. (S. Basilio, Ep. 2, sent. 52, Tric. T. 3, p. 198.)"

"Cual es la vida del Señor, tal es la de toda su casa. (S. Ambrosio, Ep. 82, sent. 166, Tric. T. 4, p. 348.)"

"No despreciéis el cuidado de los que viven con vosotros; porque los que no procuran la salvación de sus domésticos, serán severamente castigados, según aquellas palabras del Apóstol: Si alguno no tiene cuidado de los suyos, y especialmente, de los que están en su casa,

éste renuncia a la fe y es peor que un infiel. (S. Juan Crisóstomo, Serm. cur. in Pentec., sent. 239, Tric. T. 6, p. 349.)"

"No nos contentemos con procurar nuestra salud; empleemos también nuestro cuidado en la de nuestros domésticos, para que sean buenos cristianos, y estén bien instruídos en sus obligaciones para con Dios. (S. Juan Crisóst., Homil., 45, c. 21, sent. 279, Tric. T. 6, p. 358.)"

"La demasiada familiaridad del Señor cría mal al siervo. (S. Bern., Serm. cont. vit. ingrat., sent. 87, Tric. T. 10, p. 327.)"

"Los padres deben criar a sus hijos instruyéndoles y corrigiéndoles con suavidad, según la ley del Señor, y procurando no darles justo motivo de indignación o tristeza. (S. Basilio, Reg. 76, c. 2, sent. 54, Tric. t. 3, p. 192.)"

"Frecuentemente sucede que el mismo amor de los padres, por no moderarles, perjudica a los hijos: pues, o con su condescendencia crían libre al más querido, o la preferencia que le muestran, apaga en los otros el afecto fraternal. Más ganarán para el hijo, si le ganan la gracia de los demás hermanos. Este es el mejor presente de la liberalidad de los padres, y la más rica herencia de los hijos. Junta a los hijos entre sí la más igual beneficencia, así como los juntó la igualdad de la naturaleza. No conoce la piedad ganancia de dinero en donde hay perjuicio de esta virtud. (S. Ambrosio, de Jos. Patri, lib. 1, c. 2, sent. 18, adic. Tric. T. 4, p. 398.)"

"Haced que vuestra hija se críe en un monasterio; ponedla en medio de un coro de vírgenes, y prescindiendo de otros bienes que sacará, a lo menos os libraréis del peligro de guardarla. (S. Jerónimo, ad Letan., Ep. 107, sent. 14, Tric. T. 5, p. 210.)"

"No aprenda tu hija a oír ni hablar otra cosa sino lo perteneciente al temor de Dios. No entienda lo que significan las palabras torpes: ignore los cantares mundanos: guste ya su tierna lengua la dulzura de los Salmos: retírala de los jóvenes lascivos: no permitas que sus criadas vayan a las concurrencias del siglo, para que no le enseñen peor lo que ellas aprendieron mal: no sepa cuando niña lo que después debe olvidar. (S. Jerónimo, ad Letan., Ep. 107, sent. 2, adic. Tric. T. 5, p. 352.)"

"Las mujeres que tienen particular obligación a cuidar de los negocios domésticos, y del gobierno de la familia, debieran ser más prudentes que los mismos hombres. (S. Juan Crisóst., Homil. 60, Joann., sent. 85, Tric. T. 6, p,. 315.)"

"Debe el marido repetir en su casa lo que ha oído en el sermón; la mujer debe aprender de su esposo, los hijos le han de escuchar, y los criados no deben carecer de esta doctrina. Haced, pues, de vuestra casa una iglesia, porque algún día habéis de dar cuenta de la salvación de vuestros hijos y criados. (S. Juan Crisóst., Serm. 7, Génesis, sent. 110, Tric. T. 6, p. 320.)"

"Las mujeres deben tener más particular cuidado de la educación de sus hijos, porque están más comúnmente en la casa. (S. Juan Crisóst., Serm. 1, de etern., sent. 111, Tric. T. 6, p. 320.)"

"Hay algunos padres que hacen todo lo posible por procurar a sus hijos grandes tierras y casas magníficas, pero nada hacen para mejorar sus almas. Y esto es lo que pierde y confunde en el mundo todas las cosas. (S. Juan Crisóst., Serm. in illud., vidua eligatur, sent. 214, Tric. T. 6, p. 343.)"

"Cuando vuestros hijos salen de casa, debéis observar con cuidado a donde van, de dónde vienen, cuáles con sus conversaciones y con quiénes contraen amistades, porque debemos estar persuadidos, que si despreciamos este cuidado, no tenemos que esperar perdón alguno de la misericordia de Dios. (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 215, Tric. ibid., ibid.)."

"Dice un Apóstol: cuidad de criar bien vuestros hijos, corrigiéndoles e instruyéndolos en la doctrina del Señor. Esta es la principal obligación de los padres: aquí ven la mayor solicitud que deben tener. En esto conozco el enlace y la naturaleza de la sangre, cuando veo que un padre se toma mayor cuidado de las necesidades espirituales de sus hijos. (San Juan Crisóstomo, ibid., sent. 240, Tric. ibid., ibid.).

"Si tú educaras santamente a tu hijo, y aquel y el otro al suyo, y llegase a todos esta serie de la mejor conversación, como si fuera una cadena que empezase desde ti, por lo cual hicieses tuyo el fruto que proviene del cuidado de los hijos, y los padres los enseñasen con cuidado, no se necesitarían leyes, juicios, penas ni castigos, más por no cuidar de ellos los enredamos en mayores males, los hemos entregado a las manos de los verdugos, y frecuentemente los arrojamos al infierno. (S. Juan Crisóst., Serm. 29, sent. 17, adic., Tric. T. 6, p. 457.)"

"Tenemos los hijos como un grande y precioso depósito; guardémoles con cuidado, y hagamos todo lo posible para que el astuto ladrón no nos los robe. (San Juan Crisóst., Homil, 9, sent. 20, adic., Tric. T. 6, p. 459.)"

"Cuando un padre manda a su hijo alguna cosa que no es contraria a la ley de Dios, debe el hijo obedecer, como si Dios se lo mandara, pues Dios ordena que el hijo obedezca al padre. (S. Agust., Salm. 79, sent. 113, Tric. T. 7, p. 465.)"

"Aprended de memoria el símbolo y la oración del Padre nuestro. Enseñad a vuestro hijos, sabed que habéis de responder a Dios de los que habéis tenido en las sagradas aguas del bautismo. Por lo cual tendréis de estos el mismo cuidado que de vuestros hijos, reprenderles y corregirles par que vivan sobria, casta y devotamente. Vivid de tal modo que imitándoos vuestros hijos, vayan al cielo y no al infierno. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. 66, sent. 13, Tric. T. 9, p. 46.)"

"Si Dios hace suyo a vuestro hijo, ¿qué perdéis en esto, ni qué pierde el hijo? De rico se hace más rico: de noble más generoso; de ilustre más esclarecido, y lo que es más que todo esto: de pecador se hace santo. (S. Bern., Ep. 119, ad parent. Ganfridi de Peron., sent. 22, adic., Tric. T. 10, p. 353.)"

¡Oh padre duro y madre cruel! ¡Oh padres impíos y severos! No diré padres, sino homicidas, a quienes sirve de dolor la salud de su hijo, y de consuelo su muerte: los que más quieren que perezca con ellos, que el que reine sin ellos: los que pretenden que vuelva al naufragio; de que escape desnudo al fuego de donde salí medio abrasado; a los ladrones que me dejaron medio muerto, aunque por aquel misericordioso samaritano ya me he restablecido algún tanto. Los que procuran que vuelva al siglo el soldado de Jesucristo, que triunfa por tener casi arrebatado el cielo, de lo que no me glorio en mi, sino en Aquel que venció al mundo. ¡Qué vuelva desde la misma puerta de la gloria, como el perro al vómito y como el cerdo al cieno! ¡Oh monstruoso engaño! Arde la casa y ya se apresura el fuego por la espalda y prohíbe la salida al que huye, y persuaden que vuelva atrás el que escapa. Y esto por los mismos que están en medio del incendio y con obstinada locura o con muy loca obstinación, no quieren evitar el peligro. (S. Bern., Ep. 111, ex personn. Eliae Mon., ad parent., sent. 23, adic., Tric. T. 10, p. 353 y 354.)"

"Dios es la única causa para dejar de obedecer a los padres. (S. Bernardo, Ep. 111, sent. 63, Tric. T. 10, p. 327.)"

"Dice San Jerónimo: Si tu padre se postra en el umbral de tu puerta, si tu madre, abriendo su seno, te manifiesta los pechos con que te alimentó; si el pequeñito sobrino se cuelga de tu cuello, prosigue, aunque sea preciso pisar a tu padre, y ve volando con los ojos enjutos

al estandarte de la cruz. Ser cruel en esta parte por Jesucristo, es el género más sublime de piedad: no te muevan las lágrimas de unos frenéticos que lloran el verte hecho hijo de Dios, de hijo del infierno. (S. Bern., Ep. 351, ad Hugon. Novion., sent. 40, adic. Tric. T. 10, p. 360 y 361.)"

Director.– "Debéis trabajar con cuidado por hallar un maestro, cuyos avisos podáis seguir en la conducta de la vida que habéis abrazado, que sea capaz de enseñaros el camino recto para ir a Dios, que esté adornado de toda suerte de virtudes, y que pueda dar en todas sus acciones buen testimonio de la caridad que le anima. (S. Basilio, de abdic. rer., sent. 33, Tric. T. 3, p. 196.)"

"Si Dios nos hace la gracia de hallar un hombre que tenga todas las cualidades de un buen director,– y no dudéis que si le buscáis con cuidado le habéis de hallar,– sed constantes en seguir siempre este maestro y guía de las buenas obras, de suerte que nada hagáis contra su parecer. (S. Basilio, ibid., sent. 34, Tric. T. 3, p. 196 y 197.)"

"Con los débiles es necesario proceder con un prudente temperamento, procurando llevarlos poco a poco a la perfección, con tal que al mismo tiempo se procure no despreciar ni debilitar en cosa alguna los Mandamientos de Dios. (S. Basilio, Reg. 41, c. 2, sent. 41, Tric. T. 3, p. 197.)"

"Mejor es que la condenación de una o dos personas sirva para que se libren muchos, que el que muchos se expongan al riesgo de perderse por la indulgencia que se ha usado con una o dos personas. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 67, Tric. T. 4, p. 326.)"

"Descubrid al padre espiritual los vicios que ocultáis en vuestras almas. Manifestadle los malos pensamientos que el enemigo os sugiere. El mayor vicio, si le confesamos, no tiene grandes consecuencias. El defecto más ligero que viene a ser grande si le callamos. (S. Anselmo, Exhort. ad contemptum temporalium, sent. 26, Tric. T. 9, p. 345.)"

"Quien por sí mismo se rige, obedece a un necio. (S. Bern., Ep. 87, sent. 74, Tric. T. 10, p. 326.)"

"No tener guía, cabeza ni capitán, es grande mal; es la causa de todas las desgracias y el origen de todos los desórdenes, de las tribulaciones y de la confusión. (S. Juan Crisóst., Homl. 34, ad Hebr., sent. 391, Tric. T. 6, p. 391.)"

Disciplina eclesiástica.– "No se ha de desamparar la disciplina eclesiástica, ni se ha de debilitar la severidad sacerdotal, porque nos

dicen afrentas, y nos aterra con amenazas, pues nos avisa la Sagrada Escritura: No temáis las palabras del hombre pecador, porque su gloria se convertirá en basura y gusano. (S. Cipriano, Epist. 55, ad Cornel., sent. 3, adic., Tric. T. 1, p. 379.)"

"Algunos escritores protestantes quieren apoyarse en Tertuliano, en el lib. de oratione, cap. 12, diciendo que este padre, hablando de las observancias, escribe: que es preciso refutar las que son vanas en sí mismas, las que no están apoyadas en ningún precepto del Señor o de sus Apóstoles, las que no son obras de religión, sino de la superstición, las que no se fundan en ninguna razón sólida, y últimamente, las que tienen alguna conformidad con las ceremonias paganas. Pero este pasaje está mal traducido. Repitiendo el artículo las, hacen decir a Tertuliano, lo contrario que enseña en sus obras. Parece que, según él, para refutar una práctica, basta que no esté mandada por Jesucristo o por los Apóstoles, o que tenga alguna semejanza con las costumbres de los paganos; y no es esto lo que quiere Tertuliano. Dice que se deben refutar las observancias que son vanas en sí mismas, es decir, que no pueden producir ningún buen efecto, que no están apoyadas en algún precepto del Señor o de los Apóstoles, y que no son obra de la razón, sino de la superstición, y que no tienen ningún sólido fundamento. Pone por ejemplo el empeño de los que escrupulizaban orar con capa. Convenimos en que esta vana superstición reunía todos los caracteres de reprobación que alega Tertuliano, y por consiguiente, merecía ser condenada."

"¿Se infiere de aquí que debemos abstenernos de hacer la señal de la cruz, o de ayunar en la Cuaresma, porque Jesucristo y los Apóstoles no dieron sobre esta materia un precepto formal y expreso, que es un crimen ponernos de rodillas para orar o hacer ofrendas a Dios, porque hacían lo mismo los paganos?"

"Tertuliano se explica con más claridad en su tratado de Corona, cap. 3. "Hay observancias, dice, que nosotros guardanos, aunque no están autorizadas por la Escritura, sino fundadas en la tradición y en la costumbre. Antes de entrar en las fuentes del bautismo, protestamos al Obispo que renunciamos al demonio, a sus pompas y a sus ángeles. Nos sumergimos tres veces y decimos alguna cosa más que lo que el Señor nos manda en el Evangelio. Después probamos una mezcla de leche y miel, y desde este día nos abstenemos del baño toda la semana. Recibimos el sacramento de la Eucaristía que el Señor mandó a todos, bien sea a la hora de nuestras comida, o bien en

nuestras reuniones a la aurora, aunque siempre de mano de nuestros Prelados, y no de ningún otro. Todos los años hacemos oblaciones por los difuntos el día de su muerte. No ayunamos, no oramos de rodillas en los domingos, y lo mismo hacemos desde Pascua hasta Pentecostés. Evitamos que caiga en el suelo parte alguna de nuestro pan o de nuestra bebida. Antes de salir y al volver, al entrar, al vestirnos, al bañarnos, al ponernos a la mesa, al acostarnos, al sentarnos y al encender la luz; en una palabra, en todas nuestras acciones hacemos en nuestra frente la señal de la cruz. Si para todas estas observancias y otras semejantes exigís un precepto de la Escritura, no le hallaréis; la tradición es quien los ha establecido, la costumbre los confirmó y la fe los conserva. (Bergier, Tom. 7, p. 177, 178 y 179.)"

"A este pasaje de Tertuliano responden los protestantes que este padre era montanista: tanto lo era cuando escribió su libro de Corona, como cuando compuso su tratado de Oratione. Y aunque lo hubiera sido cien veces más, ¿acaso merece menos crédito, cuando refiere lo que se hace en su tiempo y da la razón, porque se hacía? Esto no tiene ninguna relación con los errores de Montano. Si nosotros recusáremos el testimonio de un autor porque era hereje, los protestantes nos lo atribuirían a prevención, a terquedad y a fanatismo. (Bergier, ibid., p. 179.)"

E

Envidia.– "Así como el orín consume al hierro, así destruye la envidia a los que llega a poseer. (S. Basilio, de invidia, sent. 7, adic., Tric. T. 3, p. 381.)"

"El envidioso no es infeliz por sus propios males, sino por los bienes ajenos: por el contrario, no cuenta por felicidad su propio bien, sino el ajeno mal. (S. Greg. de Nisa, de cita moris, sent. 4, adic., Tric. 4, 4, p. 357.)"

"El envidioso no puede tener entrada en el reino de los cielos: y aún en este mundo se puede decir que su vida no es verdadera vida, porque no roen tanto los gusanos, ni comen tanto un madero como la calentura de la envidia penetra, consume hasta la médula de los huesos. (S. Juan Crisóst., Homl. 31, c. 12, sent. 316, Tric. T. 6, p. 368.)"

"No es tan molesta la picazón en el ojo como la envidia en el corazón. (s. Bern., Serm. 5, de verb. Isai., n. 10, sent. 95, Tric. T. 10, p. 327.)"

"Sola la infelicidad no tiene envidiosos. (S. Bern., Serm. 5, de verb. Isai., sent. 131, Tric. T. 10, p. 330.)"

"El mismo Santo Doctor, dice, que la envidia es la lepra del alma: destruye el buen sentido, quema las entrañas, agobia el espíritu de pesar, roe el corazón como un cáncer, aniquila todos los bienes con sus emponzoñados ardores. El envidioso comete un pecado envidiando a los demás. ¡Oh envidiosos que codicíais la felicidad ajena, no destruyáis la vuestra!: porque si la muerte espiritual acompaña siempre a la envidia, no podéis a un mismo tiempo envidiar y vivir. (Cant. VIII, 6, Barbier, T. 2, p. 125.)"

"La envidia, dice San Gregorio de Nisa, es el mayor de los males, madre de la muerte, primera puerta del pecado, y raíz de los vicios. (Homil. in Gen.) La envidia, dice el mismo santo doctor, es el principio de los dolores, la madre de la miseria, la causa de la desobedien-

cia, el manantial de la ignominia, un aguijón emponzoñado, un puñal oculto, la enfermedad de la naturaleza, una bilis venenosa, una llaga funesta, un dardo de hiel, un potro que sujeta al hombre, una llama que devora el corazón, y un fuego interior. Los envidiosos son aves de rapiña. (Homil., in Gen., Barbier., T. 2, p. 126.)"

"Los envidiosos, dice San Juan Crisóstomo, son peores que leones, semejantes a los demonios, y aún casi más malos; porque los leones nos atacan movidos por el hambre, o porque se les provoca y se le irrita. Pero haciendo beneficios a los envidiosos, corresponden haciendo daños; atrayéndoles con favores, atacan y persiguen. Y hasta los mismos demonios, aunque es verdad que nos hacen una guerra encarnizada, no se persiguen unos a otros: por esto cerró Jesucristo la boca a los judíos envidiosos, cuando movidos de rencor, decían que Jesucristo arrojaba los demonios en nombre de Belcebú, príncipe de los ángeles malos. Si Satanás, contestaba El, echa fuera a Satanás, es contrario a sí mismo: ¿cómo pues, ha de subsistir su reino? Por esta razón, añadió El, los mismos demonios serán vuestros jueces: "Si Satanás Satanam, ejicit." Pero los envidiosos no respetan a sus semejantes, ni tampoco a sus parientes: se hacen una guerra cruel; porque el envidioso detesta al envidioso, el celoso maldice al celoso. Este crimen, añade el mismo santo, no es perdonable: "Onni venia ceret hoc peccatum". El lascivo, en efecto, puede dar por excusa la fuerza de la concupiscencia; el ladrón puede alegar la necesidad, la pobreza; y el asesino puedo excusarse con la ira. Pero vosotros, envidiosos, decidme, ¿qué excusa podréis dar? "Tu vero, ¿quam dices causam, rogo? Ninguna, sino vuestra perversidad sin límites. Ese vicio es peor que la fornicación y el adulterio. Porque el furor del vicio impuro halla límites en la misma acción; pero el furor y los estragos de la envidia, destruyen la Iglesia y el mundo entero. Por la envidia mató el demonio al género humano en la persona de Adán. (Homil. in Gen., Barbier, p. 126 y 127.)"

"Los envidiosos, dice San Próspero, aman el mal, y sienten y lloran el bien; arden en enemistad gratuita, y están llenos de hipocresía, siempre llenos de amargura, siempre vacilantes, son los amigos del demonio, y los enemigos de Dios, de la sociedad y de sí mismos: son odiosos a todos los hombres; se atormentan por lo que debiera ser su consuelo, y rebosan de alegría cuando habían de llorar amargamente. Perversos y crueles para sí mismos, lo son también para los demás. (De vita contemplat., lib. 3, c. 9, Barbier, T. 2, p. 127 y 128.)"

"La envidia, dice S. Cipriano, excita la ambición, el desprecio de Dios y de su servicios; excita el orgullo, la perfidia, la prevaricación, los arrebatos, las discordias y crueldad: la envidia no puede sufrirse ni contenerse cuando encuentra la autoridad en su camino. Ella rompe los lazos de la paz y de la caridad; ella rompe la verdad, destruye la unidad, y se encamina directamente al cisma y a la herejía. ¡Qué crimen más horrible que tener envidia de la virtud y de la felicidad de los demás y aborrecer en ellos sus méritos naturales o sobrenaturales ! ¡Qué crimen convertir en mal el bien de los demás, no por sufrir los progresos de otros y experimentan atroz tormento por la felicidad ajena! ¡Qué locura y qué furor dar entrada en nuestro pecho a un verdugo, a un tirano que desgarra las entrañas ! (Serm. de Zelo et livore, Barbier, T. 2. p. 128.)"

"Mucho más pudiera decir de lo que es la palabra envidia, pone Barbier, pero sólo concluiré con el mismo poniendo los remedios para desarraigar del corazón que esté dominado de ella, y no dar entrada, en el que se vea libre, estos son: la humildad, la modestia, el desprecio de la gloria y de los bienes temporales y el deseo de los eternos. La templanza en el seno de las riquezas excluye también la envidia. La dulzura, la mansedumbre, la bondad y la caridad destruyen la envidia... Huyamos de la envidia. No seamos ambiciosos de vanagloria, dice S. Pablo a los Gálatas, provocándonos los unos a los otros, y recíprocamente envidiándonos. Hemos de alegrarnos del bien de los demás. ¡Qué importa! dice S. Pablo a los Filipenses, con tal que de cualquier modo Cristo sea anunciado en esto, me gozo y me gozaré siempre. Hemos de alegrarnos con los que se alegran, y participar de las aflicciones de los tristes, sufriendo con ellos... (Barbier, ibid., p. 128.)"

Escándalo.– "Si aun cuando en las cosas permitidas, y en las que nos es libre hacer o no hacer, causamos escándalo a los débiles o ignorantes, incurrimos en una vigorosa condenación, según dijo el Salvador con estas palabras: Mejor le sería que se arrojase en el mar con una piedra de molino al cuello, que escandalizar a uno de estos pequeñuelos: si Dios, vuelvo a decir, nos ha de juzgar con tan terrible rigor sobre las cosas permitidas, ¿qué sucederá en las cosas que son prohibidas? (S. Basilio, Quaest. 10, sent. 25, Tric. T. 3, p. 195.)"

"La aprensión de escandalizar a nuestro prójimo debe algunas veces obligarnos a ejecutar cosas que, a no ser esto, no serían necesarias. (S. Basilio, Reg. 33, c. 4, sent. 39, Tric. T. 3, p. 197.)"

"He conservado en el secreto de mi corazón vuestras palabras, temiendo pecar contra Vos: porque no solamente hay peligro en decir lo que es falso, sino también en decir la verdad, cuando se dice a los que no se debe. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 55, Tric. T. 4. p. 323.)"

"Sólo hemos de ejecutar lo que no desagrada a Dios ni escandaliza a nuestro hermano: porque, aunque una cosas sea permitida, si esta escandaliza al prójimo, es desagradable a Dios, porque quiere el Señor que atendamos a la salud de los otros. Procuraremos, pues, no hacer cosa alguna que no sea buena, así delante de Dios, como delante de los hombres, si solamente hacemos las cosas permitidas cuando a ninguno escandalizan. (S. Ambrosio, in c. 12, sent. 96, Tric. T. 4, p. 332.)"

"Si vuestro ojo, vuestro pie o vuestra mano es motivo de escándalo, y de caída, separadlos de vosotros. A nada perdonéis por perdonar a vuestra alma: esta que parece crueldad es una acción piadosa. (S. Jerónimo, Ep. ad Rust. 125, sent. 10, Tric. T. 5, p. 240.)"

"Si el ojo derecho te sirve de escándalo, arráncale, y arrójale de ti. No entendió Dios esto de los ojos del cuerpo, porque es el Señor incapaz de hacernos mal, cuando nuestro espíritu se conserva sano y vigoroso: quiso hablar de nuestros mayores amigos, que nos parecen tan preciosos como nuestros miembros; y nos encomienda que si nos sirven de escándalo, dejemos su amistad para asegurar nuestra salvación. (S. Juan Crisóst., Homl. in Psalm. 4, sent. 120, Tric. T. 6, p. 322.)"

"No me digáis, esto o aquello está prohibido, ni que está permitido, siempre que habléis de alguna cosa que escandaliza a los demás; porque, aunque la permitiera el mismo Jesucristo, si advertís que alguno se escandaliza, absteneos, no uséis del premio que os ha dado. De este modo procedió el grande Apóstol, no queriendo tomar cosa alguna de los fieles, no obstante que el Señor lo había permitido a los Apóstoles. (S. Juan Crisóstomo, Homl. 21, c. 9, sent. 305, Tric. T. 6, p. 364.)"

"Muchas veces nace en el corazón de un siervo de Dios el deseo de la soledad, por causa de las muchas tribulaciones y escándalos de este mundo. (S. Agustín, Salm. 54, sent. 74, Tric. T. 7, p. 461.)"

"Debe notarse que tenemos obligación de evitar en cuanto nos sea posible el escándalo de los prójimos; pero si de la verdad reciben escándalo, mejor es permitir que este nazca, que desamparar la verdad. (S. Greg. el Grande. Homl. 7, sent. 22, adic., Tric. T. 9, p. 386.)"

"De buena gana me privaré de cualquier ganancia espiritual, si esta no puede adquirirse sino con el escándalo. (S. Bern., Ep. 62, sent. 114, Tric. T. 10, p. 329.)"

"Ten presente que no debemos atender a toda especie de escándalo, según aquella respuesta del Señor, que dijo: Dejadlos, que son ciegos, y gobiernan a otros ciegos. Más vale que nazca el escándalo, que el que quede desamparada la verdad. (S. Bern., Ep. 34, ad Drogon. Mon., sent. 12, adic., Tric. T. 10, p. 349.)"

"Dice este mismo Santo Padre: Habiendo dado Jesucristo su propia sangre como precio de la redención de las almas, ¿no os parece evidente que sufre mucho más que de los judíos, que derramaron su sangre, de aquel que por una sugestión maligna, por un ejemplo dañoso, por el escándalo que da extravía las almas redimidas? Es un sacrilegio horrible que parece mucho más inícuo que el crimen de los que pusieron sus sacrílegas manos sobre el Señor de majestad. (S. Bern. Serm de coners. S. Pauli, Barbier, T. 2, p. 135 y 136.)"

"Se dice que el célebre Judas Macabeo se levantó, auxiliado de su hermanos, y combatió con alegría por la defensa de Israel. Judas dio nuevo lustre a la gloria de su pueblo, y revistióse la coraza cual gigante: ciñóse sus armas para combatir, y protegía con su espada todo su campamento. Parecía un león en sus acciones, y se semejaba a un cachorro cuando ruge sobre la presa. Y persiguió a los impíos buscándoles pro todas partes, y abrasó en las llamas a los que turbaban el reposo de su pueblo. Y el temor que infundía su nombre, ahuyentó a sus enemigos, y todos los malvados se llenaron de turbación, y la salud del pueblo fue obra de su brazo. Sus acciones eran la alegría de Jacob, y su memoria, será para siempre bendita. Recorrió las ciudades de Judá, exterminando de ellas a los impíos, y apartó la cólera celestial lejos de Israel. Y su nombradía llegó hasta las extremidades de la tierra. (I. Machb., 3, Barbier, T. 2, p. 132.)"

"Lo que Judas Macabeo hizo para el bien, el escandaloso lo hace para el mal. El escandaloso se levanta, combate con una fuerza que puede más bien llamarse furor mezclado de alegría diabólica, para debastar el campo del Señor. Extiende su ignorancia sobre sus semejantes; viste la coraza del crimen como un gigante; está cargado de armas producidas por el infierno, armas templadas en la sangre de sus hermanos. Semejante a un león en sus obras de muerte, ruge buscando almas para hacerlas presa suya. Persigue a los buenos, y los maltrata: las almas piadosas se asustan y huyen. Tiene la muerte en sus manos;

derrama la tristeza y el desconsuelo; el runío de sus escándalos se propaga a lo lejos, y su nombre acaba por pesar como una maldición sobre la comarca que habita. (Barbier., T. 2, p. 132 y 133.)"

"El verdugo, al darse la lúgubre señal, parte, llega a la plaza pública cubierta de una muchedumbre apiñada y conmovida, se apodera de su víctima, la sujeta, la ata al instrumento del suplicio, luego levanta el brazo, y entonces sucede un silencio horrible, y no se oye mas que el crujido de los huesos oprimidos por la argolla, y los aullidos de la víctima. Ha concluido su tarea, su corazón palpita, pero de alegría, y se aplaude diciendo para sí: Nadie ejecuta mejor que yo. Este cuadro que un sabio escritor –M. de Maistre en sus veladas de San Petersburgo– hace del verdugo de los cuerpos, ¿no puede igualmente aplicarse al escandaloso verdadero verdugo de las almas? El infierno da una señal lúgubre a los escandalosos: su corazón corrompido y cruel comprende esta señal, y parte para seducir y asesinar. Encuentra a un inocente, y lo convierten en criminal: encuentra a un hijo sumiso y lo convierte en parricida. Lo mismo que el verdugo coge a su víctima y la ata en el cadalso de su escándalo, levanta el brazo para matarle, y no se oyen más que los gritos y aullidos de desesperación de la víctima y de su familia deshonrada... Ya ha acabado de matar aquella alma, arrebatándole la inocencia, su salvación, el cielo, su corona, su gloria y su Dios, su corazón palpita, pero no es de remordimiento ni de pena, es de alegría, de la maligna alegría de los demonios, se aplaude y dice para sí, y también públicamente: Nadie ejecuta mejor que yo; nadie asesina mejor las almas; nadie mata tanto como yo. A todas partes llevo la muerte. "Stans replevit omnia morte. Sap. XVIII, 16. (Barbier. T. 2, p. 133 y 131.)"

Eucaristía.– "Vosotros dividís un pan, y este es el remedio para conseguir la inmortalidad, bálsamo que nos preserva de la muerte, y nos da la vida eterna en Jesucristo. (S. Ignacio, carta a los de Efeso, n. 14, Tric. T. 1, sent. 2, p. 31.)"

"Jesucristo tomó el pan, sustancia criada, dio gracias a Dios, y dijo: Este es mi cuerpo. Tomó el cáliz que también es criatura destinada a nuestros usos, y aseguró que era su sangre. Así enseñó la oblación del Nuevo Testamento, la Iglesia recibió de los Apóstoles, y ofrece este sacrificio en todo el mundo al Dios que nos sostiene como primicias de sus frutos en la nueva Ley. La Iglesia es como un paraíso plantado en este mundo. De todos sus árboles podemos comer, nos dice Dios, pero no tomemos de la doctrina de los herejes, no la toque-

mos, porque aunque se aprecian de saber del bien y del mal, son soberbios que arrojan sus impías doctrinas contra Dios, su Criador. (S. Ireneo, sent. 5, Tric. T. 1, p. 86 y 87.)"

"Si toma el alimento y la santa bebida de la Eucaristía, como que viene del Sacramento de la Cruz, pues aquel misterioso madero fue figura suya, el que hizo dulces las aguas, del mar, llenará tu alma de verdadera suavidad. (S. Cipriano, lib. de la Oración, sent. 35, Tric. T. 1, p. 305.)"

"Supuesto que Jesucristo asegura, hablando del pan, que aquello es su cuerpo, ¿quién se atreverá a poner en duda esta verdad? y pues que dijo después, esta es mi sangre, ¿quién puede dudar o decir que no lo es? En otro tiempo había convertido el agua en vino en Caná de Galilea con sola su voluntad, ¿y no le tendremos por digno de ser creído sobre su palabra, cuando convirtió el vino en su sangre? Si convidado a las bodas humanas y terrenas hizo en ellas un milagro tan pasmoso, ¿no debemos reconocer que aquí dio a los hijos del Esposo a comer su cuerpo y beber su sangre? para que le recibamos como que es ciertamente su cuerpo y su sangre, porque bajo del pan nos da su cuerpo, y bajo del vino su sangre, para que tomando su cuerpo y sangre, nos hagamos un mismo cuerpo y sangre con El y seamos Cristíferos, esto es, hombres que llevamos a Jesucristo, en habiendo recibido en nuestro cuerpo su cuerpo y sangre, y según la expresión de San Pedro, vengamos a ser participantes de la naturaleza divina. (S. Cirilo de Jerusalén, Cath. Mystag., 4, sent. 7, Tric. T. 2, p. 337.)"

"No consideréis ya estas cosas como que son pan y vino comunes, supuesto que son el cuerpo y sangre de Jesucristo, como El mismo dijo, porque aunque los sentidos os digan que no lo es, la fe os debe persuadir y confirmar en que lo es. No juzguéis por el gusto, sino por la fe, la que nos debe hacer creer con toda certidumbre, y sin que os quede duda en contrario, que os ha dado el cuerpo y sangre de Jesucristo. (S. Cirilo de Jerusalén, ibid., sent. 8, Tric. T. 2, p. 337.)"

"¿Cuál es la obligación propia y particular de los que comen el pan y reciben la bebida de Dios? Es la de conservar continuamente la memoria del que murió y resucitó por ellos. ¿A qué más les obliga esta memoria? a no vivir ya para sí, sino par el que murió y resucitó por ellos. (S. Basilio, Reg. 80, sent. 58, Tric. T. 3, p. 199 y 200.)"

"El que es eterno, se nos da a todos para que le comamos con el fin de que recibiéndole en nosotros mismos, lleguemos a ser lo que El es, porque dice: Mi carne es verdadera comida, y mi sangre verdadera

bebida. Cualquiera, pues, que ama esta divina carne, no ama la suya; y cualquiera que tiene amor a esta divina sangre, está purificado de todos los sentimientos que la sangre carnal puede causarle. Porque la carne del Verbo, y la sangre de esta carne son suaves par los que las gustan, y deseables para los que las pretenden. (S. Gregorio de Nisa, in Eccles. II. 8, sent. 4, Tric. T. 4, p. 113.)"

"Así como un poco de levadura, según la doctrina del Apóstol, hace fermentar toda la masa, así también el divino cuerpo de Jesucristo, que padeció la muerte, y es el principio de nuestra vida, entra en nuestro cuerpo, nos le muda y transforma todo en sí. Porque al modo que un veneno que se ha derramado por los miembros sanos, los corrompe en poco tiempo, así por contraria razón, cuando el cuerpo inmortal de Jesucristo se ha llegado a mezclar con el del hombre, que en otro tiempo había comido el fruto envenenado, le transforma todo entero en su divina naturaleza. (S. Greg. de Nisa, c. 37, sent. 29, Tric. T. 4, p. 118 y 119.)"

"Sírvanos de ley el hecho de Joseph de Arimatea, para que cuando recibamos aquella prenda del sacrosanto cuerpo, no le envolvamos en lienzo de una conciencia sucia, ni le depositemos en el monumento del corazón, cuando está lleno de huesos de muertos y de todo género de inmundicias. Cada uno se prueba y examine, como dice el Apóstol: No le sirva de juicio de condenación si la recibe indignamente. (S. Greg. de Nisa, in Christ. Resurr., sent. 19, adic., Tric. T. 4, p. 364 y 365.)"

"Con carne y con maná que nos figuran el precioso cuerpo de Jesucristo, se alimentó el pueblo de Israel: Jesucristo es para nosotros verdadera comida y verdadero maná, no ya en figura, sino en verdad; por su verdadera humanidad es realmente carne, y un pan que vive por su divinidad; de suerte, que cuando comenos el cuerpo de Jesucristo, participamos de su divinidad y de su humanidad. (S. Ambrosio, sent. 26, Tric. T. 4, p. 318.)"

"Acercaos al alimento del cuerpo del Señor a aquella bebida que de tal suerte embriaga a los fieles, que los llena de contento con la remisión de sus culpas, y los libra de los cuidados del mundo, del miedo de la muerte y de las inquietudes de esta vida. Esta santa embriaguez no hace titubear al cuerpo, antes bien, le confirma, no turba el espíritu, sino que le consagra y santifica. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 65, Tric. T. 4, p. 326.)"

"Jesucristo es mi comida, Jesucristo es mi bebida. La carne de un Dios es mi comida, la sangre de un Dios es mi bebida. En otro tiempo

bajó del cielo el pan que llamó el Profeta pan de Angeles: mas aquel no era el verdadero pan, sólo era sombra del qu había de venir. El Pan Eterno me tenía reservado este verdadero pan que viene del cielo, y este es el pan de vida. Aquel, pues, que come la vida, no podrá morir, porque ¿cómo había de morir el que tiene por alimento la misma vida? (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 69, Tric. T. 4, p. 326.)"

"Puede ser que me digáis que el pan que recibís del altar, es pan común y ordinario. No hay duda que antes de ser consagrado era pan común; pero al punto que se dijeron las palabras de la consagración, se convirtió ese mismo pan en la carne de Jesucristo. Si me preguntan: ¿Qué palabras son las que sirven en esta consagración? Digo que nos valemos de las palabras propias de Jesucristo. (S. Ambrosio, lib. 4, de Sacram. c. 4, sent. 107, Tric. T. 4, p. 335.)"

"Antes de consagrar, no es más que pan; pero pronunciadas las palabras de Jesucristo, es el cuerpo de Jesucristo. Oid lo que el mismo dice: Tomadle y comedle todos, porque este es mi cuerpo. Antes de las palabras de Jesucristo sólo hay en el cáliz vino y agua mezclados; pero después de lo que han obrado las palabras de Jesucristo, se convierte en su sangre, la cual redimió su pueblo. (S. Ambrosio, ibid., c. 5, sent. 108, Tric. ibid., ibid.)"

"Si el pan de la Eucaristía es el pan cotidiano, ¿por qué le recibís una vez al año solamente? Recibidle todos los días para conseguir todos los días el fruto. Vivid de modo que merezcáis comulgar todos los días, a la verdad, el que no es digno de recibirle todos los días, tampoco merece recibirle una vez al año. Sabéis que el Santo Job ofrecía sacrificio por sus hijos, receloso de que hubiesen pecado en pensamiento o en palabras: ¿cómo, pues, sabiendo vosotros que siempre que se ofrece el sacrificio se hace memoria de la muerte, resurrección y ascensión de Jesucristo, y de la remisión de los pecados? ¿Cómo, vuelvo a decir, lo que esto sabéis, no recibís todos los días este pan de vida? El que se siente herido, busca el remedio para sanar. Todos estamos heridos, pues hemos pecado. Ahora bien, este venerable y celestial sacramento es el remedio de todas nuestras heridas. (S. Ambrosio, lib. 5, c. 4, sent. 109, Tric. ibid., ibid.)"

"Llegad a el y saciaos, porque es divino pan: llegad y bebed, pues es fuente: llegad a El para ilustraros, pues es luz: llegad y libraos, porque en donde está el espíritu del Señor, está la libertad; llegad y quedad absueltos, pues es perdón de los pecados. (S. Ambrosio, in Psalm 118, sent. 36, adic., Tric. T. 4, p. 404.)"

"Pruébese cada uno, y lléguese después al cuerpo de Jesucristo. No es decir que un día o dos que difiera la comunión, haga al cristiano más santo, ni que yo merezca mañana o después de mañana lo que hoy no he merecido; sino que el dolor que debo sentir de no haberme hallado en estado de comulgar, me obligue a separarme por algunos días del consorcio, de mi propia mujer, prefiriendo al amor que la tengo, el que debo a Jesucristo. (S. Jerónimo. Epist. 48, ad Pammach., sent. 40, Tric. T. 5, p. 245.)"

"Debemos saber que el pan que partió el Salvador y le dio a sus discípulos, era su propio cuerpo, según lo que el mismo Señor dijo: Tomad y comed, este es mi cuerpo. Moisés, pues, no fue el que nos dio el verdadero pan, sino nuestro Señor Jesucristo: éste es el que está sentado en el convite y el mismo es nuestro convite: El es el que come y el que es comida. (S. Jerón., Quaes, 2, ad Hedib., ep. 120, sent. 59, Tric. T. 5, p. 248.)"

"Como la carne de nuestro Señor es un verdadero alimento, y su sangre una verdadera bebida, el único bien que nos resta en este mundo, es comer su carne y beber su sangre, no solamente en los santos misterios, sino también en la lección de las Escrituras, porque las luces que en estas hallamos, son el sustento y la bebida que sacamos de la palabra de Dios. (S. Jerón., in Ecclesiast., c. 3, sent. 82, Tric. T. 5, p. 253.)"

"Vosotros ofrecéis sobre mi altar un pan profanado y manchado. Sin duda profanamos y manchamos el pan, esto es, el cuerpo de Jesucristo cuando nos acercamos al altar en un estado indigno de participarle: cuando estando impuros bebemos aquella sangre pura; y no obstante decimos: ¿Es que es despreciada y deshonrada la mesa del Señor? No porque haya quien se atreva a decirlo, ni a proferir con delicuente voz la impiedad que tiene su alma, pero las malas obras de los pecadores son las que efectivamente deshonran la mesa de Dios. (S. Jerón., in Malach., c. 1, sent. 88, Tric. T. 5, p. 251.)"

"Así como aquel que no se siente reo de iniquidad alguna, debe comulgar todos los días; por el contrario, el que ha pecado y no ha hecho penitencia no lo puede hacer con seguridad ni en los de fiesta. (S. Juan Crisóst., Homil. 31, sent. 26, Tric. T. 6, p. 305.)"

"Vamos como la Hemorroisa a tocar la orla de la vestidura de Jesucristo, o por mejor decir, vamos a poseerle todo entero: pues tenemos ahora su cuerpo en nuestras manos. Ya no es sólo su vestido el que permite tocar, sino que nos presenta su mismo cuerpo para que

lleguemos a comerle. Acerquémonos, pues, con ardiente fe, los que estamos enfermos. Si los que entonces tocaron solamente la orla de sus vestidos sintieron tan grande efecto, ¿qué no podrán esperar los que aquí le reciben todo entero? (S. Juan Crisóst., Homil. 51, sent. 62, Tric. T. 6, p. 311.)"

"Cuántos hay que dicen: Yo quisiera ver a nuestro Señor Jesucristo con aquel mismo cuerpo con que conversaba con los hombres; mucho me alegraría de ver su rostro y su traje. Yo os digo, que al mismo Señor véis, tocáis, y aun coméis. Deseáis ver sus vestidos, y véis aquí que os permite tocarle y recibirle en vuestro pecho. (S. Juan Crisót., Homil. 83, sent. 70, Tric. T. 6, p. 312 y 313.)"

"¿Quién debe estar más puro que aquel que participa de semejante sacrificio, que aquella mano que distribuye esta divina carne, que aquella boca que está llena de este fuego espiritual y aquella lengua que rojea con esta preciosa sangre? Imaginad bien la honra que recibís y a que mesa os sentáis. Aquel mismo a quien los ángeles miran con temblor, es el que ahora nos sirve de alimento, se une con nosotros, y somos con el un mismo cuerpo y una misma sangre. (S. Juan Crisóstomo, ibid., sent. 71, Tric. ibid., ibid.)"

"¿Qué pastor ha dado jamás su sangre para alimentar sus ovejas? Vemos muchas madres que habiendo parido sus hijos, los dan a criar a otras mujeres, pero no procede Jesucristo, así con nosotros: El mismo nos alimenta con su carne, nos junta y une consigo estrechamente. (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 72, Tric. ibid., ibid.,)"

"No nos quedemos insensibles a tan grande honra, y a un amor tan religioso. Reparad con que ímpetu se arrojan los niños al seno de sus madres, y con qué ansia chupan los pechos. Imitémosles acercándonos con las mismas ansias a esta divina mesa, bebiendo, por decirlo así, la leche espiritual de aquellos sagrados pechos: pero vamos corriendo con mayor ardor para atraer a nuestros corazones, como hijos de Dios, la gracia del Espíritu Santo: sea nuestro mayor dolor el vernos privados de este alimento celestial. (S. Juan Crisóst. Homil., 87, sent. 73, Tric. T. 6, p. 313.)"

"Si vosotros no os atrevéis a arrojar del sagrado altar los indignos, decídmelo a mi, que yo no permitiré que se lleguen a él: porque primero perderé la vida, que dar el cuerpo del Señor al indigno; y primero permitiré que derramen mi sangre, que presentar tan santo y venerable cuerpo al que no se halla en estado de recibirle. Si vosotros ignoráis que los que se acercan son indignos, entonces no es falta

vuestra, si antes habéis puesto el mayor cuidado en conseguir este discernimiento; porque no hablo ahora de aquellas personas que públicamente son conocidas por viciosas. (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 74, Tric. ibid., ibid.)"

"Muchos una vez al año se acercan al Santo Sacramento: otros llegan más a menudo. ¿A quiénes estimaremos más? a los que comulgan a menudo, o a los que comulgan una vez? Solamente debemos estimar a los que comulgan con conciencia pura y sincera, con un corazón limpio y con una vida irreprensible; los que se hallan en esta disposición, lleguen todos los días; los que no, ni una vez se acerquen: porque no hacen otra cosa que irritar contra sí el juicio de Dios y hacerse dignos de la más rigurosa condenación. (S. Juan Crisóstomo. Homil. 17, ad Hebr., sent. 147, Tric. T. 6, p. 327.)"

"¿Pensáis que comulgando una vez al año serán suficiente 40 días de penitencia para purificaros de los pecados que habéis cometido en tanto tiempo? No pasarán 8 días sin que volváis a los desórdenes de la vida anterior. ¡Por haber empleado así en penitencia 40 días, y acaso menos, esperáis que Dios os mirará con misericordia! Yo digo que eso es burlarse de Dios. No quiero por esto impediros el comulgar una vez al año; por el contrario, quisiera yo que continuamente pudiérais llegar a los sagrados misterios; pero estos están destinados para los Santos, y esto es lo que dice en alta voz el Diácono cuando llama a los Santos a esta santa mesa. (S. Juan Crisóst., Homil, ibid., sent. 148, Tric. ibid., ibid.)"

"Cuando el Diácono pronuncia públicamente estas palabras: Las cosas son para los Santos, es lo mismo que si dijera: Si alguno no es Santo, no se acerque a esta mesa. Al hombre no le hace Santo la simple remisión de sus pecados, sino la presencia del Espíritu Santo en su alma, y la abundancia de las buenas obras; como si dijera: no quiero que estéis retirados del podre y de la basura, sino que se vea resplandecer en vosotros una blancura y una hermosura particular. (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 149, Tric. ibid. ibid.)"

"No merezcamos la indignación de Dios llegando con mala disposición a la divina mesa. En esta debemos hallar el soberano remedio de todos nuestros males; debemos hallar un tesoro inagotable para comprar el reino celestial. Acerquémonos, pues, con respetuoso temblor, dando gracias a Jesucristo, postrándonos en su presencia con grande veneración, confesándole con humildad nuestros pecados, llorando amargamente nuestras ofensas, dirigiéndole oraciones largas y

fervorosas. Purifiquémonos, llegando con el silencio y el respeto que le debemos, como a Rey de la gloria. (S. Juan Crisóst., Serm. de die Nativit. Christ., n. 7, sent. 216.)"

"Cuando oímos la palabra de Dios, cuando nos ocupamos en la oración, y nos acercamos a la divina mesa, o practicamos alguna obra de piedad, hagámoslo todo con circunspección y reverencia, para no merecer por nuestra pereza o inconsideración aquella maldición de un Profeta: Maldito es el que hace con negligencia la obra del Señor. (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 217, Tric. ibid., ibid.)"

"Cuando os acercáis a la santa comunión no penséis que recibís aquel divino cuerpo de manos de un hombre: representaos vivamente que estáis recibiendo aquel carbón encendido que vio Isaías, y que un Angel no se atrevió a tocar con sus manos. Representaos también la sangre saludable del sagrado cáliz, como si estuviera corriendo de la llaga de aquel puro y divino costado de Jesucristo, y acercándoos con este pensamiento , recibidla con labios puros. Yo os suplico, pues, y conjuro a que lleguéis con temblor y respecto, con los ojos bajos, el alma levantada al cielo, llorando en silencio y con alegría en lo íntimo del corazón, semejantes a aquellos que estando en presencia del Rey de la tierra, sujetos a la corrupción y al tiempo, están como si no tuvieran voz ni movimiento con el exceso de respeto que los tiene sobrecogidos. (S. Juan Crisóst., Serm. de Peniten., sent. 218, Tric. ibid., p. 343 y 344.)"

"El que come y bebe indignamente este pan y este vino, será reo del cuerpo y sangre del Señor: es decir, que los que participan indignamente de los sagrados misterios, serán castigados como los que crucificaron a Jesucristo. Los judíos le rasgaron su santísima carne clavándole en la cruz; mas vosotros, viviendo en pecado, le mancháis con una lengua y un alma impura: por este motivo, como dice el Apóstol: Caen muchos de vosotros en diversas enfermedades, y mueren muchos. (S. Juan Crisóst., Serm. 6 de Martyrib., n. 3, sent. 234, Tric. T. 6, p. 349.)"

"¿No es la comunión de la sangre de Jesucristo el cáliz de bendición que bendecimos? Estas palabras del Apóstol deben imprimir en nosotros tanto terror como fe, pues no enseñan que lo que está en el cáliz es la misma sangre que salió del costado de Jesucristo de la cruz, y nosotros participamos de ella. Llama el Apóstol *cáliz de bendición*, porque teniéndole en las manos, elevadas con la admiración, le honremos con himnos y cánticos, pasmados, y extáticos de recibir tan gran-

de don. Le damos infinitas gracias, no sólo porque derramó por nosotros su divina sangre en la pasión, sino también porque se dignó de darla en este santo Sacramento. (San Juan Crisóst., Homl. 24, sent. 306, Tric. T. 6, p. 364.)"

"Debe notarse, que cuando el Apóstol habla de los judíos, no dice que participan de Dios, sino del altar, porque lo que antiguamente se ofrecía en el altar, debía consumirse con el fuego. No sucede esto con el cuerpo de Jesucristo. Y ¿en qué consiste esta diferencia? En que hay comunicación de este cuerpo santísimo con los hombres fieles, y así no participamos sólo del altar, sino del mismo cuerpo de Jesucristo. (S. Juan Crisóstomo, ibid., sent. 307, Tric. ibid., ibid.)"

"Si es verdad, que no hay hombre tan atrevido que se atreve a tocar la púrpura de un rey, ¿cómo hemos de ser nosotros tan temerarios que recibamos con indignidad el cuerpo del mismo Dios, que es infinitamente superior a los mayores reyes de la tierra, y a todas las cosas creadas, este cuerpo que es tan puro, y en el que no puede haber mancha: que está unido y habita la divinidad, por la cual recibimos el ser y la vida, y a Jesucristo que rompió las puertas del infierno, y nos abrió las bóvedas del cielo? No seamos por nuestra imprudencia, homicidas de nosotros mismos: acerquémonos a aquel divino cuerpo con mucho temor y pureza; consideradle cuando os lo presentan y decid: ¿Es este el cuerpo que hace que yo sea más que tierra y ceniza y que ya no esté cautivo, sino libre? ¿Es este cuerpo el que me da la esperanza de entrar algún día en el cielo y gozar de todos los bienes que hay en él, de conseguir una vida eterna, de verme sublimado al estado de los ángeles, y de ser admitido a la compañía de Jesucristo? (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 308, Tric. ibid., ibid.)"

"Si salimos de este mundo con la digna participación de este Sacramento, entraremos con grande confianza en el santuario del cielo, como que vamos revestido de armas de oro que nos hacen invulnerables a nuestros enemigos. Mas, ¿para qué hablo de las cosas que están por venir, cuando en esta vida nos hace este misterio un cielo de la tierra? Abrid las puertas del cielo, o por mejor decir, el cielo de los cielos, y veréis aquí abajo lo más precioso y venerable que se adora allá en la gloria; porque así como en los palacios de los reyes de la tierra no son las paredes ni los artesonados de oro lo más magnífico, sino la persona del rey sentado sobre su trono, así lo mejor del cielo se os permite ver en la tierra, porque yo os estoy mostrando, no a los Angeles, ni a los Arcángeles, ni a los cielos de los cielos, sino al

mismo Señor y rey de los Angeles. Arcángeles y cielos. Considerad que véis sobre la tierra lo más excelente y adorable que hay en el cielo, y que no solamente le véis, sino que le tocáis, le coméis y le lleváis a vuestra casa. (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 309, Tric. ibid., p. 366.)"

"¿Cuánto más digno de castigo os parece que será el que hubiese pisado al Hijo de Dios, que hubiese tenido por cosa inútil y profana la sangre de la alianza, y hubiese ultrajado el Espíritu de la gracia? ¿Qué querrá, decía el Apóstol, con estas palabras? ¿Y cómo puede ser pisado el Hijo de Dios? Cuando el que ha participado de estos santos misterios, comete un pecado, entonces es verdad, que trató a Jesucristo con desprecio y con ultraje, porque así como damos a entender que no estimamos en nada las cosas que pisamos, así es preciso que los que pecan, en nada estimen a Jesucristo, recibido en la comunión. Vosotros fuisteis hecho cuerpo de Jesucristo y después os ponéis en estado de que el demonio os pise (s. Juan Crisóst. Homl. 20, ad. Hebr., sent. 383, Tric. T. 6, p. 383.)"

"El que come, dice Jesucristo, tendrá la vida en mi. Nosotros realmente le comemos, pero no por esto debe decirse que consumimos la divinidad: ¡vaya lejos de nosotros semejante impiedad! Comemos la carne del Verbo que se ha hecho vivifica, porque es propia de aquel que vive por el Padre... Como cuerpo, pues, de este mismo Verbo, que se le apropió con una verdadera unión, la cual excede la inteligencia y todo cuanto se pudiera decir, da la vida. De este modo nosotros que participamos de su sagrado cuerpo y de su divina sangre, somos enteramente vivificados, pues el Verbo permanece en nosotros, no solamente de un modo divino por el Espíritu Santo, sino también de un modo humano por medio de su santa carne y de su sangre preciosa. (S. Cirilo Alejand., Comment, in Joan., lib. 4, adv. Nest., p. 110, T. 6, sent. 8, Tric. T. 8, p. 99.)"

"Así como aquel que junta una masa de cera con otra, ya no ve sino sola una, así me parece que el que recibe el cuerpo de nuestro Salvador y bebe su preciosa sangre, se hace uno con El, como el mismo Señor lo dijo; porque en cierto modo queda mezclado en El y con El por esta participación; de suerte que Jesucristo se halla en él, y él en Jesucristo. (S. Cirilo Alejand., ibid., p. 364 y 365, sent. 10, Tric. T. 8, p. 99.)"

"Pruébese el hombre a sí mismo. Sed vuestros propios jueces;

examinad cuidadosamente cuál es vuestra vida: escudriñad vuestra conciencia, y después id a recibir aquel precioso don, esto es, el cuerpo del Salvador: porque el que le come y bebe indignamente, bebe y come su juicio. No solamente no conseguiréis la salud, sino que castigará Dios vuestra insolencia y la injuria que había hecho a Jesucristo. (Teodoreto, Ep. 1, Cor. c. 11, sent. 9, Tric. T. 8, p. 263.)"

"La participación del cuerpo y sangre de Jesucristo, nos transforma en lo mismo que recibimos: si estamos muertos y sepultados en Jesucristo, también resucitaremos con El. Es necesario, que siempre le llevemos en nuestro cuerpo y en nuestra alma; porque dice el Apóstol: Vosotros estáis muertos, y vuestra vida está escondida en Dios con Jesucristo. Cuando venga Jesucristo que es vuestra vida, también vosotros apareceréis con El en la gloria. (S. León, Papa, Serm. 63, sent. 51, Tric. T. 8, p. 394.)"

"Lleguemos al sacramento de la Eucaristía con un ardiente deseo: recibamos en ella el divino fuego que ha de consumir nuestros pecados, iluminar nuestros entendimientos, inflamar nuestros corazones y hacernos como otros tantos Dioses. (S. Juan Damas. de tide orthodox., lib. 4, sent. 2, Tric. T. 9, p. 201 y 202.)"

"El pan y el vino después de la consagración no son la figura del cuerpo y sangre de Jesucristo, ni Dios permite que se diga, pues son el mismo cuerpo de Jesucristo unido a la Divinidad. A la verdad, no dijo el Señor, esto es la figura de mi cuerpo, sino este es mi cuerpo, etc. (S. Juan Damas., ibid., sent. 3, Tric. ibid., p. 292.)"

F

Fe.– La fe es el principio de la verdadera vida. Ambas virtudes juntas proceden de Dios, las demás conducen para la perfección. (S. Ignacio, carta a los de Efeso, n. 14, sent. 1, Tric. T. 1, p. 31.)"

"Nosotros no probamos la verdad de la fe por el mérito de los que la profesan; antes bien, probamos el mérito de las personas por la fe que siguen: así ningunos son más sabios, fieles y grandes como los cristianos, mas sólo son verdaderos fieles los que perseveran hasta el fin. (Tertuliano, lib. de las prescrip. cont. Hereg., c. 3, sent. 23, Tric. T. 1, p. 202.)"

"Aquella mujer de quien nos dice el Evangelio que tocó la extremidad de la ropa de Jesucristo, no había puesto su esperanza simplemente en aquella ropa, sino en el invisible poder del que estaba revestido con ella. Es preciso juzgar del mismo modo de los que se acercan al santo altar, le abrazan y saludan con un profundo respeto; pues no esperan en las piedras ni en los leños, sino solamente en la gracia que estas mismas piedras y leños les representan. (S. Anastasio, adv. eos, qui human. in Christ., sent. 9, Tric. T. 2, p. 172.)"

"La fe tiene por objeto verdades simples y puras, y Dios no nos llama a la vida bienaventurada con cuestiones difíciles, ni se sirve de artificios de elocuencia para atraernos, sino que ha reducido el camino de la eternidad a unos conocimientos breves, claros y fáciles de concebir. (S. Hilario, lib. 10, sent. 5, Tric. T. 2, p. 247 y 259.)"

"San Pablo dice que es pecado lo que no viene de la fe: así podemos nosotros afirmar, que las palabras obras y pensamientos, que no miran a Jesucristo, se deben contar con lo que es contrario a Jesucristo. ¿Qué deberá hacer, pues, el que tiene el gran nombre de Cristo, sino explicar, lo que ha pensado, lo que ha dicho y lo que ha hecho, y juzgar si todas estas cosas han mirado a Cristo, o son ajenas al Señor? (S. Gregorio de Nisa, de perfect. Christ., sent. 13, adic., Tric. T. 4, p. 362.)"

"El que desea las honras humanas en lugar de las del cielo, no es fiel, porque como dice el Señor: ¿Cómo podéis creer los que pretendéis la humana gloria unos de otros, y no buscáis la honra que sólo Dios puede dar? (S. Gregorio, ibid., sent. 15, adic., Tric. T. 4, p. 363.)"

"Yo soy el Alfa y Homega, el principio y el fin: en estas palabras se nos advierte que nuestra alma debe estar siempre unida a Jesucristo, y que todo debe empezar por El y acabar en El; porque así como nuestra salud eterna empieza creyendo en El, e imitándole, así es necesario perseverar hasta el fin de esta imitación y en esta fe. (S. Ambrosio, de Abrah., lib. 2, c. 5, sent. 14, Tric. T. 4, p. 315 y 316.)"

"¡Oh hombre! Es una cosa muy superior a tu capacidad conocer la profundidad de la sabiduría divina: para ti debe ser suficiente el creer. (S. Ambrosio, in Psalm. 1, sent. 36, Tric. T. 4, p. 320.)"

"Creyó Abraham a Dios, y esto se le contó por justicia, porque no buscó la razón, sino que creyó con la fe más obediente: lo que importa es que la fe preceda a la razón, no parezca que para creer a Dios le pedimos la razón como si fuera algún hombre; porque sería indignidad dar fe al testimonio de un hombre en lo que nos dice de otro, y no creer a los oráculos de un Dios, cuando habla de sí mismo (S. Ambrosio, de Abrah., c. 15, sent. 7, adic., Tric. T. 4, p. 395.)"

"No solamente debemos considerar como martirio la sangre que se derrama por la confesión de la fe: también deberán contarse por un martirio continuado los incesantes servicios que hace a Dios el alma pura sacrificada al Señor. (S. Jerón., Ep. ad. Eutoch., c. 108, sent. 25, Tric. T. 5, p. 243.)"

"Con dificultad se sujetan a la fe los grandes, los nobles, los niños y aún con mayor dificultad los sabios y los oradores. (S. Jerón., in Joan., c. 3, sent. 87, Tric. T. 5, p. 254.)"

"Abraham creyó y esperó contra toda esperanza: esto es, contra toda esperanza humana, puso en Dios su esperanza, y esta todo lo puede y todo lo vence. (S. Juan Crisóst., lib. 4, in eos qui scandl., susnt., sent. 235, Tric. T. 6, p. 348.)"

"No demos fe a los presagios vanos, porque todos son falsedad. Y si sucede ¿me diréis lo que dicen? Sucederá, sin duda, para castigo de vuestra credulidad. Os habéis dejado prender en las redes del espíritu maligno, pero el Señor es dueño de vuestra vida y el árbitro de vuestra suerte. (S. Juan Cris´st., Homl. 8, c. 3, ad Timoth., sent. 374, Tric. T. 6, p. 381.)"

"Si deseamos tener bien radicada la fe, es necesario que sea puro nuestro modo de vivir: este mantiene el espíritu que da toda la fuerza a la fe. A la verdad, es imposible que no vaciles en la fe si tu vida es impura. No hay duda que los que hablan de la fatalidad, burlándose, y no creen a las saludables palabras acerca de la resurrección, se precipitan en este abismo de incredulidad por su mala conducta y depravadas costumbres. (S. Juan Crisóst., in terremot. Serm. 6, sent. 16, adic., Tric. T. 6, p. 456.)"

"La intención es la que hace buenas las obras, y la fe es la que dirige y arregla la intención. (S. Agustín, Salm 7, sent. 20, Tric. T. 7, p. 456.)"

"Caminando por la fe, poniendo en Dios vuestra alegría, practicando las buenas obras, y procurando purificaros continuamente de las faltas leves con el ayuno, oración y limosnas, y diciendo todos los días con sinceridad de corazón: perdónanos nuestras deudas, caminad con seguridad, por el camino recto, avanzad con alegría y no temáis la venida de vuestro Juez. (S. Agustín, Salín, 66, sent. 105, Tric. T. 7, p. 464.)"

"El objeto de la fe cristiana, es la resurrección de Jesucristo. (S. Agust., Psalm. 116, sent. 158, Tric. T. 7, p. 408.)"

"Cuando admitimos la fe, no por esto excluimos del todo la razón; por el contrario, procuramos con ella adquirir algún conocimiento, aunque oscuro, de los misterios; pero con justo motivo preferimos la fe a la razón, porque la fe es la que precede, y la razón no hace más que seguirla, según este lugar de la Escritura: Si no creéis, no conoceréis. A la verdad, si no sentáis los fundamentos de la fe excluyendo toda duda, jamás podéis levantar el edificio fundado sobre el conocimiento de Jesucristo, y por consiguiente, ni llegar a ser hombre espiritual. (S. Cirilo Alejandrino, Comment. in Joan, cap. 20, sent. 2. Tric. T. 8, p. 79.)"

"Un Dios, una fe, un bautismo. Un Dios y padre de todos, el cual es sobre todos, cuya providencia a todos se extiende y está en todos nosotros. Permaneced inseparables, de esta unidad, amados míos: seguid en ella toda santidad, obedeced en ella a los preceptos del Señor, pues sin fe es imposible agradar a Dios. Sin la fe nada es santo, casto ni vivo, porque el justo vive de la fe. El que la perdiere, engañado del demonio, aun viviendo, ya está muerto. (S. León Papa. Serm. 24, cap. 6, sent. 17, Tric. T. 8, p. 384.)"

"Hermanos, la paz de nuestro corazón está expuesta a grandes

peligros: no debemos tenernos por seguros con la libertad de la fe: nadie se glorie de esta libertad, si es esclavo de los vicios: el corazón del hombre se conoce en la calidad de sus obras: las acciones son caracteres en que se leen las disposiciones del alma. Hay algunos, dice el Apóstol, que hacen profesión de conocer a Dios, y le niegan con los hechos. Sin duda se niega a Dios cuando no está en la conciencia el bien que suena en las palabras. (S. León, Papa. Serm. 36, c. 4, sent. 27, Tric. T. 8, p. 387 y 388.)"

"Amados míos, la virtud y sabiduría de la fe cristiana, son el amor de Dios y el del prójimo: a ninguna obligación de piedad falta el que procura dar culto a Dios y ayudar a su hermano. (S. León, Papa, Serm. 45, sent. 40, Tric. T. 8, p. 392.)"

"El bienaventurado Apóstol San Pedro, cuya fe era muy fervorosa, y se sentía con valor para acompañar a su Maestro en los trabajos y el suplicio hasta morir con El, se ablandó, y aun se asustó con la voz de una criada que le acusó de que era discípulo de Jesucristo, y negó a su Maestro por flaqueza. Permitió Dios esta caída, como es muy verosímil, con el fin de que la cabeza de la Iglesia fuese un modelo de penitencia, y para que ninguno en adelante, confiase en su propia virtud, al ver que tan grande Apóstol manifestó poca constancia. (S. León, Papa, Serm. 58, sent. 48, Tric. T. 8, p. 391.)"

"No se ha de profundizar mucho con el humano discurso en las cosas dignas de admiración que la fe nos obliga a creer; pues si nuestra razón pudiera comprenderlas, ya no serían dignas de admiración. Mas cuando sucede que nuestro espíritu fluctúa por alguna duda que nos trae la tentación en punto de la creencia que debemos tener; tal vez es necesario para confirmarse, traer a la memoria las cosas que el uso y la experiencia le han dado a conocer, aunque no las pudiera descubrir por la razón: para que se confirme con el ejemplo de un efecto semejante a aquella fe que empezó a balancear de algún modo por la grande confianza que habíamos puesto en nuestro espíritu y razón. (San Gregorio el Grande, lib. 5, c. 14, p. 180, sent. 20, Tric. T. 9, p. 236.)"

"Se arrojan los malos pensamientos y vienen los buenos, imitando la conducta del Centurión para con los soldados y sus siervos. Decía al uno que se ausentase, y se ausentaba: al otro, que viniese y venía. Otro modo de arrojarlos es manifestarlos en la confesión. (San Anselmo, Novo Supplem., Tract. Ascet., sent. 55, Tric., T. 9, p. 357 y 358.)"

"Así como se dice: Si no creyéreis no entenderéis, así también se puede decir justamente: si no deseáis, no amaréis justamente. El entendimiento pues, es el fruto de la fe, y la perfecta caridad lo es del deseo. Entre tanto, el justo vive de fe, y el bienaventurado del entendimiento. Entre tanto, el justo desea ir a Dios, con el ciervo a las fuentes de las aguas: pero el bienaventurado ya está bebiendo con gozo de las fuentes del Salvador, es decir, se está deleitando en la plenitud de la caridad. (S. Bern., Ep. 18, ad Petrum Cardin., sent. 9, adic., Tric. T. 10, p. 348.)"

G

Gracia.– "El cristiano no es obra de la humana persuasión, sino de la grandeza de la gracia. (S. Ignacio, en la Epist. a los Rom., sent. 3, adic., Tric. T. 1, p. 339.)"

"Las gracias celestiales no se parecen a los beneficios de los hombres, pues estas no tienen límites ni términos, y cuando no las detiene obstáculo alguno, corren sus aguas con inundación por todas partes: sólo requieren que nuestro corazón esté sediento y se abra para recibirlas, entonces lloverán a proporción de nuestra fe. (S. Cipriano, Carta 1.ª a Donato, sent. 1, Tric. T. 1, p. 295.)"

"Como una mujer conoce que está en cinta cuando advierte que se mueve el niño, del mismo modo un cristiano verdadero siente que ha recibido el Espíritu Santo en el Bautismo, por los movimientos secretos de su corazón, y por la impresión de una alegría interior que experimenta principalmente en los días festivos, en el tiempo de las solemnidades y en la recepción del sagrado cuerpo y sangre de Jesucristo. (S. Atanasio, ad antioch. Principent., sent. 10, Tric. T. 2, p. 173.)"

"El Espíritu Santo sopla en donde le place, cuando quiere y cuanto quiere. (S. Gregorio Nacian., Orat, 44, sent. 53, Tric. T. 3, p. 361.)"

"Para inclinarse al mal, no necesita el hombre de asistencia alguna: porque el pecado por si mismo, impele nuestra voluntad: mas para volverse a Dios, tiene la voluntad necesidad de los divinos auxilios. (S. Greg. de Nisa, Orat. 4, sent. 10, Tric. T. 4, p. 114.)"

"La razón puede moderar la concupiscencia, mas no quitarla del todo, no es el espíritu dueño de las pasiones, sino gobernador que tiene el freno, y es moralmente imposible que un hombre inclinado naturalmente a la ira no sienta movimientos de este vicio; mas ´puede moderarlos y reprimirlos según lo que dice el Profeta: "Irascimini, et nolite peccare". Permite lo que es propio en la naturaleza, y prohíbe

lo que ya es pecado. (S. Ambrosio de Jacob., et vit., beata, lib. 1, sent. 19, Tric. T. 4, p. 316.)"

Para que los Santos no atribuyesen a sí mismos y a su propia virtud el bien que había hecho en ellos la divina gracia, ha permitido Dios algunas veces que caigan en alguna falta, para que reconozcan por su propia experiencia, que necesitan de la asistencia divina, y se vean precisados a pedir que los gobierne para llegar a la salvación. Por otra parte vemos que un San Pablo se gloria en sus flaquezas, porque sabía que muchos Santos que confiaban en la excelencia de su virtud habían caído sin volver en sí. (S. Ambrosio, Apolog. David, c. 2, sent. 29, Tric. T. 4, p. 319.)"

"Nosotros, Señor, cuanto mayores han sido nuestros pecados, más grandes bienes espirituales hemos recibido; porque vuestra gracia nos ha hecho más felices que nuestra inocencia. (S. Ambrosio, in Psalm., 37, sent. 49, Tric. T. 3, p. 323.)"

"Señor, vivificadme según vuestra misericordia. Necesitamos de una continua misericordia de Dios, para que nuestra alma, mientras permanece en este cuerpo mortal, reciba continua vida, y para que el justo pueda todos los días vivir para Dios y morir, por consiguiente, al pecado. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 63, Tric. T. 4, p. 325.)"

"El santo rey David nos hizo ver en su persona que ninguno debe confiar en su propia virtud: porque todos tenemos a la frente un enemigo muy poderoso, al que no podemos resistir, si no nos sostiene la gracia de Dios. (S. Ambrosio, lib. 3, in c. 5, sent. 78, Tric. T. 4, p. 329.)"

"No hay bueno sino lo que es verdaderamente honesto: y solamente se halla la felicidad en el que está exento de pecado, lleno de inocencia y sujeto en todo a la gracia y amistad de Dios. (S. Ambrosio, lib. 2, c. 3, sent. 130, Tric. T. 4, p. 340.)"

"Somos incapaces de caminar por nosotros mismos por la recta senda de la vida, de recibir la palabra de Dios, y abrirnos la entrada al reino de los cielos, el que desde el tiempo de Juan Bautista se gana con violencia: si antes del último de nuestros días no nos descargamos de todas las cosas que ocupan nuestra afición y cuidado, o si estas nos detienen en el camino de este mundo, y después no combatimos esfuerzos de nuestras buenas obras y santos deseos de llegar a Jesucristo y estar tan estrechamente unidos a su amor, que jamás nos separemos, así como Jacob abrazaba al Angel, hasta que como por fuerza le hayamos arrancado la divina bendición. (S. Paulino, Ep. 24, ad Sever., sent. 2, Tric. T. 5, p. 329.)"

"Convertir al hombre es obra de Dios, porque El sólo puede restablecer lo que hizo. (S. Paulino, Ep. 38, ad Apr., sent. 18, Tric. T. 5, p. 332.)"

"Cuando el Espíritu Santo bajó sobre los Apóstoles, se oyó un ruido de un viento violentísimo y apareció en lenguas de fuego: si ahora no vemos las mismas señales, recibimos, no obstante, las mismas gracias, figuradas en estas señales. (S. Juan Crisóst., Homl. 11, c. 3, sent. 40, Tric. T. 6, p. 307.)"

"No sólo tenemos necesidad del auxilio de Dios en los peligros que exceden a nuestras fuerzas, sino también en aquellos que nos parecen que no son mayores y que podremos resistir con el valor y constancia que debemos. (S. Juan Crisóst., serm. 62, in Paralyt., sent. 237, Tric. T. 6, p. 348.)"

"Cuando véis alguna acción honesta y útil que excede las leyes y fuerzas de la naturaleza, debéis inferir que ha sido hecho con la virtud y la asistencia de Dios. Ahora, pues, no hay duda que unos simples pescadores, oficiales de tienda de campaña, los publicanos, los ignorantes, los idiotas, fueron los que vencieron a los oradores, a los sabios y filósofos, y aun los vencieron en poquísimo tiempo entre una infinidad de peligros, a pesar de la resistencia de los reyes y pueblos, de la oposición de la naturaleza, de la larga posesión, de la antigüedad, de la fuerza, de la costumbre y la violencia de los demonios, que todo lo movieron por oponerse. (S. Juan Crisóst., Homl. 3, sent. 301, Tric. T. 6, p. 363.)"

"Dios distribuye la recompensa, no a proporción del buen éxito de nuestras empresas buenas, sino según el espíritu y la intención con que obramos en ellas. (San Juan Crisóst., ibid., sent. 302, Tric. ibid., p. 364.)"

"Así como necesitamos continuamente de la respiración, así también tenemos necesidad del auxilio de Dios; pero si queremos, fácilmente le podremos atraer. (San Juan Crisóst., Homl. 2, c. 1, Matth., sent. 3, adic., Tric. T. 6, p. 451.)"

"Aunque tan pobres y necesitados, llegad como el mendigo a la puerta de vuestro Dios; llamad con instancia y no dudéis que os abrirán. (S. Agust., Psalm. 39, sent. 56, Tric. T. 7, p. 459.)"

"Yo os he criado una vez, y ahora os crío de nuevo: yo os he formado y os reformo: yo os he hecho y os vuelvo a hacer: si no fuisteis poderosos para haceros, ¿cómo lo habéis de ser para reformaros? (S. Agustín, Psalm. 45, sent. 62, Tric. T. 7, p. 460.)"

"Cuando erais aún impíos o pecadores os buscó el Señor para redimiros: ¿cómo después de haberos rescatado os había de abandonar para perderos? (S. Agust., Salm. 66, sent. 106, Tric. T. 7, p. 464.)"

"Nunca toméis consejo del hombre sin considerar principalmente al que ilumina al hombre. (S. Agust., Salm. 75, sent. 121, Tric. T. 7, p. 466.)"

"El agua de la gracia entra en el valle de la humildad y no puede detenerse en la altura de la vanagloria. (S. Agust., Salm. 77, sent. 122, Tric. ibid., ibid.)"

"Señor, considerad en mí vuestra obra, y no la mía, porque si miráis a lo que yo he hecho, sin duda me condenaréis, pero mirando vuestra obra me salvaréis. (S. Agust., Salm. 134, sent. 162, Tric. T. 7, p. 469.)"

"¿De qué me sirvo yo sin ti, sino de guía para el precipicio? (S. Agust. Conf., lib. 4, c. 1, sent. 3, adic. Tric. T. 7, p. 480.)"

"Cuando Jesucristo está en nosotros, duerme, digámoslo así, la cruel ley de la carne que está en nuestros miembros, y despierta y se aviva la piedad y amor de Dios; amortigua las pasiones borrando las faltas en que hemos incurrido, y sanándonos como a enfermos. (S. Cirilo Alejand., Comment. in Joan., p. 365, sent. 9, Tric. T. 8, p. 99.)"

"Por más que el alma atienda a dirigir las acciones exteriores, entre los mismos cuidados y medidas que toma para sustentar y refrenar su carne, siempre tiene muy cerca la tentación. ¿Quién habrá que de tal modo se guarde del deleite y del dolor del cuerpo, que no llegue el alma a resentirse de lo que exteriormente lisonjea o atormenta? Así el gozo como la tristeza son inseparables, todo en el hombre se enciende con la ira y se disipa con el contento, y todo lo envenena la melancolía. ¿Quién podrá huir del pecado cuando una misma pasión afecta al alma que ruje y al cuerpo que es gobernado? Con razón, dijo el Señor: El espíritu está pronto, pero la carne está enferma. Mas para que no caigamos por desesperación en la torpe desidia, nos promete Dios lo que es imposible al hombre, atendiendo a la flaqueza propia, será posible con la virtud divina. No hay duda que es angosto y estrecho el camino que guía a la vida, y ninguno daría un paso ni pondría los pies en él, si el mismo Jesucristo, haciéndose camino, no abriese la difícil entrada; de tal suerte, que el Autor del camino es la posibilidad del que le anda; porque el mismo Señor que nos introduce al trabajo, nos lleva al descanso. En Aquel que es nuestra esperanza de la vida eterna, está el modelo de nuestra paciencia: y si padecemos

con El, reinaremos en su compañía: porque como dijo el Apóstol: El que dice que vive en Cristo, debe andar como El anduvo. De lo contrario, sólo tenemos la apariencia de una falsa profesión, siempre que no seguimos los preceptos de aquel Señor de cuyo nombre nos gloríamos. Sus preceptos no serían penosos, antes nos librarían de todos los peligros, si solamente amásemos lo que nos manda amar. (S. León, Papa, Serm. 90, c. 1, p. 351, sent. 69, Tric. T. 8, p. 400.)"

"Es verdad, como se explica la Escritura, que Dios hace que de algún modo escuchen nuestros oídos el soplo de su ruido sordo, cuando secretamente se introduce en los oídos de nuestra inteligencia por infinitos modos. Porque algunas veces toca nuestros corazones con un sentimiento de amor, y otras con un movimiento de temor: algunas veces representándonos la nada de los bienes presentes, eleva nuestros deseos al amor de los eternos, y otras dándonos a sentir con anticipación el gusto de los bienes eternos, nos inspira el desprecio de todo lo temporal. Algunas veces también nos descubre nuestras mismas miserias y nos excita a compadecernos de las ajenas. (S. Greg. el Grande. –lib. 5, c. 29, p. 161–, sent. 10, Tric. T. 9, p. 233.)"

"Es preciso notar con todo cuidado estas palabras de la Escritura: Vos visitáis al hombre desde la mañana, e inmediatamente le probáis. Porque así como Dios perfecciona nuestro corazón cuando se acerca a El, así también cuando se aleja le deja expuesto a las tentaciones. A la verdad, si después de haber recibido de Dios muchas gracias y virtudes no se padeciera tentación alguna, habría riesgo de gloriarse de estos favores, como si por sí mismo los hubiera merecido; para que cuando Dios nos da estos divinos dones, reconozcamos nuestra misera y nuestro poco poder. Inmediatamente que la gracia nos ha elevado a las cosas celestiales visitándonos, se retira, al parecer, para que con una favorable experiencia conozcamos lo que somos por nosotros mismos. (S. Greg. el Grande, –lib. 8, c. 19, p. 265–, sent. 36, Tric. T. 9, p. 242.)"

"Implorad en todas vuestras acciones el auxilio de Dios; atribuidlo todo a la gracia y a la liberalidad de Dios, y nada a vuestros propios méritos; evitad la presunción y no contéis con vuestra frágil virtud. (S. Anselmo, Exhort. ad contemptum temporahum, sent. 25, Tric. T. 9, p. 345.)"

"No hay cosa tan dura que no ceda a otra que todavía sea más fuerte. (S. Bernardo, 4, de Com., sent. 4, Tric. T. 10, p. 322.)"

"El que corre sin la luz de la discreción, tropieza. (S. Bern., Serm. de Circumc., sent. 58, Tric. T. 10, p. 325.)"

"La privación de la gracia es argumento de la soberbia. (S. Bern., Serm. 54, in Cant., sent. 66, Tric. T. 10, p. 326.)"

"Siempre es agradable al hombre la luz; pero más al que sale de las tinieblas. (S. Bern., Serm. 68, in Cant., sent. 70, Tric. T. 10, p. 326.)"

"El día aclara lo que la noche oculta. (S. Bern., Serm. 75, in Cant., sent. 72, Tric. T. 10, p. 326.)"

"Con mucho descanso nada aquél a quien le sostienen la cabeza. (Serm. 42, in Cant., n. 8, sent. 89, Tric. T. 10, p. 327.)"

"¡Oh Señor, que iluminas mi lámpara con la que veo, y me horrorizan mis tinieblas! Dios mío, ilumina a mis propias tinieblas, para que vea y me alegre de que la caridad esté en mi ordenada, sabiendo y amando lo que merece mi amor; y cuánto, y para qué se ha de amar, no queriendo que me amen, sino en ti, y en cuanto debo ser amado. (S. Bern., –Ep. 85, ad Will. Abbat. S. Theodor.–, sent. 16, Tric. T. 10, p. 350.)"

H

Herejes.– "Los herejes se abstienen de la Eucaristía y de la oración por no confesar que la Eucaristía es la carne del Salvador, nuestro Señor Jesucristo, que padeció por nuestros pecados, la que el Padre suscitó con su benignidad. (S. Ignacio, cart. ad Smyrn., sent. 8, Tric. t. 1, p. 341.)"

"Solemos prescribir contra los herejes, para decirlo en pocas palabras, porque son posteriores a nosotros; pues cuanto la regla de la verdad es anterior, y ya pronunció que había de haber herejías, tanto todas las doctrinas posteriores, sean las que fueren, serán juzgadas por herejías, por ser de las que estaba anunciado en la regla más antigua de la verdad, que habían de venir. (Tertuliano, lib. advers., Hermógenem, sent. 22, adic. Tric. T. 1, p. 366.)"

"La herejía es asunto de la humana temeridad, y no puesto de la divina autoridad: cuando viene, siempre quiere enmendar los evangelios. (Tertuliano, lib. 4, cont. Marc., c. 4, sent. 29, adic. Tric. T. 1, p. 368.)"

"Las herejías o cismas no nacen de otro principio que el no obedecer a los príncipes de la Iglesia, y reconocer que son los supremos jueces de la tierra, y Vicarios de Jesucristo. Si todos los obedecieran, como el Señor lo tiene mandado, nadie se opondría a las resoluciones del congreso de los Obispos, y después del juicio del mismo Dios, y los votos del pueblo fiel, no tendría valor para constituirse juez, no tanto de un Obispo, como de Dios, a no ser que le arrebaten tan temerarios y sacrílegos pensamientos, que entienda que los Obispos no se hacen por orden de Dios. (S. Cipriano, carta 55 a Cornelio, sent. 5, Tric. T. 1, p. 296.)"

"¿Qué es lo que se debe pensar de todo lo que no viene de la tradición de nuestros padres, sino que ha sido inventado de poco acá?

Lo que dice el Apóstol en estas palabras: En los últimos tiempos vendrán unas gentes, que alejándose de la verdadera fe, se llegarán a los espíritus del error. (S. Atanasio, sent. 15, Tric. T. 2, p. 175.)"

"No quiero que ninguno, –sea el que fuere– sufra con paciencia y sin defenderse, que le sospechen de herejía, porque no suceda que el disimulo y silencio pasen por consentimiento en el espíritu de los que no conocen su inocencia. (S. Jerón., ad Pammach., sent. 17, Tric. T. 5, p. 247.)"

"Yo no miro con adversión al hereje, sino a la herejía: al error es al que aborrezco y no al hombre que yerra, supuesto que procuro sacarle de su error. No declaro yo la guerra a la criatura, que es obra de Dios, sino que trabajo por sanar un alma que el demonio ha corrompido. (S. Juan Crisóst., Homl. 78, de 5 Phoc., sent. 35, Tric. T. 6, p. 306 y 307.)"

"¡Oh locura de los herejes! ¿Creéis conmigo lo que no véis y negáis lo mismo que véis? Creéis como yo en Jesucristo, elevado sobre los cielos, siendo una cosa que no vemos, y negáis que sea glorificado en su Iglesia por todo el mundo, siendo una cosa que todos vemos. (S. Agust., Salm. 54, sent. 80, Tric. T. 7, p. 462.)"

"Nos debemos abstener de los manjares, pero mucho más debemos ayunar de los errores: el espíritu que no se entrega a las sensualidades de la carne, no debe ser cautivo de la mentira. así como en los tiempos anteriores, tampoco en nuestros días faltan enemigos de la verdad que se atreven a mover guerras civiles entre los hijos de la Iglesia Católica, y que induciendo a los ignorantes a consentir en sus impíos dogmas, se glorían de aumentar sus compañeros con los miembros que separaron del cuerpo de Jesucristo. (Serm. 51, c. 2, sent. 73, Tric. T. 8, p. 401 y 402.)"

"Con palabras de padre y con solicitud de hermano, os amonesto que no tengáis sociedad en cuanto a su confesión con los enemigos de la fe católica, contrarios de la Iglesia, con los que niegan la Encarnación del Señor y repugnan al símbolo instituido por los santos Apóstoles. (S. León, Papa, Serm. 96, cont. Eutich., sent. 78, Tric. T. 8, p. 403.)"

"A los herejes no se les cojerá con las armas, sino con los argumentos. (S. Bern., Serm. 64, in Cant., sent. 69, Tric. T. 10, p. 326.)"

Humildad.– "Uno de los sentimientos de la humildad es no observar los defectos de los otros, no juzgarlos, pensar sólo en las faltas que cometemos y tenernos por dignos de las eternas penas. (S. Atanasio, Quaest. 90, sent. 13, Tric. T. 2, p. 174.)"

"La humildad debe de ir acompañada con la constancia y fortaleza, y en la misma condescendencia que debemos observar con los hombres, es necesario conservar una santa libertad de hijos de Dios, que no permita asustarnos con las amenazas de los grandes de la tierra, ni ceder a la voluntad de los malos, ni condescender por cobardía a las cosas injustas que tal vez nos pueden pedir los príncipes, no lisonjeando los vicios de los otros, por una flaqueza que llegue a herir nuestra conciencia. (S. Hilario, in Psalm. 14, sent. 25, Tric. T. 2, p. 263 y 264.)"

"La gloria de los cristianos es la humildad del corazón, la pobreza espiritual, la obediencia, la penitencia, la penitencia acompañada con lágrimas, la mansedumbre y la paz. (S. Afren., de Amor Paup., sent. 6, Tric. T. 3, p. 78.)"

"Cuando sentís que las presentes gracias que Dios os hace os causan algún movimiento de soberbia, traed a la memoria vuestros pecados, y se os pasará esta hinchazón del corazón. (S. Basilio, Homl. de humil., sent. 20, Tric. T. 3, p. 194.)"

"El consejo que se recibe de un amigo es una cosa sagrada, es una señal de unión de voluntades, es fruto de la amistad y señal de humildad; como al contrario, es un orgullo insoportable prevenir que no se necesita consejo, o imaginarse que está en nuestra cabeza la resolución de todas las cosas que debemos hacer. (S. Basilio, Isai. Prof., c. 2, sent. 31, Tric. T. 3, p. 196.)"

"Cuando Dios hubo criado todas las especies de bestias, todavía no descansó; su descanso se verificó cuando había hecho al hombre a su imagen y semejanza; mas oye en donde dice en otra parte que gusta de descansar: en aquel, dice que es humilde y pacífico, y que atiende con temor y respeto a sus palabras. Sed, pues, humildes y pacíficos para que Dios descanse en vuestro corazón. (S. Ambrosio, lib. 6, c. 8, n. 48, sent. 6, Tric. T. 4, p. 313 y 314.)"

"Considerad bien el consejo de Dios. No quiso escoger para la publicación del Evangelio a los sabios, a los ricos, ni a los nobles, sino a los simples pescadores y publicanos, para que no se creyese que los fieles habían sido persuadidos con la ciencia, ganados con las riquezas, o atraídos del poder y autoridad: y para manifestar a toda la tierra, que tan grandes progresos no se debían a los razonamientos de la elocuencia, sino a la fuerza de la verdad. (S. Ambrosio, lib. 5, c. 6, sent. 84, Tric. T. 4, p. 330.)"

"Los pecadores humildes entran con más facilidad por la estrecha

puerta que lleva a la vida –la que tantos buscan y pocos hallan–, que los justos que son soberbios. (S. Paulino, Ep. 29, ad Sever., sent. 9, Tric. T. 5, p. 331.)"

"Todas las oraciones, ayunos, obras de misericordia, la castidad, y por último, las virtudes todas, perecerán algún día y se destruirán si no van fundadas sobre la humildad; porque así como la soberbia es la fuente de todos los vicios, la humildad es el manantial de todas las virtudes. (S. Juan Crisóst., Homil. 15, sent. 43, Tric. T. 6, p. 308.)"

"Hace Jesucristo de las Bienaventuranzas, como una cadena divina, y la primera, es como un escalón para subir a la segunda; porque la humildad del corazón va sin repugnancia a llorar sus pecados. El que llora sus pecados, será como por un efecto necesario, benigno, justo y misericordioso. El que esté lleno de benignidad, justicia y misericordia, tendrá puro el corazón. El que tenga puro el corazón, será sin duda pacífico; y el que posea todas estas virtudes, no temerá los peligros, ni se turbará con cuantas calamidades carguen sobre él. (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 44, Tric. ibid., ibid.)"

"No hay absolutamente virtud, si la humildad no la acompaña. El que hubiere sentado este fundamento, podrá levantar a la altura que quiera el edificio de la piedad. (S. Juan Crisóst., Homl. 35, in Genes., sent. 103, Tric. T. 6, p. 318.)"

"¿En quién pondré yo mis ojos, sino en aquel que es humilde? En toda la Escritura se ve, que la humildad sirve de alas a la oración: porque Dios está muy cerca de los corazones contritos y humillados. (S. Juan Crisóstomo, in Psalm. 9, sent. 126, Tric. T. 6, p. 323.)"

"El fundamento de la filosofía cristiana, es la humildad. Levantad cuanto queráis un edificio espiritual, todo compuesto de limosnas, oraciones, ayunos y de todas las demás virtudes, si no habéis primero sentado el fundamento de la humildad, todo será inútil, y el edificio edificado sobre arena movediza, presto se arruinará. No hay obra buena que no necesite el apoyo de esta virtud: ninguna sin ella puede subsistir. Alabadme cuanto queráis la continencia, la virginidad, el desprecio de las riquezas y las demás virtudes: sin la humildad todo esto es impuro, profano y abominable en la presencia de Dios. (S. Juan Crisóst., sent. 211, Tric. T. 6, p. 342.)"

"Dios no ama tanto a los hombres porque guardan la castidad, practican el ayuno, desprecian las riquezas y gustan de hacer limosna, como por la mansedumbre, humildad y arreglo de costumbres. (S. Juan Crisóst., sent. 219, Tric. T. 6, p. 344.)"

"Si nos faltara la humildad, aun cuando practicáramos todas las virtudes, seríamos semejantes al que hubiera edificado una casa sobre arena movediza. Cuando yo digo humildad, no hablo de la que sólo consiste en las palabras y la lengua, sino de la que está en el espíritu, en el corazón, en la conciencia, cuya sinceridad sólo Dios puede conocer. (S. Juan Crisóst., sent. 221, Tric. T. 6, p. 344.)"

"Un hombre afable, no solamente es manso y humilde para sí mismo, sino también agradable y útil para los otros; pero el hombre colérico, es malo para sí y pernicioso para los demás: porque no hay cosa más desagradable, penosa y molesta para todo el mundo, que una persona fácil a la ira; por el contrario, nada agrada tanto como un hombre que jamás se enoja. (San Juan Crisóst., Homl. 6, c. 2, sent. 264, Tric. T. 6, p. 355.)"

"No hay cosa que pueda compararse con la virtud de la humildad, ésta es la madre, la raíz, el ama que da el pecho, el apoyo y lazo de todos los bienes. Sin ella no seríamos más que unos hombres impuros, abominables y malvados. (S. Juan Crisóst., Homl. 30, c. 14, sent. 274, Tric. T. 6, p. 357.)"

"Dice S. Pablo, que debemos portarnos con toda humildad; fue decirnos, que no nos hemos de contentar con manifestarla en las palabras y acciones, sino también en nuestros sentidos, ademanes y aun hasta en el tono de la voz: no hemos de ser humildes con unos y arrogantes con otros, sino humildes con todos, con los amigos y con los enemigos, con los grandes y con los pequeños: la verdadera humildad es lo que nos inclina a abatirnos en las mayores acciones. (S. Juan Crisóst., Homl. 9, c. 6, ad Ephes., sent. 339, Tric. T. 6, p. 374.)"

"Hay mucha diferencia entre la bajeza y la humildad, porque la bajeza nos inclina muchas veces a condescendencias y lisonjas indignas. (S. Juan Crisóst., Homl. 5, ad Philip., sent. 351, Tric. T. 6, p. 377.)"

"Ninguno consigue la salud sin la humildad; pues si alguno ayunare, si orare, si diese a los pobres su hacienda: estas cosas y otras semejantes no son útiles sin la humildad; por el contrario, cuando esta virtud las sazona, todas se llenan de gracia. (S. Juan Crisóst., Homl. 32, sent. 5, adic. Tric. T. 6, p. 452.)"

"Cuando mi alma se turba, no tiene otro remedio que la humildad para no presumir de sus fuerzas: se confunde y abate esperando que la levante Dios: nada bueno se atribuye a sí mismo el que quiera recibir de Dios lo que necesita. (S. Agust., Psalm. 39, sent. 57, Tric. T. 7, p. 459.)"

"Siempre seremos grandes en la presencia de Dios, si permanecemos pequeños y humillados delante de sus ojos. (S. Agust., Salm. 62, sent. 96, Tric. T. 7, p. 463.)"

"Para darnos un ejemplo de humildad y paciencia, y para borrar con su sangre la obligación de nuestros pecados, quiso Jesucristo padecer la muerte, y al mismo tiempo nos enseñó a no temer la temporal, sino la eterna, de la cual nos libró el Señor, con lo que El sufrió temporalmente. (S. Agust., Salm. 67, sent. 108, Tric. T. 7, p. 464.)"

"Vuestra prudencia sea siempre sin orgullo, y vuestra humildad esté siempre acompañada de prudencia. (S. Agust., Salm. 112, sent. 153, Tric. T. 7, p. 468.)"

"No dice el Señor: Aprended de mí a fabricar el mundo, o a resucitar los muertos, sino que soy manso y humilde de corazón... ¿Tan grande cosa es, oh Señor, el ser humilde y pequeño, que si vos que sois tan grande no lo hubierais practicado, no se pudiera aprender? (S. Agust., de Sanct. Virg., c. 35, sent. 29, adic. Tric. T. 7, p. 487.)"

"Sed humildes y fundados en la humildad, humillaos, haceos pequeños, muy pequeños, los menores y los últimos de todos: no os miréis con preferencia a nadie, ni penséis que sois superiores a ninguno, sea el que fuere: mirad a todos los demás como que os exceden en mucho, y pensad que sois los más viles y despreciables; poneos debajo de los pies de todos, aun cuando verdaderamente fueseis los mayores y los más dignos de la honra; tened un corazón manso y humilde y colochos en la clase más baja, porque cuanto más humildes hubiereis sido y más pequeños a vuestros propios ojos, tanto más elevados os veréis en la gloria. (S. Anselmo, Exhort. ad contempt. temporalium, sent. 8, Tric. T. 9, p. 340.)"

"Sed a vuestros ojos viles y despreciables; contentaos con que os menosprecien: sed para vosotros un objeto fastidioso y despreciado. El que en un principio se abate, es grande en la presencia de Dios, y el que seriamente se tiene por despreciable, ya ha hallado el verdadero secreto de agradar a los ojos del Supremo Monarca: sed pequeños en vuestra consideración para ser grandes a los ojos de aquel Juez incorruptible, que es el único que decide del verdadero mérito sin poder engañarse. Cuando los hombres hagan menos caso de vosotros, tanto más os estimará Aquél que da el verdadero precio a las cosas. (S. Anselmo, Exhort. ad comtemptum. tempor., sent. 10, Tric. T. 9, p. 341.)"

"No es cosa grande ser humilde entre los desprecios, pero es rara virtud una humildad entre las honras. (S. Bernardo, Homl. 4, sup. Miss., sent. 10, Tric. T. 10, p. 322.)"

"Que no se desvanezca el que está colocado en alto, es difícil. (S. Bern., Trac. de Offic. Ep., c. 17, sent. 40, Tric. T. 10, p. 324.)"

"Para conservar la humildad, suele ordenar la piedad divina, que el que más aprovecha piense que adelanta menos. (S. Bern., Serm. 75, sent. 157, Tric. T. 10, p. 331.)"

"Gloriosa es la humildad, pues la misma soberbia se cubre de ella con su capa para verse honrada. (S. Bern., Trac. de Grad. hum., n. 6, sent. 160, Tric. T. 10, p. 331.)"

"La humillación es el camino para la humildad, así como la paciencia lo es para la paz, y la lectura para la ciencia. Si deseas la virtud de la humildad, no huyas del camino de la humillación: porque si no puedes ser humillado, no podrás ser ensalzado a la humildad. (S. Bern., Epist. 87, ad Oger. Canon. Reg., sent. 18, adic. Tric. T. 10, p. 351.)"

Huída del pecado.– "El que muere halla en la muerte el reposo y la libertad de sus miserias; pero el que huye de la persecución, como siempre está en el susto y continuo temor de encontrarse con sus enemigos, halla que la fuga es más penosa y molesta que la misma muerte: por lo cual, los que mueren en la fuga, no mueren sin gloria, antes bien, merecen la corona del martirio. (S. Atanasio, sent. 18, Tric. T. 2, p. 175.)"

"Los bienaventurados Padres que nos han precedido, no cedieron al temor en las persecuciones, antes bien, mostraron en ella la fuerza de su valor, observando en estas ocasiones una prudente conducta, ocultándose al principio en lugares escondidos en donde tenían mucho que sufrir; pero se manifestaban después cuando llegaba el tiempo de padecer la muerte, teniendo igualmente cuidado de no evitar por cobardía el tiempo de morir, y de no prevenir el término prescrito por la divina Providencia, temiendo que si se exponían con temeridad, podrían hacerse ellos mismos reos y causa de su muerte. (S. Atanasio, sent. 19, Tric. T. 2, p. 175 y 176.)"

"La fuga de los Santos ha sido en muchas ocasiones muy útil a los pueblos fieles. Por esta razón se ocultaron varias veces, para reservarse como prudentes y sabios médicos para el tiempo en que podrían ser más útiles a los enfermos. (S. Atanasio, sent. 20, Tric. T. 2, p. 176.)"

"Si alguna vez hubo Santos que se presentaron a los tiranos du-

rante la persecución, no debemos atribuir este movimiento a temeridad, sino creer lo que ellos mismos decían, que el Espíritu Santo los impedía a descubrirse y a ofrecerse voluntariamente al martirio. (S. Atanasio, sent. 21, Tric. T. 2, p. 176.)"

"Las cadenas y muertes son desconocidas en nuestra Iglesia. Jamás entregó Atanasio a ninguno a los verdugos, y en cuanto ha estado de su parte, nunca ha llenado las cárceles de delincuentes para que les den la muerte. Nuestros santuarios siempre han estado puros e inocentes, en ningún tiempo se ha teñido con otra sangre que la de Jesucristo que los ha santificado: jamás han servido para otros usos que para el culto debido a este Salvador. (S. Atanasio, sent. 22, Tric. T. 2, p. 176.)"

"Se debe huir la persecución, pues ninguno hace bien en esperar a que otros pequen, persiguiéndole injustamente. (S. Ambrosio, c. 12, sent. 100, Tric. T. 4, p. 333.)"

"Huir de la persecución, no es culpa del que huye, sino del que le persigue. (S. Bern. Ep. 1, sent. 14, Tric. T. 10, p. 323.)"

"Tertuliano después que cayó en los errores de los montanistas, quienes daban en el exceso del rigorismo de la moral, escribió de intento un tratado para probar que no es lícito huir para librarse de la persecución, ni redimirse con dinero. Claro está que sus pruebas no pueden ser sólidas, y que en esta ocasión, siguió el ardor de un genio, que propendía siempre a los extremos. Contradice expresamente a Jesucristo, que dijo a sus Apóstoles: Si os persiguieren en una ciudad, huíd a otra. (S. Matth., c. 10, v. 32, Bergier., T. 4, p. 648.)"

"San Clemente de Alejandría dice lo contrario: que el que no huye de la persecución, y se expone a ella con temeraria osadía, o va por su gusto a presentarse a los jueces, se hace cómplice del crimen que comete el que le condena: que si trata de irritarle, es causa de los males que sucedan, como si se hubiese acercado a hacer halagos a un animal feroz. (Strom., lib. 4, c. 10, Bergier., ibid., p. 469.)"

"Pero puede haber aún razones legítimas para los pastores para que huyan. A ellos buscaban principalmente los perseguidores, y si desaparecían, muchas veces dejaban en paz a los simples fieles. Así, San Policarpo, a solicitud de sus ovejas, se ocultó algún tiempo a las pesquisas de sus perseguidores, lo cual vemos en las actas de su martirio. S. Gregorio Taumaturgo se retiró al desierto durante la persecución de Decio, para continuar consolando y alentando a su rebaño: esto no fue motivo para que le acusasen y reprendiesen los demás

Obispos: antes bien, todos ellos elogiaron su conducta. Lo mismo hicieron S. Cipriano, S. Atanasio y otros. (Bergier., ibid., ibid.)"

"Una de las precauciones que mandan los autores ascéticos y directores de las conciencias a sus penitentes, es el huir de las ocasiones que les fueron funestas, los lugares, las personas, los objetos y los placeres a que tuvieron un afecto desarreglado. Esto no es puro consejo, sino un deber indispensable, sin el cual un pecador no puede lisonjearse de estar convertido. El corazón no está desasido del pecado cuando aún conserva las causas de sus recaídas: y aunque no esté absolutamente en su mano el no conservar hacia ellos su propensión, por lo menos es dueño de sí mismo para no buscarlas y alejarse de ellas. Un cristiano que tiene experiencia de su propia debilidad debe temer hasta el menor peligro: las cosas que para otros pueden ser inocentes, para él pueden no serlo. El Ecco., c. 3, v. 27, nos advierte que el que ama el peligro perece en él. Jesucristo nos manda sacar el ojo y cortar la mano que nos escandaliza, es decir, que nos induce al pecado. (S. Matth., c. 5, v. 29, Bergier., ibid., p. 648.)"

I

Idolatría.– "Dad, dice el Señor, al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios: esto es, dad la imagen del César que está en la moneda, al César; pero la imagen de Dios que está en el hombre, dadla a Dios, para que de este modo se entregue el dinero al César, pero a ti mismo a tu Dios. (Tertuliano, lib. de Idololatría, c. 15, sent. 16, adic. Tric. T. 1, p. 363.)"

"El presumido teme menos, se cautela menos, y peligra más. El temor es el fundamento de la salud. La presunción es impedimento del temor... Temiendo nos guardaremos, y quedándonos nos salvaremos. El que obra como si estuviera seguro, no está solícito y cuidadoso, no posee una seguridad firme y sin riesgo: el que vive cuidadoso, es el que puede estar seguro. (Tertuliano, ídem, ídem, sent. 17, Tric. T. 1, p. 363.)"

"Las abejas tienen un solo rey; los ganados un pastor. ¿Con cuánta mayor razón deberá tener el universo un solo Dueño que todas las cosas hizo por su palabra, que las gobierna con su sabiduría y las conserva con su poder? A este Señor nadie le puede ver ni tocar, porque es superior a los sentidos; ninguno le puede comprender, porque excede infinitamente al entendimiento, y nunca mejor le comprendemos, que cuando le reconocemos incomprensible. ¿Qué templo se pudiera edificar para Aquel que tiene por templo el universo? Es necesario, pues, fabricarle un templo en nuestra alma, y consagrarle un altar en nuestro corazón: no preguntéis por su nombre: su nombre es Dios. Se ponen nombres a las cosas, por razón de distinguir unas de otras, y esto es preciso por su multitud: pero no habiendo más que un Dios, no se necesita otro nombre para distinguirle. (S. Cipriano, lib. de la falsedad de los ídolos, sent. 28, Tric. T. 1, p. 303.)"

"No me digáis que vosotros no adoráis algún ídolo de oro; pero manifestadme en vuestro modo de vivir, que no hacéis lo que el oro

quiere que ejecutéis; porque hay muchas especies de idolatría. Unos se hacen ídolo del dinero, otros se hacen un Dios de su vientre, y otros se hacen un Dios de otros deseos más perniciosos. Demos que no les sacrifiquéis ternerillos, como los Paganos, pero les hacéis un sacrificio mucho más abominable, porque les ofrecéis por víctimas vuestras mismas almas. No dobláis la rodilla para adorarlos, pero os rendís todavía con mayor sumisión a cuanto os pide la avaricia, la sensualidad y todos los demás deseos desordenados que os dominan con tiranía, no siendo menos execrables que los paganos que divinizaron las pasiones de los hombres, llamando Venus a la impureza, Baco a la embriaguez, y lo mismo ejecutaron con los demás vicios. (S. Juan Crisóst., Homl. 5, sent. 286, Tric. T. 6, p. 359 y 360.)"

"La carne, dice San Bernardo, es el instrumento o más bien la cuerda con que Satanás sujeta y ata al voluptuoso. (Serm. 39, Barbier., T. 1, p. 484) El demonio se burla de él, le hace adelantar, retroceder, le lleva a donde quiere, al través de esquinas, malezas, tinieblas, y por senderos penosos y rodeados de precipicios. Le hace caer y volver a caer, le precipita en el hábito y este hábito se convierte en necesidad, dice San Agustín: "Dum consuetudini non resistitur, facta est necessitas." (Barbier., ibid., ibid.)"

Iglesia. (Notas de la).– "Habiendo tantas pruebas de verdadera la fe, no debemos buscar la verdad fuera de la Iglesia; en esta la encontraremos fácilmente. Los Apóstoles dejaron a la Iglesia como un inestimable tesoro todo cuando pertenece a la verdad; en ella podemos todos beber el agua de la vida eterna. (S. Ireneo, sent. 3, Tric. T. 1, p. 86.)"

"En todas partes predica la Iglesia la verdad: esta es la lumbrera que lleva la luz de Cristo; aquellos, pues, que desamparan la predicación de la Iglesia, arguyen de impericia a los santos Presbíteros, no considerando cuánta más estimación merece un idiota con religión, que un sofista blasfemo y descarado. (S. Ireneo, sent. 4, Tric. T. 1, p. 345.)"

"Así como en un camino real se descubren varias sendas, y muchas van a rematar en un precipicio, pero el prudente pasajero prosigue su viaje siguiendo el camino y despreciando las sendas; del mismo modo, aunque se levanten varias doctrinas en la Iglesia, no debemos abandonar la verdad, antes bien, examinarla con mayor cuidado, hasta adquirir el más perfecto conocimiento. (S. Clemente, sent. 21, lib. 7, Tric. T. 1, p. 126.)"

"La antiquísima y muy verdadera Iglesia nos hace ver con toda claridad, que las otras que son menores y más nuevas, y formadas en tiempos diferentes, son adulterinas y heréticas: yo tengo por cosa cierta que sólo hay una verdadera Iglesia, que es la más antigua, en la que han vivido los clérigos del Señor; porque siendo uno nuestro Dios y Señor, por la unidad merece ser recomendable y digno de veneración; pues la unidad es imagen del primer principio de todas las cosas; por esto nosotros atribuimos la unidad a la verdadera Iglesia, que los herejes se han esforzado en dividir en muchas. (S. Clemente, sent. 22, lib. 7, Tric. T. 1, p. 127.)"

"Aunque se separe la soberbia y contumaz multitud de los que no quieren oír, no por eso la Iglesia se aparta de Jesucristo: la plebe unidad con el Sacerdote, y el rebaño con su pastor, estos son la Iglesia. Por lo que deben saber que cada Iglesia particular está con el Obispo, y el Obispo en la Iglesia; y el que no estuviese con el Obispo, no está en la Iglesia. (S. Cipriano, Epist. 69, ad Floren., sent. 7, Tric. T. 1, p. 380.)"

"Una es mi Paloma. ¿Piensa que mantiene la fe el que no tiene esta unidad de la Iglesia? ¿Vive acaso en la confianza de que está en la Iglesia el que resiste a la Iglesia, y el que desampara la Cátedra de San Pedro, sobre la cual está fundada la Iglesia? (S. Cipriano, ibid., sent. 15, adic., Tric. T. 1, p. 383.)"

"Si pudo alguno libertarse fuera del Arca de Noé, entonces se librará el que esté fuera de la Iglesia... Este sacramento o misterio de unidad se manifiesta cuando la túnica de Nuestro Señor Jesucristo, ni del todo se divide, ni se rasga, sino que echando suertes sobre quién la había de llevar, se queda la vestidura entera, y se posee esta túnica incorrupta y sin división. (S. Cipriano, ibid., sent. 16, Tric. T. 1, p. 383.)"

"No hay pueblo que esté más obligado a Dios que nosotros, pues a nosotros ha dado las mayores cosas. Dió su palabra y su ley a los judíos, pero a los cristianos les dió el fruto de la fecundidad de una Virgen santa, nos dió aquel Emmanuel, aquel Dios con nosotros; nos dió la cruz, la muerte y la resurrección de su Hijo, y aunque es verdad que Jesucristo padeció por todos los hombres, también lo es que padeció particularmente por nosotros, quiero decir, por su Iglesia. (S. Ambrosio, lib. 5, in c. 6, sent. 85, Tric. T. 4, p. 330.)"

"La Iglesia es una nave, que aunque experimente este siglo como un trabajoso golfo, jamás se estrella contra los escollos, ni se hunde. (S. Ambrosio, De Salom., c. 4, sent. 38, adic. Tric. T. 4, p. 405.)"

"Hay un camino real que es la Iglesia de Dios, esta es la senda de la verdad. Cada una de las herejías abandona este camino real, y declinando a la diestra o a la siniestra, se deja arrastrar al error, y no conoce límites en el descaro del error que forma cada herejía. Ahora, pues, siervos de Dios, hijos de la santa Iglesia, que no conocéis la regla segura de la fe, y camináis por la senda de la verdad, no os dejéis arrastrar por oír voces opuestas, por las voces que da cada una de las falsas sectas; porque sus caminos son resbaladizos, y las sendas de su espíritu engañoso, escarpadas y llenas de precipicios. Afectan un lenguaje sublime, y no conocen el más sencillo de todos. Prometen la libertad y son esclavos del pecado. Se glorían de haber llegado a lo mejor y no han alcanzado todavía lo menor de la verdad. (S. Epifanio: Adv. Haer. 1. 2, Haeres. 39 y 59, sent. 1, Tric. T. 5, p. 63.)"

"La Iglesia es el puerto tranquilo de la paz, es un lugar de delicias que esparce suaves fragancias de la viña que nos produce el racimo de bendiciones, y nos da cada día una bebida que mitiga nuestras penas, ofreciéndonos la sangre pura y verdadera de Jesucristo. (S. Epifanio Anaceph. T. 1. 3, sent. 2, Tric. T. 5, p. 64.)"

"Suspira la Iglesia viendo en su seno llenas de riquezas a unas gentes que antes eran tan pobres en el mundo. (S. Jerón., Ep. ad Nepot. 52, sent. 6, Tric. T. 5, p. 240.)"

"Sobre Pedro sólo edifica su Iglesia; y aunque a todos los Apóstoles dió su potestad, y dijo: Como me envió el Padre a mí, así os envío yo a vosotros. Con todo eso, para manifestar la unidad, constituyó una sola Cátedra, y con su autoridad dispuso que el origen de la misma unidad empezase por uno. (S. Cipriano, de Unit. Eccles. Catholicae, sent. 14, adic. Tric. T. 1, p. 383.)"

"La Iglesia está fundada sobre Pedro. En otros lugares de la Escritura se dice también que está fundada sobre todos los otros Apóstoles: todos reciben las llaves del cielo, y sobre ellos igualmente se asegura la solidez de la Iglesia. No obstante, uno solo es escogido entre los doce, para que siendo establecido por cabeza, no pueda haber ocasión de cismas. (S. Jerón., adver. Jovin., lib. 1, sent. 37, Tric. T. 5, p. 245.)"

–*Persecuciones*.– "La Iglesia Santa sabe creer con las tribulaciones y hacer una vida digna de la horna y de la gloria entre los oprobios. La Iglesia nos ha enseñado a no abatirnos en la adversidad y a no ensoberbecernos en la prosperidad, a humillarnos profundamente en el tiempo favorable y a sostenernos en el adverso con la esperanza

de llegar algún día a la soberana elevación; nos ha enseñado a atribuir todos los bienes a la misericordia de nuestro Redentor, y todos los males a la justicia de aquel justísimo Juez, porque sabe que todo su bien proviene de su liberalidad y que sin su permisión no padece mal alguno. (S. Jerón., in La m. Jerem., lib. 2, sent. 69, Tric. T. 5, p. 250.)"

"Vosotros me despreciáis en mis necesidades. Muchas veces parece que Dios desprecia y desampara a su Iglesia en el tiempo que tiene más necesidad de su socorro; mas no la asiste al punto que la ve en su tribulación, con el fin de ejercitarla como le place; porque sabe que cuanto más dilata sus auxilios, más motivo da a su Iglesia para inflamarse en el deseo de verse socorrida. (S. Jerón., in Psalm. 9, sent. 102, Tric. T. 5, p. 356 y 357.)"

"Nada hay que sea tan poderoso y fuerte como la Iglesia. Cesad, pues, hombres, de hacerla la guerra, porque vuestros esfuerzos sólo sirven para debilitaros: no os toméis con el cielo.Si combatís con un hombre podréis ser vencido, mas también le podréis vencer; pero contra la Iglesia nunca conseguiréis la victoria, por grande que sea vuestro artificio y esfuerzos. La Iglesia es más fuerte que el cielo: porque el Señor dijo: El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. Y ¿qué palabras son sino éstas? Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Para la Iglesia, formó Dios el cielo, y no hizo la Iglesia por razón del cielo: –este debe entenderse de este cielo visible–. (S. Juan Crisóst., Homl. ante exilium., n. 1, sent. 186, Tric. T. 6, p. 336.)"

"Y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Debemos dar crédito a lo porvenir, por lo que hemos visto ya de lo pasado: porque si al principio se componía la Iglesia de tan pocos, que parecía obra de una nueva secta, y una doctrina reciente y mal fundada, y la perseguían tantas oposiciones y guerras, y con todo eso no tuvieron fuerza para detener sus progresos ni para destruirla: ¿quién será capaz de conseguirlo al presente, cuando ya está extendida por todos los países y naciones y ha llegado a ocupar toda la tierra? (S. Juan Crisóst., lib. quod Christus sit Deus, n. 11, sent. 231, Tric. T. 6, p. 346.)"

"Ninguno destruirá lo que Jesucristo ha edificado, y ninguno edificará lo que El ha destruido. Edificó la Iglesia, y ninguno la podrá arruinar; destruyó el templo, y ninguno lo podrá levantar de nuevo. Los Judíos han hecho esfuerzos para destruir la Iglesia y nunca lo han podido conseguir: los han hecho para reedificar su templo, y nunca

han llegado a poner por obra sus intenciones. (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 232, Tric. T. 6, p. 347.)"

"Yo os digo y os protesto, que causar división en la Iglesia, no es menor mal que caer en la herejía. (S. Juan Crisóst., Homl. 11, sent. 341, Tric. T. 6, p. 375.)"

"Dice San Pablo: Si padece un miembro, padecen también todos los otros. Tres condiciones pide aquí el Apóstol a los miembros de la Iglesia: la primera, es que no se separen unos de otros, sino que estén recíprocamente unidos; la segunda, que los unos tengan cuidado de los otros; la tercera, que consideren cuanto sucede a los otros miembros, como que es una cosa común. (S. Juan Crisóstomo, Homl. 31, c. 12, sent. 315, Tric. T. 6, p. 367.)"

"¡Abuso deplorable y loca pretensión de nuestros días! Se cree que Dios necesita de la protección de los hombres o de las potestades de la tierra para la defensa de su Iglesia. Obispos que así pensáis, yo os pregunto: ¿De qué apoyo se sirvieron los Apóstoles para predicar el Evangelio? ¿Qué potestades fueron las que le ayudaron a predicar a Jesucristo, y a convertir casi todas las naciones del mundo, reduciéndolas del culto de los ídolos al del verdadero Dios? ¿Llamaban a algún Oficial de la Corte cuando cantaban las alabanzas de Dios en la cárcel, y entre grillos, después de haberlos azotado por Jesucristo? ¿Formaba San Pablo la Iglesia del Señor con edictos de los Emperadores, cuando le sacaban al teatro por espectáculo? Yo pienso que se sostuvo sin la protección de Nerón, de Vespasiano o de Decio, cuyo horror al cristianismo dió realces a la doctrina celestial. Cuando se sustentaban con el trabajo de sus manos, se juntaban con secreto en las casas particulares, recorrían las aldeas, las ciudades y los diferentes países de la tierra, a pesar de las órdenes del Senado y los edictos de los Príncipes: ¿cómo creeré yo que entonces no tenían las llaves del reino de los cielos? Todo lo contrario, y nunca el poder de Dios resplandeció más que en estas circunstancias; jamás fue anunciado Jesucristo con más fortaleza, que cuando pretendieron impedir la predicación del Evangelio. (S. Hilario, Cont. Auxent., n. 3, sent. 21, Tric. T. 2, p. 262.)"

–*Respeto*.– "En la iglesia no es permitido conversar con los parientes, ni aun con un amigo que no se haya visto en mucho tiempo. Eso es bueno para fuera de la iglesia; pero no es la iglesia mercado o lugar público, para que se trate en ella de las cosas del mundo. Es el retiro de los Angeles, el palacio de Dios, y el mismo cielo. Y como si

os abrieran el cielo y entrárais en él, aunque viérais en el a vuestro padre, tendríais tan grande respeto a tan santo lugar, que no hablaríais la menor palabra. Del mismo modo no debéis en la iglesia abrir la boca sino para palabras espirituales, supuesto que también está el cielo en nuestras iglesias. Si lo dudáis poned los ojos en esa sagrada mesa, y considerad para lo que sirve: representaos al que ha de bajar aquí; reverenciad y admirad de antemano un aparato tan augusto. ¿No es verdad que cuando se ve un trono de un rey, aun antes que se siente, se conmueve el espíritu con cierto respeto, esperando su venida? (S. Juan Crisóst., Homl. 36, c. 14, sent. 318, Tric. T. 6, p. 368.)"

"Muchos hay tan tibios y tan disipados, que durante el oficio de la Iglesia, se divierten en conversar, y esta es la causa de todos sus desórdenes, porque en el tiempo en que nos debíamos aplicar más a reconciliarnos con Dios, no hacemos otra cosa que encender más contra nosotros la indignación divina. (S. Juan Crisóst., Homl. 1, ad Corint., sent. 327, Tric. T. 6, p. 371.)"

"Veo en la iglesia algunos que ríen y juegan durante la oración, y otros que están divertidos en el mismo tiempo en que el Sacerdote da la bendición al pueblo. ¡Habrá descaro semejante! ¿Qué salvación podréis esperar? ¿Qué camino os queda para aplacar la justa indignación de Dios? Si se dispone un baile, hay quien cuide de que cada uno baile por su orden, que todas las cosas vayan arregladas para que no haya confusión. No obstante, ¡aquí en donde estamos en compañía de Angeles cantando las divinas alabanzas con estos espíritus celestiales, estáis parlando y riendo! No habría que admirar que cayese un rayo del cielo, no solamente sobre estos impíos, sino también sobre nosotros; porque este castigo merece acciones semejantes. (S. Juan Crisóstomo, Homl. 24, c. 11, sent. 271, Tric. T. 6, p. 356.)"

"Cuando salimos de la iglesia, no nos divertamos al instante en parlar, perdiendo el tiempo en vanas conversaciones, o en otras ocupaciones inútiles; antes bien, mientras nos dura la memoria fresca de las instrucciones que acabamos de recibir, vaya cada uno a su casa y haga reflexiones con su mujer y con sus hijos de todo lo que ha oído predicar en la concurrencia de los fieles. (S. Juan Crisóst., Serm. 6, de Martyrib., n. 3, sent. 244, Tric. T. 6, p. 350.)"

"En todas las iglesias del Oriente se encienden luces cuando van a leer el Evangelio, aunque el sol esté resplandeciente, no para ahuyentar las tinieblas, sino en señal de alegría. (S. Jerón., adv. vigil., sent. 7, adic. Tric. T. 5, p. 353 y 354.)"

"¿No es milagro digno de admiración? El Señor fue puesto en la cruz, los siervos se vieron cargados de cadenas, y con todo eso se extiende todos los días la predicación de su Evangelio y crece la Iglesia por los mismos medios que parece debieran extinguirla. (S. Juan Crisóst., Homl. 16, sent. 14, Tric. T. 6, p. 302.)"

"Si siempre permanecéis los mismos, os privaré la entrada en la Iglesia, y la participación de los sagrados misterios: más vale ofrecer a Dios nuestras oraciones con dos o tres que guarden sus mandamientos, que congregar un tropel de personas pervertidas que se destruyen unas a otras. (S. Juan Crisóst., Homl. 17, sent. 45, Tric. T. 6, p. 308.)"

"En otro tiempo eran iglesias las casas particulares, y el día de hoy las iglesias no son más que si fueran casas particulares. Entonces no hablaban los cristianos en sus casas sino de las cosas del cielo, y ahora sucede muchas veces que hablan en las iglesias de las cosas de la tierra solamente. (S. Juan Crisóst., Homl. 33, in c. 9, Matth., sent. 56, Tric. T. 6, p. 310.)"

"Entremos en el templo con mucha circunspección y modestia, no sea que en vez de hallar el perdón de nuestros pecados, no hagamos otra cosa que cometer otros nuevos. (S. Juan Crisóst., in Isaíam., vidi Domin., sent. 156, Tric. T. 6, p. 329.)"

"No llevemos a la Iglesia los cuidados del mundo; dejémoslos a la puerta, porque el entrar en el templo es como entrar en el Reino de los cielos. Todo cuanto hay dentro de este santo lugar debe inspirar un grande silencio, y los misterios que allí se celebran deben ser secretos y tratados con reverencia. Llevad a la iglesia mucha atención, y considerad que cuando os leen o explican las Escrituras, es como si os abrieran las puertas del cielo. (S. Juan Crisóst., Homl. 2, in Isaíam., sent. 157, Tric. T. 6, p. 330.)"

"Las mujeres deben procurar tanto el silencio, que no sólo se abstengan de hablar de las cosas del mundo en la iglesia, sino aun de las espirituales. (S. Juan Crisóst., Homl. 9, ad Timot., sent. 367, Tric. T. 6, p. 380.)"

"Si alguno frecuenta de asiento las tiendas donde se venden fragantes ungüentos, aunque no quiera, va contrayendo aquellos olores: mucho más se verifica esto en los que frecuentan la iglesia. Aunque te veas con innumerables vicios, no dejes de concurrir a la iglesia. ¿De qué me servirá si no practico lo que oigo? No conseguirás poco si llegas a comprender tu miseria. No es inútil este miedo; si suspiras al ver que no haces lo que oyes, no dudes que alguna vez empezarás a

practicar el bien; pues es imposible que el que oye a Dios y le habla, no consiga utilidad. (S. Juan Crisóst., Homl. 52, sent. 6, adic. Tric. T. 6, p. 452.)"

"Los Paganos y los Judíos son enemigos declarados de la Iglesia: pero la vida de los malos cristianos, es más abominable y causa mayores perjuicios. (S. Agust., Psalm. 30, sent. 14, Tric. T. 7, p. 455.)"

"Los trabajos de la Iglesia no tendrán fin hasta que se acaben los siglos. (S. Agust., Psalm. 61, sent. 92, Tric. T. 7, p. 463.)"

"En todas las profesiones que hay en la Iglesia, hay fingidos e hipócritas. (S. Agust., Psalm. 99, sent. 146, Tric. T. 7, p. 468.)"

"Lo que tiene con seguridad en la Iglesia a la multitud de la plebe, no es la viveza en entender, sino la sencillez en creer. (S. Agust., Ep. tund., c. 4, sent. 19, adic., Tric. T. 7, p.485.)"

"No creyera yo al Evangelio, si no me moviera la autoridad de la Iglesia católica. (S. Agust., ibid. 5, sent. 20, adic., Tric. ibid., ibidl.)"

"Venid a la iglesia todos los Domingos. Si los infelices Judíos observan el sábado con tanta exactitud, que en este día no se ocupan en ninguna obra terrena, con mayor razón deben los cristianos ocupar en sólo Dios el día del Domingo y venir a la iglesia a procurar la salvación de su alma. Orad, pues, en la iglesia y no estéis hablando: atended con aplicación a la divina lectura. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. 66, sent. 14, Tric. T. 9, p. 46.)"

"A los Emperadores pertenece la administración de las cosas temporales, y a los Pastores y Directores el gobierno de la Iglesia. (S. Juan Damas., Orat, de imag., sent. 6, Tric. T. 9, p. 292.)"

"Sobre S. Pedro está fundada la Iglesia como sobre un piedra solidísima: piedra firme, cuyo nombre tan dignamente tenéis, oh glorioso Príncipe de los Apóstoles: las puertas del infierno, las blasfemias de los herejes, los órganos impíos de los espíritus infernales, harán todo cuanto puedan contra ella, y la darán terribles asaltos; pero aunque se unan todos sus esfuerzos, no llegarán a vencerla... Jesucristo conquistó su Iglesia a costa de su sangre, y os ha confiado su cuidado como al más fiel siervo suyo. Conservadla con vuestras súplicas, pedid a Dios que se sosiegue la tempestad que han excitado contra ella, que cese el tumulto y que nos conceda por su gracia aquella tranquila paz y aquella calma que reina sobre las olas irritadas. (S. Juan Damasceno, de Domini transfig., sent. 7, Tric. T. 9, p. 292.)"

"Deseo y os aconsejo, que en dar la reverencia a la suprema Sede

Apostólica, y al Vicario del bienaventurado S. Pedro, sigáis lo que queréis que con vos observe todo el Imperio. (S. Bern., Ep. 183, ad Conrad., Reg. Roman., sent. 26, adic., Tric. T. 10, p. 355.)"

"Y pues en lugar de Har y Aarón está el celo y autoridad de la Iglesia Romana sobre el pueblo de Dios, con razón nos remitimos a esta: no diré ahora en las cuestiones, sino en los daños de la fe, en las injurias de Cristo, en los agravios y desagravios de los padres, escandalosos para los presentes y peligrosos para los venideros. (s. Bern., Epist. 188, ad Episcop. et Cardin, curiae, sent. 27, adic., Tric. T. 10, p. 355.)"

"¡Quién me diera a ver, antes de morír, a la Iglesia de Dios, como en los antiguos tiempos, cuando los Apóstoles echaban las redes para coger, y no oro ni plata, sino para coger almas!. (S. Bern., Ep. 237, ad Eug., Pap., sent. 29, adic., Tric. T. 10, p. 356.)"

Impíos.– "Dijo el necio en su corazón, no hay Dios: ¿habrá alguno que pueda creer que no hay Dios, si mira al mundo? Pero muchas veces sucede, que cuando la fuerza de la verdad nos precisa a conocer a Dios, los encantos de los vicios y los placeres del mundo, no inclina a no creerle: y así decimos por el consejo de un corazón impío, lo que creemos contra la fe. (San Hilario, in Psalm. 52, sent. 10, Tric. T. 2, p. 259.)"

"Es preciso ser tan loco como impío, para dejar de conocer que dependemos absolutamente de Dios, y para querer, por el contrario, en cuanto se hace y espera confiar en las propias fuerzas. Porque si en nosotros hay algún bien, sin duda viene de Dios. Por lo cual, es preciso poner en El toda nuestra esperanza y confesar que del Señor nos viene todo, a ejemplo del Profeta, que clama: Señor, vos sois mi protector y mi redentor. (S. Hilario, in Psalm. 51, sent. 26, Tric. T. 2, p. 264.)"

"Es temor de impíos temblar en donde no hay que temer, y no temblar cuando se debe; pues sucede muchas veces llegarnos a persuadir, que debemos lisonjear a los reyes porque tienen algún poder sobre nuestros cuerpos, y este no puede pasar del que tiene un asesino, una calentura, un incendio, un naufragio o una ruina. Y para evitar un mal tan corto y pasajero, sacrificamos algunas veces la libertad de la Iglesia, la conciencia, la esperanza y la confesión del nombre de Dios. De este modo, por no temer como debemos a Dios, que castiga tan rigurosamente los cuerpos y las almas en las llamas de su juicio, por evitar un momento de penas, nos precipitamos en los suplicios de

sus eternas venganzas. (S. Hilario, in Psalm. 52, sent. 27, Tric. T. 2, p. 264.)"

"Más afligido es el impío con sus propias sospechas, que muchos con los ajenos azotes...: es cosa grande estar interiormente tranquilo, y conforme contigo mismo. (San Ambrosio, de Jacob., lib. 2, c. 6, sent. 17, adic., Tric. T. 4, p. 398.)"

"Los impíos andan alrededor, porque naturalmente, apetecen dar satisfacción al apetito, y neciamente despreciar el modo de conseguir el fin. (S. Bern., de dilig. Deo, n. 9, sent. 162, Tric. T. 10, p. 331.)"

"El impío dice S. Buenaventura, es una caña. La caña crece en el barro, cede a los vientos, nada produce y es inconstante: hace ruido, es ligera, vil, débil, se rompe y solo sirve para el fuego. Tal es el impío. –In speculo– (Barbier, T. 2, p. 467.)"

"No hay paz para el impío, dice el Señor en Isaías: Non es pax impiis, dicit Dominus. Porque los impíos siguen las inspiraciones de sus deseos que les ocasionan mil luchas interiores y exteriores. (Barbier, T. 2, p. 469.)"

"No hay paz para el impío. Notad aquí que el fruto de la virtud, es la paz del alma y la alegría en el Espíritu Santo, como dice S. Pablo a los romanos; pero el fruto de la impiedad, es la turbación, el trastorno del alma, y por consiguiente, los placeres criminales están llenos de hiel y terminan con manchas, con dolores del cuerpo y del alma, del tiempo y de la eternidad. (Barbier, ibid., ibid.)"

"Dios está lejos de los impíos, dicen los Proverbios: Longe est Dominus ab impiis. Está lejos de ellos con sus favores y sus riquezas espirituales, porque los aborrece y detesta al ver que ellos se alejan de su lado con su impiedad. Dios está cerca de los justos que le escuchan cuando manda y le obedecen: por esto, satisfaciendo ellos el deseo que tienen, satisfacen también el de los justos. Pero está muy lejos de los impíos que no quieren oírle, obedecerle ni sujetarse a su voluntad que desprecian. Y en castigo de sus impiedades, Dios aparta de ellos el rostro, no fija en ellos más que las miradas terribles de su ira y de su justicia y los desprecia severamente. No tendrán más herencia de Dios que sus eternas venganzas. ¡Triste herencia es la de los demonios y de los réprobos! ¡Triste herencia y desgraciados herederos! (Barbier, T. 2, p. 470.)"

"El blasfemo, por hábito o costumbre es impío. Es responsable de los pecados que otros cometen por su escándalo. Son también impíos, los padres descuidados en la instrucción de sus hijos; los profanadores

de los días festivos, por sí, y por la causa que son para otros; y para reasumirlo en breves palabras, todos los empedernidos en los vicios y pasiones, que son la ruina del prójimo. (Barbier, ibid., p. 471.)"

Ingratitud (la).– "Es enemiga del alma, disipa los méritos, ahuyenta las virtudes, impide que nos aprovechemos de los beneficios; la ingratitud es un viento abrasador que seca el manantial de la piedad, el rocío de la misericordia, los canales de la gracia, es enemiga de la gracia y de la salvación. Nada es más desagradable a Dios. Cierra las vías que pueden comunicarnos sus dones; allí en donde se halla, la gracia no puede acercarse ni hacerse lugar. (Serm. 41, Barbier, T. 1, p. 34.)"

J

Jesucristo.– "Los Reyes Magos manifestaron por la naturaleza de sus dones quien era Aquel que adoraban; la mirra indicaba que Aquel era el que había de morir y ser sepultado por el género humano; el oro, que era un Rey cuyo reino no tenía límites; el incienso, que Aquel era el Dios que se había dado a conocer en Judea, y manifestado a las gentes que no le buscaban. (S. Ireneo, sent. 4, Tric. T. 1, p. 86.)"

"Rescindiendo lo que creíste, das pruebas de que antes de rescindirle fue muy diferente lo que creíste que era de otro modo. Ello así había venido por tradición, y a la verdad, lo que había venido por tradición era lo verdadero, como que nos había venido de aquellos a quienes pertenecía comunicar la tradición. Síguese, pues, que rescindiendo lo que era tradición, rescindiste lo que era verdad; no tuviste derecho para ejecutarlo así. (Tertuliano, ha. de carne Christi, c. 2, sent. 23, adic., Tric. T. 1, p. 366 y 367.)"

"Para Dios solamente es imposible lo que no quiere. (Tertuliano, ibid., c. 3, sent. 24, Tric. T. 1, p. 367.)"

"Nació el Hijo de Dios: esto no avergüenza por la misma razón de ser cosa vergonzosa. Murió el Hijo de Dios, por esto mismo es creíble, porque no lo alcanza la razón: sepultado resucitó; esto es cierto porque es imposible (a la naturaleza). (Tertuliano, ibid., c. 5, sent. 25, adic., Tric. T. 1, p. 367.)"

"El que había de ofrecer una nueva natividad, debía nacer de un nuevo modo. (Tertuliano, ibid., c. 17, sent. 26, adic., Tric. ibid.)"

"¿Quién es el que con una poderosa e invisible mano, ha destruido de la sociedad de los hombres como a monstruos horribles aquella tropa tanto tiempo ha nociva y perniciosa, aquella cohorte de demonios que antes devoraban a todo el género humano, y por medio de los ídolos obraban entre los hombres una multitud de prodigios? ¿Quién

sino nuestro Salvador es el que ha dado a los que abrazan la regla de esta vida pura y sincera, aquella filosofía que recibieron de su espíritu? ¿Quién sino este Señor les ha dado el poder para quitar de en medio de los hombres las reliquias de aquellos espíritus malignos, con la invocación de su nombre y las oraciones más puras que por El se dirigen al Supremo Dios del universo? ¿Quién sino nuestro Salvador ha enseñado a sus discípulos, sacrificios no sangrientos, en los que una víctima racional es ofrecida a Dios con oraciones y con palabras divinas e inefables? De suerte que ya en toda la tierra se erigen altares y lugares consagrados a la concurrencia de los fieles, y en todas las naciones se ofrece a Dios, Monarca del universo, un culto digno de su infinita santidad, que consiste en sacrificios espirituales y en una víctima razonable. (Eusebio de Cesarea, sent. 8, Tric. T. 2, p. 85.)"

"El Hijo de Dios tomó sobre sí nuestra pobreza y miseria para participarnos su opulencia y sus riquezas. Su pasión nos hará algún día impasibles, y su muerte inmortales: sus lágrimas son nuestro gozo, su sepultura nuestra resurrección, y su bautismo nuestra santificación, según aquellas palabras del Evangelio: Para ellos yo me santifico, con el fin de que sean santos de verdad. (S. Atanasio, sent. 1, Tric. T. 2, p. 171.)"

"Como Jesucristo es el capitán de todos los santos, el demonio es el jefe de todos los pecadores. (S. Hilario, Psalm. 139, sent. 18, Tric. T. 2, p, 261.)"

"Considerar como una grande prueba de la divinidad del Salvador, ver que la predicación del Evangelio no ha seguido el orden de la naturaleza; a la verdad, si lo que se predica de Jesucristo estuviera reducido a los límites de la naturaleza, ¿en dónde estaría su divinidad? Pues si lo que se os dice del Salvador es superior a la naturaleza, esas mismas cosas, para cuya creencia sentís repugnancia, son pruebas de la divinidad de Aquel que se os predica. (S. Greg. de Nisa. –Cath. Orat., c. 13–, sent. 26, Tric. T. 4, p. 117 y 118.)"

"Si el propio carácter de la Divinidad es la benevolencia para con los hombres, no es necesario buscar otra razón para que viniese Jesucristo a visitarnos: estando enferma nuestra naturaleza, necesitada de quien la sanase; habiendo caído, de quien la levantase; habiendo perdido la vida, de quien la vivificase; habiendo perdido el derecho de participar del verdadero bien, necesitaba de quien se lo renovase; hallándose envuelta en tinieblas, de quien la iluminase, estando cautiva, de quien la rescatase; estando aprisionada, de quien rompiera sus

cadenas; estando oprimida con el yugo de la servidumbre, de quien la pusiese en libertad. ¿Os parecerá que estos motivos no son suficientes y dignos de obligar la bondad de Dios a bajar a la tierra para socorrer a la naturaleza humana que había criado? (San Greg. de Nisa, c. 15, sent. 27, Tric. T. 4, p. 118.)"

"El que Dios quisiese traernos la salud, es un efecto de su bondad; que nos rescatase de la cautividad con ciertas condiciones, es un efecto de su justicia, y el que lo ejecutase de un modo tan ingenioso que sorprendiese a nuestro enemigo, es un efecto de su soberana sabiduría. (S. Greg. de Nisa. c. 23, sent. 28, Tric. T. 4, p. 118.)"

"Dijo muy bien el Apóstol: que Dios entregó a su Hijo a la muerte por todos nosotros, para dar a entender que el que a todos nos amó con tanto exceso, que entregó a su amado Hijo a la pasión por cada uno de nosotros, ¡cómo será posible que no le de todo a aquellos a quienes ha dado al que es infinitamente mejor que todas las cosas! No tenemos, pues motivo para recelar que después de este beneficio nos niegue nada, ni debemos desconfiar en punto de la continuación de la liberalidad divina, supuesto que ha tanto tiempo que sentimos esos efectos, con tanta profusión. (S. Ambrosio de Jacob, vita beat., lib. 1, c. 6, sent. 21, Tric. T. 4, p. 317.)"

"¡Podría ser creíble que el Padre celestial quisiese recoger estos mismos beneficios que nos ha comunicado, o retirar su afecto paternal de los que adoptó por hijos suyos! Pero me dirá alguno que tenemos en Dios un Juez severo. Consideremos bien quien es el Juez: esto es Jesucristo, al que el Padre ha concedido todo el poder para juzgar al mundo. ¡Cómo ha de querer este Salvador condenar a los que rescató del poder de la muerte, sujetándose a sufrirla, cuando sabe que la vida de los redimidos es el precio de la muerte! No dirá más bien, ¿qué utilidad hay en mi sangre si condeno a los mismos que he salvado? (S. Ambrosio, ibid., ibid., sent. 22, Tric. T. 4, p. 317 y 318.)"

"Estoy tan distante de excusar en nuestro Señor el sentimiento de tristeza que manifestó en el huerto, que no me parece que hay cosa alguna en que más se admire su bondad y majestad; pues me hubiera dado mucho menos si no se hubiera revestido de mis propios afectos. Por mí, pues, sufrió el dolor, el que en si nada tenía que se le pudiera causar; y suspendiendo en su alma el divino contento que eternamente goza, quiso que le alcanzase el abatimiento de la enfermedad humana. Tomó sobre sí mi tristeza para comunicarme su alegría, y conformándose con nuestra flaqueza, se abatió hasta afligirse con la cercanía de

la muerte, para que haciéndonos seguir sus pisadas, nos llevase a la eterna vida. (S. Ambrosio, lib. 10, c. 22, sent. 91, Tric. T. 4, p. 331.)"

"Acusan a nuestro Señor, y calla; con razón calla el que no necesita defenderse. Aquellos deben defenderse que temen ser vencidos, no confirmó, pues, su acusación con el silencio; antes bien, la despreció, no dignándose de responder. (S. Ambrosio, in c. 23, sent. 93, Tric. T. 4, p. 332.)"

"Hoy estarás conmigo en el Paraíso. En donde quiera que esté Jesucristo, allí está nuestra vida y nuestro reino. (S. Ambrosio, ibid., sent. 94, Tric. ibid., ibid.)"

"Dice el Profeta: Adorad el escabel de sus pies: y en otra parte leemos: La tierra es el escabel de mis pies. Veamos si quiso decirnos el Profeta, que es preciso adorar aquella tierra de que el Señor se quiso vestir en la Encarnación. Es preciso entender la tierra por el escabel que dijo el Profeta, y por esta tierra la carne de Jesucristo, que adoramos hoy en los santos misterios; la misma que adoraron los Apóstoles en su persona; pues Jesucristo no está dividido, sino que es un solo Cristo. (S. Ambrosio, de Spir. Sanct., lib. 3, c. 12, sent. 105, Tric. T. 4, p. 334.)"

"¿Quién es el autor de los Sacramentos sino nuestro Señor Jesucristo? Porque estos Sacramentos, del cielo han venido. (S. Ambrosio, lib. 3, de Sacram., c. 4, sent. 106, Tric. T. 4, p. 334 y 335.)"

"Sólo Jesucristo es para nosotros todas las cosas. Si estás herido, es tu médico; si te abrasa la ardiente calentura, El es la fuente; si estás oprimido, con el peso de la iniquidad, El es la justificación; si necesitas auxilios, El será tu protector; si temes la muerte, El es la vida; si deseas ir al cielo, El es el camino; si huyes de las tinieblas, El es la luz; si necesitas comer, El es tu alimento. Gustad, pues, y ved cuán suave es el Señor. ¡Dichoso el hombre que espera en El! (S. Ambrosio, de Virgin., lib. 2, sent. 136, Tric. T. 4, p. 342.)"

"Es preciso hacer todas nuestras acciones en nombre de Jesucristo, de suerte, que aun el tomar alimento corporal se puede referir al sagrado culto de nuestra religión. (S. Ambrosio, de Viduis, sent. 141, Tric. T. 4, p. 343.)"

"Recurramos al médico que nos sanó de nuestras anteriores heridas. Si son graves las flaquezas, tenemos un grande médico, hemos recibido la excelente medicina de su gracia. (S. Ambrosio, de Elinae jejun., c. 4, sent. 22, adic., Tric. T. 4, p. 400.)"

"Nunca hemos conocido mejor a nuestro Salvador Divino, que

cuando nos hizo bien y padeció la muerte por nuestros pecados, no por atención al mérito de los que salvaba, sino por la gloria de su nombre: a no ser esto, nuestra vida llena de delitos, sólo merecía castigo y no misericordia. (S. Jerón., in c. 20, sent. 78, Tric. T. 5, p. 252.)"

"No me avergüenzo ni callo. Cuanto más viles son las cosas que Cristo pasó por mí, tanto más le debo. (S. Jerón., adv. Helvid., sent. 5, Adic., Tric. T. 5, p. 353.)"

"Todavía padece Jesucristo el día de hoy nuestras enfermedades y males; porque siempre es Aquel hombre cubierto de llagas por nosotros, que quiso llevar nuestros trabajos: porque sin él no podríamos sufrirlos, ni aun conocerlos. (S. Paulino, Ep. 38, ad Apr., sent. 15, Tric. T. 5, p. 331.)"

"Gloríense cuanto quieran los oradores de su elocuencia: los filósofos, de su sabiduría; los ricos, de sus tesoros; los monarcas, de sus imperios; para nosotros Jesucristo es nuestra gloria y nuestro reino. (S. Paulino, Ep. 38, ad. Apr., sent. 17, Tric. T. 5, p. 332.)"

"No nos ama el mundo, pero Cristo nos ama: el hombre nos desprecia, pero Dios nos aprecia. (S. Paulino, Ep. 5, ad Sever., sent. 6, adic. Tric. T. 5, p. 361.)"

"Imitando al imitador de Cristo, llegaremos a la imitación de Cristo. (Ibid., sent. 7, adic. Tric., ibid., ibid.)"

"¿Cómo piensas que podrás seguir a Cristo, sino en la ley que nos enseñó, y en el ejemplo que nos dio? (S. Paulino, ibid., sent. 8, adic., Tric. ibid., ibid.)"

"Nada tenemos sino a Jesucristo: mira bien, si nada tenemos, cuando tenemos al que todo lo tiene. (S. Paulino, ibid., sent. 9, adic., Tric. ibid., ibid.)"

"Solamente cuando se vive para Jesucristo y se sirve a El sólo, es el hombre libre y está desprendido de los cuidados e impedimentos del mundo. (S. Juan Crisóst., c. 4, sent. 181, Tric., T. 6, p. 335.)"

"¿Cómo podéis permanecer incrédulos después de tan visibles pruebas del poder de Jesucristo? Las profecías previnieron tantos siglos antes su venida, y claramente estáis viento tan exactamente cumplidos los sucesos profetizados, que ninguno se ha quedado sin cumplir. Por otra parte, no podéis decir que nosotros hemos compuesto todas estas cosas, porque los primeros que recibieron los libros sagrados en donde se contienen estas profecías, y todavía los conservan y guardan, son nuestros mismos enemigos y los descendientes de los

que crucificaron a Jesucristo. (S. Juan Crisóst., lib. "quod Christus sit Deus", n. 11, sent. 230, Tric. T. 6, p. 346.)"

"Jesucristo había hecho muchos milagros antes de su muerte, pero después que le crucificaron, dijeron los pérfidos judíos, que no había resucitado; pero se les puede responder: Si Jesucristo no resucitó, ¿cómo los que predicaron su resurrección, hicieron para probarle, mayores prodigios que los que había hecho el mismo Señor antes de su muerte? (S. Juan Crisóst., sent. 241, Tric. T. 6, p. 340.)"

"No está Jesucristo en donde entran los violones y las músicas profanas. (S. Juan Crisóst., homl. 12, ad Colon., sent. 360, Tric. T. 6, p. 378.)"

El fin y objeto de todos nuestros deseos es aquel que nos ha hecho sus promesas: sin duda se nos dará, pues ya se nos dio a sí mismo. (S. Agust. Psalm. 42, sent. 59, Tric. T. 7, p.459.)"

"La tarde fue la hora de la muerte de Jesucristo; la mañana, la de su resurrección, y el medio día, la de su ascensión. Meditaré, pues, por la tarde la paciencia del Señor en su muerte: anunciaré por la mañana la nueva vida del que resucitó, y le suplicaré al medio día que me oiga, sentado a la diestra de su Padre. (San Agust., Psalm. 54, sent. 77, Tric. T. 7, p. 461.)"

"Vos, Señor, sois el Sacerdote y la víctima: vos sois al mismo tiempo la ofrenda y la oblación. (S. Agust., Psalm. 64, sent. 100, Tric. T. 7, p. 463.)"

"Si son mías las verdades que os anuncio, no me creáis; pero si las dice el mismo Jesucristo, infeliz de aquel que no las creyere. (S. Agust., Psalm. 66, sent. 103, Tric. T. 7, p. 464.)"

"Asistidme, Señor Jesús: pues me decís; no os canséis en el camino estrecho, pues yo le pasé primero y yo mismo soy el camino; yo soy el que guío, por mí mismo guío y a mi mismo os llevo. (S. Agust., Psalm. 70, sent. 114, Tric. T. 7, p. 465.)"

"Nuestra divina cabeza intercede a la diestra de su Padre por todos los miembros, no obstante hay algunos a quienes castiga, otros purifica, otros consuela, otros que cría, otros que llama, otros que corrige y otros que convierte. (S. Agust., Psalm. 78, sent. 130, Tric. T. 7, p. 466.)"

"Jesucristo nos dejó su camino muy estrecho: pero cualquiera otro camino es resbaladizo y peligroso. (San Agust., Psalm. 103, sent. 149, Tric. T. 7, p. 468.)"

"Dios se hizo hombre, para que imitando el ejemplo de un hom-

bre, lo cual es cosa posible podáis llegar a Dios, lo que antes era imposible. (S. Agust., Psalm. 134, sent. 161, Tric. T. 7, p. 469.)"

"Grande miseria es el hombre soberbio; pero mayor misericordia es Dios humillado. (S. Agust., de Cath., rud., c. 4, sent. 14, adic., Tric. T. 7, p. 484.)"

"¿Qué es seguir a Cristo sino imitarle? Pues cada uno le sigue en aquello que le imita? (S. Agust., de Sanct., Virg., c. 27, sent. 28, adic., Tric. T. 7, p. 487.)"

"Hoy, muy amados míos, ha nacido nuestro Salvador: alegrémonos. No debe tener lugar la tristeza cuando es día del nacimiento de la vida; lo cual, quitando el temor de la mortalidad, introduce en nosotros la alegría con las promesas de la eternidad. Ninguno queda separado de la participación de este contento; todos tienen el mismo motivo en el gozo común y general, porque nuestro Señor, que destruyó la muerte y el pecado, así como no halló a alguno que estuviese libre de reato, así también vino a liberar a todos. (S. León Papa. Serm., 21, c. 1, p. 64, sent. 13, Tric. T. 8, p. 385.)"

"Adoran los Magos al Verbo en la carne, a la sabiduría en la infancia, al poder en la flaqueza, y en la realidad de hombre al Señor de la majestad: y para explicar el Sacramento de su fe y de su inteligencia, protestan con los dones que ofrecen lo que creen en sus corazones; le ofrecen incienso como a Dios, mirra, como a hombre mortal, y oro, como a Rey venerando en la unidad de persona las dos naturalezas, la divina y la humana; porque lo que era propio del Hijo de Dios por su esencia, no se había mudado en su persona. (S. León Papa, Serm. 31, in ep., c. 2, p. 113, sent. 21, Tric. T. 8, p. 385.)"

"Levantad vuestros fieles corazones a la brillante gracia de la eterna luz, y venerando los misterios de santidad que Dios dispensa para la salud de los hombres, emplead vuestros afectos en lo mismo que Dios obra en favor vuestro. Absteneos de los deseos de la carne que pelean contra el espíritu. Como el Apóstol nos exhorta presente en sus mismas palabras: Sed niños en la malicia, pues el Señor de la gloria se ha sujetado a tomar la forma de Niño. Seguid la humildad que el Señor se dignó enseñar a sus Discípulos; revestíos del valor de la sabiduría para ganar vuestras almas, pues el que es la redención de todos, también es la fortaleza universal. Sabed las cosas de arriba y no las que están sobre la tierra. Caminad constantes por la senda de la vida y la verdad; no os impidan las cosas terrenas, pues tenéis preparadas las celestiales por nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y

el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén. (S. León Papa, ibid., c. 3, sent. 22, Tric. ibid., p. 385 y 386.)"

"Conozcamos, amados míos, las primicias de nuestra vocación y fe en los Magos que adoraron a Cristo, y celebremos con exaltación de los corazones los principios de nuestra feliz esperanza. Desde entonces verdaderamente empezamos a entrar en la herencia eterna. Desde entonces se nos hicieron patentes los arcanos de las Escrituras que hablan de Jesucristo, y la verdad que la ceguedad de los judíos no recibió, introdujo su luz a todas las naciones del mundo. Honremos, pues, el día que se manifestó el Autor de nuestra salud, y adoremos Omnipotente en el cielo al que los Magos veneraron en la cuna. Y como ellos ofrecieron al Señor las misteriosas especies de sus presentes, saquemos nosotros de nuestros corazones aquellas cosas dignas de Dios. Aunque El es el que da todos los bienes, quiere recibir el fruto de nuestra industria. No llega el reino de los cielos a los dormidos y perezosos, sino a los que trabajan y velan en cumplir los Mandamientos de Dios, para que si no recibimos en vano sus dones, merezcamos con los que nos ha dado conseguir lo que nos tiene prometido. Os exhortamos, pues, a que sigáis lo justo y casto, absteniéndoos de toda obra mala. Los hijos de la luz deben estar muy distantes de las obras de tinieblas. Huid, pues, de los odios; no haya mentira; destruid con la humildad la soberbia: vaya fuera la avaricia; amad la libertad, porque es razón que los miembros digan proporción con la cabeza para merecer acompañarla en las felicidades prometidas por Ntro. Señor Jesucristo, etc. (S. León Papa, Serm. 32, c. 4, sent. 23, Tric. T. 8, p. 386.)"

"Determinando la Providencia de la misericordia de Dios salvar en los últimos tiempos del mundo, quiso poner en Jesucristo la salud de todos los hombres; y cuando el error tenía todas las naciones separadas del culto del verdadero Dios, y aun el mismo pueblo escogido de Israel, despreciando los preceptos de la ley, estaba casi todo envuelto en pecados, al vernos generalmente pecadores, tuvo de todos misericordia. La justicia estaba casi extinguida en el mundo; los hombres sepultados en el vicio y seducidos por la vanidad, estaban a cada momento para oir la sentencia de su condenación, si Dios por su bondad no hubiera diferido el juicio. La ira divina se cambió en mansedumbre, y para que más se conociese la grandeza del favor, concedió a los hombres el perdón general de sus ofensas, cuando ninguno podía poner la confianza en sus propios méritos. (S. León Papa, Serm. 32, sent. 24, Tric. T. 8, p. 387.)"

"Aquel ser que tomó el Hijo de Dios naciendo de la Virgen María, es un motivo poderoso para inclinarse a la devoción; porque a un mismo tiempo se presentan a los corazones justos en una misma persona la humildad humana y la Majestad divina. Al mismo tiempo que la cuna declara tierno Niño, el cielo y cuanto en este se contiene le publican su Creador. Un infante en un pequeño cuerpo es el Señor y Gobernador del mundo; al seno de María está reducido el incomprensible. Pero en estos prodigios está la curación de nuestras heridas y la elevación de nuestro abatimiento; porque si no se juntara en una sola persona tanta diversidad, no pudiera la humana naturaleza reconciliarse con su Dios. (S. León Papa, Serm. 35, c. 1, sent. 28, Tric. T. 8, p. 388.)"

"Los remedios que Dios nos aplicó determinaron nuestra ley, y la misma medicina debe ser el modelo de nuestras costumbres. No carece de misterio que los Magos fuesen guiados por la claridad de una nueva estrella a adorar a Jesucristo: ¿pues no le vieron resucitando los muertos, dando vista a los ciegos, lengua a los mudos, o ejercitando acción alguna del poder Divino, sino Niño, sin palabras, tranquilo, manso y pendiente del cuidado de su Madre. En esto no se ve señal alguna de poder; pero se nos ofrece un grande milagro de humildad. En la misma figura de tan sagrada infancia, cual era la que el Hijo de Dios tomó, estaba entrando por los ojos la predicación que después se había de intimar por los oídos, para que aprendiese con la vista de Dios Niño lo que todavía no enseñaba con los acentos de la voz. (S. León Papa, Serm. 36, c. 2, sent. 29, Tric. ibid., ibid.)"

"Ama Jesucristo la inocencia de los niños desde que El mismo se hizo Niño en el cuerpo y en los afectos. Ama Cristo la infancia, como maestra de humildad, regla de inocencia y modelo de mansedumbre. Ama Cristo la infancia y la propone por ejemplo de costumbres a los hombres ya provectos; quiere que todas las edades se conformen con la sencillez de los niños y que se arreglen a ella los que ha de elevar al eterno reino. (S. León Papa, ibid., sent. 30, Tric. ibid., p. 389.)"

"Pues la Ascensión de Jesucristo es nuestra elevación, y a donde entró primero la gloria de la cabeza, es llamada la esperanza del cuerpo; alegrémonos con recogijos dignos y sea nuestra alegría la devota acción de gracias. No solamente se ha confirmado hoy nuestro derecho al paraíso, sino que de algún modo hemos entrado en el cielo con Jesucristo. (S. León Papa, Serm. 73, sent. 61, Tric. T. 8, p. 397.)"

"El misterio de la Ascensión del Salvador aumenta nuestra fe, y

de tal modo la confianza el Espíritu Santo, que ni las cadenas, ni las cárceles, ni los destierros, ni el hambre, ni el fuego, ni las garras de las fieras, ni los extraordinarios suplicios de los perseguidores, nos aterraron con sus crueldades. Por esta fe pelearon en todo el mundo, hasta derramar su sangre, no solamente los niños, sino también las delicadas doncellas. (S. León Papa, Serm. 73, c. 2, p. 244, sent. 62, Tric. T. 8, p. 397.)"

"Después que Dios se hizo hombre podemos pintar la imagen de su forma humana, su nacimiento de la Virgen, su bautismo en el Jordán, su transfiguración en el Tabor, sus tormentos en la Cruz, su sepultura, su resurrección, su ascensión y expresar todo esto con los colores, como con las palabras. (S. Juan Damasc., Orat. 1, de sinag., sent. 5, Tric. T. 9, p. 292.)"

"Asegura el Apóstol que vosotros sois el cuerpo de Jesucristo, y miembros de sus propios miembros. Conservad, pues, vuestros cuerpos y vuestros miembros con la decencia conveniente, no sea que si los deshonráis con alguna liviandad o alguna pasión, sea a proporción del premio que hubiérais tenido en el cielo, el castigo en el infierno por haberles deshonrado con un abuso indigno y vergonzoso: vuestros ojos son los ojos de Jesucristo; no es lícito hacer que sirvan los ojos de Jesucristo para mirar los objetos profanos ni la vanidad; porque Jesucristo es la misma verdad, a la que no puede menos de ser contraria toda especie de vanidad. Vuestra boca, Cristianos, es la boca de Jesucristo: no debéis, pues, abrirla, no digo para la murmuración, ni las mentiras, pero ni aun para las palabras inútiles. Esta boca consagrada solamente a las palabras con que Dios puede ser alabado y el prójimo edificando, debe abstenerse de toda otra especie de conservación. De este modo debe entenderse todo lo demás, y explicarse según las mismas reglas de prudencia y santidad, cuando se trata de saber el uso que ha de hacer el cristiano de los otros miembros de su cuerpo, que son igualmente miembros de Jesucristo, confiados a su custodia. (S. Anselmo, sent. 39, Tric. T. 9, p. 349 y 350.)"

"Teniendo delante de los ojos el infinito precio de nuestra redención, la muerte del Salvador quiero decir, y la sangre que derramó por el perdón de nuestros pecados; teniendo también a la vista el ejemplo del Buen Ladrón y de otros grandes pecadores, cargados de muchas y enormes culpas, a los que Jesucristo, fuente de las gracias, recibió en su santa santidad, por su grande misericordia, no desesperemos de conseguir el mismo favor; antes bien, con la seguridad del perdón de

los pecados, recurramos con entera confianza a la fuente de la Divina misericordia, en cuyo seno sabemos, y estamos viendo cada día, que han sido recibidos y justificados tantos y tan grandes pecadores. Tengamos por cierto que esta adorable fuente de donde corren las gracias, nos lavará también y nos purificará del pecado, si le renunciamos y procuramos en adelante hacer el bien en cuanto nos sea posible; mas no podemos con solas nuestras fuerzas abstenernos del mal ni practicar el bien que Dios nos manda. Para esto es preciso que nos prevenga y ayude el socorro desde lo alto. Supliquemos, pues, a la inefable bondad de Dios, nuestro piadosísimo Salvador, que se dignó sacarnos de la nada cuando no teníamos ser, que nos conceda la gracia de convertirnos, y la de corregirnos de tal modo de todos nuestros desórdenes, mientras estamos en esta vida, y antes que la dejemos con la muerte, y de purificarnos con tan repetidos ejercicios de compunción y penitencia, que al fin de esta vida mortal podamos ir derechos a El sin obstáculo ni impedimento, para gozar con El aquel día eterno, cuyo sol es el mismo Dios, en la compañía de los Angeles, y de todos los Santos que están ya gozando de su gloria, y gustando una alegría pura y eterna en la posesión de la suprema bienaventuranza. (S. Anselmo, 6, Meditat., sent. 44, Tric. T. 9, p. 352.)"

"Apiadaos de mí, Señor, apiadaos de mí. No permitáis que esta alma culpada, por la cual os dignásteis de nacer de una Virgen, y de morir en la Cruz, se separe de este cuerpo mortal, antes que me comuniquéis la gracia de convertirme perfectamente y la de expiar mis pecados con frutos dignos de penitencia. Haced que yo quede lavado con vuestra sangre adorable, y en el agua de mi llanto, de todos los pecados que he cometido después del bautismo, y casi desde la cuna, así con conocimiento, como por ignorancia, malicia o fragilidad, para que en el día de mi muerte, purificado de todas mis culpas, enteramente corregido, y con las más puras costumbres, me pueda presentar con confianza y alegría ante vuestra Majestad, y contemplar en el exceso de amor y de divinos placeres vuestro adorable rostro, lleno de benignidad y de atractivo, por causa de vuestra inmensa bondad y de vuestra infinita misericordia. (S. Anselmo, 18, Meditat., sent. 48, Tric. T. 9, p. 355.)"

"Por estar corrompida con la culpa toda la naturaleza humana en el alma y en el cuerpo, fue preciso que se uniese a esto Dios, que venía a rescatar el cuerpo y el alma, para que el rescate del hombre correspondiese al alma de Jesucristo, y el del cuerpo, al cuerpo de

Jesucristo. Esto se nos representa cuando se ofrece en el altar pan y vino: recibiendo dignamente aquel pan convertido en el cuerpo del Señor, participa nuestro cuerpo de la inmortalidad de Jesucristo, y nuestra alma se conforma con la de Jesucristo, tomando el vino convertido en su sangre. (S. Anselmo, Ep. 177, lib. 4, sent. 54, Tric. T. 9, p. 357.)"

"Por más que se apodere en mi memoria la recordación de mis maldades, por más que me aterre la horrible consideración de mi vida pasada, hagan otros lo que les parezca conveniente; pero yo siempre sentiré en bondad de la dulzura de mi Señor Jesucristo: siempre pondré mis ojos en su misericordia, porque se y algunas veces experimento en mí, que es mucho más su dulzura para consolar, y mucho más pronta su benignidad para perdonar, que mi iniquidad para delinquir. Bien se que no hay maldad como mi maldad. Mas en paralelo no hay dolor como mi dolor. Si pequé sobremanera, no desespero, porque he llorado sobremanera, por lo cual respiro. Si Dios se irrita con la monstruosidad de mi delito, no hay duda que se mitiga con el dolor de la satisfacción de su Hijo, porque aquel manso e inocente Cordero que calló pendiente en la Cruz como en presencia del que le trasquila, no daba su rostro a los circunstantes furiosos contra El; antes bien, inspiraba dulcemente a los que pasaban por el camino, y le miraban, porque así está escrito: ¡Oh, vosotros, todos los que pasáis por el camino, poned vuestra atención, y ved si hay dolor que sea como mi dolor! (S. Bern., Epist. 385, ad quosdam noviter conversos, sent. 46, adic., Tric. T. 10, p. 362, 363 y 364.)"

"¿Quién podrá dignamente ponderar cuánta humildad, mansedumbre y dignación fue, que el Señor de la Majestad vistiese nuestra carne, fuese condenado a muerte, y afeado en una Cruz? Me dirá alguno: ¿no pudo el Criador haber reparado su obra sin tanta dificultad? Bien pudo, pero escogió renovarla, sufriendo tantas injurias, para que el peor y más odioso vicio, que es el de la ingratitud, no hallase ya ocasión en el hombre. A la verdad, se tomó el Señor muchas fatigas para tener al hombre por deudor de mucho amor y para que la dificultad de la redención hiciese presente la acción de gracias, al que no había hecho devoto la felicidad con que Dios le crió. (S. Bern., Serm. 12, ad quosdam nov. conver., sent. 49, adic., Tric. T. 10, p. 365.)"

Juicio.– "Pues sabemos que ha de ser examinada nuestra vida por un Dios que todo lo ve, y cuya justicia castiga el pecado con una pena

eterna, es muy justo que pongamos todo nuestro conato en adquirir la verdadera inocencia, y que teniendo un perfecto conocimiento de las dificultades que hay para agradar a Dios, y de los tormentos que de lo contrario nos esperan, no sólo muy duraderos, sino eternos, sólo temamos a Aquel soberano Juez a quien también deben temer los que nos juzgan: esto es, que temamos a sólo Dios, y no al Procónsul. (Tertuliano, en la apología, c. 45, sent. 1, Tric. T. 1, p. 195.)"

"Cuando se oye decir mal de un hombre honrado o burlarse de la verdad, sin responder en defensa de uno y otro: ¿quién duda, que este silencio es muy delincuente? Porque oyendo estas murmuraciones o burlas, sin reprender al burlador, se dan motivos para creer que se aprueban como si fueran verdaderas. Por lo cual, Dios a ambos los condenará a una misma pena: al uno por haber dicho el mal, y al otro por haberle escuchado. (S. Efreén., sent. 10, Tric. T. 3, p. 78 y 79.)"

"En las cosas dudosas e inciertas debemos inclinarnos al lado de la humanidad y suavidad, y estar más prontos para absolver, que para condenar a los que hayan faltado, porque el malo siempre es propenso a condenar aun al hombre de bien, siendo así que el hombre de bien apenas se atreve a condenar al malo; porque la persona que no es inclinada al mal, no le sospecha fácilmente de otro. (S. Gregorio Nacian., Orat., 21, sent. 39, Tric. T. 3, p. 358.)"

"Persuadámonos a que Dios no solamente nos ha de pedir cuenta de nuestras acciones y palabras, sino también del empleo del tiempo, hasta de los menores momentos de cada hora. (S. Gregorio Nacian., Orat, 28, sent. 42, Tric. T. 3, p. 359.)"

"Digo que ninguno debe ser más activo, ni más sufrido de lo justo; no debemos por ligereza agregarnos a todos, ni separarnos de todos; pero cuando se manifiesta abiertamente la impiedad, antes nos hemos de precipitar al hierro y al fuego, que tener parte en el mal fermento, ni asentir a los que no están bien dispuestos; mas cuando, lo que inquieta los ánimos es solamente sospecha, o un temor que no tenga algunos fuertes argumentos, entonces más conveniente es la lentitud que la precipitación, y la condescendiente mansedumbre que la arrogancia y tenacidad. (S. Gregorio Nacian., Orat. 8, sent. 4, adic., Tric. T. 3, p. 393 y 394.)"

"Por estar siempre incierto de aquel tiempo en que ha de venir nuestro Juez debemos vivir cada día como si nos hubiera de juzgar en el siguiente. (S. Jerón., lib. 4, c. 24, sent. 191, Tric. T. 5, p. 256.)"

"Huyen los días, y se ocultan de nuestra vida: pasan los años, y ya

ha desaparecido la mayor parte de nuestra vida: no obstante, veamos: ¿Qué bien hemos hecho hasta ahora? ¿Queremos acaso salir de este mundo vacíos y destituidos de toda justicia? El juicio de Dios está a nuestras puertas; en este habíamos de meditar todas las lunas nuevas, y esta es la observación que debíamos hacer siempre que vuelvan los años. (S. Juan Crisóst., Homl. 32, in observant. Novil., sent. 21, Tric. T., 6, p´. 304.)"

"Evitemos todo juicio temerario y no condenemos a nadie. No te ha establecido Dios por árbitro de los otros, ni tienes autoridad para juzgarlos; si con todo eso los condenas en tu entendimiento, ya caes en el pecado, principalmente si los condenas por una simple sospecha, por una ligera acusación, y sin tener alguna prueba. (S. Juan Crisóst., Homl. 42, in Genes, sent. 197, Tric. T. 6, p. 319.)"

"Si sola la cuenta de nuestros propios pecados que tenemos que dar el día del juicio es tan peligrosa y formidable, cuando se añadan a estos los escándalos que habremos causado a nuestros prójimos. ¿qué salvación habrá para nosotros? (S. Juan Crisóst., sent. 250, Tric. T. 6, p. 353.)"

"En el último juicio sería tan exacto el examen que se ha de hacer de los pecados y buenas obras, que ha de llegar hasta de las cosas menores. Y así como habrá castigo para las miradas que no han sido honestas, para una palabra inútil, y para la menor injuria dicha al hermano, también habrá premio para un vaso de agua fría que se haya dado a un pobre, y para un simple suspiro que el pesar de nuestras culpas haya sacado de nuestro corazón. (S. Juan Crisóst., Homl. 31, c. 16, sent. 299, Tric. T. 6, p. 363.)"

"Estamos muy prontos para acusar a nuestros hermanos y condenarlos. Sólo este mal, aunque no cometiéramos otro, sería suficiente para perdernos, porque encierra en sí casi todos los demás. Escuchad sobre esto al Profeta Rey, que dice: Tú hablabas contra tu hermano. Me diréis, yo soy autor de este mal juicio. Yo digo que lo sois pues si no lo hubierais dicho, no lo hubieran sabido los otros, y no hubieran juzgado mal, y aunque pudieran haberlo sabido por otra parte, no dejaríais de ser los autores de su falta, si no procurábais ocultar la falta del prójimo con el velo del silencio. Mas sucede lo contrario, pues con pretexto de honradez y probidad, descubrís sus defectos, y si no sois acusadores y delatores, a lo menos sois burladores y bufones. (S. Juan Crisóst., Homl. 21, c. 12, ad Hebr., sent. 383, Tric. T. 6, p. 383.)"

"Cuando creyéreis el mal que se dice de vuestro prójimo, no debiérais hablar de él, y mucho menos si no lo creéis. Pensad en lo que os toca, y temed que Dios os examine a vosotros. (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 384, Tric. ibid., ibid.)"

"Maldito el hombre que hace con negligencia la obra de Dios. Estas palabras deben servir para que temamos, no solamente en el mal que cometemos, sino también en el bien que hagamos, el terrible e incomprensible juicio del severo Juez. Porque lo que en esta vida nos parece virtud, puede ser que algún día se advierta que es pecado; y que una acción, por la cual se esperaba recompensa favorable, nos ocasione un espantoso castigo. (S. Greg. el Grande, lib. 3, c. 13, p. 85, sent. 5, Tric. T. 9, p. 231 y 232.)"

"Muchas veces llora en sí misma el alma los males que se acuerda haber cometido, no contentándose con dejar la mala vida, derrama para castigarse arroyos de lágrimas; entretanto, cuando se propone delante de los ojos el horror de sus delitos, se halla asustada con la reflexión que hace sobre la severidad de los justos juicios. Se convierte perfectamente: mas no entra todavía en la perfecta seguridad; porque siempre que llega a pensar en el rigor de aquel último examen se ve inquieta y como fluctuante entre la esperanza y el temor: entre la incertidumbre sobre si el justo Juez la imputará o la perdonará sus pecados: porque se acuerda mucho de la gravedad de los que ha cometido, y no sabe si los ha llorado dignamente, y así teme que la enormidad de sus culpas exceda la medida de su penitencia. (S. Greg. el Grande, lib. 4, c. 36, p. 137, sent. 7, Tric. T. 9, p. 232.)"

"Muchas veces estiman los hombres sus acciones con exceso, porque ignoran la exactitud y severidad del juicio secreto que Dios hace. Mas cuando se ve arrebatados sobre sí en la contemplación y miran más de cerca las cosas sublimes, al instante caen de aquella pacífica seguridad en que su presunción les tenía, y tiemblan delante de Dios con mayor susto cuando con más claridad reconocen que las obras que les parecían mejores, no pueden sufrir la rigurosa prueba del examen divino. (S. Greg. el Grande, lib. 5, c. 32, p. 165, sent. 11, Tric. T. 9, p. 233.)"

"Cuando el temor que excita en nuestra alma la vista del riguroso juicio de Dios nos hace llorar nuestras culpas pasadas, la misma violencia del dolor nos hace examinarnos a nosotros mismos con más severidad; hallamos algunas veces en el fondo de nuestros corazones otras llagas ocultas que nos obligan a derramar nuevos torrentes de

lágrimas; porque frecuentemente acontece descubrir más claramente con nuestro llanto, lo que se quedaba oculto con la sequedad y la tibieza; porque un alma tocada del dolor reconoce mejor el mal que ha hecho, y antes se le ocultaba; y percibiendo con sus agitaciones interiores más claramente cuánto se había alejado de la verdadera paz ya en la conmoción saludable descubre los pecados de que se olvidaba en la calma de una paz excesiva. De este modo cuando la amargura de la penitencia se va aumentando, representa continuamente a los ojos de nuestro corazón lleno de confusión santa, la multitud de sus pecados; éste la pinta a su Juez abrasado de furor para castigarle; le amenaza con los últimos suplicios; le asusta y cubre de vergüenza; le reprende vivamente sus desórdenes, y turba de mil modos su funesta y falsa paz; la expone todos los bienes que ha recibido de su Criador, y los males con que ha correspondido a tantos favores. Le hace considerar que El es el Dios que le formó, que le ha conservado en este mundo, que le ha enriquecido con el precioso don de la razón, y el que le ha llamado con su gracia, que muchas veces no ha querido seguir su vocación: que aquella divina misericordia que le llamaba, no le despreció, aun cuando estaba sordo a sus voces y resistía con obstinación; que después de haberle iluminado la luz celestial, se cegó voluntariamente para no verla; que la bondad paternal de su Dios todavía había cuidado de que expiase con castigos los extravíos de su ceguera voluntaria; que su misericordia había borrado con un perdón saludable la aflicción de los trabajos que le había enviado; que no obstante, todavía había continuado en muchas culpas, aunque menores, al mismo tiempo que Dios le ejercitaba con sus castigos; y que por último, con ser tan pecador, no le había abandonado enteramente la divina gracia en el mismo tiempo en que tan poco la estimaba. (S. Greg. el Grande, lib. 8, c. 22, p. 250, sent. 35, Tric. T. 9, p. 241 y 242.)"

"Cuando el hecho es semejante, pero el motivo es distinto, no es razón que se haga el mismo juicio. (S. Bern., Ep. 84, sent. 75, Tric. T. 10, p. 326.)"

"La prudencia que delibera, suspende el juicio. (S. Bern., Serm. de S. Magdad., n. 1, sent. 153, Tric. T. 10, p. 331.)"

"¿Qué hará de los juicios injustos aquel Señor que ha de juzgar las mismas justicias? Vendrá el día del juicio, en que más valdrá el corazón puro, que las palabras de la astucia: y más se estimará la buena conciencia, que los bolsillos llenos de oro; pues aquel Juez no se

puede engañar con palabras ni doblarse con los presentes. (S. Bern., 1, sent. adic., Tric. T. 10, p. 344.)"

"Hijo mío, acuérdate de tus novísimos, y eternamente no pecarás... Considera los principios, atiende a los medios y acuérdate de los movimientos. Los primeros te causan vergüenza; los segundos, dolor; los últimos, te llenan de miedo. Piensa de dónde viniste, y avergüenzate en donde estás ahora, y suspira: a donde caminas, y estremécete. (S. Bern., Serm. 12, ad quosdam noviter convers., sent. 48, adic., Tric. T. 10, p. 365.)"

Justicia.– "Las verdaderas riquezas son la justicia y razón, no se aumentan son la posesión de mayores fondos; son los dones de Dios, que ninguno nos puede quitar. Este inestimable tesoro está depositado en el alma, y es el que verdaderamente puede hacernos felices. El que lo posee, a nada anhela que no esté en su mano, si desea alguna cosa justamente, la consigue de Dios; todo lo tiene el que posee el inmenso tesoro de Dios. (S. Clemente, sent. 7, Pedagogo, lib. 3, c. 1, Tric. T. 1, p. 124.)"

"La justicia en Dios es la plenitud de su divina esencia y la que nos hace ver un Dios perfecto, que reúne las propiedades de Padre y de Señor: es Padre en su misericordia; Señor en su disciplina: Padre por su imperio benigno; Señor por la severidad de su juicio; Padre de un poder dulce y benigno; Señor a quien con razón debemos temer. Debemos, pues, amarle, porque como Padre desea la penitencia de los pecadores. También debemos temerle, porque como Señor condena a los que no se arrepienten. La ley comprende ambas cosas diciendo: Amarás a tu Dios, temerás a tu Dios. Lo primero se dirige a los que observan la ley; lo segundo, a los que la quebrantan. En todo se señala el brazo de Dios, en castigar y sanar: en mortificar y vivificar; en humillar y en ensalzar; en criar los males y en producir la paz. (Tertuliano, lib. 2, c. 1 y 14, sent. 27, Tric. T. 1, p. 203.)"

"En un salmo se dice: Aquel que entra sin mancha en el camino del cielo. Vivir sin mancha de pecado ya es una cosa muy grande; pero no nos hemos de detener aquí, como si hubiéramos llegado al término del viaje; este es el principio del camino, no es el fin: por lo cual se dice después. Y el que obra la justicia, pues no es suficiente pensar, es preciso ejecutar, y el fruto de querer la justicia, es practicarla. (S. Hilario, Psalm. 14, sent. 24, Tric. T. 2, p. 263.)"

"Vuestro soy, salvadme, porque he buscado vuestras justicias. Estas palabras sólo pueden venir de una alma toda aplicada a Dios,

infatigable en el ejercicio de las buenas obras y perseverante en la continencia, ayunos y limosnas. En efecto. ¿cómo hacía profesión de ser de Dios una persona inclinada a la impureza, pronta a la cólera, codiciosa de bienes, entregada al regalo, y deseosa de la gloria y ambición del siglo? porque una persona de estas es más de todas las cosas que de Dios; supuesto que poseída de todas estas pasiones viciosas, más bien se puede decir que es más de aquello a que sirve, que de Dios. Los Gentiles tenían muchos dioses, pero S. Pablo no tenía más que un sólo Dios, de quien todas las cosas vienen, un sólo Señor y Maestro, que es Jesucristo, por quien todas las cosas fueron hechas. El Profeta, pues, asegura, aquí con resolución, que sólo sirve a Dios, y que es suyo, y así le suplica que le salve. (S. Hilario, in Psalm. 118, sent. 30, Tric. T. 2, p. 265.)"

"El Señor es misericordioso y justo. En todos los lugares junto la Sagrada Escritura la justicia de Dios con su misericordia, para enseñarnos que no ejercita una sin otra. De suerte que aun cuando usa de la misericordia, lo hace con alguna justicia, respecto de los que tiene por dignos; y cuando hace justicia le mide y proporciona de algún modo con nuestra flaqueza, templando sus castigos con su bondad, y no nos da el castigo igual a la gravedad de nuestros pecados. (S. Basilio, in Psalm. 114, sent. 11, Tric. T. 3, p. 192.)"

"Hay muchos que parecen justos a los ojos de los hombres, mas pocos son a los de Dios; porque el juicio de Dios es diferente del de los hombres. Miran los hombres lo que aparece; pero Dios considera la verdadera pureza del corazón y la sinceridad de la virtud. (S. Ambrosio, c. 11, sent. 12, Tric. T. 4, p. 315.)"

"El Señor en todo es justo, así en los peligros a que nos expone, como en las pérdidas que nos hace sufrir, y en las venganzas que ejerce sobre nosotros. No solamente lo es, por ser muy justo que cada uno reciba la pena de sus pecados, sino también porque el castigo de un pecador, sirve para la correción de otros muchos. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 66, Tric. T. 4, p. 326.)"

"Todos los que quieren vivir con piedad en Jerusalén padecerán persecución. Todos, dice, a ninguno exceptúa: y a la verdad, unos sufren persecución de la avaricia, otros de la ambición, otros de la soberbia, otros de la impureza: estos son nuestros perseguidores más peligrosos, los cuales, sin herir con la espada, penetran muchas veces nuestro corazón y comúnmente nos vencen más con sus halagos, que con el terror y la violencia; por lo que muchos que lograron la victoria

en el público combate, fueron después vencidos en esta persecución secreta: nosotros, dice el Apóstol, padecemos combates en lo exterior, y en el interior penas y temores. Es molestísima guerra la que se hace dentro del hombre cuando pelea contra sí mismo y contra sus propias concupiscencias. (S. Ambrosio, in Psalm., 118, sent. 72, Tric. T. 4, p. 327 y 328.)"

"Así como hay muchas persecuciones diferentes, hay también muchos diferentes martirios. Todos los días eres testigo y mártir de Jesucristo; cuando viéndote tentado del espíritu de impureza, te resuelves por temor del juicio del Señor, a no herir la pureza de tu alma y de tu cuerpo, eres mártir. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 73, Tric. T. 4, p. 328.)"

"No destruiré la ciudad si hubiere en ella cincuenta justos. Por aquí entendemos qué baluarte es un justo para conservar la patria. (S. Ambrosio, de Abr., c. 15, sent. 9, Tric. T. 4, p. 395.)"

"La vida del justo es mirar como comunes las riquezas que tiene, y aun repartirlas a los necesitados, cortar de sus propias comodidades, moderar el gusto, añadir la parsimonia a la templanza, contenerse en la prosperidad, tener paciencia en las adversidades, tolerancia en el dolor, magnanimidad en los peligros, no pedir perpetua sanidad, no aterrarse con la proximidad de la muerte, no pensar que es más dichoso el que abunda en parientes, en hijos, en salud, en riquezas y alegrías, que aquel a quien todo esto falta; no pesar las felicidades por las exterioridades del siglo, sino por el mérito de la virtud de la familia. (S. Ambrosio de Jacob. sent. 16, adic., Tric. T. 4, p. 367 y 368.)"

"Para el justo no es la muerte fin de la naturaleza, sino de la culpa. (S. Ambrosio, in Psalm. 61, sent. 31, adic., Tric. T. 4, p. 403.)"

"No oye Dios sino lo que le parece cosa digna de contarse entre sus beneficios; pero oye la voz devota llena de piedad y gracia. (S. Ambrosio, in Psalm., 118, sent. 37, adic., Tric. T. 4, p. 405.)"

"Bienaventurados los que padecen hambre y sed de justicia. No basta tener simple deseo de la justicia, es preciso que apriete el hambre de aquel divino alimento: con esta expresión nos da a entender que jamás debemos creer que somos bastantes justos, sino que continuamente hemos de estar hambrientos de las obras de justicia y santidad. (S. Jerón., lib. 1, in Matth., c. 5, sent. 90, Tric. T. 5, p. 254.)"

"Dios quiere la misericordia y la verdad. Si Dios fuera solamente misericordioso, esto mismo nos inclinaría al pecado; si solamente

amara la verdad y a la justicia, ninguno pondría su esperanza en la penitencia. Por lo cual, hay en Dios dos atributos que se atemperan el uno con el otro. Si eres pecador, recurre a la misericordia de Dios, no desesperes; haz penitencia; si eres justo, no seas negligente, porque Dios es clemente y bueno; pero también es justo y ama la verdad. (S. Jerónimo, in Psalm. 83, sent. 110, Tric. T. 5, p. 258.)"

"A un mismo tiempo nos sucede desear la venida del Señor, porque siendo miserables, esperamos su misericordia; y asustarnos al considerarla, porque siendo pecadores tememos su justicia. (S. Paulino, Ep. 19, ad Delph., sent. 11, Tric. T. 5, p. 331.)"

"Sacrificad el sacrificio de justicia. Este sacrificio no pide dinero, cuchillo, altar ni fuego para ser ofrecido; con el corazón del que le ofrece se contenta Dios; para El no es obstáculo la pobreza, ni sirve de impedimento la indigencia, el lugar, ni cosa alguna exterior: en cualquier parte que os halléis podréis ofrecerle a Dios, porque en este sacrificio, vosotros solos sois el sacerdote, el altar, el cuchillo, y la hostia. Es admirable la facilidad que hay en las acciones espirituales, en las cuales no necesitamos ninguna de las cosas exteriores. (S. Juan Crisóst., Homl. in Psalm. 4, sent. 119, Tric. T. 6, p. 322.)"

"Señor, lo que no me deja temer el rigor de vuestra justicia es el que conozco la grandeza de vuestra misericordia. (S. Agust., in Psalm. 43, sent. 58, Tric. T. 7, p. 459.)"

"Con dificultad se hallará una vida inocente y justa a los ojos de aquel Señor, que todo lo juzga por las reglas puras e inviolables de su justicia. (S. Agust., in Psalm. 42, sent. 60, Tric. T. 7, p. 459.)"

"El premio de los justos es el mismo Dios: este es al que aman y quieren, y si aman otra cosa, no será casto su amor. (S. Agust., in Psalm. 72, sent. 117, Tric. T. 7, p. 465.)"

"Ninguno debe presumir de sus propios méritos, ni desconfiar de la misericordia de Dios. Jamás resplandece tanto esta divina misericordia, como cuando el pecador es santificado, y el hombre despreciado adquiere la exaltación. Las gracias del cielo no se miden por la calidad de nuestras acciones. No nos trata Dios, mientras vivimos en este mundo, entre continuas tentaciones, según nuestro mérito. Si aquí atendiera exactamente a todas nuestras iniquidades, ninguno podría sufrir el rigor de sus juicios. (S. León Papa, Serm. 1, sent. 1 Tric. T. 8, p. 382.)"

"Nuestra naturaleza mientras dura la mortalidad, aun cuando haya adelantado mucho en la virtud, es mudable: pero así como tiene en

donde caer, también tiene a donde sublimarse. La verdadera justicia de los perfectos, es no presumir jamás que lo son, para que no suceda que, cesando de andar un camino que no se ha concluido, caigan en el peligro de desmayar en donde dejaron los deseos de aprovechar. Ninguno, amados míos, es tan perfecto y tan santo, que no pueda adquirir mayor perfección y santidad. (S. León, Papa,. Serm. 40, c. 1, sent. 33, Tric. T. 8, p. 389.)"

"La justicia perfecta consiste en no hacer a otros el mal que no quisiéramos que se nos hiciese a nosotros: en desear a todos los hombres lo que deseamos para nosotros, y en amar por amor de Dios, no sólo a nuestros amigos, sino también a nuestros enemigos. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. 89, sent. 6, Tric. T. 9, p. 45.)"

"Cuando en este mundo nos sucede alguna cosa que nos desagrada, debemos sujetar nuestra voluntad al que no puede querer cosas injustas; porque es para nosotros grande consuelo en lo que nos molesta el pensar que sucede por orden y voluntad de Aquel a quien solamente lo que es justo puede agradar. Supuesto, pues, que solamente lo que es justo puede agradar a Dios, y por otra parte padecemos lo que Dios quiere, debemos inferir que es justo lo que padecemos y que es injusto y fuera de razón murmurar en los trabajos que son tan justos. (S. Greg. el Grande, lib. 2, in Job., c. 18, sent. 4, Tric. T. 9, p. 231.)"

"Si los que le sirven no se han hallado firmes, y encontró Dios depravación en sus mismos Angeles, ¿cuándo más consumidos y carcomidos estarán los que habitan en casas de barro y tienen por fundamento la tierra? Como si nos dijera claramente la Escritura, si los que siempre están armados con los pensamientos de la eternidad contra las tentaciones de las cosas temporales que tienen presentes, no pueden caminar por las sendas de esta vida sin contraer alguna mancha, ¿qué estragos no padecerán los que ponen toda su alegría en los placeres y sensualidades de esta habitación de carne? Porque los que le sirven no permanecen estables: quiere decir, que aun cuando el espíritu se quiera elevar a las cosas celestiales, bien presto le abaten y disipan los pensamientos carnales y terrenos. (S. Greg. el Grande, lib. 5, c. 38, p. 171, sent. 13, Tric. T. 9, p. 234.)"

"Cuando los escogidos reconocen, examinando su vida, que en otro tiempo han pecado sin que Dios les haya enviado aflicciones, se ven sobrecogidos del terror, y su alma se turba continuamente con el justo temor en que se hallan, de que la gracia de Dios los abandone

para siempre, porque no tienen en que padecer para expiar sus culpas. Recelan que dilate durante esta vida, los efectos de su venganza, para que los sientan más severamente en la vida futura; desean padecer aquí los golpes de la correción paternal; consideran el dolor de las heridas como un remedio favorable y único para procurarles la verdadera salud. (S. Greg. el Grande, lib. 7, c. 19, p. 220, sent. 28, Tric. T. 9, p. 238 y 239.)"

"Los justos hacen reflexiones frecuentes, ya sobre la grandeza y poder del Juez eterno, y ya sobre sus pecados y su propia miseria. Por una parte hacen la revista de las culpas que cometen en todas sus acciones, y por otra aseguran los bienes que reciben de la gracia de su Criador; consideran con cuánta severidad castiga el mal, y con cuánta exactitud examina el bien; preveen que no pueden evitar la condenación si Dios los juzga sin misericordia; porque la vida que a los ojos de los hombres parece la más justa, delante de Dios es iniquidad, si su bondad no nos excusa, o si nos trata con todo rigor. (S. Greg. el Grande, lib. 8, c. 15, p. 156, sent. 34, Tric. T. 9, p. 241.)"

"Si los justos no reciben como grandes bienes los que les ofrece el mundo, tampoco tienen como grandes males los que les hacen en esta vida. Usando con moderación de los presentes bienes, siempre están temerosos de los males por venir, y gimiendo con la opresión de los presentes males, se consuelan con los amorosos pensamientos de los bienes futuros. De este modo toman los alivios temporales como un caminante la cama de una posada, en la que sólo por algunas horas se detiene, y esto con impaciencia continua y deseo de salir. Descansa en ella su cuerpo, pero está fuera su espíritu, porque aspira sin cesar al lugar de su destino. Por esto los justos no procuran edificar casas ni habitación permanente en un país en que se consideran como extranjeros y caminantes. Solamente desean ser felices en su patria; y así, no quieren buscar la felicidad en un país que contemplan como extraño, al mismo tiempo que los impíos y los pecadores cavan los fundamentos de sus pretensiones en la tierra con tanta profundidad, cuando más distantes se consideran de la patria celestial. (S. Greg. el Grande, lib. 8, c. 54, p. 283, sent. 40, Tric. T. 9, p. 245 y 246.)"

"Feliz y dichoso aquel que tiene las manos limpias de todo regalo, dice la Escritura. Tres especies de presentes o regalos nos prohíbe la Escritura recibir: el primero, es el presente del corazón, que consiste en la estimación humana; el segundo, es el presente de la boca, que consiste en las alabanzas y en la gloria que se recibe de los aplausos

de los hombres; el tercero, es el presente de la mano, que consiste en el precio de los bienes temporales que se dan: pero el justo tiene las manos limpias de todo regalo, porque en todo cuanto hace, no pretende del corazón del hombre la vanagloria, ni de su boca la alabanza, ni de su mano gratificación; de suerte que sólo aquel no comete fraude en la obra de Dios, que ocupándose en la práctica de la virtud, no aspira a recompensas temporales, a los vanos elogios ni al favor y estimación de los hombres. (S. Greg. el Grande, lib. 9, c. 64, p. 112, sent. 44, Tric. T. 9, p. 247 y 248.)"

"Ejerce Dios acerca de los hombres dos especies de juicios en este mundo; porque a algunos les envía los presentes males como un principio de los eternos, a otros los castiga con los males temporales para preservarlos de los eternos. (S. Greg. el Grande, ibid., c. 45, p. 319, sent. 45, Tric. T. 9, p. 248.)"

"Es necesario velar continuamente sobre nuestras acciones y pensamientos; porque no suceda que se enrede nuestro espíritu entre una infinidad de inútiles cuidados de las cosas exteriores, o que no se llene de presunción porque los ha moderado; para que viviendo en esta vida con perpetua circunspección a vista de los severos juicios del Señor, evitemos los suplicios de la eternidad. (S. Greg. el Grande, lib. 9, c. 46, p. 336, sent. 47, Tric. T. 9, p. 248 y 249.)"

"Si más te gusta ser mayor que ser mejor, no esperes premio, sino precipicio. (S. Bern., Ep. 27, ad Ardict., sent. 41, Tric. T. 10, p. 324.)"

"Con el mismo hierro cortan los cirujanos la carne de los Reyes y la de los plebeyos. (S. Bern., Tract. de Offic., c. 4, sent. 46, Tric. T. 10, p. 325.)"

"No puede menos de ser bueno el que agrada a los buenos o desagrada a los malos. (S. Bern., Ep. 148, sent. 59, Tric. T. 10, p. 325.)"

"Uno y otro agradan a Dios; el pecador compungido y el justo devoto; pero tanto le desagrada el justo ingrato, como el pecador confiado. (S. Bern., Serm. de Divin., n. 4, sent. 158, Tric. T. 10, p. 331.)"

"Los bienes de la conciencia reverdecen: no se secan con los trabajos, no se desvanecen con la muerte, sino que reflorecen, alegran al que vive, consuelan al que muere, y después de muerto, le dan refrigerio, y no falta en toda la eternidad. (S. Bern., Ep. 373, ad Thom. Praepos, sent. 41, adic., Tric. T. 10, p. 361.)"

L

Lengua murmuradora.– "A tres géneros de personas comunica el murmurador el contagio de sus calumnias, porque hiere al mismo tiempo a aquel de quien habla mal; a aquellos en cuya presencia dice mal, y a sí mismo que le está diciendo. (S. Basilio, Ep. 75, sent. 79, Tric. T. 3, p. 204.)"

"Hay más exploradores de lo que se dice, que discípulos de lo que se enseña: ya no se procura la doctrina de la palabra de Dios para edificación de los asistentes, sino para blanco de los calumniadores. (S. Basilio, Homl. 9, sent. 10, adic., Tric. T. 3, p. 382.)"

"Aprenda el murmurador, viendo que le escucháis con repugnancia, a no murmurar tan fácilmente. (San Jerón., Ep. ad Nepot. 25, sent. 7, Tric. T. 5, p. 240.)"

"La falta murmuración apenas dura: la vida que hace cada uno es la mejor justificación de lo que ha pasado; apenas es posible acabar la carrera de esta vida sin recibir algún golpe de la murmuración; el vano consuelo de los vanos, siempre ha sido hablar mal de los buenos: ridículamente se persuaden a que la multitud de los que pecan disminuye y encubre sus propios pecados; pero muy pronto se apaga la llama que la murmuración enciende, si no la sustenta los defectos de nuestra vida. (S. Jerón., sent. 16, Tric. T. 5, p. 241.)"

"Ni se ha de murmurar de lo bueno que hay en nuestros enemigos, ni alabar en nuestros amigos lo que es malo; y solamente se ha de hacer juicio de los hombres por el mérito de las cosas, y no por las personas. (S. Jerón., c. 84 ad Pammach., sent. 49, Tric. T. 5, p. 247.)"

"Palabra ociosa es la que no trae utilidad alguna, ni al que la dice, ni al que la oye; mas cuando se dicen necedades y chistes que excitan a carcajadas de risas, o palabras que envuelven alguna deshonestidad, entonces no somos culpables solamente de palabras ociosas, sino de

palabras pecaminosas. (S. Jerón., in c. 12, Matth., sent. 98, Tric. T. 5, p. 256.)"

"Se debe hablar poco, y con tal moderación, que más parezca que hablamos por necesidad, el que por placer de la conversación. (S. Paulino. Ep. ad Celantiam, in Append., sent. 23, Tric. T. 5, p. 332.)"

"Antes de hablar, pensad bien en lo que vais a decir, y cuidad antes de abrir la boca, que no salga de ella palabra de que os tengáis que arrepentir. De este modo es preciso que vuestros pensamientos pesen todas vuestras palabras, y que vuestro juicio sea una justa balanza que arregle los movimientos de la lengua. (S. Paulino, Ep. ad Celantiam, in Append., sent. 24, Tric. T. 5, p. 332.)"

"¡Ojalá nos tenga Dios por dignos de ser maldecidos, murmurados y pisados, y aun de que nos quiten la vida por el nombre de Jesucristo, con tal de que no muera en nosotros Jesucristo! (S. Paulino, Ep. 6, ad Sev., sent. 11, adic., Tric. T. 5, p. 362.)"

"Nadie me diga, yo no murmuro sino cuando es verdad lo que digo;pues aunque el mal que decís de vuestro prójimo sea verdad, siempre es pecado decirlo. (S. Juan Crisóst., Homl. 3, sent. 9, Tric. T. 6, p. 301.)"

"Aunque comiésemos nuestro pan con la ceniza, nos sería inútil toda esta mortificación, si no nos abstenemos de murmurar de nuestro prójimo; pues, como dice nuestro Señor: Lo que mancha al hombre no es lo que entra en la boca, sino lo que la sale de ella. (S. Juan Crisóst., Homl. 3, sent. 10, Tric. T. 6, p. 302.)"

"No me digáis acerca de las cosas secretas, que no se deben divulgar: yo sólo he dicho a fulano, porque, así como no os habéis contenido en decirlo, debéis temer que también lo dirá aquel a quien vosotros las comunicáis. (S. Juan Crisóst., Homl. 39, Orat. 6, sent. 29, Tric. T. 6, p. 306.)"

"No debemos hablar sino cuando nuestras palabras pueden ser más útiles que nuestro silencio. (S. Juan Crisóst., in Psalm. 140, sent. 142, Tric. T. p. 326.)"

"Si queréis saber el mal que hay en las conversaciones domésticas, no tenéis que hacer otra cosa sino advertir con cuanta vergüenza y confusión os escuchan. Por lo cual no hay cosa más despreciable e infame que hablar de este modo, y las personas que lo ejecutan, merecen ser colocadas con los farsantes y prostitutas. (S. Juan Crisóst., Homl. 6, c. 5, ad Corint., sent. 334, Tric. T. 6, p. 373.)"

"El que murmura, es ingrato a Dios, y la ingratitud para con Dios,

es una especie de blasfemia. (S. Juan Crisóst., Homl. 8, Ep. ad Philip., sent. 352, Tric. T. 6, p. 377.)"

"He empezado a sentir más el haber callado lo que debiera decir, que lo que había sentido el haber dicho lo que debiera haber callado. (S. Agust., Psalm. 38, sent. 44, Tric. T. 7, p. 458.)"

"Siempre hay riesgo en juzgar a nuestro prójimo en las cosas que sólo Dios conoce: a este Señor se ha de dejar el juicio. Mas podemos y debemos reprender a nuestros hermanos cuando sus faltas son públicas y notorias; bien que siempre con caridad y amor, aborreciendo el vicio, y no al pecado. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. 26, sent. 4, Tric. T. 9, p. 44.)"

"Palabra ociosa es aquella que carece del motivo de justa severidad, o de la intención de pía utilidad. Si hemos, pues, de dar cuenta de la palabra ociosa, consideremos cual será la pena que se dará por el mucho hablar en lo cual se peca también con palabras perniciosas. (S. Greg. el Grande, Part. 3, Admonit. c. 13, sent. 13, adic., Tric. T. 9, p. 382.)"

"No despedacéis la reputación del prójimo; no ensuciéis vuestra boca refiriendo los pecados de otros. Compadeceos del mal que el pecador se hace a sí mismo, en lugar de publicar su vergüenza. Temed que os sucede lo que tan ligeramente censuráis en otros. La detracción es mayor delito que lo que se piensa; la detracción arrastra a la condenación más horrible. No hay cosa más indigna ni más vergonzosa que este vicio. No la hay más infame ni que más deshonre. Es propiedad de los perros morder y despedazar con rabia, y manchar su lengua entre la suciedad más inmunda. (S. Anselmo. Exhort. ad contemptum temporalium, sent. 23, Tric. T. 9, p. 345.)"

"El hombre vicioso no se escapa de la censura y murmuración de sus semejantes. (S. Bern., 1, de Consid., c. 10, sent. 126, Tric. T. 19, p. 329.)"

"Siempre es útil guardar la boca, mas debe ser de tal modo que no falte la gracia de la afabilidad. (S. Bern., 4, de Consid., c. 6, n. 23, sent. 148, Tric. T. 10, p. 331.)"

"En todas partes se ha de refrenar la lengua, fácil a precipitarse, más sobre todo en los convites. (S. Bern., ibid., sent. 149, Tric. T. 10, p. 331.)"

"No resolveré fácilmente cuál es el daño mayor: si murmurar o escuchar al que murmura. (S. Bern., 2, de Consid., n. 22, sent. 152, Tric. T. 10, p. 331.)"

Limosna.– "Como no se disminuye el agua de un pozo por más que se extraiga, así se aumentan los fondos de aquel que hace limosna, puede compararse la limosna a la abundancia de la leche que dan los pechos de una madre amorosa, porque cuanto más la saca el niño necesitado, más acude. (S. Clemente, c. 7, lib. 3, sent. 8, Tric. T. 1, p. 125.)"

"Los que tienen un verdadero deseo de ejercitar la caridad, aunque no puedan cumplirlo, recibirán de Dios la misma recompensa que los que la ejercitan verdaderamente: la voluntad es igual en ambos, aunque sean desiguales las facultades. (S. Clemente, sent. 11, lib. 4, Tric. T. 1, p. 125.)"

"El bienaventurado Apóstol San Pablo llama sacrificios a las obras de caridad para con el prójimo; porque compadecerse de los pobres y hacerles bien, es dar a usuras al mismo Dios: repartir con los más pequeños, es dar al mismo Dios, y ofrecerle un sacrificio espiritual de buen olor que le agrada mucho. (S. Cipriano, lib. de la limosna, sent. 25, Tric. T. 1, p. 302.)"

"Los muchos hijos que tengo, me dirá alguno, me impiden para que yo haga grandes limosnas; mas esto es tan al contrario, que eso mismo os debe obligar a ser más limosneros: pues cuantos más hijos tenéis, más son las personas por quienes debéis rogar a Dios, y más almas habrá que purificar, y más por quienes trabajar para que el Señor les de la salud eterna. (S. Cipriano, lib. de la limosna, sent. 32, Tric. T. 1, p. 305.)"

"La limosna tiene un no se que de divino y excelente; ella es el consuelo de los fieles, prenda de la seguridad de nuestra salvación, fundamento de nuestra esperanza, escudo de nuestra fe, y remedio de nuestras culpas. (S. Cipriano, ibid., sent. 33, Tric. ibid., ibid.)"

"en nuestros hermanos cautivos debemos contemplar a Cristo y redimir del peligro de la cautividad al que nos redimió del peligro de la muerte, para que Aquel que nos sacó de las fauces del demonio, ahora, El mismo que está y habita entre nosotros, salga de entre las manos de los bárbaros, y se redima con cierta cantidad de dinero, al que nos redimió en la cruz con el caudal de su sangre. (S. Cipriano, Ep. 60, ad Episc. Numid., sent. 6, adic., Tric. T. 1, p. 379 y 380.)"

"Dichoso es aquel que atiende con ojos atentos al pobre y al necesitado. Según uno de los sentidos de estas palabras, se puede decir que son una sentencia que exhorta a la ternura y compasión para con los pobres, porque conviene compadecerse de la miseria de los

infelices, y darles el socorro que necesitan: considerando que Dios que los hizo pobres, los ha reducido a aquel estado para ejercitarlos a ellos a la pobreza, y obligar a los ricos a que den pruebas de sus buenes resoluciones, dando limosna a los necesitados. Porque el rico se prueba con el pobre, y se advierte si vive sin consideración, compasión y ternura, o si es humano e inclinado a obras de caridad. (Eusebio de Cesárea, sent. 3, Tric. T. 2, p. 83.)"

"Dice el Apóstol: Lo que tenéis demás, dése a los pobres para aliviarles en su necesidad. Esto es, que si ocultamos y reservamos alguna cosa de nuestros bienes después de haber tomado lo necesario para la vida y el vestido, hemos de dar cuenta el día del juicio, y recibir un castigo semejante al que merecen los homicidas; porque habiendo podido con ese dinero libertar de la muerte a muchos de nuestros hermanos, hemos despreciado esta obligación. (S. Atanasio. Quaest., 69, sent. 11, Tric. T. 2, p. 174.)"

"Si me preguntan como se podrán llamar a las limosnas que se dejan a los pobres en la muerte, respondo que se las podrá llamar sacrificios muertos. No obstante, si el que las hace ha sido misericordioso con los pobres durante su vida, las limosnas que hace cuando muere no dejan de ser recibidas de Dios con agrado. (S. Atanasio, in Matthaeum., Quaest. 90, c. 4, sent. 12, Tric. T. 2, p. 174.)"

"Si me preguntan si es permitido a los Príncipes y Jueces recibir presentes, y emplearlos en alivio de los pobres, respondo, que cuando se aceptan de los que hemos favorecido en algunas cosas de importancia, si ellos voluntariamente los ofrecen, no será malo recibirlos para distribuirlos a lo pobres, pero recibir presentes de los labradores y gentes trabajadoras que ganan el alimento con el sudor de su rostro, es granjearse los fuegos y tormentos del infierno: aunque se emplearan en toda especie de obras buenas, según aquellas palabras de la Santa Escritura. El fuego devorará las casas de los que reciben presentes. (S. Atanasio, Quaest. 116, sent. 14, Tric. T. 2, p. 174 y 175.)"

"Deseáis veros llenos de la gracia del Espíritu Santo, y no llenáis a los pobres del alimento que necesitan. Pedís las cosas grandes y no comunicáis las pequeñas. (S. Cirilo de Jerusalén, Cath. 3, sent. 2, Tric. T. 2, p. 336.)"

"No apartéis los ojos del que quiera que le deis prestado. Advertid que el mismo pobre que os pide limosna, la pide por medio de empréstito; porque mostrándose a Aquel rico que está en el cielo, dice que os dará por su mano lo que hubiéreis adelantado; según aquellas palabras de la Escritura. El que da al pobre presta a Dios a intereses.

La seguridad, pues, que nos da Dios es el reino de los cielos, en esto se empeña. (S. Basilio, in Psalm. 14, sent. 4, Tric. T. 3, p. 191.)"

"Si cada uno guardara para sí lo que necesita para la propia necesidad, y lo demás lo distribuyese en los pobres, a la verdad que no habría ricos ni pobres. (S. Basilio, in ditescentes, sent. 14, Tric. T. 3, p. 193.)"

"¿Creéis que Dios es injusto por haber repartido con desigualdad en el mundo lo necesario para la vida, y por qué el uno es rico y el otro es pobre? Sabed que Dios lo arregló así para que el uno pudiese recibir la recompensa de su liberalidad y fiel administración, y el otro fuese coronado en premio de su paciencia. (S. Basilio, ibid., sent. 15, Tric. T. 3, p. 193.)"

"He visto a muchos que ayunaban, oraban y suspiraban por el arrepentimiento de sus pecados, y por último , que manifestaban todas las señales de la piedad cristiana, pero sin costarles cosa alguna, y sin dar un dinero a los pobres. ¿De qué les servía la práctica de otras virtudes? Pues es cierto, que sin la limosna todo lo demás no puede abrir la entrada al reino de los cielos. (S. Basilio, ibid., sent. 16, Tric. T. 3, p. 103.)"

"Aquel que tiene más bienes que los precisos para las necesidades de la vida, tiene obligación por precepto del Señor, que le dio todo lo que tiene, a emplearlos en el alivio ajeno. (S. Basilio, Reg. 48, c. 2, sent. 42, Tric. T. 3, p. 197.)"

"Para negar al pobre que pide, alegas mil ocasiones de gastos. Pero ¿qué responderá al Juez, si vistiendo las paredes no vistes al pobre? (S. Basilio, sent. 6, adic., Tric. T. 3, p. 381.)"

"Si se debe dar la vida por los amigos, ¿qué diremos de los bienes que son de menor precio? (S. Basilio, Interrog. 162, resp., sent. 14, adic., Tric. T. 3, p. 383.)"

"Los que siendo nobles caen en la pobreza, son más infelices y más dignos de compasión que aquellos que se han acostumbrado en todo tiempo a la miseria; por lo cual debemos tenerles más compasión e inclinarnos más a su asistencia. (S. Greg. Nacian., Orat. 16, sent. 28, Tric. T. 3, p. 356.)"

"Una de dos: o abandonar todos nuestros bienes por Jesucristo, para seguirle verdadera y sencillamente llevando su cruz, o repartir de nuestros bienes con El para que los que nos restan para nuestra decencia y necesidad, puedan quedar santificados con la porción que damos a los pobres. (S. Greg. Nacian., ibid., sent. 29, Tric. T. 3, p. 356.)"

"Dad a lo menos alguna cosa al pobre; porque eso poco será mucho para aquel a quien todo le falta; y el mismo Dios lo contará por mucho, si es lo proporcionado a vuestras fuerzas. (S. Greg. Nacian., ibid., sent. 30, Tric. T. 3, p. 356.)"

"¿Pensáis acaso que la liberalidad con los pobres es cosa libre, y no de obligación? ¿Que es puro consejo y no precepto? También yo lo desearía y lo creería como vosotros, si no me tuviera asustado aquella separación a la izquierda, que ha de hacer el Juez eterno de los cabritos que nombra en su Evangelio, y por las reconvenciones espantosas con que confundirá a los réprobos, no porque robaron los bienes ajenos, sino porque no emplearon bien los propios, socorriendo a Jesucristo en sus pobres. (S. Greg. Nacian., ibid., sent. 31, Tric. T. 3, p. 356.)"

"La prontitud y alegría en dar limosna es cosa más excelente y perfecta que la limosna misma. (S. Gregorio Nacian., Orat., 19, sent. 34, Tric. T. 3, p. 357.)"

"En la dificultad de distinguir los verdaderos pobres, más vale dar a los que no lo son, que privar del alivio a los que lo necesitan, cuando no hay otro recelo, sino el de dar limosna a los que no la merecen. (S. Greg. Nacian., ibid., sent. 35, Tric. T. 3, p. 357.)"

Todo cuanto es superfluo y excede el uso de lo perteneciente a la vida como necesario, es materia de intemperancia. (S. Greg. Nacian., Orat. 38, sent. 44, Tric. T. 3, p. 359.)"

"Al que no fuere misericordioso le argüirá Dios: no has traído a este siglo eterno la humanidad, no tienes lo que no tuvistes, no hallas lo que no depositaste, no coges lo que no repartiste, no segarás lo que no sembraste. Sembraste aspereza, ahí tienes la cosecha; cultivaste el rigor con el pobre, toma lo que escogiste; no te has condolido de nadie, no será mirado con misericordia; esta huirá de ti. ¿Te daba fastidio el pobre? Ahora le causarás tu al que por ti se hizo pobre. Cuando esto te se diga, ¿en dónde estará el oro? ¿En dónde la resplandeciente vajilla? Y ¿de qué te servirá todo eso para remediar aquel llanto y aquel crujido de dientes? ¿Quién apagará aquella llama? ¿Quién te quitará aquel gusano que jamás ha de morir? (S. Greg. de Nisa, in Eccles. II. 2, sent. 10, adic., Tric. T. 4, p. 359.)"

"Leemos en la Escritura: No digas al pobre que te pide limosna, mañana te daré. Si Dios no puede sufrir que digáis al pobre, mañana te daré, ¿cómo sufrirá que le digáis, no quiero darle? Propiamente hablando, no dais al necesitado lo que es vuestro, sino lo que es suyo.

Los bienes que estáis usurpando para vosotros solos, los ha dado Dios para el uso común de los hombres. A todos, y no solamente a los ricos pertenece la tierra, por más que sean más los que no gozan de estos bienes que se les habían dado, que los que los disfrutan... No dais, pues, a los pobres sino lo que en el orden de Dios es suyo: aun por esto dice la Escritura: Abrid vuestro corazón al pobre, y dadle lo que le debéis. (S. Ambrosio, de Nab., c. 12, sent. 34, Tric. T. 4, p. 320.)"

"Si es grande mal no dar limosna a los extraños, ¿cuánto mayor será sin comparación negarla a los padres? Me diréis que queréis mejor, darla a la iglesia, que a vuestros padres: guardaos mucho de decir esto, porque Dios no recibe dádivas que le vienen del hambre que padecen vuestros padres. (S. Ambrosio, lib. 8, c. 17, sent. 89, Triuc. T. 4, p. 331.)"

"Es orden de Dios que alimentéis a vuestros padres con preferencia a todos los otros pobres, porque si según la ley divina, los ultrajes que se hacen a un padre son dignos de muerte, ¿cómo no merecerá mayor castigo el hambre que se les hace sufrir, lo cual es más cruel que la misma suerte? (S. Ambrosio, ibid., sent. 90, Tric. T. 4, p. 331.)"

"No se ha de examinar simplemente cuánto es lo que se da a los pobres, sino que bienes tiene el que da, y el espíritu con que los reparte. (S. Ambrosio, in Epist. 2, ad Corin., c. 29, sent. 99, Tric. T. 4, p. 333.("

"La perfección de la limosna, es ocultarla con el velo del silencio, y socorrer con tanto secreto las necesidades de los pobres, que nadie pueda alabarnos. (S. Ambrosio, de doctrin. fidei, c. 30, sent. 127, Tric. T. 4, p. 339.)"

"Las mayores limosnas consisten en redimir los cautivos, principalmente los que están en poder de los bárbaros; los cuales, por no tener en el corazón sentimiento de humanidad que los inclinen a la misericordia, solamente por avaricia y por aprovecharse del rescate, reservan a estos infelices. Las limosnas principales después de estas, son pagar por los que no tienen medios, cuando los instan los acreedores, cuando la deuda es legítima y la miseria de los deudores se ve destituída de toda asistencia; alimentar los niños pobres; proteger los pupilos, y por último, casar las doncellas huérfanas para conservarlas en la pureza; asistiéndolas no sólo con el cuidado, sino también con la hacienda. (S. Ambrosio, de doctrin. fidei, c. 15, sent. 132, Tric. T. 4, p. 340.)"

"No sin causa aquel Dios que es bueno y justo os impuso la obligación de dar a los pobres, y quiso que los pobres tuviesen la necesidad de pedir. Reconoced que sois depositarios de los bienes del Señor para con otros siervos suyos; y no penséis que la tierra produce sus frutos sólo para satisfacer a nuestra gula y sensualidad. Reconoced que los bienes que poseéis se os han entregado, más para dispensarlos que para retenerlos. Vosotros hacéis vuestro gusto por poco tiempo, y abusáis de ellos cuando los hacéis servir a la sensualidad; pero en pasado este vicio con la vida, os llamará Dios a su presencia para que deis la más exacta cuenta de vuestra administración. (S. Ambrosio, Serm. 81, sent. 151, Tric. t. 4, p. 345.)"

"¡Qué vergüenza es para nosotros negar a nuestros hermanos el pan de la tierra, al mismo tiempo que recibimos en nuestras bocas el pan del cielo! (San Ambrosio, ibid., sent. 152, Tric. ibid., ibid.)"

"No es menor delito quitar los bienes al que los tiene, que negárselos a quien le faltan, cuando nosotros estamos abundantes y podemos dar. (S. Ambrosio, ibid., sent. 153, Tric. ibid., ibid.)"

"Te gustan los preciosos adornos, cuando otros no tiene pan. ¡Oh poderoso! ¿Qué terrible juicio te preparas? El pueblo padece hambre, y tú cierras tus graneros.. Infeliz es aquel que tiene poder para librar de la muerte tantas vidas y le falta la voluntad. El diamante de tu sortija puede conservar la vida de todo un pueblo. (S. Ambrosio, de Nabot., c. 13, sent. 23, adic., Tric. T. 4, p. 400.)"

"No darás a tu prójimo para que te vuelva más: esta sentencia de Dios excluye todo argumento.(S. Ambrosio, de Tob., c. 25, sent. 25, adic., Tric. T. 4, p. 401.)"

"No me tengáis por hombre que esté mal con vuestras utilidades. ¿Os parecerá que os quito el deudor que teníais en ese hombre? Pongo en su lugar a Jesucristo. Os señalo al que no es capaz de fraude: dad a Dios en las manos del pobre vuestros dineros e intereses. A éste le tenéis que encarcelar; pero a Dios siempre le tenéis seguro... su mismo Evangelio es la Escritura. (S. Ambrosio, ibid., c. 16, sent. 26, adic., Tric. T. 4, p. 401.)"

"Bien se que algunos han dicho... qué es lo que pretendía el Obispo tratando de los usureros: ¡Cómo si hubiéramos introducido algún uso nuevo y no fuera muy antiguo el de prestar a intereses! Es verdad, no lo niego; pero es antiguo el pecado... desde que hubo Eva, hubo culpa. (S. Ambrosio, biid., c. 23, sent. 26, adic., Tric. T. 4, p. 401.)"

"Si tenéis alguna cosa más que lo necesario para la vida y el

vestido, dadlo al pobre, conociéndoos en esto mismo sus deudores. (S. Jerón., sent. 58, Tric. T. 5, p. 248.)"

"Contentémonos con tener para vivir y vestirnos, y empleemos en el sustento y necesidad de los pobres todo lo demás que tenemos. (S. Jerón. in Ecclesiastem. c. 3, sent. 81, Tric. T. 5, p. 253.)"

"Bienaventurados los misericordiosos. La misericordia no sólo tiene por objeto la limosna, sino también todos los defectos de nuestros hermanos, si los unos llevamos la carga de los otros. (S. Jerón. lib. 1, in Matth. c. 7, sent. 91, Tric. T. 5, p. 254 y 255.)"

"Pudiera alguno excusarse de hacer limosna, y decir: Mi pobreza me lo impide, yo no puedo ejecutar la hospitalidad. Pero nuestro Señor nos quieta este vano pretexto con el precepto tan fácil de observar, como es dar con todo el corazón un vaso de agua fría; con toda expresión dice agua fría, y no agua caliente, para que ninguno pueda excusarse porque le falta la leña por su mucha pobreza. (S. Jerón., in c. 10, Matth. sent. 97, Tric. T. 5, p. 256.)"

"Cuando damos, no debemos considerar nuestra limosna como un bien que viene de nosotros, sino que nos vino puramente de la liberalidad de Dios. Tampoco debemos dar al pobre simplemente como a un pobre, sino como quien da a un hermano, considerando que si nosotros le damos de los bienes de la tierra, el nos procura los del cielo; porque el pobre nos da más que recibe. Nosotros solamente le damos el pan que se consume en un sólo día, y él nos dará por este pan un reino eterno. (S. Jerón., in Psalm. 133, sent. 115. Tric. T. 5, p. 259.)"

"Cuando dais la limosna, tenéis más obligación de dar gracias a Jesucristo, que la que resulta en el pobre de agradeceros lo que recibe: pues es preciso confesar, que los pobres nos grangean grandes beneficios; porque la limosna extingue en nosotros los pecados que de otro modo no pudiéramos lavar, según aquellas palabras de la Escritura: Así como el agua apaga el fuego, así la limosna extingue los pecados. En este particular tiene la limosna el efecto del bautismo. (S. Jerónimo, in Psalm. 133, sent. 116, Tric. T. 5, p. 259.)"

"No miréis la limosna como pérdida, sino como ganancia; ni como dispendio, sino como comercio; porque recibís más de lo que habéis empleado. Solamente dais pan, y recibís la vida eterna; dais los vestidos que se gustan, y recibís la vestidura de la inmortalidad; dais una pieza de vuestra casa, y recibís el reino del cielo; dais las cosas perecederas, y recibís las permanentes y eternas. (S. Juan Crisóst., Homl. 8, sent. 27, Tric. T. 6, p. 305.)"

"La limosna es una cosa admirable; gustemos, pues, de practicarla, porque no tiene igual. Tiene la limosna poder para borrar los pecados, y oponerse a nuestra condenación. Aun cuando estáis callando, ella levanta su voz y habla por vosotros; de este modo no necesitáis hablar, porque las bocas de los pobres gritan en alta voz por vosotros. No obstante ser la limosna tan excelente, somos cobardes y negligentes en practicarla. Dad a los pobres pan, según vuestro poder, y si no le tenéis, dad un dinero; si aun esto no tenéis, dad por lo menos un vaso de agua fría; aun cuando esto no podáis, compadeceos de la miseria de los pobres y afligidos, que no os faltará el premio. (S. Juan Crisóst., Homl. 57, de penit. 3, sent. 33, Tric. T. 6, p. 306.)"

"No consiste la virtud de la limosna en dar, sino en repartir del modo y con el fin que Dios nos manda. (S. Juan Crisóst., Homl. 19, c. 6, sent. 46, Tric. T. 6, p. 308.)"

"Los pobres, me decís, están inventando todos los días mil falsedades. Eso mismo los hace más dignos de compasión; porque la necesidad a que se ven reducidos, los pone en el extremo de tener que mentir para vivir. Les decís muchas veces en su cara: ¿no te he dado ya muchas veces? ¿Pues qué, hermanos, ese pobre no ha de vivir hoy porque ha vivido ayer? (S. Juan Crisóst., Homl. 36, sent. 58, Tric. T. 6, p. 310.)"

"Cuando vemos un pobre, traigamos a la memoria que dijo Jesucristo: Que a El mismo se le da limosna. Aunque no es realmente Jesucristo el que se nos pone delante, Jesucristo es el que pide y recibe nuestras limosnas bajo la figura de aquel pobre. (S. Juan Crisóstomo, Homl. 89, sent. 76, Tric. T. 6, p. 313.)"

"Contentémonos con el alimento y el vestido, como nos enseña el Apóstol: porque es preciso dar a los pobres lo que exceda a las necesidades de esta vida. (S. Juan Crisóst., Serm. 18, sent. 208, Tric. T. 6, p. 341.)"

"Si tenéis con qué hacer limosna, dadla a los pobres, si no tenéis medios, no os obliga Dios a que la deis; si no te´neis pan, vestidos o dinero, que repartir con los necesitados, postraos delante de Dios, herid vuestro pecho, derramad lágrimas, gemid, llorad, levantad las manos al cielo y a los ojos a Dios, ayunad y velad. Todo hombre, por pobre que sea, puede hacer esto, y no tiene pretexto para excusarse. Procurad, pues, ofrecer estas cosas al Señor y en todo tiempo. (S. Juan Crisóst., Serm. de Pseudoproph., sent. 249, Tric. T. 6, p. 351.)"

"Jamás os dejen las limosnas y la fe. No dice el Apóstol, haced

limosna una vez, diez o cien veces, sino siempre: y no dice, no dejéis las limosnas, sino no os dejen; para que entendamos que nosotros necesitamos de las limosnas, y no ellas de nosotros, y para enseñarnos que no debemos omitir diligencia alguna para retenerlas con nosotros: por lo cual nos dice la Escritura: Ponedlas alrededor de nuestro cuello. (S. Juan Crisóst., in Ep. ad Philip. Praef., sent. 348, Tric. T. 6, página 376.)"

"No os preguntará Dios algún día, si habéis dado mucho, sino que examinará si habéis dado a proporción de vuestros bienes; y si halla todo lo contrario, todo lo que habéis dado, será en presencia de Dios un juguete y una burla. (S. Juan Crisóst., Homl. 8, Ep. ad Colon., c. 3, sent. 356, Tric. T. 6, p. 377.)"

"Todo lo hace puro la limosna; esta excede al ayuno, y al dormir en tierra. Aunque estas penitencias sean más molestas y laboriosas, la limosna es de más lucro; ilumina al alma, la nutre y la hermosea. (S. Juan Crisóst., Homl. 80, sent. 7, adic., Tric. T. 6, p. 453.)"

"Confiáis a la tierra vuestra hacienda, y esta os vuelve más: ¿receláis, acaso, que la perderéis si la dais a Jesucristo? (S. August., Psalm. 32, sent. 38, Tric. T. 7, p. 457.)"

"Si tenéis muchos hijos a quienes asistir, cuenta uno más, dando también alguna cosa a Jesucristo. (S. August., Psalm. 38, sent. 47, Tric. T. 7, p. 458.)"

"En el destino de vuestros bienes, ¿qué es lo que guardáis para Jesucristo, y qué es lo que guardáis para vuestros hijos? Entre los que tenéis sobre la tierra contad con ellos un hermano que tienen en el cielo, y ya que debieran, cederle toda la herencia, a lo menos repartan con El. (S. Agust., Psalm. 48, sent. 64, Tric. T. 7, p. 460.)"

"No despreciéis a pobre alguno que os pida limosna, dadle lo que podáis, y sin nada podéis, a lo menos manifestadle la compasión y la benignidad. (San Agust., Psalm. 103, sent. 147, Tric. T. 7, p. 468.)"

"Jesucristo os está secretamente pidiendo en sus pobres, aun cuando nada os piden, y su voz, aun cuando en ellos esté muda, es muy fuerte, porque en cuanto a este punto no es muda en el Evangelio. (San Agust., Psalm. 146, sent. 169, Tric. T. 7, p. 469.)"

"¿Queréis presentar a Jesucristo un ayuno puro y un celo verdadero? Mirad con ojos favorables a los que luchan contra la pobreza, cuanto un monstruo tan lleno de rabia y de furor. (S. Cirilo Alejand., Homl. 5, in Pascha, sent. 19, Tric. T. 8, p. 103.)"

"Cada vez que la caridad nos inclina a aliviar las ajenas miserias,

procuramos a nuestras almas grandes adelantamientos. Si estamos persuadidos a que todo cuanto damos a los pobres se convierte en nuestra utilidad, no debemos sentir repugnancia en repartir con ellos nuestros bienes; es preciso aliviarlos con alegría y prontitud. Alimentar a Jesucristo en el pobre, es atesorar en el cielo. Al ver la desigualdad con que están repartidos los bienes, reconoced las ordenas de la bondad y providencia de Dios. Quiso que tuviéreis con abundancia, para que pudiéseis asistir y socorrer en sus necesidades a los otros: con vuestra caridad impedís el que ellos padezcan las incomodidades de la miseria, y vosotros os libráis de la multitud de los pecados. ¡Oh, qué admirables son la bondad y providencia de nuestro Criador! Una acción sola remedia las necesidades de dos personas. (S. León Papa, Serm. 5, sent. 3, Tric. T. 8, p. 382 y 383.)"

"Es preciso, hermanos, valerse de una ingeniosa necesidad para descubrir al que se oculta con el velo de la modestia, y al que la vergüenza detiene. Hay muchos que no se atreven a pedir en público lo que necesitan: más quieren padecer las incomodidades de una miseria secreta y oculta, que la confusión que sentirían pidiendo a cara descubierta la limosna. Es necesario, pues, usar de destreza para descubrirlos y consolarlos en la necesidad que de vergüenza no manifiestan: y así será doble el consuelo, viéndose socorridos con la atención, debido a su pudor. (S. León, Papa, Serm. 8, sent. 4, Tric. T. 8, p. 383.)"

"Hay algunos que cumplirán con exactitud los demás preceptos del Señor, pero no hacen limosnas. Estos creen que el mérito de su fe y de otras buenas obras que practican, suple por las virtudes que les faltan y que serán tratados favorablemente. Mas nos está mandada la caridad con los pobres de tal suerte, que sin ella de nada servirán las demás virtudes. Por más que seas fiel, casto y sobrio, y aunque añadáis a esto el adorno de otras virtudes, si no tenéis celo por los pobres, no lograréis la misericordia; porque dice el Señor: Bienaventurados los misericordiosos; porque ellos alcanzarán misericordia. (S. León Papa, Serm. 9, sent. 5, Tric. T. 8, p. 383.)"

"Nos dice Jesucristo: Bienaventurados los misericordiosos; porque el Señor los tratará con misericordia: para darnos a entender, que aquel riguroso examen que se ha de hacer delante del trono de nuestro terrible Juez, se arreglará por el modo con que hayamos procedido con los pobres; los despiadados serán condenados al fuego con los demonios, y los que hayan sido caritativos, reinarán con Jesucristo.

¡Qué de acciones olvidadas se verán entonces! ¡Qué de pecados ocultos se manifestarán! ¡Qué de retirados escondrijos de la conciencia se registrarán! ¿Quién podrá lisonjearse de tener el corazón puro, y hallarse sin pecado? La caridad que se haya ejercitado con los pobres, será la que venza el rigor del juicio. Las obras de clemencia, mitigarán la severidad de la justicia. (S. León Papa, Serm. 10, sent. 6, Tric. T. 8, p. 383 y 384.)"

"Constancia, ¡oh limosnero cristiano! Da para recibir, siembra para segar, derrama para coger. No temas perder lo que das, no suspires por la ganancia como si fuera dudosa. Se aumentan tus bienes cuando se reparten bien; y apetecer el justo lucro de la misericordia, es seguir el comercio de unas eternas ganancias. Quiere el que te ha de recompensar que seas liberal; y el mismo que te da lo que tienes, te manda que des, cuando dice: Dad, y se os dará. (S. León Papa, Serm. 18, c. 2, sent. 11, Tric. T. 8, p. 384 y 385.)"

"Supuesto que se fatigan inútilmente los que nada omiten de la humillación del ayuno si no lo santifican con la limosna según sus posibles, es preciso que den con más abundancia el alimento a los pobres los que tienen menos fuerzas para observar la abstinencia, recompensando con las liberalidades la dispensa de no ayunar, para que de este modo repartan, por decirlo así, sus enfermedades con los pobres. Un hombre flaco o enfermo que se exceptúa del ayuno, no merece reprensión si procura subvenir al hambre del pobre. Este no peca tomando el alimento, porque la limosna purifica del todo su intención, según aquellas palabras del Señor: Dad limosna y todas las cosas os serán puras. (S. León Papa, Serm. 85, sent. 66, Tric. T. 8, p. 399.)"

"Ahorremos de nuestro ordinario alimento alguna cosa que pueda servir para socorrer a los pobres. El amor del prójimo es el amor de aquel Dios que puso el complemento de la Ley y los Profetas en la unión de una y otra caridad; y para que ninguno dude que ofrece a Dios lo que reparte con el hombre, dijo el Salvador, hablando de sustentar y socorrer a los pobres: Lo que hicísteis por uno de estos, por mí lo hicísteis. (S. León Papa, Serm. 94, c. 4, sent. 77, Tric. T. 8, p. 402 y 403.)"

"Una enhorabuena de los bienes que el Señor te concede, mas para emplearlos en buenas obras y en cumplimiento de los preceptos, y según la doctrina del Señor. Experimenten los pobres que eres rico: beneficie tu abundancia al necesitado: y para conseguir los premios

del Señor, pides por la boca de todos los que dirigen por tu alma sus oraciones. Acopia en el cielo tesoros y posesiones, cuyos frutos durarán siempre, libres de las injusticias de los hombres, y de las injurias del tiempo: no los abrasará el sol ni los pudrirá la lluvia. Pecas contra tu Dios si crees que puedes hacer otro uso de las riquezas que el de emplearlas en salvarte; pues de otro modo, el grande patrimonio sólo será una poderosa tentación: si no se hace buen uso de él, ya las riquezas en vez de rescatarnos de las culpas, sólo sirven para aumentarlas. (S. Cipriano, ibid., sent. 10, Tric. T. 1, p. 297.)"

Lujo.– "Si traes costosos y exquisitos vestidos, y te presentas en público, de suerte que te lleves los ojos de la juventud, o arrastres sus afectos, dando ocasión a concupiscencia, aun cuando tú no te pierdas, no podrás evitar la ruina de tus prójimos, siéndoles más perniciosa que el hierro y el veneno: ¿y tendrás entonces excusa que te disculpe, o podrás pensar que eres casta de espíritu? (S. Cipriano, lib. del traje de las Vírgenes, sent. 9, Tric. T. 1, p. 297.)"

La profanidad de los trajes, los afeites del rostro, y todo lo que contribuye a relevar la hermosura, solamente corresponde a las mujeres deshonestas y prostitutas: pues ninguna cuidan más de adornar su cuerpo, que las menos cuidadosas de su honor. La Escritura pintándonos una ciudad entregada a la fornicación, nos la representa en la figura de una cortesana gallardamente vestida, y dice: que sus mismos adornos la producirán su ruina: procuren, pues, las doncellas castas evitar la compostura de las mujeres licenciosas. (S. Cipriano, ibid., sent. 11, Tric. T. 1, p. 298.)"

"El temor de Dios que la fe me inspira y la caridad paterna que me anima, me obligan a exhortar no sólo a las doncellas y viudas, sino también a las casadas, a no pintarse el rostro o cabellos, porque dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. ¿Habrá quien se atreva a enmendar y alterar la obra de Dios? querer reformar lo que el mismo Dios ha formado, es levantar la mano contra Dios: todo cuanto nace, es obra del mismo Dios: y cuanto en esto se muda, es hechura del demonio. (S. Cipriano, ibid., sent. 12, Tric. T. 1, p. 208.)"

"Yo os concedo que esos disfraces no os hagan mujer impúdica en el sentir de los hombres, mas, ¿no sois peor que una adúltera cuando procuráis corromper de ese modo la hechura de Dios? La pintura de que usáis tira a destruir la obra del Señor, y a alterar la verdad y sencillez de la naturaleza. Imitáis los ojos encendidos de la

serpiente, pero como copiáis del diablo, que es vuestro enemigo, los artificios que empleáis en adornarnos, algún día arderéis con él en el abismo. Vean ahora las mujeres casada si las podrá servir de excusa el lisonjearse de que se adornan sin otro fin que el de agradar a sus maridos. Examinen bien si es cierto que enredan a sus esposos en la complicidad de su delito por el consentimiento que las dan. (S. Cipriano, ibid., sent. 13, Tric. T. 1, p. 298.)"

"Vuestros vestidos deben ser sencillos y sin invenciones: no lo debéis traer tanto por ornamento, sino por necesidad, porque es preciso guardarse de que con pretexto de necesidad de cubrir la desnudez vergonzosa, no caigáis en otro exceso indecoroso a un cristiano, cual es el de cubrirse con vestidos demasiado ricos y magníficos. (S. Cirilo de Jerusalén, Cath. 4, sent. 6, Tric. T. 2, p. 337.)"

Las mujeres no deben de modo alguno pretender dar realce a su hermosura con el adorno, sino ocuparse en buenas obras, persuadidas a que estas son todo el adorno de las mujeres cristianas. (S. Basilio, Reg. 73, c. 5, sent. 50, Tric. T. 3, p. 198.)"

"Sea la gracia y no los cabellos el adorno de las mujeres, la perla de la castidad, y no las piedras preciosas: despidan de sí la fragancia de las buenas obras y no la de los costosos perfumes. Tengan presente que son hijas de aquella hija del Rey que tiene en su interior toda su gloria. (S. Paulino, Ep. 4, ad Sever., sent. 5, adic., Tric. T. 5, p. 361.)"

"Siempre es malo adornarse con el oro, pero todavía es mucho peor venir con esta magnificencia al templo. (S. Juan Crisóst., Homl. 90, c. 28, sent. 77, Tric. T. 6, p. 313.)"

"El gran cuidado del adorno exterior del cuerpo, es señal de la fealdad interior del alma; el andar buscando las delicias de los sentidos, da a entender el hambre y esterilidad del corazón; y la afectación en los vestidos que cubren la carne, es un testimonio de la desnudez del alma. A la verdad, es imposible que el que tiene mucho cuidado de su alma y trabaja por hermosearla, tenga gran pasión por adornar su cuerpo; pues la aplicación a los exteriores adornos, es incompatible con el cuidado de adornar el interior. (S. Juan Crisóstomo, Homl. 37, in Genes., sent. 105, Tric. T. 6, p. 318 y 319.)"

"Cuando las Escrituras santas prohíben a las mujeres adornarse, mucho más dan a entender, que es menos conveniente a un hombre el adorno, y que el vestido de éste, sólo debe servir a la necesidad; por lo cual, el Apóstol, no dice con qué vestirnos, sino con que cubrirnos, para dar a entender, que no ha de ser para adornarnos. (S. Juan Crisóst., sent. 253, Tric. T. 6, p. 352.)"

"Es una señal de estupidez, pequeñez de espíritu y blandura del alma, hacer caso de la hermosura de la riqueza y de la compostura de los vestidos; porque como el alma es para otras cosas más grandes, si llega una vez a saber, en qué consiste su verdadero adorno, mirará con desprecio todo ese vano resplandor que sólo brilla en los vestidos. (S. Juan Crisót., ibid., sent. 254, Tric. ibid., ibid.)"

"¿Quieres, mujer cristiana, pasar por hermosa y bien adornada? sean pues, suficientes para ti los adornos que Dios puso en ti cuando te crió. ¿Por qué va a buscar fuera el oro y la pedrería? ¿Para qué empleas disfraces, como para reformar y corregir la obra de Dios. ¿Quieres que te estimen por hermosa? revístete, pues, de la limosna de la virginidad, de la modestia y la templanza, y despójate de todo fausto y vanidad. Estos son unos adornos mucho más preciosos que el oro y los diamantes. (S. Juan Crisóst., Homl. 10, c. 4, Ep. ad Colem., sent. 359, Tric. T. 6, p. 378.)"

"¿No es una cosa ridícula ver entrar en la iglesia algunas mujeres tan adornadas y compuestas? ¿No es burlarse de Dios venir cubiertas de oro y pedrería a un lugar en donde vienen a aprender que no deben las cristianas adornarse con el oro y piedras preciosas, ni llevar suntuosos vestidos? ¿Para qué venir así a la iglesia? ¿Venís a insultar a los Santos Apóstoles? ¿Venís a decir a San Pablo, que aunque repitiera mil veces la misma doctrina, no le habíais de seguir ni mudar de conducta? (S. Juan Crisóst., Homl. 28, ad Hebr., sent. 390, Tric. T. 6, p. 385.)"

"Los vestidos preciosos y delicados indican la debilidad del ánimo. (S. Bern., Apol., ad Guil., c. 9, sent. 139.)"

"El regalo de la garganta que en tanto se estima hoy, apenas se extiende al espacio de los dedos. (S. Bern., de Convers., ad Cler., n. 13.)"

SENTENCIAS

de los Santos Padres

Tomo II

Dispuestas por orden alfabético de materias

por un Párroco de la Diócesis de Cuenca

Serie
Los Santos Padres
N.º 48

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

M

María Santísima.– "Así como Eva fue engañada con las palabras del ángel malo, para huir de Dios, habiendo quebrantado su precepto, así María fue evangelizada, o se la anunció con las palabras del Angel bueno, para que llevase en sus entrañas a Dios, obedeciendo a su palabra, para que María Virgen, fuese abogada de Eva, virgen inobediente; y así como el linaje humano quedó sujeto a la muerte por medio de una virgen, se vea libre por medio de otra Virgen, disponiendo Dios con igualdad contra la desobediencia de una virgen y la obediencia de otra Virgen. (S. Ireneo, sent. 3, Tric. T. 1, p. 345.)"

"El Espíritu Santo descendió al seno de la Virgen acompañado de todas las virtudes inseparables de su divina esencia, y convenientes a su soberanía: la llenó de tantos bienes, que la hizo agradable en todo, y mereció llamarse "llena de gracia", porque estando llena del Espíritu Santo, recibió la plenitud de toda suerte de gracias, y la cubrió con su sombra y la virtud del Altísimo. Ahora, pues, no se puede dudar que conservó inviolablemente esta virtud desde su concepción hasta su muerte; porque no se puede imaginar que esta plenitud de gracias fuese pasajera en la Santísima Virgen. Pero es preciso creer que se la comunicó para todos los tiempos, así como no fue una sola vez cuando la cubrió la virtud del Altísimo con su sombra, sino que la cubre y rodea todavía, y siempre la coronará; de suerte, que la presencia continua del Espíritu Santo, la hará eternamente llena de gracia. (S. Atanasio, de Sanctis. Deipar., sent. 4, Tric. T. 2, p. 171 y 172.)"

"Con razón se llama María sobre todas las mujeres la llena de gracia, porque ella solo consiguió una gracia tan singular, que ninguna otra criatura la ha merecido semejante, pues quedó llena del mismo Autor de la gracia. (S. Ambrosio, in lib. 2, c. 1, sent. 76, Tric. T. 4, p. 328.)"

"María, no solamente era Virgen en el cuerpo, sino también en el espíritu. Jamás con disimulo alguno alteró la pureza y sinceridad de su alma. Era humilde de corazón, prudente en su conducta, grave en sus discursos, reservada en sus palabras, aplicada a la lectura; más ponía su confianza en las oraciones de los pobres, que en la incertidumbre de los bienes de la tierra; se ocupaba en el trabajo y ponía en Dios más que en los hombres el juicio de su conciencia: siempre era incapaz de hacer mal a nadie, y estaba dispuesta para hacer bien a todo el mundo; tenía gran respeto a las más ancianas; vivía sin envidia con las de su edad, distante de las vanidades, aplicada a la recta razón, y aficionada a la virtud. Si alguna vez se la vio en las concurrencias de los hombres, era en aquellas a donde la llamaba la caridad y en donde no tuviese motivos de avergonzarse. Sus ademanes ni sus pasos nada tenían de afectados o de libres, y todo el exterior de su persona representaba la pureza de su alma, y era una excelente imagen de su interior santidad. Algunas veces ayunaba por dos días, y cuando tomaba el alimento, no escogía las viandas; comía más para mantener la vida, que para buscar el placer; sola la necesidad la hacía rendirse al sueño, y aun cuando el cuerpo descansaba, velaba su espíritu. Jamás salía sino para ir al templo, y siempre en compañía de sus parientes. En el retiro de su casa, jamás estaba ociosa, ni se presentaba fuera sola, aunque nadie la podía guardar con tanta seguridad como ella misma. (S. Ambrosio, de Virgi., lib. 2, sent. 195, Tric. T. 4, p. 341.)"

"Dios no nos da todavía Déboras y Jaheles que nos socorran; pero tenemos la Santísima Virgen María, Madre de Dios, que intercede en favor nuestro. Y a la verdad, si una mujer que Dios sacó de entre el común del pueblo, tuvo en otra ocasión poder para vencer los enemigos de Dios, ¿cuánto mayor le tendrá la que es Madre del mismo Jesucristo, para confundir los enemigos de la verdad? (S. Juan Crisóst., Serm. 6 de Martyrib., n. 3, sent. 245, Tric. T. 6, p. 350.)"

"Supliquemos a la santa y gloriosa Virgen María, que es la Madre de Dios; supliquemos a los Santos e ilustres Apóstoles de Jesucristo; supliquemos a los Santos Mártires. (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 246. Tric. ibid., ibid.)"

"Me he pasmado de que hubiese personas que dudasen si la Bienaventurada Virgen era llamada Madre de Dios o no. Porque si nuestro Señor Jesucristo es Dios, ¿cómo no ha de ser madre de Dios, la Virgen que le parió? Esta fe traspasaron a nosotros los discípulos de

nuestro Salvador, y si no hicieron mención de esta expresión, la hemos aprendido por otra parte de los Santos Padres. (S. Cirilo Alejand., Ep. 1, T. 2, sent. 11, Tric. T. 8, p. 99.)"

Todos los días ocurre a las almas fieles que meditan las cosas divinas, que nuestro Salvador nació de una Madre Virgen. Esta meditación que eleva el alma al conocimiento de su Criador, sea entre los gemidos de la oración, o en la alegría de las alabanzas divinas, o bien en el ofrecimiento del sacrificio, debe tener por objeto principal este gran prodigio que el Hijo de Dios ha obrado. (S. León, Papa, Serm. 25, sent. 18, Tric. T. 8, p. 304.)"

"El nacimiento de la Virgen es la prenda de las divinas promesas, y como un voto de que Dios ha de nacer.. Era preciso que viniese al mundo, como la primogénita de las criaturas, porque de ella había de nacer el primogénito de todas las obras de Dios. (S. Juan Damas., Orat., de Nativ. Virg., sent. 9, Tric. T. 9, p. 293.)"

"La bienaventurada Virgen es superior a todas las alabanzas que se la pueden dar... María es un asilo y un lugar seguro para todos los que buscan el refugio de su amparo.. Tener para con Vos, ¡oh dichosa Virgen! una devoción singular, es tener aquellas armas defensivas que Dios pone en la mano a los que quiere salvar. (S. Juan Damas., Orat., de Assumpt., sent. 10, Tric. ibid., ibid.)"

"A ti vengo, sagrado, sepulcro de la Madre de Dios, que después de la sepultura del Señor eres el más santo, porque en ti estuvo aquella de quien nació el Autor de la vida, y fue como una fuente de donde después dimanó la resurrección, –yo te hablo como si fueras un ser vivo y animado de alma racional:– ¿en dónde está aquel oro tan puro que los Apóstoles depositaron en tu seno? ¿En dónde está aquel precioso cuerpo de la Virgen madre, inagotable tesoro de espirituales riquezas? ¿En dónde está aquel inestimable conjunto de las más raras maravillas? ¿En dónde está aquella mina preciosísima que nos dio el Autor de la Vida? ... Por último, ¿ en dónde está el cuerpo virginal de la Madre de Dios, tan hermoso, tan puro y tan amable? Mas ¿para qué buscáis en el sepulcro a la que vive en lo más alto de los cielos a donde ha sido elevada? ¿Por qué me pides cuenta del tesoro que en mí depositaron? Yo no tengo fuerza para resistir a las órdenes del Omnipotente. Ese sagrado cuerpo dejó los lienzos en que estaba envuelto, y dejándome santificado con su presencia de algunos días, y llenándome del perfume delicioso, del olor más agradable, después de haber hecho templo en donde descansaba aquel santuario de la divinidad, le

levantaron de aquí y le llevaron al cielo en compañía de los Angeles, de los Arcángeles y de todas las celestiales virtudes. (. Juan Damas., ibid., sent. 11, Tric. ibid., p. 293 y 294.)"

Dignaos, piadosísima Señora, de orar por nosotros en el cielo, de tal suerte, que con vuestra poderosa intercesión nos perdone Dios en el cielo los pecados que hemos cometido sobre la tierra; porque no hay en nosotros pecado tan grande que no pueda quedar borrado si queréis abrir la boca en favor nuestro. ¡Oh, Santísima Virgen María! Haced que experimentemos la eficacia de vuestras súplicas los que, instruidos por nuestra fe, creemos firmísimamente que vos sois Virgen y Madre de Dios. Haced que los que confesamos que habéis concebido y parido un Hombre-Dios, tengamos el gozo de haber llegado a la salud eterna por vuestra santa protección, y que los que hacemos profesión de reconocer que la gracia os ha sublimado en gloria y méritos sobre todos lo hombres, tengamos el dulce contento de deberos, después de Dios, la participación y posesión de la eterna bienaventuranza. Siempre que Dios nos comunique sus gracias, protegednos para que no perdamos por vanidad el fruto. Si nos sobreviene alguna desgracia o tentación, presentaos en favor nuestro al trono de la gracia, para impedir que nos rindamos. Yo os suplico, Reina augusta y llena de bondad, que de tal suerte ofrezcáis a Dios por nosotros en el cielo el suave incienso de vuestra súplicas, que seamos dignos de gozar, después de nuestra muerte, de las alegrías celestiales. Amén. (S. Anselmo, Orat. 54, sent. 49, Tric. T. 9, p. 355 y 356.)"

"¡Oh felicísima Virgen! Así como es preciso que perezca el que es arrojado y despreciado de Vos, así es imposible que se pierda aquel a quien reduzcáis y en quien pongáis los ojos. (S. Anselmo, Orat. 51, sent., 50, Tric. T. 9, p. 356.)"

"El que conserva su cuerpo puro, guarda una buena fortaleza. (S. Bern., Serm. 2, de Assumpt., n. 2, sent. 130, Tric. T. 10, p. 330.)"

Mártir.– "Es preciso suplicar a los Mártires, cuyos cuerpos y reliquias son entre nosotros como unas sagradas prendas que nos prometen su asistencia. Sin duda, los que lavaron con su sangre las manchas de sus pecados, tienen grande proporción para pedir el perdón de los nuestros. No nos avergoncemos, pues, de tomar por intercesores en nuestra flaqueza, a los que también conocieron la suya, aun en aquel mismo tiempo en que quedaron victoriosos. (S. Ambrosio, sent. 42, Tric. T. 4, p. 343.)"

Matrimonio.– "El objeto y fin del matrimonio es la procreación

de los hijos, y su buena educación. Su uso, sólo por satisfacer los deleites, es contra la naturaleza racional y contra la ley. (S. clemente, sent. 5, Pedagogo, lib. 2, c. 9, Tric. T. 1, p. 124.)"

"Es una cosa admirable una mujer cuidadosa de su casa; ella forma la alegría de todos, los hijos se regocijan en la madre, el esposo en la mujer, ésta en su esposo y en sus hijos, y todos en el Señor. (San Clemente, sent.9, lib. 3, c. 11, Tric. T. 1, p. 125.)"

"Los matrimonios son legítimos y conforme a la institución de Dios, cuando la pasión de la sensualidad no es superior a sus leyes, y cuando se hacen con el fin de tener una asistencia saludable en esta vida, y de criar hijos. (S. Basilio de Vera Virg., sent. 29, Tric. T. 3, p. 195 y 196.)"

"No debéis creer que por haber elegido el estado del matrimonio os es permitido seguir la vida del mundo y abandonaros a la ociosidad y a la pereza; pues por el contrario, eso mismo os obliga a trabajar con más esfuerzo, y velar con más cuidado por vuestra salvación, considerando que habéis establecido vuestra habitación en un lugar lleno de lazos, y que es de la dependencia de las potestades rebeldes y enemigas, en donde continuamente tenemos delante de los ojos mil objetos que irritan nuestras ansias, mueven nuestros sentidos y encienden el fuego de nuestras pasiones. (San Basilio, de Abdic. rer., sent. 32, Tric. T. 3, p. 196.)"

"Asista Cristo a las bodas, mejor lo diré: en donde está Cristo allí está la modestia. (s. Greg. Nacian., Epist. 193, sent. 6, adic., Tric. T. 3, p. 394.)"

"El esposo debe dejar la arrogancia y el mal humor cuando ve que viene su esposa con sentimientos de afecto y de respeto. Sabéis que no sois dueño, sino marido. Dios ha querido que seáis el que gobierna el sexo más débil, pero no un tirano dominante. Corresponded a sus cuidados, y volved afecto por amor: pero alguno me dirá: yo soy de genio áspero: mas yo le responderé, que está obligado a reprimir el genio en favor del matrimonio. (S. Ambrosio, lib. 5, c. 7, n. 19, sent. 3, Tric. T. 4, p. 312.)"

"No se habla con Rebeca en punto a esponsales; porque estaba esperando el parecer de sus padres, y no pertenece al pudor de una doncella elegir por sí el esposo. (S. Ambrosio, lib. de Abr. cult., sent. 10, adic., Tric. T. 4, p. 396.)"

"Si los que se casan hallan según la doctrina del Apóstol la tribulación de la carne, cuando sólo parece que debieran hallar satisfac-

ción, ¿qué males no experimentarán en todo lo demás que acompaña al matrimonio? Pues en él se encuentra la tribulación en el espíritu, y en el alma, así como en la carne. (S. Jerón, ad. Jovin., lib. 1, sent. 35, Tric. T. 5, p. 244.)"

"Si el uso del matrimonio impide para la oración, por más fuerte motivo debe servir de impedimento para lo que es incomparablemente mayor, esto es, para recibir el cuerpo de Jesucristo. (S. Jerón., ep. 48, ad Pammach., sent. 39, Tric. T. 5, p. 245.)"

"Alguno me dirá que esta continencia es cosa dura, y que las gentes del mundo son incapaces de sufrirla, pero obsérvala el que pudiera, y el que no, vela lo que debe hacer; porque a mí no me pertenece examinar lo que cada uno puede o no puede, sino declarar lo que las Escrituras quieren que ejecutemos. (S. Jerón., Ep. 48, ad Pammach., sent. 41, Tric. T. 5, p. 245 y 246.)"

"Si perdéis una mujer buena, no dejéis de dar gracias a Dios porque os la quita para llevaros a la continencia, y con el fin de atraeros a una virtud más perfecta y celebrada, y de romper los lazos que os pudieran detener en una vida regular y común. (S. Juan Crisóst., Homl. 41, sent. 322, Tric. T. 6, p. 370.)"

"No puede suceder que una mujer que se aplica al cuidado de su casa, deje de ser púdica y honesta. (S. Juan Crisósto., Homl. 4, c. 2, Ep. ad Tit. sent. 377, Tric. T. 6, p. 381.)"

"Cuando se acercan las grandes solemnidades, conviene a los casados vivir en continencia, y a todos redimirse de sus pecados con limosnas. Si en estos días festivos se permiten regalar a sus amigos y vecinos, deben ejecutarlo con convites sobrios y modestos, de suerte que queda siempre con que socorrer a los pobres y necesitados. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. 42, sent. 8, Tric. T. 9, p. 45.)"

"A los que se hallan empeñados en las obligaciones del matrimonio, se les ha de advertir que cuando cuidan recíprocamente uno de otro, procure cada uno de tal modo agradar al consorte, que no desagrade al Criador: que traten las cosas de este mundo, de suerte que no dejen de desear las cosas que son de Dios; alégrense con los bienes presentes, pero sea temiendo cuidadosos los eternos males: lloren las pérdidas temporales, poniendo siempre su esperanza en los perpetuos consuelos, y conociendo que para todo cuanto hacen, adviertan que sólo permanece lo que deben apetecer. No desmaye con los males del mundo el corazón, pues le conforta la esperanza de los bienes del cielo. No engañen los bienes presentes a los que contristan los recelos

de los males del juico subsiguiente. (S. Greg. el Grande, Admonit. 28, sent. 16, adic., Tric. T. 9, p. 383 y 384.)"

"La esposa debe tratar al esposo con respeto y veneración, como lo hicieron Sara con Abraham, Rebeca con Isaac, y la madre de Samuel y de Tobías con sus maridos. Una esposa debe profesar a su esposo un amor espiritual y santo, que con él le incline a piedad, excitándole con el buen ejemplo y la dulzura en sus palabras. Desde, en todo lo que se no oponga a Dios y a la honestidad, ser sumisa a su esposo, como la Iglesia lo es a Jesucristo. Debe calmar las incomodidades de su marido, y jamás excitarle a la impaciencia, ni con dicterios, ni palabras provocadoras, maldicientes y escandalosas, porque entonces gobernará la casa el demonio, debiéndola regir la paz y gracia de Dios. (Barbier., T. 3, p. 349 y 350.)"

"El esposo debe tolerar todo lo que no se oponga al servicio de Dios, para que se conserve la paz; apartarla de la vanidad mundana e inclinarla a la práctica de las virtudes, con el ejemplo, mayormente. Antes de emprender cualquier asunto doméstico, consúltense; que los hijos nada vean en ellos de censurable, antes todo lo contrario, que reine el amor y temor de Dios en la casa, y serán felices. (Barbier., T. 2, ibid., ibid.)"

Medicina.– "Ni debemos despreciar enteramente el uso de la medicina, ni poner en ella toda la confianza de nuestra salud; pero así como cuando dejamos el timón de lo nave en manos del piloto no omitimos el recurso a Dios para pedirle con oraciones que nos libre del naufragio, así también cuando nos valemos del médico, como la razón lo dicta algunas veces, no por esto nos debemos de separar de aquella esperanza que siempre debemos poner en Dios, que es el soberano Médico. (S. Basilio, interrog. 55, sent. 66, Tric. T. 3, p. 201.)"

"Grandes documentos nos da el arte de la medicina para la práctica de la continencia, porque destierra las delicias, condena el exceso en comer y beber, reprueba la variedad de manjares, y todos los condimentos delicados y perniciosos a la salud; por último, encomienda la dieta y sobriedad, como madre de la salud del cuerpo. (S. Basilio, ibid., sent. 67, Tric. T. 3, p. 202.)"

"Postrado en tierra delante del divino Salvador, le adoró, diciendo: Señor, a ti que dignamente eres adorado, a ti que con gran razón eres honrado, te adoro yo como a Señor, y te ofrezco este título de verdadero Señor; confieso tus obras, y con mis obras te adoro, y con

las palabras digo, que todas las cosas fueron hechas por ti, y que si tú quieres, me puedes limpiar: pues tu voluntad es obra, Señor, claro está que si quieres me puedes limpiar. Tú, Señor, quisiste que esta lepra tan fea viniese sobre mi; o porque corregido con ella, hiciese penitencia de mis pecados; o usando de tu divina providencia, me la diste para ser tu magnificado, curándome milagrosamente de ella. Todas tus obras, Señor, son llenas de sabiduría y prudencia; tú acostumbras a dar la salud con mucha largueza, y así, te suplico, que si esta lepra me vino por mis pecados, me los perdones y me limpies; y si me vino para tu gloria, obra en mí tan grande maravilla para que tu santo nombre sea ensalzado. Yo, Señor, siempre confieso que, si tú quieres, me puedes limpiar. No tengo duda alguna en tu poder, no me engaño yo en mi fe: no te suplico como aquel que pedía la salud para su hijo, y te decía: Señor, si puedes hacer algo, ayúdame. Yo sé y creo qu puedes todas las cosas, y por eso no busco en ti poder y fortaleza, porque se que están en ti sin falta alguna; sólo te suplico que quieras: que si quieres, seguirá tu poder a tu voluntad, y yo alcanzaré la merced que te pido... El Señor le responde y le dice: ¿Tú confiesas que yo lo puedo hacer, y protestas, que si quiero, luego es hecho? pues yo te digo, que te quiero limpiar: magníficamente crees, magníficamente eres limpiado; tu confesión es muy cumplida, y tu alegría será muy crecida. Yo lo quiero, se desde luego limpio; y por hacerte más favor, quiero extender mi mano sobre ti: y así extendió Jesucristo su mano sacratísima sobre él; le tocó y fue limpio. (Homiliario del Doctor Alcuino, T. 1, p. 214 y 215.)"

Meditación.– "Cantad al Señor himnos en la cítara con la voz de los cánticos. Esto a la letra quiere decir: juntad a la voz de los cánticos el sonido de los instrumentos que deben acompañarla, pero en el sentido espiritual, la cítara representa la práctica de las virtudes; y la voz, de los cánticos, la contemplación de la verdad. Glorificad, pues, al Señor, dice, juntando la práctica de las virtudes con la contemplación de la verdad, para que de este modo las alabanzas que resuenan tocando el instrumento, es decir, el uso de vuestro cuerpo para practicar la virtud, vaya acompañado de aquella armoniosa voz que consiste en la contemplación de la verdad, con referencia a la conducta de vuestra vida, porque el Espíritu Santo denota en este lugar por la cítara este concierto del cuerpo con el alma, y la ley que aquí nos propone, puede verse cumplida continuamente en las diversas partes de la Iglesia, pues realmente hacemos resonar esta divina melodía en esta cítara espiritual. (Eusebio de Cesarea, sent. 6, Tric. T. 2, p. 84.)"

"Hablad mucho con Dios y poco con los hombres. (S. Efren., in Psalm., sent. 3, Tric. T. 3, p. 78.)"

"Los mercaderes que trafican en el mundo, cuentan todos los días sus ganancias y sus pérdidas. Hagamos lo mismo nosotros por el cielo; tengamos todos los días por la mañana y por la noche el cuidado de examinar cómo va nuestro comercio espiritual, y si hallamos haber tenido pérdida, trabajemos cuidadosamente para reparar en adelante con ganancias ventajosas, los menoscabos que hemos padecido en lo pasado. (S. Efren., sent. 24, Tric. T. 3, p. 81.)"

"Toda la vida del Cristiano debe ser una meditación continua de la muerte. (S. Greg. Nacian., Orat. 10, sent. 22, Tric. T. 3, p. 355.)"

"Aunque no se haga alguna obra exterior, se emplea el hombre en acciones que no son ociosas, cuando está en el descanso santo de las alabanzas y contemplación de Dios. (S. Ambrosio, lib. 5, c. 6, sent. 83, Tric. T. 4, p. 330.)"

"¿Por qué no empleáis en la lectura el tiempo que no estáis en la iglesia? ¿Por qué no os ocupáis en Jesucristo? ¿Por qué no le habláis? ¿Por qué no le escucháis? Pues se le habla cuando se ora, y se le oye cuando se leen sus divinos oráculos. ¿Qué tenéis que hacer cuando frecuentáis las casas ajenas? Una sola casa tienen los cristianos que a todos los contiene. Dejemos que vengan primero a nosotros los que tienen que comunicarnos. ¿Para qué será perder el tiempo inútilmente en contar fábulas y hablar de las cosas del mundo? Nosotros tenemos la obligación de emplearnos en el ministerio de los altares de Jesucristo y no la de hacer cumplimientos y servicios temporales a los hombres. (S. Ambrosio de Officiis, c. 21, sent. 122, Tric. T. 4, p. 338.)"

"Cuando Jesucristo entró en aquel huerto que le trajo a la memoria el jardín de donde había sido arrojado el primer hombre, se entregó a la tristeza; pues era justo que emplease su aflicción en el lugar mismo en donde nuestra miseria había tenido principio. (San Cirilo Alejand., Homil. in Joann., sent. 20, Tric. T. 8, p. 103.)"

"Es necesario advertir con cuidado que son muy diferentes los temperamentos de los hombres y los caracteres de los genios; porque hay algunos de un natural tan ocioso y perezoso, que si los obligan a entregarse a la acción y al trabajo, inmediatamente se fatigan y desde el principio se rinden: otros tan activos y tan inquietos, que sienten la mayor pena cuando no tienen que hacer, porque padecen sus espíritus tanto más vivas agitaciones, cuanto más libre es el campo que abre la ociosidad a sus imaginaciones y pensamientos. De suerte, que es pre-

ciso que aquellos espíritus que gustan del reposo, no se apliquen con exceso a la actividad y al trabajo, y que los espíritus activos e inquietos no se contengan únicamente en los límites de la pura contemplación; porque algunas veces sucede que los que eran muy a propósito para la perfección en la meditación práctica de las cosas divinas, se han apartado de Dios en el tráfago excesivo de las ocupaciones exteriores, y por el contrario, los que se pudieran haber empleado con grande utilidad en el servicio del prójimo, se perdieron en la ociosidad y en la inacción. (San Greg. el Grande, lib. 5, c. 37, p. 207, sent. 25, Tric. T. 9, p. 237 y 238.)"

"Hay algunos que siendo incapaces de aplicarse con discreción a la meditación de las cosas espirituales y demasiado sublimes, han pretendido elevarse a la contemplación de los más altos misterios: de suerte, que no debe admirar haya caído en el precipicio de la perfidia por la ignorancia de su entendimiento; porque como la vida contemplativa era desproporcionada a su capacidad y a sus fuerzas, cayeron de la verdad, cuando una vida más sencilla los hubiera podido mantener con humildad en el estado de inocencia y en una virtud común. Cuando conocéis, pues, que no tenéis la discreción y talento necesario para la vida contemplativa, reducíos a la activa que es para vuestra alma la más segura, y pues no podéis ir por el camino que os parece más perfecto y excelente, contentaos con el más común, para que si este camino más excelente de la contemplación os expone al peligro de caer del conocimiento de la verdad, pudiérais a lo menos con otras miras, aunque más oscuras y más bajas, hallar entrada en el reino de los cielos por el camino de la vida activa. (San Greg. el Grande, ibid., sent. 26, Tric. T. 9, p. 238.)"

"Escogió María la mejor parte, aunque puede ser que la humilde conversación de Marta no fuese de menos mérito delante de la presencia de Dios: se alaba la elección de María, porque ésta absolutamente debe ser elegida en cuanto esté de nuestra parte; pero si nos mandan el oficio de Marta, debemos sufrir con paciencia. Los Prelados necesitan de una y otra vida, porque en una y otra deben proveer, uniendo las paredes que vienen de diferentes lados, por estar constituidos Vicarios de la piedra angular, que es Jesucristo. No hay duda que su administración es más peligrosa que todas; pero si la desempeñasen bien, adquirirán para sí buen grado, y recibirán mayor abundancia y medida más colmada de paz. (S. Bern., Serm. 9, sent. 47, adic. Tric. T. 10, p. 364.)"

Misa.– "Entramos en la comunión de Jesucristo, de sus trabajos y de su Divinidad con el sacrificio incruento que se ofrece en la Iglesia. (S. Greg. Nacianc., Orat. 3, sent. 8, Tric. T. 3, p. 383.)"

"Y empezaron a comer. Todos los días se celebra el festín que hizo a su hijo el padre pródigo. todos los días recibe el Padre celestial a su Hijo: continuamente es sacrificado Jesucristo en la Iglesia por los fieles. (San Jerón., Ep. 140, ad Cypr., sent. 57, Tric. T. 5, p. 248.)"

"Nuestro principal sacrificio es el don saludable que se ofrece sobre el santo altar; el segundo, es el martirio; el tercero, la oración; el cuarto, la alegría del corazón; el quinto, la justicia; el sexto, la limosna; el séptimo, las alabanzas de Dios; el octavo, la compunción del alma; el noveno, la humildad; el décimo, la predicación. (S. Juan Crisóst., in Psalm. 95, sent. 131, Tric. T. 6, p. 324.)"

"Cuando el Sacerdote nombra en el sacrificio a los querubines y serafines, quiere elevar nuestros espíritus de la tierra al cielo, como si nos dijera: supuesto que en este lugar cantáis acordes con los serafines, asistid con la misma reverencia que los serafines, y rodead como ellos, y con el mismo respeto el Trono Real. No hay que admirar el que aquí estéis en compañía de los serafines, supuesto que Dios os comunica cosas que aún no se atreven a tocar los serafines. (S. Juan Crisóstomo, Homl. 6, in Isaíam., sent. 161, Tric. T. 6, p. 330 y 331.)"

"Es necesario socorrer a los difuntos, no con lágrimas de arrepentimiento, sino con oraciones, súplicas, ofrendas y limosnas; pues no sin razón se han instituido estas cosas: no en vano hacemos memoria de los difuntos en la celebración de los divinos misterios, y pedimos por su alivio al Cordero inmaculado que se ofrece, y que llevó y borró los pecados del mundo; y no sin razón, dice en alta voz el que asiste delante del altar mientras se celebran los divinos misterios: esto se hace por todos los que duermen en Jesucristo, y por que celebran su memoria. (S. Juan Crisóst., Homl. 41, sent. 321, Tric. T. 6, p. 369.)"

"El que quiere oír misa entera con grandes ventajas de su alma, debe estar en la iglesia con humilde postura de su cuerpo, y con el corazón contrito, hasta tanto que se haya dicho la oración del Señor, y se haya echado la bendición al pueblo. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. 80, sent. 16, Tric. T. 9, p. 46.)"

"Cuando el cordero de Dios es inmolado, dice el Crisóstomo, los serafines están presentes y cubren su rostro con sus seis alas. Mientras estamos en esta vida, añade, este sacrificio transforma la tierra en cielo. (Ibis., Barbier., T. 3, p. 375.)"

"Cuando el Sacerdote celebra la misa, dice la Imitación de Jesucristo, honra a Dios, regocija a los Angeles, edifica a la Iglesia, ayuda a los vivos, da reposo a los muertos y participa también de todos los bienes. (Lib. 4, c. 5, Barbier., ibid., ibid.)"

"La misa es el memorial de la Pasión y muerte de Jesucristo. El mismo Salvador lo dijo a los Apóstoles: Hoc facite in meam commemorationem: Haced lo mismo en recuerdo mío. Y aún podemos añadir que es el mismo sacrificio de la Cruz, siendo el Sacerdote el mismo y la misma también la víctima... Convenía, dice San Pablo a los Hebreos, que tal Pontífice tuviésemos nosotros, santo, inocente e inmaculado, segregado de los pecadores y ensalzado sobre los cielos; un Pontífice que no tiene necesidad como los otros Sacerdotes, de ofrecer cada día sacrificios primeramente por sus pecados, y después por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez ofreciéndose a sí mismo. (Barbier., ibid., ibid., ibid.)"

"Jesucristo es propiciación por nuestros pecados, dice San Juan en su primera epístola, y no tan sólo por nosotros, sino también por los de todo el mundo. (Barbier., ibid., ibid.)"

"El gran sacrificio del Altar basta para satisfacer a Dios, porque tiene un valor infinitamente más grande que el peso de las iniquidades de todo el universo. San Pablo lo dice también a los Romanos: Cuando creció el pecado, sobrepujó la gracia: Ubi abundavit delictum, superabundavit et gratia. (Barbier., ibid., ibid.)"

"En su infinita bondad, Jesucristo quiso dejar a su esposa, la Iglesia, visible e indestructible, un sacrificio visible y permanente. El sacrificio de la Cruz fue en realidad la primera misa... El sacrificio del Altar es tan grande, que sólo puede ofrecerse a Dios. Podemos sacar de la santa misa cinco frutos principales: primero, aumento de gracias; segundo, remisión de las penas debidas por el pecado; tercero, consecución más fácil de lo que pedimos; cuarto, emisión de actos de fe, de esperanza, de caridad y religión; quinto, seguridad de que asistiendo al sacrificio, y hallándonos ante Jesucristo, ninguna de nuestras oraciones puede quedar sin remedio. (Barbier., ibid., p. 375 y 376.)"

"El santo sacrificio se ofrece por tres principales motivos: primero, en acción de gracias por los bienes recibidos; segundo, para satisfacción de los pecados cometidos; y tercero, para pedir los auxilios y gracias necesarios... Nosotros también hemos de ofrecernos a Dios... Durante la misa conviene pensar en Aquél a quien se ofrece el sacrificio... en el que lo ofrece, es decir, en Jesucristo,... en el que es ofreci-

do... y en el motivo porque se ofrece... Siendo el santo sacrificio el memorial del amor de Jesucristo hacia los hombres, hemos de meditar, mientras se ofrece, en los sufrimientos del Salvador y en su amor inmenso. Es el medio de oír misa con mucho fruto... Hemos de asistir a misa con el profundo respeto interior y exterior que exige el lugar santo, la presencia de Dios, la de los Angeles y de los fieles, y finalmente el pensamiento del gran misterio que se opera... Hemos de oír misa con fe, humildad, compunción, temor y confianza... Si así se oyera, otra sería la vida de los cristianos. (Barbier., ibid., p. 378.)"

Modestia.– "Desde el punto en que Rebeca vio a Isaac, al cual estaba destinada por esposa, bajó del camello y se cubrió la cabeza con una punta de su manto para enseñarnos que en las acciones pertenecientes al matrimonio, deben ir delante el pudor y la modestia, y aún se puede decir que de aquí vino la palabra nubere, que significa casarse la mujer, para darnos a entender que las doncellas se cubrían con un velo como con una nube, en señal de vergüenza y de pudor. Guardaos, pues, doncellas cristianas, de presentaros a los extraños con el rostro descubierto y procurad conservar siempre la modestia, considerando que no la pareció a Rebeca que debió al principio exponer su rostro, ni acusar a las miradas del mismo que estaba para ser su esposo. (S. Ambrosio, de Abraham, lib. 1, sent. 13, Tric. T. 4, p. 315.)"

"El cristiano debe parecer modesto en sus movimientos, en sus ademanes y en sus pasos, porque el estado del alma se manifiesta en el porte del cuerpo. (Sam Ambrosio, de Officiis, c. 18, sent. 121, Tric. T. 4, p. 338.)"

"La modestia y gravedad de una mujer, imprime respeto y reprime el descaro de las miradas curiosas y las libertades de los jóvenes. Por lo cual, los adornos de oro, los rizos y composturas del cabello, los vestidos ricos y magníficos: todo esto, digo que debe estar vedado para ella, no sea que el brillo y resplandor de las vanas composturas, dé en los ojos de los que la miran y los incline al pecado. (S. Juan Crisóst., sent. 252, Tric. T. 6, p. 352.)"

"El porte del cuerpo modesto y decente es una imagen fiel y una señal del estado interior del alma. (San Juan Crisóst., n. 5, sent. 258, Tric. T. 6, p. 352.)"

"Muchos no se presentan sino para ser vistos y estimados en público; y si han llegado a grangearse los aplausos de la concurrencia que les escucha, se alegran tanto como si hubieran ganado un reino. (S. Juan Crisóst., Homl. 30, c. 14, sent. 275, Tric. T. 6, p. 357.)"

"Observa el medio si no quieres perder la moderación en las cosas. (S. Bernardo, 2, de Consid., c. 10, sent. 8, Tric. T. 10, p. 322.)"

"El modo más decente es ser arreglado en la conducta, benigno y sereno en el semblante y grave en las palabras. (S. Bern., 4, de Consid., c. 6, n. 23, sent. 150, Tric. T. 10, p. 331.)"

"La modestia debe ser interior y exterior; pues cada una de por sí no basta: vemos a un hombre que en el hablar y los movimientos de su cuerpo es exagerado, al instante se le califica de altanero, orgulloso y vano; y por el contrario, se le da los dictados de juicioso, formal y circunspecto: lo propio sucede con las mujeres, a las que se las apoda con los nombres de locas, desenvueltas y poco timoratas; pero cuando son modestas, los más honrosos epítetos; pues tanto los Santos Padres como los filósofos Gentiles, encomian y prescriben la modestia, y de los beneficios que es causa para que otros los imiten. El autor de la vida de San Bernardo nos da el siguiente retrato de aquel gran hombre que a la vez fue un gran Santo. Cierta gracia espiritual apareció en su persona; un dulce brillo que nada tenía de terrestre, pues provenía del cielo, resplandecía en su rostro; una pureza angélica y una sencillez de paloma aparecía en sus ojos. tan grande era la hermosura de su alma, que se manifestaba exteriormente de un modo visible; y en parte estaba abundantemente penetrado de la plenitud y pureza de gracia que le inundaba. (Barbier., T. 3, p. 396.)"

"San Malaquías, Obispo de Irlanda, se distinguía por su admirable modestia. No movía ningún miembro sin necesidad, dice San Bernardo, en cuyos brazos murió en Claroval. (Barbier., ibi., ibid.)"

"San Luciano, Presbítero y Mártir, convirtió a muchos infieles sólo con su aspecto modesto, alegre y piadoso. Y habiendo oído decir el Emperador Maximiano que el rostro de Luciano era tan modesto e inspiraba tanta veneración que con sólo verlo una vez tendría deseos de hacerse cristiano, mandó que le cubriesen con un velo antes de hacerle comparecer a su presencia. (Barbier., ibid., ibid.)"

"Todo afecto y todo movimiento del alma, dice Cicerón, ha recibido de la naturaleza una expresión de rostro, un sonido de voz y una impresión que le son propios: el rostro es la imagen del alma. (Barbier, ibi., ibid.)"

"Sócrates procuraba que sus discípulos adquiriesen tres cualidades: primera, un espíritu prudente; segunda, afición al silencio, y tercera, un rostro y exterior modestos. (Barbier., ibid., p. 397.)"

"Aristóteles dice que la modestia se conoce en la gravedad de

andar y de los movimientos, la reserva y la prudencia en las palabras, un tono de voz moderado que exprese bondad y dulzura, una vista contenta, baja, nunca muy abierta, ni demasiado cerrada. (Barbier., ibid., p. 396.)"

"Es la modestia –dice San Bernardo– la perla de las costumbres, la vara de la disciplina, la hermana de la continencia, la lámpara del alma casta; hace desaparecer el mal, propaga la pureza, es la gloria especial de la conciencia, la custodia de la reputación, el honor de la vida, el sitio de la fuerza, las primicias de la virtud, lo más laudable de la naturaleza, y el adorno de todo lo que es honrado. Si el pudor llega a sonrojar las mejillas con su arrebol, ¡qué gracia y qué encanto derrama en el rostro! (Barbier., ibid., p. 397.)"

"La modestia gobierna el alma y el cuerpo, añade el mismo Santo Padre, impide que la frente se enorgullezca, destruye el aire feroz, compone el rostro, encadena las miradas, retiene las risas inmoderadas, refrena la lengua, calma la ira y suaviza el andar. (Barbier., ibid., ibid.)"

Muerte.– "El que murmura, el que lleva con repugnancia la adversidad y cansado de sufrirla, prorrumpe en maldiciones, este vive en el error y no sigue los movimientos del espíritu. El Señor alaba al que es manso, humano y modesto, los espíritus celestiales le declaran dichoso y los hombres hacen su elogio; pero el que es duro y soberbio, sujeto a la ira, es detestable a los ojos de Dios, ya tiene por alimento una porción de la amargura de los demonios, por vino la hiel de los dragones y por refresco el mortal veneno de los áspides. Los que tienen el corazón puro verán la gloria de Dios; los que tienen el espíritu perverso, no tendrán otro objeto que al demonio. Los que cometen delitos, los que forman malos pensamientos, los que meditan mal contra su prójimo, ellos mismos se separan de la comunión divina. Por último, las personas que se ocupan en dar realce a la hermosura con el color encarnado, y la blancura con pintarse, y las que se componen al espejo para inclinar a los hombres al mal y excitar en ellos las pasiones, encendiendo el amor impuro, serán tratadas en el día del juicio como los impíos, y castigadas por haber despreciado los preceptos de Dios. (S. Cirilo Alejand., sent. 18, Tric. T. 8, p. 103.)"

"Al que cree firmemente la resurrección de los muertos, no le aflige la misma muerte, ni perderá la paciencia en los dolores: ¿qué hay que sentir en la muerte de una persona, si no la tenemos perdida para siempre? No es más que un viaje lo que llamamos muerte, por lo

que no se debe llorar la muerte del que partió antes que nosotros, antes bien, desear seguirle; y aun este mismo deseo se debe moderar con la paciencia. El excesivo sentimiento no es una señal de la más viva esperanza; desacredita nuestra fe, y es injurioso a Jesucristo el tener por infelices y dignos de compasión a los que El llama así. (Tertuliano, lib. de la Paciencia. c. 9, sent. 11, Tric. T. 1, p. 198.)"

"¿Por qué deseamos con tanta pasión permanecer en esta vida, siendo así que cuanto más larga sea, mayor será el peso de nuestros pecados? (S. Ambrosio, c. 2, sent. 16, Tric. T. 4, p. 316.)"

"Para los que tienen grande miedo a la muerte no es grande pena el morir; antes para estos debe ser mucha pena el vivir siempre con tanto miedo de morir. La muerte, pues, no es penosa; el temor de morir es el terrible. Ahora bien, este temor está en la opinión y esta opinión proviene de la flaqueza de nuestro natural; luego es contraria a la verdad. (S. Ambrosio, c. 8, sent. 18, Tric. T. 4, p. 316.)"

"La muerte da horror y la vida mortal aflicción. (San Agust., Psalm. 78, sent. 124, Tric. T. 7, p. 466.)"

"Para el justo siempre es buena la muerte de cualquier modo que le sobrevenga. (S. Agust., Psalm. 148, sent. 177, Tric. T. 7, p. 470.)"

"Yo temo la muerte porque es amarga; tengo miedo del infierno, porque jamás se acaba; tiemblo de oír esta palabra Tártaro, porque allí no hay color; temo las tinieblas, porque están separadas de la luz; temo el venenoso gusano, porque nunca muere; temo por causa de aquellos espíritus que han de asistir a mi juicio, porque son despiadados. Cuando me represento la sentencia terrible e irrevocable de aquel día, el respetable tribunal y el Juez incorruptible, me estremezco. Me horroriza aquel río de fuego que corre delante del tribunal, y su llama penetrante que todo lo consume, y las agudas espadas. Me dan miedo las más crueles penas. Temo un suplicio que no tiene fin. Temo las cadenas que no se pueden romper, el crujido de los dientes y los llantos que no se podrán aplacar. Temo las inevitables pruebas que resultarán contra mí, porque el Juez soberano no necesita de acusadores, testigos, demostraciones, ni probanzas. El mismo Señor expone a los ojos de los culpados sus acciones, intenciones y palabras. Ninguno puede librarse de las penas, ni huir: no el padre, la madre, el hermano, la hermana, los parientes o los vecinos, los amigos o protectores, los regalos ni las riquezas, en una palabra, todo el fausto del poder, de nada servirá; por el contrario, todo se disipará como ceniza y polvo, y se quedará solo el reo para ser condenado o absuelto según sus accio-

nes. ¡Ay infeliz de mí, verdaderamente infeliz! Siento mi conciencia que me reprende, y todas las escrituras que claman: miro los abominables y vergonzosos delitos que tú has cometido. Así es, ¡ay de mí! que he profanado el templo de mi cuerpo y causado dolor a vuestro Espíritu Santo. ¡Oh Dios mío! Vuestras obras son sin acepción de personas, vuestros juicios son justos, vuestros caminos rectos, vuestras intenciones impenetrables. Yo padezco eternamente por el contento pasajero, de un pecado; me abraso por haber procurado placeres a mi cuerpo; reconozco la justicia de vuestros juicios; Vos me llamábais, y yo no obedecía; me dábais preceptos, y yo no atendía; me advertíais, y yo me reía de vuestras advertencias; leía y adquiría algunos conocimientos, y los creía; pero todo lo ejecutaba con negligencia, pereza y flojedad; me entregaba ciegamente a diferentes ocupaciones, cuidados y disputas, y triunfando en el seno de la pereza, me abandonaba todo a los excesos y gustos; he pasado mis años, meses y días y he empleado todo mi trabajo y ocupación en las cosas caducas y perecederas; jamás consideraba y reflexionaba el temor, el terror, el combate, la inquietud en que había de hallarse el alma cuando se separa del cuerpo. (S. Cirilo Alejad., sent. 15, Tric. T. 8, p. 100, 101 y 102.)"

"¡Oh hermanos míos! Considerad cuál será nuestro estado cuando cada uno de nosotros haya de dar cuenta de las acciones que haya hecho, así grandes como pequeñas: porque delante de aquel Juez tendremos que exponer hasta las palabras inútiles. ¿Qué será de nosotros en aquella hora? Pero si tenemos a nuestro Dios propicio, ¿qué alegría no sentiremos al vernos colocados a la diestra del Rey? ¿Cuáles serán los sentimientos de gratitud a vista de aquel inefable placer, cuando el Rey de los Reyes diga con aire de benevolencia a los que están a su derecha: Bienvenidos seáis, benditos de mi Padre; poseed el Reino que os está preparado desde el principio del mundo. Entonces entraremos en la posesión de aquellos bienes que los ojos no vieron, ni los oídos oyeron, ni el corazón del hombre los ha llegado a comprender: en una palabra, poseeremos todos los bienes que Dios ha preparado para sus amigos. (San Cirilo Alejandr., ibid., sent. 16, Tric. T. 8, p. 102.)"

"Es necesario practicar la máxima que nos enseñó San Pablo. Dice, que Jesucristo murió por todos, para que los que viven, no vivan para sí, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos. Pasaron las antiguas figuras: ya todo es nuevo; ninguno, pues, conserve las ante-

riores costumbres ni haga una vida carnal: procuremos hacer cada día nuevos progresos en la virtud, y renovarnos con las acciones de piedad y devoción; entretanto que el hombre vive sobre la tierra, siempre puede ser mejor; el no adelantar en la virtud, es volver atrás; el que nada adquiere de nuevo, algo pierde de lo que tenía. (S. León, Papa, Serm. 57, sent. 47, Tric. T. 8, p. 393 y 394.)"

"En todo hombre que se muda pasando de un estado a otro se puede mirar como fin el no ser lo que antes era, y como nacimiento el ser lo que antes no era. Pero importa mucho el ver para quién se vive o se muere, porque hay una muerte que es principio de nueva vida, y otra que es principio de peor muerte: debemos, pues, morir, respecto al diablo, y vivir para sólo Dios. Hemos de morir en cuanto a la iniquidad y resucitar para la justicia. (S. León, Papa, Serm. 69, sobre la Resurrec., sent. 57, Tric. T. 8, p. 396.)"

"Si creemos, amados míos, en el corazón lo que confesamos con la boca, nosotros fuimos con Jesucristo crucificados, muertos y sepultados con El, y también resucitados en el mismo tercero día. Por lo que dice el Apóstol: Si resucitásteis con Cristo, buscad las cosas que están arriba, en donde Jesucristo está sentado a la diestra de Dios Padre. Verdaderamente habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo aparezca, que es vuestra vida, entonces también vosotros apareceréis con El en la gloria. Mas para que conozcan los fieles que tienen motivo para elevarse a la superior Sabiduría con desprecio de las concupiscencias del mundo, el mismo Señor nos promete su presencia, y dice: Advertid que estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo. No en vano había dicho el Espíritu Santo por Isaías: Una Virgen concebirá y parirá un Hijo, cuyo nombre será Emmanuel; esto es, Dios con nosotros. Cumple Jesús con la propiedad de su nombre, y el que subió a los cielos, no desamparó a los hijos adoptivos. El que está sentado a la diestra del Padre habita en todo el cuerpo de los fieles, y el mismo que acá conforta por la paciencia, desde arriba nos convida a la gloria. (S. León, Papa, Serm. 72, sent. 60, Tric. T. 8, p. 397.)"

"Quiso el Señor que se nos ocultase el tiempo de nuestra muerte, para que la misma incertidumbre de aquel momento nos obligase a estar siempre bien dispuestos. (S. Greg. el Grande, lib. 12, c. 38, p. 408, sent. 56, Tric. T. 9, p. 251.)"

"Hipócrates enseña a salvar la vida, en el mundo, y Cristo a perderla. (S. Bern., Serm. 31, sent. 143, Tric. T. 10, p. 330.)"

Mundo.– "Hablando con los mártires que aún estaban en las cárceles, dice Tertuliano: Si reflexionamos que el mundo es una prisión, mejor diremos que vosotros habéis salido de ella, que no que habéis entrado. Con efecto, en el mundo hay tinieblas mucho más densas, que oscurecen los corazones de los hombres; cadenas más pesadas, pues aprisionan las almas, y suciedades más inmundas; estas son las impurezas de los vicios: al fin la prisión del mundo encierra más reos que ninguna otra, pues lo son todos los hombres, y algún día tendrán por Juez no al Procónsul, sino al mismo Dios. (Lib. de los Mártires, c. 2, sent. 9, Tric. T. 1, p. 197.)"

"Las Santas Escrituras en todas partes nos inspiran desprecio del mundo; mas nada nos persuade con más fuerza al desprecio de las riquezas que la consideración de que nuestro Señor Jesucristo no las quiso poseer, y el oírle justificar siempre a los pobres y condenar a los ricos. La paciencia con que el Señor llevó la falta de los bienes de la tierra manifiesta a los cristianos que los deben mirar con disgusto, y no sentir mucho la pérdida de las cosas de este mundo. (Tertuliano, lib. de la Paciencia, c. 7, sent. 10, Tric. T. 1, p. 197.)"

"¿Qué tiene que ver un cristiano con el siglo, si él está muerto al mundo? (S. Efrén., sent. 20, Tric. T. 3, p. 80.)"

"Los mundanos estiman las comodidades de la vida como grandes bienes; los cristianos las deben considerar como perjuicios y males. Porque aquellos que reciben bienes en este mundo, como sucedió al Rico avariento, se verán atormentados en el otro; mas los que aquí han sufrido males como Lázaro, hallarán en el cielo su consuelo y alegría. (S. Ambrosio, de Officiis, c. 19, sent. 119, Tric. T. 4, p. 338.)"

"No podéis agradar al mundo sin desagradar a Jesucristo. Oid lo que dice el Apóstol: Si yo procurara agradar a los hombres, no sería siervo de Jesucristo. Desagrademos, pues, a los mundanos, y gustemos mucho de desagradar a los que no se complacen en el mismo Dios; porque bien véis que en lo que en nosotros les disgusta, no tanto son nuestras obras, cuanto la obra de Jesucristo; y así aborrecen en la conducta de nuestra vida al mismo que desprecian en la suya. (S. Paulino, Ep. 1, ad Sever., sent. 7, Tric. T. 5, p. 330.)"

"¿Para qué nos sirve la gracia del mundo, si ésta es odio de Jesucristo? (S. Paulino, Ep. 6, ad Sever., ent. 10, adic. Tric. T. 5, p. 362.)"

"La vida amiga de este mundo es muerte del alma. (S. Paulino, Ep. 22, ad Amand. 2, sent. 13, adic. Tric. T. 5, p. 362.)"

"Reconozcamos, como dice la Escritura, que vamos caminando entre lazos: no dice junto a los lazos, sino entre lazos. Porque hallamos lazos en las casas, en las mesas, en las concurrencias, y generalmente en todas partes. (S. Juan Crisóst., Homl. 15, sent. 13, Tric. T. 6, p. 302.)"

"El tiempo de la presente vida, tan lleno de males y pecados, es un tiempo de lágrimas y de aflicción. A la verdad, que el que quisiere examinar más particularmente todos sus desórdenes, si esto es posible, no podrán contener el llanto: porque todas las cosas están en este mundo en tanta confusión y desarreglo, que no parece que hay el menor rasgo de virtud. Todo está lleno e inundado de maldad; y lo más despreciable es que no nos mueve a sentimiento la vista de tantos males, ni advertimos a los otros que los eviten. (S. Juan Crisóst., lib. 1, de compun. cordis, sent. 167, Tric. T. 6, p. 332.)"

"La vida presente es muy semejante a una comedia en la que uno hace el papel de Emperador; otro, de General de ejército; otro, de soldado; otro, de Juez; y así de los demás estados; y cuando llega la noche y se acaba la comedia, el que representaba al Emperador ya no es reconocido por Emperador; el que hacía de Juez, ya no es Juez; y el Capitán, ya no es Capitán; lo mismo sucede en el día que dura esta vida, al fin de la cual, cada uno de nosotros será tratado, no según el personaje que representa, sino según las acciones que haya ejecutado. (S. Juan Crisóst., Paran., c. 3, sent. 180, Tric. T. 6, p. 335.)"

"Aquellos a quienes la Escritura llama pesados de corazón y amantes de la mentira dicen: ,Qué mal puede haber en disipar el espíritu y divertirse. ¿Qué tiene de malo la música y los conciertos de instrumentos? ¡Oh extremada locura, oh pensamiento, oh invención diabólica, oh generación mala y adúltera! ¿De este modo pagáis al Señor lo que le debéis? Por todas partes ordena Jesucristo a los cristianos que no se distraigan en coasa vanas, y que no empleen el tiempo en juegos y diversiones; y vosotros decís, ¿qué mal nos puede hacer esto? ¡Ay de aquellos que llaman dulce a los que es amargo, y amargo a lo que es dulce! ¡Ay de aquellos que pretenden que las tinieblas pasen por luz, y la luz por tinieblas! Yo quisiera que estos ignorantes y descarados que hablan así me dijesen: ¿En qué lugar de la Escritura se halla que es permitido al cristiano ocuparse en todas esas diversiones? ¿Qué Evangelios han enseñado jamás, que puedan vivir los cristianos con tan poca gravedad y modestia? Por otra parte, escritos están en el cielo los pactos y promesas que hicimos en el Bautismo, la renuncia

de Satanás y la alianza con Jesucristo. Algún día se nos harán presente en el juicio todas nuestras obras, palabras y pensamientos, las distracciones y risas disolutas y, en una palabra, todo cuanto no se conforma con la profesión de un cristiano. (S. Juan Crisóst., Serm. de Peccato proph., sent. 248, Tric. T. 6, p. 350.)"

"Cuando las pesadumbres y solicitudes de las cosas del mundo despedazan al alma, destruyen toda su virtud y fortaleza. (S. Juan Crisóst., Homl. 10, in Ep. ad Philip., sent. 354, Tric. T. 6, p. 377.)"

"Todas las cosas arrebatan la velocidad de los momentos que vuelan y pasan, y continuamente corre el rápido torrente de las cosas del mundo. (S. Agustín, Psalm. 38, sent. 46, Tric. T. 7, p. 458.)"

"El mar es la figura de este mundo, que es amargo por la falsedad de sus bienes, agitado por las continuas tempestades, y lleno de hombres que, animados de sus perniciosos deseos, son como otros tantos monstruos que sólo aspiran a devorarse unos a otros. (San Agust., Salm. 64, sent. 101, Tric. T. 7, p. 463.)"

"Por grandes que sean las prosperidades en el mundo, éste engaña a muchos, pero Dios a nadie engaña. (S. Agust., Salm. 74, sent. 118, Tric. T. 7, p. 465.)"

"El que se convierte a Dios no pierde los placeres, sino que los cambia: no porque ya es efectivamente feliz, sino porque su esperanza es tan cierta que la debe preferir a todos los bienes del mundo. (S. Agust., Salm., ibid., sent. 119, Tric. t. 7, p. 465.)"

"Si son tan hermosas las cosas que amáis, ¿qué resplandor de belleza será el de Aquél que las ha hecho como son?... (S. Agust., Salm. 78, sent. 127, Tric. T. 7, p. 466.)"

"El mundo está lleno de amargura y de dolor: Vos, Señor, sois todo mi gozo y mi dulzura. (S. Agustín, Salm. 78, sent. 131, Tric. T. 7, p. 466.)"

"El mandamiento de Dios a Abraham para que saliese de su país, de su familia y de la casa de su padre, significa que debemos salir de nosotros mismos; esto es, de nuestros vicios y de nuestros malos hábitos, para no deleitarnos sino en bien obrar con las prácticas de las virtudes. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. 1, T. 5, sent. 1, Tric. T. 9, p. 44.)"

"Con grande razón dice Job: Esperad todavía un poco, porque como la duración que no tiene términos es inmensa, así también la que se acaba es poquísimo. A la verdad, no debemos tener por bueno lo que continuamente tira a no ser, y en los que los mismos instantes

que componen esta duración son continuamente sucesivos para traernos el fin. De suerte, que los mismos instantes que nos hacen gozar no les pierden para que dejemos de gozarle. (S. Greg. el Grande, lib. 7, c. 30, p. 233, sent. 30, Tric. ibid., p. 239.)"

"Vivid en la tierra como vive el Angel en el cielo; alimentad continuamente vuestro espíritu con castos y santos pensamientos; corregid en vosotros las ideas y las aficiones del mundo, si pretendéis no tener parte en la corrupción de sus obras. Purificad enteramente vuestro corazón de los obstáculos de los negocios del siglo, en el que todo es vanidad, para que Jesucristo os corone en lo más alto de los cielos. (S. Anselmo, Exhort. ad contemptum temporalium, sent. 1, Tric. T. 9, p. 338.)"

"La felicidad de este mundo es muy corta: muy poco son todas sus honras. El poder limitado al tiempo es muy frágil y pronto se desvanece. Decidme: ¿En dónde están tantos Reyes? ¿Qué se han hecho tantos Príncipes, Emperadores y soberbios potentados? ¿A dónde se ha perdido la opulencia de tantos ricos? ¿Cómo se han eclipsado tantos grandes Señores, tantos poderosos Asentistas, tantos hombres temidos en su siglo. Todo ha desaparecido como una ligera sombra, y todo se ha disipado como la ilusión de un sueño. Ya no existen; han existido. (S. Anselmo, Exhort. ad contemptum temporalium, sent. 32, Tric. T. 9, p. 347.)"

"Estad muertos al mundo, y el mundo esté muerto para vosotros. Mirad su gloria como si ya os hubiera separado de ella la muerte. No cuidéis de las cosas del siglo más que si estuviéseis en la sepultura. Tomad tan poco interés en las bagatelas que los hombres del siglo miran como un grande negocio, como si ya hubiérais dado el paso de la muerte, cuando todas las ocupaciones del mundo se habrán acabado para vosotros. Despreciad mientras os dura la vida, lo que de nada os ha de servir después de la muerte. (S. Anselmo, ibid., sent. 34, Tric. T. 9, p. ibid.)"

"Todas las cosas de este mundo han de tener fin; y su fin no tendrá fin. (S. Bern., Serm. 9, in Cant., sent. 21, Tric. T. 10, p. 323.)"

"Si la piedad es, como dice la Escritura, el culto de Dios, sin duda el que ama más al mundo que a Dios está convencido de idólatra y de impío, porque adora y sirve a la criatura más bien que al Criador. (S. Bern., Ep. 107, Ad Thom. Praep. sent. 21, adic. Tric. T. 10, p. 353.)"

O

Obediencia.– "De nadie es enemigo el cristiano: ¿cuánto menos lo será del Emperador, a quien es preciso que ame, reverencie, honre y le desee la salud, sabiendo que está puesto por su Dios? Veneremos, pues, al Emperador, como nos es permitido y como a él le conviene; como a un hombre segundo después de Dios, y en lo que suele dar a Dios en esta vida, a Dios solamente inferior, esto es todo lo que él puede desear, pues ya de este modo es mayor que todos, cuando sólo es menor que el Dios verdadero. (Tertuliano, ad Scapulam, c. 1, sent. 4, adic., Tric. T. 1, p. 359 y 360.)"

"Dice el Apóstol: Yo procuro agradar a todos en todas las cosas, no pretendiendo lo que me es ventajoso en particular, sino lo que es útil a muchos para salvarse. Es agradar a Dios y no a los hombres, cuando se les da gusto en lo que no desagrada a Dios; pero cuando únicamente se estudia el medio de agradar a los hombres, es un cuidado que no se puede referir al de agradar a Dios, pues tiene por término aquellos a quien se quiere complacer. (S. Hilario, in Psalm. 52, sent. 28, Tric. T. 2, p. 264 y 265.)"

"Los criados deben obedecer a sus amos con afecto, y a gloria de Dios, generalmente, y en todo cuanto puedan, sin faltar a la ley divina. (S. Basilio, Reg. 75, sent. 51, Tric. T. 3, p. 198.)"

"Los hijos deben honrar a sus padres y obedecerles en todo lo posible, sin faltar a los Mandamientos de Dios. (S. Basilio, Reg. 76, c. 1, sent. 53, Tric. T. 3, p. 199.)"

"Los cristianos deben estar sujetos a las potestades establecidas para gobernarlos, en todas las cosas que no se oponen a la ley de Dios. (S. Basilio, Reg. 79, c. 2, sent. 55, Tric. T. 3, p. 199.)"

"Siempre es útil el silencio cuando os reprenden. Si os reconocéis culpados, callad por no agravar el pecado negándole; cuando no os conocéis reos, callad también y sírvaos de consuelo vuestra misma inocencia: no pueden las palabras de otro hacer culpada una concien-

cia que sabe que está inocente. (S. Ambrosio, in Psalm. 38, sent. 50, Tric. T. 4, p. 323.)"

"Para que no piense el pueblo que carece de culpa cuando sigue los errores de los falsos doctores que le engañan, dice Dios: No escuchéis los discursos de los profetas que os predican la mentira y os seducen, porque entonces será igual el castigo en el discípulo y en el maestro. (S. Jerón., lib. 4, in c. 24, sent. 65, Tric. T. 5, p. 294.)"

"A todos los hombres, no sólo a los seculares, sino también a los Monjes y Sacerdotes, dice el Apóstol: Todas las personas estén sujetas a las potestades superiores. Aun cuando fuéseis Apóstoles, Evangelistas o Profetas, tendréis obligación de sujetaros, porque la religión y la piedad no eximen de esta sujeción. (S. Juan Crisóst., Homil. 22, sent. 292, Tric. T. 6, p. 361.)"

"Desde la más remota antigüedad han juzgado los pueblos de común acuerdo que debían proveer lo necesario a la subsistencia de sus Príncipes, persuadiéndose a que estaba a su cargo asistir a las necesidades de aquellos que dejaban sus propios asuntos para cuidar de los negocios del público, y tienen empleado su tiempo y su aplicación en el reposo y salud de los pueblos entregados a su conducta. (S. Juan Crisóst., Homil. 22, sent. 293, Tric. T. 6, p. 361.)"

"Obedeced a los que están puestos por Superiores y estadles sujetos. Me diréis: Si son malos, no les obedeceremos. ¿Qué llamáis malos? Si son tales en punto de fe, huid de ellos aunque sean Angeles del cielo; pero si solamente son malos en punto de las costumbres y conducta de la vida, eso no lo examinéis curiosamente. Esto no os lo digo de mí mismo, sino que lo aprendo de la Escritura, en la que hallaréis estas palabras de Jesucristo: Los escribas y fariseos se han sentado en la cátedra de Moisés. Y aunque antes había dicho de cuantos males eran reos, añade: No obstante, haced todo cuanto os dijeren, mas no hagáis según sus obras. (S. Juan Crisóst., Homil. 34, c. 13, ad Hebr., sent. 392, Tric. T. 6, p. 385.)"

"Hacer el mal, sea quien fuere el que lo mande, no tanto será obediencia, cuanto desobediencia –porque se falta a lo que debemos a Dios–. (S. Bern., Ep. 7, n. 3, sent. 37, Tric. T. 10, p. 324.)"

"Vana es la excusa de haberlo hecho por obedecer al hombre, cuando se comete contra Dios. (S. Bern., Ep. 7, n. 8, sent. 92, Tric. T. 10, p. 327.)"

"Si alguno piensa ejecutar no teniendo precepto cierto, si tuviese suspensa su voluntad hasta preguntar al Prelado buscando la voluntad

de Dios por medio de aquel a quien en su lugar obecede, por nada de cuanto le manden se turbará: porque es mucha la paz de los que aman tu ley y no hay para ellos escándalo. (S. Bern., Serm. 12, ad quosdam novit. convers., sent. 50, adic. Tric. T. 10, p. 366.)"

"Mi alimento, dice Jesucristo a los judíos, es hacer la voluntad del que me ha enviado y dar cumplimiento a su obra: Meus cibus est ut faciam voluntatem ejus qui missit me, etc. (Joann., IV, 34). He bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la del que me ha enviado. (Joann., VI, 38). No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. (Joann., V, 30). Hágase, Padre mío, tu voluntad, y no la mía, dijo en el Huerto de las Olivas. (Luc., XXII, 42). San Pablo nos dice que Jesucristo fue obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; factus est obediens usque ad mortem, etc. Mas todo está compendiado en las pocas palabras que nos dice el Santo Evangelio, que estaba sumiso a José y María: Erat subditus illis. (Barbier., T. 3, p. 463.)"

"La obediencia es una virtud excelente a las demás; nos lo dicen también San Gregorio, San Buenaventura, San Juan Clímaco, el que dice, es una perfecta negación del alma y del cuerpo, una muerte voluntaria, una vida sin inquietud, una navegación sin peligros, el sepulcro de la voluntad y una vida de humildad. Nos asemeja a un hombre que anda durmiendo y avanza al término de su viaje. Vivir en la obediencia no es nada más que poner nuestra carga sobre las espaldas de otro, nadar con el sostén de una mano extraña, ser llevado sobre las aguas para no ahogarse, y atravesar sin peligro el camino más corto y cómodo, el grande y peligroso océano de la vida. (Grad. IV, Barbier., T. 3, p. 467.)"

"La obediencia es preferible a los sacrificios: 1.º, porque la obediencia es la inmolación de la voluntad. El hombre, dice San Bernardo, es tanto más agradable a Dios cuanto más presto se sacrifica con la espada del precepto, después de haber reprimido el orgullo de su libertad; 2.º, porque la obediencia hace que nuestra voluntad se conforme a la voluntad de Dios, que es santísimo y es la forma y la regla de toda virtud y santidad; 3.º, porque la obediencia hace de la voluntad un sacrificio vivo y continuo, en tanto que los antiguos sacrificios se componían solamente de la carne de los animales sacrificados, y duraban pocos instantes. En este sacrificio místico, pero muy noble, la voluntad muere, y sin embargo, vive: muere para sí mismo y vive en Dios y en la voluntad divina."

"Hay un mérito mucho mayor, dice San Gregorio, en someter la

propia voluntad a la voluntad ajena, que en macerar nuestro cuerpo con largos ayunos, o que en atormentarnos con sacrificio secreto por compunción. El que ha aprendido a subordinarse completamente a la voluntad de sus superiores tendrá en el cielo mayores méritos y mayor gloria que los que ayunan y lloran. (Moral, Barbier., T. 3, p. 467 y 468.)"

"El Abate Juan, en el lecho de la muerte, contestó a sus religiosos que le preguntaban cómo había llegado a tan alta perfección: Jamás he hecho mi propia voluntad, y jamás he mandado tampoco nada a los otros que no lo haya hecho yo el primero. (Cassian., de Instit. monach., lib. 5, c. 38, Barbier., ibid., p. 468.)"

Obispo.– "Si estás ligado a una esposa, no pretendas desenlazarte. Si estas palabras se dijeron de una mujer casada, ¿con cuánta más razón se podrán aplicar a una Iglesia, a la que está obligado un Obispo? No debe buscar otra si no quiere que los libros santos le reprendan de adulterio. (S. Atanasio, sent. 23, Tric. T. 2, p. 176.)"

"Para ser un buen Obispo y digno de serlo, no es suficiente traer un vida inocente y pura, ni solamente el ser capaz de instruir a los otros; porque el que vive justamente es útil para sí solo si no tiene la doctrina necesaria la enseñan; y por otra parte desautoriza esta doctrina si no está apoyada en la santidad de la vida. (S. Hilario, lib. 8, sent. 3, Tric. T. 2, p. 257.)"

"Un Prelado debe vivir persuadido a que cuantos más son los súbditos, más tiene a quien servir. (S. Basilio, Interrog. 50, sent. 62, Tric. T. 3, p. 200.)"

"La benignidad y la humildad deben ser las prendas principales de un Obispo. A la verdad, si el Señor no se avergonzó de servir por sí mismo a sus discípulos, ¿qué debemos hacer nosotros con nuestros iguales para manifestar que procuramos imitarle? También debe el Obispo ser clemente con los que delinquen por falta de experiencia, pero de suerte que no disimule sus pecados. Debe saber elegir los remedios más proporcionados contra las enfermedades que pretende curar, mire con circunspección que no reprenda con sobrada aspereza a los pecadores; adviértales con mansedumbre su obligación, sea vigilante en la administración de las cosas presentes y prevenga las que están por venir; sea fuerte para combatir a los que resisten y compasivo para acomodarse a la flaqueza de los débiles; sea exacto para no decir ni hacer lo que no contribuya a la perfección de los que gobierna; conténgase y no se introduzca por sí mismo en la prelacía sino por

la libre elección de los que le pueden conferir la dignidad; por último, ya el Obispo debe haber dado anticipadamente o antes de serlo, los más señalados testimonios de la integridad de sus costumbres y de su virtud. (S. Basilio, Interrog. 43, sent. 63, Tric. T. 3, p. 200 y 201.)"

"A mí me parece que respecto del Obispado es preciso observar un medio justo entre dos especies de temor; esto es, que no se ha de desear cuando no nos llaman a él, ni desecharle cuando Dios nos llama; porque hay temeridad en pretenderle y desobediencia en renunciarle e imprudencia en las dos cosas. (S. Gregorio Nacianceno, Orat. 1, sent. 7, Tric. T. 3, p. 353.)"

"Un médico no merece este nombre si no ha adquirido un grande conocimiento en las enfermedades; y, según veo que proceden muchos, no hay cosa más fácil que hallar un Obispo, porque en un día le hacen santo: se manda a un ignorante que en un instante se haga sabio y hábil cuando se elige para el sacerdocio a un hombre que no trae otra disposición que la de querer verse sublimado. (S. Greg. Nacianc., sent. 36, Tric. T. 3, p. 357.)"

"Pensaba San Basilio que la virtud de un simple fiel consistía en estar exento del vicio y tener algún amor a la virtud, pero en cuanto a un Prelado, estaba persuadido a que merecía pasar por malo e indigno Obispo si no excede en mucho al mérito de los simples fieles, si no se perfecciona de día en día, y si en virtud y santidad no corresponde a la elevación de su dignidad y su poder. (S. Greg. Nacianc., ibid., sent. 37, Tric. T. 3, p. 357.)"

"En una ciudad se necesitan siete Diáconos, algunos Presbíteros y un Obispo, y ninguno de estos debe tener mujer; porque es preciso que todos los días se hallen presentes en la iglesia para servir a los fieles que tengan necesidad, sin que éstos esperen a que se purifiquen como en la antigua ley del comercio con sus mujeres. (S. Ambrosio, in Epist., ad Timoth., c. 3, sent. 101, Tric. T. 4, p. 333.)"

"Peca el Obispo cuando ordena a alguno sin tenerle bien probado; pues para merecer las órdenes, es preciso que le reconozcan por más virtuoso que los demás fieles, y no basta estar exentos de crimen, es necesario que resplandezcan primero los méritos de las buenas obras en un hombre para que se le juzgue digno de ser ordenado. (S. Ambrosio, ibid., c. 7, sent. 102, Tric. T. 4, p. 333.)"

"Concededme, Señor, que yo sepa compadecerme en lo íntimo de mi corazón de la miseria de los que pecan: porque en esto consiste la soberana virtud de un Pastor. No os alegraréis, dice la Escritura, de la

perdición de los hijos de Israel, ni les hablaréis con orgullo en el día de su tribulación. Haced, pues, que cuando yo oiga la confesión de las culpas de un penitente, tome parte en su dolor; y que esté tan lejos de reprenderle con aspereza y altivez, que mezcle yo mis lágrimas con las suyas para que yo llore por mí mismo cuando llore por él, y que diga: Tamar ha tenido más razón que yo para ser justificada. Cuando una persona joven ha pecado, sin duda la derribó y la hizo caer la ocasión, que es por lo común la que empeña en la culpa; pero yo, con ser un anciano, no dejo todavía de pecar. Aquella persona puede tener excusa en la edad; mas yo no tengo ninguna; porque ella tiene obligación a aprender, mas yo la tenga de enseñar. (S. Ambrosio, de poenit., lib. 2, c. 8, sent. 111, Tric. T. 4, p. 336.)"

"No conviene a la benignidad imperial quitar la libertad de hablar a los Obispos, ni a la generosidad episcopal no decir lo que piensa. Nada hace a los Emperadores tan familiares y tan afables a sus pueblos como la conservación de esta libertad en los que les sirven más de cerca; porque entre los buenos y los malos Príncipes hay esta diferencia: que los buenos quieren la libertad en sus vasallos, y los malos los quieren tener en servidumbre; por último, no hay cosa más peligrosa para un Obispo en la presencia de Dios, ni más indecorosa en la de los hombres, que el no tener valor para decir su sentir con toda libertad. (S. Ambrosio, Epist. 29, ad Theod., Imper., sent. 155, Tric. T. 4, p. 346.)"

"Vos ¡oh Emperador! corríais el mismo riesgo que yo delante de Dios si yo callara; mas ahora participaréis del mismo bien que yo hago hablando con la debida libertad, y no me tengáis por un importuno que se mezcla en donde no tiene que hacer, pues en esto cumplo con mi obligación y obedezco a los preceptos del Señor, en cuyo desagrado hay mucho más peligro que en el de un Emperador. (S. Ambrosio, ibid., sent. 156, Tric. ibid., ibid.)"

"Yo, en el caso de que sucediese lo que suelen ejecutar los que tienen la potestad suprema, estaba dispuesto a sufrir lo que conviene a un Obispo. Jamás abandonaré voluntariamente los derechos del Obispado: mas si quieren hacerme violencia, no sé lo que es defenderme, sólo podré afligirme, llorar y gemir: no tengo otras armas que el llano para resistir a las armas y soldados que me opongan los que me quieran precisar violentamente. Estas son las únicas defensas de los obispos, y no puedo ni quiero hacer otra resistencia; pero no acostumbro a huir abandonando mi Iglesia. (S. Ambrosio, in Auxent. Orat., sent. 157, Tric. ibid., ibid.)"

"Cuando se me propuso que entregase los vasos de la Iglesia, di por respuesta: que si se trataba de dar alguna cosa que fuese mía, como una heredad, una casa, o bien el oro y la plata, me desprendería gustoso de todo en cuanto estuviese de mi parte; pero que del templo de Dios nada podía quitar, ni debía yo entregar lo que me habían entregado a mí para custodiarlo, y no para abandonarlo. (S. Ambrosio, ibid., sent. 158, Tric. ibid., ibid.)"

"Maestro, ¿es permitido dar el tributo al César, o no? ¿Siempre han de oponer la autoridad del César a los siervos de Dios para afligirlos? ¿Que siempre ha de pretextar la impiedad el nombre del Emperador para calumniarnos y perseguirnos? (S. Ambrosio, ibid., sent. 159, Tric. ibid., p. 347.)"

"Apenas puede mi espíritu en su pequeñez comprender la grandeza de este sagrado cargo y el conocimiento que tengo de mi flaqueza me hace temblar a vista de la pesadez de esta carga que me han impuesto. (S. Paulino, Ep. 1, ad Sever., sent. 8, Tric. T. 5, p. 330 y 331.)"

"Si se considerara el Sacerdocio supremo como cuidado, como trabajo, como carga, nadie se empeñaría en él tan fácilmente: pero se desea con ambición esta dignidad, como pudiera pretenderse una magistratura profana, con el fin de granjearse, honra y gloria delante de los hombres, y de este modo se pierden delante de Dios. (S. Juan Crisóst., Homl. 3, in Act. Apost., sent. 261, Tric. T. 6, p. 354.)"

"Aquel a quien han hecho Obispo como por fuerza y contra su voluntad, podrá hallar alguna excusa. (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 262, Tric. ibid., ibid.)."

"Si el desprecio del Prelado sólo recae en su persona, debe sufrirle con paciencia; porque la virtud de su predicación resplandecerá más con el sufrimiento. Pero si el desprecio puede causar perjuicio a la salvación de los que penden de su conducta, no le debe sufrir, porque entonces más sería efecto de la necedad, que de la mansedumbre. (S. Juan Crisóst., Homl. 10, c. 5, ad Timoth., sent. 368, Tric. T. 6, p. 380.)"

"No impongáis tan presto las manos, ni comuniquéis en los pecados ajenos. ¿Qué quiere decir tan presto? Quiere decir: no os contentéis con probarla la primera vez, ni aún la segunda o tercera, sino esperad a imponerle las manos cuando le hayáis examinado por largo tiempo y con la mayor exactitud; porque es para vosotros muy peligroso ordenar con demasiada prontitud a un eclesiástico; pues por esa

facilidad que ha de contribuir a sus desgracias, seréis reos de todos sus pecados pasados y por venir. (S. Juan Crisóst., Homl. 16, in 1. ad Corinth., c. 5, sent. 369, Tric. ibid., ibid.)"

"Un Doctor y un Obispo no tienen necesidad de fausto en sus palabras para persuadir la verdad; sino de juicio, recta razón y mucho conocimiento de la Escritura. ¿No véis cómo convirtió San Pablo toda la tierra y que hizo infinitamente él sólo mucho más que Platón y todos los filósofos juntos? (S. Juan Crisóst., Homl. 2, c. 1, Ep. ad. Tit., sent. 376, Tric. T. 6, p. 381.)"

"Si conocieses que el Obispo debe llevar la carga de todos; que a otros, aunque se dejen llevar de la ira, se les perdona, más a el de ningún modo; que los otros pueden tener excusa cuando pecan, mas el ninguna tiene: no acudirías con ambición. Dime: si el que tiene diez hijos que viven con él continuamente y están sujetos a sus órdenes se ve en la obligación de cuidarlos sin intermisión, ¿qué no padecerá el que tiene tantos, y no domésticos, sino que le deben la obediencia viviendo en su propia potestad? Para eso le honran, suelen decir: ¿Qué honra es esta? si los hombres más despreciables dicen afrentas contra él en los tribunales. ¿Por qué no les cierra la boca? Muy bien dicho. En eso no cuentan con lo que es propio del Obispo... ¿Quién podrá ponderar la solicitud cuando ha de predicar y enseñar? ¿quién la dificultad en las elecciones cuando por todas partes le oprimen los amigos y los enemigos, los suyos y los ajenos?... Si se conmueve con vehemencia, dicen que es cruel; si con poco ardor, dicen que es frío: y es preciso que concurran estas dos cosas, aunque sean contrarias, de modo que ni le aborrezcan ni le desprecien. (S. Juan Crisóst., in Act. Apóst., Homl. 3, sent. 18, adic. Tric. T. 6, p. 458.)"

"Cuando lo pide la necesidad, se debe ponderar dignamente como conviene cada uno a la elevación del gobierno; y como vive en él aquel que legitimamente le consiguió; y aún viviendo en él como enseña: y aunque enseñe lo que debe, procure conocer con toda su consideración su propia flaqueza, para que ni por humildad huya del misterio, ni la vida sea contraria al empleo que ha llegado, ni la santa vida se halle destituída de doctrina, ni la presunción haga ostentación de la doctrina. (S. Greg. el Grande, Pat. 1, Preloq., sent. 7, adic., Tric. T. 9, p. 380.)"

"Entonces fue laudable pretender el Obispado, cuando se sabía que esta dignidad era el medio de llegar a los mayores tormentos del martirio. (S. Gregorio el Grande, ibid., c. 8, sent. 8, ibid., ibid., p. 381.)"

"El que es poderoso en virtudes, llegue precisado al gobierno: el que está desnudo de ellas, ni aún obligado le admita. (S. Greg. el Grande, ibid., c. 9, sent. 9, adic., Tric. ibid., ibid.)"

"Las honras lisonjean a los que miran su resplandor; pero aquellos que meditan su carga, las tiemblan. (S. Bern., Tract. de Offic. et Mor. Episc., c. 7, sent. 128, Tric. T. 10, p. 329.)"

"Más temo yo los dientes del lobo que el báculo del Pastor. (S. Bern., Tract. de vit., Offic., Epist. n. 35, sent. 142, Tric. T. 10, p. 330.)"

"Bruno, varón ilustre, me pides consejo sobre si te debes conformar con los que quieren promoverte al Obispado. Más ¿qué hombre mortal presumirá decidir? Puede ser que Dios te llame, y entonces, ¿quién se atreverá a disuadirte? Puede ser que no te llame: y ¿quién te aconsejará que te acerques? ¿quién sino el Espíritu que conoce las profundidades de Dios, o aquel a quien se lo haya revelado podrá saber si es o no verdadera vocación de Dios? (S. Bern., Epist. 8 ad Brunon., sent. 6, adic., Tric. T. 10, p. 346.)"

"Si nos agrada estar más altos más bien que mejores, no esperemos premio, sino precipicio. (S. Bern., Ep. 27, sent. 11, adic., Tric. T. 10, p. 349.)"

Oración.– "Ninguno yerre: el que no estuviere presente al altar, se priva del pan de Dios. Si la oración de una u otra persona tiene tanta fuerza, ¿cuánto será más eficaz la oración del Obispo con toda la Iglesia? Aquél, pues, que no concurre a la junta, ya está hinchado con la soberbia, ya se ha separado y juzgado a sí mismo, porque escrito está: Dios resiste a los soberbios. (S. Ignacio, sent. 1, Tric. T. 1, p. 338.)"

"La oración es una conversación con Dios, sin que se oiga la voz, y aun sin mover los labios estamos clamando en el fondo de nuestro corazón: el Señor oye las súplicas que le dirige nuestro corazón. Para orar, levantamos la cabeza y las manos al cielo, nos esforzamos a arrancar de la tierra nuestro cuerpo, elevando nuestra alma con las alas del deseo de los bienes eternos hasta el santuario de Dios; y mirando con los ojos de un espíritu sublime, consideramos como inferiores a El los lazos de nuestra carne como dignos de desprecio siempre que se opongan a la vida eterna. (S. Clemente, sent. 17, lib. 7, Tric. T. 1, p. 126.)"

"Algunos destinan ciertas horas fijas para la oración, como la de tercia, sexta y nona: mas el hombre verdaderamente espiritual, y que

tiene verdadero conocimiento de Dios, procura estar toda la vida en la presencia de Dios por medio de la oración: cuando llega a este grado eminente de caridad, corta todo cuanto le es inútil, y sólo mira a Dios en sus deseos. (S. Clemente, sent. 18, ibid., ibid., ibid.)"

"El varón espiritual en todo lugar hará oración, pero sin dar a entender que ora: hace oración cuando camina, cuando descansa, cuando habla, cuando lee, y en todo cuanto ejecuta con deliberada intención; cuando él no haga más que pensar en Dios en lo secreto de su corazón, y enviarle de él afectuosos suspiros, está bien cierto de que Dios está pronto para oirle, aun antes de concluir su oración. (S. Clemente, sent. 19, ibid., ibid., ibid.).

"El que trae a Dios en su corazón, ninguna otra cosa desea: y dirigiéndose a El únicamente, abandona cuanto puede retraerle de unirse al Señor con estrechos lazos, y se aplica todo a la contemplación de las cosas divinas. (S. Clemente, sent. 20, ibid., ibid., ibid.)"

"Muchos se excusan de asistir a todas las oraciones del sacrificio, y les parece que pueden retirarse porque ya han recibido el cuerpo del Señor: ¿acaso la Eucaristía no podrá dispensar de las obligaciones de piedad y devoción, siendo un beneficio que por sí mismo nos pone en más estrecha obligación? (Tertuliano, lib. de la Oración, c. 14, sent. 8, adic., Tric. T. 1, p. 197.)"

"Pidiendo el pan cotidiano, pedimos la perpetuidad de Cristo y ser individuo de su cuerpo místico. (Tertuliano, ibid., c. 6, sent. 9, adic., Tric. T. 1, p. 361.)"

"Absolutamente se nos manda no volver mal por el mal: a un hecho igual corresponder igualmente... ¿Qué honra sacrificaremos al Señor, nuestro Dios, si le usurpamos el arbitrio de nuestra defensa? (Tertuliano, ibid., c. 10, sent. 10, adic., Tric. ibid., ibid., ibid.)"

"Cuando decimos en las oraciones de la iglesia: Dios omnipotente, admítenos con tus Profetas y con los Apóstoles de Jesucristo, no se yo si penetramos el sentido de estas palabras: ellas quieren decir: Haced que seamos participantes de las persecuciones que padecieron los Profetas, y permítenos padecer lo que padecieron los Apóstoles: haced que prediquemos vuestra verdad a los hombres, de tal modo, que éstos nos persigan y aborrezcan. Es una cosa bien impropia que el que está pronto a padecer y sufrir con los Apóstoles y Profetas, le diga el Señor: Dame para con tus Profetas y Apóstoles. (Orígenes, Homl. 14, in Jerem., sent. 9, Tric. T. 1, p. 249.)"

"El que tenga sed, lléguese a mí y beba, clamaba Jesucristo. La

misma piedra nos convida con amorosos pechos para alimentarnos; pero los impíos han abandonado la fuente de agua viva: no es la fuente la que se retira, pues Dios jamás se aparta de los que le buscan; mas los que se retiran lejos de Dios, perecerán. (Orígenes, Homl. 118, in Jerem., Tric. T. 1, p. 249.)"

"Sea nuestra ocupación un continuo llanto y una continua oración: estas son las armas celestiales con que perseveran y se defienden nuestras almas. Ayudémonos unos a otros con oraciones, y consolémonos con recíproca caridad en nuestros trabajos. Aquel que por la misericordia del Señor mereciere ir primero, conserve siempre en la presencia de Dios su caridad, para con sus hermanos, para implorar la clemencia divina a favor de los fieles que dejó en el mundo. (S. Cipriano, carta 56 a Cornelio, sent. 7, Tric. T. 1, p. 296.)"

"Cuando oramos para conseguir el perdón de nuestras culpas, tomemos las mismas palabras de Aquel que es nuestro mediador y abogado. Y pues nos asegura que el Padre celestial nos concederá cuanto le pidamos en su nombre: ¿con cuánta mayor prontitud nos lo concederá, si no solamente en su nombre le suplicamos, sino que oramos con sus mismas palabras? (S. Cipriano, de Orat. Dominica, sent. 18, Tric. T. 1, p. 300.)"

"La voluntad de Dios es la que hizo Jesucristo, y la que nos enseñó. Esto es, que seamos humildes por toda la duración de nuestra vida, firmes en nuestra fe, modestos en nuestras palabras, justos en nuestras acciones, caritativos en nuestras obras, arreglados en nuestras costumbres, incapaces de hacer injuria a los otros, y determinados a sufrir las que nos hagan, viviendo siempre pacíficos con nuestros hermanos. También quiere Dios que le amemos con todo nuestro corazón, que le estimemos como a nuestro Padre, y le temamos como a nuestro Dios: que ninguna cosa miremos con preferencia a Jesucristo, así como este Señor a todo nos prefirió; que nos aficionemos inviolablemente a su amor: que abracemos su cruz con valor y confianza; que cuando se trata de confesar su nombre, o de defender su honra, manifestemos constancia en nuestras palabras, aliento en los tormentos, y paciencia en la muerte para conseguir la corona. Esto es propiamente ser coherederos de Jesucristo, esto es observar los preceptos de Dios, esto es cumplir la voluntad del Padre celestial (S. Cipriano, ibid., sent. 19, Tric. T. 1, p. 300 y 301.)"

"Pedimos que este pan, que es nuestro, nos lo de Dios todos los días, temiendo que nos suceda, el que los que estamos incorporados

con Jesucristo y recibimos todos los días la Eucaristía como un alimento para la salud, nos veamos separados del cuerpo de Jesucristo, por haber merecido que nos priven de la comunión y de la participación de este pan celestial con alguna culpa grave. (S. Cipriano, ibid., sent. 20, Tric. T. 1, p. 301.)"

"No debemos suspirar por una vida dilatada: pues hay una especie de contradicción es desear permanecer por largo tiempo en el mundo, y con todo eso suplican a Dios que llegue pronto su reino. (S. Cipriano, ibid., sent. 21, Tric. ibid., ibid.)"

"Cuando empezamos nuestras súplicas, confesemos humildemente nuestra insufuciencia, y cuando todo el bien le atribuimos a Dios, nos concede benéfico el Señor cuanto le pedimos con humildad y con aquel respeto y temor que le debemos. (S. Cipriano, sent. 22, Tric. ibid., ibid.)"

"Cuando oramos debemos aplicar todo nuestro corazón: es preciso desterrar todos los pensamientos carnales y del siglo, y atender únicamente a la acción que estamos ejecutando. Por esta razón el Sacerdote u Obispo antes de empezar la oración, prepara los espíritus de los fieles con esta advertencia: Elevad vuestros corazones, para que el pueblo responda: Ya los tenemos levantados al Señor, se acuerde de que por entonces solamente en Dios ha de pensar. (S. Cipriano, sent. 23, Tric. T. 1, p. 30 y 302.)"

"¿Cómo queréis que Dios os entienda en la oración, si vosotros mismos no os entendéis? ¿Cómo podéis pedirle que no os olvide, al mismo tiempo que vosotros os estáis olvidando? El que así ora con tanta negligencia, ofende a la Divina Majestad: están vigilantes nuestros ojos, y dormido nuestro corazón, siendo así que el corazón de un cristiano debe velar aun cuando sus ojos duerman, según aquellas palabras que dijo la Esposa en el Cántico de los Cánticos, y en nombre de la Iglesia: Yo duermo, pero mi corazón vela. (S. Cipriano, sent. 24, ibid., Tric. ibid., p. 302.)"

"Empleemos nuestros ojos en la lección de las divinas Escrituras: nuestras manos, en el ejercicio de las buenas obras; y nuestro espíritu en pensar en Dios: oremos sin cesar aplicándonos continuamente a las santas acciones, para que siempre que nuestro enemigo se acerque a sorprendernos, nos halle armados para rechazarle, y cerradas todas las avenidas de nuestro corazón. (S. Cipriano, lib. de la Orat., sent. 34, Tric. T. 1, p. 305.)"

"Cuando decimos a Dios: Hágase vuestra voluntad, así en la tierra

como en el cielo, no queremos decir que Dios haga lo que quiere, sino que nos conceda que hagamos nosotros lo que es voluntad de Dios. Porque ¿quién habrá que pueda resistir a Dios e impedirle que haga lo que quiere? Mas porque el demonio hace resistencia procurando que nuestros deseos y acciones no se sujeten en todo a Dios, oramos y pedimos que se haga en nosotros la voluntad de Dios; esto es, de su protección y del socorro de su gracia; porque ninguno hay que por sus propias fuerzas adquiera tanta fortaleza, y solamente puede vivir seguro por un efecto de la bondad y misericordia de Dios (S. Cipriano, ibid., sent. 36, Tric. T. 1, p. 306.)"

"Muchas cosas acordes y juntas no se pueden vencer del todo: lo que muchos piden juntos, lo concede Dios a los pacíficos. (S. Cipriano, Epist. 57, ad Cornel., sent. 5, adic., Tric. T. 1, p. 379.)"

"Dios viene a ser padre de los criados por su bondad, recibiendo en sus corazones su Espíritu Santo, que los hace clamar: Padre mío, Padre mío. Porque siendo los hombres por su naturaleza unas puras criaturas, no pueden llegar a ser hijos de Dios, si no reciben en sí el Espíritu del Aquel que por su naturaleza es Hijo de Dios. (S. Atanasio, sent. 16, Tric. T. 2, p. 175.)"

"Porque el Hijo de Dios invoca en nosotros a su Padre, se llama Dios Padre, nuestro. Por lo cual, los que tienen al Hijo de Dios en el corazón, no tienen derecho para llamar a Dios Padre nuestro. (S. Atanasio, sent. 17, Tric. T. 2, p. 175.)"

"El justo ora sin cesar cuando todas sus acciones son agradables a Dios y hechas con el fin de su bondad y gloria: toda su vida es una continua oración, y como pasa los días y las noches en continua oración según el orden de la ley de Dios, se puede decir que todo el tiempo de la noche y del día es en él una perpetua meditación de la ley divina. (S. Hilario, in Psalm. prim., sent. 9, Tric. T. 2, p. 258.)"

"Yo me acordé de vuestro nombre por la noche. El Profeta sabía muy bien que en especial durante la noche debemos recurrir a Dios. Sabía que entonces es preciso atender más a observar la ley, por ser el tiempo en que los impuros deseos se introducen en el alma. Este es el tiempo en que estando el cuerpo lleno de viandas, excitan más las pasiones impuras. Entonces, pues, se debe apelar al nombre de Dios. Entonces es cuando se debe gardar su ley, la que prescribe el pudor, la continencia y el temor de Dios. Por lo que, cuando en tan peligroso tiempo despertamos, no se abandone el espíritu a la ociosidad, antes bien; ocúpese en la oración y confesión de sus pecados, para que en

aquellos momentos que son tan favorables a los vicios del cuerpo, pueda destruirlos y disiparlos la meditación de la ley divina. (S. Hilario, Salm. 118, sent. 11, Tric. T. 2, p. 259.)"

"El Señor es la porción de mi herencia. Pocos hay que puedan decir a Dios estas palabras con esta confianza. Es preciso renunciar al mundo y a cuando está pendiente de él, para que sea verdad que el Señor es la porción única de nuestra herencia. Si la ambición nos da el impulso, si la avaricia nos posee, si los encantos de la sensualidad nos arrebatan, si los cuidados de nuestros domésticos enteramente nos ocupan entonces no será Dios la única suerte de nuestra herencia, porque estaremos divididos o poseídos de las pasiones e inquietudes por las cosas del mundo. (S. Hilario, Salm. 118, sent. 12, Tric. T. 2, p. 259.)"

"En el Evangelio nos pide Dios, que oremos en silencio en secreto de nuestras almas, para que nuestra oración sea más bien obra del corazón que de la lengua. Podrá ser esta sentencia contraria a las palabras del Profeta: ¿Yo he clamado con todo mi corazón? No por cierto: pues sabía muy bien aquel Profeta, que más consiste en el clamor del corazón que en el de la boca. Es la oración un grito de la fe, un grito del alma que penetra el cielo y sube hasta el trono de Dios, no con el esfuerzo de la voz, sino con la virtud de la fe. Aquel, pues, clama a Dios con todo su corazón, que le pide grandes cosas, que le suplica le de los bienes celestiales, que espera los bienes eternos, y vive entre tanto en la inocencia y temor de Dios. (S. Hilario, ibid., sent. 13, Tric. T. 2, p. 260.)"

"Pedimos la salud como una cosa que se nos debe, y como si Dios estuviera obligado a concederla. Desde luego pedimos, pero sin prepararnos con nuestras oraciones, y aun siquiera que le suplicásemos con el clamor de nuestro corazón: pero las más veces movemos los labios, entre tanto que el corazón o el espíritu está disipado y ocupado en otras cosas, y por consiguiente, incapaz de seguir con los afectos, el oficio de la lengua. (S. Hilario, ibid., sent. 14, Tric. ibid., ibid.)"

"Cuando decimos a Dios, santificado sea tu nombre, venga a nos vuestro reino, hágase vuestra voluntad en la tierra como en el cielo, no es porque deseamos que esto suceda para gloria de Dios, más bien lo queremos por nuestra utilidad: no es con el fin de que todas nuestras acciones sirvan para que el nombre de Dios sea santificado, y de que no tengamos otra esperanza, sino en la que puede contribuir para establecer en nosotros su reino, ni con el de querer que nada nos

agrade, sino aquello que puede hacer que alabemos a Dios eternamente. (S. Hilario, in Psalm. 134, sent. 15, Tric. ibid., ibid.)"

"No despreciéis mi oración. Dios desprecia las oraciones hechas con ligereza, destituídas de confianza, aplicadas a cosas inútiles, turbadas con los cuidados del siglo, embarazadas con diversos deseos, y estériles en buenas obras. Estas son unas oraciones dignas del desprecio de Dios, indignas de su atención: de las que dice el Profeta Isaías: Cuando levantéis vuestras manos para orar, yo apartaré de vosotros mis ojos. (S. Hilario, in Psalm. 54, sent. 29, Tric. T. 2, p. 265.)"

"Vivid siempre llenos de confianza; jamás os alejéis por desaliento en las buenas obras ni en los combates que tengáis por la piedad, porque debéis estar ciertos de que nada se ha de perder de cuanto hagáis. Todas vuestras oraciones están escritas en la presencia de Dios: no cantáis un Salmo, sea en particular o en público, que no se apunte como en una especie de diario. (S. Cirilo de Jerusalén, Cath. 15, sent. 9, Tric. T. 2, p. 338.)"

"Jamás ceséis de orar: arrodillaos cuando podáis, y cuando no, invocad a Dios de corazón, por la noche, por la manaña y al mediodía. Si tenéis cuidado de orar antes de poneros al trabajo, y si al levantaros empezáis por ofrecer a Dios vuestra oración, como las primicias de vuestras acciones, persuadios a que el pecado no hallará entrada en vuestra alma. (S. Efreén, de Oratione, sent. 5, Tric. T. 3, p. 78.)"

"Es preciso implorar el auxilio divino, procurando no pedirle con tibieza; porque si se ora sin aplicación, en vez de conseguir lo que se pide, se merece la indignación de Dios, y la oración se convierte en pecado. Cuando estamos en presencia de algún Príncipe, o le hablamos, estamos con grande respeto de cuerpo y de alma, y sólo con grande molestia levantamos los ojos; ¿con cuánta reverencia, pues, será razón que estemos en la presencia de Dios y cuánta deberá ser la atención de nuestro espíritu para no permitir que otra cosa le distraiga? (S. Basilio, Const. c. 1, sent. 77, Tric. T. 3, p. 204.)"

"Hasta que sea voluntad de Dios no se conseguirán nuestros deseos: porque el Señor conoce mejor que nosotros lo que conviene; y aún puede ser que dilate concedernos lo que nos ha dado, con el fin de que se lo pidamos con más frecuencia y fervor, o para que conozcamos que es don suyo y que si nos le confiere debemos conservarle con cuidado. (S. Basilio, ibid., sent. 78, Tric. T. 3, p. 204.)"

"Orarás sin intermisión si tu oración no se reduce a solas palabras,

sino que todo el método de tu vida es conforme a la divina voluntad, de tal modo, que puede y merezca tu vida llamarse una continua oración. (S. Basilio, Homl. in Martyr. Julittam, sent. 5, adic., Tric. T. 3, p. 380.)"

"Suele el piloto mirar al cielo, y en sus disposiciones conoce el curso de su navegación... Tú, pues, levanta al cielo los ojos, según lo que dice David: A ti, Señor, que habitas en los cielos, levanté mis ojos: mira aquel Sol de justicia que está en el cielo, y observa tú como astros resplandecientes sus Mandamientos. (S. Basilio, sent. 8, adic., Tric. T. 3, p. 381.)"

"Admirad la grande bondad de Dios: pues recibe nuestro deseo como si fuera una cosa preciosísima. Se abrasa en deseos de que nosotros nos abrasemos en su amor. Recibe como beneficio el que nosotros le pidamos sus favores: más gusto tiene Dios en dar, que nosotros en recibir lo que El nos da: no tengamos otro cuidado que el de no ser indiferentes ni cortos en nuestras pretensiones con el Señor: jamás le pidamos cosas pequeñas o indignas de la divina magnificencia. (S. Gregorio Nacian., Orat, 40, sent. 50, Tric. T. 3, p. 360.)"

"Es grande locura pedir solamente cosas temporales a Dios, que es eterno: bienes terrenos al Dios del cielo; dones viles y despreciables al que es infinitamente superior a todo; una felicidad baja y terrena al que da un reino celestial, y, por último, pedir al que nos hace esperar bienes perpetuos que nadie nos puede quitar el uso por poco tiempo de aquellos bienes que poseemos como extraños, cuya pérdida es infalible, cuyo usufructo es temporal, y cuya administración es muy peligrosa. (S. Gregorio de Nisa, de Orat., or., sent. 8, Tric. T. 4, p. 114.)"

"El que dice a Dios en la oración, santificado sea tu nombre, le dice, según las fuerzas de estas palabras: Haced, Señor, por medio de vuestra protección y vuestros auxilios que yo sea irreprensible, justo y piadoso; que yo diga la verdad y haga lo bueno; porque es cierto que Dios no puede ser glorificado por el hombre, sino cuando su virtud y piedad son tan excelentes, que persuadan a los otros que es preciso que sea la omnipotencia de Dios la que ha producido tan grande efecto. (S. Gregorio de Nisa, Orat. 2, de or. Dom., sent. 9, Tric. T. 4, p. 114.)"

"La oración del Señor nos enseña a purificar de tal modo nuestra vida, que haciéndola semejante a la vida del cielo, halle en nosotros el cumplimiento de la voluntad de Dios tan poco obstáculo como en los

espíritus celestiales: los que jamás sienten impedimento alguno para la ejecución del bien. (S. Gregorio de Nisa, Orat., 4, set. 11, Tric. T. 4, p. 114.)"

"El señor nos manda buscar sólo lo suficiente para la conservación de la vida, cuando dice: Dadnos nuestro pan; no lo que sirve para el lujo y las delicias, no las riquezas ni alguno de los otros bienes de la tierra que apartan de nuestra alma el cuidado principal que debe emplear en las cosas de Dios, sino sencillamente dadnos pan. (S. Gregorio de Nisa, ibid., sent. 12, Tric. T. 4, p. 115.)"

"Es la oración una conversación con Dios, contemplación de las cosas invisibles, confianza cierta de conseguir lo que se desea, elevación a la misma honra de los Angeles, progreso y aumento de los bienes, ruina de los males, enmienda de las culpas, fruto de lo presente y seguridad de lo futuro. (S. Gregorio de Nisa, in Eccles. H. 2, sent. 7, adic., Tric. T. 4, p. 385.)"

"Cuando el Señor enseña a invocar a mi Padre celestial, se ve que pretende traerme a la memoria aquella buena patria, para volver a ponerme en el camino que allá guía, infudiéndome deseos más vehementes de poseer aquellos bienes. (S. Greg. de Nisa, ibid., sent. 8, adic., Tric. T. 4, p. 358.)"

"El principal de todos los bienes, es que el nombre Dios sea glorificado por medio de mi vida. (S. Gregorio de Nisa, ibid., sent. 9, adic., Tric. T. 4, p. 359.)"

"Sería desconfiar del poder de Dios pensar que no nos puede oír si no resuenan a sus oídos los clamores de nuestra boca. Clamemos a Dios con nuestra buenas obras, clamemos con nuestra fe, clamemos con nuestros afectos, clamemos con nuestra paciencia en los trabajos, clame nuestra sangre como la de Abel: porque Aquel que nos purifica en el secreto de nuestro corazón, nos oye también en lo más oculto de nuestros pensamientos. (S. Ambrosio, de Abel y Caín, lib. 1, c. 9, sent. 10, Tric. T. 4, p. 315.)"

"Mis ojos previnieron al día para meditar desde la madrugada sobre vuestras palabras. Debe serviros de grande vergüenza que los rayos del sol que sale, os halle ociosos en la cama sin haber pensado en orar: es una pereza digna de reprensión haber pasado toda la noche sin haber ofrecido a Dios algún fruto de vuestra devoción, ni sacrificio alguno espiritual. ¿No sabes, ¡oh cristiano! que todos los días debes presentarle las primicias de tu corazón y de tu voz? No hay día en que no tengas cosecha nueva y nuevos frutos que recoger. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 70, Tric. T. 4, p. 326 y 327.)"

"¿Hasta cuándo te han de tener atado el sueño o las cosas del mundo? A lo menos reparte tu tiempo entre Dios y el mundo; y cuando la oscuridad te impida emplearte por fuera en tus negocios, dale a Dios una parte de la noche: empléala en la oración, y canta salmos para despertar de tu somnolencia; prívate con este piadoso engaño de alguna parte del sueño; levántate temprano, para ir a la iglesia a llevar las primicias de tus oraciones y de tu piedad; y si después te llaman a otra parte los asuntos del mundo, no te impedirán antes que digas: Mis ojos han prevenido al día para meditar desde la madrugada sobre vuestras palabras. Entonces podrás ocuparte con seguridad en tus negocios. ¡Qué agradable cosa es empezar el día con himnos y cánticos en alabanza de Dios! ¡Cuánta ventaja llevamos en que su palabra nos prevenga desde el amanecer con sus bendiciones. Pero al mismo tiempo que repasas en tu memoria con los cánticos espirituales las misericordias de Dios, aplícate también al estudio y práctica de alguna virtud particular, para reconocer en tus acciones el mérito y los efectos de la bendición divina. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 71, Tric. T. 4, p. 327.)"

"Dice el Apóstol: Yo rogué al Señor por tres veces: para darnos a entender que no siempre concede Dios lo que le pedimos, porque sabe que no nos conviene. (S. Ambrosio, lib. 7, in c. 11, sent. 86, Tric. T. 4, p. 330.)"

"Por todo el cuerpo se debe orar, por todos los que son miembros de tu madre, que tiene la mutua caridad por divisa. Porque si solamente orara por ti, serás solo a rogar por ti; y no se consigue tanta gracia cuando cada uno ora por sí. Mas todos piden para el que ruega por todos. Si orares, pues, por todos, todos suplicarán por ti. En esto no hay arrogancia alguna; antes bien, es mayor la humildad y más abundante el fruto. (S. Ambrosio, de Abel y Caín, c. 9, sent. 5, adic., Tric. T. 4, p. 394.)"

"Tened siempre un libro en la mano: aprended de memoria todo el Salterio; sea continua vuestra oración; velad sin cesar sobre los sentidos, y no os dejéis distraer con vanos y malos pensamientos. Por último, trabajad en alguna obra para que el demonio os halle siempre ocupados. (S. Jerónimo, Ep. ad Rust. 125, sent. 11, Tric. T. 5, p. 240.)"

"Así que sintáis algún movimiento impuro, clamad a Dios y decidle: ¡Señor, Vos sois mi protector! No debéis permitir que crezca en vosotros este mal pensamiento ni dejar que se forme alguna produc-

ción de Babilonia. Quitad la vida a este enemigo antes que sea mayor y más fuerte; arrancad esa cizaña antes que tenga tiempo para crecer. Miserable hijo de Babilonia, dice la Escritura, dichoso aquel que toma tus pequeños hijos y los estrella contra la piedra. En esta piedra está significado Jesucristo. (S. Jerónimo, ad Eustoch., c. 22, sent. 17, Tric. T. 5, p. 341.)"

"Aunque el Apóstol nos mandó orar siempre, y a los Santos, aun el mismo sueño les sirve de oración, conviene, no obstante, destinar a este ejercicio ciertas horas, para que si sucede hallarnos empeñados en alguna ocupación, la misma hora nos advierte que es preciso ir a la obligación. (S. Jerónimo, Ep. ad Eustoch., c. 22, sent. 23, Tric. T. 5, p. 242.)"

"Cuando yo habré clamado y suplicado, El desechará mi oración. Dios Todopoderoso, conociendo lo que nos conviene, hace del que no oye la voz de nuestro dolor, con el fin de procurarnos lo que sabe que nos es más conveniente para purificar nuestra vida con las penas que nos deja padecer, y para obligarnos a buscar en otra parte la tranquilidad y descanso que no se puede hallar en este mundo. Pero hay muchos (aun entre los fieles) que no conocen la gracia que se oculta en esta disposición de la Divina Providencia. (S. Jerón. in Lament. Jerm., lib. 2, sent. 67, Tric. T. 5, p. 249 y 250.)"

"Levantemos a Dios nuestros corazones al mismo tiempo que nuestras manos: porque dos cosas deben concurrir en la presencia de Dios, esto es: es preciso que las buenas obras sostengan y den fuerzas a la oración, y que la oración sostenga y confirme las buenas obras. (S. Jerón., in Lament. Jerem., lib. 2, sent. 70, Tric. T. 5, p. 250.)"

"A los que, no conociendo lo que les conviene, piden a Dios lo contrario, les importa mucho que el Señor no los oiga. Por esto en la oración dominical, decimos al Padre que está en el cielo: Hágase vuestra voluntad: esto es, aquella voluntad que procede del conocimiento cierto de las cosas que están por venir, y no nuestra voluntad, que es tan ciega y tan expuesta a engañarse. De este modo, es algunas veces grande felicidad no conseguir que Dios nos oiga. (S. Jerónimo, lib. 3, in Ezech., c. 8, sent. 74, Tric. T. 5, p. 251.)"

"Buscadme y viviréis: porque desde el punto que se busca al Señor, se empieza a vivir. (S. Jerón., in amos, c. 5, sent. 85, Tric. T. 5, p. 254.)"

"Pues es cierto que Dios da a los que le piden, que los que buscan hallan y que se abre a los que llaman a la puerta: se ve claro que aquel

que no ha recibido, que no ha hallado, ni le han abierto, no pidió bien, no buscó bien, ni llamó bien a la puerta. (S. Jerónimo, lib. *1*, in Matth., c. 5, sent. 93, Tric. T. 5, p. 255.)"

"Es preciso pedir a Dios que destruya en nosotros todo cuanto es extraño, y lo que proviene de nosotros mismos, para edificar solamente lo que es suyo. (San Paulino, Ep. 24, ad Sever., sent. 4, Tric. T. 5, p. 330.)"

"Pidamos a Dios que nos haga conocer nuestro fin, para que veamos lo que nos falta, y que nos haga cumplir lo bueno que no hemos ejecutado, para que no estemos sin cesar pasando días inútiles, o tejiendo toda nuestra vida una tela de araña, ocupados continuamente en obras vacías de todo bien. (S. Paulino, Ep. 36, ad Amand., sent. 12, Tric. T. 5, p. 331.)"

"No temáis, no dudéis, en nada os detengáis: haced fuerza al mismo Dios, y arrebatadle el reino de los cielos: aquel Señor que nos prohíbe tocar los bienes de otro, gusta de que le robemos los suyos: al mismo tiempo que condena la rapiña de la avaricia, alaba y aprueba el santo robo que su ley nos manda hacer. (San Paulino, Ep. 34, sent. 21, Tric. T. 5, p. 332.)"

"Son las oraciones unas armas maravillosas, tesoros inagotables y puertos seguros. Son las causas, principios, fuentes y raíces de todos los bienes. No digo esto de las oraciones tibias, flojas e indiferentes: solamente lo entiendo de las oraciones vivas que salen de un alma penetrada del arrenpentimiento de sus pecados, y de un corazón verdaderamente contrito. Porque estas oraciones son las que verdaderamente tienen virtud para llegar hasta el cielo. (S. Juan Crisóst., Homl. 30, de incompr., Dei Nat. 5, sent. 25, Tric. T. 6, p. 305.)"

"Cuando nos presentamos a Dios para pedirle alguna cosa, lo hacemos con tanta flojedad, que parece que no tenemos gran deseo de conseguirla. No llevamos a la oración un corazón lleno de fe y de fervor, estamos como si nada tuviéramos que pedir y desear: estamos como soñolientos, sin aplicación y sin vigor. (S. Juan Crisóst., Homl. 123, sent. 48, Tric. T. 6, p. 309.)"

"Dos condiciones debe tener la oración, es a saber: pedir con fervor, y no pedir sino lo que se debe. (San Juan Crisóst., Homl. 24, sent. 50, Tric. T. 6, p. 309.)"

"Puede ser que me digáis: ¿En qué consiste que pidiendo yo a Dios cosas espirituales, no me las concede? Eso es porque no la pedís con fervor; es porque os habéis hecho indignos de recibirlas o porque

habéis dejado de suplicar antes de tiempo. (S. Juan Crisóst., Homl. 24, sent. 51, Tric. ibid., ibid.)"

"Orad siempre, dice el Apóstol, y orad en espíritu. No solamente con la lengua, sino con incesantes aplicación y en espíritu; quiero decir, pidiendo siempre cosas espirituales y razonables, orando con la mayor atención. (S. Juan Crisóst., Homl. 30, sent. 98, Tric. T. p. 317.)"

"Bien pudiera Dios darnos lo que nos conviene, antes de pedírselo, pero dilata el concederlo para hacernos dignos de su cuidado. Suceda, pues, que consigamos, o que no consigamos lo que les hemos pedido, siempre debemos perseverar en la oración, y darle gracias, no sólo cuando concede, sino también cuando niega nuestras peticiones. Porque como sólo Dios conoce lo que nos conviene, y nosotros lo ignoramos, le debemos el mismo reconocimiento que si nos lo concediera. (S. Juan Crisóst., Homl. 30, sent. 99, Tric. T. 6, p. 317 y 318.)"

"Cuando llegó Jacob al pozo del juramento, sacrificó a Dios. En esto nos enseña que cuando queremos emprender una acción, un negocio, un viaje, debemos empezar ofreciendo a Dios el sacrificio de oración, invocando su asistencia: de este modo debemos dar principio a nuestras empresas, imitando la piedad de aquellos antiguos justos. (S. Juan Crisóst., Homl. 65, in Génes., sent. 109, Tric. t. 6, p. 319.)"

"Jesucristo y después San Pablo, nos enseñaron a hacer oraciones cortas y frecuentes, y a reiterarlas de cuándo en cuándo: porque si las hacemos muy largas, como regularmente no las acompaña mucha atención, damos motivos al demonio para que nos entre y aparte nuestro espíritu de la aplicación con que debemos estar cuando pedimos a Dios. Si de tiempo en tiempo interrumpimos nuestras oraciones y la reiteramos a menudo, adquiriremos mucha vigilancia, y las diremos con exacta atención. (S. Juan Crisóst., Serm. 1, sent. 112, Tric. T. 6, p. 320.)"

"Muchas razones hay (además de su bondad) para que Dios nos oiga: primero, si nos juzga dignos; segundo, si nuestra oraciones son conformes a su santa ley; tercero, porque son perseverantes y frecuentes; cuarto, porque nada pedimos de lo que sólo pertenece a esta vida, sin respecto a la eterna: quinto, porque solamente deseamos lo que conviene a nuestra salvación; sexto, porque hacemos todo cuanto está de nuestra parte. Muchas personas nos propone la Escritura, a quienes oyó Dios por alguna de estas razones, es a saber: al Centurión Cornelio, por su buena vida: a la Cananea, por su perseverancia en la

oración; a Salomón, por el estilo de su súplica, y al Publicano, por causa de su humildad: mas en todo necesitamos su gracia. (S. Juan Crisóst., Homl. Psalm. 7, sent. 121, Tric. T. 6, p. 322.)"

"Cantad los Salmos con sabiduría. Quiere decir no oréis solamente con las palabras, sino también con las acciones; no con la lengua simplemente, sino también con la vida. (S. Juan Crisóst., in Psalm., 48, sent. 127, Tric. T. 6, p. 323.)"

"Todos nuestros deseos tiran a la vida eterna, refiriendo todas nuestras acciones a aquel último fin; porque con el de ejercitarnos a no perder de vista aquella morada celestial, nos ordenó Jesucristo que dijéramos: Venga a nos el tu reino. (S. Juan Crisóst., in Psalm. 114, sent. 138, Tric. T. 6, p. 325.)"

"Los judíos solamente en Sión invocaban a Dios: pero los cristianos, en todas partes le invocan, en el campo, en su casa, en las calles, en la soledad, en el mar y en sus camas. Por último, no hay lugar en donde les esté prohibido el orar, si sus costumbres corresponden a sus oraciones. (S. Juan Crisóst., in Psalm. 133, sent. 141, Tric. T. 6, p. 326.)"

"Todos los que somos perezosos y flojos en la oración, consideremos cuánta es su virtud y eficacia. Aquel mal siervo que el Evangelio nos representa cargado de una deuda excesiva para con su Señor, no le hizo presente sus ayunos, su pobreza, ni otra consideración semejante: mas con estar tan desnudo de virtudes, así que conoció la obligación de suplicarle, el mismo divino Dueño se inclinó a tratarle con misericordia. No nos cansemos, pues, de orar. (S. Juan Crisóst., Serm. in Parb., sent. 187, Tric. T. 6, p. 337.)"

"Cuando Jesucristo ordenó a sus discípulos que dijesen en su oración: No nos dejes caer en la tentación: y esto es lo que el Señor practicó, cuando estando para sufrir su pasión, dijo a su Padre: Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz: pretendió enseñar a los Santos a no exponerse por sí mismos a los riesgos, y a no precipitarse temerariamente en las ocasiones peligrosas. (S. Juan Crisóst., Homl. 7, sent. 195, Tric. T. 6, p. 338.)"

"Considerad pues, la fuerza de las palabras de la oración del Señor, y la virtud, de las doctrinas que contiene; y advertí como prescribe la ley al amor recíproco entre los hombres, pues no nos mandó decir: Padre mío, sino Padre nuestro, para que enseñándonos que tenemos un Padre común, nos inclinase a tener todos el afecto de hermanos unos a otros. (S. Juan Crisóst., sent. 196, Tric. T. 6, p. 338.)"

"Cuando decimos a Dios: Santificado sea tu nombre, no le conferimos la santidad, sino que nos esforzamos por ensalzar con nuestras alabanzas la santidad que tiene por naturaleza: porque es lo mismo que decir: Glorificado sea tu nombre. Lo que nos advierte, cuán virtuosa debe ser nuestra vida, para que los hombres que la ven, glorifiquen a nuestro padre que está en el cielo. (S. Juan Crisóst., sent. 197, Tric. T. 6, p. 339.)"

"Venga a nos el tu reino. Oprimidos, como lo estamos, por la tiranía de nuestras pasiones, y expuestos a tentaciones infinitas, tenemos grande necesidad del reino de Dios. (S. Juan Crisóst., sent. 198, Tric. ibid., ibid.)"

"El Señor, después que nos hace renunciar a todos los deseos de la tierra, y vivir en continua esperanza de su reino, quiere que digamos: Hágase tu voluntad, así en la tierra, como en el cielo. Cuando ya nos ha inspirado el amor de los eternos bienes, quiere que poseídos de este deseo, le digamos: Haced, Señor, que nosotros imitemos aquí la vida del cielo, y que queramos todo lo que Vos queréis: ayudadnos en el cumplimiento de las buenas intenciones de nuestra alma, que aún está muy débil, para que de este modo ejecute lo que desea hacer por serviros, a pesar de la enfermedad de esta carne que la detiene. (S. Juan Crisóst., sent. 199, Tric. T. 6, p. 339.)"

"Dadnos hoy nuestro pan sustancial: no la vianda superflua, sino el alimento necesario que repare en nosotros lo que cada día pierde nuestro cuerpo de su sustancia, y aparte de nosotros la muerte, que nos podía sobrevenir por falta de sustento: porque el cristiano, según estas palabras, no debe desear la diversidad de manjares delicados, ni todas esas pastas, ni esas viandas exquisitas que no hacen otra cosa que cargar el estómago, agravar el alma, cegar el espíritu y dar el cuerpo armas para combatirle; no es esto lo que nos enseña esta divina oración que pidamos a Dios; sino el pan sustancial, que es propio para convertirse en la sustancia de nuestro cuerpo, y aun no le pedimos para largo tiempo, sino solamente para el día, conforme a otro precepto del Evangelio, que nos dice: No estéis solícitos del día siguiente. (S. Juan Crisóst., sent. 20, Tric. ibid. ibid.)"

"Perdónanos nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos han ofendido. Aquí nos da el Señor tres advertencias: primera, enseña a los que han llegado a más alto grado de virtud a concebir siempre humildes sentimientos de sí mismo, y a no confiar en sus mismas fuerzas, antes bien, a vivir temerosos con la memoria

de sus culpas, como el Apóstol San Pablo; segunda, quiere que los que han caído después del bautismo, no caigan también en la desesperación de su salvación, enseñándole cuanto deben esperar de aquel Soberano médico de las almas el remedio de sus pecados; tercera, nos dice cuánta debe ser nuestra benevolencia y humildad para con nuestros hermanos, porque solamente seremos dignos del perdón, a proporción que le concedamos a los que nos han ofendido. (S. Juan Crisóst., 201, Tric. T. 6, p. 340.)"

"Si queremos aliviar las penas de los difuntos hagamos por ellos mucha oración y demos mucha limosna. Y si no están en estado de recibir misericordia, servirán siempre para hacernos a Dios más favorable. (S. Juan Crisóst., Homl. 24, sent. 269, Tric. T. 6, p. 355.)"

"A los que hacéis vida cristiana, os declaro que mereceréis un severo juicio de Dios, si viendo alguno de vuestro hermanos inmodesto y desordenado, principalmente al tiempo de la oración de los fieles, no le advertís y reprendéis: más os valdrá esta corrección, que la oración que pudiéreis hacer. Interrumpid sin escrúpulo vuestra oración para corregirle, y ganaréis lo uno y lo otro. (S. Juan Crisóst., Homl. 24, c. 11, sent. 272, Tric. T. 6, p. 356.)"

"No hizo Dios la noche solamente para dormir o para divertirnos en la ociosidad y la pereza. Los artesanos y las gentes de tráfico nos hacen ver esta verdad; y la misma Iglesia se levanta a media noche a la oración, porque entonces el alma está más depurada, más desprendida de pensamientos del mundo, y más capaz de contemplar las cosas celestiales. También contribuyen mucho la oscuridad y el silencio para inspirarnos sentimientos de compunción. Levantaos, pues, y conservad esta loable costumbre de velar en oración una parte de la noche. (S. Juan Crisóst., Homl. 26, c. 13, sent. 273, Tric. ibid., ibid.)"

"Tengamos en nuestra casa un bolsillo cerca del lugar donde acostumbramos a orar, para que todas las veces que entremos a hacer oración, echemos alguna limosna antes de empezarla. (S. Juan Crisóst., Homl. 43, c. 16, sent. 324, Tric. T. 6, p. 370.)"

"Sin duda nos aplicaríamos con más atención a orar, si considerásemos quién es el Dios con quien hablamos, si nos representásemos que es un misterioso sacrificio el que le ofrecemos y para él le llevamos en nuestras manos la espada, la leña y el fuego: si abrimos con el pensamiento las puertas del cielo, si entramos en espíritu, si degollamos la víctima con el cuchillo que el Espíritu Santo nos ha puesto en la mano, si le sacrificamos nuestra vigilancia, si derramamos en su

presencia lágrimas de compunción, que son la verdadera sangre de la víctima espiritual. No os dejéis, pues, ocupar el corazón en aquel momento de ningunos pensamientos humanos. Representaos que cuando Abraham quiso ofrecer a Dios semejante sacrificio, no permitió que asistiesen a él, ni su mujer ni sus criados: haced vosotros lo mismo, y no permitáis que ningún pensamiento ni afecto civil y temporal ocupa vuestro espíritu mientras oráis; subid solos a lo alto del monte, como el Santo Patriarca, y nadie suba con vosotros. Si advertís que se levanta en vuestra alma algún pensamiento que quiera subir con vosotros, mandadle absolutamente que se quede fuera, como lo ejecutó Abraham, hasta que hayáis adorado a Dios. Desterrad, pues, todo pensamiento bajo y criminal, así como Abraham dejó el asnillo con los criados al pie del monte; y elevaos y subid a Dios con todo lo que sea racional y espiritual en vuestra alma, así como llevó Abraham consiguió a su hijo Isaac. (S. Juan Crisóst., Homl. 5, ad Corint., sent. 333, Tric. T. 6, p. 372, y 373.)"

"Empezad por la oración todo cuanto emprendáis. Si tenéis que hablar, orad antes de hablar. Por esta razón ponemos el nombre de Dios a la cabeza de todas las cartas que escribimos: porque bajo el nombre del Señor, todo es favorable y venturoso. (S. Juan Crisóstomo. Homl. 9, in Ep. ad Colon., sent. 358. Tric. T. 6, p. 378.)"

"¿Queréis que Dios os oiga? Pues pedidle el único bien. Sea Dios sólo el fin de vuestros deseos, pues El es el único que les puede dar satisfacción. (S. Agust., Psalm. 26, sent. 8, Tric. T. 7, p. 454.)"

"Si el salmo ora, orad con él; si gime, gemid también: si se alegra en Dios, alegraos igualmente: si espera, esperad asimismo, si teme, temed también: porque todo cuanto está escrito en el salmo, es como un espejo, con el cual se debe conformar nuestra alma. (S. Agust., Psalm. 30, sent. 15, Tric. T. 7, p. 455.)"

"Los verdaderos clamores que Dios oye, no salen de la boca, sino del corazón: muchos en el silencio de los labios han clamado fuertemente a Dios desde lo íntimo del corazón y otros, por el contrario, dando grandes gritos con la boca, al mismo tiempo que su corazón estaba apartado de Dios, nada han podido conseguir. Si clamáis, pues, a Dios, clamad en lo interior, que es donde os oye. (S. Agust., Psalm. 30, sent. 18, Tric. T. 7, p. 455.)"

"El que todo lo ha hecho, os dice: Pedidme lo que quisiéreis. Pedid, pues, al mismo que todo lo hizo, y tendréis en El y de El todas las cosas que ha hecho. (S. Agust., Psalm. 32, sent. 33, Tric. T. 7, p. 457.)"

"Si queréis orar sin cesar, desead continuamente el eterno descanso. (S. Agust., Psalm. 37, sent. 40, Tric. T. 7, p. 458.)"

"El que clama a Dios desde lo más profundo de su miseria, ya no está en lo profundo, ya empieza a levantar su voz. Otros hay que están en lo profundo de este abismo, y éstos son los que no conocen que están en él. (S. Agus., Psalm. 39, sent. 50, Tric. T. 7, p. 458.)"

"¿Pedís que Dios os de alguna cosa que pueda ser vuestra? Pues el mismo Dios que todo lo puede dar, es vuestro. ¿Qué cosa hay más preciosa ni más grande? Buscáis sus dádivas y sanáis al mismo que las da. (S. Agust., Psalm. 49, sent. 66, Tric. T. 7, p. 460.)"

"Oid los clamores de David en sus salmos, para clamar a Dios con él; escuchad sus gemidos para gemir con él; y sus llantos, para juntar los vuestros, oid su voz después que se convirtió; para que os sirva de consuelo y esperanza. (S. Agust., Psalm. 50, sent. 68, Tric. ibid., ibid.)"

"¿Queréis que Dios oiga vuestra oración? Sed como los pobres: salga vuestra voz del fondo de la necesidad y del dolor, y no de la plenitud y del fastidio. (S. Agust., Psalm. 67, sent. 110, Tric. T. 7, p. 464.)"

"Yo me veo como un pobrecito huérfano; mi alma está destituída de consuelo y asistencia: clamo por vuestro socorro y confieso sin cesar mi flaqueza. (S. Agust., Psalm. 69, sent. 111, Tric. T. 7, p. 465.)"

"Cuando leéis, os habla Dios, cuando oráis, estáis hablando con Dios. (S. Agust., Psalm. 78, sent. 133, Tric. T. 7, p. 467.)"

"Nosotros no sabemos lo que debemos pedir a Dios. Algunas veces nos conviene que no suceda lo que deseamos. Dios es justo, y su bondad infinita. Por un efecto de su misericordia, nos niega lo que sin duda nos había de perjudicar. (S. León, Papa, Serm. 54, sent. 44, Tric. T. 8, p. 393.)"

"Padre mío, si este cáliz no puede pasar sin que yo le beba, hágase vuestra voluntad. Estas palabras de nuestra cabeza son la salud de todo el cuerpo, y la instrucción de todos los fieles. Estas son las que encendieron el celo de todos los confesores, y las que coronaron a los mártires. ¡Quién hubiera podido sufrir las persecuciones del mundo, el ímpetu de las tentaciones y el furor de los perseguidores, si Jesucristo no nos hubiera enseñado a decir a su Eterno Padre: Hágase vuestra voluntad! Aprendan esta lección los que fueron rescatados con tan subido precio, para cuando se vean en alguna violenta tenta-

ción, y recurran a la oración eficaz para vencer los temores y sufrir con paciencia, los trabajos. (S. León Papa, Serm. 56, sent. 45, Tric. T. 8, p. 393.)"

"Lo que debemos pedir a Dios, en todo tiempo, así para nosotros, como para los demás, es que se digne concedernos lo que sabe que conviene a nuestras almas. Sobre todas las oraciones hemos de dirigir al Señor la del Padre nuestro, pues no debemos dudar que oirá una oración que El mismo instituyó. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. 82, sent. 17, Tric. T. 9, p. 47.)"

"No es suficiente complacerse con la suavidad del canto, es necesario entrar en los afectos que inspiran los salmos que se rezan, y forman interiormente los actos de las virtudes que allí se expresan. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. Aug., sent. 20, Tric. T. 9, p. 47.)"

"Orar verdaderamente, es que resuenen con la compunción los gemidos del amor y no las palabras estudiadas. (S. Greg. el Grande, lib. 30, Mor., c. 21, sent. 5, adic., Tric. T. 0, p. 379.)"

"Orad con incesante lágrimas: orad continuamente y en todo tiempo: aplicaos a menudo a la oración; rogad a Dios de día y de noche; sea la oración frecuente, y orad siempre con continuación; gemid como la paloma; levantáis de noche a orar, y pasadla algunas veces toda en este santo ejercicio; multiplicad las vigilas para hablar con Dios: no interrumpa el sueño por mucho tiempo esta sagrada conversación, y en tomando un breve reposo, volved a orar. (S. Anselmo, Exhort. ad contemptum temporalium, sent. 7, Tric. T. 9, p. 340.)"

"Rogad a Dios de día y de noche, sin dejar correr vuestra vida por diferentes objetos, y sin conceder cosa alguna a la curiosidad de los ojos. Quitad la ocasión: cortad todo cuanto pueda ser materia de pecado o puerta de la tentación. Disponedlo todo sin perturbación y con paz. A ninguno juzguéis con más severidad que a vosotros mismos. (S. Anselmo, ibid., sent. 31, Tric. T. 9, p. 346.)"

"¿En qué podéis pensar que sea más útil que la salvación, que en tan digna ocupación de vuestro entendimiento, (hablo de la oración) que en los inmensos beneficios de vuestro Criador? Meditad, pues, con el más suave sentimiento, y con la dilatación de un corazón humilde y penetrado de Dios: considerar la nobleza y excelencia que el Señor os dio desde el instante de la creación, y pensad bien con qué amor y con qué profundo respeto le debéis adorar. (S. Anselmo, 1.ª Meditat., sent. 36, Tric. T. 9, p. 348.)"

"La acción, acredita las palabras; pero la oración, atrae la gracia

que hace eficaces las obras y las palabras. (S. Bern., Epist., 221, n. 3, sent. 116, Tric. T. 10, p. 329.)"

"Después de cenar no hemos de ir a la cama, sino a la oración, si no queremos vivir una vida más animal que las de las mismas bestias. (S. Juan Crisóst., de Lázaro, Conc. 1, n. 8, sent, 190, Tric. T. 6, p. 332.)"

Orgullo.– "El que ha caído se vuelve fácilmente a levantar, si recurre al Soberano reparador implorando su asistencia; pero cuando nuestra ruina proviene del orgullo, es como irreparable: porque el soberbio conoce con mucha dificultad su pecado: o si le reconoce, no recurre a la asistencia del Soberano médico para que le sane, sino que busca en sí mismo el remedio. De esta suerte, no hay que esperar que cure de su mal, porque el mismo remedio que él se aplica es una verdadera enfermedad. (S. Ambrosio, Epist. 84, sent. 170, Tric. T. 4, p. 349.)"

"El rey de todos los malos, es la soberbia: hace que no nos conozcamos, y después de mucho trabajar, nos roba los tesoros de virtud que pudiéramos haber adquirido. La negligencia nos acarrea infinitos males; pero la soberbia los engendra aun en las buenas obras. (S. Juan Crisóst., Homl. 3, in Isaiam, sent. 158, Tric. t. 6, p. 330.)"

"Avergüencese el hombre de ser soberbio, después que el mismo Señor se humilló por su amor. (S. Agustin. Psalm. 18, sent. 6, Tric. T. 7, p. 454.)"

"Avergüencese el hombre de ser soberbio, después que Dios se ha humillado. (S. Agust., Psalm. 54, sent. 76, Tric. T. 7, p. 461.)"

"Ninguno es más incurable que el que se tiene por sano. (S. Agust., Psalm. 58, sent. 85, Tric. T. 7, p. 462.)"

"Todo hombre que sigue su propio espíritu, es soberbio: sujete su espíritu para recibir el de Dios. (S. Agust., Psalm. 139, sent. 166, Tric. T. 7, p. 469.)"

"¿Quién necesita tanto la misericordia como el que es miserable? y ¿quién es tan digno de la misericordia como el miserable que es soberbio? (S. Agust., lib. 3, c. 4, sent. 6, adic., Tric. T. 7, p. 481.)"

"Casi no hay página en los santos libros en que no resuene esta sentencia: Dios resiste a los soberbios, pero da la gracia a los humildes. (S. Agust., de Doct. Christ., c. 23, sent. 11, adic., Tric. T. 7, p. 481.)"

"La soberbia es la madre de todos los herejes. (S. Agust., Ep. fund., c. 6, sent. 21, adic., Tric. T. 7, p. 485.)"

"Adán bien hubiera podido gobernar su cuerpo en paz, si se hubiera dejado gobernar por su Criador que le formó en un estado perfecto: mas habiéndose sublevado contra El, inmediatamente sintió en si la rebeldía de su propia carne. Y como la pena de su pecado pasa con una funesta proporción hasta nosotros con la culpa, todos nacemos con este vicio de enfermedad y miseria; de suerte, que siempre llevamos en nosotros un enemigo doméstico, al que con grande trabajo podemos vencer. Es verdad que halla el hombre en esta vida, que es una continua tentación, los medios de vencerla; pero aunque continuamente corte y cercene con la virtud los renuevos de flaqueza que brotan en él, esta misma flaqueza no deja de engendrar continuamente lo que la virtud debe cortar sin cesar. De este modo, la vida del hombre es una continua tentación: pues aunque reprima la iniquidad, no por eso deja la luz de sus buenas obras de hallarse siempre muy oscurecida, ya con la importuna memoria de sus pecados, ya con las nubes de las sugestiones del maligno espíritu, y ya con la interrupción o tibieza del fervor. (S. Greg. el Grande, lib. 8, c. 6, p. 244, sent. 31, Tric. T. 9, p. 239 y 240.)"

"Como el alivio que busca el hombre es una incomodidad que padece, le causa otra: el remedio de sus males viene a ser un nuevo mal que le mantiene en el desmayo y en la continua miseria, de suerte, que aunque estemos libres de calenturas y dolores, nuestra misma salud nos sirve de enfermedad que necesita de continuos remedios. Y a la verdad, todos estos alivios que continuamente se buscan contra las incomodidades de la vida ¿no son como remedios contra los males que la afligen? Pero lo más deplorable que hay en esto es que el mismo remedio se convierte en nuevo mal; pues por excelente que sea, si le usamos por demasiado tiempo, hallamos que de nuevo nos incomoda lo mismo que habíamos buscado para aliviarnos. De este modo mereció ser castigada la presunción de nuestro corazón: así también debió ser reprimida nuestra insolencia; y era preciso que para castigar al alma del hombre por la soberbia con que una vez se levantó contra su Criador, llevase un cuerpo que es una masa de barro y de tierra que continuamente se inclina a la caída. Por otra parte, también nuestra alma tiene sus trabajos: porque después que fue desterrada de los gozos sólidos y espirituales, ya se ve engañada con la vana esperanza, ya agitada del temor, ya abatida de la tristeza, ya arrebatada de la falsa alegría; se aficiona con obstinado amor a los bienes pasajeros, se aflige con exceso cuando los pierde, y recibe todas las diferentes

impresiones de las diversas mudanzas que la sobrevienen. Esta vil sujeción a las cosas mudables, la trae en continua incertidumbre. Por lo cual la sucede muchas veces, que después de haber buscado con ansia lo que no tenía, lo recibe con pesadumbre o inquietud. Inmediatamente que lo logra empieza a fastidiarse de tenerlo. Otras veces empieza a desear lo que antes había despreciado, y desprecia lo que más había querido. Con mucho trabajo aprende y percibe las cosas de la eternidad, y en dejando de aplicarse a contemplarlas, fácilmente las olvida: tarda mucho tiempo en adquirir algunos ligeros conocimientos de las cosas espirituales y divinas, y volviendo a caer al instante en la bajeza de sus ordinarios entretenimientos, ni aun puede mantenerse en aquel poco de conocimiento que ha adquirido. Cuando pretende instruirse, le cuesta inmenso trabajo vencer su ignorancia; y cuando llega a instruirse, todavía es mayor el trabajo de pelear contra la vanagloria que esta ciencia le causa. Doma con mucho trabajo las rebeldías de su carne, y aun reprimidas las acciones exteriores, se ve precisado a padecer las ilusiones vagas y las representaciones molestas. Algunas veces se esfuerza a elevarse al conocimiento de la Naturaleza divina: pero sus ojos deslumbrados con los rayos de aquel infinito resplandor, se ven muy presto cubiertos de las sombras de los objetos terrenos que le son tan familiares. (S. Greg. el Grande, –lib. 8, c. 19, p. 286,– sent. 37, Tric. T. 9, p. 242, 243 y 244.)"

"Otros vicios solamente destruyen cada uno a la virtud contraria: la ira, destruye a la paciencia; la gula, a la abstinencia; la lujuria a la continencia. Pero la soberbia, raíz de todos los vicios, no contenta con arruinar una virtud sola, se levanta contra todo cuanto hay en el alma: es como una enfermedad general y pestilente que corrompe todo el cuerpo de tal modo, que en cuantas acciones se ejecutan con este vicio, aunque parezcan de virtud, no sirven a Dios, sino a la vanagloria. (S. Greb. el Grande, lib. 20, c. 18, sent. 9, adic., Tric. T. 9, p. 379 y 380.)"

"Guardaos de la soberbia, huid toda ostentación temed la vanagloria, y despojaos de toda propia estimación; no haya presunción; no haya arrogancia; absteneos del fausto; dejad toda altanería; cortad todo cuanto huele a insolencia; no extendáis las soberbias alas para elevaros; no levantéis las alas dando atrevido y ambicioso vuelo a la vana estimación; nada presumáis de vosotros mismos; no os atribuyáis la gloria de bien alguno; no os remontéis para volar con vuestras propias alas. (S. Anselmo. Exhort. ad contemptum temporalium, sent. 9, Tric. T. 9, p. 340 y 341.)"

"Se se os muestra risueña la fortaleza, de ningún modo os hinchéis con el insolente orgullo; si la adversidad sopla maligna, no caigáis de ánimo; si sobreviene alguna calamidad, no os dejéis abatir; sed moderados en la prosperidad, y sufridos y constantes en las desgracias; sabed que Dios os envía el dolor como una prueba y un preservativo contra la soberbia. (S. Anselmo, ibid., sent. 13, Tric. T. 9, p. 342.)"

"El que salte antes de abrir los ojos para tomar sus medidas, dará una gran caída. (S. Bern., de Cont. Mund., n. 29, sent. 110, Tric. T. 10, p. 328.)"

P

Paciencia.– "Permitid que a lo menos aprendan de vuestras obras; sed contra sus iras pacíficos; contra sus jactancias, humildes; contraponed vuestras súplicas a sus maldiciones; contra sus errores, permaneced vosotros firmes en la fe; contra sus feroces costumbres, sed mansos no queriendo imitarlas; siempre nos hallen hermanos suyos en la benignidad, mas procuremos ser imitadores del Señor; cada uno de nosotros padezca la mayor injuria; cada uno permita que le defrauden en sus bienes; cada uno se deje despreciar. (S. Ignacio, a los de Efeso, en su carta, sent. 2, Tric. T. 1, p. 338.)"

"Ahora, entre cadenas, aprendo a no desear cosa alguna; ahora empiezo a ser discípulo de Cristo, no esperando nada de cuanto hay visible por conseguir a Jesucristo. (S. Ignacio, a los Rom., sent. 6, p. 340.)"

"Dios es un grande depositario de nuestra paciencia. Si dejáis en sus manos las injurias, El las vengará: si le encomendáis vuestras pérdidas, El os reintegrará; si le manifestáis una dolencia, El será vuestro médico; y si le ofrecéis vuestra muerte, El os resucitará. Ved cuán heróica será la virtud de la paciencia que obliga al mismo Dios; y no sin razón, porque ella pone en observancia la ley, y tiene parte, en el cumplimiento de todos sus mandatos. La paciencia, fortifica la fe, establece la paz, fomenta la caridad, funda la humildad, facilita la práctica de la penitencia, gobierna el cuerpo, defiende el espíritu, enfrenta la lengua, liga las manos, vence las tentaciones, disipa los escándalos, consuma el martirio, consuela al pobre, modera al rico, disminuye los males, templa los bienes, consuela a los siervos a sus dueños y el señor a sus criados, da esmalte a la belleza de una mujer, y honor a los hombres. La paciencia es amable en tiernos niños, laudable en los jóvenes, y respetable en los ancianos: en una palabra, la paciencia tiene el aspecto más bello y admirable en todos los sexos

y edades. (Tertuliano, lib. de la paciencia. c. 15, sent. 12, Tric. T. 21, p. 198.)"

"Se vio Cristo desamparado y le hicieron traición, y aún la sufrió de un Apóstol. Para que si te desampara el compañero, o extraviado, lleves con moderación haber errado el juicio y haber perdido los beneficios que le hiciste. (S. Ambrosio, in Luc., lib. 5, c. 5, sent. 39, Tric. T. 4, p. 405.)"

"Libró Dios al Profeta Jeremías, no porque le sacó de la calamidad y de la persecución, pues leemos que padeció muchas, sino dando victorias a su paciencia y sosteniéndole para que no se rindiese a tantos males. (S. Jerónimo, in Jerem., c. 1, sent. 61, Tric. t. 5, p. 249.)"

"Cuando nos vemos separados de la compañía de nuestros hermanos, y arrojados de la casa de Dios en castigo de alguna culpa, no debemos resistir, sino sufrir con paciencia el juicio que se ha hecho de nosotros, diciendo con un profeta: Yo padeceré el efecto de la ira de Dios, pues pequé contra El: hasta tanto que el Señor quiera justificarme. (S. Jerón., lib. 5, c. 17, sent. 76, Tric. T. 5, p. 251.)"

"Si todos los cristianos deben llevar, los unos, las cargas de los otros, los esposos tienen mayor obligación respecto de sus esposas. Si es pobre, guardaos de echárselo en cara; aunque sea rara e insensata, no la insultéis por su necedad, antes bien, procurad ilustrarla y advertirla, porque es como uno de vuestros miembros, y ya sois con ella una misma carne. Si tiene muchos defectos, no ceséis de rogar a Dios, de reprenderla, y de hacer todo lo posible por corregirla. (S. Juan Crisóst., Homl. 26, c. 21, sent. 310. Tric. t. 6, p. 366.)"

"Un filósofo pagano –Sócrates– que tenía una mujer –Xautipamala, respondió un día a los que le preguntaron por qué la conservaba, que lo hacía con el fin de tener siempre en su casa una viva lección de filosofía y un continuo motivo para ejercitarse: porque yo seré más pacífico y benigno con los otros cuando me halle bien instruido en mi casa en este punto de paciencia. No puedo contener las lágrimas cuando veo algunos paganos más prudentes que nosotros los que debiéramos imitar las virtudes de los Angeles: o por mejor decir, cuando tenemos obligación de imitar a Dios en su mansedumbre. (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 311, Tric. ibid., ibid.)"

"Sufriéndoos los unos a los otros con caridad, ¿cómo es posible, me diréis, sufrir a una persona colérica y maldiciente? Por eso dijo el Apóstol con caridad: Si no sufrís a vuestro prójimo, ¿cómo os ha de

sufrir Dios? Si no excusáis los defectos del que sirve con vosotros a un mismo dueño, ¿cómo ha de tolerar Dios los vuestros? Mas donde está la caridad, todo es sufrible. (S. Juan Crisóst., Homl. 9, c. 6, ad Ephes., sent. 340, Tric. T. 6, p. 375.)"

"Antes de obrar, es preciso preveer y considerar los obstáculos que puede hacer en la acción que vamos a emprender, para que teniéndolos presentes, y armándonos de paciencia, podamos vencer todo cuanto sucediere, y contar por beneficio y ventajas el mal que nos sobrevenga. (S. Greg. el Grande, –lib. 5, c. 48, p. 17,– sent. 15, Tric. T. 9, p. 234.)"

"Conservad en todas las cosas la serenidad de espíritu; no se mude la disposición de vuestra alma con la alegría ni la tristeza; sufrid con el mismo rostro todos los golpes; no os turbe accidente alguno, por extraño que os parezca; no haya desgracia que os halle mal dispuestos para recibirla; prevenidlas todas con la reflexión, y preved desde lejos las que os puedan sobrevenir. (S. Anselmo, Exhort; ad contemptum temporalium, sent. 14, Tric. T. 9, p. 342.)"

"Si os sorprende la ira, reprimidla; si se desenfrena y anticipa a todas vuestras medidas, procurar sosegarla; moderad los repentinos movimientos; detened la indignación; aplacad la conmoción del corazón; poned freno a vuestras turbulentas pasiones. Si no podéis menos de sentir la ira, a lo menos procurad detener su violencia; si no podéis impedir que sus movimientos os arrebaten algunas veces, a lo menos ordenadlos con prontitud, y sosegaos; aprended a sufrir una injuria más que a sentirla; aprended a sufrir el mal antes que a hacerle. (S. Anselmo, ibid., sent. 15, Tric. ibid., ibid.)"

"Ser benigno, pacífico, afable, manso, modesto y cauto; conservad en todo la moderación, la tranquilidad y la paciencia; despreciad los ultrajes y las afrentas; oponed a los tiros de las injurias el escudo de la constancia; recibid en este mismo escudo las saetas de las lenguas venenosas y las palabras picantes; la espada que sale de la boca impura, se hará pedazos si halla un corazón armado con el acero de la paciencia. Aunque os acometan sin atenciones, aunque os insulten, y aunque os ultrajen, aunque os persigan con atroces imposturas, aunque os susciten pleitos y querellas, aunque os hagan injusticia y pretendan oprimiros, aunque os traten con el mayor desprecio, no abráis la boca, guardad un silencio modesto, despreciad la ofensa, disimulad la injuria, perdonad generosamente, nada respondáis, no os venguéis diciendo injuria por injuria; en consiguiendo callar, podéis aseguraros

de la más pronta y gloriosa victoria. (S. Anselmo, ibid., sent. 16, Tric. T. 9, p. 342 y 343.)"

"La verdadera paciencia es sufrir y hacer contra lo que da gusto, pero no más de lo lícito. (S. Bernardo, Epist. 7, ad Adam Mon., sent. 5, adic., Tric. T. 10, p. 346.)"

Palabra de Dios.– "En los juicios, en las oraciones de los tribunales, hágase ambiciosa ostentación de las riquezas de la elocuencia. Mas cuando se habla de Dios, la pura sinceridad de las palabras no estriba en las fuerzas de la elocuencia para los argumentos de la fe, sino en las cosas. Toma no sentencias discretas, sino fuertes; no las adornadas con expresiones cultas para halagar los oídos del pueblo, sino verdades desnudas y sencillas para predicar la benignidad divina. (S. Cipriano, Epist. 1, ad Donat., sent. 1, adict., Tric. T. 1, p. 378.)"

"Así como el cuerpo no podría vivir sin alimento, también el alma necesita alimento espiritual, por lo cual es preciso sustentarlo con la palabra de Dios, el rezo de los salmos, la lectura de la Escritura Sagrada, ayunos, vigilias, lágrimas, esperanza y meditación de los bienes futuros. (S. Efrén, de comp. et salut. anim., sent. 154, Tric. T. 3, p. 79 y 80.)"

"No se ha de anunciar la palabra de Dios por ostentación o por interés; es necesario enseñarla puramente por la gloria del Señor, como si le viéramos presente entre los que nos oyen. (S. Basilio, Reg. 70, c. 23, sent. 48, Tric. T. 3, p. 198.)"

"No debemos esperar el buen éxito de nuestra predicación, del trabajo o de la fuerza de la elocuencia, sino de la pura gracia de Dios. (S. Basilio, ibid., c. 27, sent. 49, Tric. T. 3, p. 198.)"

"Si me preguntan cómo deben ser aquellos a quienes está sometida la predicación del Evangelio, respondo, que han de ser como los Apóstoles, como verdaderos ministros de Jesucristo y fieles dispensadores de sus misterios, que deben seguir únicamente en todas sus acciones y palabras lo que el Señor les ha encomendado, como la regla y forma de piedad, por lo cual los que siguen al Señor, se deben gobernar en el camino recto, instruyéndose en el conocimiento de la depravación de todos los que se retiran en la menor cosa de su imperio; como padres y madres que llenos de ternura hacia sus hijos, y penetrados de la caridad de Jesucristo, siempre estén prontos, no sólo para comunicarles el Evangelio, sino para dar la vida por su salud; como coadjutores de Dios, entregados del todo a su obra, sin otro fin que el de su gloria. (S. Basilio, Reg. 80, sent. 57, Tric. T. 3, p. 199.)"

"La palabra de Dios es toda de fuego: esto se entiende de tres modos: porque unos purifica, porque nos abrasa y porque nos ilumina. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 68, Tric. T. 4, p. 326.)"

"Purifica la divina palabra y purifica nuestra confesión: aquella, cuando se oye, y ésta, cuando se profiere. Purifica el buen pensamiento y las honestas operaciones, como también la frecuencia de la buena conversación. (S. Ambrosio, in Psalm. 50, sent. 30, adic., Tric. T. 4, p. 402.)"

"Es preciso despreciar todo aquel arte de retórica y toda aquella elegancia pueril que sólo consiste en las palabras y no sirve sino para granjearnos los vanos aplausos del pueblo; y recurrir a la santa gravedad de las divinas Escrituras, en las cuales hallaremos los verdaderos remedios de nuestros males y el sólido alivio en nuestros dolores. (S. Jerón., Ep. ad Jul. 118, sent. 32, Tric. T. 5, p. 244.)"

"Así como el apetito es buena señal de la salud para el cuerpo, así también el gusto y amor a la palabra de Dios, es grande señal de la salud de nuestra alma. (S. Juan Crisóst., Homl. 15, ibid., sent. 93, Tric. T. 6, p. 316.)"

"Si un predicador adelanta alguna cosa sin apoyarla en la Escritura, titubean los espíritus de sus oyentes, y se quedan en la incertidumbre de lo que deben creer; ya les viene el pensamiento de desecharla, como frívola, y ya el de recibirla como probable. Pero desde luego que prevalece la autoridad de la Escritura, el entendimiento del predicador y el de la gente, no tienen la menor duda, y se hallan sólidamente firmes en la verdad. (S. Juan Crisóst., in Psalm. 95, sent. 132, Tric. T. 6, p. 324.)"

"No asistamos a la lectura de los santos Evangelios como por cumplir: estemos de pie, y recibamos aquellas divinas palabras con mucha atención y respeto, sin cansarnos, sin estar sentados y sin distraernos a parlar con los que están a nuestro lado. (S. Juan Crisóstomo, Serm. in illud "attendite ne eleemosyn"., sent. 250, Tric. T. 6, p. 351.)"

"Así como el apetito de comer es señal de la buena salud del cuerpo, así el deseo de las pláticas espirituales arguye la sanidad del alma. (S. Juan Crisóstomo, Homl. 2, in Isaiam, sent. 13, adic., Tric. T. 6, p. 455.)"

"La virtud del pregonero es seguir con toda verdad lo que le han confiado que publique, sin añadir, quitar ni mudar en cosa alguna. Si se ha de predicar, pues, se ha de ejecutar con toda fidelidad y constan-

cia; de lo contario, no será virtud el predicar. (S. Juan Crisóst., Actit., Homl. 1, sent. 21, adic., Tric. T. 6, p. 460.)"

"Si el predicador no está inflamado, es difícil que inflame a los oyentes. (S. Agust., Psalm. 103, sent. 148, Tric. T. 7, p. 468.)"

"El siervo de Dios más debe querer escuchar, que hablar: debe poner su alegría en oír la palabra de Dios, y sola la necesidad le debe precisar a hablar. (S. Agustín, Psalm. 139, sent. 164, Tric. T. 7, p. 469.)"

"Un sermón es como un espejo en que cada uno debe ver sus defectos sin enojarse contra el predicador: así como una señora que consulta a su espejo, no le quiebra porque le manifieste alguna mancha en el rostro, o algún desaliño en el vestido. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. Aug., sent. 21, Tric. t. 9, p. 47.)"

"Los jóvenes, aunque sean sabios, no se deben arrojar temerariamente al ministerio de la predicación; pues nos dice la Escritura, que en lo hombres de madura edad está la sabiduría, y que la prudencia está en los que han vivido mucho tiempo. (S. Greg. el Grande, lib. 11, c. 6, p. 369, sent. 54, Tric. t. 9, p. 251.)"

"La palabra divina, así como es digna de ocupación de los prudentes, por razón de los misterios que encierra, así también con lo más superficial es el consuelo de las almas sencillas. Con lo público alimenta a los pequeñuelos; con lo más secreto, admira y suspende los entendimientos sublimes. Es como un río que en unas partes va somero, y en otras muy profundo, en el que pasa el cordero, y nada el elefante. (S. Gregorio el Grande, lib. Job., c. 4, sent. 1, adic., Tric. T. 9, p. 378 y 379.)"

"Muchas son las señales que manifiestan el corazón de los oyentes: la principal, es el que alaben lo que oyen, no siguiendo lo que alaban. (S. Greg. el Grande, lib. 20, c. 12, sent. 3, adic., Tric. T. 9, p. 379.)"

"Más se debe instruir a los pueblos con la buena vida, que con los discursos, procurando cada uno hacerse más amable con la mansedumbre y bondad, que temible con una justicia tan severa que a ninguno perdone. (S. Anselmo, Epist. 71, lib. 1, sent. 51, Tric. t. 9, p. 356.)"

"Oigo con gusto la voz de un Doctor que no solamente mueve al aplauso, sino también al llanto. (S. Bern., Serm. 65, in Cant., n. 3, sent. 23, Tric. T. 10, p. 323.)"

"El ejemplo de las obras es un sermón vivo y eficaz: fácilmente

persuade lo que se dice el que muestra que es factible lo que persuade. Vive, pues, persuadido a que de estos dos preceptos, el de la palabra y el del ejemplo, depende en suma tu obligación, en cuanto a la seguridad de tu conciencia. Pero si eres prudente, añadirás el tercero, esto es, la aplicación a la oración, para cumplir con aquellas tres repeticiones de Cristo en el Evangelio acerca de apacentar sus ovejas. Conocerás que en ninguna cosa has defraudado el sacramento de esta Trinidad, si las apacientas con la palabra, con el ejemplo y con el fruto de tus santas oraciones. Tres cosas son estas, la palabra, el ejemplo y la oración, pero la mayor de ellas es la oración; porque si la obra es la virtud de la voz, pero la oración es la que merece la gracia y la actividad para la voz y la obra. (S. Bern., –Ep. 201, ad Bald. Abl., Reantin. Mon.,–sent. 28, adic., Tric. T. 10, p. 355 y 356.)"

Pasiones.– "Dice Jesucristo: Mi Eterno Padre arrancará el árbol que no de fruto en mí, y limpiará a los que le produzcan, para que le den más abundante; porque así como se hace un yermo la viña que no se poda, así también sucede en el corazón del hombre, por lo que la palabra de Dios, como un cuchillo, corta de nuestro corazón los tallos superfluos que en el nacen, reprimiendo nuestras desordenadas pasiones, que pudieran producir perversos frutos. (S. Clemente, Pedagogo, lib. 1, c. 8, sent. 2, Tric. T. 1, p. 123.)"

"Todos sabemos, por haberlo aprendido en la Escritura, que un cristiano no debe emplear el tiempo en juegos y diversiones del mundo. (S. Efrén, –a lud. reb. abast.,–sent. 13, Tric. T. 3, p. 79.)"

"Siendo cristianos, no debiéramos conocer otra guerra que la que es preciso hacer contra las potestades espirituales, que son nuestros enemigos. (S. Gregorio Nacianceno, Orat. 14, sent. 24, Tric. T. 3, p. 355.)"

"Cuando el hombre se deja vencer del tumulto y desarreglo de sus pasiones, no es el ya el que manda, sino la pasión que le domina, supuesto que habéis sido criados para mandar a las bestias, dominad a lo menos vuestras pasiones, por atender a vuestra salvación. (S. Greg. de Nisa, Orat. 1, sent. 1, Tric. T. 4, p. 113.)"

"Hagamos al hombre para que presida. Para mandar nació el hombre. ¿Por qué, pues estás sirviendo a las pasiones? ¿Cómo así te despojas de tu dignidad? ¿Por qué te entregas al pecado para hacerte siervo? ¿Por qué te abates a ser esclavo, del demonio? (S. Gregorio de Nisa. Orat, 1, sent. 1, adic., Tric. T. 4, p. 357.)"

"Cortad, Señor, con vuestro espiritual cuchillo la corrupción de

mis pecados y mientras me tenéis sujeto con los lazos de la caridad, id separando de mi todo cuanto está corrompido; venid prontamente a quitar de mi corazón con favorables incisiones tantas pasiones diversas y ocultas que le despedazan; manifestadme la llaga par que el mal no pase adelante. (S. Ambrosio, lib. 5, in c. 5, sent. 82, Tric. 4, p. 329.)"

"Nada debemos tener por útil sino lo que sirve para la vida eterna, y no debemos estimar todo lo que toca a los placeres y utilidades de la presente vida. Por lo cual, no hemos de considerar como una comodidad verdadera la abundancia de los bienes del mundo, antes bien, la hemos de mirar como embarazo e inquietud, entretando que no procuremos desprendernos: debemos, pues, contemplar las riquezas como una carga cuando las guardamos, y no tenerlas por perdidas cuando las damos a los pobres. (S. Ambrosio, de Officciis, lib. 1, c. 2, sent. 118, Tric. T. 4, p. 337 y 338.)"

"Yo os digo que ofrezcáis vuestros cuerpos a Dios como una hostia viva. Y ¿cómo podrá nuestro cuerpo llegar a ser hostia? No miren nuestros ojos lo malo, ni se emplee nuestra lengua en malas conversaciones, y haremos de nuestro cuerpo una santísima oblación: más no basta esto, es preciso hacer el bien. Es necesario que la mano de la limosna: que la boca bendiga al que nos maldice; que los oídos se ocupen en oír la palabra de Dios, y de este modo nada habrá que sea impuro en la hostia de nuestro cuerpo. (S. Juan Crisóstomo, Homl. 1, –20 c. 12.– sent. 290, Tric. T. 6, p. 360.)"

"¿Por qué, siguiendo aquí vuestras pasiones, os consumís miserablemente en la miseria de las sensualidades terrenas? ¿No sabéis que tenéis en el cielo Padre, patria y herencia? (S. Agust., Psalm. 78, sent. 126, Tric. t. 7, p. 466.)"

"No es lo mismo cesar de hacer alguna cosa, v. gr., el pecado, que abolirle y arrojarle. Pues en la cesación de pecar no se sigue la extirpación de las perturbaciones del ánimo, sino que se contienen con la razón, como con un freno las pasiones: se ven reducidas a una cierta quietud, y después se van venciendo con el ejercicio y trabajo e la virtud, pero aún no se arrancan del todo del ánimo. La extirpación de las pasiones desenfrenadas, es mucho más que cesar de pecar, y no la podremos conseguir, si primero no cesamos de pecar, y abriendo de este modo paso, subimos más fácilmente a lo que es más que dejar de pecar... Pero la extirpación de la perturbación de las pasiones, de ningún modo es obra de solos nosotros, es obra propia de Jesucristo

que padeció por nosotros para reformarnos a todos en una nueva vida. (s. Cirilo Alejand., Comment. in Joann., lib. 5, c. 51, sent. Tric. t. 8, p. 98.)"

"Entretanto que dura la vida no se debe desesperar de la salud de ninguno: de todos se debe esperar que se corrijan con el auxilio de Dios, que levanta a los que se precipitaron, rompe las cadenas de los que estaban en prisiones y da luz a los ciegos. (S. León Papa, Serm. 33, sent. 25, Tric. T. 8, p. 387.)"

"Ser insensibles a las pasiones y a los atractivos de la concupiscencia, no pertenece a esta vida que toda es tentación, y aquel es vencido de ella, que no recela ser vencido. Es soberbio el presumir que no pecaremos fácilmente, pues ya es pecado el haberlo presumido: porque, como dice San Juan: Si dijéramos que no tenemos pecados, nos engañamos, y no es´ta en nosotros la verdad. (S. León Papa, Serm. 40, sent. 35, Tric. T. 8, p. 390.)"

"Convencidos estamos de que queremos, cuando hacemos lo que no se haría si no quisiéramos. (S. Bernardo, lib. Arb. n. 14, sent. 12, Tric. T. 10, p. 322.)"

"Infeliz víctima es aquella que venciendo al hombre, se rinde al vicio. (S. Bern., Exhort. ad Mil., n. 2, sent. 161, Tric. T. 10, p. 331.)"

"El hombre que se abandona a las pasiones es semejante a los animales que se dejan llevar del ímpetu de sus instintos. ¿Qué digo? Es peor que ellos: porque los animales de la misma especie no se atacan unos a otros: mientras que el hombre, llevado de sus pasiones, ataca al hombre. El sólo reúne la envidia del perro, la voracidad del lobo, el orgullo del león, la ferocidad del tigre, la maldad de la serpiente, la astucia de la raposa, etc. No se puede, dice un grave autor, no se puede seguir considerando como hombre al que vemos metamorfoseado por medio de las pasiones: la apariencia humana que le queda, prueba que en otro tiempo fue un hombre, pero que ya no lo es. Si la avaricia que le devora le impele a arrebatar violentamente bienes al prójimo, colocadle entre los lobos; si cediendo a sus arrebatos y agitaciones se entrega a gritos, injurias y querellas, colocadle entre los perros; si se alegra de haber engañado a su prójimo con secretas astucias, igualadle a las raposas; si está poseído de la ira y del furor, creed que tiene un corazón de león; si tímido y miedoso huye, aun cuando no corra peligro alguno, ponedle en parangón con el ciervo; si se manifiesta perezoso y estúpido, poned su vida al nivel del asno; si da pruebas de ligereza e inconstancia, comparadle justamente

con las aves, y sobre todo, con las mariposas; si se sumerje en los sucios y asquerosos deleites de la carne, colocadle entre un cerdo y macho cabrío, y los tres serán dignos uno de otro. Así el hombre que abandona a Dios, la justicia y la virtud, se convierte en bestia inmunda y cruel. (Boethius, de Consolatione, lib. 4, Barbier., T. 4, p. 151.)"

Patria.– "Cristianos, vosotros sois ciudadanos de la celestial Jerusalén, y peregrinos en este mundo. Ninguna parte tenéis en los placeres del siglo; sólo la aflicción os pertenece; el mundo se alegrará y vosotros lloraréis, decía Jesucristo; y también, felices los que lloran. En el mundo no hay realidad alguna, todo es imaginario. (Tertuliano, lib. de la Corona de los que militan, c. 13, sent. 21, Tric. T. 1, p. 201.)"

"Si sois verdaderamente cristianos, no tenéis ciudad ni habitación sobre la tierra. Dios es el fundador y arquitecto de nuestra celestial ciudad. Cuando fueseis dueño de toda la tierra, no seríais más que un pasajero que va de viaje. Nosotros estamos destinados para ser ciudadanos del cielo y allí debemos habitar desde ahora con el corazón y el espíritu. No hagamos lo que los niños, que despreciando las cosas grandes, se admiran de las pequeñas. (S. Juan Crisóst., Homl. 17, sent. 16, Tric. T. 6, p. 302 y 303.)"

"La primera y más saludable doctrina que debemos abrazar, es persuadirnos que en esta vida somos caminantes y extranjeros; esta ciencia es la raíz y fundamento de toda virtud; pues el que sólo usa como huésped y pasajero de las cosas presentes, algún día se verá ciudadano y poseedor de las del cielo. (S. Juan Crisóstomo, in Psalm. 119, sent. 139, Tric. T. 6, p. 326.)"

"Cuando se halla contento en el destierro, es señal de que no se desea la patria. (S. Agust., Psalm. 78, sent. 134, Tric. T. 7, p. 467.)"

"Levantemos nuestro corazón a aquella santa ciudad, elevemos a ella nuestro amor y nuestra esperanza, y no los dejemos pudrirse sobre la tierra. (S. Agust., Psalm. 86, sent. 137, Tric. T. 7, p. 467.)"

"Escoged una de dos, y ved si queréis más una eterna pena, que un trabajo corto y pasajero; una felicidad temporal o un eterno descanso. (S. Agust., Psalm. 91, sent. 139, Tric. T. 7, p. 467.)"

"El descanso eterno merecería conseguirse con eterno trabajo. (S. Agust., ibid., sent. 140, Tric. ibid., ibid.)"

"Todos apetecen el sumo bien con un deseo natural. (S. Bern., Tract. in Cant., sent. 164, Tric. T. 10, p. 332.)"

"Patria es el lugar en donde hemos nacido y nos hemos criado. En

la ley antigua consagró Dios en cierto modo el amor a la patria. Moisés no deja de exhortar a los judíos al aprecio de sus leyes, de su nación y del suelo de la tierra prometida, y todo el mundo sabe hasta donde llegó el patriotismo de este pueblo. El autor del Eclesiástico, llenó de alabanzas a todos los personajes que contribuyeron a la prosperidad y fuerza de la nación judáica. Si Jesucristo no manda en el Evangelio el amor a la patria, es porque vino para formar una sociedad religiosa, universal entre todos los pueblos, por consiguiente para inspirar a todos los hombres una caridad general. En Jesucristo, dice San Pablo, no hay judío, ni gentil, ni escita, ni bárbaro, todos son un mismo pueblo y una sola familia. (Ep. a los Colos. c. 3, v. 11, a los Gálat., c. 3, v. 28, Bergier, T. 7, p. 590.)"

"Existe, dice San Gregorio Nacianceno, una patria para los grandes hombres, para los hombres verdaderamente virtuosos, es aquella Jerusalén que sólo se comprende con la inteligencia y no estas ciudades que vemos oprimidas en estrechos muros y habitadas por ciudadanos que pasan y desaparecen. Estas mansiones terrestres, están pretendidas patrias se parecen a la escena de un teatro. (In Districh., Barbier, t. 1, p. 217.)"

"San Gregorio de Nisa, decía de San Basilio: Jamás ha temido el destierro, porque estaba convencido de que tan sólo el Paraíso es la patria de la humanidad: miraba la tierra toda como un lugar común de destierro. (Orat., Barbier, ibid., ibid.)"

"Los santos de todos los siglos y de todos los países, ha mirado la tierra como un destierro; el cielo, como la única y verdadera patria... (Barbier, ibid., ibid.)"

"¿Cuál no debe ser, dice San Bernardo, la abundancia de un lugar en donde no hay nada de lo que no se quiere, y se encuentra todo lo que se desea? La remuneración de los escogidos, dice en otra parte este gran santo, es un torrente de delicias, un río impetuoso de goces. Es un río que corre de una u otra parte, y que jamás se seca. Se le compara a un río, no porque pase, sino porque tiene su profundidad. (Serm. in errores huj. saeculi, Barbier, ibid., ibid.)"

"El ojo no ha visto: el oído no ha percibido: ni el corazón del hombre jamás concibió lo que Dios ha preparado a los que le aman, dice San Pablo a los corintios. El ojo del hombre jamás ha visto, y sin embargo, ¿qué no ha visto el ojo del hombre? La hermosura del firmamento, las maravillas de la naturaleza, la primavera, las grandes ciudades; las grandes fiestas... El oído jamás ha percibido, y sin em-

bargo, ¿qué armonías no le han conmovido? Has oído cantos admirables, voces arrebatadoras, sinfonías maravillosas, el canto de los pájaros, la elocuencia de los oradores... El corazón del hombre jamás ha concebido y, sin embargo, ¿qué no concibe el corazón del hombre? Grande y bienaventurado Apóstol: vos, que, arrebatado hasta el tercer cielo, habéis visto, oído y concebido tantas maravillas; vos que habéis visto la misma esencia de Dios, decidnos lo que habéis visto, lo que habéis oído y lo que habéis concebido. Escuchad su respuesta: Audivi arcana verba queae non licet homini loqui: He visto, oído y concebido maravillas, que no puede expresar un hombre. (II Corinth., XII, Barbier, ibid., ibid.)"

"Vean lo que dice San Juan en el Apocalipsis, y concluiré con San Agustín, que dice: ¿Qué serán las riquezas de Aquel, cuya pobreza nos hizo ricos? Todo lo bueno que existe, está en el cielo, y ninguna cosa mala penetra jamás allí. (Lib. 22, de Civit., c. 30, Barbier, ibid., p. 219.)"

Paz.– "El hijo de paz debe buscar la paz y hacer por conservarla: es preciso que el que conoce y quiere la unión de la caridad, se abstenga y evite las conversaciones que pueden alterarla. Nuestro Señor, estando cercano a su pasión, entre sus divinas docrinas, nos dejó también esta: Yo os dejo la paz, yo os doy mi paz. Esta es la herencia que nos dejó Jesucristo. Nos tiene prometido el goce de toda suerte de bienes, con la condición de que conservemos la paz. Si somos, pues, herederos de Jesucristo, vivamos en la paz de Jesucristo. (S. Cipriano, lib. de Eccl. Catholica, sent. 16, Tric. T. 1, p. 299 y 300.)"

"El que no tiene la ropa nupcial, desagrada al Divino Esposo: y ¿qué traje es el que le puede agradar, sino la paz del espíritu, la pureza del corazón y la caridad del alma? (S. Ambrosio, lib. 5, in c. 5, sent. 81, Tric. T. 4, p. 329.)"

"Bienaventurados los pacíficos. Estos son aquellos que primero establecen la paz en sus corazones y después la hacen entre los hermanos que están discordes. Y a la verdad, ¿de qué les serviría sosegar las diferencias que se suscitan entre los otros, si conservasen en sus corazones las inquietudes de los vicios? (S. Jerónimo, lib. 1, in Matth., c. 5, sent. 92, Tric. T. 5, p. 255.)"

"Estableció su habitación en la paz: es preciso, pues, que el alma que no tiene en sí misma la paz, sepa que no es digna de ser habitación de Dios. (S. Jerónimo, in Psalm. 75, sent. 106, Tric. T. 5, p. 257.)"

"Ni la limosna, ni las demás obras buenas, son, en mi dictamen de tanto mérito en la presencia de Dios, como la moderación y las pérdidas, tribulaciones y disgustos. (S. Juan Crisóst., Homl. 33, c. 9, sent. 54, Tric. T. 6, p. 310.)"

"La paz de los verdaderos hijos de la Iglesia viene de Dios, y los guía a Dios. No quiere que nos mezclemos a todos los obstáculos, dejemos las delicias perniciosas, aspirando a los verdaderos contentos: porque dice el Señor: En donde está tu tesoro, allí estará tu corazón. Es decir, si estás en estas cosas de abajo, irás abajo; si pones tu amor arriba llegarás a lo supremo. (S. León Papa, Serm. 25, c. 5, sent. 19, Tric. T. 8, p. 385.)"

"Sed afables en vuestras conversaciones; dad buena acogida a todo el mundo; huid de la altercación, de las querellas y de las discusiones; sed enemigos de pleitos y de trampas: quitad toda ocasión; aborreced el espíritu de discordia; vivid siempre en paz; no disputéis de cosa alguna por diversión; las disputas engendran disputas; de ellas nacen las discusiones; encienden las llamas del odio; apagan la paz del corazón y rompen la unión de las almas. (S. Anselmo, Exhort. ad contemptum temporalium, sent. 19, Tric. T. 9, p. 344.)"

"Más vale que perezca uno, que la unidad: es necesario separar al que perturba la concordia. (S. Bern., Ep. 102, sent. 62, Tric. T. 10, p. 325 y 326.)"

"La paz, dice San Agustín, es serenidad del alma, tranquilidad de espíritu, sencillez de corazón, un lazo de amor y la compañera inseparable de la caridad. Impide rivalidades, contiene guerras, comprime arrebatos, desprecia a los orgullosos, ama a los humildes, apacigua a los que están en desacuerdo y reconcilia a los enemigos: es dulce para todos, no codicia el bien del prójimo, ni disputa el suyo; enseña a amar, ella que no sabe aborrecer; ignora el orgullo y no conoce la terquedad. Consérvela, pues, con cuidado el que la posee; pídala nuevamente el que ya no la tiene: búsquela el que la haya perdido: pues el que no sea hallado en su compañía, será desconocido por el Padre, desheredado por el Hijo y mirado como extranjero por el Espíritu Santo (Serm. 75, de Verbis Domini, Barbier, T. 4, p. 167.)"

"Oh paz, exclama San Efrén, escala del cielo! ¡Oh paz, senda del reino de dios! ¡Oh paz, madre de compunción! ¡Oh paz, conciliadora de la penitencia! ¡Oh paz, espejo de los pecadores, que manifiesta al hombre sus faltas! ¡Oh paz, manantial de deliciosas lágrimas! ¡Oh inseparable de la humildad! ¡Oh paz, seguridad del alma! ¡Oh paz,

yugo amable y peso ligero que fortifica el alma y sostiene al que le lleva! ¡Oh paz, alegría del alma y del corazón! ¡Oh paz, freno de los ojos, de los oídos y de la lengua! ¡Oh paz, enemiga de la desvergüenza y de la impudencia! ¡Oh paz, cárcel de las pasiones y guía de la virtud! ¡Oh paz, amante de la hospitalidad y de la pobreza voluntaria! ¡Oh paz, campo de Jesucristo que produce abundantes y deliciosos frutos! ¡Oh paz, inseparable del temor divino, muralla y fortaleza de los que desean combatir por el reino de los cielos. (De Patientia et consummat, saeculi, Barbier, ibid., p. 168 y 169.)"

"Oigamos a San Agustín los bienes que proporciona la paz: La paz del cuerpo, es el temperamento bien ordenado de sus partes: la paz del alma irracional, el reposo bien ordenado de sus apetitos; la paz del alma racional, el concierto bien ordenado del conocimiento y de la acción; la paz del cuerpo y del alma, la vida y la salud bien ordenada del ser animado: la paz del hombre mortal y de Dios, la obediencia bien ordenada en la fe bajo la ley eterna; la paz de los hombres, es la unión en el orden; la paz doméstica, es entre los habitantes de un mismo lugar la unión del orden, del mando y de la obediencia; la paz social, es entre los ciudadanos la unión y el orden de la autoridad y de la sumisión; la paz de la ciudad celestial, es el orden perfecto, la unión suprema es el goce de Dios, en el goce mutuo de todos en Dios; la paz de todas las cosas, es el orden y la tranquilidad. (De Civit., lib. 19, c. 13, Barbier, ibid., p. 169.)"

"Lo que proporciona la paz, dice San León, es querer lo que Dios manda, y no querer lo que prohíbe. Porque, ¿cómo hemos de tener la paz, queriendo lo que Dios no quiere, y no queriendo lo que quiere? (Serm. 1, de Quadrag., Barbier, ibid., ibid.)"

"El hombre, dice el mismo Padre, tiene paz y verdadera libertad cuando la carne está gobernada por el alma racional, y el alma está regida por Dios y le obedece. (Barbier, ibid., ibid.).

"Para conservar la paz con Dios, con el prójimo y con nosotros mismos, hemos, 1.º, de pedirla al Señor, si no la tenemos, y obtenida, procurar no perderla, practicar lo que recomienda San Antonio; 2.º, huid de la gula, de la lujuria, de la esclavitud del siglo y de la ambición y tendréis paz; 3.º, declarar la guerra a las pasiones; 4.º, practicar la mansedumbre; 5.º, oír la voz de Dios; 6.º, obedecer la ley divina. ¿Por qué no habéis estado atentos a sus preceptos? dice el Señor por boca de Isaías. Vuestra paz hubiera sido como un río. Si hubiéseis andado por el camino de Dios, dice el Profeta Baruch, moriríais en el

seno de una paz eterna. No hay paz para el impío, dice Isaías. La paz grande, sólida y duradera, se halla solamente en el cielo. Si queremos disfrutarla un día, trabajemos constante y únicamente para la eternidad. (Barbier, T. 4, p. 170.)"

Pecado.– "Así como el médico procura con medicamentos atraer a la parte exterior del cuerpo ciertas enfermedades o daños interiores, aunque ocasione en esta operación al paciente más crueles dolores de los que padecía, del mismo modo Dios, cuando ve que nuestros males espirituales penetran hasta lo íntimo, saca al público la iniquidad que estaba oculta, para que nos reconozcamos y apliquemos los remedios oportunos. (Orígenes, Comment, in Exod., sent. 1, Tric. T. 1, p. 247.)"

"Ya no me indignaré más contigo, ni te celaré, pues no te has enmendado cuanto te corregía, dice el Señor: ya no se explicará para contigo mi afecto celoso. Cuando Dios no explica su enojo contra el que peca, es señal de su mayor indignación. (Orígenes, ibid., sent. 2, Tric. T. 1, p. 247.)"

"Yo te constituí, dijo Dios a un Profeta, para que arranques, disipes, edifiques y plantes; lo primero, es arrancar de nosotros las raíces del mal, porque Dios no edifica lo que es bueno en un lugar que halla ocupado con algún edificio malo. (Orígenes, Homl. 1, in Jerem., sent. 4, Tric. T. 1, p. 247.)"

"Todo hombre que peca, es hijo del demonio. Nos hacemos hijos suyos cuantas veces pecamos; por el contrario, renace en Dios el justo cuantas veces practica las acciones de virtud; pues así como Jesucristo es engendrado continuamente de su Padre, siendo nosotros hijos suyos adoptivos, en todas nuestras obras nos reengendramos en El, esto es, con cada pensamiento bueno y cada acción santa, renovamos la dignidad de hijos de Dios. (Orígenes, Homl. 9, in Jerm., sent, 6, Tric. T. 1, p. 248.)"

"No se han de despreciar las faltas, aunque parezcan leves: porque vemos que un pajarito que cayó en la red, aunque esté preso por una uña, todo el vigor y ligereza de sus alas no le podrá sacar del peligro: de este modo, aunque el resto de su cuerpo esté libre y fuera de la red, todo el permanece preso. (S. Efrén. –De mort. ling.,– sent. 11, Tric. T. 3, p. 79.)"

"Es naturaleza del pecado dar poco placer y mucho dolor; agradar por poco tiempo y atormentar para siempre. (S. Efrén, –V Cont. neg. resurrect.,– sent. 17, Tric. T. 3, p. 80.)"

"Sabed que sólo el pecado es el verdadero mal y la causa de

nuestra perdición; y que las calamidades del mundo que afligen nuestros sentidos, son un mal aparente, porque son un mal, que tiene en sí la virtud y el efecto del verdadero bien, pues es la causa de la salud eterna de nuestras almas. (S. Basilio, sent. 17, Tric. T. 3, p. 193.)"

"En este mundo no hay propiamente mal, como no sea el pecado que hiere el alma; pues todo lo demás, como es, la pobreza, la ignominia, las enfermedades y la muerte, ningún sabio las llamará males; porque los bienes contrarios que nos vienen por el nacimiento o por otras diversas casualidades que se ofrecen en la vida, tampoco deben considerarse como grandes bienes. (S. Ambrosio, sent. 1, Tric. T. 4, p. 312.)"

"Muchos se alegran de recibir la absolución de sus pecados, y tiene razón, si se enmiendan: peor si han de perseverar en las culpas, es locura su alegría; porque en este caso, menos mal sería ser condenados para no acumular más delitos. (S. Ambrosio, de bono mort., c. 7, sent. 17, Tric. T. 4, p. 316.)"

"Nuestro pecado, es nuestro mayor enemigo; este nos turba en el reposo, nos aflige en la salud, nos entristece en el gozo, nos inquieta en la tranquilidad, mezcla su amargura en nuestra misma dulzura, y nos despierte en el descanso del sueño. Por el pecado, nos vemos convencidos sin acusador; atormentados sin verdugo; atados sin cadenas, y vendidos sin que nadie nos haya puesto en venta. (S. Ambrosio, in Psalm. 37, sent. 45, Tric. T. 4, p. 322.)"

"Por un solo pecado imploraba David la multidud de las misericordias de Dios: y nosotros apenas queremos pedir una vez sola la misericordia de Dios para una grande multitud de culpa. (S. Ambrosio, Apolo., David., c. 8, sent. 52, Tric. T. 4, p. 323.)"

"Dios destruye las ciudades en castigo de los pecados de sus habitantes; si éstos, pues, cesaren de pecar, se conservarían sus ciudades. ¿De qué sirve huir de vuestra patria? Lo mejor será si queréis, huir de las culpas. (S. Ambrosio, in Joann, sent. 74, Tric. T. 4, p. 328.)"

"Ninguno es capaz de apartar a Jesucristo de vosotros, si vosotros mismos no os alejáis de el. (S. Ambrosio, lib. 5, in c. 5, sent. 80, Tric. T. 4, p. 329.)"

"Todavía no han llegado a su completo los pecados de los Amorreos. Estas palabras denotan que hay cierta medida de iniquidad, y que cuando los pecadores la han llenado, los tiene Dios por indignos de vivir. (S. Ambrosio, in Epist. ad Rom., c. 7, sent. 95, Tric. T. 4, p. 332.)"

"No os consoléis con el gran número de pecadores que se parecen a vosotros, ni digáis, no soy yo sólo el que ha cometido este pecado, muchos compañeros tengo en él: sabe que la multitud de los cómplices no dará la impunidad a los delicuentes. En aquellas cinco ciudades tan señaladas en las Escrituras, había una infinidad de habitadores, y no obstante, todos fueron abrasados en la lluvia de fuego que cayó del cielo: porque todos se habían abandonado a las infames impurezas. (S. Ambrosio, de Virg. lap., c. 9, sent. 140, Tric. T. 4, p. 342.)"

"Debemos condenar el pecado, y avergonzarnos de haberle cometido; mas no le hemos de defender: porque con la vergüenza, se disminuye; con la defensa, se agrava. (S. Ambrosio, lib. 2, c. 3, sent. 7, Tric. T. 4, p. 395.)"

"Cuando se escribe contra los vicios sin nombrar personas, todo aquel que se enoja, se acusa a sí mismo. (S. Jerón., Apol. adv. Ruf., sent. 50, Tric. T. 5, p. 247.)"

"Jamás la enormidad de vuestros delitos os precipite a desesperar del perdón, porque una misericordia grande es capaz de borrar las mayores culpas. (S. Jerón,. In Isa., c. 2, sent. 84, Tric. T. 5, p. 253.)"

"El pensamiento del hombre le acusará delante de Dios. Hay muchos que no han pecado con acciones; otros hay que no han pecado con palabras; pero ninguno hay, que al menos, no haya pecado de pensamiento. (S. Jerón., in Psalm. 75, sent. 107, Tric. T. 5, p. 257.)"

"No tendréis ante vosotros Dios nuevo. Cuantos vicios y pecados tenemos, son otros tantos dioses nuevos que seguimos. Si yo miré a una mujer, y fomenté malos deseos, ya me hice un dios de la impureza. Todo cuanto deseamos y cuanto es objeto de nuestra veneración, viene a ser otro dios nuevo: el avaro se hace un dios de las riquezas. (S. Jerón., in Psalm., 80, sent. 109, Tric. T. 5, p. 258.)"

"No se propasa a los delitos mayores, el que teme los leves. (S. Paulino, Ep. ad Celantiam, sent. 17, adic., Tric. T..5, p. 363.)"

"No sé si podremos llamar leve el pecado que se comete con desprecio de Dios y es muy prudente el que no tanto considera lo que es justo, cuanto quiera es el que lo mandó, ni atiende a la cantidad del precepto, sino a la dignidad del que manda. (S. Paulino, ibid., sent. 18, adic., Tric. ibid., ibid.)"

"Los niños temen las máscaras y no temen el fuego. Lo mismo sucede a la mayor parte de los hombres: temen la muerte, que es una máscara digna de desprecio, y no temen el pecado, que es la única

cosa que debiera temerse. (S. Juan Crisóst., Homl. 5, sent. 11, Tric. T. 6, p. 302.)"

"¿Queréis saber otra razón que nos causa miedo al considerar la muerte? Pues es que no vivimos con la exactitud y piedad debida; es que no tenemos el suficiente cuidado de purificar nuestra conciencia; porque de lo contrario, no nos espantaría la muerte. (S. Juan Crisóstomo, Homl. 5, sent. 12, Tric. T. 6, p. 302.)"

"No acusemos de nuestros desórdenes, ni a las artes, ni a la agricultura, ni al ejercicio de las armas, ni a otras profesiones de la vida: acusémonos a nosotros mismos. Cornelio fue capitán; San Pablo, fabricó tienda de campaña; David, era rey; y Job, un hombre muy rico. (S. Juan Crisóst., Homl. 62, sent. 66, Tric. T. 6, p. 312.)"

"Una cosa os quiero decir que os ha de sorprender. Me parece que no estamos tan obligados a vigilar con tanto cuidado contra los grandes delitos, como contra las faltas que nos parecen ligeras y de poca consideración. Sólo el horror que nos dan los grandes pecados, podrá ser suficiente para no cometerlos: pero la levedad de los otros, nos hace más negligentes en evitarlos, y el desprecio con que los miramos, nos hace como insensibles e incapaces de vencerlos. (S. Juan Crisóstomo, Homl. 87, c. 27, sent. 75, Tric. T. 6, p. 313.)"

"El placer que acompaña al pecado es muy corto; el dolor que se le sigue, es continuo: la virtud, por el contrario, aunque la acompaña un trabajo de poca duración, no tiene fin el gozo que la sigue. (S. Juan Crisóst., Homl. 36, Joann., sent. 80, Tric. T. 6, p. 315.)"

"Pongamos todos los días delante de nuestros ojos los pecados que hemos cometido después del bautismo, para que esta memoria nos sirva como de freno que nos tenga continuamente en la humildad y la modestia. (S. Juan Crisóst., Homl. 31, c. 9, sent. 100, Tric. T. 6, p. 318.)"

"El placer que acompaña al vicio es pasajero: el dolor que se le sigue es eterno; por el contrario, el trabajo que pide la virtud, es muy corto, y el fruto y alegría que se casa de ella no tendrá fin. (S. Juan Crisóst., Homl. 3, de Anna, sent. 115, Tric. T. 6, p. 321.)"

"Suspirad con amargura: traed a la memoria vuestros pecados; levantad al cielo el corazón, y decid: Dios mío, tened misericordia de mí, y con esto habréis cumplido con la oración. Porque diciendo: tened misericordia, ofrecéis a Dios la confesión de vuestras culpas, recibís el perdón y alcanzáis la posesión de su reino: porque cuando Dios tiene misericordia de alguno, no solamente le libra de la pena

que merece, sino que también le da la posesión de los bienes eternos. (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 116, Tric. ibid., ibid.)"

"No hay duda que los pecados son las primeras causas de las enfermedades corporales: Jesucristo lo dio bien a entender, cuando dijo al paralítico que estaba en la piscina: Ya estás sano: cuidado con no pecar en adelante. También la nota de San Pablo cuando dice: Por esto hay tantos que caen enfermos: esto es, porque pecaban acercándose a los santos misterios con una conciencia que no estaba enteramente pura. (S. Juan Crisóstomo, in Isaiam, in c. 3, sent. 154, Tric. T. 6, p. 329.)"

"Todos los días están cayendo almas heridas del pecado, y ninguno las llora: mas cuando vemos sufrir en el cuerpo algún dolor, todos dicen que es cosa dura e insoportable. ¿No es preciso estar poseídos del espíritu del demonio para juzgar tan terrenalmente de las cosas? (S. Juan Crisóst., lib. 2, c. 2, sent. 173, Tric. T. 6, p. 334.)"

"El pecado tiene esta propiedad: que antes de cometerle, embriaga en cierto modo al pecador, y después de haberla cometido, le quita el gusto de que se había valido para engañarle, de suerte, que se queda el pecador sólo con su pecado, el cual le sirve de acusador, y con su conciencia que le sirve de verdugo que le despedaza, le atormenta y le oprime; pero estás sólo son penas en esta vida, porque en la otra, bien sabéis cuán grandes están preparadas para los que hayan caído en pecados. (S. Juan Crisóst., Ep. 7, ad Olimp., Dioec., sent. 184, Tric. T. 6, p. 336.)"

"Persuadios a que sólo hay una verdadera calamidad, que es el pecado, y todo cuanto sobresale en este mundo, es una fábula, así su grandeza como su autoridad, alabanza y honra: por último, a que no hay para ir al cielo otro camino que el de las tribulaciones, según aquellas palabras del Apóstol: Es necesario que pasemos por muchas tribulaciones, para entrar en el reino de Dios. (S. Juan Crisóst., Ep. 237, ad Con., Presbyt., sent. 185, Tric. T. 6, p. 336.)"

"Si de alguna cosa habéis de avergonzaros, es del pecado: porque del trabajo os debéis gloriar, pues es muy propia la ocupación para quitar los malos pensamientos: es medio para tener con que socorrer a los necesitados, para no servir de carga a nuestros hermanos y para cumplir con más perfección la ley de Jesucristo, que nos dice que es mejor dar que recibir. (S. Juan Crisóstomo, sent. 206, Tric. T. 6, p. 341.)"

El que alaba el pecado, es peor que el que lo comete. (S. Juan Crisóst., Homl. 5, sent. 284, Tric. T. 6, p. 359.)"

"Si aquel rico, sensual y avariento que vosotros tenéis por tan feliz tuviera el cuerpo cubierto de úlceras, pensaréis que no se podría llorar dignamente su miseria: y siendo así que debéis estar persuadidos a que su alma está llena de corrupción, ¡le tenéis por muy dichoso! Me diréis que él no siente ese mal, mas yo os respondo, que por la misma razón es más miserable, pues está fuera de sí: porque el que conoce su mal, recurre al médico y está en estado de aplicar el remedio; pero el que no lo conoce, ¡cómo ha de sanar! (S. Juan Crisóst., Homl. 29, sent. 314, Tric. T. 6, p. 367.)"

"No desesperen los que todavía se hallen en el vicio, ni presuman los que viven en la piedad: procure el justo conservarse con el temor y reserva, y anímese el pecador a la vigilancia y trabajo, porque como aquel que está encenagado en la pereza y ociosidad, jamás podrá adelantar en el camino de la virtud; así el que fuera diligente y cuidadoso, tendrá grande facilidad en vencer el vicio. En David tenemos buen ejemplo de estas dos cosas. Cuando se entregó a la relajación de una vida regalada, inmediatamente cayó en el pecado, y cuando se animó con nuevo espíritu de compunción y penitencia, al instante volvió a tomar el camino de su primera virtud. (S. Juan Crisóst., Homl. 38, c. 15, sent. 319, Tric. T. 6, p. 369.)"

"Tanto es mayor un mal , cuanto parece más pequeño. Porque lo que parece de poca consideración, fácilmente se desprecia. Los males, pues, de que no hacemos caso, siempre crecen; y los males que siempre van creciendo, vienen por último a ser incurables. (S.Juan Crisóst., Homl. 14, cap´. 4, ad Ephes., sent. 342, Tric. T. 6, p. 375.)"

"Todos los demás han temido a vista del terremoto: mas yo por la causa del terremoto. Otros temían que se arruinase la ciudad, mas yo, que Dios estuviese enojado con nosotros; porque no es grande mal el morir, sino el haber irritado al Señor. De este modo no temía yo por el terremoto, sino por la causa de éste. La causa del terremoto, es la ira de Dios, y la causa de la divina ira, son nuestros pecados. No temamos, vuelvo a decir, el castigo, sino el pecado, que es padre del castigo. (S. Juan Crisóst., in terremot., de Lazar., Serm. 6, sent. 15, adic., Tric. T. 6, p. 456.)"

"Entretanto que alguno vive nadie desespere de su salvación. (S. Agust., ibid., sent. 36, Tric. ibid. ibid.)"

"Evitáis los grandes pecados, más ¿cómo no teméis los leves? Os habéis descargado de un grande peso; procurad de que no os opriman muchos granos de arena. (S. Agust., Psalm. 39, sent. 54, Tric. T. 7, p. 459.)"

"La culpa ha de ser castigada: procurad, pues, prevenir a Dios. Castigadla en vosotros, si no queréis que Dios la castigue. Reconoced su enormidad para que Dios la desconozca y la perdone. (S. Agust., Psalm. 44, sent. 61, Tric. T. 7, p. 459.)"

"Hay muchos que no se avergüenzan de pecar, y se avergüenzan de hacer penitencia. ¡Oh increíbles locura, que nos causen rubor las heridas, y no le causen los remedios que nos aplican para curarlas. (S. Agustín, Psalm. 50, sent. 69, Tric.a T. 7, p. 460.)"

"Todo pecado, sea grave o leve, ha de tener su pena: o el mismo pecador le castiga con la penitencia, o Dios con su justicia. (S. Agust., Psalm. 58, sent. 83, Tric. T. 7, p. 462.)"

"Todos los vicios son temibles en los que viven bien. (S. Agust., ibid., sent. 84, Tric. ibid. ibid.)"

"No hay enfermedad incurable para un Médico omnipotente. (S. Agust., Psalm. 58, sent. 86, Tric. T. 7, p. 462.)"

"Ninguno os puede quitar de Dios; vosotros mismos os le quitáis cuando os alejáis del Señor. (S. Agustín, Psalm. 96, sent. 143, Tric. T. 7, p. 467.)"

"Dios no abandonará su obra, si su obra no le abandona primero. (s. Agust., Psalm. 145, sent. 167, Tric. T. 7, p. 469.)"

"¿Quién es más infeliz que el miserable que no tiene lástima de sí? (S. Agust., Conf., c. 13, lib. 1, sent. 1, adic., Tric. T. p. 480.)"

"Vos habeís mandado, y sucede así, que el mismo corazón desordenado sea su propio castigo. (S. Agustín, ibid., c. 12, sent. 2, adic., Tric. ibid., ibid.)"

"Ninguno, Señor, os pierde, sino el que, os deja: y ¿a dónde va el que os deja? ¿A dónde huye, sino de Vos agradable a Vos airado? (S. Agust., lib. 4, c. 9, sent. 4, adic., Tric. T. 7, p. 480.)"

"¿Por cuántos peligros se llega al mayor peligro? (S. Agust., lib. 7, c. 6, sent. 5, adic., Tric. T. 7, p. 481.)"

"El que apetece lo que no puede conseguir, tiene tormentos; el que llegó a conseguirlo lo que no debía desear, padece engaño, y el que no apetece lo que debiera adquirir, está enfermo. (S. Agust., de morib. Eccl., c. 3, sent. 7, adic., Tric. T. 7, p. 482.)"

"Siempre que el agua helada con el grande frío recibe la mayor impresión del calor del sol, vuelve a su primera fluidez, pero inmediatamente que el sol desaparece, se vuelve a helar y a endurecer; así también la caridad de muchos, se resfría y hiela con el frío de las culpas: mas cuando sobreviene el calor de la divina misericordia, se

deshace este hielo que causaron los pecados. De este calor se dice en la Escritura: Ninguno hay que se esconda de su calor. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. 13, sent. 3, Tric. T. 9, p. 44.)"

"Uno de los principales medios de conservar en nosotros el espíritu de mansedumbre a vista de los excesos de nuestros prójimo, es traer a la memoria las faltas que en semejantes ocasiones hemos cometido: porque la consideración de nuestras propias flaquezas es un remedio excelente que excusa para con nosotros las ajenas; pues es cierto que sufrimos con más seguridad las injurias que nos hacen cuando reconocemos con humildad la necesidad que tenemos en muchas ocasiones de que los otros nos toleren. (S. Greg. el Grande, lib. 5, c. 48, p. 177, sent. 16m, Tric. T. 9, p. 234 y 235.)"

"Cuando Dios nos desampara, no sentimos el mal de aquel abandono; porque cuanto más distante de Dios está el alma, está más obstinada. En este infeliz estado, ya no ama las cosas de Dios, ni desea los bienes celestiales; y como no lo abrasan los ardores del amor divino, se halla frío y se va consumiendo en la torpe aficción a las cosas terrenas, y por una espantosa desgracia, sucede qu cuanto más se pervierte, vive con más falsa seguridad. Por haberse fácilmente olvidado de aquel estado dichoso de donde ha caído, no sabe ya cuánto debiera llorar su funesta pérdida, ni hasta que punto debe temer los castigos que la amenazan para la eternidad. Mas si la toca un soplo del Espíritu Santo, inmediatamente pone con vigilancia los ojos en el estado infeliz en que se halla; se abrasa con el fuego del divino amor: reflexiona la miseria que padece, y cuanto más adelante en el amor de Dios, más amargamente llora: siendo así, que antes cuando se consumía en el pecado, estaba enteramente abandonada en los falsos placeres y alegrías. (S. Greg. el Grande, lib. 9, c. 58, p., 328, sent. 46, Tric. t. 9, p. 248.)"

"Adviértase a los que se exceden con frecuencia en las cosas mínimas, que consideren con atención que tal vez se peca con mayor peligro en la culpa pequeña, que en las más graves; porque éstas, cuanto más fácilmente se conoce que son pecados, más prontamente se enmiendan: pero las menores, como se cree que no lo son, se cometen con tanto mayor riesgo, cuanto nos representan más seguridad. Por lo que sucede frecuentemente, que acostumbrado el corazón a las culpas leves, pierde el horror a las otras más graves, y cebado con las mismas culpas, llega a cierta autoridad la injusticia: y a proporción que aprende a pecar sin recelo en lo que es menos, viene a

despreciar el miedo en lo que es más. (S. Greg. el Grande, Adm. 34, sent. 17, adic., Tric. T. 9, p. 384.)"

"Cúlpate a ti mismo cuando te hace mal un enemigo que no te puede dañar sin ti. (S. Bern., 4, de Consid., n. 9, sent. 5, Tric. T. 10, p. 332.)"

"Es necesario condescender con los amigos, mas no para contribuir a su perdición. (S. Bern., Ep. 215, sent. 19., Tric. t. 10, p. 323.)"

"El que come lo que no puede digerir, le hace daño. (S. Bern., Serm., 36, in Cant., n. 4, sent. 57, Tric. T. 10, p. 3254.)"

"Así como no es lícito todo lo que gusta, así tampoco es conveniente todo lo que es lícito. (S. Bern., Ep. 25, sent. 99, Tric. T. 10, p. 328.)"

"¡Ay de aquellos que viviendo en la sensualidad, no pueden agradar a Dios, y presumen aplacar su ira cuando amenaza al pueblo! (S. Bern., de Conver. ad Cler., sent. 107, Tric. T. 10, p. 328.)"

"El enfermo que no conoce su mal, está en el mayor peligro. (S. Bern., 1, de Considerat, 21, sent. 111, Tric. T. 10, p. 328.)"

"En donde todos están infestados, no se advierte el mal olor de uno. (S. Bern. 1, Considerat., c. 10, sent. 127, Tric. T. 10, p. 329.)"

"No menos pecarás por enojarle demasiado, que por dejarte del todo de enojar. Pues no indignarse cuando nos debemos indignar, y no querer corregir, es pecado. Pero indignarse más de lo que es razón, es añadir culpa a culpa. Pero si es malo no enmendar el pecado, ¿cómo podrá no ser malo el aumentarle? (S. Bern., Ep. 69, ad Guid., Abb., trib. font., sent. 13, adic., Tric. T. 10, p. 349.)"

Penitencia.– "Sólo podemos conocer que alguno se ha convertido al cristianismo, cuando corrige sus vicios. (Tertuliano, en el tratado a Escápula, c. 20, sent. 2, Tric. T. 1, p. 195.)"

"¿Para qué será deliberar sobre si nos es conveniente el hacer penitencia o no? Dios manda que la hagamos, y no sólo lo manda, sino que nos convida a ella ofreciéndonos en recompensa la salud eterna, e interpone su juramento para que le creamos. ¡Dichosos nosotros por quienes el Señor tuvo a bien jurar! Mas ¡Ay de nosotros, desgraciados, si no diéramos crédito a lo que jura! (Idem. lib. de penitencia, c. 4, sent. 3., Tric. ídem. ídem.)"

"Es gravísimo ultraje de Dios el de aquellos que renunciaron y arrojaron de sí al demonio por medio de la penitencia, y después de haberle postrado a los pies de Jesucristo, vuelven otra vez a darle la preferencia en su corazón con una nueva culpa. Estos dan un triunfo

al demonio, y le causan grande alegría; porque en recobrando la presa, triunfa en cierto modo del Señor de nuestras almas. Es una cosa cierta la que yo no quisiera pronunciar por horrible, pero la diré para vuestra edificación. Estos hombres estiman al diablo más que a Dios, porque después de haber conocido al uno y al otro, ya se resuelven con pleno conocimiento a ser de Satanás, y tienen por mejor al demonio después de haber probado en su corazón las suavidades de Dios. (Tertuliano, ídem. c. 5, sent. 4, ídem. ídem. ídem.)"

"Exomologesis o penitencia es un ejercicio que enseña al hombre a abatirse y humillarse, y requiere un tenor de vida proporcionada a alcanzar la divina misericordia; arregla en el penitente el alimento y el vestido, ordenándole que duerma en saco y ceniza; que traiga el cuerpo desaliñado, el espíritu abatido, y sumergido con el íntimo dolor de las culpas, y con fervorosos deseos de expiarlas, repasando su memoria con amargura y sentimiento, reduciéndose al sustento de pan y agua pura para poder mantener al alma; dando vigor a las oraciones con el ayuno, pide que se gima, se llore y se clame a Dios de ´dia y de noche: que nos postremos a los pies de los presbíteros, y doblemos nuestras rodillas ante los altares del Señor; que roguemos a todos nuestros hermanos que intercedan por nosotros al Señor. (Tertuliano, ídem, c. 9, sent. 6, Tric. ídem, p. 196.)"

"Hablando con ironía de los que quieren hacer penitencia sin dejar los placeres, dice: Aumentad vuestra dispensa, buscad las más exquisitas viandas, y los excelentes vinos; y cuando os pregunten por qué os entregáis así a los placeres de la vida, responded: Yo he ofendido a Dios: estoy expuesto a perderme para siempre: ved aquí por qué me aflijo y mortifico mi cuerpo, para procurar por todos los medios posibles reconciliarme con Dios,a quien he ofendido con mis culpas. (Tertuliano, ídem, sent. 7, c. 11, Tric. T. 1, p. 196 y 197.)"

"Tengo por atrevimiento el disputar de la bondad del precepto divino: pues no sólo debemos escucharle porque es bueno, sino porque es precepto de Dios. En el rendimiento del obsequio, primero es la majestad del Emperador, que la utilidad del que le sirve. (Tertuliano, lib. de Penitencia, sent. 5, adic., Tric. T. 1, p. 360.)"

"Porfiadísimo enemigo es aquel: nunca descansa en su malicia, antes bien, entonces procede con mayor crueldad, cuando conoce que el hombre enteramente se ha librado: entonces se enciende más cuando se apaga. (Tertuliano, ídem, sent. 6, adic., Tric. ídem. ídem.)"

"En esta segunda penitencia, cuanto es un punto más estrecho,

tanto más fuerte es la prueba: para que no solamente se mire a la conciencia, sino que se manifieste la penitencia en algún acto: este acto se llama exomologesis, en la cual confesamos el delito a Dios, no como a quien lo ignora, sino como que la satisfacción se dispone con la confesión, y con al confesión y penitencia se aplaca a Dios. (Tertuliano, ídem, sent. 7, adic., Tric. ídem, ídem.)"

"Si quieres volver atrás y retractarte de la exomologesis, –esto es penosa satisfacción– considera en tu corazón el fuego del infierno, y que la exomologesis es lo que le apaga: imagina primero lo grande de la pena, para que no dudes aceptar el remedio. (Tertuliano, ídem, sent. 8, adic., Tric. ídem. p. 361.)"

"Entendemos que la mortificación, los trabajos y castigos que Dios envía, son convenientes al que sufre: y que los nombres de furor y de ira que se atribuyen al Señor, significan los medios de que usa para instruir y reprender: por lo que decía David: No me reconvengas, Señor, en tu furor, ni me reprendas en tu ira. (Orígenes, Comment. in Exod., sent. 3, Tric. T. 1, p. 247.)"

"¡Qué vergonzoso es en un cristiano, siendo él un siervo, huir del trabajo y no querer padecer por sus pecados, habiendo padecido Jesucristo por los nuestros, siendo el Señor! Si el Hijo de Dios padeció por hacernos a nosotros también hijos, ¿cómo los hombres rehusan el padecer por conservar la calidad de hijos de Dios, y semejantes a Jesucristo? (S. Cipriano, carta 56 a Cornelio, sent. 6, Tric. T. 1, p. 296.)"

"Volved a mí todo vuestro corazón, juntamente con ayunos, llantos y suspiros.. ¿Pensaremos, acaso, que se lamenta de todo corazón y que con ayunos, llantos y suspiros ruega al Señor aquel que desde el primer día de su delito, sustentándose con abundantes manjares no comunica su alimento y su bebida con la necesidad de los pobres? El que anda alegre y contento, ¿es qué se conoce que llora su muerte? ¿Procura agradar a alguno el que desagrada a Dios? ¿Acaso gimen y se lamenta la que se ocupa en vestirse con el adorno de preciosas vestiduras, y no piensa en que ha perdido la estola de Jesucristo; en recibir costosos trajes, y no en llorar los daños de la divina túnica del Bautismo? (S. Cipriano, lib. de Lapsis, sent. 12, adic., Tric. T. 1, p. 382.)"

"¡Ah, miserable, has perdido tu alma, has empezado a sobrevivir a tu mente espiritual, y a llevar andando en este mundo tu mismo sepulcro, y no lloras amargamente! ¡No te escondes y ocultas, o por la

vergüenza del delito, o por la continuación de los lamentos! Ve aquí las peores heridas de los pecadores; ve aquí los mayores delitos. ¡Haber pecado, y no dar satisfacción! ¡Haber delinquido, y no llorar los delitos! (S. Cipriano, ibid., sent. 13, adic., Tric. T. 1, p. 382 y 383.)"

"Aun después que David supo que Dios le había perdonado su culpa, no por eso dejar de hacer penitencia. (S. Cirilo de Jerusalén, Cath. 2, sent. 1, Tric. T. 2, p. 336.)"

"Si hoy hacéis penitencia de vuestros pecados, guardaos de perder vuestra alma, pasando el día siguiente en los bailes. No seáis pródigos, hermanos míos, del tiempo destinado a vuestra salud, empleándolos en diversiones y juegos; o por mejor decir, en ser vosotros el juguete de la vanidad. (S. Efrén, Encom., in Psalm., sent. 4, Tric. T. 3, p. 78.)"

"No tanto considera Dios la acción como la disposición de la voluntad; atiende menos a lo que se hace, que a la atención y afecto con que se ejecuta. (S. Efrén, de Poenit., sent. 25, Tric. T. 3, p. 81.)"

"No les basta a los penitentes, para salvarse, separarse de sus pecados, además de esto, que lleven frutos dignos de penitencia. (S. Basilio, sent. 36, Tric. T. 3, p. 197.)"

"Pues hemos pecado con nuestro cuerpo cuando entregamos a la iniquidad nuestros miembros para servir al pecado. Confesemos también con el cuerpo, tomándole por instrumento para satisfacer por las culpas. Si maldijiste, bendice; si engañastes en algún trato al prójimo, restituye; te embriagaste, ayuna; si fuiste soberbio y arrogante, humíllate; tuviste envidia de alguno, ora por el. (S. Basilio, in Psalm. 32, sent. 3, adic., Tric. T. 3, p. 380.)"

"Demasiado hemos vivido para el mundo: vivamos para nosotros lo que resta. ¿Qué compensación será correspondiente al valor del alma? ¿Qué habrá que pueda compararse con el cielo? (S. Basilio, Exhort. ad Bapt., sent. 9, adic., Tric. T. 3, p. 381.)"

"Hay un segundo bautismo que es el de las lágrimas, mucho más aspero y laborioso que el primero: y aquel verdaderamente se lava, que riega todas las noches su lecho con lágrimas: aquel para quien solas las cicatrices de su pecado son de un deber intolerable; que va siempre llorando y abatido con la tristeza; que imita la conversión de Manasés y el arrepentimiento de los Ninivitas; que es explica con las palabras del Publicano en el templo, y que se postra en tierra implorando la divina misericordia, como la Cananca, pidiendo para su consuelo las migajas, esto es, el alimento del perro hambriento. (S. Greg. Nacianc., Orat. 39, sent. 47, Tric. T. 3, p. 360.)"

"No solamente es culpable haber sido malo, sino también haber estado por su voluntad cerca de serlo: porque el mal deseo casi paga la misma pena que la acción. (S. Greg. Nacianc., Orat. 2, sent. 3, adic., Tric. T. 3, p. 393.)"

"Bien se puede abreviar el tiempo de la penitencia y dar antes la comunión, según las pruebas que se hagan del pecador a quien se haya aplicado este remedio. Porque así como nos está prohibido arrojar las perlas a los cerdos, así tampoco sería justo y razonable privar de esta preciosa perla al que apartándose del vicio y de toda impureza, dejó ya de ser un animal inmundo. El adulterio y las demás especies de impurezas, estarán sujetos a las mismas penas que la fornicación, a no ser que se doble el tiempo de la penitencia por esta especie de culpas. (S. Greg. de Nisa, Orat. 5, sent. 17, Tric. T. 4, p. 115 y 116.)"

"De palabra prometemos muy bien hacer penitencia; pero en nuestras acciones no manifestamos ejercicio alguno penoso y laborioso; vivimos del mismo modo que antes, siguiendo nuestra costumbre: manifestamos la misma alegría que antes; nuestro traje es el mismo; nuestra mesa es tan espléndida como antes; dormimos sin cuidado alguno cuanto nos place; las ocupaciones y negocios se alcanzan unos a otros, y hacen que se olvide el alma de su salud: de suerte, que sólo tenemos el nombre de penitentes, sin producir fruto alguno. (S. Greg. de Nisa, sent. 20, Tric. T. 4, p. 116 y 117.)"

"Pecó David, como suelen los reyes; pero hizo penitencia; lloró y gimió, lo que los monarcas no suelen practicar. Confesó su pecado y pidió perdón; se postró llorando su pecado, ayunó, oró, hizo que pasasen a todos los futuros siglos los públicos testimonios de su confesión y su dolor. (S. Ambrosio, Apolog. David, c. 4, sent. 30, Tric. T. 4, p. 319.)"

"Negó San Pedro a Jesucristo, mas todavía no llora, porque no le había mirado el Salvador. Le negó segunda vez: todavía no llora, porque aún no le había mirado Jesucristo. Por último, le negó tercera vez, y mirándole Jesucristo. Por último, le negó tercera vez, y mirándole Jesucristo, inmediatamente lloró, y lloró amargamente. (S. Ambrosio, ibid., c. 6, sent. 31, Tric. T. 4, p. 319.)"

"El que hace penitencia, debe ofrecerse a la pena para que Dios le castigue aquí y no le reserve para los eternos suplicios: por lo cual, no debe diferir para otro tiempo el sufrir, sino apresurarse por prevenir el castigo y anticiparse a la indignación divina. (S. Ambrosio, in Psalm. 37, sent. 41, Tric. T. 4, p. 321.)"

"Aunque el Señor tenga voluntad de perdonarnos, quiere, no obstante, que le roguemos. (S. Ambrosio, ibid., n. 15, sent. 42, Tric. T. 4, p. 322.)"

"Ninguno debe desconfiar de la misericordia de Dios; ninguno debe desesperar de su salvación con la vista de los pecados de la vida pasada: porque Dios sabrá mudar la sentencia de vuestra condenación, si vosotros sabéis corregir la iniquidad de vuestra vida. (S. Ambrosio, lib. 2, in c. I Luc., sent. 77, Tric. T. 4, p. 329.)"

"¿Cuál es el remedio de la penitencia y de qué se compone? Lo primero, de la confesión y detestación de los pecados; lo segundo, de una grande humildad para llorarlos y llevar frutos dignos de penitencia, de modo que no vuelva el pecador a los mismos delitos; lo tercero, de una grande profusión de limosnas, en cuando se pueda, para empezar a rescatarse de la muerte, según aquellas palabras de la Escritura: Las riquezas sirven para el rescate del alma; por último, de una grande mansedumbre para no enojarse con nadie, no volver mal por mal, y perdonar a todos los que nos ofendan, según aquel precepto de la misma verdad: Perdonad, y seréis perdonados. (S. Ambrosio, in Epist., ad Hebr., c. 6, sent. 104, Tric. T. 4, p. 334.)"

"Muchas veces pide el acreedor el dinero prestado, cuando el deudor no se lo puede volver: mas Dios sólo os pide el afecto que siempre está en vuestro poder el que debe a Dios, nunca es tan pobre, que no pueda pagar, si él no se empobrece a sí mismo: pues aunque no tenga que vender, siempre halla en sí con que pagar: las oraciones, las lágrimas y los ayunos, son la moneda que sirve al buen deudor para con este acreedor divino: lo cual es muchísimo mejor que si tomara dinero de sus bienes y heredades para presentarle a Dios, sino añadía el precio de su fe. (S. Ambrosio, de Poenit., lib. 2, c. 8, sent. 112, Tric. T. 4, p. 336.)"

"Hay algunos que sólo piden la penitencia para que se les conceda inmediatamente el uso de la comunión. Estos, no tanto pretenden ser desatados, cuando enlazar al Sacerdote, pues en esto no descargan su conciencia y cargan la del presbítero a quien manda Dios no dar el santo a los perros. (S. Ambrosio, ibid., c. 9, sent. 113, Tric. ibid., p. 337.)"

"Algunos creen que la penitencia consiste simplemente en abstenerse de comulgar. Estos ejercen contra sí mismo un juicio severísimo: pues cuando se condenan a esta pena, se privan al mismo tiempo del remedio de sus males, siendo así, que sola la pena de verse priva-

dos, separados de esta gracia celestial, debiera causar en ellos el más sensible dolor. (S. Ambrosio, ibid., ibid., sent. 114, Tric. ibic., ibid.)"

"Más personas he hallado que hayan vivido en la inocencia del bautismo, que de las que han hecho verdadera penitencia después de haberla perdido. (S. Ambrosio, ibid., c. 10, sent. 115, Tric. ibid., ibid.)"

"Para curara una llaga profunda, se necesita un largo y poderoso remedio, y el delito grande tiene necesidad de una grande satisfacción para ser expiado. (S. Ambrosio, ad Virg., laps, c. 8, sent. 139, Tric. T. 4, p. 312.)"

"No pecar nada, es propio de solo Dios: enmendar el yerro, y hacer penitencia de la culpa, es propio del sabio... Pero rara es la clara confesión del pecado, y rara es la penitencia; porque repugna por una parte la naturaleza y por otra la vergüenza. (S. Ambrosio, in Lev., c. 11, sent. 10, adlic., Tric. T. 4, p. 399.)"

"Es tan grande el remedio de la penitencia, que parece que mide Dios su sentencia. En tu mano está salir bien: quiere Dios que le pidan, que esperen en el, que le supliquen: eres tú hombre y quieres que te rueguen que perdones: ¿y piensas que Dios te ha de perdonar sin que ores? (s. Ambrosio, de Poenit., lib. 2, c. 6, sent. 44, adic., Tric. T. 4, p. 406.)"

"Cuando os convirtáis a Dios y gimáis en su presencia os salvaréis y conoceréis entonces el estado en que os hallábais: porque no podremos conocer bien el miserable estado de nuestros males hasta después de haber recobrado la salud. (S. Jerón., ad Rust., Ep. 125, sent. 34, Tric. T. 5, p. 244.)"

"La verdadera penitencia consiste en llorar los pecados cometidos, y en volver a llorar los que se han cometido. (S. Jerón., in Psalm. 118, sent. 114, Tric. T. 5, p. 259.)"

"Cinco medios hay para expiar sus culpas: el 1.º, es la detestación de los pecados; el 2.º, el perdón de las ofensas; el 3.º, la oración; el 4.º, la limosna; el 5.º, la humildad. No os debilitéis con la ociosidad y la pereza; adelantad todos los días en los caminos propuestos, porque no son muy difíciles, no os podéis excusar con la pobreza de no reprimir la ira, de no abrazar la humildad, de no orar con frecuencia y de no detestar los pecados. (S. Juan Crisóst., Homl. 4, de bapt. Christ., sent. 23, Tric. T. 6, p. 301.)"

"¿Os parece que lo que Dios pide de nosotros es una cosa de grande molestia y pena? Lo que nos pide es la contrición del corazón,

la compunción del alma, la confesión de los pecados, y una continua vigilancia sobre nosotros mismos. De este modo no solamente cura nuestras heridas, sino que convierte en justos a los que antes estaban cargados de culpas. Considerad bien cuánta debe ser para esto la grandeza de su misericordia, y el exceso de su divina bondad. (S. Juan Crisóstomo, Homl. 20, ibid., sent. 94, Tric. T. 6, p. 317.)"

"Compungíos en vuestro lecho de lo que habéis pensado en vuestro corazón. Si durante el día no habéis tenido lugar de pensar en vosotros mismos, si vuestros negocios, si las visitas de vuestros amigos, y otras mil ocupaciones os lo han impedido, sea para vosotros la cama un puerto tranquilo, en donde recogidos, os digáis: Alma mía, ya este día se ha pasado: veamos el bien o el mal que has hecho. si en vuestro examen reconociéseis que habéis hecho algún bien, dad gracias a Dios; si por el contrario, hubiéseis cometido algún mal, formad propósito de no volver a el; si la memoria de vuestros pecados os hace derramar lágrimas, este es el medio de borrar vuestros pecados antes de dejar la cama. Suplicad, pues, al Señor antes de entregaros al sueño, y pedidle su misericordia para que os deje descansar. (S. Juan Crisóst., in Psalm. 50, sent. 130, Tric. T. 6, p. 324.)"

"Mayor mal es no procurar satisfacer a Dios después de haberle ofendido, que el ofenderle. (S. Juan Crisóstomo, in Psalm. 109, sent. 133, Tric. T. 6, p. 124.)"

"El que no quisiere experimentar la bondad de Dios confensando sus culpas, experimentará su justicia por haberlas callado: solamente el rigor del Juez severo podrá castigar la tenacidad de aquel que pudo borrar sus pecados en la confesión y penitencia. (S. Juan Crisósto., ibid., sent. 134, Tric. ibid., ibid.)"

"Tenemos necesidad de grande penitencia, de inexpugnable constancia, de oración frecuente y de una larga perseverancia para conseguir los bienes que Dios nos tiene prometidos. Digámosle, pues, muchas veces: Señor, favoreced a este pobre pecador; pero cuanto explicamos estos sentimientos con nuestras palabras, debemos estar penetrados de este deseo en lo interior de nuestro corazón. (S. Juan Crisóst., Homl. 17, ad Hebr., sent. 150, Tric. T. 6, p. 328.)"

"En los tribunales de la justicia humana, siempre se sigue la muerte después de la acusación y confesión de los delitos: pero en el Tribunal del Supremo Juez, a la confesión y acusación de los pecados sigue la recompensa. (S. Juan Crisóst., Homl. 3, in Isaiam, sent. 159, Tric. T. 6, p. 330.)"

"Señor, si examináis las iniquidades, ¿quién podrá sufrir vuestro juicio? Cuando David hablaba de este modo, conocía muy bien que delante de Dios somos reos de una infinidad de pecados, y que los que parecen más leves, y tal vez no los vemos, se nos representarían algún día en el juicio para ser castigados con mucho rigor. (S. Juan Crisóst., lib. 2, c. 5, sent. 170, Tric. T. 6, p. 333.)"

"Es muy bueno traer a la memoria los pecados pasados, aun aquellos que Dios nos ha perdonado; esto mismo debe movernos a amarle más, a confundirnos de haberle ofendido tanto, y a concebir más vivos sentimientos de compunción: considerando que si su misericordia no nos hubiese socorrido, el enorme peso de tantas culpas nos hubiera abismado en lo profundo del abismo. (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 171, Tric. ibid., ibid.)"

"No juzga Dios de la penitencia por lo largo del tiempo, sino por el afecto del corazón. Los Ninivitas no necesitaron largo espacio de tiempo para conseguir el perdón de sus pecados, y el buen ladrón, casi en un instante, mereció la entrada en el paraíso. (S. Juan Crisóst., ad Theod., lapsis, sent. 179, Tric. T. 6, p. 335.)"

"Lo que muchos hacen con trabajo en sus ayunos, gemidos, oraciones, saco y ceniza, y todas las demás austeridades de la penitencia para borrar sus culpas, lo podemos ejecutar nosotros sin tanta pena, si queremos esforzarnos a reprimir la ira y a perdonar de corazón las injurias. (S. Juan Crisóst., Serm. in illud si esurierit inimicus, n. 3, sent. 205, Tric. T. 6, p. 341.)"

"El verdadero baño del alma, son los arroyos de lágrimas, los gemidos que salen de lo íntimo del corazón, la compunción continua, las oraciones frecuentes, las limosnas abundantes, llorar el pecado y condenar la vida pasada: de este modo se lava y purifica la iniquidad de las culpas y se borran las manchas del alma. (S. Juan Crisóst., Serm. 19, de libello repuddii, n. 4, sent. 210, Tric. t. 6, p. 342.)"

"Se debe arreglar la penitencia, no solamente según la naturaleza de los delitos, sino también según la disposición del corazón de los pecadores, como vemos que lo hizo San Pablo con el incestuoso de Corinto, cuya flaqueza advirtió, según aquellas palabras: porque no le oprima el exceso de la tristeza. (S. Juan Crisóst., Homl. 1 ad Corint., sent. 328, Tric. T. 6, p. 371.)"

"Habiendo visto Dios que todos los habitantes de Nínive se habían convertido de su mala vida, se arrepintió de los males que había dicho que les haría. No dice el Profeta, que habiendo visto Dios que

había ayunado, y que estaban cubiertos de cilicio y ceniza; no lo digo para arruinar el ayuno, ni Dios lo ermita, sino solamente para exhortaros a que hagáis alguna cosa más excelente, eso es, a abstenerse de toda suerte de vicios. (S. Juan Crisóst., Homl. ibid., sent. 329, Tric. ibid. ibid.)"

"Cuando habéis pecado, llorar, no sólo por la apresión de las penas que merecéis, porque esto aún es poco, sino porque habéis ofendido a vuestro Señor, que es tan bueno, que os ama tan tiernamente, que desea vuestra salvación, que dio a su propio Hijo por libraros de la muerte. Por estos motivos, debéis verdaderamente gemir y gemir sin cesar: porque la verdadera confesión de nuestras faltas no se conforma con la disposición de estar hoy alegre y mañana triste y al día siguiente volver a las alegrías: es necesario permanecer constante en la contrición del corazón. (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 330, Tric. ibid., p. 372.)"

"Examinad todos los remedios que pueden servir para curar vuestras llagas, y empleadlos todos sin tardanza: estos son la humildad, la confesión de los pecados, el perdón de las injurias, la acción de gracias en las adversidades, la misericordia para asistir al prójimo, así con el dinero, como con los buenos oficios: por último, la fervorosa oración. (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 331, Tric. ibid., ibid.)"

"Hay más conversiones falsas que verdaderas. (S. Agust., Psalm. 39, sent. 53, Tric. T. 7, p. 349.)"

"En la muerte será inútil la penitencia, porque llegará tarde. ¿Queréis que os aproveche? No esperéis a hacerla tan tarde. (S. Agust., Psalm. 52, sent. 70, Tric. T. 7, p. 461.)"

"La penitencia de esta vida es un dolor saludable que nos sana; y la penitencia de la otra es un dolor penal que sólo sirve de tormento. (S. Agust., Psalm. 57, sent. 82, Tric. T. 7, p. 462.)"

"El verdadero penitente sólo pretende en este mundo la misericordia de Dios. (S. Agust., Psalm. 61, sent. 93, Tric. T. 7, p. 463.)"

"La contrición del corazón es la piedad y la humildad: el que tiene el corazón contrito, se irrita contra sí mismo para que Dios le sea favorable; él se hace su propio juez, para que Dios sea su defensor. (S. Agust., Psalm. 74, sent. 120, Tric. T. 7, p. 465.)"

"La penitencia causa tormento; la justicia produce más tranquilidad; y la vida eterna glorifica. (S. Agust., Psalm. 150, sent. 180, Tric. T. 7, p. 470.)"

"Los pecados cometidos después del bautismo no se verán del

mismo modo que los que antes se habían cometido: de los primeros se consigue el perdón con sola la virtud del bautismo, pero los otros solamente se perdonan con muchas lágrimas, llantos, gemidos, ayunos, oraciones y trabajos proporcionados a la gravedad del pecado cometido. En cuanto a los que no se hallan en esta disposición, así como no se debe desesperar de su salud, así tampoco se les debe conceder fácilmente los santos misterios para no dar las cosas santas a los perros, ni arrojar a los cerdos las perlas. (Teodoreto, Hist., Her. Act. 28, sent. 5, Tric. T. 8, p. 262 y 263.)"

"Es saludable observancia aprobada por uno y otro testamento, procurar la divina misericordia con la mortificación del cuerpo y del espíritu: pues nada mueve a Dios con mayor eficacia, que el hombre que se juzga a sí mismo y continuamente se humilla pidiendo perdón, sabiendo que nunca está sin culpa. (S. León, Papa, Sermr. 90, c. 1, sent. 68, Tric. T. 8, p. 399.)"

"Por la experiencia habéis aprendido la utilidad de la mortificación para purificar a los hombres interior y exteriormente. El que se abstiene de lo lícito, resiste con más facilidad a lo que no es permitido. La verdadera abstinencia, hermanos míos, no consiste en sola la mortificación del cuerpo, ni en cercenar el alimento. La perfección de esta virtud consiste principalmente en la pureza del alma, que no solamente pisa la concupiscencia de la carne, sino que también desprecia las vanidades de la sabiduría mundana. (S. León, Papa, Serm., 51, c. 1, p. 355, sent. 72, Tric. T. 8, p. 301.)"

"Rendimiendo el tiempo, porque los días son malos. Redimimos el tiempo cuando reparamos con las lágrimas de la penitencia la vida pasada que hemos perdido en los extravios y desórdenes. (S. Greg. el Grande, lib. 5, c. 39, p. 172, sent. 14, Tric. T. 9, p. 234.)"

"El pecador que con llanto se convierte, ya empieza a ser justo: pues da principio a la acusación de lo que hizo. ¿Cómo no ha de ser justo el que por medio de sus lágrimas está castigando en sí mismo la injusticia? Nuestro Abogado que es justo, nos defenderá en el juicio como justos, porque nosotros nos conocemos y acusamos como injustos. No confiemos, pues, en nuestras acciones, sino en lo que alegrará nuestro Abogado. (S. Greg. el Grande, Homl. 7, sent. 23, adic., Tric. T. 9, p. 386 y 387.)"

"¿Por qué, pecador, es tu vida tan odiosa a tus mismos ojos? ¿Qué buscas, hombre sin fe, que sea más precioso que tu alma? Date prisa a llegar a las fuentes de la salud, antes que se cierre para ti sin recurso

la puerta de la misericordia. La penitencia te abre un asilo seguro; determínate a alegrar a los espíritus celestiales que hacen fiesta en la conversión del pecador; sólo espera el Médico que te ha de sanar, ver correr las lágrimas. Llega sin miedo, descubre la llaga de tu alma, ofrece tu llanto en sacrificio para que esas lágrimas preciosas sirvan para curarte. La penitencia te abre las puertas de la salud, apresúrate por entrar antes que te las cierren. (S. Anselmo, Exhort. ad contemptum temporalium, sent. 3, Tric. T. 9, p. 338.)"

"Derrama en esta vida lágrimas para no verterlas inútilmente en la otra. Aquí reina la misericordia, allá la justicia; aquí la sensualidad, allá los tormentos sin fin; aquí la loca alegría, allá las lágrimas sin consuelo; aquí los cánticos de regocijo, allá el eterno fuego; aquí los cánticos de regocijo; allá las moderduras de las serpientes; aquí la pompa y la soberbia, allá una vergüenza insoportable y una amarga confusión. Humíllate, pues, en este valle de miserias, para que no te condenes a ser arrojado en las tinieblas exteriores: no pongas tu felicidad en los placeres momentáneos del mundo, no sea que en la eternidad te toque una desolación que para siempre te abrume. (S. Anselmo, ibid., sent. 4, Tric. T. 9, p. 339.)"

"Entre tanto que resplandece la gracia y te concede tiempo para hacer penitencia, date prisa a robar el cielo con el fervor y con la frecuencia de las más humildes súplicas; ama con todo tu corazón a Dios, así como El te ha amado; teme el día en que has de dar la cuenta y sufrir el rigor de su juicio. Renuncia por amor del Salvador todas las cosas, y hazte, por decirlo así, extraño a ti mismo. Vela todos los instantes sobre las acciones de tu vida con la más sincera y santa exactitud; aléjate del comercio de este siglo impuro para merecer la herencia del reino de Dios. (S. Anselmo, ibid., sent. 5, Tric. ibid., ibid.)"

"Llevad sin cesar en la frente la confusión que debe imprimir en ella la memoria de vuestros pecados. La triste memoria de vuestras iniquidades os tenga siempre avergonzados en la presencia de Dios, y esta saludable vergüenza os haga temer y teneros por indignos de levantar los ojos al cielo. Caminad con rostro humillado, con los ojos en tierra, con un porte modesto, y con un aire triste y afligido, con un modo que de a entender el dolor de un corazón contrito, con vestido sencillo y no afectado, o que esté denotando el lujo de vuestras almas; revestíos de saco y de ceniza; llevad sobre la carne el cilicio, siempre prontos a llorar, a confundiros, a gemir y suspirar; fomentad en el

fondo de vuestros corazones el espíritu de la santa compunción: salgan frecuentes de vuestros pechos los sollozos: no tengáis otro placer que la aflicción, los gemidos y las lágrimas de un corazón contrito y humillado. (S. Anselmo, ibid., sent. 11, Tric. T. 9, p. 341.)"

"Vos, Señor, me habéis amado, y os entregásteis por mí. Estén siempre mis intenciones con Vos en el cielo, y vuestra protección y gracia estén siempre conmigo en la tierra. Vos que me amásteis cuando yo os despreciaba, socorredme ahora que me abraso en el deseo de ser vuestro, y de no amar sino a Vos. Daos a un corazón que os busca, pues os disteis a quien no os conocía. Recibid a un pecador que vuelve a Vos, pues le redujísteis cuando iba huyendo de Vos. Yo os amo para que améis, o por mejor decir, porque me amáis. Ameos yo, para que todavía me améis más. Haced que mis pensamientos, mis intenciones, deseos y afectos, me tengan siempre unido con Vos en la unidad, y en el secreto de mi interior, y que todos se dirijan a aquella feliz habitación en donde nuestra naturaleza, de la que por un exceso de misericordia os revestísteis, reina ya en el colmo de la gloria y en el centro de la felicidad. Viva yo inseparablemente unido con Vos; no me canse jamás de adoraros ni de serviros, sino que persevere hasta el fin, os busque con fidelidad, logre la dicha de hallaros en el lugar de la suprema bienaventuranza., y os posea por toda la eternidad. (S. Anselmo, 1 Meditat., sent. 41, Tric. T. 9, p. 350.)"

"Es poco haber podado una vez: es preciso podar muchas veces, o siempre, por mejor decir, porque los vicios a cada instante retoñan. (S. Bern., Serm. 57, in Cant., n. 10, sent. 26, Tric. T. 9, p. 323.)"

"Lo que hace la buena conciencia, es hacer penitencia de los pecados y abstenerse de cometerlos. (S. Bern., Tract. de Offic., c. 2, sent. 45, Tric. T. 10, p. 325.)"

"La señal de la verdadera compunción, es quitar la ocasión. (S. Bern., Serm., 1, sent. 102, Tric. T. 10, p. 328.)"

"El orden más bello y saludable consiste en que lleves tú primero la carga que a otros impones. (S. Bern., Epist. 221, n. 3, sent. 115, Tric. T. 10, p. 329.)"

"La religiosa tristeza o está llorando los pecados ajenos, o los propios. (S. Bern., Serm. de S.eta Magdal. n. 1, sent. 154, Tric. T. 10, p. 331.)"

"Extramada locura es que seamos tan descarados para las torpezas, y que nos de rubor la penitencia, siendo tan precipitados a recibir las heridas, y muy vergonzosos para aplicar los remedios. (S. Bern., Serm. in Circunc., sent. 156, Tric. T. 10, p. 331.)"

Perdonar las injurias.– "Si me creéis olvidaréis las injurias y afrentas que os haga vuestro prójimo. Ya veis que distintos nombre tendréis el uno y el otro: a el le llamarán colérico y violento, y a nosotros mansos y pacíficos. El se arrepentirá algún día de su violencia, y vosotros no os arrepentiréis de vuestra mansedumbre. (S. Basilio, Homl. de ira, sent. 18, Tric. T. 3, p. 193 y 194.)"

"Por grande que sea el bien que recibimos de nuestros amigos, ¿podrá compararse con el que nos hacen nuestros enemigos? Cuando por éstos conseguimos aquella felicidad que hace decir al Salvador en el Evangelio: Vosotros sois bienaventurados; cuando los hombres os persiguieren y dijeren todo mal contra vosotros, entonces alegraos y saldat de gozo, porque vuestra recompensa será muy abundante en el cielo. (S. Basilio, interrog. 176, sent. 70, Tric. T. 3, p. 202.)"

"¿En qué país ni en qué pueblos se ha mandado jamás bendecir a los que nos maldicen, orar por los que nos injurian, no airarse por la acusación de su delito, (aunque debe cada uno avergonzarse de haberlo cometido)? ¿No resistir a los que nos persiguen, abandonar nuestra hacienda al que nos quita la capa; y para decirlo en una palabra, vencer la violencia con la mansedumbre y procurar corregir con la paciencia a los que nos han hecho alguna injuria? (S. Greg. Naciac., Orat. 3, sent. 11, Tric. t. 3, p. 353.)"

"Entre los cristianos no es miserable el que padece la injuria, sino el que la hace. (s. Jerón., ad Macum., Ep. 17, sent. 53, Tric. T. 5, p. 247.)"

"No respondamos a los que dicen mal de nosotros: hablemos solamente con el Señor en el silencio de la humildad, y con la voz de la paciencia; y el Salvador, que es invencible, peleará por nosotros. (S. Paulino, Epist. 38, ad Apr., sent. 16, Tric. T. 5, p. 332.)"

"Cuando alguno os dice una injuria si despreciáis la ofensa, se podrá decir con verdad que no la habéis recibido. (S. Juan Crisósto., Homl. 2, sent. 7, Tric. T. 6, p. 301.)"

"¿Hay cosa más favorable ni más dulce que el precepto de la reconciliación? A nosotros mismos hace Dios jueces de la remisión de nuestros pecados. Si nosotros perdonamos poco, poco nos perdonará Dios: si perdonamos mucho, mucho nos perdonará Dios: si enteramente perdonamos de lo íntimo de nuestro corazón, del mismo modo nos perdonará Dios. (S. Juan Crisóst., Homl. 22, sent. 20, Tric. T. 6, p. 303 y 304.)"

"Hay algunos que borran sus pecados velando en oración, dur-

miendo sobre la dura tierra y macerando su carne con maceraciones continuas: pero os abro un camino más fácil para conseguir este bien, y es no tener odio ni rencor contra ninguno. (S. Juan Crisóst., Homl. 39, Joann., sent. 81, Tric. T. 6, p. 314.)"

"Imitemos a Nuestro Señor: perdonemos las ofensas que sólo son contra nosotros; mas cuando ultrajan a Dios, entonces debemos vengarlas. (S. Juan Crisóst., Homl. 26, sent. 96, Tric. t. 6,m p. 319.)"

"¿Ha dicho alguno mal de ti? corrígete si te sientes culpado en lo que te acusa; si no, desprecia el dicho, y no tomes cuidado, o por mejor decir, alégrate, según la palabra de Dios: Porque han hablado mal de ti: porque el premio será grande en el cielo. (S. Juan Crisósto., Homl. 3, de Anna, sent. 117, Tric. T. 6, p. 321.)"

"Si a vista del enemigo os vienen a la memoria todas las injurias que os ha dicho o ha hecho, haced esfuerzos por olvidarlas; y si no las podéis arrojar de vuestra imaginación, echad la culpa al demonio y representaos las menores intenciones con que en otro tiempo os trataba. Si tenéis intención de reprenderle, sosegad antes los movimientos de la ira; porque entretanto que nos anima esta pasión, nada podremos decir, ni sufriremos que nos digan cosa alguna honesta y razonable. (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 118, Tric. ibid., ibid.)"

"Dad a conocer a vuestro enemigo: porque es imposible que la persona que hace el bien y la que le recibe, permanezcan enemigos. (S. Juan Crisóst., Homl. 50, c. 25, sent. 280, Tric. T. 6, p. 358.)"

"Yo no me ofendo de las injurias ni de las afrentas; yo olvido gustoso las calumnias que algunos levantan contra mí, aunque no tengáis motivo para esperarlas: Dios será el juez de los que se ocupan para esperarlas: Dios será el juez de los que se ocupan en semejantes bajezas. Con tal que conserven la fe, yo seré su amigo y protector; pero si alguno le toca, ¿cómo será posible que yo no exponga mi vida? Aunque hubiera de sufrir la muerte, no tendría dificultad en padecerla, porque si no tenemos fortaleza para profesar la verdad por la gloria de Dios, solamente para librarnos de algunos sentimientos, ¿con qué cara nos atreveríamos a elogiar los santos Mártires en presencia del pueblo, siendo así que los alabamos porque combatieron hasta morir por la verdad? (S. Cirilo Alejand., Ep. 6, sent. 12, Tric. T. 8, p. 100.)"

"El amor a los enemigos no sólo es consejo, sino un precepto de que ninguno se puede dispensar: para que lo cumplamos con facilidad, bastará acordarse de que Dios nos ha perdonado nuestras culpas,

siendo incomparablemente mayores que las ofensas que nos hayan hecho los hombres. (S. Cesáreo de Arlés, Serm., 74, sent. 15, Tric. T. 9, p. 46.)"

"Si en alguna cosa habéis contristado a vuestro hermano, manifestadle arrepentimiento; si le habéis ofendido, reconciliaos con él, pretendiendo su amistad: pedid prontamente perdón de la culpa con que le ofendísteis, y reparadla cuanto antes con pronta benevolencia; arrancadle el perdón con un humilde reconocimiento sobre lo que le pudo irritar; hacedle afectuosos instancias, y manifestadle las más justas sumisiones para sacarle del corazón la saeta que le ha herido. (S. Anselmo, Exhort., ad contemptum temporalium, sent. 17, Tric. T. 9, p. 343.)"

"Conoced gustoso el perdón a quien le pide; abrazad prontamente al hermano que vuelve a vosotros; recibid con caritativa ternura las señales de su arrepentimiento y el deseo de volver a vuestra amistad; perdonad para que Dios os perdone; haced gracia para hallar gracia. Si negáis el perdón, Dios os le negará, y si el que os ofende no da paso alguno, si no quiere abatirse a pediros perdón, si no tiene suficiente humildad para suplicaros, olvidaos de su culpa; o si su ceguedad no le deja reconocerse, perdonadle de lo íntimo del corazón; remitidle generosamente y sin ficción la deuda; perdonadle gratuitamente, y concededle el mismo perdón que desprecia o que no quiere pedir. (S. Anselmo, ibid., sent. 18, ibid., ibid.)"

Pobres.– "No despreciéis a esos pobres que véis echados en el suelo: considerad lo que son, y conoceréis su dignidad. Esos están representando la persona de nuestro Salvador. (S. Greg. de Nisa, de pro amand., sent. 22, Tric. T. 4, p. 117.)"

"Los pobres son como los dispensadores de los bienes que esperamos, con los porteros del reino de los cielos para abrir la entrada a los misericordiosos, y cerrarla a los desapiadados. Son los pobres vehementísimos acusadores, pero intercesores muy poderosos y favorables. (S. Greb. de Nisa, ibid., sent. 23, ibid., ibid.)"

"Usad de vuestros bienes, no pretendo impediros su uso; pero cuidado con abusar de ellos. (S. Gregorio de Nisa, ibid., sent. 24, ibid., ibid.)"

"Es un delito igual, con corta diferencia, el de no prestar al pobre, o el de prestarle con usura: porque si lo uno es inhumanidad, lo otro es una ganancia sórdida e ilegítima. (S. Greg. de Nisa, sent. 25, ibid., ibid.)"

"El que pudiendo no socorre al prójimo cuando le han hecho alguna injuria, no es menos culpable que el mismo que le injurió. (S. Ambrosio, de Doctrina fidei, c. 36, sent. 129, Tric. T. 4, p. 340.)"

"Aquel es verdaderamente rico que es heredero de Dios y coheredero de Jesucristo. No despreciéis al pobre, porque éste es el que te hace rico. (S. Ambrosio, Epist. 82, sent. 167, Tric. T. 4, p. 348.)"

"Bastante rico es el que es pobre con Jesucristo. (S. Jerón., Epist. ad Heliot. 14, sent. 1, Tric. T. 5, p. 239.)"

"Aquel pobre que despreciamos o miramos con desdén, cuya vista solo nos mortifica el corazón, es no obstante, semejante a nosotros, formado de la misma tierra, compuesto de los mismos elementos, y todos estamos sujetos a las mismas enfermedades que él: por el cual debemos mirar sus males como si fueran nuestros; y de este modo, toda la dureza que sentimos para con nuestro prójimo, se ablandará con la compasión que sentiremos en nosotros mismos, considerando su miseria. (S. Jerón., Epist. 69, ad Occan., sent. 29, Tric. T. 5, p. 243.)"

"Toda la perfección de los hombres consiste en reconocer que son imperfectos. (S. Jerón., c. 133, sent. 52, Tric. T. 5, p. 247.)"

"Bienaventurados los pobres. Para que no se creyese que hablaba el Señor de la pobreza que sufrimos por necesidad, añade después: de espíritu; para que de este modo se advirtiese que intentaba hablar de la humildad, y no sólo de la escasez de los bienes de la tierra. (S. Jerón., lib. 1, in Matth., c. 5, sent. 89, Tric. T. 5, p. 254.)"

"La pobreza es una riqueza grande para los que saben sufrirla con paciencia y prudencia: es un tesoro que nadie les puede robar. (S. Juan Crisóst., Homl. 2, sent. 6, Tric. T. 6, p. 301.)"

"Oid esto todos los que sois pobres, o por mejor decir, los que quisiérais ser ricos: no es malo el no ser pobre, pero sí el no querer serlo. (S. Juan Crisót., Homl. 91, sent. 78, Tric. T. 6, p. 313.)"

"Muchas veces damos en rostro a los pobres con que son holgazanes. ¿Acaso os ha encargado Dios el cuidado de reprenderlos? ¿Os ha ordenado que le echéis en cara su ociosidad? El Señor solamente os ha mandado que remediéis su indigencia. (S. Juan Crisóst., Serm. in inscrip. Act. Apost. n. 5, sent. 202, Tric. T. 6, p. 340.)"

"En vuestro testamento poned a Jesucristo en el número de vuestros herederos. Vosotros no habéis procurado alimentarle durante la vida, dadle parte de vuestros bienes, a lo menos cuando estáis para dejarlos, y cuando váis a perder el uso y la disposición de ellos:

porque siendo infinitamente bueno, no será tan riguroso con vosotros. Mayor prueba de amor y más digna de premio hubiera sido alimentar a Jesucristo en sus pobres mientras os duraba la salud; pero si habéis faltado a esta obligación, ejecutadlo, a lo menos, en el deplorable estado, dejándole por coheredero de vuestros hijos. (S. Juan Crisósto., Homl. 15, c. 8, sent. 289, Tric. T. 6, p. 360.)"

"¿No es una cosa ridícula inquirir con curiosidad todo lo que pertenece a la miseria de un hombre para un bocado de pan que le habéis de dar? Aunque fuese un homicida o un ladrón, ¿le habréis de tener por indigno de un bocado de pan o de una moneda de poco valor para que no muera de hambre? No le niega vuestro Dios y Señor su sol, y ¿vosotros le habéis de negar el corto alimento que necesita para cada día para vivir? Pues yo os digo, que aun cuando supiérais que estaba manchado con los mayores delitos, no tendríais legítima excusa para negarle lo necesario a la vida. (S. Juan Crisóst., Homl. 21, sent. 291, Tric. T. 6, p. 361.)"

"¿En qué se diferencia el rico del pobre? Aquel no tiene otro cuerpo que cubrir, ni otro estómago que llenar. ¿En qué, pues, es más rico y más abundante sino en inquietudes y cuidados, en que disipa más bienes, y obedece menos a Dios; en que se corrompe más presto, según la carne, y se pierde más fácilmente su alma? Porque en esto propiamente exceden los ricos a los pobres. (S. Juan Crisóst., Homl. 40, sent. 320, Tric. T. 6, p. 369.)"

"No es pobre propiamente el que nada tiene, sino el que mucho desea; así como no es rico el que posee muchos bienes, sino el que nada necesita. (S. Juan Crisóst., Homl. 2, in c., 1, ad Philip., sent. 350, p. 376.)"

"Un hombre que tuviese grandes riquezas, si no se ensorbece con ellas, es verdaderamente pobre; y otro que no tuviera bienes, pero los desease con ansia, y fuese soberbio, es contado en la presencia de Dios entre los ricos reprobados. (S. Agust., Psalm. 48, sent. 63, Tric. T. 7, p. 460.)"

"Padecer pobreza es propio de todos los hombres, pero saberla sufrir es propio de hombres grandes: lo mismo sucede en la riqueza, ¿quién hay que no pueda lograrla? Pero saber ser ricos y vivir en santidad, solamente es concedido a aquellos cuyo corazón no se pervierte con la abundancia. (S. Agust., de bon. conf., c. 1, sent. 26, adic., Tric. T. 7, p. 486.)"

"Admirablemente ha dispuesto la divina Providencia, que en la

Iglesia haya pobres Santos, y ricos buenos para que recíprocamente se utilicen, de la misma diversidad cuando los que reciben dan gracias a Dios para esperar el eterno premio; y los que reparten, también dan gracias al Altísimo. (S. León, Papa, Serm. 89, c. 6, sent. 67m Tric. T. 8, p. 399.)"

"Hay pobres coléricos, soberbios, avaros y sensuales a quienes la pobreza de nada les sirve para el cielo; también hay ricos humildes y mansos, a quienes las riquezas no servirán de impedimento para su salvación, porque usan de ellas con desprendimiento de sus corazones. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. 92, sent. 18, Tric. T. 9, p. 47.)"

"Es pecado igual al sacrilegio el no dar a los pobres lo que es de los pobres. (S. Bern., Tract. ad Cler., n. 21, sent. 97, Tric. T. 10, p. 328.)"

"Carecer de méritos es verdadera pobreza; mas presumir de tenerlos, una falsa riqueza. (S. Bern., lib. 2, Serm. 68, in Cant., c. 6, sent. 103, Tric. T. 10, p. 328.)"

"Resplandece la Iglesia en las paredes, y padece frío en los pobres. (S. Bern., Apol. ad Guil., c. 11, sent. 140, Tric. T. 10, p. 330.)"

"Ignora el sano lo que le duele al enfermo, y el harto lo que padece el que está en ayunas. (S. Bern., Tract. de Grad. hum., n. 6, sent. 159, Tric. T. 10, p. 331.)"

Presencia de Dios.– "Conviene que en casa vivamos con pudor nuestros padres y criados: en los caminos por los que pasan, en la soledad por nosotros mismos, y en todas partes, por la presencia del Verbo que está en todo lugar, y sin él nada se hizo. Sola esta razón es suficiente para que el hombre nunca resbale al considerar que siempre está delante de Dios. (S. Clemente, Pedagogo, lib. 3, c. 5, sent. 2, alic., Tric. T. 1, p. 151.)"

"Si alguna confesión hay en la presencia de Dios, ya es martirio. Todas las almas que con el conocimiento de Dios procedieron con pureza y sinceridad, y obedecieron a los preceptos divinos ya son mártires con la vida y las palabras: de cualquier modo que se libren de su cuerpo, derramando su fe como la sangre por toda su vida hasta en la hora de la muerte. (Idem., Stromatum, lib. 4, sent. 10, Tric. T. 1, p. 152.)"

"El que se junta con Dios en todas las cosas, da a entender a un mismo tiempo gravedad y alegría: gravedad, porque se convierte a Dios; alegría, porque considera como que vienen de Dios los bienes de esta vida que nos ha dado. (Idem. ídem. lib. 7, sent. 11, ídem. ídem.)"

"Todo lugar y todo tiempo es sagrado, si en él pensamos, y meditamos en Dios. (Idem. ídem, sent. 12, adic., ídem, ídem.)"

"El verdadero medio de no padecer distracción, es llenar su corazón de esta admirable sentencia de David: Yo consideraba al Señor como siempre presente a mis ojos: porque cada uno puede pensar como procede en la presencia de los otros, aunque sean sus iguales. ¡Con cuánto cuidado de que no hallen que reprender, así en la postura, como en sus acciones y palabras! ¡Con cuánta razón deberá ser más circunspecto, si se persuade que Dios no aparta de él sus ojos, y que penetra lo más íntimo del corazón! (S.Basilio, Interrog. 306, sent. 76, Tric. T. 3, p. 203.)"

"Vivir siempre en la presencia de Dios, es no hacer cosa alguna que sea indigna de su presencia, o que no sea conforme a su voluntad: pues los ojos del Señor estarán siempre sobre los justos. (S. Ambrosio, de Abraham, lib. 2, c. 11, sent. 15, Tric. T. 4, p. 316.)"

"Si eres un artesano, puedes, mientras estás sentado para trabajar, cantar los Salmos; si no podéis con la boca, cantadlos con el pensamiento: porque los Salmos deben servirnos de agradable entretenimiento. (S. Juan Crisóst., Homl. 21, sent. 17, Tric. T. 6, p. 303.)"

"Decid continuamente: Yo te renuncio, Satanás. No hay cosa más útil que esta protestación, si la practicamos efectivamente con nuestras obras. Decís: yo renuncio a ti, Satanás, a tus pompas y a tu servicio y a Vos, Jesucristo, os amo. Juntad a estas palabras la señal de la cruz, hecha en la frente, y después no temáis que los hombres ni los demonios os puedan hacer ningún verdadero mal. (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 18, Tric. ibid., ibid.)"

"Cuando estamos en la presencia de Dios para suplicarle, nos sucede muchas veces manifestar menos respeto que el que tienen los siervos; a los asnos, los soldados a sus jefes, y aun los amigos a sus amigos. Porque cuando hablamos con un amigo, tenemos fija la atención en lo que le estamos diciendo: siendo así que cuando nos ponemos en la presencia de Dios a pedirle perdón de nuestros pecados, casi siempre lo hacemos con negligencia y tibieza: tenemos las rodillas en tierra, y el espíritu está pensando por las calles y las casas: se abandona a infinitas estaciones, al mismo tiempo que la boca pronuncia vanas oraciones sin atención alguna. (S. Juan Crisóst., Homl. 22, sent. 19, Tric. t. 6, p. 303.)"

"No me digáis que es imposible hacer por Dios todo cuando ejecutamos: porque es fácil haceros ver que se pueden practicar, puesta

la mirada en Dios, las acciones más comunes, como son, vestirse, caminar, hablar, sentarse, entrar, salir, decir cosas divertidas; alabar, reprender, recomendar, amar y aborrecer; si todas estas cosas pueden hacerse por el amor de Dios, no hay duda que todo lo demás se podrá ejecutar con el mismo fin. (S. Juan Crisóst., Homl. 32 in observant., sent. 22, Tric. T. 6, p. 304.)"

"Ninguno cante con tibieza ni con indiferencia las místicas y sagradas alabanzas; ninguno repase en su espíritu los proyectos del mundo mientras se celebran los divinos misterios: levante cada uno al cielo su espíritu, considerándole en presencia de la Majestad divina, como si asistiera con los Serafines delante del trono de su gloria: sólo en este estado podremos dar a aquel Dios infinitamente bueno y glorioso, las alabanzas que le son debidas. (S. Juan Crisóst., Homl. 29, de in compr. die Nat. 4, sent. 24, Tric. T. 6, p. 304 y 305.)"

"Sea continuo el deseo de ver a Dios. Cuando calláis en su presencia, es cuando cesáis de amarle. (S. Agust., Psalm. 37, sent. 41, Tric. T. 7, p. 458.)"

"Si queréis cometer el mal, dice el mismo Santo Padre, buscad un lugar donde Dios nos os vea, y haced allí lo que queráis. (Lib. de spiritu et anima, Barbier, T. 4, 331.)"

"Hemos de temer a Dios en público, dice en otra parte el mismo Santo: hemos de temerle en secreto. Marchad: os ve. El sol brilla: os ve. Es de noche: os ve. Entrad en vuestro cuarto: os ve. Temed al que cuida de miraros, y temiéndole no le ofendáis. (Serm. 46, de verbo Domini, Barbier, ibid., ibid.)"

"Dios, dice en otra parte el mismo Santo Padre, es todo ojo, todo mano y todo pie: porque todo lo vé, todo lo hace y está en todas partes. (Ep. 3, ad Fortun., Barbier, ibid., ibid.)"

"Señor, dice San Agustín en los soliloquios, consideráis mis pasos y mis caminos, y noche y día veláis para custodiarme; todo lo observáis. Sois el espectador de todos mis pensamientos y de todas mis acciones, como si olvidando el cielo y la tierra, sólo os ocupárais de mí. La luz inmutable de vuestra vista no puede crecer, si no miráis mas que una cosa: ni disminuir, si las miráis todas juntas. Porque así como veis perfectamente una cosa en particular, veis también perfectamente todas las cosas reunidas, a pesar de su diversidad. Veis todas las cosas como una sola, y cada cosa como todas juntas, sin división, cambio ni disminución. Estáis enteramente en todos los tiempos, sin que haya para Vos tiempo; y me veis como si no hubiese ninguna otra

cosa que ver. Así veláis sobre mí como si os olvidáseis de todo lo demás y no quisiéseis ocuparos mas que de mi solo. Os manifestáis siempre presente; os ofrecéis como estando siempre pronto si me encontráis dispuesto a mí. En cualquier parte que esté yo, no os alejáis, porque estáis en todas partes, a fin de que a todas partes a donde vaya os encuentre a Vos, por quien existo, a fin de que no perezca privado de Vos, no pudiendo existir sin Vos. Confieso que todo lo que hago, en cualquier parte que lo haga, lo hago en vuestra presencia: y todo lo que hago, lo veis aún mejor que yo. Porque estáis presente en todas mis obras, como continuo testigo de todos mis pensamientos, de todas mis intenciones, de todas mis alegrías, y acciones. Y cuando lo considero con atención, Señor. Dios mío, poderoso y terrible, me quedo confudido de temor y de vergüenza: porque se nos ha impuesto una rigurosa necesidad de vivir con justicia y rectitud, haciéndolo todo en presencia del Juez que todo lo distingue. (Barbier, T. 4, p. 332, y 333.)"

Purgatorio.– "señor, purificadme en esta vida, y reducidme a tal estado, que cuando salga de ella, no necesite pasar por aquel fuego purificante que dice San Pablo. (S. Agust., Psalm. 37, sent. 39, Tric. T. 7, p. 457.)"

"El fuego del Purgatorio será mucho más intolerable que cuantas penas pueden sentirse ni aún imaginarse en esta vida. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. 35, sent. 7, Tric. T. 9, p. 45.)"

"Acercándose el venerable Obispo, dice el grande Areopagita, hace oración sobre el difunto e invoca la divina clemencia para que le remita los pecados, colocándole en la luz y región de los vivos. El Nacianceno exhorta a su pueblo a que ore por los vivos y los muertos. San Atanasio dice que las almas de los difuntos perciben grande utilidad de las oraciones de los vivos. El Crisóstomo afirma que los Apóstoles establecieron la costumbre de orar por los difuntos, en la ciencia cierta que les servía de grande utilidad esta memoria. Y San Efrén, San Cirilo y San Epifanio, testifican esta verdad. Tertuliano muestra entre las tradiciones apostólicas los sufragios por los difuntos. San Cipriano testifica esta inviolable costumbre en la Iglesia de Africa. San Ambrosio, consolando a Faustino por la muerte de su hermana, le aconseja no emplee tanto tiempo en llorarla como en pedir a Dios por su alma. San Jerónimo, consolando a Paumaquio por la muerte de Paulina, dice: Los demás maridos rocían sobre el túmulo de sus mujeres, violetas, rosas, lirios y otras flores; pero nuestro Pan-

maquio riega los huesos de la suya con el bálsamo de la limosna, sabiendo que como el agua extingue el fuego, así la limosna el pecado. De la misma manera se expresan San Paulino y San Gregorio. (Sánchez Sobrino, T. 13, Serm.º p. 71 y 72.)"

"Lo que hayamos descuidado en la tierra, dice San Bernardo, lo pagaremos por centuplicado en el Purgatorio. (De Obitu Umb., Barbier, T. 4, p. 386.)"

"Además de haber en el Purgatorio la pena de sentido, hay también la de daño, que es la privación de la vista de Dios. Y esta pena es grandísima: 1.º, porque aquellas almas tienen un conocimiento más profundo que nosotros de las infinitas perfecciones de Dios; 2.º, por el inmenso deseo que tienen de ir a Dios; 3.º, por su grande amor hacia Dios; 4.º, porque no están, como nosotros, distraídas de Dios. (Barbier, ibid., p. 386 y 387.)"

R

Religión.– "Aquella santa religión nada suplicaría por defender su razón: porque tampoco se admira de la condición que sufre. Sabe que es peregrina en la tierra, y que entre los extraños fácilmente se hallan enemigos: pero no ignora que en el cielo es donde tiene descendencia, asiento, esperanza, gracia y dignidad. (Tertuliano, in Apolog. ad gentiles, sent. 1, adic., Tric. T. 1, p. 359.)"

"Somos un cuerpo por la conciencia de una misma religión, unidad de doctrina y motivo de esperanza: vamos todos a una junta y congregación para conseguir de Dios orando, siendo nuestro ejercicio las súplicas y las preces: esta fuerza le es muy agradable a Dios. (Tertuliano, ídem. c. 39, sent. 2, ídem, Tric. ídem. ídem.)"

"Mortificadnos, atormentadnos, sentenciadnos y aterradnos: vuestra iniquidad es una prueba de nuestra inocencia. (Tertuliano, ídem, c. 50, sent. 3, adic., Tric. ídem, ídem.)"

"Enojaos contra el pecado, pues solamente este enemigo merece vuestra indignación. A la verdad, no puede menos el corazón de conmoverse cuando suceden cosas indignas de nuestra religión. Si en semejantes ocasiones nos manifestamos insensibles, no será virtud, sino indiferencia o cobardía. (S. Ambrosio, de Offic., c. 21, sent. 123, Tric. T. 4, p. 338.)"

"No solamente se profesa la religión cristiana con la fe, sino también con las obras: es tanta verdad, que si éstas faltan, debemos temer mucho el castigo de los infieles y de los apóstoles. Porque hay muchos modos de renunciar a la fe, y el Apóstol nos advierte este modo con bastante claridad, cuando dice: Hacen profesión de confesar a Dios, pero le renuncian con sus obras. Y en otra parte: Si alguno no cuida de los suyos, y principalmente de los que están en su casa, ha renunciado la fe, y es peor que un infiel. Y también: Huid de la avaricia, que es servidumbre de los ídolos. (S. Juan Crisóst., Homl. 3, de Anna, sent. 114, Tric. T. 6, p. 320.)"

"El cristianismo es la imitación de la vida divina, dice San Gregorio de Nisa. (Serm. Barbier, T. 4, páginas 399.)"

"Toda religión consiste en imitar a Dios, a quien honráis. (Barbier, ibid., ibid.)"

"El plan de la religión cristiana es divino. Lo que la religión católica, apostólica, romana, nos enseña de las grandezas de Dios, del fin del hombre y de los admirables medios que conducen a este fin, es una doctrina toda celestial, una doctrina infinitamente superior a toda inteligencia creada, una doctrina que jamás habría podido ser conocida, si Dios no la hubiese revelado a los hombres: porque esta doctrina no sólo nos ha revelado todo lo que puede ser descubierto por la ley natural y todo lo que puede ser comprendido por la razón más pura, sino que también se extiende infinitamente más allá de estos límites, puesto que va a penetrar hasta en el interior de la profundidad divina. (Barbier, ibid., ibid.)"

"¿Hay nada más santo que lo que la religión prescribe a los hombres para que lleguen a su fin? ¿Hay nada más santo que amar a Dios sobre todas las cosas, amar al prójimo como a nosotros mismos y portarnos con El como quisiéramos que se portase? Y porque la naturaleza corrompida nos inclina sin cesar a toda clase de prevaricaciones que nos apartan de Dios, esta religión nos manda que reprimamos nuestras codicias, dominemos nuestras pasiones, mortifiquemos nuestros sentidos, despreciemos las riquezas y los honores, y renunciemos a ganar todo el universo antes que a perder nuestra alma. En fin, esta religión prescribe todo lo que la humanidad, la piedad, la justicia y la razón exigen del hombre: y todo esto con relación al servicio de Dios, a quien todo debe relacionarse como a nuestro último fin. Y ¿cuáles son los medios que la religión cristiana nos propone para consumar nuestra salvación? Medios admirables, los más propios y eficaces para llegar hasta el fin. La presencia de un Dios que vela sin cesar sobre todas nuestras acciones y penetra los lugares más secretos de los corazones: la expectación de un juicio terrible, donde ha de darse cuenta de todas las acciones y aun de todos los pensamientos: la justicia y severidad del soberano Juez que no dejará ningún mal sin castigo, ni ninguna virtud sin recompensa: la grandeza de la recompensa para los justos, y la magnitud de los suplicios para los pecadores. Además, ¿de que auxilio no han de servirnos los ejemplos de Jesucristo, nuestro Dios, nuestro Rey, nuestro Salvador que anda delante de nosotros en el camino de la salvación, que nos lo ha señalado

con su sangre, y que desde lo alto del cielo donde reinará eternamente, nos brinda con la corona y la gloria? ¿Han podido ser inventados por los hombres unos medios tan admirables y eficaces? Pero no es menos sorprendente la conexión, el lazo que existe entre todos los misterios que la religión enseña: porque si Dios es el principio de todas las cosas, ¿qué se deduce de ahí, sino que Dios solo existe desde toda la eternidad, que ha sacado de la nada todo el universo, y es el solo dueño soberano de todos los hombres? Si Dios es el último fin del hombre, ¿qué se deduce de ahí, sino que las almas son inmortales, que los cuerpos resucitarán un día, que no es en este mundo donde ha de buscarse la felicidad, que todo lo que nos conduce a Dios debe ser mirado como un bien, y que todo lo que nos aleja de Dios debe ser mirado como un mal? (Barbier, T. 4, págs. 399 y 400.)"

"Si la fe nos propone misterios elevados e incomprensibles para toda inteligencia creada, como los misterios de la Trinidad y de la Encarnación del Verbo, está muy conforme con la razón; porque la razón nos enseña que debemos tener de Dios sentimientos y pensamientos infinitamente superiores al alcance natural de nuestro espíritu: que jamás conocemos a Dios más perfectamente que cuando comprendemos que sus perfecciones y atributos son incomprensibles para todo espíritu humano, y que Dios no sería Dios si pudiésemos comprenderle en toda la extensión de sus perfecciones. Y este es el mayor motivo de credulidad y la más invencible razón que prueba incontestablemente la verdad y la divinidad de la religión cristiana. Es la revelación del misterio de la Santa Trinidad que nos descubre en cierto modo el interior de Dios, interior que, no siendo conocido, ni pudiendo serlo mas que de el solo, no puede ni podrá jamás ser penetrado por ningún esfuerzo, si Dios no lo revela a los hombres, hablándoles verdaderamente. Por consiguiente, el verdadero fundamento de una religión verdaderamente divina y la prueba más incontestable de que Dios ha revelado esta religión, es la revelación del misterio, porque nadie más que El ha podido revelarlo... ¿Qué cosas más conforme también con la razón que la Encarnación del Verbo? Era preciso que el mediador entre Dios y los hombres fuese Dios y hombre a la vez Dios, para traernos, el medio, y hombre, para darnos ejemplo. Y con esto es fácil comprender, en primer lugar, cuán temible es la justicia de Dios, puesto que no ha podido quedar plenamente satisfecha sino por un Hombre-Dios. Es fácil comprender, en segundo lugar, cuán excesiva ha sido la misericordia de Dios, puesto que quiso

sufrir la muerte para rescatar a los esclavos. Es fácil también comprender, en tercer lugar, cuán admirable ha sido la sabiduría de Dios, que así sacó el bien del mal y del mismo pecado. (Barbier, ibid., págs. 400 y 401.)"

Religiosos.– "Estar siempre ocupados en alabar a Dios, e implorar su gracia con oraciones continuas, y en leer y trabajar, es vida de Angeles. Por estar los religiosos separados de toda sociedad de mujeres, se emplean en servirse y guardarse unos a otros. ¡Oh que excelente es aquella vida, en la cual hay pocos malos que temer y tanto bien que imitar! El trabajo del ayuno es allí recompensado con ventajas por la tranquilidad del alma, está facilitado con la costumbre, aliviado con el reposo o divertido con la ocupación; no siente las cargas de las solicitudes del siglo, los trabajos que otros padecen, ni la oportunidad de las gentes del mundo. (S. Ambrosio, Epist. 82, sent. 165, Tric. T. 4, p. 348.)"

"La soledad, dice S. Jerónimo, es la forma y la regla de la sabiduría. La soledad es por sí misma una predicación de la virtud: es disponer a ir al cielo el apartarse del mundo. (Ad Therasiam, Barbier, T. 4, p. 530.)"

"El que te habite, oh soledad, dice San Basilio, se eleva sobre sí mismo, porque teniendo el alma hambre de Dios, se pone sobre todo lo que es sobre la tierra, está suspendida en la fortaleza de la contemplación y separada del mundo, vuela hacia el cielo y esforzándose para ver lo que es superior a todo, desprecia todo lo demás. (Tract. de Laude vitae solitariae, Barbier, ibid., p. 531.)"

"La vida de los anacoretas y de los ermitaños ha sido una vida oculta en la soledad. El mismo Salmista lo dice: He huído, me he alejado, he establecido mi morada en la soledad: Gran Rey, ¿por qué os dejáis? ¿por qué huís y buscáis la soledad? Porque he visto en el mundo la violencia y la discordia: la iniquidad mora en él: El crimen habita en él, y el fraude y la mentira no se apartan de sus plazas públicas. (Psalm. 54, 8-12, Barbier, T. 4, págs. 529 y 530.)"

"Mirad vuestra celda como un Paraíso, escribe San Jerónimo a Rústico: para mí la ciudad es una cárcel, y la soledad la mansión del Paraíso. (Barbier, ibid., p. 530.)"

"El que ama la soledad, dice San Nilo, discípulo de San Crisóstomo, es invulnerable a los dardos de sus enemigos: pero el que se mezcla con la muchedumbre, recibirá frecuentes y crueles heridas. (In vit. Patr., Barbier, ibid., ibid.)"

"Oh alma santa, exclama San Bernardo, estate sola, consérvate para el Dios único que para si te ha elegido. La soledad, añade, es la muralla y el antemuro de las virtudes. Creed en mi experiencia, prosigue, aprenderéis más en las selvas que en los libros: los bosques y las peñas os instruirán, os enseñarán lo que no puede enseñaros vuestros maestros. (Serm. 40, in Cant., Barbier, ibid., p. 531.)"

Resurrección general.– "Dios recompensará haciendo incorruptibles a los que guardan la justicia, cumplen sus leyes y perseveran en su amor, ya sea desde que recibieron el bautismo, ya desde que se convirtieron por la penitencia: El les dará la vida y los revestirá en el cielo de eternos resplandores. (S. Ireneo, sent. 1, Tric. T. 1, p. 86.)"

"Así como el sarmiento puesto en la tierra fructifica a su tiempo, y el grano de trigo cayendo en la tierra y deshaciéndose, se multiplica por el espíritu de Dios que todo lo contiene: estas cosas que vienen a ser útiles para el uso de los hombres por la sabiduría, percibiendo después la palabra de Dios, se hacen Eucaristía, que es el cuerpo y sangre de Jesucristo: así nuestros cuerpos alimentados con esta Eucaristía, aunque los depositen en la tierra y se deshagan en ella, han de resucitar a su tiempo, dándoles el Verbo Divino la resurrección para gloria de Dios Padre. (S. Ireneo, sent. 2, Tric. T. 1, p. 344.)"

"Así como Jesucristo, nos dejó por prenda al Espíritu Santo, así también recibió de nosotros en la misma calidad nuestra carne, y llevó esta prenda al cielo asegurando que algún día iría allá todo cuerpo y sangre del hombre. Vosotros habéis adquirido en Jesucristo un derecho a su reino celestial, y el que niegue el derecho que vosotros tenéis al cielo, negará que Jesucristo está en la gloria. (Tertuliano, lib. de Resurrectione carnis, c. 51, sent. 25, Tric. T. 1, p. 202.)"

"No hay duda que pueda restituir la carne el que la hizo. ¡Cuánto más es haberla hecho que el haberla resucitado y el haberla dado al principio, que el haberla restituído! Y de este modo debes creer que es más fácil resucitar la carne, que el haberla criado. (Tertuliano, lib. de Resurrectione, carnis, c. 11, sent. adic., 27, Tric. T. 1, págs. 367 y 368.)"

"Todas las cosas vuelven a su estado cuando se han desvanecido: todas las cosas empiezan de nuevo cuando dejan de ser. Se acaban para hacerse: nada perece sino para vivir. Luego todo este orden de sucesiva revolución de las cosas está dando testimonio de la resurrección de los muertos. Primero la prescribió Dios a todas sus obras, que se escribiese con letras... Primero te dio a la naturaleza por maestra

para introducir después la profecía habiendo aprendido en la naturaleza: y para que no dudes que Dios, que es el restituidor de las cosas, también es restituidor de la carne. (Tertuliano, ibid., c. 12, sent. adic. 28, Tric. ibid.)"

"Orígenes, refutando a Celso que negaba la resurrección, y decía: ¿Cuál es el alma que quisiera volver a un cuerpo lleno de podredumbre? Dios, por muy poderoso que sea, no puede volver a su primitivo estado a un cuerpo disuelto, porque esto sería indecente y contrario a la naturaleza: Orígenes le responde que los cuerpos resucitados no estarán en estado de corrupción, sino en estado de gloria e incorruptibilidad... No es más difícil para Dios restituir la vida a un cuerpo humano que el hacer que nazca de la sangre de un hombre. (Orígenes, cont. Ces., lib. 5, n. 14, y siguientes. Bergier, T. 8, p. 450.)"

"En el tratado que escribió Tertuliano de la resurrección de la carne, contra los paganos y algunos herejes, sostiene la certidumbre de esta resurrección futura, porque así lo exigue la dignidad del hombre. Dios puede verificarla, en ella se interesa su justicia, y así lo tiene prometido. En efecto: 1.º El mismo Dios fue, dice Tertuliano, quien formó el cuerpo del hombre con sus propias manos y quien introdujo en él una alma hecha a su imagen y semejanza. La carne del cristiano está asociada de alguna manera a todas las funciones de su alma y sirve de instrumento para todas las gracias que Dios le hace. El cuerpo fue quien se lavó en el bautismo, para purificar el alma; el es quien recibe el cuerpo y sangre de Jesucristo para nutrirla, y él es quien se inmola a Dios por las mortificaciones, los ayunos, las vigilias, la virginidad y el martirio. También San Pablo nos recuerda que nuestros cuerpos son miembros de Jesucristo y templo del espíritu santo. ¿Dejará Dios perecer para siempre la obra de sus manos, la obra principal de su omnipotencia, –en la tierra y entre los seres materiales– el depositario de un soplo divino, el rey de los demás cuerpos, el canal de sus gracias y la víctima de su culto? Si le condenó a muerte en castigo del pecado, también vino Jesucristo a salvar todo lo que había perecido. Sin esta completa reparación no sabíamos hasta dónde llega la bondad de Dios, su misericordia y su paternal ternura. La carne del hombre fue restituída por la encarnación a su primera dignidad, y debe resucitar como la de Jesucristo. 2.º El que crió la carne, continúa Tertuliano, ¿no podrá resucitarla? Nada perece del todo en la naturaleza: las formas varían; pero todo se renueve y vuelve a rejuvenecer, de modo que parece que Dios imprimió en sus obras el sello de

su inmortalidad. El día sucede a la noche, los astros eclipsados vuelven al lleno de su luz, la primavera repara los estragos del invierno, las plantas renacen y aparecen de nuevo con todo su brillo, y esplendor muchos animales parece que mueren y que reciben después una nueva vida. De este modo preparó Dios las lecciones de la revelación con las leyes de la naturaleza y nos mostró la imagen de la resurrección antes de haberla prometido. 3.º Su justicia y su fidelidad están interesadas en el cumplimiento de esta promesa. Es preciso que Dios juzgue, recompense y castigue a todo el hombre: en éste el cuerpo sirve de instrumento al alma, tanto para el vicio como para la virtud; hasta los mismos pensamientos se pintan muchas veces en el semblante; el alma no suele experimentar placer ni dolor sin que participe el cuerpo, y el principal ejercicio de la virtud consiste en reprimir las concupiscencias de la carne. Por lo mismo, es justo que el alma de los malos sea castigada, y que las de los santos sea recompensada en eterna sociedad con un cuerpo que ha sido instrumento de sus méritos. (Bergier, T. 1, págs. 181 y 182.)"

Riquezas.– "La posesión de las riquezas es odiosa en público y en particular cuando excede a las necesidades de la vida: la adquisición de las riquezas es trabajosa y difícil, su conservación penosa, y su uso incómodo. (S. Clemente, sent. 3, Pedagogo, lib. 2, c. 3, Tric. T. 3, p. 123.)"

"No es delito tener riquezas, como se arregle el uso de ellas: porque aunque no se abandonen los fondos que sirven de manantial a la limosna, esto no impide el repartir sus bienes, con los necesitados. Luego no es malo el tener hacienda, sino poseerla, de modo que nos sea perniciosa. El riesgo está en el deseo de enriquecerse, y un alma justa que se ocupa en aumentar su hacienda, se impone una pesada carga: porque un siervo de Dios no puede adquirir los bienes del mundo sin exponerse a juntar vicios que son como inseparables de los bienes: y por esto es tan difícil que un rico entre en el cielo. (S. Hilario in Matth., c. 19, sent. 8, Tric. T. 2, p. 258.)"

"Es imposible, no solamente a los que pecan, sino también a los que se aplican con demasiada inquietud a los negocios temporales, y a los cuidados de las cosas, aunque sean las precisas para la vida, es imposible, digo, que puedan servir con toda perfección a Dios y ser como deben sus discípulos. (S. Basilio, de Bapt., lib. 1, sent. 22, Tric. T. 3, p. 194.)"

"Lo primero es necesario librarnos de la servidumbre del demo-

nio, después despreciar todas las cosas presentes, y por último renunciar a nosotros mismos, de suerte, que despojados aun del deseo de vivir, lleguemos a ser verdaderos discípulos del Señor, según aquellas palabras de Jesucristo. Si alguno viene a mí, lleve su cruz y sígame. (S. Basilio, ibid., sent. 23, Tric. T. 3, p. 194.)"

"Estimad como una riqueza grande la escasez de bienes por amor de Aquel que quiso padecer la pobreza por nuestro amor. (S. Greg. Nacianc., Orat. 40, sent. 51, Tric. T. 3, p. 361.)"

"Procurad que no se envanezca vuestro corazón con la abundancia de las riquezas, de modo que llegue a olvidar a Dios, que es su Señor. Porque, hombre, ¿qué tienes tú que no lo hayas recibido de El? ¿No pasan cómo una sombra todos los bienes terrenos? ¿Eres tú otra cosa que polvo y ceniza. Vuelve los ojos a esos sepulcros y distingue, si puedes, los pobres de los ricos. Desnudos venimos a este mundo y desnudos hemos de salir. En los cadáveres no hay otra distinción, sino que es más abominable el fetor de los ricos por haberse engruesado con las sensualidades y delicias. ¿Habéis oído decir que algún pobre haya muerto de indigestión? La probeza le trae la utilidad de dar ejercicios al cuerpo, pero no le destruye. (S. Ambrosio, lib. 6, c. 8, n. 48, sent. 7, Tric. T. 4, p. 314.)"

"Pensáis que son felices los ricos porque veis las muchas cosas de que gozan, mas no veis cuántas son las que necesitan. (S. Ambrosio, ibid., sent. 8, Tric. T. 4, p. 314.)"

"¿Quién hasta ahora se ha justificado con las riquezas? ¿Quién se ha hecho humilde con el poder, misericordioso con la nobleza de su nacimiento, casto con la hermosura? A la verdad, todas estas prendas temporales más bien son peligrosas para hacernos caer en la culpa que útiles para reducirnos al camino de la virtud. (S. Ambrosio, in Psalm. 1, sent. 39, Tric. t. 4, p. 321.)"

"Varones de las riquezas: con razón los llamó David varones de las riquezas y no dijo, riquezas de los varones: para dar a entender que ellos están poseídos de las riquezas en vez de poseerlas. (S. Ambrosio, de Nabut., c. 13, sent. 24, adic., Tric. T. 4, p. 400.)"

"Despojarse simplemente de sus bienes es el principio de la piedad, y no su perfección, pues lo mismo hicieron Crates, el Tebano y el Filósofo Antístenes: ofrecerse a Dios, es propiamente de cristianos, a imitación de los Apóstoles. (S. Jerón., Ep. ad Lucin. 71, sent. 26, Tric. T. 5, p. 243.)"

"Es muy difícil, o por mejor decir imposible, gozar de los bienes

presentes y de los que están por venir, y pasar de estas delicias a otras delicias. (S. Jerón., Ep. ad Cast. 68, sent. 32, Tric. t. 5, p. 244.)"

"Cuando véis un pecador nadando en la afluencia de bienes de la tierra, que se alaba de su poder, que goza de perfecta salud, que tiene una mujer amable y que le rodean muchos hijos, bien nacidos, creed que se está cumpliendo en el aquella amenaza del Profeta: Yo no te visitaré de modo alguno con mis castigos. (S. Jerón., in Eclesiast., c. 4, sent. 83, Tric. T. 5, p. 253.)"

"No es malo tener riquezas como se hayan adquirido justamente, y con tal que se den a Dios las gracias porque las ha dado; pero es malo poner en ellas su confianza, según aquellas palabras del Salmo: si vienen abundantes las riquezas, no pongáis en ellas el corazón. Es permitido tener bienes para la necesidad, pero nunca es lícito poseerlos con apego. (S. Jerón., in Psalm. 52, sent. 104, Tric. T. 5, p. 257.)"

"¿Queréis enriqueceros? Haceos amigos de Dios y seréis los más ricos del mundo. (S. Juan Crisóst., Homl. 2, sent. 5, Tric. t. 6, p. 301.)"

"Nos quitamos la vida, consumimos el tiempo y los bienes para conseguir algunos campos o algunas casas en esta tierra que presto hemos de dejar: y no damos ni aún lo superfluo para comprar un cielo que hemos de poseer para siempre. (S. Juan Crisóst., Homl. 11, c. 3, sent. 41, Tric. T. 6, p, 308.)"

"Cuanto más buscáis, más disminuís vuestra libertad: porque la verdadera libertad está en no necesitar de cosa alguna, o a lo menos en tener necesidad de pocas. (S. Juan Crisóst., Homl. 80, Joann., sent. 89, Tric. T. 6, p. 316.)"

"Las verdaderas riquezas consisten en desear solamente lo que se necesita para su uso arreglado y expender bien todo cuanto sobra y excede este uso. (S. Juan Crisóst., Homl. 73, Génesim, sent. 106, Tric. T. 6, p. 319.)"

"Veamos si los cuidados y las inquietudes del rico son muchas veces más molestas que las del pobre. El pobre no tiene otra solicitud, sino la de aquellos que absolutamente necesita para su subsistencia: pero el rico la tiene de una infinidad de cosas superfluas. Es verdad que el rico no tiene hambre, pero teme otros muchos males, como son, las pérdidas, las desgracias y la misma suerte. Y si el pobre vive con trabajo para ganar el sustento, o al menos vive en todo lo demás con reposo y seguridad contra las desgracias de la fortuna. (S. Juan Crisóst., Homl. 51, sent. 281, Tric. T. 6, p. 358.)"

"Aquel rico malo del Evangelio no fue castigado porque era rico, sino porque no tuvo misericordia del pobre: porque no está prohibido al hombre poseer los bienes, sino dejar de hacer buenas obras. (S. Juan Crisóstomo, Homl. 2, in c. 1, sent. 349, Tric. T. 6, p. 376.)"

"Todos estudian en el modo de aumentar su hacienda y ninguno en los medios de salvar su alma. Todo el mundo procura la pobreza, y nadie cuida de evitar el infierno. Esto es lo que propiamente merece lágrimas y lo que es más digno de reprensión. (S. Juan Crisóst., Homl. 23, ad Hebr., Sent. 385, Tric. T. 6, p. 383.)"

"Ninguna cosa sujeta los hombres al demonio como el ansia de las riquezas y el dejarse vencer del deseo de tener. (S. Juan Crisóst., Homl. 2, c. 1, Matth., sent. 2, Tric. T. 6, p. 451.)"

"¿A quién veis aquí en la abundancia? A ninguno. La abundancia del hombre en esta vida no es más que miseria y aflicción. (S. Agust., Psalm. 29, sent. 11, Tric. T. 7, p. 455.)"

"Cuanto más opulentos son los hombres, mayor es su necesidad, porque entonces los despedazan más sus deseos, más los disipan sus pasiones, más los atormenta su temor y más los roe su pena. (S. Agust., ibid., sent. 12, Tric. ibid., ibid.)"

"Aquel rico del Evangelio no se condenó por haber tenido riquezas, sino porque había puesto en ellas la esperanza y el corazón, y no en Dios. (S. Agust., Psalm. 52, sent. 71, Tric. t. 7, p. 461.)"

"Para el corazón que no es tierra, el oro y la plata es lo mismo que la tierra. (S. Agust., Psalm. 113, sent. 154, Tric.d T. 7, p. 461.)"

"Aquel posee con verdad el oro, que sabe usar bien de el; pero el que no sabe emplearle, más bien se puede decir que el oro le posee a él, que no es dueño del oro, Sabed, pues, ser dueños de vuestras riquezas y no seáis sus esclavos. (S. Agust., Psalm. 123, sent. 160, Tric. t. 7, p. 469.)"

"Lo superfluo de los ricos es lo necesario de los pobres: guardar lo superfluo es retener los bienes ajenos. (S. Agust., Psalm. 146, sent. 174, Tric. T. 7, p. 470.)"

"Lo que los ricos reciben de los pobres es muy superior a lo que les dan: ellos les dan una moneda, un poco de pan, un vestido, pero reciben de Jesucristo un reino, la vida eterna y el perdón de sus pecados. (S. Cesáreo de Arelés, Serm. 98, sent. 19, Tric. T. 9, p. 47.)"

"Nuestro pecado no consiste en la posesión de las riquezas, sino en el afecto desordenado que en ellas ponemos: porque todo cuanto Dios ha hecho es bueno. Mas sucede al que usa mal de lo que es

bueno, que por su insaciable codicia le da la muerte el mismo pan que le debiera dar la vida. (S. Greg. el Grande, lib. 9, c. 30, p. 361, sent. 53, Tric. T. 9, p. 250.)"

"No se nos dice que aquel rico del Evangelio que vestía púrpura y holanda y se regalaba espléndidamente, robó los bienes ajenos, sino usaba frecuentemente de los propios: no se dice que entró después de esta vida en el lugar de la divina venganza por haber ejecutado lo ilícito, sino por haberse entregado enteramente al uso inmoderado de todo lo permitido. (S. Greg. el Grande, Admonit. 20, sent. 15, adic., Tric. T. 9, p. 383.)"

"El cuidado y embarazo de las cosas perecederas perturban el corazón: estas inquietudes y esta priesa ponen el espíritu en la más extraña disposición. ¿Queréis gozar de la verdadera calma y poner vuestra alma en paz? No conservéis apego alguno a los bienes de este siglo. Si desprendéis vuestra alma de todas las vanas solicitudes de este mundo, gozaréis de un reposo inalterable y constante. El que se mezcla demasiado con las criaturas enrendándose con el mundo, se separa de Dios y a poco tiempo pierde el único amor que es digno de un corazón cristiano. (S. Anselmo, Exhort. ad contemplum temporalium, sent. 33, Tric. T. 9, p. 347.)"

"Al que piensa que nada le falta, le falta todo. (S. Bernardo, lib. 2, de Consid., c. 7, sent. 7, Tric. T. 10, p. 322.)"

"Para los incautos es la prosperidad como el fuego para la cera, y el rayo del sol para la nieve. (S. Bern., ibid., c. 12, sent. 9, Tric. ibid. ibid.)"

"Quita las cosas superfluas y nacerán las saludables: porque cuanto quitas a la concupiscencia se añade a la utilidad. (S. Bern., Serm. 57, in Cant., n. 10, sent. 28, Tric. ibid., p. 323.)"

"Necedad es esconder el tesoro en donde no puedas tomarle cuando quieras. (S. Bern., Tract. de Offic. Epist. c. 5, sent. 42, Tric. T. 10, p. 324.)"

"El motivo más poderoso para huir de las riquezas es que apenas o nunca se poseen sin amor. (S. Bern., Tract. ad Cler., c. 1, sent. 120, Tric. T. 10, p. 329.)"

"En las heredades de los ricos se siembra la sangre y vida de los pobres. (S. Bern., 4, de Consid., c. 2, sent. 135, Tric. T. 10, p. 330.)"

"De lo que había de servir a los pobres, se ceba la curiosidad de los ricos. (S. Bern., Apol. ad Guil., c. 11, sent. 141, Tric. ibid., ibid.)"

"El uso de las riquezas es, por lo común, de otros: los ricos sólo

tienen el nombre y el cuidado. (S. Beran., de Convers. ad Cler., n. 13, sent. 146, Tric. ibid., ibid.)"

Risa.– "No debemos elegir hacer por vuestra voluntad papel ridículo haciendo reír: mucho más debemos guardarnos de ser y parecer chocarreros en nuestras palabras. (S. Clemente, Pedagogo, lib. 2, c. 5, sent. adic., 4, Tric. T. 1, p. 350.)"

"Dios nos guarde de burlarnos de algún otro; de lo cual empieza primero la contumelia, y después salen los pleitos, las riñas y las enemistades. (Idem. ídem, c. 6, sent. 5, ídem. Tric. ídem., ídem.)"

"Dichosos los que están sin mancha, en su camino y van caminando en la ley del Señor. Los que en su camino son perfectos, son aquellos que viven sin mancha: en esto se enseña a los que todavía están en los primeros elementos de la ciencia divina que deben publicar la felicidad de los que han llegado a este estado de perfección, no sea que se perjudiquen a si mismos por gloriarse como si ya fuera bienaventurados, siendo así que deben reconocerse muy distantes de los que ya han adquirido la verdadera felicidad. (Eusebio de Cesárea, sent. 7, Tric. T. 2, págs. 84 y 85.)"

"El reino de los cielos está dentro de vosotros: así llamó Jesucristo al gozo que el Espíritu Santo infunde en el corazón, el cual es una prenda de la eterna alegría que han de tener las almas de los santos. (S. Greg. de Nisa, de perfect. Cler., sent. 16, adic., Tric. T. 4, p. 363.)"

"No pertenece a los cristianos pasar el tiempo en las risas, diversiones y placeres. Eso es bueno para la gente del teatro y para aquellos bufones y lisonjeros que andan buscando las buenas mesas. No es este el espíritu de los que son llamados a una vida celestial, cuyos nombres están ya escritos en la ciudad eterna, y profesan una milicia espiritual: ese es el espíritu de los que combaten bajo las banderas del demonio. Así es, hermanos míos, el demonio ha reducido a arte esas diversiones y juegos. (S. Juan Crisóst., Homil. 6, in c. 2, sent. 38, Tric. T. 6, p. 307.)"

"¿Qué mal puede haber en reír? me diréis. Y yo os respondo, que reír no es malo, pero puede ser malo por el modo, lugar y tiempo. (s. Juan Crisóst., Homil. 15, c. 9, ad Hebr., sent. 381, Tric. T. 6, p. 382.)"

"No hay miseria más verdadera que la falsa alegría. (S. Bern., de lib. Arb, n. 14, sent. 11, Tric. T. 10, p. 322.)"

"Nosotros no gustamos de que nadie se ría de nosotros: por consiguiente, no debemos ridiculizar a nadie, así como no queremos que

nos ridiculicen a nosotros. San Ambrosio prohíbe también esta licencia, singularmente a los eclesiásticos, en el lib. 1, Offic., c. 23. Aunque las chanzas honestas, dice, agradan y suelen ser bien recibidas, son contrarias a los deberes de los eclesiásticos.. San Ambrosio quiere que un eclesiástico busque simplemente en la Sagrada Escritura las lecciones y ejemplos con que debe conformar su conducta; y nosotros sostenemos que tiene mucha razón y no vemos en la Escritura ningún ejemplo de personaje alguno consagrado a Dios que se tomase la libertad de decir chufletas para que le tuviesen por gracioso. (Bergier, T. 8, p. 504.)"

"La alegría mundana es una gota de miel que se convierte en un mar de hiel... Ved lo que sucede a cualquiera que se entregue a la embriaguez, a la intemperancia, al deleite, a la vanidad, al desmedido deseo de agradar. Los goces mundanos engendran el hastío y el remordimiento. ¿Por qué? Porque son peligrosos y culpables. Son peligrosos. ¿A qué no exponen en efecto los placeres de los sentidos, los deleites, la gula, los ojos poco circunspectos, los oídos poco castos, la lengua mal contenida? ¿A qué peligros no exponen las vanidades, el amor del mundo, los bailes, las familiaridades, los espectáculos, etc.? El que vive de los goces del mundo, dice San Gregorio, encadena sus sentidos interiores, su espíritu, su alma, su memoria, su inteligencia, su voluntad, su corazón. (Homil. 36, in Evang., Barbier, T. 2, p. 313.)"

"No se puede, dice San Jerónimo, disfrutar de los goces del mundo y de los goces de Dios, ser dichoso en esta vida y en la otra, vivir según el mundo e ir al cielo. (Epist., 34, ad Julián. Barbier, T. 2, p. 314.)"

S

Sabiduría.– "Si conocéis a Jesucristo, basta esto, aun cuando ignoréis todo lo demás; pero si conocéis a Jesucristo, aunque tuviéseis grandes conocimientos en todo lo demás, nada sabéis. (Cornelio a Lápide, T. 4, p. 445.)"

"Más le conviene al hombre ignorar enteramente las causas de las obras de Dios, y creer en El, y perseverar en su amor que nos vivifica, que buscar otra ciencia que no sea el conocimiento de Cristo crucificado por nosotros, y que dedicarse a cuestiones y sutilezas que al fin nos conducen a la iniquidad. (S. Ireneo, sent. 2, Tric. T. 1, p. 86.)"

"Para nada necesitamos la curiosidad y las cuestiones después de Jesucristo: no tenemos necesidad de otra ciencia alguna, recibido el Evangelio. Si creemos en él, nada más nos resta que averiguar; porque la primera verdad que creemos, nos enseña que no hay más que creer. (Tertuliano, lib. de las prescripciones contra los herejes, c. 8, sent. 24, Tric. T. 1, p. 202.)"

"El perfecto conocimiento que se tiene de Dios es saber que aunque no se puede ignorar su naturaleza, con todo eso, no se la puede explicar. Es preciso creerle y aplicarse a conocerle: es indispensable adorarle: sólo con estas obligaciones se puede explicar lo que se conoce de Dios. (S. Hilario, lib. 2, de Trinit., sent. 1, Tric. T. 2, p. 257.)"

"La infidelidad es locura, porque sirviéndose la sabiduría humana de su mismo sentido, que es imperfecto, y midiéndolo todo por las flaquezas de sus luces, imagina que no puede ser lo que ella no sabe ni conoce. De este modo nuestra flaqueza es causa de nuestra infidelidad, y no se cree lo que pensamos que es imposible, según nuestro conocimiento. (S. Hilario, lib. 3, sent. 2, Tric. T. 2, p. 257.)"

"La obstinación es una intención tomada por capricho, muchas veces es extremada, y el deseo de oponerse a todo cuanto nos resiste, jamás afloja cuando la voluntad no está sujeta a la razón, y cuando en

vez de tomarse el cuidado de instruirse, sólo se piensa en hallar razones para apoyar lo que se nos ha puesto en la cabeza, y hacer que cuanto se sabe sirva para defender lo que se desea. (S. Hilario, lib. 10, sent. 4, Tric. T. 2, p. 256.)"

"No debemos tener curiosidad alguna de saber las cosas que no nos pertenecen. (S. Basilio, Reg. 9, sent. 37, Tric. T. 3, p. 197.)"

"Conocer a Dios, es reconocer que nada es de lo que el espíritu humano puede conocer. (S. Greg. de Nisa, Vita Mor., sent. 2, Tric. T. 4, p. 113.)"

"Ninguno tiene disculpa por no saber cuando no se quiere instruir en lo que tiene obligación de entender. (S. Ambrosio, de Interpel. Job., c. 5, sent. 35, Tric. T. 4, p. 320.)"

"Así como la vida, aunque buena, es inútil cuando está junta con la doctrina del error, así la sana doctrina es inútil cuando se junta con una vida depravada. (S. Juan Crisóstomo, Homil. 66, Joann., sent. 88, Tric. T. 7. p. 316.)"

"La causa principal de las enfermedades espirituales viene de aquella vana curiosidad que inclina a los hombres a querer conocer las razones de todo cuanto sucede en el mundo, a penetrar la conducta de la Providencia inefable e incomprensible de Dios omnipotente, y a sondear con temeridad aquellos secretos que son inescrutables al entendimiento humano. (S. Juan Crisóstomo, lib. 1, in eos qui scandalizat. sunt., sent. 233, Tric. T. 6, p. 347.)"

"Jamás se deben examinar las razones de lo que Dios hace, por más que se turbe nuestro entendimiento: porque al Señor le toca mandar, y a los siervos obeceder. No puede decir la obra al que la ha formado: ¿Por qué me has hecho así? ¿Para qué es hacer esfuerzos queriendo penetrar los secretos de Dios? ¿No sabéis que de todo tiene cuidado, que es infinitamente sabio, que nada hace en vano, que no obra temerariamente, que os ama más que los padres que os han engendrado, y que los cuidados que tiene de vosotros exceden infinitamente a la ternura de un buen padre o de una buena madre? No busquéis, pues, las ocultas razones de su conducta; no paséis adelante, porque estas consideraciones deben ser suficientes para sosegar vuestro espíritu. (S. Juan Crisósto., Homil. 82, c. 11, Ep. ad Rom., sent. 283, Tric. t. 6, p. 358.)"

"Cuando obra Dios, es preciso que ceda la razón humana a la divina. (S. Juan Crisóst., Homl. 7, ad Tesalon., sent. 362, Tric. T. 6, p. 373.)"

"Nosotros no podemos dar razón suficiente de la formación de los frutos de la tierra, y siendo tan ignorantes, tenemos el atrevimiento de querer penetrar con insolente curiosidad los secretos de Dios. (S. Juan Crisóstomo, ibid., sent. 363, Tric. ibid., ibid.)"

"Cuando advertimos que no podemos comprender la razón de ciertas cosas, no tomemos pesadumbre, antes bien, apartando nuestro espíritu de aquel pensamiento, y reprendiendo su demasiada curiosidad, apoyémonos en esta verdad infalible, que no hay cosa que Dios no pueda hacer, y que no lo haga fácilmente cuando quiere. (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 364, Tric. ibid., ibid.)"

"Yo les he entregado a Satanás para que aprendan a no blasfemar. Esto nos hace ver que es una especie de blasfemia querer examinar con la razón humana las cosas de Dios. Cuando se trata de juzgar de las cosas divinas, es muy débil y desproporcionada nuestra razón. (S. Juan Crisóst., Homil. 5, ad Tinoth., sent. 366, Tric. T. 6, p. 370.)"

"No hay cosa más peligrosa, que juzgar de las cosas de Dios con los discursos humanos: porque desde el instante en que no nos apoyamos en el punto de la fe, caemos en el extravío y en la inconstancia del error, y nos abandona la verdadera luz. (S. Juan Crisóst., Homil. 2, c. 1, Ep. ad Timoth,. sent. 370, Tric. T. 6, p. 380.)"

"Los que gustan de la novedad, se empeñarán en nuevos errores, pruducirán todos los días opiniones nuevas, y formarán a cada hora nuevos dogmas: porque es propio de la malignidad del error no contenerse en sus límites. (S. Juan Crisóst., Homil. 8, c. 3, ad Timtoh., sent. 371, Tric. ibid., ibid.)"

"El que quiere conocer todo lo que hay en Dios, y tiene la temeridad de querer penetrar lo que pertenece a la divina Esencia, ignora sin duda quien es Dios. (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 373, Tric. ibid., p. 381.)"

"Estemos contentos con no saber sino lo que el Señor quiso que supiésemos. (S. Agust., Psalm. 6, sent. 3, Tric. T. 7, p. 454.)"

"La mayor ciencia del hombre consiste en conocer que por sí mismo es nada, y que todo cuanto es, le viene de Dios y para Dios. (S. Agust., Psalm. 70, sent. 112, Tric. ibid., p. 465.)"

"Este nombre filósofo, significa el que ama la sabiduría: si Dios, pues, es la sabiduría, por la que todas las cosas fueron hechas, como lo enseñó la divina autoridad y verdad, el verdadero filósofo es el que ama a Dios. (S. Agust., de civit. Dei, 18, c. 1, sent. 17, adic., Tric. T. 7, p. 484.)"

"No es suficiente saber lo que se debe pensar de Dios: es necesario conformar su vida y sus costumbres a las leyes que nos dio, y aun imitarle en cuanto está de nuestra parte; esto es, aborrecer lo que El aborrece, y amar lo que El ama: este es el lenguaje de la Escritura. (Teodoreto, Discur. 12, sent. 8, Tric. T. 8, p. 263.)"

"¿De qué te servirá ser sabio si no lo eres para ti? (S. Bern., 2, de Consid., c. 9, sent. 6, Tric. T. 10, p. 322.)"

"No es de mi aprobación el que sabe muchas cosas, si ignora el modo de saber. (S. Bern., Serm. 36, in Cant., n. 3, sent. 52, Tric. t. 10, p. 325.)"

"Hay algunos que quieren saber por sólo saber, y esto es curiosidad; hay otros que quieren saber por hacerse famosos, y esto es vanidad. (S. Bern., ibid., sents. 53 y 54, Tric. T. 10, p. 325.)"

"Hay muchos que quieren saber para vender su ciencia, y este es un torpe lucro. Y hay también otros que quieren saber para edificarse a si mismos, y esto es prudencia. (S. Bern., ibid., sents. 55 y 56, Tric. ibid., ibid.)"

"La erudición sin el amor de Dios, hincha y ensoberbece; pero el amor de Dios sin discreción, yerra. (S. Bern., Serm. 69, in Cant., sent. 71, Tric. T. 10, p. 326.)"

"Aquel es grande, que cayendo en la tribulación, no cae de la verdadera sabiduría. (S. Bern., 2 de consid., c. 12, sent. 81, Tric. T. 10. p. 327.)"

"Sabio es aquel que estima las cosas a proporción de su saber. (S. Bern., Ep. 7, n. 6, sent. 94, Tric. T. 10,. p. 327.ç)"

"A los sabios sucede que en los casos de duda se fian más en el juico ajeno que en el propio. (S. Bernardo. Ep. 62, sent. 113, Tric. T. 10, p. 329.)"

Sacerdote.– "¡Horrible crimen! Los judíos sólo una vez pusieron las manos sobre Cristo para hacerle morir: pero los malos Sacerdotes despedazan todos los días el Cuerpo sacratísimo. ¡Oh manos dignas de cortarse! Teman que se haya dicho por ellos en el Evangelio: Si tu mano te escandaliza, córtatela. En efecto, ¿qué manos merecerán mejor este castigo, que las que cometen un escándalo tan grave en todo el cuerpo de Jesucristo? (Tertuliano, lib. de la Idolatría, c. 7, sent. 17, Tric. t. 1, p. 200.)"

"Los que os llaman felices os inducen al error... Conviene, pues, que el Sacerdote de Dios no engañe con falaces obsequios, sino que provea de remedios saludables. Ignorante es el médico que toca, que

trata con suavidad las cavidades hinchadas de las heridas: pues aumenta el veneno cuando le conserva encerrado en la profundidad de las entrañas. La herida se ha de abrir y cortar, y después de haber cortado lo que estaba podrido, aplicar más fuerte medicina. Aunque el enfermo, impaciente con el dolor, de voces, clame y se queje, después dará las gracias en conociendo la sanidad. (S. Cipriano, lib. de Lapsis, sent. 10, adic., Tric. T. 1, p. 381.)"

"Es verdad que era permitido vivir para vosotros mismos antes de que os ordenasen, mas sabed, y no dudéis que después de ordenados ya estáis en la obligación de vivir para aquellos por quienes os ordenaron. (S. Atanasio, ad Dracont. Epist., sent. 2, Tric. T. 2, p. 171.)"

"Cuando no sepáis si un Sacerdote es o no digno del elevado ministerio que se le ha cometido, guardaos de despreciarle, pues esto sería obrar contra el precepto de Jesucristo: porque el oro, aunque tal vez esté cubierto de barro, no por eso pierde su esplendor y su belleza, ni recibe disminución alguna. (S. Efrén, de Sacerd., sent. 1, Tric. T. 3, p. 77.)"

"Bien puede el escultor en un día arrojar en el molde una estatua: pero ¿quién podrá en tan poco tiempo formar un hombre que fuese capaz de defender la verdad, de entrar en sociedad con los Angeles, de glorificar a Dios con los Arcángeles, de hacer que pasen sus sacrificios al altar supremo del Rey del cielo, de ejercer con Jesucristo la función del Sacerdocio, de restablecer en el hombre la obra de Dios, y retallar en el su santa Imagen, de trabajar en el mundo espiritual y celeste, que es la Iglesia, y, en fin, de pasar más allá de lo que acabo de decir, de tal modo, que sea como un Dios, que pueda hacer que los otros se conviertan al Señor? Yo se de quien somos Ministros, cuán bajo es el lugar que merecemos y cuán elevado es aquel Dios a quien enviamos nuestras ofrendas; y por último, yo se la grandeza de Dios y la pequeñez del hombre. (S. Greb. Nacianc., Orat. 1, sent. 5, Tric. T. 3, p. 352.)"

"En otro tiempo no era permitido indiferentemente a todo el mundo entrar en el templo, sino solamente a los que vivían en grande pureza de cuerpo y espíritu; y aún menos era permitido a todos pasar al santuario, ni mirar, ni tocar al velo, al propiciatorio, ni al arca, ni los querubines. ¿Cómo, pues, conociendo estas verdades, y que ninguno puede ser digno del gran Dios, del gran Sacrificio y del Santo Pontífice, si el mismo no está sacrificado a Dios, como una Hostia viva y santa, ni le ha presentado un culto espiritual que le sea agrada-

ble: cómo digo, conociendo estas cosas, podré yo tener audacia para ofrecerle este sacrificio exterior, este anticipo de los grandes misterios, y tomar la vestidura, nombre y dignidad de Sacerdote? (S. Greg. Nacianc., Orat. 1, sent. 6, Tric. T. 3, p. 352.)"

"Son indignos del Sacerdocio, cuyas funciones ejercen, los que no tienen las preparaciones convenientes: los que nada han padecido por el amor a la virtud; los que a un mismo tiempo se hacen discípulos y maestros de la piedad; los que se introducen a querer purificar a los otros antes de haberse purificado a si mismos; los que ayer eran profanos y hoy disponen de las cosas santas; los que son antiguos en el vicio, y nuevos en la virtud. Sois discípulos de un Señor que es benigno y bueno, y sufre nuestras flaquezas. si vuestro hermano resiste al principio, esperad con mansedumbre a que vuelva sobre sí; si resiste segunda vez, no desesperéis, porque aún no ha llegado el tiempo de sanar; si continúa en resistir tercera vez, imitad la paciencia de aquel Jardinero del Evangelio, suplicando al Supremo Señor que no arranque todavía ese árbol inútil e infructuoso, y que no le mire con ojos de aversión, sino que la pode, cultive y beneficie, esto es, que use de aquella corrección que se hace con la confesión y vergüenza pública. (S. Greg. Nanianc., Orat 26, sent. 41, Tric. T. 3, p. 358.)"

"Establezco como ley general para todos los que tienen el cargo de gobernar las almas, y son como los árbitros de la buena y sana doctrina, que no deben agriar ni turbar los espíritus con la excesiva dureza, ni tampoco hacerlos más insolentes y orgullosos con la demasiada relajación y condescendencia sino que es preciso que en todo lo que pertenece a la fe, obren con maduro y prudente consejo, para no dejarse llevar ninguno de los dos extremos. (S. Greg. Nacianc., Orat, 32, sent. 43, Tric. T. 3, p. 359.)"

"El bautismo que recibió Jesucristo a los treinta años antes de haber ejercido ninguna de las funciones de su ministerio, nos enseña que antes de gobernar a otros, debemos habernos purificado y obedecido con humildad a los superiores, y que ninguno se debe resolver a predicar antes de llegar a la edad madura y perfecta, así en el cuerpo como en el espíritu. (S. Greg. Nacianc., 39, sent. 46, Tric. t. 3, p. 359.)"

"Mejor es ceder las riendas del gobierno de nuestra salud a los que son excelentes en el arte, que ser imperitos conductores de otros y sujetar los justos oídos, que mover la lengua ignorante. (S. Greg. Nacianc., Orat. 1, sent. 1, adic., Tric. T. 3, p. 393.)"

"Con más gusto debéis aprender algo acerca de Dios, que enseñarlo: procediendo de modo, que dejando el examen exacto de estas cosas a los dispensadores de la divina palabra, debéis reverenciar al Señor, lo menos, con palabras, lo más con obras. (S. Greg. Nacianc., Orat., 2, sent. 2, adic., Tric. ídem, ídem.)"

"Si alguno está encargado del gobierno de otros, debe compadecerse mucho de sus culpas, y tener presente que aunque elevado en dignidad sobre ellos, no por eso es de otra naturaleza, y que así está expuesto a caer en las mismas faltas. Por lo cual, Moisés había ordenado que se sacrificase una víctima por el Sacerdote, para advertir que era pecador y que tenía necesidad de muchas expiaciones como los demás. (S. Greg. de Nisa, sent. 18, Tric. T. 4, p. 116.)"

"No seáis tan fáciles en separar los fieles de la comunión de la Iglesia, los que debéis suplicar al Señor que no los separe de ella, y no desesperéis tan prontamente de su corrección. Emplead vuestros cuidados, cavad al pie de esos malos árboles, con reprensiones vivas; fomentadles como en vuestro seño con caritativas exhortaciones; regadles con el agua de vuestros saludables documentos: aseguradlos con preceptos, como con unos fosos contra las avenidas de los enemigos de fuera. Hace empeño de aplacar en favor suyo la indignación del Juez Eterno: procurad merecer el nombre de consoladores, que es el que consiguió Nuestro Señor entre lo hombres cuando les hizo favorables al Padre divino. (S. Greg. ibid., sent. 19, Tric. ibid., ibid.)"

"Si ves que el Sacerdote, huele a preciosos ungüentos, que viste delicadas telas, que asiste a las abundantes y regaladas mesas, con razón diréis con las palabras del Evangelio: No conozco el árbol sacerdotal, porque no es éste su fruto. (S. Greg. de Nisa, Vit. de Moris, sent. 5, adic., Tric. T. 4, p. 358.)"

"De un modo vive el que está enfermo, y de otro el que está sano: el sano vive a su arbitrio, va donde quiere, desempeña libremente cualquier empleo y obligación; en enfermo está postrado en un estrecho aposento distante de la comunicación y retirado de ocupaciones. El que antes de deleitaba en los magníficos convites, ahora se sustenta con un poco de pan y agua. Esto sucede al que ha perdido la salud corporal: tú, pues, que estás enfermo en el alma ¿por qué no acudes al Médico? ¿Por qué con la confesión no le manifiestas tu enfermedad? ¿Cómo sufres que te vaya consumiendo y que se vaya inflamando? Vuelve alguna vez sobre ti, y conócete. Ofendiste a Dios, tienes irritado a tu Criador, al que tiene potestad sobre la vida presente, y es el

Señor y el Juez de la que está por venir. (S. Greg. de Nisa, in Eccles. H. 2, sent. 11, adic., Tric. T. 4, p. 360.)"

"Explora cuidadosamente cuál es tu enfermedad; siéntela con el mayor dolor que te sea posible; haz que los hermanos se conduelan contigo; escoge un Sacerdote por padre que tome parte en tu aflicción. Tanto se entristece el Sacerdote por el pecado del que recibe por hijo en atención a la religión, como David cuando lloró la muerte de Absalón, y como Moisés por el pueblo impío que había formado el becerro. Por lo que debes tener más confianza en el que te engendró para Dios, que en los que te dieron la vida del cuerpo. No te detengas en manifestarle lo más oculto; descubre al médico las heridas más secretas de tu alma, que él cuidará de tu honra y tu salud. Más sienten los padres la deshonra de sus hijos, que los mismos hijos. (S. Greg. de Nisa, ibid., sent. 12, adic., Tric. T. 4, p. 361.)"

"Los pecados se perdonan en la Iglesia por la virtud de la palabra de Dios, se perdonan por medio del Sacerdote y por su sagrado ministerio. (S. Ambrosio, lib. 2, c. 3, sent. 11, Tric. T. 4, p. 315.)"

"El ministro de los sagrados altares debe estar distante de la causa de sus padres: para inspirar esta separación a los levitas, dijo el verdadero Príncipe de los Sacerdotes, Nuestro Señor, en su Evangelio: ¿Quién es mi Madre, y quiénes son mis hermanos? (S. Ambrosio, de fug. saecul., c. 2, sent. 25, Tric. T. 4, p. 318.)"

"Los Profetas de Dios y los Sacerdotes no deben reprender temerariamente a los Príncipes cuando no han cometido aquellos grandes pecados que es preciso reprender. Pero si hubiesen incurrido en éstos, me parece que no debe ahorrarse con ellos el Obispo, sino procurar que la reconvención sea conveniente a su culpa. (S. Ambrosio, in Psalm. 39, sent. 48, Tric. T. 4, p. 322.)"

"El verdadero Ministro del altar, para Dios nació y no para sí: porque la palabra Leví, significa es mío, para mí está particularmente destinado, o lo que es lo mismo, está escrito para mí. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 62, Tric. T. 4, p. 325.)"

"No se tasa la gracia de Dios a precio de plata: por lo cual no debe el Sacerdote pretender el provecho temporal en la administración de los sacramentos, sino sólo el cumplimiento de su obligación; y no es suficiente que él esté distante de querer sacar para sí una sórdida ganancia, es preciso también que procure impedirla en sus parientes y criados; no debéis contentaros con tener las manos limpias de un tráfico semejante, es necesario que también lo estén los de toda vuestra casa. (S. Ambrosio, lib. 4, in c. 4, sent. 79, Tric. T. 4, p. 329.)"

"No hemos de ser ni con exceso difíciles, ni con exceso fáciles en conceder a los pecadores el perdón de sus faltas, no sea que la muy austera severidad los espante, o que la relajación excesiva les de ocasión de pecar. (S. Ambrosio, lib. 8, in c. 17, sent. 87, Tric. t. 4, p. 330.)"

"Vuestra separación, dada con caridad y dulzura, es mucho más útil que la que va acompañada de acrimonía y enojo: la primera inspira vergüenza, la segunda excita la indignación. Mejor es tener oculto lo que teme que se descubra aquel a quien corregimos: porque vale más que nos tenga por amigos, que por enemigos. (S. Ambrosio, ibid., sent. 88, Tric. T. 4, p. 330 y 331.)"

"Es voluntad de Dios que el eclesiástico proceda con prudencia en el cuidado de su salud, para no debilitarla con austeridad excesiva, de suerte que tenga que recurrir a los médicos. Procederá, pues, en este particular con moderación, para poder adelantarse en las sagradas órdenes hasta hacer a Dios el servicio que ha empezado, en vez de tener que retroceder por la imprudencia de su conducta. No dudo que la falta de moderación en las austeridades que nos hacen enfermar, nos ponen en inquietudes, y cuidados de nuestra salud, que nos impiden la debida aplicación a los ejercicios divinos. (S. Ambrosio, in c. 5, ad Timoth., sent. 103, Tric. T. 4, págs. 333 y 334.)"

"Así como no creía Naamán Siro, que la lepra pudiera curarse con solo el agua, así también no parecía posible que se pudiesen perdonar los pecados por la penitencia. Pero Jesucristo dio este poder a sus Apóstoles, y la misma potestad ha pasado de los Apóstoles al ministerio de los Sacerdotes. (S. Ambrosio de Poenint., lib. 2, c. 2, sent. 110, Tric. T. 4, p. 336.)"

"Para hablar de las cosas de Dios, debe el discurso ser puro, sencillo, claro, grave y sólido: también debe ser sin afectación de elocuencia, mas no debe carecer absolutamente del agrado y de la gracia. (S. Ambrosio, de Doctrin. fidei, sent. 125, Tric. T. 4, p. 339.)"

"En las conversaciones de los eclesiásticos me parece que no sólo deben desterrarse los discursos demasiado libres y disolutos, sino también los juegos y las chanzas: mas no reprendo que alguna vez se pueda mezclar lo divertido y agradable sin herir la honestidad. (S. Ambrosio, ibid., c. 23, sent. 126, ibid., ibid.)"

"Es muy laudable liberalidad el no abandonar a los parientes necesitados: pues es muy justo asistir a los que tendrían vergüenza de buscar el socorro entre los extraños. No porque sea bueno enriquecer-

los con lo que pudiera servir para aliviar la necesidad de los pobres: porque no os habéis entregado a Dios para enriquecer a los parientes, sino para conseguir la vida eterna en el fruto de las buenas obras. (S. Ambrosio, ibid., c. 30, sent. 128, Tric. ibid., ibid.)"

"El que se consume con la enfermedad de sus propios pecados, no está en estado de conferir a los otros los remedios de la salud inmortal. Mirad bien, ¡oh Sacerdotes! lo que hacéis, no tengáis el santo cuerpo de Jesucristo con una mano trémula con la fiebre de una pasión; curaos antes de pensar en administrale. Si Jesucristo ordenó a los que habían estado leprosos, que se presentasen a los Sacerdotes, ¡cuán puros deberán ser los Sacerdotes! (S. Ambrosio, de Viduis, sent. 143, Tric. T. 4, p. 343.)"

"En nada deben ser los Sacerdotes como el resto del pueblo, ni en los deseos y pensamientos, ni en el modo de vivir, ni en las costumbres. La dignidad sacerdotal les obliga a otra vida más seria, a otra gravedad y a otra piedad más sólida. A la verdad, ¿qué hallará el pueblo que observar y que imitar en el que no sobresalga en virtud al común de las gentes? ¿Qué admirará en vosotros si solamente ve lo que hay en él? Si no halla cosa en que le excedáis, o si le están dando en rostro, en el que miraba como digno de su respeto, los mismos defectos que le avergüenzan en sí mismo. (S. Ambrosio, Epist. 6, lib. 1, sent. 154, Tric. t. 4, p. 345.)"

"Yo castigo mi cuerpo, para que no suceda que predicando a los otros, sea yo mismo reprobado. Luego aquellos que no castigan su cuerpo y quieren predicar a otros, serán reprobados de Dios. (S. Ambrosio, Epist. 82, sent. 160, Tric. T. 4, p. 347.)"

"El Sacerdote debe ser como Melquisedech, sin padre y sin madre; y no se ha de elegir en él la nobleza de la sangre, sino la excelencia de las costumbres y el resplandor de la virtud. (S. Ambrosio, Epist., 82, sent. 163, Tric. T. 4, p. 347.)"

"Tanto debe aventajarse la vida de un Sacerdote a la del común de los fieles, cuanto su gracia y dignidad excede a la de los otros; y el que sujeta y obliga a los demás con sus preceptos, debe primero saber guardar en sus acciones los preceptos, que Dios le ha impuesto. (S. Ambrosio, ibid., sent. 164, Tric. ibid., p. 348.)"

"Sigamos al Príncipe de los Sacerdotes del modo posible, para ofrecer sacrificio por el pueblo. Aunque de poco necesita, merecemos mucha honra por el sacrificio: porque aunque ahora parece que no le ofrece Cristo, El mismo se está ofreciendo en la tierra, cuando se

ofrece el cuerpo de Jesucristo, y aun se manifiesta que El es el que se ofrece en nosotros; pues con sus palabras se consagra lo que se ofrece. (S. Ambrosio, in Psalm. 35, sent. 28, adic., Tric. t. 4, p. 402.)"

"Con grande cuidado debemos elegir a los que se han de hacer cargo de gobernar la casa de Dios: porque si para administrar las cosas temporales se buscan sujetos idóneos, cuánto más se habrá de procurar que lo sean los que han de dispensar las celestiales. (S. Ambrosio, in Epist. ad Rom., c. 7, sent. 41, Tric. T. 4, p. 406.)"

"Hay muchos que siendo dignos, se excusan teniéndose por inhábiles para tan alto ministerio: pero en esto se ve que son dignos. (S. Ambrosio, in Epist. ad Phil., sent. 42, adic., Tric. ibid., ibid.)"

"Mucho conviene que el Sacerdote adorne el templo de Dios, para que aun en este exterior culto resplandezca el palacio de Dios. (S. Ambrosio, de Doct. fid., c. 21, sent. 45, adic., Tric. T. 4, p. 407.)"

"Dios me guarde de decir mal de los que, sucediendo en la dignidad del Apostolado, forman todos los días el cuerpo de Jesucristo con sus sagradas bocas; de aquellos por cuyo ministerio nos hicimos cristianos; de los que, habiendo recibido en depósito las llaves del reino celestial, nos juzgan de algún modo antes del día del juicio, y conservan con una castidad acompañada de prudencia a la santa Esposa de Jesucristo. (S. Jerón., Ep. ad Heliod., c. 14, sent. 4, Tric. T. 5, p. 239.)"

"Porque la palabra griega Clero, significa en latín suerte o porción, se llaman Clérigos, los que son de la porción o suerte del Señor, o aquellos a quienes el mismo Señor ha tocado por suerte. Estos, pues, deben hacerse dignos de poseer a Dios, o de que Dios los posea. Y así, el que, poseyendo al Señor, puede exclamar con el Profeta: El Señor es mi porción, sólo a El debe poseer: pues si posee otra cosa, no se podrá decir de éste con toda verdad que el Señor es su porción. (S. Jerón., Ep. ad Nepot. 52, sent. 5, Tric. T. 5, p. 239.)"

"Es preciso que las gentes del mundo nos hallen más prontos para consolarlas en sus aflicciones, que para ir a comer y alegrarnos con ellas en el tiempo de la prosperidad. Es muy cierto que desprecian al eclesiástico que jamás se excusa de ir a comer con ellas cuando le convidan. Por lo cual nunca vayamos por nosotros mismos. Debemos ir rara vez, aun cuando nos rueguen. (S. Jerón., Ep. ad Nepot. 52, sent. 8, Tric. T. 5, p. 240.)"

"Los que predican la continencia, no se deben mezclar en casamientos. (S. Jerón., ibid., sen. 9, Tric. ibid., ibid.)"

"Los profetas falsos siempre prometen cosas agradables que gustan por algún tiempo. La verdad, por el contrario, es amarga y parece que los que la predican están llenos de amarguras, porque la Pascua del Señor que se celebra con los panes ácimos de sinceridad y verdad, se ha de comer con yerbas amargas. (S. Jerón., advers. Jovin., lib. 1, sent. 38, Tric. T. 5, p. 245.)"

"No basta que el Sacerdote viva exento de pecado: debe estar tan adornado de virtudes, que siempre esté ocupado en las cosas santas y pronto a ofrecer el sacrificio por el pueblo. Es como el mediador entre Dios y el hombre, y tiene potestad para formar con su sagrada boca la carne del Cordero divino. (S. Jerón., Ep. 56, ad Fab., sent. 56, Tric. T. 5, p. 248.)"

"Yo te he constituido para que arranques y destruyas, para que edifiques y plantes. No se puede edificar el bien hasta haber destruido el mal, ni plantar en la tierra árboles buenos hasta haber arrancado los malos. (S. Jerón., in Joann, c. 1, sent. 62, Tric. T. 5, p. 249.)"

"Los que quieren ser príncipes de los pueblos, tengan bien entendido que en el día del juicio han de dar cuenta a Dios, no solamente de sí mismos, sino también por todo el rebaño que estuvo sujeto a su conducta. (S. Jerón., lib. 3, in c. 12, sent. 64, Tric. T. 5, p. 249.)"

"Los malos Sacerdotes son la causa de la perdición de los pueblos, (S. Jerón., lib. 2, c. 4, sent. 72, Tric. T. 5, p. 251.)"

"Retiraos, dicen los pastores soberbios, no tengáis la osadía de pretender algún comercio con nosotros. Son incurables vuestras llagas. Jamás palabras semejantes iluminarán a los ciegos, ni sanarán a los enfermos, ni darán fuerza a los flacos, antes bien, acabarán de quitar la vida, y precipitarán en la desesperación a los que ya titubean. Por el contrario, los buenos pastores procurarán sacar los pecadores de su extravío con suavidad y humildad. Procurarán, digo, no arrojar con la excesiva aspereza al principio de la perdición a los que ya bambolean y están para caer. (S. Jerón., in. lament. Jesum., lib. 2, sent. 73, Tric. t. 5, p. 251.)"

"¿Puede haber cosa comparable a la honra del Sacerdocio? El cielo saca la principal autoridad de sus juicios, de los que se hacen en la tierra. Estos jueces espirituales tienen su tribunal en la tierra, y el mismo Señor sigue las decisiones de sus siervos, y ratifica en lo más alto del cielo cuanto han juzgado ellos en esta baja región del mundo. El Sacerdote está como en medio de Dios y el hombre para traernos los beneficios que Dios nos envía, y para presentarle las peticiones

que le hacemos; para reconciliarnos con el, para desarmarle en su ira y para apartar de nosotros sus castigos cuando le hemos ofendido. (S. Juan Crisóstomo, Homil. 5, in Isaiam, sent. 160, Tric. t. 6, p. 330.)"

"Ha dado Dios a los hombres que habitan en la tierra el poder de administrar las cosas del cielo, lo que no concedió a los Angeles ni a los Arcángeles. Porque a éstos no los dijo: Todo cuanto ataréis sobre la tierra, quedará atado en el cielo, y todo cuanto desataréis en la tierra, será desatado en el cielo. Los príncipes y soberanos del mundo pueden atar y desatar, pero esto es sólo respecto del cuerpo: las ataduras que puso Jesucristo en manos de los Sacerdotes, llegan a las almas y hasta el cielo, de suerte, que cuanto ordenan los Sacerdotes en la tierra, se ratifica en el cielo, confirmando Dios los juicios que hicieron acá sus siervos. (S. Juan Crisóst., lib. 3, de Sacerd., sent. 163, Tric. T. 6, p. 331.)"

"Aquí no se trata de conducir soldados, ni gobernar un reino, sino de un ejercicio que pide virtud angélica para la buena administración: porque el alma de un Sacerdote debe estar más pura que los rayos del sol. (S. Juan Crisóst., lib. 6, de Sacerd., sent. 164, Tric. T. 6, p. 331.)"

"No solamente debe estar el pastor puro y limpio de toda mancha para ser digno de emplearse en tan altos misterios: además de esto es necesario que sea prudente, de grande experiencia, adornado de sabiduría y conocimiento de todo cuanto pertenece el mundo, como también de los que están más metidos en él. También es preciso que haya adquirido tal fortaleza en el alma, que ya no viva en medio del mundo con menos seguridad que los solitarios en los montes y en lo más retirado de los desiertos. (S. Juan Crisóst., lib. 6, de Sacerd., sent. 165, Tric. T. 6, p. 332.)"

"Hacer capitanes de los soldados de Jesucristo a los que son incapaces de gobernarlos; ¿no es esto hacer capitanes de los que son soldados del diablo? Porque cuando aquel que ha de disponer en batalla los soldados espirituales de Jesucristo, armarlos y animarlos a pelear es el más flaco de todos, se puede decir que entrega a su enemigo aquellos que estaban confiados a su fe: y que de este modo hace el oficio de capitan para servir al demonio y para servir a Jesucristo. (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 166, Tric. ibid., ibid.)"

"A nosotros nos corresponde cumplir con nuestra obligación, aun cuando los otros no quieran sacar utilidad de nuestras diligencias, y cuidados. (S. Juan Crisóst., Adv. vituper, vit. monastic., lib. 3, c. 20, sent. 178. Tric. T. 6, p. 335.)"

"No hablo temerariamente: lo digo con la sinceridad que pienso y según estoy persuadido. No creo que haya entre los sacerdotes muchos que se salven, y pienso que habrá muchos más que se han de perder. La razón es, porque pide esta dignidad un alma muy elevada.. Pues los Sacerdotes están expuestos a una infinidad de tentaciones que los pueden sacar del camino que deben seguir. (S. Juan Crisóst., Homil. 3, in Act., Aposto., sent. 260, Tric. T. 6, p. 354.)"

"Dice el Apóstol a los Presbíteros de Efeso: Yo estoy puro e inocente por vuestra parte, porque no he dejado de anunciaros todas las voluntades de Dios. Cualquiera, pues, que no las anuncie, es reo de la sangre de sus súbditos. ¡Puede haber cosa más terrible! (S. Juan Crisóst., Homil. 44, sent. 278, Tric. T. 6, p. 357.)"

"¡Oh pastor indigno! ¿Puedes ignorar la dignidad del rebaño que esta a tu cargo? ¡No consideras cuánto hizo por él tu mismo Señor! ¿No derramó su sangre por salvarle? ¡Y tú, miserable, solamente buscar tu descanso! (S. Juan Crisóst., Homil. 29, sent. 298, Tric. T. 6, p. 363.)"

"Sea verdad o mentira el mal que decimos de los Sacerdotes, sólo por hablar de ellos, nos hacemos agravio a nosotros mismos. Porque aun cuando fuese verdad, no dejaríamos de pecar, juzgando a los que Dios nos ha puesto por superiores, y perturbando de este modo el orden de la disciplina. Porque si no es permitido juzgar al menor de nuestros hermanos, mucho menos lo será juzgar a nuestros superiores y Prelados: y si lo que decimos es falso, es incomprensible el riguroso castigo que merecemos. (S. Juan Crisóst., Homil. 9, in Ep. ad Philip., sent. 353, Tric. t. 6, p. 377.)"

"No sucede con los eclesiásticos lo que con los pobres: porque si halláis un hombre que diga que es Presbítero o de otro orden inferior, en este caso debéis examinar la verdad curiosamente. (S. Juan Crisóst., Homil. 11, c. 6, ad Hebr., sent. 380, Tric. ibid., p. 382.)"

"Aunque los Sacerdotes sean malos, por ellos lo hará Dios todo, y enviará el Espíritu Santo: porque no es el alma pura la que por su propia pureza atrae el espíritu: la gracia de Dios es la que obra todas las cosas. Omnia própter vos, sive Paulus, sive Apollo, sive Caeph. (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 10, adic., Tric. ibid., p. 454.)"

"Si todos nosotros somos ministros de nuestro Salvador, y si se nos ha confiado el ministerio de la predicación, ¿por qué no estamos unidos todos a él, queriendo los intereses de Jesucristo? (S. Cirilo, Alejand., Homil. 3, sent. 14, Tric. T. 8, p. 100.)"

"Somos el campo que cultiva Dios, y el edificio que construye: nada es el que planta ni el que riega, sino Dios que da el incremento. No obstante, nos pide la servidumbre de nuestro ministerio, y quiere que dispensemos sus dones, para que el que lleva la imagen de Dios, haga la voluntad de Dios. Por esto decimos sagradamente en la oración del Señor: "Venga a nos el tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo." ¿Qué pedimos en estas palabras, sino que Dios sujete a si el que todavía no ha sujetado, y que haga en la tierra a los hombres ministros de su voluntad como a los ángeles en el cielo? Cuando esto pedimos, amamos a Dios y al prójimo, y no tenemos diferente amor, sino uno mismo, siempre que deseamos que sirva el que debe ser siervo, y que sólo el Señor mande. (S. León, Papa, Serm. 90, c. 39, sent. 70, Tric. ibid., págs. 400 y 401.)"

"El que enseña, debe atender a no predicar más que lo que el auditorio puede entender. Pues debe descender hasta ajustarse con la flaqueza de los oyentes. El que anuncia a los pequeñuelos cosas sublimes, que por lo mismo no les han de aprovechar, más pretende hacer ostentación de sí, que ser útil a los que le escuchan. (S. Greg. el Grande, lib. 20, Mor., c. 2, sent. 2, adic., Tric. T. 9, p. 379.)"

"Según la calidad de los oyentes debe ser el sermón de los predicadores, y de suerte, que a cada uno le sea útil para lo que en particular necesita, pero sin apartarse del arte de la edificación común. (S. Greg. el Grande, lib. 30, Mor., c. 4, sent. 4, adic., Tric. T. 9, p. 399.)"

"El que asciende al sacerdocio, entra en el oficio de pregonero de Dios, para que vaya clamando antes de la venida del Juez que le va terriblemente siguiendo. Si el Sacerdote, pues, no sabe predicar, ¿cómo podrá dar clamores un pregonero mudo? Por esto se puso el Espíritu Santo sobre los primeros pastores en figura de lenguas, porque hacen que hablen de este divino Espíriru los que una vez llegó a llenar de si. Escrito está; de las campanillas del Sumo Sacerdote, para que cuando entre en el santuario se oiga el sonido, y no muera. Porque muere el Sacerdote, si cuando entra o sale no se oye su voz, y porque provoca la ira del Juez oculto, si llega sin el sonido de la predicación. (S. Gregorio el Grande, Part. 2, c. 4, sent. 10, adic., Tric. T. 9, p. 381.)"

"La plática de la doctrina no entra en el entendimiento del necesitado, si no llega a su alma la recomendación del sermón por mano de la misericordia. Cuando la piedad del predicador riega la semilla de la palabra en el pecho del oyente, brota con facilidad. (S. Greg. el Grande, ibid., c. 7, sent. 11, adic., Tric. T. 9, ibid.)"

"En el uso de la razón no se hallan las palabras de doctrina, sino en la perfecta edad. Por lo que el Señor, que estaba sentado a los doce años de su edad en medio de los doctores y en el templo, no quiso que se hallaran enseñando, sino preguntando: para que los hombres no se atreviesen a predicar en la corta edad, se dignó de preguntar a los hombres en la tierra cuando tenía doce años, el que por su divinidad está siempre enseñando a los Angeles en el cielo. (S. Greg. el Grande. Homil. 2, nep. Exeq., sent. 21, adic., Tric. ibid., p. 386.)"

"Me parece, hermanos, que no tolera Dios mayor perjuicio que el que padece de los Sacerdotes; cuando ve que dan ejemplo de perversidad los que el tiene puestos para la corrección de los otros, cuando pecamos los que debiéramos contener los pecados. (S. Greg., el Grande, Homil. 7, sent. 26, adic., Tric. ibid., p. 388.)"

"Lo que predicáis con las palabras, cumplidlo con las obras. Haced antes de enseñar. Cuidado no suceda que instruyendo a los otros, y ayundándolos a levantar de sus caídas, os las haga dar más peligrosos la soberbia y el deseo de la vana estimación. (S. Anselmo, Exhort. ad contemptum temporalium, sent. 28, Tric. ibid., p. 346.)"

"El que no tiene la facilidad de agradar, no puede reconciliar ni aplacar. (S. Bern., de Convers. ad Cle., c. 33, sent. 18, Tric. T. 10, p. 323.)"

"El pastor docto, pero que no es bueno, no aprovecha tanto con su abundante doctrina, cuanto perjudica con lo estéril de su vida. (S. Bern., serm. 76, in Cant., n. 10, sent. 29, Tric. ibid., ibid.)"

"Al buen pastor no le pertenece buscar sus intereses, sino expederlos. (S. Bern., de Consid., c. 2, sent. 47, Tric. ibid. ibid.)"

"¿Qué espera aquel, cuya vida es despreciable, sino que también desprecien su predicación? (S. Bern., Serm. 1, sent. 100, Tric. ibid. p. 328.)"

"No puede excusar la ignorancia al que hace profesión de ser Maestro de la Ley. (S. Bern., Tract. ad Cler., c. 5, n. 15, sent. 104, Tric. ibid., ibid.)"

"El que no apacienta sus ovejas, es indigno de disfrutar de la leche y de la lana. (S. Bern., ibid., n. 20, sent. 105, Tric. ibid., ibid.)"

"¡Ay de ti, clérigo y ministro del altar! La muerte está escondida en esos platos regalados, porque comes los pecados del pueblo. (S. Bern., ibid., sent. 106, Tric. ibid., ibid.)"

"El que envía las ovejas al pastor sin persona que las guarde, no es pastor de ovejas, sino de lobos. (S. Bern., Serm. 77, in Cant., sent. 134, Tric. ibid., p. 330.)"'

"Las chanzas en la boca del seglar, son chanzas; pero en la del Sacerdote, son blasfemias. (S. Bern., lib. 2, de Consid., c. 15, sent. 137, Tric. ibid., ibid.)"

"Razón es que el que sirve al altar, viva del altar. Se te concede, pues, que si sirves bien, vivas del altar; pero no lasciviar ni ensoberbecerte con los dineros del altar para que compres fresnos de oro, sillas bordadas, plateadas espuelas con remates purpúreos, pieles de varios colores para adornar el cuello y las manos. Por último, todo cuanto retengas de las rentas del altar, fuera del alimento necesario, y el vestido sencillo, no es tuyo, es rapiña, es sacrilegio. Contentémonos, pues, con vestidos que nos cubran, no que nos hagan lucir o ensoberbecernos, no con los que procuremos parecernos o agradar a las mujercillas. Me dirás: Esto mismo hacen aquellos con quienes hábito; y si yo no hago lo que todos, me notarán de singular. Por esto te digo que salgas de entre ellos para no vivir notado y señalado en la ciudad, o perecer con el ejemplo de los otros. (S. Bern., Epist. 2, ad Fulc. puer., sent. 4, adic., Trib. ibid., págs. 345 y 346.)"

"No basta que el que se encarga del gobierno de otros, no sea de mala vida: es preciso que sea de una eminente virtud, y que su mérito sea superior a su dignidad; que no fije límites a los deseos de elevarse sin cesar a más alto grado de perfección; que no mire tanto como ventaja el progreso en la virtud, cuanto como pérdida el haberse descuidado en algo, y que no se persuada ninguno a que es una grande honra en él exceder en mérito al común del pueblo, sino que considere como vergonzoso el no ser digno del ministerio de que está encargado. (S. Greg. Nacianc., sent. 2, de Orat., Tric. T. 3, p. 351.)"

Sacrilegio.– "Es impiedad hacer pedazos un cáliz consagrado: pero todavía lo es mucho más hacer injuria a la sangre de Jesucristo que se contiene en el cáliz. (S. Atanasio, sent. 24, Tric. T. 2, p. 177.)"

"Los Angeles, que son tan puros, sirven a Dios con temblor; y cubriéndose el rostro, no se atreven a mirarle: y ¡vosotros, siendo impuros e impenitentes, no tembláis, y os acercáis con desvergüenza a los santos misterios! Aunque a los ojos de los hombres parezca que recibís bien la Eucaristía. ¿ cómo responderéis a Dios, que penetre el fondo de los corazones? Dejad, pues, de veras el pecado, hermanos míos: lloradle; limpiad con cuidado el vaso de vuestra conciencia, sucio con la iniquidad; haced una firme resolución de no pecar más, y esperad que Dios os ha de sanar, porque es el Dios de los penitentes. (S. Efrén, Dignit. div. myst., sent. 2, Tric. T. 3, págs. 77 y 78.)"

"No solamente aquel que estando impuro de cuerpo y de espíritu se acerca indignamente a los santos misterios, se merece la horrible condenación, sino también el que los recibe inútilmente y con negligencia. (S. Basilio, c. 3, sent. 24, Tric. ibid., p. 194.)"

"No puedo oír con paciencia, un sacrilegio. He leído el celo de Finés, el rigor de Elías, la severidad de San Pablo que cegó al mago Elimas. Lo que es piedad para con Dios, no es crueldad. (S. Jerón, ad Ripar., Ep. 109, sent. 6, adic., Tric. t. 5, p. 353.)"

"Cualquiera que bebiere el cáliz del Señor indignamente será reo de la sangre de Señor. Y ¿por qué esto? Porque ha derramado esta misma sangre, y porque lo que ha hecho comulgando, más bien ha sido un deicidio que un sacrificio: pues el que se acerca indignamente a la comunión, y por consiguiente, no recibe futuro alguno, es semejante a los que penetraron el sagrado cuerpo del Señor, no para beber su sangre, sino para derramarla. (S. Juan Crisóst., Homil. 27, c. 11, sent. 312, Tric. T. 6, p. 367.)"

"El es la sabiduría de Dios, que dice: El que me come, todavía tendrá hambre, y el que me bebe, aún tendrá sed. Mas ¿cómo podrá tener hambre y sed de Jesucristo el que cada día se llena de las bellotas de los cerdos? No puede alguno beber al mismo tiempo el cáliz de Jesucristo y el cáliz del demonio. El cáliz de los demonios, es la soberbia; el cáliz de los demonios, es la murmuración y la envidia; el cáliz de los demonios, es la crápula y la embriaguez: vicios que si llenan tu alma o tu vientre, no dejan en ti lugar a Jesucristo. (S. Bern., Ep. 2, ad Fulc. puer., sent. 3, adic., Tric. T. 10, p. 345.)"

"Los judíos no pusieron más que una vez la mano sobre Jesucristo, dice Tertuliano, y el profanador la coje y la ata cada vez que comulga indignamente. (De Joel., c. 7, Barbier, T. 4, p. 494.)"

"¿Quién será bastante impío, dice San Agustín, para tener la audacia de acercarse al sagrado altar con las manos manchadas? (Serm., 244, de Temp., Barbier, ibid., ibid.)"

"Los que profanan el cuerpo de Jesucristo que reina en el cielo, dice el mismo Santo Padre, pecan más gravemente que los que le crucificaron mientras estaba en la tierra. (In Psalm. 67-22, Barbier, ibid., ibid.)"

"Los profanadores del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, son peores que Judas, dice San Bernardo. Judas entregó al Salvador a los judíos. Ellos le entregan al demonio colocando su adorable cuerpo en un lugar sometido a su poder, es decir, en su cuerpo y en su corazón. (Serm. 45, c. 3., Barbier, ibid., ibid.)"

"Cuando queráis pecar, dice el mismo melifluo doctor, buscad otra lengua distinta de la que está enrojecida con la sangre de Jesucristo. (Serm. in die Passionis, Barbier, ibid., ibid.)"

"El que comulga indignamente, comete un crimen mayor que si arrojase al santo Sacramento en una cloaca, dice San Vicente Ferrer. (Conc. de Copror Christi, Barbier, ibid. ibid.)

"Judas, dice el Evangelio, se fue a encontrar a los príncipes de los Sacerdotes, y les dijo: ¿Qué queréis darme, y yo os lo entregaré? Le prometieron treinta monedas de plata, y desde aquel momento buscó la ocasión de entregárselo. (Matth., c. 26-13, 15, 16, Barbier, ibid., p. 495.)"

"El mismo pacto hace con Satanás el profanador sacrílego, diciéndole: Dame un placer impuro, estas riquezas, o esta venganza, y te entregaré a mi Dios. La traición de Judas se convirtió en bien para la salvación del mundo; pero la comunión sacrílega e indigna no sirve más que para regocijar al infierno. (Ibid., ibid., ibid.)"

"Hay uno de vosotros que es un demonio, dijo Jesucristo a sus discípulos hablando de Judas. Ex vobis unus diabolus est. (Joann, 6-71, Barbier, T. 4, p. 495.)"

"El que comulga teniendo el pecado mortal en el corazón, es peor que un demonio, dice San Crisóstomo. (Homil, ad pop. Barbier, ibid., ibid.)"

"El demonio entre enteramente en el traidor sacrílego, dice San Isidro. (Epist. ibid., ibid., ibid.)"

"¡Desgraciado de aquel que venderá al Hijo del hombre! Mejor fuera para él mismo que tal hombre no hubiese nacido. El que come y bebe indignamente, come y bebe su condenación, dice San Pablo (Barbier, T. 4, p. 496.)"

Sagrada Escritura.– "Si me presentan un lugar de la Escritura que parezca contrario a otro, como sé que no hay en ella contradicción, confesaré prontamente que no entiendo lo que dice, y procuraré persuadir a todos que sigan esta opinión. (S. Justino, Diálogo con Trifón, n. 65, sent. 1, Tric. T. 1, p. 62.)"

"El libro de los Salmos merece particular consideración entre otros, porque cada uno de los otros libros santos contiene una materia que le es propia; pero el de los Salmos es como un paraíso y un jardín, abundante que lleva todo género de frutos. En efecto, además de lo que en este libro se aprende todo cuanto está esparcido en todos los demás en la Escritura, tiene todavía una ventaja singular, y es que en

ellos se descubren todos los movimientos que pasan en nuestra alma, y que de él podemos sacar las palabras que nos convienen, y la enseñanza de lo que debemos hacer o decir para curar nuestros males espirituales. (S. Atanasio, ad Marcell., Ep. sent. 3, Tric. T. 2, p. 171.)"

"Toda la Escritura es inspirada de Dios y útil, porque ha sido escrita por movimiento del Espíritu Santo, para que cada uno pueda escoger en ella como en un almacén público destinado a la salud de las almas, los remedios convenientes y propios para sanar de su enfermedad particular. (S. Basilio, Homil. in Psalm. 1, sent. 2, Tric. T. 3, p. 190.)"

"En la Escritura, los libros de los Profetas nos dan enseñanzas diferentes de las que dan los libros históricos: los libros de la Ley nos dan otras, y otras también los de los Proverbios: pero el libro de los Salmos contiene sólo cuanto hay útil en todos los demás libros de la Escritura para toda suerte de personas. Profetizan los Salmos con toda certidumbre lo porvernir; refieren históricamente lo pasado; dan leyes para vivir bien, y prescriben a cada uno lo que debe hacer. (S. Basilio, Homil. in Psalm. 1, sent. 3, Tric. ibid., p.s 190 y 191.)"

"Las palabras de los Evangelios son infinitamente más excelentes que todas las otras enseñanzas del Espíritu Santo, que leemos en las Escrituras: porque en todos los demás libros habló el Señor por la boca de sus siervos: pero en el Evangelio nos habló por su misma boca. (S. Basilio, in Evang. Joann., sent. 19, Tric. T. 3, p. 194.)"

"Salomón compuso tres libros: los Proverbios, el Eclesiastés y el Cántico de los Cánticos. En los Proverbios instruye al niño en sus obligaciones con sentencias: por lo que muchas veces dirige su discurso a su hijo. En el Eclesiastés enseña a personas de más adelantada edad, y las hace ver que en este mundo nada es durable, sino caduco y perecedero. Por último, en el Cántico de los Cánticos, acaba de formar un hombre perfecto, que despreciando el siglo presente, está ya preparado para el que ha de venir, y le va guiando a la santa unión y castos abrazos del Esposo celestial. Porque si primero no hemos dejado el vicio y renunciado a las pompas del mundo, si durante esta vida no hemos procurado disponernos a la venida de Jesucristo, no estamos en estado de decirle: Béseme con el beso de su boca. (S. Jerón., in Ecclesiast. c. 2, sent. 80, Tric. T. 5, p. 253.)"

"Meditad las Escrituras. No quiere Jesucristo que nos contentemos con la simple lectura de las Escrituras, sino que produnfizando, por decirlo así, hasta la médula, saquemos toda la substancia, pues

acostumbra la Escritura a encerrar en pocas palabras una infinidad de sentidos. (S. Juan Crisóst., Homil. 37, in Genes., sent. 104, Tric. t. 6, p. 318.)"

"Cuanto más nos ejercitemos en el Evangelio, más claramente vemos la verdad. (S. Juan Crisóst., Homil., 19, c. 9, sent. 268, Tric. ibid., p. 355.)"'

"El testamento viejo es, para los que lo entienden bien, profecía del nuevo. (S. Agust., cont. Faust., lib. 19, c. 2, sent. 22, adic., Tric. T. 7, p. 485.)"

"Los libros de éste nada pierden de su autoridad, porque no los entienden los judíos; antes bien, se aumenta; pues en ellos está profetizada la ceguera de estos. (S. Agust., lib. 16, c. 21, sent. 23, adic., Tric. ibid., p. 485.)"

"La Santa Escritura nos enseña cuál es la fuerza del amor a Jesucristo nuestro Salvador: también nos lo enseñó Este por sí mismo, cuando dijo: El que me ama, que me siga y esté conmigo, por todas partes en donde yo estuviere. Porque es preciso que siempre estemos en su presencia; que le amemos, que le sigamos por todas partes, y que no nos alejemos jamás de El. Todo esto lo cumpliremos si buscamos su gloria. (S. Cirilo, Alejand., Homil. 3, sent. 13, Tric. T. 8, p. 100.)"

"Del libro del Cántico de los Cánticos, dice San Gregorio el Grande: De tal modo se espera en este libro, según la voz de la Iglesia, la venidad del Señor generalmente, que cada una de las almas pueda mirar la entrada de Dios en su corazón como si fuera la venida del esposo al tálamo nupcial. Diga, pues, la santa Iglesia que espera por largo tiempo la venida del Señor., y padeces una dilatada sed de la fuente de la vida ¡cuánto desea ver la presencia de su Esposo y cuánto la echa menos! (S. Greg. el Grande. Ep. in Cant., Psalm. sent. 19, adic., Tric. T. 9, p. 385.)"

"Dice la esposa que se derritió al oír la palabra del esposo: porque cuando Jesucristo entra con su Espíritu en el alma que le desea, inmediatamente se deshace la dureza del corazón, y algunas veces son tantas las lágrimas que se derrite, que apenas puede entender como ha cabido en ella el que con exultación conoce que ha recibido. (S. Greg. el Grande, ibid., c. 5, sent. 20, adic., ibid., ibid., ibid.)"

"¿Qué es la Sagrada Escritura? Es una Epístola, una carta enviada por Dios a los hombres, dirigida por el Omnipotente a la criatura, según los Santos Padres San Atanasio, San Agustín, San Gregorio el

Grande, y San Antonio; Moisés, los Profetas, los Evangelistas y Apóstoles, no fueron nada más que unos amanuenses, o bien la pluma del Espíritu Santo, bajo cuyo dictado escribieron. (S. Cipriano, Serm. de Eleem, Barbier, T. 2, p. 246.)"

"¿Qué es el Evangelio? Es el libro de Jesucristo: la Filosofía y la Teología de Jesucristo; es la preciosa nueva de la redención, es la gracia, la salvación eterna del género humano que Jesucristo trajo al mundo y concedió a los creyentes. (Barbier, ibid., ibid.)"

"La Sagrada Escritura, es el más perfecto de todos los libros, la más cierta de todas las ciencias, la más augusta, la más eficaz, la más sabia, la más útil, la más sólida, la más necesaria, la más vasta y elevada. Es la única necesaria, porque es la palabra de Dios. No es Moisés el que habla; es Dios: no son los Patriarcas y los Profetas, los que hablan; es Dios: no son los Evangelistas, San Mateo, San Lucas, San Juan y San Marcos los que hablan; es Dios. Y claro es que Dios posee todas las ciencias y las posee sin error. (Barbier, ibid., págs. 249 y 250.)"

"La Sagrada Escritura contiene todo lo que puede saberse: abraza las ciencias naturales y sobrenaturales, y hasta nos da a conocer la ciencia divina con sus divinos atributos.. El Génesis, así com el Eclesiastés y Job, enseñan la Física; los Proverbios, la Sabiduría y el Eclesiástico, enseñan la Moral. La Metafísica, la enseñan Job y el Salmista; allí se cantan con himnos de alabanza el poder, la sabiduría y la inmensidad de dios: las incomparables obras de Dios, los Angeles, y todas las criaturas son allí ensalzadas. En el Génesis, el Exodo, el libro de Josué, los libros de los Jueces y de los Reyes; en Esdras y en los Macabeos hallamos la Historia y la Cronología. La Geometría aparece en la construcción del tiempo y del tabernáculo.. La Sagrada Escritura habla del principio de las cosas, del orden de la naturaleza, y sobre todo de dios, de sus atributos, de la inmortalidad del alma, de la libertad, de la verdadera igualdad, de la fraternidad, de las penas, de las recompensas y de todo cuanto existe: y habla de todo de un modo más exacto, más sólido y claro que todos los sabios reunidos... Historia, literatura, poesía, pintura, escultura, de todo contiene. San Vicente Ferrer, que tantas conversiones hacía con sus predicaciones en España, Francia, Alemania, Inglaterra e Italia, no llevaba consigo más que la Biblia, ni otra cosa predicaba. A San Antonio de Padua le dio el Soberano Pontífice el nombre de Arca del Testamento, por su elocuencia en explicar y enseñar la Sagrada Escritura, (In ejus vita, Barbier, ibid., p. 251.)"

Santos. – "Todas las veces que celebramos la memoria de los Mártires, debemos, sin dificultad, dejar nuestras ocupaciones y tareas para concurrir todos a la sagrada junta, con el fin de dar la honra que debemos a aquellos Santos que procuraron nuestra salud con la efusión de su sangre: porque cualquiera que honra a los Mártires, honra también a Jesucristo, y el que desprecia a los Santos, desprecia también al Señor. (S. Ambrosio, Serm. 6, sent. 146, Tric. T. 4, p. 344.)"

"A todos los Mártires debemos honrar con especial devoción, pero más singularmente a aquellos cuyas reliquias conservamos: porque nos asisten con sus oraciones cierto derecho de familiaridad, porque están con nosotros; han escogido nuestra tierra por ordinaria habitación; en esta vida nos protegen, y después reciben nuestras almas cuando éstas desamparan el cuerpo. (S. Ambrosio. Serm. 77, sent. 150, Tric. ibid., ibid.)"

"Honramos las reliquias de los Mártires con el fin de adorar a Aquel de quien recibieron la honra de ser Mártires; honramos a los siervos para que esta honra resulte en el Señor, que dijo de ellos: Cualquiera que a vosotros recibe, a mí me recibe. (S. Jerón., Ep. 109, sent. 43, Tric. t. 5, p. 246.)"

"Los cuerpos de los Mártires son verdaderas víctimas y perfectos holocaustos, porque sacrificaron a Dios en cuerpo y el alma. Pero vosotros tenéis otro fuego, por medio del cual podéis presentar a Dios una víctima: el fuego, quiero decir, de la pobreza voluntaria y el de la aflicción. Poder vivir en la delicadeza, en el regalo y en el esplendor, y elegir en vez de esta vida acomodada y deliciosa, una laboriosa, austera y mortificada, ¿no es ofrecer a Dios un verdadero holocausto? Mortificad, pues, y crucificad vuestro cuerpo, y recibiréis la corona de esta especie de martirio: haga ahora el fervor y la buena disposición del espíritu aquel sacrificio que en otro tiempo hacía la espada de los tiranos. (S. Juan Crisóst., Homil. 11, c. 6, ad Hebvr., sent. 379, Tric. t. 6, p. 382.)"

"Las intercesiones de los Santos son poderosísimas delante de Dios en favor de los demás. (S. Agustín, Psalm. 105, sent. 151, Tric. t. 7, p. 468.)"

"Nunca decimos nosotros que los Santos Mártires son dioses, ni que se les debe dar culto divino, sino solamente culto de amor y de respeto: por esto no les rendimos los honores supremos; pero los veneramos porque combatieron generosamente por la verdad, y conservaron el depósito de la fe hasta llegar a despreciar por él su propia

vida... En este culto no hay absurdo alguno, por el contrario, es de necesidad rendir continuos respetos a los que así se distinguieron. (S. Cirilo, Alejand., Comment. in Isai., lib. 6, cont. Jul., p. 203, sent. 7, Tric. t. 8, p. 98.)"

"Consiste la prudencia humana en ocultar con artificio los pensamientos y deseos del corazón; en disfrazar con disimuladas palabras los interiores sentimientos; en persuadir que lo falso es una verdad, y que lo verdadero es falsedad. Mas la prudencia de los Santos consiste en todo lo contrario: en no disimular jamás; en descubrir con sus palabras los sentimientos del corazón; en desear la verdad y huir de la mentira; en hacer bien gratuitamente; en querer más bien sufrir el mal que hacer daño a otro; en no vengarse de las injurias, y en mirar como verdadero bien los oprobios que les dicen, porque aman la verdad. (S. Greg. el Grande, lib. 9, c. 29, p. 360, sent. 52, Tric. T. 9, p. 250.)"

Silencio.– "A muchos he visto que con sus palabras cayeron en el pecado, y casi a ninguno que haya caído en culpa por su silencio. Por lo que también es más difícil y mejor saber callar, que saber hablar. (S. Ambrosio, de Offic., lib. 1, c. 2, sent. 117, Tric. T. 4, p. 337.)"

–"No debe ocuparos tanto el cuidado de vuestra casa, que os quite el tiempo de pensar en vosotros mismos. Elegid algún lugar a propósito para recogeros, distante del ruido de la familia, para estar así retirados de las distracciones domésticas, como en un puerto favorable, que por su tranquilidad pueda calmar en vuestras almas la tempestad de las olas del siglo. Aplicaos con tanto cuidado a la lectura de las Santas Escrituras; mezclad con tanta frecuencia esta devota lectura con la elevación del corazón a Dios, y ocupad vuestro espíritu con tan viva meditación de las cosas del siglo venidero, que este ejercicio saludable os pueda recompensar con ventajas por el tiempo que habéis empleado en las ocupaciones de vuestra casa. No pretendo con estos avisos apartaros del arreglo de vuestros domésticos, sino que penséis en aquel retiro cómo habéis de proceder con los que tenéis en vuestra casa. (S. Paulino, Ep. ad Celantiam, sent. 28, Tric. T. 5, p. 333.)"

–"Sube Jesucristo al monte a orar, para enseñarnos que la soledad es el lugar más propio para la oración. Muchas veces pasaba las noches solo en los desiertos, orando para excitarnos con su ejemplo a elegir los tiempos y lugares más tranquilos para orar sin distracción. Porque la soledad es la madre del reposo, y es un puerto en que estamos libres de las agitaciones de nuestros pensamientos. (S. Juan Crisóst., Homil. 51, sent. 61, Tric. T. 6, p. 311.)"

"No es lo que hace solitarios vivir en la soledad, sino tener el corazón poseído del amor y deseo de la verdadera sabiduría. (S. Juan Crisóst., in Psalm. 140, sent. 143, Tric. ibid., p. 326.)"

"Para que nos muevan las cosas de Dios es preciso buscar el silencio y el reposo, no tanto de los lugares como de los corazones: porque si en nuestra alma llevamos un deseo y amor sincero del reposo, aun en medio de las ciudades estaremos libres de las iniquidades. (S. Juan Crisóst., lib. 2, c. 3, sent. 169, Tric. ibid., p. 333.)"

–"De allí, del Claustro está desterrado el mío y el tuyo, que es lo que todo lo pervierte y perturba, porque en ellos todo es común, la mesa, la casa y el vestido: y lo que más admira, todos tienen un mismo corazón; todos son nobles con la misma nobleza; siervos con la misma esclavitud; libres con la misma libertad; unas mismas las riquezas de todos, y son las verdaderas riquezas; una gloria que es la verdadera gloria. Porque sus bienes consisten en las mismas cosas, y no en los nombres que las dan. Allí el deleite es uno mismo, uno el contento, uno el deseo, y una la esperanza de todos; allí todo está ordenado con la mayor exactitud, como si fuera medido con alguna regla, o pesado con alguna balanza; allí no hay desigualdad, sino el sumo orden, moderación y uniformidad, y la inefable diligencia en conservar la concordia, y una continuada y perpetua materia de alegría. (S. Juan Crisóst., lib. 3, adver. vitup. vit. Monast., c. 10, sent. 14, adic. Tric. ibid., p. 455.)"

"El retiro sustenta la oración como la madre su niño: la oración es una manifestación de su gloria, que Dios nos ofrece en el secreto de nuestro corazón: porque cuando cerradas todas las puertas de nuestros sentidos habita Dios con nosotros y nosotros con Dios, y cuando libres de los impedimentos y tumultos del mundo logramos la libertad de ocuparnos en las cosas de nuestro interior, y vivir con nosotros mismos, entonces nos hallamos en estado de ver como patente el reino que Dios ha establecido en nosotros. Porque el reino de los cielos, o por mejor decir, del Señor de los cielos, está dentro de nosotros, como expresamente lo dijo Jesucristo. (S. Juan Damasceno, de Transfig. Domini, sent. 8, Tric. T. 9, p. 292 y 293.)"

"La Santísima Virgen hablaba tan poco, que la Escritura no cita más que cuatro circunstancias en que aquella Inmaculada e incomparable Virgen haya dicho algunas palabras: 1.º, en la anunciación; 2.º, cuanto entonó su sublime cántico Magnificat, en la visita que hizo a su prima Isabel; 3.º, cuando habiendo perdido a Jesucristo le halló en

el templo después de tres días: 4.º, en las bodas de Caná en Galilea... ¿Qué nos dice de esta Señora el Evangelio, respecto al silencio? Que todo cuanto oía a su divino Jesús, lo guardaba en su corazón, para después de la Ascensión de su divino Hijo, decírselo y explicárselo a los Apóstoles. Como Maestra de éstos y de los Profetas Reina como la dice la Iglesia, Moisés, Isaías, Jeremías, los Proverbios y el Penitente Rey encomian tanto el silencio, diciendo este último: Guardar silencio, cerrar el oído y pasar de largo, es lo que conviene hacer cuando os insultan... Me hacía el sordo, dice, y me hacía el mudo. (Psalm. 37-14, Barbier., T. 4, p. 524.)"

"Esté todo hombre pronto a escuchar, pero tardo a hablar, dice el Apóstol Santiago. (I. v. 19, Barbier, ibid., ibid.)"

"Así como elegís lo que habéis de comer, dice San Agustín, elegid también las palabras que habéis de decir. (In Psalm. 51, Barbier, ibid., ibid.)"

"Hablad con obras y no con la lengua, añade el mismo Santo Padre. (Serm. 32, in Evang. Luc., Barbier, ibid., ibid.)"

"El solitario estará sentado, y se callará. Todo en él y alrededor suyo guardará silencio, dice San Bernardo: estará al abrigo de las turbaciones, de las agitaciones, de las sugestiones diabólicas, de los tormentos y de los deseos de la carne, y de los turbulentos ruidos del mundo. (Serm. 1, de Ss. Petro et Paulo, Barbier, T. 4, p. 526.)"

"El silencio inflama el corazón de amor a Dios, dice San Francisco de Asís. (In ejus vita, S. Bono, Barbier, ibid., ibid.)"

"(Séneca, dice, que el que no sabe callar, no sabe hablar; y Catón, el silencio no daña a nadie, y romperlo, es muchas veces perjudicial.) (Barbier, ibid., p. 524.)"

Sobriedad.– "Nuestras camas no deben ser demasiadamente blandas y delicadas, sino de una moderación correspondiente a un cristiano. No hemos de tomar el sueño como quien se abandona enteramente al descanso, sino como un breve alivio para el cuerpo; no nos debemos entregar al sueño por ociosidad y pereza, sino para recobrarnos de nuestras fatigas; debemos dormir, de suerte, que despertemos con facilidad. (S. Clemente, Pedagogo, sent. 4, lib. 2, c. 9, Tric. T. 1, p. 223.)"

"Yo alabo y admiro la antigua costumbre de los lacedemonios, que sólo permitían el oro y los vestidos muy ajustados a las mujeres mundanas, procurando por este medio desarraigar el lujo de las mujeres honradas, permitiéndole solamente en las abandonadas al vicio. (S. Clemente, sent. 6, ídem ídem, Tric. ídem, p. 224.)"

"Dios ha dispuesto por obra suya al hombre la comida y la bebida, para que se conserve, no para que se entregue al deleite. (S. Clemente, Pedagogo, lib. 2, c. 1, sent. 2, adic. Tric. T. 1, p. 349.)"

"De ningún modo se ha de permitir a las mujeres que manifiesten descubierta alguna parte de su cuerpo a la vista de los hombres, para que no caigan unas y otros: éstos, porque las excitan a mirar; aquéllas, porque arrastran hacia sí los ojos de los hombres. Siempre nos debemos portar con honestidad, como que está presente Dios. (S. Clemente, ídem, ídem, sent. 3, adic. Tric. ídem, ídem.)"

–"San Pablo quiere que esté lejos de las mujeres la vanidad de los adornos: porque si son hermosas, la naturaleza es suficiente: no pelee el arte contra la naturaleza; es decir, no litigue jamás el engaño con la verdad. Pero si por naturaleza son feas, con lo mismo que se ponen arguyen lo que les falta. Aquéllas, pues, que sirven a Jesucristo, conviene que abracen la frugalidad. (Idem, ídem, c. 10, sent. 7, adic. Tric. T. 1, p. 150.)"

"Una mujer perfecta, esto es, cristiana y casta, lejos de procurar excitar deseos, ha de mirar esto con horror: pues sabemos que el cuidado de agradar con la hermosura del cuerpo, que arrastra, naturalmente, a la lascivia, proviene de una conciencia herida que perdió la rectitud. ¿Por qué trabajáis por suscitar el mal en vosotras mismas? ¿Por qué despertáis en los otros los deseos de unas cosas que por vuestra profesión debéis estar distantes de desear? Por otra parte, nosotros no debemos abrir la puerta a las tentaciones que por sí nos arrastran alguna vez con su violencia, o pueden por lo menos causar con los malos pensamientos movimientos peligrosos. Dios aparte de todos los cristianos este mal. (Tertuliano, lib. de los adornos de las mujeres, c. 20, sent. 18, Tric. T. 1, p. 200.)"

"En los vestidos y adornos del cuerpo no debemos pasar los términos de la decencia y el aseo: pretendiendo en todo agradar a Dios, pecan contra esto las que usan colores postizos, pues dan a entender que les desagrada la obra de Dios y que hallan que enmendar en ella, y de este modo reprenden tácitamente al Criador. En efecto, ¿no merece reprensión tomar de su mayor enemigo el demonio estos artificios que añaden a la obra de Dios? (Tertuliano, ídem, c. 5, sent. 19, Tric. ídem, p. 201.)"

"Adornadas, oh mujeres, con las virtudes que os enseñan los Apóstoles y los Profetas, sujetad vuestras cervices al marido, y estaréis bastante adornadas: ocupad vuestras manos en trabajar lana, fijad vues-

tros pies en vuestra casa, y le serán a vuestros esposos más agradables que si brillaran con oro y piedras preciosas; vestid la seda de la probidad, el lino puro de la santidad, la hermosa púrpura de la castidad: do vayáis así adornadas, y será vuestro amante Jesucristo. (Tertuliano, ídem. c. 13, sent. 20, Tric. ídem, ídem.)"

"Vosotras solamente debéis agradar a vuestros maridos, y en tanto los agradaréis, en cuanto no procuréis agradar a otros: las que tenéis la bendición, estad seguras: ninguna mujer es fea para su marido. No es de cristianas pensar que si moderan el adorno han de incurrir en el odio y aversión de sus esposos. Todo esposo pide la castidad. El fiel no mira a la hermosura, porque los cristianos no nos dejamos llevar de los mismos bienes que los gentiles. (Tertuliano, lib. cult. foemin., c. 2, sent. 18, adic. Tric. ídem, p. 364.)"

"Por los concursos y el recíproco deseo de ver y ser vistas salen al público las pompas y vanidades, o para negociar lascivia, o para insolentarse con la vanagloria. (Tertuliano, ídem, ídem, sent. 19, adic. Tric. ídem, p. 364.)"

"A la pureza cristiana no la basta el ser: necesita parecer: puede ser tanta su plenitud, que salga del corazón al vestido, y de lo interior de la conciencia prorrumpa a la superficie, para que por fuera la mire como alhaja suya propia, conveniente para contener perpetuamente la fidelidad. Se han de sacudir del ánimo las delicias: con su blandura y abundancia, puede afeminarse el valor de la fe. (Tertuliano, ídem, c. 13, sent. 20, adic. Tric. ídem, p. 364 y 365.)"

–"¿Qué expresiones serán suficientes para contar la felicidad de aquel matrimonio que la Iglesia concilia, la oblación le confirma, los Angeles le sellan, y el Padre le acepta? ¿Qué yugo como el de dos fieles que viven con una misma esperanza, un mismo deseo, una misma doctrina y una misma servidumbre? Ambos hermanos, y ambos consiervos. Juntos oran. Juntos pasan los ayuno,s mutuamente se llevan, y mutuamente se exhortan. Iguales en la casa de Dios, iguales en el matrimonio de Dios. En los trabajos, en los refrigerios, ninguno se oculta del otro, ninguno huye del otro, y ninguno de los dos es molesto a su consorte: libremente visitan los enfermos y sustentan a los necesitados. Las limosnas sin tormento, los sacrificios sin escrúpulo, y el cotidiano ejercicio sin impedimento. No hay que persignarse furtivamente, es intrépida la congratulación, no es muda la bendición: resuenan entre los dos los Salmos y los himnos, y mutuamente se excitan sobre quién cantará mejor a su Dios; se alegra Cristo que

tales cosas oye y ve. A estos es a quienes envía su paz. En donde están dos, allí está El; y en donde está, no está el malo... No es lícito a los fieles casarse de otro modo; y aunque fuese permitido no les convendría. (Tertuliano, lib. 2, ad exhor., c. 5, sent. 21, adic., Tric. ídem, p. 365 y 366.)"

–"¿Cuándo se verificará que comamos a gloria de Dios? Cuando no comamos como esclavos del vientre por el placer de comer, sino como buenos obreros de Dios, con el fin de estar más fuertes y capaces de cumplir lo que nos manda. (S. Basilio, interrog. 196, sent. 71, Tric. T. 3, p. 203.)"

"Jamás nos hemos de aficionar a cosa alguna en donde entre el deseo del placer que suele mezclarse con ella. Primeramente nos hemos de guardar mucho de contentar el gusto, como que éste es el más antiguo origen, y como padre del vicio. (S. Greg. de Nisa, de Virg., c. 21, sent. 31, Tric. t. 4, p. 119.)"

"Es necesario seguir en nuestra vida esta regla exacta de templanza: no poner jamás por fin de nuestras acciones la sensualidad, sino sola la necesidad de usar de las cosas en los objetos en que se halla mezclado el placer: porque, sin duda, muchas veces sucede que el placer está junto con la necesidad de usar de las cosas, y la misma necesidad sazona de ordinario y da gusto a las viandas que es preciso comer. Pero como no hemos de despreciar la necesidad de comer por causa del placer que le acompaña, así tampoco se debe tener por fin principal el placer, sino que siguiendo y amando lo que hay útil en todas estas cosas, es preciso no poner la intención solamente en lo que agrada a los sentidos. (S. GReg., ibid., sent. 32, Tric. ibid., p. 119.)"

"Es necesario guardarnos igualmente de uno y otro exceso, es a saber, de sepultar nuestra alma en la gordura del cuerpo, concediéndole todos los gustos y delicadeces de la vida, y de extenuar el cuerpo con la demasiada maceración, de modo que se reduzca a no poder aplicarse al trabajo y ejercicios de la virtud: teniendo presente aquellas palabras de la Escritura: Ninguno se extravíe a la derecha ni a la izquierda. (S. Greg. de Nisa, ibid., c. 22, sent. 33, Tric. ibid., p. 120.)"

"Es preciso cuidar de que no esté la carne tan delicadamente cuidada ni tan bien nutrida que no quiera dejarse gobernar: ni se trate con tanto rigor y austeridad que se la debilite demasiado, y de tal modo, que pueda cumplir con los ejercicios necesarios: porque el fin de la perfecta continencia no ha de ser simplemente el afligir el cuerpo, sino facilitar los ejercicios del espíritu. (S. Greg. de Nisa, ibid., sent. 34, Tric. ibid., p. 120.)"

"Hasta los ojos son puros en el hombre modesto, por lo que huye de aquellos espectáculos que incitan a la lujuria. (S. Greg. de Nisa, vit. mor. interp., sent. 3, adic. Tric. ibid., p. 357.)"

"Tener lo que basta al deseo es estar rico. La frugalidad tiene medida; la renta, no la tiene. (S. Ambrosio, de Abs., lib. 2, sent. 11, adic. Tric. ibid., p. 396.)"

"¿Qué hace el blanco y encarnado sobre el rostro de vuestra mujer cristiana, sino encender y conservar el amor profano, y publicar el desarreglo del alma? Estas composturas nada tienen del Señor; son invención del demonio. ¿Con qué confianza podrá una cristiana levantar al cielo el rostro, que no reconoce en ella Aquel que se lo formó? (S. Jerón., sent. 15, Tric. T. 5, p. 241.)"

"Ni la afectación de los vestidos desaliñados, ni el demasiado aseo convienen al cristiano. (S. Jerón., Ep. ad Eustoch., c. 22, sent. 22, Tric. ibid., p. 242.)"

"Cuando el Apóstol San Pedro arregla el modo de vestirse las mujeres, no pretende obligarlas a ir sin aseo ni limpieza, ni con vestiduras cubiertas de remiendos: solamente quiere moderar el exceso, y cercenar la superfluidad de sus adornos, encomendándolas en todo la sencillez y la modestia. (S. Paulino, Ep. ad Celantiam, sent. 29, Tric. ibid., p. 333 y 334.)"

"Procurad que la gravedad y seriedad no excedan los justos límites de la moderación, no sea que degenere en una severidad extremada, incómoda a todo el mundo: porque hay una alegría espiritual que siendo honesta y decente, contribuye para unirnos más a Dios, y regocija y atrae agradablemente a los que quieren ir al Señor. (S. Juan Crisóst., Religiosum facetiis, sent. 255, Tric. T. 6, p. 353.)"

"Advierte Moisés a los israelitas, que cuando comen y beben, se acuerden del nombre del Señor, su Dios; porque el tiempo de los placeres es peligroso, y fácilmente borra en nuestras almas la memoria de Dios. (S. Juan Crisóst., Homil. 16, c. 7, sent. 267, Tric. ibid., p. 355.)"

"No cuidéis de vuestra carne para satisfacer los deseos desordenados. No nos prohibe el Apóstol tener cuidado de nuestra carne: solamente no quiere que procuremos satisfacer sus deseos en aquellas cosas que exceden el uso necesario para la vida: no cuidéis, pues, de vuestra carne para la sensualidad, sino para la salud. Pues no es verdaderamente cuidarla encender un brasero que la consuma. (S. Juan Crisóst., Homl. 24, c. 13, sent. 295, Tric. ibid., p. 362.)"

"Comed solamente lo necesario para satisfacer el hambre; no uséis otros vestidos sino los que pide la necesidad de cubrir el cuerpo: pues no se debe buscar la hermosura del traje para adornar el cuerpo, por no perderle, pretendiendo hermosearle, y por no hacerle malsano, haciéndole más delicado. Gobernad, pues, vuestro cuerpo con tal templanza, que le tengáis siempre pronto para cumplir con lo que le pide el espíritu. (S. Juan Crisóst., Homil. 24, c. 13, sent. 296, Tric. ibid., ibid.)"

"¡Cómo podría ser que el que nos ha prometido el reino de los cielos acompañado de tantos bienes, no nos diese los de la presente vida! mas no le pidamos lo superfluo; deseemos sólo lo que es necesario; no nos apartemos de esta máxima: que debemos contentarnos con lo suficiente para vivir, porque este es el medio de ser siempre ricos. No busquemos, pues, más que el alimento y el vestido, y tendremos todo lo necesario, y aun otros bienes mucho mayores. (S. Juan Crisóst., Homil. 16, Tric. ibid., p. 364.)"

"Si nos redujéramos a lo necesario, tendríamos mucho superfluo; pero si andamos buscando cosas inútiles, jamás tendremos lo necesario. (S. Agust., Psalm. 146, sent. 173, Tric. T. 7, p. 470.)"

"Pues no debemos servir a todos los deseos, ni conceder a la carne todo lo que pide; no podemos menos de advertir que se nos manda la moderación de la templanza, de suerte, que a la carne sujeta al juicio de la razón, no se la conceda lo superfluo, ni se la niegue lo necesario. En otra parte, dice el Apóstol: Ninguno aborrece su propia carne, antes bien, la sustenta y conserva. Es preciso, pues, sustentarla, no para los vicios y la lascivia, sino en cuanto pueda ayudar al espíritu para servir a Dios. (S. León, Papa, Serm. 69, c. 5, sent. 58, Tric. T. 8, p. 396.)"

"Aquél es distribuidor laudable de los vestidos y alimentos de los pobres, que sabe que en los necesitados viste y alimenta a Jesucristo: pues dijo el mismo Señor: Siempre que lo hicísteis con uno de mis hermanos, lo hicísteis conmigo. (S. León, Papa, Psalm. 51, c. 3, sent. 74, Tric. ibid., p. 402.)"

T

Teatro.– "No sin elegancia podría alguno llamar a los teatros cátedra de pestilencia: porque la junta que allí se hace está sacrificada a las maldiciones. Estas juntas están llenas de iniquidad y confusión, y la misma ocasión de congregarse es causa de la torpeza. Prohíbanse, pues, los espectáculos y discursos que están llenos de maldad, de palabras obscenas y ociosas, dichas con temeridad. Porque ¿qué historia puede haber tan torpe que no se manifieste en los teatros? ¿Qué palabra impura que no pronuncien los bufones y cómicos que pretenden excitar la risa? (S. Clemente, Pedagogo, lib. 3, c. 5, sent. 9, Tric. T. 1, p. 151.)"

"La obligación que tenemos de apartarnos de todo género de impureza nos prohibe la asistencia a los teatros: ellos son una escuela de impureza, donde se aprueba cuanto fuera de ellos se condena. (Tertuliano, lib. de espectáculos, c. 17, sent. 13, Tric. ibid., p. 199.)"

"Las leyes excluyen a los farsantes de todos los empleos honoríficos y dignidades. ¿No es un claro testimonio de que es mala una cosa, el notar con infamia a los que la ejecutan, y cuando al mismo tiempo que tanto agradan, se les mira como a infames? (Tertuliano, ibid., c. 22, sent. 14, Tric. ibid., ibid.)"

"¿Podrá alguno meditar en Dios en la comedia, en un lugar en donde nada se trata de Dios? ¿Aprenderá alguno a ser casto, cuando se halla transportado del placer de la representación? Lo más escandaloso en los teatros es el excesivo adorno de las mujeres con todo el artificio posible: la uniformidad o variedad de sentimientos y demostraciones de los espectadores, aprobando o desaprobando la representación, contribuye mucho para promover un trato libre y familiar y encender en el corazón las llamas de la impureza. Nadie asiste a la comedia con otro destino que el de ver y ser visto. Pidamos a Dios que arranque del corazón de los cristianos la afición a un placer tan

pernicioso. A la verdad, ¿no es una cosa extraña el pasar desde la Iglesia de Dios a la del diablo? ¡Emplear esas mismas manos que acabáis de levantar a Dios, en aplaudir a cómicos y bufones, y alabarlos con la misma boca que dijísteis amén al recibir el santo cuerpo del Señor! (Tertuliano, ídem, c. 25, sent. 15, Tric. ídem, ídem.)"

"Si los cristianos quieren dar algún tiempo a los placeres, ¿cómo son tan ingratos al Señor que no quieren conocer el gusto de las delicias que El les ofrece, y les da a gustar aun en esta vida, y contentarse con ellas? En efecto, ¿qué cosa hay más agradable que el reconciliarse con Dios, nuestro Padre y Señor, reconocer los errores, adquirir la luz de la verdad, y alcanzar el perdón de tantos y tan grandes pecados? ¿Puede haber delicia mayor que la que da el disgusto de los deleites, la que nos representa como despreciables todas las cosas del mundo, nos deja entera libertad, conserva pura nuestra conciencia, nos tiene contentos en el estado presente y nos quita todo temor a la muerte? (Tertuliano, ídem, c. 29, sent. 16, Tric. T. 1, p. 200.)"

"Si para nosotros es execrable toda impureza, ¿cómo ha de ser lícito oír lo que no es permitido hablar, sabiendo que la chocarrería y toda palabra ociosa está condenada por Dios? ¿Cómo ha de ser lícito mirar lo que es delito ejecutar? ¿Por qué aquellas cosas que, pronunciadas con la boca se comunican al hombre, no se le comunicarán también cuando las admite por los ojos o por los oídos, supuesto que por estos sentidos llegan al espíritu, y no puede éste estar limpio cuando sus ministros se manchan? (Tertuliano, ídem, c. 17, sent. 11, Tric. ídem, p. 361 y 362.)"

"La obra de las máscaras, representada, pregunto: ¿cómo ha de agradar a Dios, que prohíbe que se haga toda semejanza. ¡Cuánto más prohibirá la de sí mismo! (Tertuliano, ídem, c. 23, sent. 13, adic. Tric. ídem, p. 362.)"

"Nada de las cosas que se destinan para los espectáculos es agradable a Dios, y lo que no es agradable al Señor, no puede ser conveniente a sus siervos. (Tertuliano, ídem, c. 24, sent. 13, adic. Tric. ídem, ídem.)"

"Demos que haya algunas cosas en los espectáculos que sean dulces, gratas y sencillas, y aun honestas; pero ninguno templa el veneno con hiel, sino con sazonados y sabrosos condimentos; y sé mucho de este mal en las cosas dulces; de este modo, cuando el diablo dispone la bebida mortal, la mezcla con cosas muy agradables y muy del gusto de Dios. Todas las cosas que allí se ven, sean fuertes,

sean honestas, sean sonoras, sean delicadas, míralas como gotas de miel que caen de un destiladero envenenado: no mires tanto a la gula del deleite como al peligro. (Tertuliano, ídem, c. 27, sent. 14, Tric. ídem, ídem.)"

"Delicado eres, cristiano, si en este mundo deseas el deleite; y aun demasiado necio, si esto lo tienes por delicia. (Tertuliano, ídem, c. 28, sent. 15, adic. Tric. ídem, p. 363.)"

"El teatro conmueve nuestros sentidos, aviva nuestras pasiones, destierra el pudor y la castidad de los corazones más honrados y modestos. (S. Cipriano, en la 1.ª Carta a Donato, sent. 2, Tric. ídem, p. 295.)"

"Todo cuanto pasa a en esas representaciones perniciosas es vergonzoso e inclina al mal: las palabras, los vestidos, los pasos, la voz, el canto, las miradas, los gestos, el son de los instrumentos, los mismos asuntos y enredos de los comediantes: todo está lleno de veneno y todo respira impureza. (S. Juan Crisóst., Homil. 38, sent. 59, Tric. T. 6, p. 310.)"

"Si no hubiera espectadores, no hubiera representantes ni espectáculos; y de este modo, por ser los unos y los otros causa del pecado, tanto unos como otros serán castigados en el fuego de la otra vida. (S. Juan Crisóst., ibid., sent. 60, Tric. ibid., ibid.)"

"En el teatro todo es risa, torpeza, pompa diabólica, disipación, inútil empleo del tiempo, preparación de la concupiscencia, escuela de la deshonestidad y de la intemperancia, exhortación y ejemplos de torpeza... Luego son muchos los males que introducen en las ciudades los teatros: grandes, por cierto. (S. Juan Crisóst., Homil. 42, c. 19, sent. 19, adic. Tric. T. 6, p. 459.)"

Temor de Dios.– "¿Podemos formar buena opinión de un pecador, que estando postrado en tierra y viéndose herido, amenace a los que están de pie, sanos y robustos; y que con ser un sacrilegio se queja de los sacerdotes, porque no quieren permitirle que reciba tan presto el cuerpo del Señor con unas manos todavía manchadas; y porque no consienten que beba la sangre de Jesucristo con una boca corrompida? ¡Oh furioso e insensato! Reflexiona bien cuánta es tu locura, pues te irritas contra Aquel que procura apartar de ti la divina indignación. Tú estás amenazando al que implora por ti la misericordia del Señor; al que siente la llaga de tu alma, que tú mismo no sientes; al que está derramando lágrimas por tus culpas, cuando acaso tú no las derramas por ti mismo. (S. Cipriano, lib. de Lapsis, sent. 14, Tric. T. 1, p. 299.)"

"Vosotros queridos hermanos, que vivís en el temor de Dios, considerad vuestras culpas con color y arrepentimiento, y sin desesperar de la misericordia de Dios, no presumáis todavía que ya la habéis conseguido. A proporción que Dios es bueno y condescendiente con la ternura de Padre, también es terrible por la majestad de juez: y así es preciso que la abundancia de vuestras lágrimas corresponda a la enormidad de nuestras ofensas. Empleemos mucho cuidado y mucho tiempo en curar una llaga profunda, y no sea nuestra penitencia menor que nuestro delito. (S. Cipriano, ibid., sent. 15, Tric. ibid., ibid.).

"Nadie se deja penetrar del temor de las cosas que están por venir; nadie considera con este mismo temor y temblor el día de Dios, aquel día grande de la indignación divina. Si tuviéramos fe para considerar estas cosas, también tendríamos temor; mas porque no las creemos, no las tenemos: si de verdad creyésemos, trabajaríamos por evitarlas, y poniendo de nuestra parte, seguramente nos libraríamos de tanto mal. (S. Cipriano, sent. 17, Tric. ibid., p. 300.)"

"Aquel debe temer la muerte, que no quiera ir a Cristo, y aquel le corresponde no querer ir a Cristo, que no cree que empieza a reinar con Cristo. Escrito está que el justo vive de la fe. Si eres justo y vives de la fe, si crees verdadderamente en Dios ¿por qué habiendo de estar con Cristo y seguro de la promesa del Señor, no abrazas el que te llamen a Cristo? ¿Cómo no recibes parabienes de no poder ser ya esclavo del demonio? (S. Cipriano, Tract. de mortal., sent. 17, adic., Tric., ibid., p. 384.)"

"Vos habéis dado la herencia a los que temen vuestro nombre. ¿Qué herencia es esta? No lo dice, y nos deja el cuidado de investigarlo. Prometió Dios a los israelitas por boca de Moisés, una tierra en la que había de correr la leche y la miel: pero a nosotros nos deja buscar la herencia que da él a los que le temen. Esta la hallaréis en las bienaventuranzas que señaló nuestro Salvador, cuando dijo: Bienaventurado los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. También tenemos esta promesa del Salvador: Recibirá mucho más en este siglo, y en el futuro tendrá por herencia la vida eterna. En el Salmo 15 está bien señalada esta herencia con estas palabras: El Señor es la porción que me ha tocado en herencia y que me ofrece mi cáliz. Vos, Señor, me dais mi herencia, y ésta para mi es la más excelente. (Eusebio de Cesárea, sent. 4, Tric. T. 2, págs. 83 y 84.)"

"Alegraos en Dios, que es nuestro socorro. Lo que este salmo –cuyas palabras empiezan convidando a una alegría divina– dirige a

los judíos, se nos dice a nosotros, los que hemos sido llamados de entre los gentiles, para que vivamos vigilantes, no nos suceda también caer en las mismas desgracias. (Eusebio de Cesárea, sent. 5, Tric. ibid., ibid.)"

"No hay justo alguno que deba pasar un solo día sin temor, sabiendo que no hay día que no esté lleno de lazos contra él de parte del demonio y de sus ángeles, que sin cesar conspiran a su perdición. Por otra parte, sabe que el gran día del Señor está oculto, y que será repentino como la irrupción del ladrón nocturno. (S. Hilario, in Psalm. 137, sent. 17, Tric. T. 2, p. 201.)"

"Escrito está: Servid a Dios con temor, y alegraos en El para que la suavidad del gozo temple lo servil del temor, y porque el mismo temor nos causa de algún modo alegría con el testimonio que nos da muestra conciencia de ser fieles en el servicio de Dios: mas recelando que el exceso del gozo no pasase los límites de una justa moderación, dice también el Salmista: Alegraos en el temor, porque un gozo libre de toda aprensión pudiera borrar en nosotros el temor de Dios. Las palabras del Profeta van señalando este orden: Que el temor nos detenga en el servicio de Dios; que el gozo modere este temor; que el cuidado del peligro que viene después, contenta este gozo en los justos límites. Añade todavía el Profeta: Abrazad la disciplina, para enseñarnos que este temor acompañado con el gozo, y este gozo, templado con el cuidado, conspiran solamente al servicio de Dios y a la obediencia de su santa ley. (S. Hilario, in Psalm. 2, sent. 23, Tric. ibid., p. 263.)"

"No es poco el daño que el pastor se está haciendo a si mismo entretando que duerme fuera del redil de sus ovejas: pues la negligencia y descuido de los pastores es el contento de los lobos. (S. Efrén, de Timore Dei, sent. 1, adic., Tric. T. 3, p. 366.)"

"Si alguno por pereza o flojedad, se descuida en implorar los auxilios de la gracia, no acuse a la divina gracia si se ve desamparado, acúsese a sí mismo. (S. Efrén, ibid., sent. 2, adic., Tric. ibid., ibid.)"

"La penitencia sacrifica los pecadores, pero les vuelve a dar la vida: primero les mortifica, y después los resucita. Es la penitencia un horno excelente, porque le echan metal despreciable y le convierte en oro. (S. Efrén, ibid., sent. 3, adic., Trib. ibid., ibid.)"

"Sólo una cosa habéis de temer, y es el temer a otro más que a Dios. (S. Greg. Nacianc., Orat. 6, sent. 13, Tric. ibid., p. 353.)"

"En todo tiempo y en toda ocasión es preciso poner la esperanza y

confianza en Dios: el temor nos debe contener en la prosperidad, y la esperanza en la adversidad. En tiempo de la bonanza se debe pensar en la tempestad que puede sobrevenir; y durante la tempestad confiar en el cuidado del que tiene el timón de nuestro gobierno. (S. Greg. Nacianc., Orat. 17, sent. 32, Tric. ibid., p. 357.)"

"Cuanto más vamos creciendo en perfección con la práctica de los divinos mandamientos, más motivos tenemos de temer, que, inchada nuestra alma con el conocimiento de su propia virtud, y cayendo en el deseo de ser alabada, se deje arrebatar de algún exceso de orgullo que la mancha con la presunción, cuando se considera más virtuosa. (S. Ambrosio, Epist. 84, Tric. T. 4, págs. 348 y 349.)"

"Si me preguntáis por qué me retiro al desierto, respondo: que con el fin de evitar las tentaciones y combates. Me diréis que esto no es pelear, sino huir. En esto confieso mi flaqueza: no me atrevo a combatir con la esperanza de vencer por temor de que algún día no pierda la victoria. No logro la victoria cuando huyo, pero huyo porque temo ser vencido. Jamás tiene seguridad el que duerme al lado de una serpiente. (S. Jerónimo ad Vigilantium, sent. 45, Tric. T. 5, p. 246.)"

"La verdadera unión y amistad es la que se estrecha con el lazo de Jesucristo, y no se funda en utilidades temporales, en la familiaridad, en la condescendencia, ni en la lisonja, sino en el temor de Dios y en un amor igual al de las divinas Escrituras. (S. Jerónimo, ad Paul., Ep. 53, sent. 54, Tric. ibid., p. 247.)"

"Nada temamos sino a Dios, y nada amemos sino a El. (S. Paulino, Ep. 9, ad Amand., sent. 13, Tric. ibid., p. 331.)"

"Lloró Jesucristo la muerte de Lázaro, luego os es permitido llorar, pero con moderación, con reserva y con temor de Dios. (S. Juan Crisósto., Homl. 62, in Joann, sent. 87, Tric. T. 6, p. 316.)"

"El Profeta nos enseña lo que debemos temer, y nos dice: que ni la pobreza, ni la vergüenza, ni las enfermedades, ni todos los otros males temporales que tan formidables parecen a los hombres, solamente el pecado es digno de temerse. ¿Qué temerá yo en el día malo sino la iniquidad que me ha de seguir? (s. Juan Crisóst., in Psalm. 44, sent. 128, Tric. ibid., p. 323.)"

"Si un hombre tiene tanto temor de Dios que sufre con inexpugnable fortaleza toda suerte de tormentos antes que ejecutar cosa alguna que pertenezca al culto de los ídolos, esta misma fortaleza le adquiera la corona del martirio. Mas yo os digo, que así como este mártir padece con tanto sufrimiento dolores tan intolerables por no adorar a

un vano simulacro, vosotros también manifestaréis en la presencia divina semejante valor cuando lleguéis a sufrir con sumisión los dolores de las enfermedades. Pero me diréis: son mucho más vehementes los dolores del martirio: yo os respondo, que lo de las enfermedades son más largos, y así, ¿por qué no han de ser iguales las consecuencias y los premios? (s. Juan Crisósto., Homil 3, c. 3, ad Thesalon., sent. 361, Tric. T. 6, p. 378.)"

"Temamos, mejor diré, convirtámonos a Dios de todo corazón y así nunca temeremos. La paja teme al fuego, pero ¿qué tiene que temerle el oro? (S. Agust., Psalm. 49, sent. 65, Tric. T. 7, p. 460.)"

"Si tememos ahora llegará el día en que nada tengamos que temer. (S. Agust., Psalm. 98, sent. 145, Tric. ibid., p. 467.)"

"No teman los imperfectos, pero al mismo tiempo no gusten de su imperfección y su flaqueza. (S. Agust., Psalm. 134, sent. 164, Tric. ibid., p. 469.)"

"Temed a Dios, pero de tal modo, que esperéis siempre en su misericordia; huid cuando se indigna contra vosotros, pero huid hacia El para aplacarle, y sin duda le aplacaréis si esperáis siempre en su misericordia. (s. Agust., Psalm. 146, sent. 170, Tric. ibid., ibid.)"

"Si no se empieza por el temor a servir a Dios, nunca se llegará a amarle. (S. Agust., Psalm. 149, sent. 179, Tric. ibid., p. 470.)"

"Según las Divinas Escrituras, el principio de la sabiduría o de los bienes es el temor de Dios; y el fin de esta sabiduría o de estos bienes es una vida adornada de virtudes y de acciones arregladas por la ley del Señor: porque Dios no llama bienaventurados a los ricos, ni a los que viven en las delicias, para los cuales todo prospera: sino a los pobres de espíritu, a los mansos y misericordiosos, a los que tienen hambre y sed de justicia, y padecen sin quejarse el verse maltratados por su amor. (Teodoreto, Discur. 11, sent. 7, Tric. T. 8, p. 263.)"

"Hay un temor inútil, triste y cruel, el cual no consigue el perdón, porque no le pretende; y hay otro temor devoto, humilde y fructuoso que merece fácilmente la misericordia a cualquiera por pecador que sea. Este temor no solamente engendra, nutre y conserva la humildad, sino también la mansedumbre y la longaminidad. ¿A quién no agradará una descendencia tan generosa? Pero los hijos infelices del otro temor, son la pertinacia, la excesiva tristeza, el rencor, el error, el desprecio de lo bueno y la desesperación. (S. Bern., Epist., 87, ad Oger. Canon. Reg., sent. 17, adic., Tric. T. 10, págs. 350 y 351.)"

Tentaciones.– "Ninguno debe exponerse voluntariamente a las

tentaciones y prevenir los tiempos en que Dios nos la envía: cada uno debe suplicarle que no le deje caer en ellas. (S. Basilio, Reg. 62, c. 2, sent. 46, Tric. T. 3, p. 198.)"

"Un cristiano en cada tentación que le sucede, debe traer a la memoria las palabras de la Escritura que vienen a aquel caso, y servirse de ellas como de un fuerte escudo, para que no entren en él los tiros de nuestro enemigo y para poderlos rechazar. (S. Basilio, c. 3, sent. 47, Tric. ibid., ibid.)"

"Para muchos es grande motivo de tentación ver por una parte la prosperidad de los soberbios, y por otra los trabajos de los justos: por no estar bien poseídos de aquella verdad capital con que conocemos claramente, que el premio de nuestros méritos se ha de recibir, no en este mundo, sino en el otro. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 59, Tric. T. 4, p. 324.)"

"Te engañas, hermano mío: te engañas si piensas que el cristiano puede vivir exento de persecuciones. Aun cuando no sientes que te acomete el enemigo, debes creer que entonces acomete con más fuerza: porque nuestro contrario da continuamente vueltas como un león furioso que busca a quien tragar: siendo esto así, ¿podrás persuadirte a que puedas estar en paz? (S. Jerón., Ep. ad Heliot. 14, sent. 3, Tric. T. 5, p. 239.)"

"Si un platero sabe precisamente cuánto tiempo debe dejar el oro en el crisol, y cuándo le debe sacar para que no se pierda y consuma con la actividad del fuego, mejor sabe Dios el tiempo que nos ha de dejar en la tentación para que nos purifiquemos de nuestras manchas, y cuándo nos ha de sacar para que no nos rindamos. No murmuremos, pues, contra El, y no nos desalentemos si nos sorprende alguna aflicción imprevista; arrojémonos en las manos de Aquel que conoce lo que es mejor y sabe cuánto tiempo de tribulaciones se requiera para purificar nuestras almas, y estemos persuadidos a que todo lo hace para muestro mayor bien. (S. Juan Crisóst., Serm. 32, in Paral., sent. 236, Tric. T. 6, p. 348.)"

"Entretando que en esta vida se goza de profunda paz y grande descanso, apenas se juntan coronas para la vida eterna. No busquemos, pues, aquí nuestro premio, y tengámonos por felices cuando, practicando lo bueno, padecemos males; porque Dios no nos dará recompensa por las buenas obras que hemos practicado, sino también por las tentaciones y tribulaciones que hayamos sufrido con paciencia. (S. Juan Crisóst., Homil. 43, c. 16 sent. 323, Tric. ibid., p. 370.)"

"Lo primero que debéis de procurar es desagradaros a vosotros mismos para purificaros de vuestras faltas y convertiros verdaderamente; lo segundo es sufrir las tribulaciones y tentaciones de la vida, perseverando con paciencia hasta el fin. (S. Agust., Psalm. 59, sent. 88, Tric. T. 7, p. 462.)"

"Por medio de las tentaciones adelantamos en la virtud, y ninguno se conoce bien hasta que es tentado; ninguno será coronado si no ha vencido; ninguno puede vencer si no pelea, y nadie puede pelear si no tiene tentaciones y enemigos. (S. Agust., in Psalm. 60, sent. 90, Tric. ibid., ibid.)"

"Es nuestro corazón un campo de batalla en donde siempre se están sucediendo unos a otros los combates: la carne resiste al espíritu, y el espíritu tiene deseos contrarios a la carne. Si vence la sensualidad, se verá el espíritu vergonzosamente degradado de su antigua nobleza, y el que está destinado para mandar, padecerá la miseria de servir. Pero si el alma sujeta a su Criador se contenta con los placeres espirituales, desprecia los deleites sensuales y no permite que el pecado domine en su cuerpo mortal, gozará la razón del mando que le pertenece, y no la sorprenderán las ilusiones del demonio. Cuando la carne es gobernada por el espíritu, y Dios preside en el alma, entonces goza el hombre de la verdadera paz y libertad. (S. León Papa, Serm. quadr., 39, c. 2, sent. 31, Tric. T. 8, p. 389.)"

"Cuando el alma devota padece alguna persecución de parte de los hombres, va a buscar su consuelo y su descanso en la gracia de su Dios, y cuando ve que se aumentan en lo exterior las tempestades de las tentaciones, procura defenderse y abrigarse con la esperanza en Dios, retirándose al puerto tranquilo de su conciencia. (S. Greg. el Grande, lib. 2, c. 24, sent. 3, Tric. T. 9, p. 231.)"

"Dios le cercó las tinieblas. El hombre está rodeado de tinieblas, porque aunque su corazón esté inflamado de los deseos del cielo, ignora las disposiciones secretas de Dios para con él: y puede temer algún día obstáculo para su salvación; porque puede estar ahora oculto bajo las apariencias de sus buenos deseos. El hombre está rodeado de tinieblas, porque muchas veces se olvida de las cosas pasadas, jamás prevee las futuras y apenas conoce las presentes. (S. Greg. el Grande, lib. 5, c. 7, p. 144, sent. 8, Tric. ibid., p. 332.)"

"Cuando las tentaciones impuras no hacen sino mortificar y fatigar a los que las padecen sin poder vencerlos, hagan el efecto que hiciesen, es muy cierto que en vez de dar la muerte al alma con el con-

sentimiento delincuente, sirven más bien para mantenerla y asegurarla más en la humildad: porque reconociendo el alma su flaqueza en la fuerza de la tentación, pone todo su recurso en la divina asistencia, y pierde toda su confianza en sus mismas fuerzas: suerte que se halla más estrechamente unida con Dios, por lo mismo que la hacía temer con dolor que esta infinitamente distante. Somos, pues, incapaces de reconocer cuando nos acercamos a Dios, o cuando nos serparamos, entretanto que no conozcamos el fin de estas cosas dudosas y mudables: pues en cuanto a las tentaciones, es cosa incierta, si nos prueban o nos matan; y en cuanto a los dones de Dios, tampoco se puede saber si son recompensa temporal para los que viven abandonados de Dios en cuanto a la eternidad, o si nos sostiene durante esta vida para guiarnos a lo que está por venir. (S. Greg. el Grande, lib. 9, c. 13, p. 298, sent. 42, Tric. ibid., págs. 246 y 247.)"

"Quieras o no quieras, dentro de tus términos habita el Jebuseo, le podrás sujetar, mas no exterminar. (S. Bern., Tract., de Offic. Ep., c. 5, sent. 43, Tric. ibid., p. 324.)"

Tradición.– "Contra la verdad no puede prescribirse, ni por la confirmación del tiempo, ni por la autoridad de las personas, ni por privilegios o costumbres de provincias. Las costumbres suelen tener principio de una ignorancia, de una simplicidad: y siguiendo el uso de ellas por largo tiempo, vienen a ocupar el lugar de la verdad. Pero nuestro Señor Jesucristo no dijo, yo soy la costumbre, sino yo soy la verdad. (Tertuliano, lib. de velar las vírgenes, c. 1, sent. 22, Tric. T. 1, págs. 201 y 202.)"

"La costumbre que se ha introducido entre algunos, no debe impedir que la verdad venza y prevalezca; porque la costumbre sin la verdad, sólo es antigüedad del error. (S. Cipriano, Ep. 74, ad Pamp., sent. 8, adic., Tric. T. 1, p. 380.)"

"Jamás se debe enseñar cosa alguna de los Santos y divinos misterios de la fe, sin servirse de la tradición y las Escrituras, y para esto no se deben emplear simples razones probables, ni ornamentos del discurso: porque la defensa de nuestra fe no se apoya en la fuerza de la elocuencia humana, sino en los testimonios divinos. (S. Cirilo de Jerusalén, Cath., 4, sent. 4, Tric. T. 2, p. 336.)"

"El que no sigue las pisadas de los padres y no antepone a su voz la propia sentencia, como si fuera mejor, está lleno de presunción. (S. Basilio, Ep,. 300, Canon., sent. 17, adic., Tric. T. 3, p. 384.)"

"Lo que se observa en la Iglesia sin que se halle para ello algún

establecimiento, viene sin duda de la inspiración del Espíritu Santo. (S. Ambrosio, de exces., fratr., sent. 144, Tric. T. 4, p. 343.)"

"Me parece que debo advertiros que se deben observar las tradiciones eclesiásticas y principalmente las que nada perjudican a la fe, del modo que nos las dejaron los que nos han precedido. La costumbre de algunos no debe destruirse por uso contrario de otros: en este punto se puede decir que cada provincia podrá abundar en su sentido. Considera los preceptos de los antiguos como leyes apostólicas. (S. Jerón., Ep. ad Lucin. 71, sent. 27, Tric. T. 5, p. 243.)"

"¿No sabéis que es costumbre de todas las iglesias imponer las manos sobre los bautizados después del bautismo, para invocar sobre ellos el Espíritu Santo? Aun cuanto las Escrituras no autorizasen esta práctica, nos serviría de precepto en este punto el consentimiento de todo el mundo cristiano: pues es cierto que otras muchas cosas que se observan en las iglesias por tradición, han adquirido la misma autoridad que una ley escrita. (S. Jerón., adv. Lucif., sent. 46, Tric. ibid., págs. 246 y 247.)"

"Entre las acciones religiosas se cuentan principalmente estas tres: la oración, el ayuno y la limosna. Todos los tiempos son oportunos para ejercitarse en ellas; pero con especialidad debemos observar con más cuidado el que, por las tradiciones apostólicas, sabemos estar igualmente consagrado. (S. León Papa, Serm. 11, c. 4, sent. 9, Tric. T. 8, p. 384.)"

"Sería digno de nuestros deseos que las ceremonias usadas en la administración de los sacramentos fuesen las mismas en toda la Iglesia: mas la diversidad que en este punto se halla no recae sobre la esencia o substancia de los sacramentos, ni sobre la fe; mejor es tolerarla con paciencia que condenarla con escándalo. (S. Anselmo, sent. 52, Tric. T. 9, p. 356.)"

"En cuanto a ti, conoces mi doctrina, mi vida, mi objeto, mi fe, etc., etc. Y permaneces firme en las cosas que has aprendido y que se te han confiado, sabiendo de quién las has aprendido. No habla San Pablo de la doctrina que se le ha dado por escrito, sino de la que se le ha enseñado y confiado, es decir, de viva voz y por tradición. (Barbier, T. 4, p. 566.)"

"Por esto la Iglesia católica, apostólica, romana ha reconocido siempre una palabra de Dios no escrita. Se ve, dice San Crisóstomo, por el pasaje de San Pablo en la segunda epístola a los tesalonicenses, que los Apóstoles nos han enseñado muchas cosas que no están en la

Escritura y que tenemos obligación de creer. (Orat. 4, Barbier, T. 4, p. 565.)"

"San Agustín protestó altamente de que no creería en el Evangelio sin la autoridad de la Iglesia. (Epist. 157, Barbier., ibid., ibid.)"

"Los ilustres pontífices de Dios, añade San Agustín, han guardado fielmente lo que han aprendido, y entregado a sus hijos, lo que han recibido de sus padres. (Enchir., Barbier, ibid., ibid.)"

"Hemos de tener cuidado de guardar en la Iglesia católica lo que ha sido creído en todo lugar, siempre y por todos... La tradición es la que enseña a la Iglesia que se han de bautizar los niños; que no se han de volver a bautizar los herejes cuando regresan a la Iglesia, y que en vez del sábado se ha de celebrar el domingo. El ayuno de la cuaresma es de institución apostólica. (S. Jerón., Epist., 54 ad Marc., Barbier, T. 4, p. 565.)"

U

Ungüentos.– "Entre nosotros no conviene que los hombres huelan a preciosos ungüentos, sino a la probidad de la vida. Respira la mujer a Jesucristo, que es unción real, y no preciosos ungüentos; únjase siempre con la divina unción de la castidad, y deléitese su espíritu con este ungüento santo. (S. Clemente, Pedagogo, c. 8, sent. 6, adic., Tric. T. 1, p. 350.)"

"Señoras, el mismo Dios es el que de algún modo os ha pintado: no borréis, pues, su pintura que es excelente, y saca todo su resplandor de la verdad y no del disfraz y la mentira: la verdadera belleza no es obra del arte, sino de la gracia. Tú, mujer vana, borras la pintura celestial cuando la cubres con el blanco artificioso, y te aplicas al rostro el colorido que se compra a precio de plata. Eson son unos colores que manchan el alma y no hermosean el cuerpo; son unos colores infieles y engañosos que te seducen: pues no consigues agradar al que pretendías, viendo éste que los atractivos de que te vales para parecer hermosa, son extraños y no propios, y que desagrada mucho a tu Criador cuando ve su imagen tan desfigurada: a la verdad, si sobre la obra de un buen pintor hiciese trabajar otra que la cubriera, ¿cómo había de sufrir el excelente profesor, sin indignarse, que se hubiese mudado todo cuanto él había hecho? No borres, pues la pintura de Dios poniendo sobre ella la que sólo es propio de una mujer perdida: pues no quiere la Escritura que los miembros de Jesucristo se hagan miembros de una prostituta. Cualquiera, pues, que altere y disfrace la obra de Dios, comete un grande pecado. (S. Ambrosio, lib. 6, c. 8, n. 48, sent. 5, Tric. T. 4, p. 313.)"

V

Vanagloria.– "Nada veo en mis entrañas de que poder gloriarme: por lo cual, sólo en Jesucristo me gloriaré. No me gloriaré de ser justo, sino de haber sido redimido. No me gloriaré de estar sin pecado, sino de que Dios me haya perdonado mis culpas. No me gloriaré de haber sido útil a otros o de que los otros lo hayan sido por mí, sino de que Jesucristo ha querido ser mi abogado para con su Padre, y de que derramó su sangre por mí. Mi pecado ha sido, por su bondad, como una mercadería con que he logrado la redención, porque ha sido el motivo de la venida de Jesucristo a redimirme. En este sentido mi propia culpa me ha traído mayor bien que la inocencia, porque la inocencia pudiera haberme sido ocasión de soberbia; pero el pecado me tiene humilde y sumiso a Dios. (S. Ambrosio, de Jacob., vit beat., lib. 1, c. 6, sent. 20, Tric. T. 4, p. 317.)"

"Apartad mis ojos de la vanidad. El que va por el camino de Dios, no se divierte en mirar las cosas vanas, porque Jesucristo es el camino perfecto; de suerte, que todo aquel que verdaderamente está en el que crucificó su carne y quitó la vida a todas las vanidades de este mundo, ya no tiene ojos para mirarlas. Apartemos, pues, nuestra vista de todo lo que es vanidad, para que nuestro corazón no desee lo que descubran nuestros ojos. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 57, Tric. T. 4, p. 324.)"

"Mi alma ha sido presa de mis ojos a la vista de todas las vírgenes de mi ciudad. Cuando la imagen de la hermosura llega a pasar desde los ojos al corazón, mucho trabajo cuesta borrarla con los esfuerzos de un porfiado combate. Por esto debemos evitar con grande cuidado que se detenga nuestro corazón en algún impuro pensamiento, e imponernos una ley de no mirar jamás lo que no se nos permite desear. (S. Jerón, in sent., 71, Tric. T. 5, p. 250.)"

"Nada hay tan diabólico como obrar por ostentación. (S. Juan Crisóst., Homil. 24, ad Corinth., sent. 387, Tric. T. 6, p. 374.)"

"Decimos de ordinario que somos miserables y pecadores; pero si alguno lo dice de nosotros, no lo podemos sufrir. Además de esto, si cuando decimos mucho mal de nosotros mismos, no nos alaban, nos tocan en lo vivo y nos dan mucha pesadumbre. ¿No véis que eso es jugar en lo que no es cosa de juego? Despreciamos las alabanzas deseando recibir otros manjares, y con esta destreza de granjearnos más, sucede que siempre obramos por vanidad, y falsa gloria, y no por la verdad; y de este modo, todas nuestras acciones son vanas y engañosas. (S. Juan Crisóst., Homil. 27, ad Hebr., sent. 389, Tric. ibid., p. 384.)"

"Llama San Pablo necedad hablar de sí, enseñándonos, que si obrásemos alguna cosa buena, no divulguemos lo que hemos hecho, a no ser que haya necesidad o nos precisen. (S. Juan Crisóst., Homil. 11, in Gen., Sent. 11, adic. Tric. ibid. p. 454.)"

"El vicio de la vanagloria es el único o a lo menos, el más terrible para los que son perfectos; porque como es el primero que venció el alma, es el último que ésta vence. (S. Agust., Psalm. 7, sent. 4, Tric. T. 7, p. 454.)"

"Ninguno debe imaginar, por asegurado que se halle en la justicia, que se podrá mantener en ella tan fijamente que no esté expuesto a algún golpe del pecado: porque aunque la justicia que llena el fondo de nuestro corazón ha arrojado de allí la culpa, siempre está el pecado a la puerta de nuestro corazón llamando continuamente para volver a entrar. (S. Greg. el Grande, lib. 8, c. 10, p. 251, sent. 33, Tric. T. 9., p. 240.)"

"El corazón vano imprime en el cuerpo la señal de su vanidad. (S. Bern., Apol. ad Guil., c. 9, sent. 138, Tric. T. 10, p. 330.)"

"Hablando San Bernardo de la vanagloria, dice: Es un mal sutil, un veneno secreto, una peste oculta, el artesano del fraude, la madre de la hipocresía, padre de la envidia, el manantial de los vicios, el hogar de los crímenes, el moho de las virtudes, el gusano roedor de la santidad, y la ceguedad de los corazones: cambia los mejores remedios en enfermedades y no deja producir a la medicina más que languidez. (Serm. 6, in Psalm., Barbier, T. 4, p. 585.)"

"San Crisóstomo llama a la vanagloria madre del Infierno. (Homil. 17, in Epist. ad Rom., Barbier ibid., ibid.)"

"San Basilio la llama el ladrón de las buenas obras. Huyamos, dice, de la vanagloria, insinuante expoliadora de las riquezas espirituales, enemiga lisonjera de nuestras almas, gusano mortal de las

virtudes, arrebatadora insidiosa de todos nuestros bienes. (In const. Monast., c. 11, Barbier, ibid., ibid.)"

"Señor, dice San Agustín, el que se atribuye la gloria de vuestro bien, y no a vos, es un ladrón; es semejante al demonio que quiso arrebataros vuestra gloria. (Soliloq., c. 15, Barbier, ibid., ibid.)"

"¿Qué tenéis, dice el gran Apóstol, que no hayáis recibido? Y si lo habéis recibido, ¿por qué glorificaros de ello como si no lo hubiéreis recibido? (I. Cor., 4-7, Barbier, ibid. ibid.)"

"Han sembrado el viento, dice el Profeta Oseas, y cosecharán tempestades (8-7). Siembran el viento y cosechan tempestades los que hacen una buena obra por vanagloria. (Barbier, ibid., ibid.)?

"Los que siembran cosas vanas, dice San Jerónimo, no reciben más que cosas vanas y estériles. (In Osee, Barbier, ibid., ibid.)"

"Son vanos, han recibido su recompensa; vanos, su recompensa es vana, dice San Agustín: Receperunt mercedem suam, vani vanam. (In Psalm., Barbier, ibid., ibid.)"

"Habéis sembrado mucho y recogido poco, dice el Profeta Ageo; habéis reunido dinero y lo habéis puesto en un saco agujereado (1-6). Los que obran por vanagloria, echan sus obras en un saco roto. (Barbier, ibid., ibid.)"

"Tened cuidado, dice Jesucristo, de no hacer vuestras buenas obras delante de los hombres para que os vean; de otra suerte, no recibiréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos. (S. Matth., 6-1, Barbier, ibid., p. 586.)"

"No os creáis mejores que los demás, no sea que Dios, que sabe lo que hay en el hombre, os juzgue como siendo los peores de todos. (De imit., Christ., lib. 1, c. 7, Barbier, ibid., ibid.)"

"Haced brillar vuestra gloria, dice el Salmista, no por nosotros, Señor, sino por vuestro nombre, por vuestras misericordias y por vuestra verdad. (113-9, Barbier, ibid., ibid.)"

"Señor, dice San Francisco de Asís, guardad vuestro don en mí, porque soy su ladrón cuando os arrebato la gloria y me la atribuyo. (Ita S. Bonav., in ejus vita, Barbier, ibid., ibid.)"

"Sólo a Dios debemos atribuir la gloria de todas las cosas, diciendo con San Ignacio de Loyola: Todo para mayor gloria de Dios. (In ejus vita, Barbier, ibid., ibid.)"

Verdad. – "La verdad puede estar detenida y encarcelada, pero no puede ser vencida: ésta se contenta con el corto número de los que la siguen, y no se asusta con la multitud de contrarios que la combaten. (S. Jerónimo, lib. 5, in Prooe, sent. 66, Tric. T. 5, p. 249.)"

"Los autores paganos dijeron cosas elocuentes; pero el Señor solamente dijo cosas verdaderas. (S. Agustín, Psalm. 139, sent. 165, Tric. T. 7, p. 469.)"

"Cuando Dios no prometiera premio alguno a los que pelean en la verdad, ella sola es tan hermosa que puede obligar a los que la aman, a padecer toda suerte de trabajos por su amor. (Teodoreto, Cart. 21 a Euseb., sent. 3, Tric. T. 8, p. 262.)"

"No busco yo la verdad por medio de las razones humanas, sino en los escritos de los Profetas, de los Apóstoles y de los Padres que fueron siguiendo sus pisadas. (Teodoreto, Diál., sent. 11, Tric. ibid., p. 264.)"

"La infidelidad, que es el manantial de todos los errores, se divide en muchas opiniones diferentes a las que dan los colores que la presta la elocuencia: pero la verdad siempre brilla con sus propias luces. Si unos se ven heridos más vivamente de sus rayos, y otros menos, no se ha de atribuir a las diferentes calidades de la misma luz, sino a las malas disposiciones y a la flaqueza de los que la contemplan. (S. León Papa, Serm. 67, sent. 53, Tric. T. 8, p. 395.)"

"Rendíos prontamente a la verdad: tratando las materias de controversia, separad vuestro espíritu de toda porfía; exponed vuestras razones sin demasiado apego a vuestro modo de sentir. Estad más dispuestos para oír que para hablar. Sed el primero en escuchar a los otros, y el último en decir vuestro parecer, sed los primeros en callar y los últimos en hablar. (S. Anselmo, Exhort. ad contemptum temporalium, sent. 29, Tric. T: 9, p. 346.)"

"Menor mal es el que se origine escándalo que el que se desampare la verdad. (S. Bern., Ep. 78, sent. 73, Tric. T. 10, p. 326.)"

"Alguna vez usa la verdadera amistad de la reprensión; mas nunca de la adulación. (S. Bern., Ep. 142, ad Rom., sent. 30, adic., Tric. T. 10, p. 357.)"

"La verdad, dice Jesucristo, os librará: Veritas liberavit vos (Joann, 8-32). Y ¿de qué os librará la verdad? Del demonio, del pecado, de la esclavitud, de las tinieblas, etc. El amor de la verdad nos pone en comunicación con el Espíritu Santo, porque es el Espíritu de verdad: Spiritum veritatis. (Joann, 14-17). He elegido la vía de la verdad y he guardado vuestros mandamientos, dice el Salmista: Viam veritatis elegi, juditia tua non sum oblitus. (118-30, Barbier, T. 4, p. 597.)"

"Nada podemos contra la verdad, pero algo podemos por la verdad, dice el gran Apóstol: Non possumus aliquid adversum veritatem,

sed pro veritate. (II Cor., 13-8). La verdad está en Jesucristo, dice San Pablo: Est veritas in Jesu. (Ephes, 4-21) La verdad del Señor es eterna, dice el Salmista: Veritas Domini manet in aeternum (116-2). La ley de Dios es verdad, añade el Salmista: Lex tua veritas. (118-142, Barbier, ibid., ibid.)"

"La eternidad y la verdad son de lo alto, dice San Agustín. Por la fe se llega a la verdad, según aquellas palabras de la Escritura: Si no creéis, no comprenderéis. (Lib. de Consensu Evang., c. 35, Barbier, ibid., ibid.)"

"Así es que, 1.º Se necesita la fe para tener y practicar la verdad. 2.º Se necesita la oración. Señor, decía el Salmista, iluminad mi vista para que no me duerma con el sueño de la muerte (12-4). Enviad, Señor, vuestra luz y vuestra verdad: me guiarán, me introducirán en vuestra montaña santa y en vuestros tabernáculos (12-3). 3.º Se necesita una entera sumisión a la infalible autoridad de la Iglesia... (Barbier, ibid., ibid.)"

Virginidad.– "El que pueda guardar castidad, permanezca en este estado con humildad, en reverencia del cuerpo del Señor; mas si se gloría de ello, ya está corrompido. (S. Ignacio, sent. 8, Tric. T. 1, p. 32.)"

"La castidad no es verdadera virtud si no se guarda por amor de Dios. (S. clemente, sent. 10, lib. 3, c. 11, Tric. ibid., p. 125.)"

"Las vírgenes son como las flores del jardín de la Iglesia, los primores de la gracia, ornamento de la naturaleza, obra perfecta, incorruptible, digna de todo honor y alabanza, imagen de Dios. La Iglesia ostenta en ellas la fecundidad que corresponde a la santidad de señora, y tanto mayor es el gozo que recibe esta piadosa Madre, cuanto más se multiplica su número. (S. Cipriano, traje de las vírgenes, sent. 8, Tric. ibid., p. 297.)"

"Una virgen debe proceder en todas sus acciones como que siempre está en la presencia de Jesucristo, su esposo, que todo lo ve: cuanto está sola debe considerar que está presente a sí misma, y mirarse con respeto, además de que siempre está en la presencia de su Angel de guarda, que jamás la deja. (S. Basilio, de Vera, Virg., sent. 28, Tric. T. 3, p. 195.)"

"Santa Justina, viendo el peligro que corría su virginidad, suplicaba con instancias y humildad a la Santísima Virgen que la socorriese. (S. Greg. Nacianc., Orat. 19, sent. 33, Tric. ibid., p. 357.)"

"No solamente es laudable la virginidad porque se halla en los

Mártires, sino porque ella misma hace Mártires. ¡Quién podrá, pues, comprender la excelencia de una virtud que no está comprendida en las leyes de la naturaleza! Del cielo nos vino que imitar sobre la tierra, y no sin causa se tomó del cielo esta admirable vida, pues en el cielo halló su Esposo la virginidad. (S. Ambrosio, de Virg., lib. 21, sent. 134, Tric. T. 4, págs. 340 y 341.)"

"No parece bien en las vírgenes abandonarse demasiado a la alegría, como si no tuvieran motivo de llorar. ¿Por qué no lloran las caídas de los que ofenden a Dios, pues el medio de no caer es llorar las caídas de los otros? (S. Ambrosio de Virg., exhort., sent. 137, Tric. ibid., p., 342.)"

"¿Qué teméis que hacer, sagradas vírgenes, con los hombres del mundo? ¿Qué tenéis que tratar con ellos? ¿Pretendéis, acaso, aprender el camino de la perdición que ellos siguen? Si buscáis la castidad, os engañáis; porque ellos no la tienen: si buscáis, la felicidad ¿hallaréis entre los mundanos alguno que sea fiel? si buscáis a Jesucristo, sabed que no habita en ellos. Habéis consagrado a Dios vuestras almas para destruir al mundo que habéis renunciado? (S. Ambrosio, ad Virg., laps., c. 1, sent. 138, Tric. ibid., ibid.)"

"¿Podremos creer que los consejos de los demás son mejores que los de los Apóstoles? Dice San Pablo: Yo doy consejo, y estos hombres quieren disuadir a todo el mundo para que no abracen la virginidad. (S. Ambrosio, Epist., 82, sent. 161, Tric. ibid. p. 347.)"

"El camino de la virginidad es el mejor: mas por ser tan difícil y elevado, requiere mucha fortaleza para mantenerse en él: el camino de la viudez también es muy bueno y menos difícil que el primero; mas por ser tan áspero y escabroso, pide mucha circunspección y cuidado en las que le pasan. El camino del matrimonio es bueno, y más fácil y llano; pero en él se llega rodeando mucho a la habitación de los santos. Tiene, pues, la virginidad sus premios, la viudez sus méritos, y la castidad conyugal el lugar conveniente a su virtud. (S. Ambrosio, Epist., 82, sent. 162, Tric. ibid., ibid.)"

"¡Oh madre! ¿por qué te parece mal la acción de una hija que ha renunciado al matrimonio? ¡Te enojas porque no ha querido ser esposa de un soldado, por ser esposa de un rey! En esto te ha traído grandes ventajas; pues si se me permitiese decirlo así, te ha hecho suegra del mismo Dios. (S. Jerón., ad Eustoch., cp. 22, sent. 19, Tric. t. 5, p. 241.)"

"Cuando los cuidados del mundo vienen a perturbar el corazón de

una virgen, se puede decir con verdad que se rasga el velo del templo y que desamparándola el esposo con indignación, la dice: Tu casa quedará desierta. (S. Jerón., ibid., sent. 20, Tric. ibid., p. 242.)"

"La virginidad, cuya pureza no se ha empeñado, ni en el espíritu con algún mal pensamiento, ni en el cuerpo con algún sentimiento impuro, es propiamente aquella víctima agradable a Jesucristo. (S. Jerón, Adver., Jovin., lib. 1, sent. 36, Tric. ibid. p. 245.)"

"Jesucristo, Virgen, y María, Virgen, consagraron la virginidad de ambos sexos. Después, los Apóstoles, o fueron vírgenes, o fueron continentes en el matrimonio; últimamente los Obispos, Presbíteros y Diáconos se eligen vírgenes o viudos, o a lo menos con la obligación de observar perpetua continencia desde el punto en que entran en el sacerdocio. (S. Jerón., Ep. 48, ad Pamach., sent. 42, Tric. ibid., p. 246.)"

"La castidad, así como la impureza, se dejan conocer con suficiente claridad por las miradas, por los vestidos, por los pasos y por todos los movimientos de los órganos exteriores que nos descubren visiblemente los afectos del alma. (S. Juan Crisóst., in Isaíam., in c. 3, sent. 155, Tric. t. 6, p. 329.)"

"Job se había puesto una ley de no poner los ojos en doncella alguna, porque sabía que no solamente viviendo con ella en una misma casa, sino también con las miradas demasiadamente curiosas, era, no digo difícil, sino casi imposible no recibir algunas heridas y perjuicios: y esto es lo que había decir a este hombres santo: No quiero ni aún pensar en doncellas. (S. Juan Crisóst., Adv. eos qui subintrod. habet., c. 4, sent. 175, Tric. ibid., p. 334.)"

"La vida crucificada es la raíz y el fruto de la virginidad. (S. Juan Crisóst., lib. de Virg., c. 80, sent. 177, Tric. ibid., p. 335.)"

"Así como la virginidad es mayor bien, aunque el matrimonio no es malo, así también el segundo matrimonio es bueno: el primero y único es mucho mejor. Así como aunque el matrimonio sea un bien, es superior a él la virginidad, del mismo modo son buenas las segundas nupcias, aunque las primeras y únicas sean de mayor perfección. (S. Juan Crisóst., Serm. in illud, Viuda eligatur, n. 5, sent. 213, Tric. ibid., p. 342.)"

"Por derecho divino tiene la devota virginidad la preferencia sobre el matrimonio. (S. Agust., De Sanct. virg., c. 1, sent. 27, adic., Tric. T. 7, p. 486.)"

"Las vírgenes que con el auxilio de Dios conservan casto su cuer-

po, deben con su gracia aplicar todas sus fuerzas por conseguir la pureza de su alma, evitando las largas conversaciones, la murmuración, la envidia y la soberbia, obedeciendo siempre con humildad, ocupándose en la oración y lección y levantándose con fervor para asistir a las vigilias de la noche, así cuando se hacen en el oratorio, como en cualquiera otro lugar. (S. Cesáreo de Arlés, Serm., 30, sent. 5, Tric. T. 9, págs. 44 y 45.)"

"La castidad es la defensa, la perfección y el supremo grado de las virtudes. (S. Juan Damasc., Orat. Transfig. Domini, sent. 1, Tric. ibid., p. 291.)

"La castidad hace que el hombre se acerque a Dios con respetuosa familiaridad y que Dios se acerque al hombre con admirable condescendencia. Esta virtud es lazo del trato más íntimo y secreto entre Dios y el hombre. El reino de los cielos está prometido a la castidad de los corazones puros. Si la carne os tienta con sus peligrosos estímulos, si todavía estáis expuestos a las iniquidades que excita la concupiscencia con sus perniciosas solicitaciones, tened muy presente el pensamiento de la muerte; poned delante de los ojos el día en que habéis de salir de este mundo; fijad vuestra atención en el fin que ha de tener esta vida incierta y frágil, en la que nada hay seguro, sino aquel término en que pasa: pensad seriamente en el juicio que se sigue a la sentencia del Supremo Juez; meditad y repasad muchas veces en vuestro espíritu las devoradores llamas de aquel infierno eterno, y en otros suplicios a cual más horrendos de la desgraciada eternidad. (S. Anselmo, Exhort. ad contemptum temporalium, sent. 6, Tric. ibid., p.s 339 y 340.)"

"La castidad incluye la pureza del alma y del cuerpo. Se consigue y se conserva con la mortificación de la carne y la práctica de las buenas obras. (S. Anselmo, Tract. Ascet., c. 4, sent. 56, Tric. ibid., p. 358.)"

"Peligra la castidad en las delicias, la humildad en las riquezas, la piedad en los negocios, la verdad en el mucho hablar, y la caridad en este mal siglo. (S. Bern., de convers. ad Cler., n. 37, sent. 1, Tric. T. 10, p. 322.)"

Virtud.– "Tres cosas hay muy propias para mantener todas las virtudes, y muy especialmente para conservar la pureza del alma, es a saber: la templanza en la comida, la moderación en las palabras, la modestia en las miradas. (S. Efrén, de Humilit. compar., sent. 21, Tric. T. 3, p. 80.)"

"Muchas veces en castigo de la falta de piedad, permite Dios que caigamos en las mayores culpas. (S. Basilio, Reg. 2, c. 4, sent. 38, Tric. ibid., p. 97.)"

"Cada cristiano debe vivir de tal modo, en cuanto está de su parte, que sirva de ejemplo de virtud a todos los demás. (S. Basilio, Reg. 34, sent. 40, Tric. ibid., ibid.)"

"La perfecta virtud se impone la ley de no dejarse arrastrar de vicio alguno, y de evitar hasta las omisiones y la negligencia. (S. Greg. Nacianc., Orat. 3, sent. 10, Tric. ibid., p. 353.)"

"El cristiano pone en el número de los vicios el no adelantar continuamente en la virtud, el no llegar a ser un nuevo hombre en lugar del antiguo, y el permanecer siempre en un mismo estado. (S. Grego. Nacianc., Orat. 3, sent. 12, Tric. ibid., ibid.)"

"Asimismo hay diferentes géneros de vida para ir a Dios, así hay en su reino diversas habitaciones. Pues unos adquieren la perfección de una virtud, otros la de otra, y algunos las de muchas; y aún habrá quien en alto grado todas las posea. Haga, pues, cada uno por caminar siempre, esfuércese sin cesar por adelantar en el camino, siga cuidadosamente las pisadas del que nos muestra el camino derecho y nos arregla nuestros pasos; y del que haciéndonos pasar el camino y puerta estrecha del Evangelio, nos conduce a la vasta extensión de la celestial bienaventuranza. (S. Gregorio Nacianc., Orat. 16, sent. 26, Tric. ibid., p. 355.)"

"Nada da en esta vida más sólido placer que la memoria de haber vivido bien, el gozo de vivir bien, y la esperanza del premio venidero. La virtud, pues, es en este mundo su mismo premio, y así se ha de considerar, no sólo como obra de los que hacen el bien, sino también como premio de sus obras. (S. Greg. de Nisa, Orat. 3, sent. 15, Tric. T. 4, p. 115.)"

"Procuremos con la mayor aplicación no caer de la perfección a que podemos llegar; poseamos toda cuanta nos sea posible lograr. Estar en tal disposición, que siempre suspiremos por adelantar en la virtud, bien puede ser que sea la perfección de la naturaleza humana. (S. Greg. de Nisa, de vita mor., sent. 2, adic., Tric. ibid., p. 359.)"

"El carácter o señal de una perfecta virtud es la tranquilidad y estabilidad de espíritu. Esta constancia infundió Jesucristo en las almas de los cristianos cuando dijo: Yo os doy la paz. (S. Ambrosio, lib. 2, c. 6, sent. 23, Tric. ibid., p. 318.)"

"No se debe pretender descanso en esta vida, que es paso para la

eterna, y así es preciso siempre caminar: por esto se dice del Sagrado Esposo, que va saltando de monte en monte, y traspasando de un collado a otro collado. De este modo debemos nosotros adelantarnos sin cesar a lo mejor, hasta llegar a aquel Supremo Bien que pueda llenar todos nuestros deseos, y en el que hemos de vivir eternamente. (S. Ambrosio, sent. 28, Tric. ibid., p. 319.)"

"Todo hombre prudente debe advertir que no se nos ha dado esta vida para el descanso, sino para el trabajo, eso es, para procurar, en este mundo no descansar hasta el cielo. A la verdad, ninguno descansa hoy en esta vida: está tan atravesada de males y aflicciones, que la muerte, más que pena, nos debiera parecer remedio. Y aun por esto quiso Dios que fuese tan breve esta vida, para que lo corto de su duración pusiese fin a las penas de que no podría librarla la mayor prosperidad. (S. Ambrosio, lib. 1, in c. 7, Serm. sent. 38, Tric. ibid., p. 320.)"

"Cuánto me alegro cuando veo que viven mucho los que son mansos y sabios, las vírgenes castas y las viudas graves y respetables, para que en sus mismos semblantes y aquel aspecto de gravedad tengan los jóvenes que venerar y que imitar. Me alegro de ver estas personas, no porque tienen que sufrir mientras viven muchas molestias de este siglo, sino porque aprovechan a muchos. (S. Ambrosio, lib. 2, c. 3, sent. 6, adic., Tric. ibid., p. 394.)"

"Cuando nos alabáis de una virtud que no tenemos, despertáis un sentimiento de honra para que seamos tan virtuosos como vuestras cartas nos enseñan que debemos ser; y puede suceder que yo, esforzándome a ser lo que decís, llegue a conseguirlo. (S. Paulino, Epist. 24 ad Sever., sent. 1, Tric. T. 5, p. 329.)"

"No hay otro bien que la virtud, ni otro mal que el pecado. (S. Juan Crisóst., Homil. 61, de fato et provid., Orat. 1, sent. 34, Tric. T. 6, p. 306.)"

"Si queréis llegar a una alta virtud no os elevéis en la grande estimación de vosotros mismos, creed que nada hacéis, y lo haréis todo. (S. Juan Crisóst., Homil. 3, in c. 1, Matth., sent. 36, Tric. ibid., p. 307.)"

"Cuando una persona vive bien y está apartada de los vicios, jamás sucede que Dios la abandone, y aun cuando estuviese en algún error, no hay duda que Dios le daría a entender la verdad. (S. Juan Crisóst., Serm. 25, c. 7, sent. 52, Tric. ibid., p. 309.)"

"El carácter más propio de una virtud verdaderamente cristiana, es

gustar de no tener cosa superflua, y pasarse sin todo aquello que no es absolutamente necesario. (S. Juan Crisóst., Homil. 33, c. 9, sent. 55, Tric. ibid., p. 310.)"

"Nada de cuanto sucede en este mundo nos escandalice ni perturbe: en vez de ponernos al peligroso mal de los humanos discursos, en los que solamente se hallan escollos y tempestades, abandonémonos a la divina Providencia y a la incomprensible sabiduría de Dios, aplicándonos solamente a seguir la virtud y huir del vicio. (S. Juan Crisóst., Homil. 76, in c. 23, Matth., sent. 68, Tric. ibid., p. 312.)"

"La virtud nos hace gozar aun antes de conseguir el premio eterno, el placer incomparable de la buena conciencia y el de la esperanza de la eterna felicidad. (S. Juan Crisóst., in Psalm. 44, sent. 129, Tric. ibid., p. 324.)"

"Es propiedad de la virtud ser estimada aun de aquellos que no la practican: por el contrario, es propiedad del vicio ser desestimado y reprendido aun de aquellos que viven abandonados. (S. Juan Crisóst., in Psalm. 111, sent. 136, Tric. ibid., p. 325.)"

"Tal es la naturaleza de la virtud, que los mismos que la combaten, no pueden menos de admirarla; y tal es, por el contrario, la naturaleza del vicio, que los mismos que le siguen se ven precisados a condenarle. (S. Juan Crisóst., Epist. ad Apisc. ob piet. in carc. inclusos, sent. 182, Tric. ibid., p. 335.)"

"No es la hermosura del cuerpo la que debe hacer amables, sino la virtud del alma: no deben ser los adornos, el oro, ni los ricos vestidos, sino la templanza , la probidad y la constancia en el temor de Dios. (S. Juan Crisóst., Homil. 7, in Paralyt. Joann, 5, sent. 194, Tric. ibid., p. 338.)"

"Es como imposible que el que desde el principio se haya criado en la virtud con mucha aplicación y cuidado, venga a ser perverso: porque no está el pecado tan arraigado en nuestra naturaleza, que pueda regularmente con su malignidad superar tanto trabajo y diligencia como se ha puesto en destruir. (S. Juan Crisóst., Homil. 2, c. 1, Ep. ad Tit., sent. 375, Tric. ibid., p. 381.)"

"El que juzga que ya llegó al último grado de perfección, se ha colocado en alto para caer. (S. Agustín, Psalm. 38, sent. 49, Tric. T. 7, p. 458.)"

"No solamente podemos imitar a los mártires, sino también a Jesucristo, practicando las virtudes de paciencia, mansedumbre y humildad, según el ejemplo que el mismo Señor nos dio. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. 49, sent. 10, Tric. T. 9, p. 45.)"

"Los que procuran con toda severidad elevarse a la perfección de la virtud, siempre que oyen hablar de las faltas del prójimo, inmediatamente reflexionan sobre sus mismas faltas; y tanto más justo es el juicio que hacen de las faltas ajenas, cuanto con mayor sinceridad lloran las propias. (S. Greg. el Grande, lib. 3, c. 24, p. 98, sent. 6, Tric. ibid., p. 232.)"

"La verdadera estimación de la vida está en la virtud de las obras, no en la manifestación de los milagros. Pués hay muchos que no ejecutan maravillas, y no son inferiores a los que hacen prodigios. (S. Greg. el Grande, lib. 1, Diál. c. 12, sent. 18, adic., Tric. ibid., p. 385.)"

"El ejercicio de las virtudes se nos encomienda en una cierta forma de vida, en los ayunos, en las vigilias, en el trabajo de manos, en la lectura, en la oración, en el silencio, en la pobreza voluntaria y en otros ejercicios semejantes. Las saludables meditaciones fomentan los santos afectos. De este modo, para que vaya creciendo en vuestros corazones el dulcísimo amor de Jesús, necesitáis la triple consideración de lo pasado, de lo presente y de lo venidero: quiero decir, que es necesario traer a la memoria lo pasado, reflexionar sobre la experiencia de lo presente, y proveer para en adelante con las justas medidas que se deben tomar para asegurar el buen éxito. (S. Anselmo, 15 Meditat., sent. 46, Tric. T. 9, págs. 353 y 354.)"

"Dará a tu voz, voz de virtud, si primero te persuades a ti mismo lo que quieres persuadir a otros. (S. Bern., Serm. 65, in Cant., n. 3, sent. 22, Tric. ibid., ibid.)"

"No puede crecer la virtud juntamente con los vicios: reprímase la concupiscencia para que tome fuerza la virtud. (S. Bern., ibid., sent. 27, Tric. ibid., ibid.)"

"No puede la fama agregar a la virtud lo que la conciencia arguye que es vicio. (S. Bern., Serm. 71, Cant. n. 2, sent. 33, Tric. ibid., p. 324.)"

"La virtud se contenta con el candor de la conciencia, aun cuando no la acompañe el olor de la buena fama. (S. Bern., ibid., sent. 34, Tric. ibid., ibid.)"

"El que no corre, no puede llegar a coger al que corre. (S. Bern., Ep. 254, n. 4, sent. 78, Tric. ibid., p. 326.)"

"El no querer aprovechar ya es faltar. (S. Bern., ibid., sent. 79, Tric. ibid., ibid.)"

"Suele el perro defender la yerba aunque no la coma. (S. Bern., Ep. 311, n. 1, sent. 82, Tric. ibid., p. 327.)"

"Vio Jacob que los Angeles subían o bajaban en la escala: ¿acaso vio que alguno permanecía de pie o estaba sentado? En la pendiente de una escala frágil no es posible permanecer del todo péndulos; ni en la incertidumbre de esta vida mortal hay nada que permanezca en el mismo estado. No tenemos aquí ciudad permanente, ni poseemos la futura, sino que las vamos buscando. Es preciso que subas o que bajes: si pretendes pararte, es indispensable el precipicio. De ningún modo es bueno el que no quiere ser mejor. En el punto que empiezas a no querer ser mejor, dejas también de ser bueno. (S. Bern., Ep. 91, ad Abbat. congreg. Suesson., sent. 19, adic., Tric. ibid., págs. 351 y 352.)"

"Pues todo coopera para el bien de aquellos que son llamados para ser santos, según el propósito. Muévaos el mismo ejemplar de los seculares deseos. ¿Qué ambicioso hemos visto jamás, que, contento con las dignidades conseguidas, no anhele por otras? Lo mismo sucede con los que son curiosos: ni se sacia la vista de ver, ni el oído de oír. Avergoncémonos, pues, de ser nosotros menos ansiosos de los bienes espirituales. Averguéncese el alma que se ha convertido al Señor, de aspirar ahora a la justicia, con menor afecto que antes seguía la iniquidad: pues la causa es muy diferente; porque el estipendio del pecado es la muerte, y el fruto del espíritu es la vida eterna. Miremos como vergonzoso el caminar ahora a la vida con más negligencia que antes cuando íbamos a la muerte, y el adquirir con menos afición el aumento de la salud eterna que el de la perdición. (S. Bern., Ep. 344, ad Mon. S. Bertini, sent. 39, adic., Tric. ibid., págs. 359 y 360.)"'

Z

Zelo.– "El que se reputa como caminante al trono de su Dios, no se quita la vida, porque lo prohíbe la ley, pero procura separar su alma de todas las afecciones terrenas, lo cual es según la ley; y cuando nuestra alma ha vencido las pasiones, logra una vida más gloriosa: porque solamente permite a su cuerpo el uso de las cosas necesarias, y le quita lo superfluo que es lo que pudiera perdernos y ser causa de la muerte. (S. Clemente, Pedagogo, sent. 14, lib. 6, Tric. T. 1, p. 125.)"

"No se ha de poner en el número de los vicios el calor y viveza de espíritu, sin la cual nada grande se puede hacer en la piedad, ni en cualquiera otra virtud: las que son reprensibles son la imprudencia y la ignorancia cuando se juntan con esta viveza y este fuego; porque de aquí nace la temeridad. En efecto, los espíritus lentos e imbéciles, tan incapaces son del vicio como de la virtud; son semejantes en los pasos a los hombres pesados y perezosos, que nunca se alejan mucho ni hacia un lado ni hacia otro: pero si los espíritus vivos, activos y ardientes se dejan gobernar y moderar de la razón, harán, sin duda, grandes y prontos progresos en la virtud; como , al contrario, si están destituídos de las luces de la razón y de la ciencia, se precipitarán con igual rapidez en el vicio. (S. Greg. Nacianc., Orat, 26 sent. 40, Tric. T. 3, p. 358.)"

Zelo necesita el Sacerdote que procura conservar inmaculada la pureza de la Iglesia. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 35, Tric. T. 4, p. 404.)"

"Trabajemos por la salvación de nuestros hermanos. Un hombre honrado, abrasado de zelo de una fe viva, es capaz de corregir a un pueblo entero. (S. Juan Crisóst., Homil. 2, ad popul. Antioch., sent. 3, Tric. T. 6, p. 301.)"

"Hay grande diferencia entre el movimiento de la cólera que excita en nosotros la impaciencia y la indignación que nace del zelo de la justicia: porque el primero es efecto del vicio, y la segunda lo es de la virtud. A la verdad, si la indignación y enojo no vinieran algunas veces de la virtud, no hubiera aplacado Finees la venganza de Dios con su espada. Helí, por el contrario, excitó el furor de la divina venganza, porque no se armó del santo movimiento del zelo, y la severidad de la divina ira se encendió con más ardor contra él, a proporción de la tibieza y blandura que había manifestado en los pecados de sus hijos. De esta laudable ira se habla en un Salmo que dice: Enojaos, y no queráis pecar. Esto no entienden bien los que no quieren que nos enojemos contra las culpas de nuestro prójimo, sino sólo contra las nuestras. Pues si es verdad que debemos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, se sigue que debemos enojarnos contra sus pecados como contra los nuestros. (S. Greg. el Grande, lib. 5, c. 48, p. 177, sent. 17, Tric. T. 9, p. 235.)"

"El zelo sin la discreción y la ciencia, cuanto más se hace para aprovechar, es más pernicioso. (S. Bern., de Convers., ad Cler., n. 38, sent. 108, Tric. T. 10, p. 328.)"

"Me he indignado contra el insensato, viendo la paz de los impíos, dice el Salmista (LXXII, 3): El desfallecimiento se ha apoderado de mí al ver los pecadores que abandonan vuestra ley, Señor. (CXVIII, 53). Mis ojos derraman torrentes de lágrimas porque se viola nuestra ley. (Psalm. CXVIII, 136). (Barbier, T. 4, p. 636.)"

"El ardor de mi zelo me consume, Señor, porque mis perseguidores han despreciado vuestras palabras. (Psalm. CXVIII, 139). He visto a los prevaricadores, y me he secado en las angustias, porque no han observado vuestros mandamientos. (Psalm. CXVIII, 158). ¿Qué haces, Elías? dice el Señor. El Profeta le responde: Ardo de zelo por Vos, Señor, Dios de los ejércitos, porque los hijos de Israel han abandonado vuestra alianza, han destruído vuestros altares. (3 Reg. XIX, 9, 10). ¿Quién dará agua a mi cabeza, dice Jeremías, y a mis ojos un manantial de lágrimas? y llorará noche y día para aquellos de mi pueblo que han encontrado la muerte. (IX, 1). (Barbier, ibid., ibid.).

"¿Quién ignora el zelo de los Apóstoles? ¿Cómo doce hombres, sin armas, sin dinero y sin ningún recurso humano, logran destruir la idolatría, y que abracen la religión? Con su zelo tan ardiente, el que no les permitía un instante permanecer ociosos, y así se les veía recorrer aldeas, pueblos, ciudades, provincias y reinos, hechos inne-

gables, pero asombrosos, que prueban un poder sobrehumano. ¿Quién hizo a tantos millones de mártires? El zelo. ¿Quién ha poblado los desiertos? El zelo. ¿Quién hace a los confesores? El zelo. ¿Quién movió a San Bernardo para convertir a sus parientes que se oponían a que abrazara el estado religioso, el que inflamara la voluntad de sus oyentes a despreciar el mundo, y a que tan prodigiosamente se aumentara el Orden de San Benito? El zelo grande que el Espíritu Santo llenó en su corazón (in ejus vita). Bien se vio en el Grande Patriarca Santo Domingo de Guzmán que, cual otro ángel llamaba a todos los hombres al cielo con sus palabras, su vida y sus ejemplos: y abrasado en el sagrado fuego del amor divino, se esforzaban en infundirlo en todos los corazones. Preguntándosele de qué libro sacaba tan ardientes discursos, respondió: Del libro de la caridad: no me fijo más que en este libro, del cual saco palabras, no hinchadas, sino inflamadas (in ejus vita). Lo mismo dice San Buenaventura de San Francisco de Asís, y en la misma fragua del amor de Dios y del prójimo se abrasaron San Vicente Ferrer, San Antonio de Padua, San Francisco Javier, San Francisco de Borja, y en una palabra, todos los varones Apostólicos. (Barbier, T. 4, p. 440 y 341.)"

INDICE

Pág.

Prólogo-Introducción 3

A

Acción de gracias 9
Alabanza 13
Aflicciones y trabajos 16
Amor a Dios 27
Amor al prójimo 41
Alma y sus potencias 44
Altar 47
Angeles 48
Apóstoles 48
Avaricia: ambición 49
Ayuno: abstinencia 50

B

Bautismo 57
Blasfemia 58
Bondad de Dios 59

C

Caída y recaída 67
Cielo 69
Cristiano (Vida del) 75
Cruz 87
Culto 90

D

Pág.

Demonio 93
Desprecio del mundo 96
Dios 102
Dignidades 105
Director 111
Disciplina eclesiástica 111

E

Envidia 115
Escándalo 117
Eucaristía 120

F

Fe 131

G

Gracia 137

H

Herejes 143
Humildad 144
Huída del pecado 149

I

Idolatría 153
Iglesia (Notas de la) 154
Impíos 162
Ingratitud (La) 164

J

Pág.

Jesucristo 165
Juicio 176
Justicia 181

L

Lengua murmuradora 189
Limosna 192
Lujo 203

M

María Santísima 207
Mártir 210
Matrimonio 210
Medicina 213
Meditación 214
Misa 217
Modestia 219
Muerte 221
Mundo 225

O

Obediencia 229
Obispo 232
Oración 237
Orgullo 256

P

Paciencia 261
Palabra de Dios 264

Pasiones 267
Patria 270
Paz 272
Pecado 275
Penitencia 283
Perdonar las injurias 296
Pobres 298
Presencia de Dios 301
Purgatorio 304

R

Pág.

Religión 307
Religiosos 310
Resurrección general 311
Riquezas 313
Risa 318

S

Sabiduría 321
Sacerdote 324
Sacrilegio 337
Sagrada Escritura 339
Santos 343
Silencio 344
Sobriedad 346

T

Teatro 353
Temor de Dios 355
Tentaciones 359
Tradición 362

U

Ungüentos 365

V

Vanagloria 367
Verdad 369
Virginidad 371
Virtud 374

Z

Zelo 381